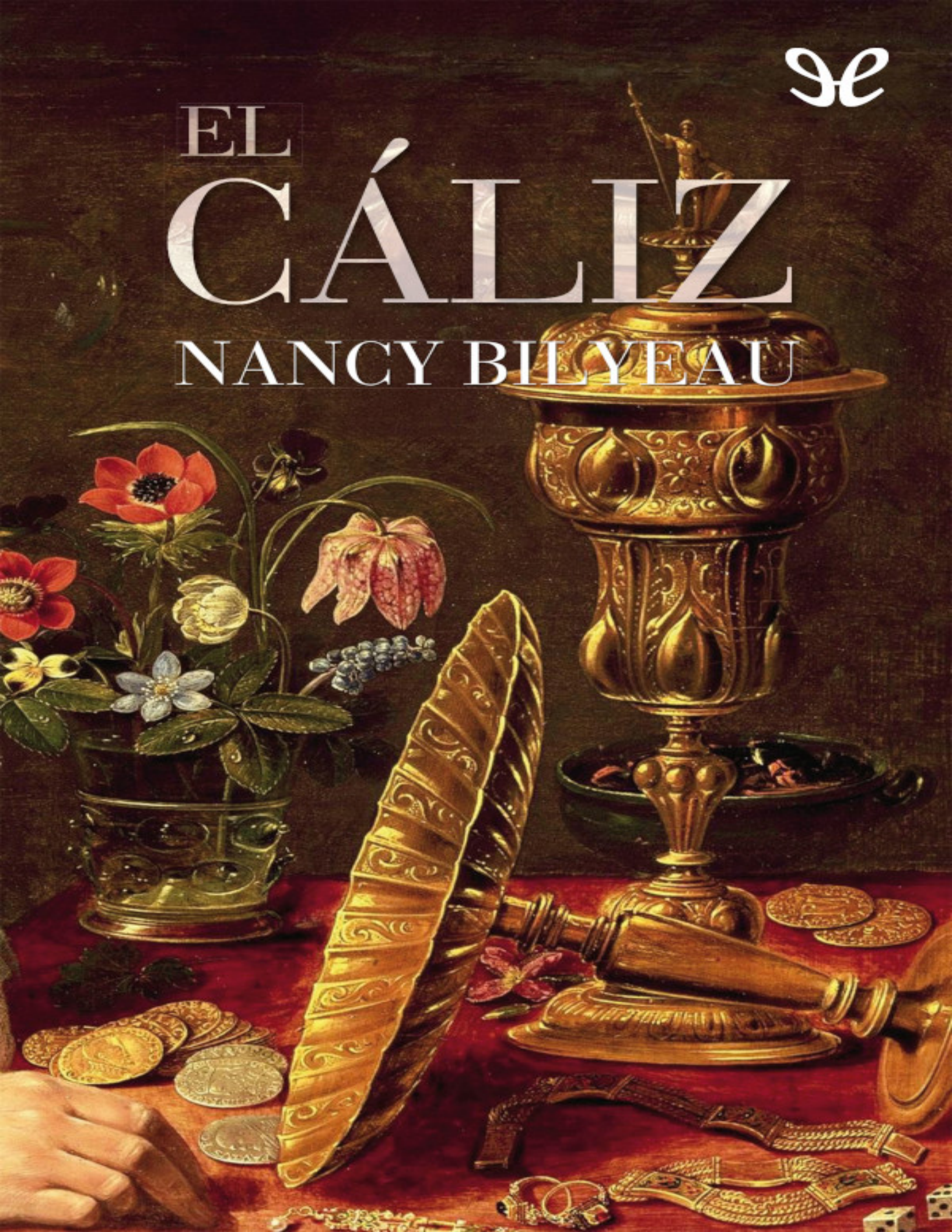
EL CÁLIZ

NANCY BILYEAU



En 1538, las sangrientas luchas de poder entre la corona y la Iglesia amenazan con desmembrar Inglaterra. La novicia Joanna Stafford, hija de la primera dama de la reina Catalina de Aragón, ha conocido la ira que sacude la corte y sabe lo que acecha en las cámaras de tortura de Enrique VIII. Sabedora de lo que le espera si descubren que participa en una conspiración contra el monarca, Joanna deberá elegir entre aquellos a los que ama o asumir el papel que le corresponde según una profecía confirmada por tres adivinos.

Joanna recorrerá Europa acompañada de un espía corrupto al servicio de España, y cuando descubra la última pieza de la profecía comprobará que tanto la vida de Enrique VIII como el futuro de la cristiandad están en sus manos: las mismas manos que algún día sostendrán el cáliz en torno al que giran todos esos mortíferos augurios.

OceanofPDF.com

Nancy Bilyeau

El cáliz

Joanna Stafford - 2

ePub r1.2
Titivillus 16.01.2023

OceanofPDF.com

Título original: *The Chalice*
Nancy Bilyeau, 2013
Traducción: Alejandro Palomas

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Índice de contenido

Cubierta

El cáliz

Prólogo

Primera parte
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6

Segunda parte
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14

Tercera parte
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22

23
24
25
26
27

Cuarta parte
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40

Quinta parte
41
42
43
44

Sexta parte
45
46
47
48
49
50
51
52
53

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

OceanofPDF.com

A Kate McLennan,
por su apoyo justo cuando lo necesitaba

OceanofPDF.com

«Y dijo Jesús: “Padre, os lo ruego, tomad de mí esta copa”».

Lucas 22, 42

OceanofPDF.com

Prólogo

Mientras en la noche del 28 de diciembre de 1538 me preparaba para el martirio, no pensaba en mis seres queridos. En vez de eso, oculta en un estrecho cementerio en compañía de siete hombres, acusados todos nosotros de haber empleado la violencia en las escaleras de la catedral de Canterbury, estudiaba con atención las palabras labradas en la lápida contra la que estaba acurrucada.

La inscripción rezaba así: «Aquí yace enterrado el cuerpo del hermano Bartholomeus Giles, del priorato de la Iglesia de Cristo de Canterbury, que dejó esta vida el 16 de junio de 1525». Qué afortunado había sido el hermano Bartholomeus. Había rezado, cantado, laborado y estudiado y, cuando su cuerpo se había debilitado, lo habían trasladado a la enfermería para encontrar allí la muerte, afortunadamente ajeno por completo al hecho de que la suya era la última generación que serviría a Dios en un monasterio británico. Aquel humilde monje nada sabía sobre la Disolución.

Esa noche lucía en el firmamento sobre mi cabeza apenas un cuarto de luna, que brillaba, inflamada en el cielo azabache, iluminando lápidas y mausoleos. Era sin embargo una luna difusa y no el orbe profusamente detallado que yo había visto en otras noches invernales. Debía de ser porque nos encontrábamos cerca del mar. Yo había estado en Canterbury en otra ocasión, en el transcurso del viaje en el que había sido conocedora de mi destino. En contra de mi voluntad, había sido depositaria de una profecía a la que temía por encima de todas las cosas. Aun así, esa noche estaba dispuesta a cumplir con sus designios.

Cada uno de nosotros habíamos elegido una lápida del cementerio tras la que ocultarnos, en un panegírico a un hermano fallecido. Los siete hombres que me acompañaban, en especial uno de ellos, eran para mí como

hermanos. El hermano Edmund Sommerville, de pie a pocos metros de mí, me miró y yo asentí, haciéndole saber de ese modo que estaba preparada. Ambos sabíamos que la hora estaba próxima. El hermano se sopló sobre los dedos helados y yo lo imité. Nuestras manos tenían que ser lo suficientemente diestras para coger con fuerza las armas que llevábamos con nosotros. Iba armada con una roca de borde afilado. Él blandía un garrote. Los dos carecíamos de práctica en el combate. La fe nos concedería la fuerza necesaria.

Cuando el rey Enrique VIII había ordenado la supresión de nuestra casa, el priorato de Dartford, a ojos del mundo habíamos pasado a ser simplemente Edmund Sommerville y Joanna Stafford. Yo había hecho todo lo posible para impedir que eso ocurriera. Durante los últimos meses de existencia del priorato de Dartford había registrado bajo coerción el convento en un intento por encontrar la corona de Athelstan, un objeto que, según me había jurado el propio obispo Stephen Gardiner, habría de poner fin a la destrucción. Pero la búsqueda había dado giros insospechados —y mortales— y, al terminar, nuestro priorato, de 180 años de antigüedad, había cerrado para siempre sus puertas como lo habían hecho ya otros monasterios. Ese había sido el fin de los castos esplendores y de las humildes glorias de la única casa de hermanas dominicas de Inglaterra. No habíamos tenido otra opción que la de renunciar a los hábitos y a los tocados y partir. En mi caso, me había trasladado al pueblo más cercano y, con un puñado de refugiados procedentes de otros prioratos, había intentado con todo mi empeño labrarme una nueva vida. Pero también eso había tocado a su fin. La crueldad de la corte real se había cernido de nuevo sobre mí. Había visto el miedo, la traición, la pérdida —y también el valor— y la sangre derramada en Tower Hill.

La figura de un hombre cruzó el cementerio como una exhalación. A la luz de la luna, el rostro del padre Oswald, antaño monje cisterciense, era un rayo de plata en la capucha de su capa. Ocultaba así las heridas que aquellos que nos odiaban y nos llamaban «papistas» le habían infligido en el rostro y en el cuerpo.

—Pronto nos trasladaremos a la catedral —dijo el hermano Oswald con un susurro entrecortado.

Mi mano se tensó sobre el filo de la piedra. En cuestión de unos instantes, los hombres enviados por el rey saldrían de la oscura catedral, cargando una caja de madera sagrada. Y nosotros los estaríamos aguardando.

Tomás Becket, el arzobispo de Canterbury, había sido asesinado en esa misma catedral hacía trescientos sesenta y ocho años por haberse negado a someterse a la voluntad de un rey terrenal. Tras su muerte, Roma lo había proclamado santo. Su tumba se había convertido en lugar de peregrinación, y con ello en el destino más sagrado de toda Inglaterra. Pero Enrique VIII había declarado criminal a nuestro reverenciado santo y había ordenado vaciar su sepulcro. Al día siguiente se celebraba el aniversario del asesinato de Becket. Antes de la llegada del primero de los valientes peregrinos habría tenido lugar la profanación. En ese momento los hombres del rey desvalijaban el féretro, la caja ornamentada que contenía los huesos del arzobispo. Los restos de Becket arderían en llamas y sus cenizas se esparcirían al viento.

Se trataba sin duda de la última crueldad del rey, que ya nos había quitado todo, a mí y a quienes habíamos vivido en clausura y dedicados a nuestras vidas espirituales.

—He oído las plegarias del prior desde la puerta lateral —informó el hermano Oswald—. En ellas suplicaba a los hombres del rey que le permitieran rezar antes de que se llevaran el féretro y han transigido. Saldremos a la calle en unos minutos.

El monje se santiguó.

—Que Dios nos asista —pidió, alzando un poco la voz—. Esta noche somos la mano que ejecuta Su obra. No olvidéis que el Santo Padre nos dará su bendición. No tiene conocimiento de lo que aquí nos ocupa, pero en cuanto esté hecho, toda la cristiandad nos estará profundamente agradecida.

No disponíamos de mucho tiempo. El hermano Oswald, nuestro líder, cayó de rodillas y empezó a rezar con las manos temblando de puro fervor. Trece meses antes, cuando el hermano Edmund y yo lo habíamos conocido, era un monje sonriente y rebosante de esperanza. Al hermano Oswald lo habían echado de su monasterio, pero él estaba convencido de que aprendería la voluntad de Dios vagando por el país en compañía de una

docena de monjes también desplazados. Hacía apenas unas semanas que lo había vuelto a encontrar, en esta ocasión esquivando golpes. Ya no quedaban sonrisas en el hermano Oswald. Aunque ¿cuándo había sido la última vez que yo había sonreído, o, peor aún, que había comido un plato caliente o había dormido una noche entera? No habría sabido decirlo.

Un perro ladró en la calle adoquinada que separaba el cementerio de la catedral. Sus embravecidos ladridos reverberaron contra la imponente catedral. Me encorvé, tapándome la boca con la mano para que mi aliento caliente no formara una nube blanca sobre la lápida.

Otro perro, este desde más lejos, aunque en la misma calleja, respondió al primero. La primera bestia corrió hacia él, ladrando más frenéticamente. Enseguida corrieron juntos, cruzando Canterbury en busca de travesuras. El sonido de sus ladridos se desvaneció por fin, fundiéndose en el silencio.

—¿Hermana Joanna?

Era el hermano Edmund. Incluso iluminado por la luz de la luna, el cambio que se había operado en él me sobresaltó. Su decisión de tomar ese proceder hacía unos días había investido a mi amigo de una gran serenidad de ánimo. Pero en ese momento el pánico titilaba en sus ojos marrones.

—¿Habéis cambiado de opinión? —susurré.

Abrió la boca y la cerró al instante. Me habría gustado saber cuál era la causa de su crisis.

—¿Se trata de la hermana Winifred? —pregunté. Sabía lo mucho que el hermano Edmund quería a su hermana menor. Tanto como yo, pues era mi mejor amiga.

Siguió sin responder. Los demás estaban terminando de rezar el rosario. El murmullo de plegarias susurradas y el tintineo de las cuentas flotó sobre las tumbas.

—Y vos…, ¿qué me decís de Arthur? —preguntó por fin el hermano.

Bajé la vista hacia la lápida del hermano Bartholomeus. No quería que el hermano Edmund me viera los ojos, pues temía que me leyera el pensamiento. Y es que no era Arthur, el pequeño huérfano que dependía de mí, quien había acudido a mi mente, sino un hombre adulto. Vi el rostro enfadado de Geoffrey Scovill y volví a oír su voz: «Habéis perdido el juicio, Joanna. Lo que hacéis es una auténtica locura y no cambiará nada».

Si esa noche encontraba la muerte allí, en las calles de Canterbury, con ello liberaría por fin a Geoffrey, el agente del orden que me había ayudado una y otra vez. Nuestro vínculo, tenso durante mucho tiempo, quedaría zanjado y él podría por fin empezar una nueva vida. Geoffrey tenía veintinueve años, dos más que yo. No era ya tan joven, pero desde luego tampoco era viejo. La nuestra era una misión altruista. Tendría que haberme dado fuerzas y sin embargo la sensación que me embargaba era exactamente la opuesta. Sentí que se me revolvían las tripas. Estaba tan desfallecida que apoyé la frente contra la lápida.

—Ha llegado la hora, hermanos y hermana —empezó a decir el hermano Oswald. Los demás emergieron de detrás de los monumentos. Me separé de la lápida, empujándome con una mano y sin soltar en ningún momento la piedra que llevaba en la otra, y ocupé mi sitio en la fila que se movía despacio hacia la calle.

La verja chirrió cuando nuestro cabecilla la abrió de un empujón y se deslizó con decisión.

Uno de los monjes exclamó:

—¡Aquí salen! —En las entrañas de la catedral vimos el movimiento de luces.

Se oyó un estrépito de cascos en la estrecha callejuela empedrada y apareció un hombre a caballo. Enseguida reconocí los colores de los Tudor en su librea blanca y verde. Era un soldado del rey que debía de haber estado apostado fuera mientras los demás extraían el ataúd de su cripta. Detuvo el caballo y clavó la vista en nosotros, dispuestos como estábamos delante de él en una fila dispar.

Uno de los monjes que estaba a mi lado siseó. Al primero le siguió otro. Y luego otro.

El soldado se encogió en la silla y nos miró, boquiabierto. Vi entonces que era apenas un muchacho. Tendría unos dieciocho años a lo sumo. Con nuestras largas y maltrechas capas y sayos, siseándole, debíamos de parecer un atajo de espectros.

El muchacho agitó las riendas y espoleó a su caballo para regresar a la parte delantera de la catedral y, sin duda, advertir a los demás soldados. El

hermano Oswald echó a correr tras él y sus seguidores procedieron del mismo modo.

El hermano Edmund los miró y se volvió luego hacia mí, indeciso.

—Id, id, id —dije, falta de aliento—. No os retraséis.

Aparté de mí al hermano Edmund, propinándole un empujón con todas mis fuerzas. Para mi alivio, se marchó. Pero fui incapaz de acompañarlo. Tenía las piernas congeladas. La luna avanzaba despacio en el cielo.

Una puerta lejana se abrió con un golpe sordo y oí gritos de hombres. A pesar de que alcancé a captarlo todo, cada uno de los sonidos que atronaban desde la parte delantera de la catedral, no pude ver nada. Sentí un latido en mis oídos. Era como el rugido del mar. La nieve empezó a caer más deprisa en punzantes ráfagas. Saqué la lengua para saborear los copos. Habría hecho cualquier cosa por evitar el desmayo.

Me dirigí tambaleándome hacia el muro de la catedral de Canterbury. ¿A qué se debía semejante debilidad? Aquello era lo que supuestamente debía ocurrir, y el lugar que yo ocupaba en ello era de crítica importancia.

«Lo que hacéis es una auténtica locura y no cambiará nada».

Seguí oyendo las palabras de Geoffrey Scovill, desdeñosas a la par que implorantes. Era como si me estuviera minando las fuerzas desde kilómetros de distancia. Presa de la frustración, me agarré a los ladrillos para avanzar junto al muro. Tenía que combatir codo con codo con el hermano Edmund y con los demás, fueran cuales fueran las consecuencias. Por fin había decidido hacerlo y dejar así de seguir ocultándome del futuro.

Me arrastré hasta el final del muro.

Dos antorchas recién prendidas ardían a ambos lados de la entrada. Agazapado en la puerta estaba el rechoncho prior, cubriéndose con las dos manos el brillante rostro. Este desconocía por completo nuestros planes para esa noche, como desconocía también la misión real para profanar el sepulcro de Becket. Para los soldados había sido tarea fácil saquear la catedral. Esa era una de las cosas que siempre jugaba en favor del rey Enrique: la parálisis de los fieles, nuestra incapacidad a la hora de oponer resistencia a la destrucción de nuestra fe, porque en el fondo nos resultaba imposible creer que algo así pudiera estar ocurriendo. Hasta esa noche. Todos nosotros habíamos jurado hacernos con el control de nuestro destino,

confiando en que eso era lo que Dios quería que hiciéramos. No importaba si sobrevivíamos o no. Solo importaba que lográramos nuestro objetivo.

Delante del prior vi a cuatro soldados del rey. Había esperado que fueran más. Uno de los hombres llevaba una caja alargada. El féretro. Los demás bajaron a toda prisa las escaleras para enfrentarse a los monjes, que formaron un semicírculo en la calle.

El hermano Oswald tronó:

—En nombre del Santo Padre, os ordeno que pongáis fin a esta profanación. —Se le cayó la capucha sobre la espalda. A la luz de las antorchas, su piel albina brillaba como un cirio de adviento de la más pura cera blanca.

Aunque estaba ya acostumbrada a la palidez del hermano Oswald, su visión tuvo un efecto aterrador sobre los soldados. Uno de ellos gritó:

—Por la sangre de Dios, ¿qué es eso?

Mi atención se trasladó entonces a la vieja caja, que estaba en manos de un soldado del rey. En cuestión de segundos, el mareo se había evaporado. Una rabia feroz me recorría, activando cada poro de mi cuerpo. Todo lo que me habían dicho en Londres era cierto: la noche previa al aniversario de la muerte del santo, los hombres del rey transportaban en secreto sus restos sagrados.

No podía permitir que se llevaran los huesos de santo Tomás. Cogí con fuerza la roca que tenía en la mano y subí a toda prisa los dos primeros escalones que llevaban a la catedral de Canterbur y.

«Esta es la villa donde empezó», pensé mientras corría hacia la puerta. «Y es también la villa donde terminará».

OceanofPDF.com

Primera parte

Diez años antes

OceanofPDF.com

1

Canterbury, 25 de septiembre de 1528

Antes de que arreciara el viento, antes de sentir cómo se levantaba el aire, nuestros caballos supieron que algo se anunciaba.

Yo tenía diecisiete años y había hecho el largo viaje a Canterbury desde mi casa, el castillo de Stafford. Al comienzo del otoño mi padre viajaba a Londres para atender allí asuntos familiares, pero jamás había querido que ni mi madre ni yo lo acompañáramos. Ese verano, un brote de fiebres golpeaba el sur y temía que perdiéramos la vida a causa del contagio de la enfermedad. Pero mi madre no se dejó disuadir. Le dijo a mi padre que temía por mi vida si no tomaba las aguas de un baño de Canterbury, que ella conocía, para curarme la melancolía.

Ya en Londres, mi padre se instaló en la casa que teníamos en Strand para ocuparse de sus asuntos mientras nosotras partíamos en compañía de dos criados a Canterbury. El día después de nuestra llegada, mi madre, visiblemente excitada, me llevó a la orilla desde la que se veía el mar, pero en cuanto llegamos y miré por primera vez esas agitadas olas grises, a mi madre le cambió el humor. Ella no había vuelto a ver el mar desde que a los catorce años viajó de España a Inglaterra como dama de honor de Catalina de Aragón. Tras unos instantes en silencio, se echó a llorar. Las lágrimas no tardaron en transformarse en violentos sollozos. No supe qué decir, de modo que opté por el silencio. Le toqué el hombro y un instante después se calmó.

Durante nuestro tercer día en Canterbury me llevaron a que me administraran las curas. Bajo una alta casa situada en una calle elegante se extendía una antigua gruta. Bajamos un tramo de escaleras, y acto seguido dos fornidas jóvenes me condujeron a la bañera de piedra, que estaba llena hasta los bordes de un agua acre que salía a borbotones de un manantial. Me quedé allí sentada, inmóvil. De vez en cuando, alcanzaba a distinguir

extraños colores bajo el agua del manantial: un lustroso marrón rojizo y un gris-azul marino. Según nos dijeron, eran mosaicos.

—Un romano construyó este baño —nos contó la mujer que administraba el tratamiento—. Había un foro en la villa, templos y hasta teatros. Todo saqueado por los sajones, pero bajo el suelo el conjunto sigue en pie. Una ciudad bajo la ciudad.

La encargada del baño me giró la cabeza a un lado y a otro.

—¿Cómo os sentís, señora? ¿Más fuerte? —Estaba deseosa de complacernos. Lejos de Londres y de los miembros de la nobleza, se desconocía qué parte de nuestra familia se había visto perjudicada por la caída en desgracia del duque de Buckingham, el hermano mayor de mi padre. Lo habían ejecutado tras haberle acusado falsamente de alta traición y casi todas las tierras de los Stafford habían pasado a manos de la corona. Allí, en el baño de Canterbury, se nos tenía por gente importante.

—Me encuentro mejor —murmuré. La mujer sonrió, orgullosa. Me volví a mirar a mi madre, que entrelazó las manos sobre el regazo de nuevo. A ella no había conseguido engañarla.

Aunque esperaba emprender el viaje de regreso a Londres la mañana siguiente, estando todavía acostada, mi madre se tumbó a mi lado. Se acomodó de lado y me pasó los dedos por el pelo, como solía hacer cuando era niña. Teníamos las mismas trenzas negras. Con el tiempo ella perdería mucho cabello —de hecho, se le caería a puñados—, pero jamás tuvo una sola cana.

—Juana, lo he dispuesto todo para que vayamos a ver a una joven monja —dijo.

No había nada de sorprendente en el hecho de que hubiera planeado algo así. En España, la familia de mi madre pasaba el mayor tiempo posible en compañía de monjes y frailes. Visitaban las abadías que salpicaban las colinas de Castilla para rezar en las iglesias, mostrar sus respetos a las reliquias sagradas o meditar durante la noche en austeras celdas. Uno de los motivos de lamento más habituales de mi madre era lo pobre que Inglaterra se le antojaba en comparación con su país. Las casas religiosas situadas en las cercanías del castillo de Stafford no conseguían impresionarla.

—No hay un solo místico a una jornada de camino de aquí —se lamentaba.

Mientras nos preparábamos, mi madre me habló de la hermana Elizabeth Barton. La monja benedictina tenía una historia personal poco frecuente. Apenas dos años antes había trabajado de criada para el secretario del arzobispo de Canterbury. Había enfermado y había estado inconsciente durante varias semanas. Al despertar estaba curada, y su primera pregunta fue sobre una niña que vivía cerca y que también había enfermado, pero después de que Elizabeth Barton hubiera perdido el conocimiento. No había modo alguno de que hubiera podido estar al corriente de la situación de la niña. A partir de ese día, percibía cosas que ocurrían en otras habitaciones, en otras casas, incluso a kilómetros de distancia. El arzobispo Warham mandó a unos hombres a examinarla y concluyeron que sus dones eran auténticos. Decidieron que la joven criada tomara los votos sagrados para quedar así protegida del mundo. La Santa Doncella de Kent residía en el priorato del Saint Sepulchre, pero a veces concedía audiencia a almas con preguntas apremiantes.

—Sus plegarías podrían ser importantes —dijo mi madre, pasándome el pelo por detrás de las orejas. En una época, conocer a una persona como ella me habría intrigado. Aun así, no sentía esa expectación. Me vestí en silencio con la ayuda de nuestra criada.

Cuando un año antes había salido de la casa de la reina Catalina, me había encerrado en un mutismo absoluto. Lloraba o me quedaba en la cama, con los brazos alrededor del cuerpo. Mi madre había tenido que obligarme a comer. Todos habían atribuido mi actitud a la conmoción provocada por la petición de la nulidad por parte del rey. Deshecha, la reina había llorado a voz en grito y el alto y furioso monarca había salido hecho un basilisco de la habitación. Eso había ocurrido el día que yo había empezado a servir como dama de honor de la bendita reina, como mi madre lo había hecho antes que yo. La anulación era sin duda alguna un escándalo descomunal, pero desde el principio mi madre sospechaba algo más. Debió de presionarme cientos de veces para obtener respuestas, pero jamás se me pasó por la cabeza confesarle —ni a ella ni a mi padre— la verdad. Y no se trataba solo de mi profunda vergüenza. George Bolena fanfarroneaba de ser

un cortesano favorito. Su hermana Ana era la amante del rey. Si mi padre, un Stafford, se hubiera enterado de la verdad y hubiera sabido que un Bolena me había tocado violentamente, que me había tapado la boca con la mano y que me habría violado de haber dispuesto de más tiempo, no hubiera habido fuerza alguna en la tierra capaz de haberle impedido que intentara matar a George Bolena. La venganza habría sido aún más feroz en el caso de mi madre, por cuyas venas corría sangre noble española. Yo no había dicho nada con el fin de proteger a mis padres. Me había culpado por lo ocurrido. En ningún caso habría destrozado las vidas de mis padres, ni tampoco las de los demás miembros de la familia Stafford, por semejante estupidez.

Cuando el verano de 1527 tocó a su fin, fui presa de una leve sensación de monotonía. Di la bienvenida a aquel retiro de emoción tumultuosa, un retiro que sin embargo despertó la preocupación en mi madre. No podía creer que yo hubiera perdido el interés por los libros y la música, que hasta entonces habían sido mis principales fuentes de felicidad. Pasé los meses siguientes —el invierno más largo de mi vida— navegando a la deriva sobre un manto gris de indiferencia. El sanador al que llamaron al castillo de Stafford diagnosticó melancolía, pero el cirujano barbero dijo que no, que mis humores no estaban alineados y que me mostraba demasiado flemática. Cada uno de los dos diagnósticos exigía un remedio opuesto. Mi madre discutió con ambos. Cuando llegó la primavera, decidió confiar en sus propios instintos para cuidarme. Efectivamente, recuperé la salud, pero en ningún caso mejoró mi ánimo. Mis parientes Stafford recibieron de buen talante a esa nueva Joanna, más callada y dócil, puesto que yo siempre había sido una niña testaruda, pero mi madre estaba preocupada.

Esa mañana en Canterbury, después de terminar de vestirnos, mi madre declaró que no necesitábamos a los criados. El priorato del Saint Sepulchre no estaba lejos del otro lado de las murallas de la villa.

Nuestra criada se mostró claramente encantada de librarse de nosotras durante unas horas. La reacción del criado, sin embargo, fue muy distinta.

—Sir Richard ha dicho que debo estar con vos en todo momento —advirtió.

—Y yo te digo que te ocupes de otro modo —replicó mi madre—. Canterbury es una villa honrada y conozco el camino.

El criado lanzó una mirada de odio a la espalda de mi madre. El servicio del castillo odiaba a mi madre casi tanto como adoraba a mi padre. Era una mujer difícil y extranjera. Los ingleses desconfiaban de todos los extranjeros, en particular de las mujeres imperiosas.

Hacía un día despejado y más caluroso de lo que cabía esperar para aquella época del año. Cogimos el camino principal para salir de la villa. Los majestuosos robles bordeaban la senda a ambos lados. Un murete de piedra, a buen seguro construido por los romanos hacía muchos siglos, rodeaba Canterbury.

Cuando nos acercábamos a la muralla, mi caballo paró en seco. Sacudí las riendas, pero en vez de reemprender el paso, el animal viró a un lado, saliéndose del camino. Jamás había visto a mi caballo —ni a ningún otro— moverse de aquel modo.

Mi madre se volvió a mirar con un gesto interrogante en el rostro. Pero justo en ese momento, su caballo también se mostró esquivo. Ella blandió la pequeña fusta que siempre llevaba consigo.

Entonces sopló el viento. Conseguí que mi caballo volviera al camino, pero seguía inquieto. El viento le agitó con tanta fuerza la crin que fue como si un látigo duro me azotara la cara. Para entonces habíamos llegado a la abertura de la muralla donde el camino salía de Canterbury. Todos los árboles se movían y se curvaban, hasta los robles, como si rindieran homenaje a un severo dueño.

—*Madre*[1], deberíamos regresar —tuve que gritar para que me oyera por encima de aquel rugido.

—No, seguiremos adelante, Joanna —chilló. Su negro tocado español se levantó y aleteó alrededor de su cabeza como un halo enastado—. Debemos continuar.

Seguí a mi madre hasta el priorato del Saint Sepulchre. La maleza muerta se arrastraba por el suelo como una exhalación. Un puñado de conejos cruzaron a toda prisa el camino y mi caballo retrocedió con un relincho. Tuve que tirar con todas mis fuerzas de las riendas para evitar que

se encabritara. Delante de mí, mi madre se volvió y señaló a un edificio que estaba a nuestra izquierda.

Jamás entenderé qué fue lo que me golpeó. Mi madre dijo después que fue una rama que en ese momento se escoró violentamente por el aire. Lo único que supe fue que el dolor se me clavó cual garra en la mejilla, seguido de una humedad densa y que empezó a extenderse a toda prisa.

Me habría caído del caballo de no haber sido por un hombre barbudo que emergió del vendaval y agarró las riendas. El hombre me ayudó a bajar y me acompañó al interior de una pequeña garita de piedra. Mi madre estaba ya dentro. Mostró su gratitud en castellano. El hombre humedeció un trapo y ella me lavó la sangre de la cara.

—Gracias a la Virgen que no es un corte profundo —dijo mi madre antes de enseñarme a apretarme el paño con fuerza a la piel.

—¿Cuánto falta para llegar al priorato? —Quise saber.

—Estamos ahora en Saint Sepulchre y este hombre es el portero —dijo ella—. Apenas nos separan unos pasos de la puerta principal.

El portero nos acompañó hasta el alargado edificio principal. El viento soplaba con tanta fuerza que temí que me lanzara volando por el aire como una rama rota. El portero abrió de un empujón una alta puerta doble de madera. No se quedó. Según dijo, debía ocuparse de nuestros caballos. Segundos más tarde, oí el chasquido de un pestillo procedente del otro lado de la puerta.

Estábamos encerradas en Saint Sepulchre.

Poco era lo que yo sabía sobre la vida de las monjas. Los monjes, que tenían libertad de movimiento, a veces visitaban el castillo de Stafford. Hasta entonces jamás me había parado a pensar en el sentido de la clausura. Como los monjes, las monjas debían vivir apartadas del mundo, dedicadas a la plegaria y al estudio. Eso sí lo sabía. Pero en ese momento también empecé a entender que la clausura podía requerir una imposición.

En la sala cuadrada había un ventanal alto. El viento golpeaba contra el cristal con una ferocidad indómita. En la penumbra no brillaba la luz de ninguna vela. No había muebles ni tampoco ningún tapiz a la vista.

El retrato enmarcado de un hombre colgaba en una pared. El hombre vestía ropa sencilla y su larga barba blanca reposaba sobre el hábito.

Llevaba en la mano una vara de madera. Cada una de las esquinas del marco estaba embellecida con una imagen labrada de una rama surtida de hojas.

Mi madre contuvo el aliento y me agarró del brazo. Con la otra mano señaló a una forma oscura que flotaba hacia nosotras desde el extremo más alejado de la sala. Segundos más tarde, entendimos que era una mujer. Vestía un largo hábito negro y un tocado también negro, de ahí que se hubiera fundido con la oscuridad. A medida que se acercaba a nosotras, vi que era muy mayor y que tenía los ojos de color azul celeste.

—Soy la hermana Anne. Os doy la bienvenida al priorato del Saint Sepulchre —dijo.

Mi madre, en contraste con el talante amable de la monja, habló a borbotones y elevando la voz, sin dejar de mover las manos. Dijo que nos esperaban. Se nos había concedido una visita a la hermana Elizabeth Barton, la tormenta había complicado nuestro viaje y yo había quedado levemente herida, pero esperábamos seguir adelante. La hermana Anne se lo tomó todo con perfecta calma.

—La priora deseará hablar con vos —dijo, volviendo a alejarse por donde había llegado para guiarnos. La seguimos por un pasillo aún más oscuro que la sala en la que habíamos esperado. La monja debía de tener como poco sesenta años y, a pesar de la edad, caminaba con un garbo juvenil.

A lo largo del pasillo había tres puertas. La hermana Anne abrió la última de la izquierda y nos hizo pasar a otra sala vacía y tenuemente iluminada.

—Pero ¿dónde está la priora? —preguntó mi madre—. Como os hemos dicho, hermana, nos esperan.

La hermana Anne saludó con una inclinación de cabeza y se marchó. A juzgar por el modo en que mi madre arrugó los labios, entendí que no estaba nada satisfecha con la forma en que nos habían tratado hasta el momento.

En la sala había dos mesas de madera. Una era grande y tenía un taburete detrás. La otra era estrecha y estaba pegada a una pared. Vi que acababan de barrer el suelo y que no había en las paredes huellas del paso

del tiempo. Quizá el priorato fuera modesto, pero estaba escrupulosamente mantenido.

—¿Cómo tienes ese corte? —preguntó mi madre. Levantó el paño y me miró la mejilla—. Ya no sangra. ¿Todavía te duele?

—No —mentí.

Vi un libro encima de la mesa estrecha y decidí inspeccionarlo más de cerca. Dominaba la cubierta de piel un brillante retrato de un hombre con hábito y barba blanca que llevaba en la mano una vara, parecido al retrato de la cámara delantera, aunque más detallado. El orgullo beatífico de su expresión, los pliegues de su túnica marrón, las nubes que flotaban sobre su cabeza. Todo estaba elaborado con colores intensos y deslumbrantes. Una rama entreverada recorría el largo del borde cuadrado del retrato: delgada y con finas hojas grises. Con mucho cuidado, abrí el libro. Estaba escrito en latín, lengua a la que me había dedicado desde los ocho años. *La vida de san Benedicto de Nursia*, ese era el título del volumen. Debajo de este aparecían sus años de vida: 480 al 543 a. C. Había un pájaro negro debajo de los años, con una hogaza de pan en el pico. Pasé otra página y empecé a absorber la historia. Bajo el retrato de un adolescente vestido con una túnica romana leí que san Benedicto renunció a la fortuna de su familia y eligió dejar la villa donde se había criado. Otra página lo mostraba solo, rodeado de montañas.

Tan concentrada estaba que no oí a mi madre hasta que la tuve a mi lado.

—Ah, el fundador de los benedictinos —dijo. Señaló las ramas que se entrecruzaban en el borde de las páginas—. La rama de olivo es preciosa. Es el símbolo de su orden.

Mi dedo se quedó helado sobre la página. Por vez primera desde el mes de mayo anterior, cuando me había visto sometida al libertinaje de la corte de Enrique VIII, me di cuenta de que sentía auténtica curiosidad. ¿Era acaso la violenta fuerza del viento la que me había arrancado de la lasitud en la que estaba sumida? ¿O me había quizá despertado ese parco y humilde priorato y la relumbrante hermosura de aquel, su precioso objeto?

Se abrió la puerta y una mujer entró con paso firme a la habitación. Era más joven que la primera monja, de una edad más próxima a la de mi

madre. Tenía un rostro afiladamente cincelado y unos pómulos marcados.

—Soy la priora. La hermana Philippa Jonys.

Mi madre se adelantó al instante, cogió la mano de la priora para besarla y se hincó sobre una sola rodilla. No fue un gesto puramente teatral: yo sabía que en España se mostraba una profunda obediencia a los superiores de las santas casas. Pero los ojos de la priora se abrieron ostensiblemente al ver a mi madre postrada ante ella.

Tras desasirse de la mano de mi madre, dijo:

—Lamento vuestro contratiempo. Somos una casa benedictina y hemos jurado hospitalidad. Os ofreceremos un lugar donde podréis descansar hasta que estéis preparadas para reemprender el viaje.

Mi madre balbuceó:

—Pero hemos venido a ver la hermana Elizabeth Barton. Así se había dispuesto. Me escribí con el doctor Bocking antes de salir del castillo de Stafford.

Miré a mi madre sin disimular mi sorpresa. Desde un principio había creído que el viaje a Saint Sepulchre era espontáneo y que, como muy pronto, se había organizado en Canterbury o en Londres. Empecé a comprender que las aguas curativas no eran sino una excusa para llevarnos hasta allí. La visita a Saint Sepulchre, sin la vigilancia de nuestros criados, era su propósito.

—No he sido informada de esta visita, y nada ocurre aquí sin mi aprobación —dijo la priora.

Cualquiera se habría sentido intimidada ante semejante desplante. Jamás lady Isabella Stafford.

—El doctor Bocking, el monje que según tengo entendido es el asesor espiritual de la hermana Elizabeth, me escribió para concederme su permiso —replicó mi madre—. Habría traído su carta a modo de prueba, pero no imaginé que pudiera ponerse en duda la palabra de la esposa de sir Richard Stafford y dama de compañía de la reina de Inglaterra.

La priora cerró la mano sobre el cinturón de cuero que sujetaba su hábito.

—Esto es un priorato, no la corte del rey. La hermana Elizabeth no es miembro de nuestra comunidad. Tenemos a seis monjas en Saint Sepulchre.

Seis. Hay mucho que hacer aquí, responsabilidades terrenales y espirituales. Estas visitas son perjudiciales para la salud de la hermana Elizabeth. «¿Será mejor esta cosecha? ¿Volveré a casarme?». No puede dedicar todo su tiempo a esa suerte de ruegos.

—No he venido a preguntar por las cosechas —replicó mi madre.

—Entonces, ¿a qué habéis venido?

Tras dedicarme una mirada, mi madre respondió:

—Hace tiempo que mi hija no está bien. Si supiera qué camino tomar, lo que depara el futuro…

—No, madre —la interrumpí, horrorizada—. El primo Enrique nos ordenó que jamás solicitáramos ninguna clase de adivinación, después de que el duque de Buckingham…

—Silencio —me regañó mi madre—. Esto no tiene esa importancia.

Llamaron a la puerta y reapareció la hermana Anne.

—La hermana Elizabeth dice que verá ahora a la joven llamada Joanna —murmuró la anciana monja.

—¿La habéis informado de la presencia de estas visitas? —preguntó la priora.

La hermana Anne negó con la cabeza. La priora y la monja se miraron. Una peculiar emoción palpitó en el aire.

Mi madre no reparó en ella.

—Por favor, sin más demora, mostradnos cómo llegar a la hermana Elizabeth —dijo con tono triunfal.

La hermana Anne bajó la cabeza.

—Perdonadme, lady Stafford, pero la hermana Elizabeth ha dicho que verá a la joven a solas. Y que debe ir a verla por voluntad propia y sin presiones de ningún tipo.

—Pero yo no quiero ir a verla —protesté.

Mi madre me cogió de los hombros. Tenía el rostro enrojecido. Temí que estuviera al borde del llanto.

—Debes ir, Joanna —dijo—. *Por favor*[2]. Pregúntale qué es lo que debes hacer. La hermana Elizabeth tiene un don, una visión. Solo ella puede guiarnos. Yo no puedo seguir bregando con esto sola. No puedo.

No había sido consciente de hasta qué punto mi aflicción espiritual preocupaba a mi madre. Su sufrimiento me colmó de remordimientos. Iría a ver a la extraña y joven monja. La visita sería breve. Decidí que le haría algunas preguntas.

La priora y la hermana Anne hablaron entre susurros durante un minuto más. Luego la priora me indicó que la siguiera sola.

Me condujo por un pasillo, cruzamos la puerta de entrada y seguimos por otro corredor tenuemente iluminado. Mientras caminaba tras ella, pensé que la elegancia de sus movimientos los hacía distintos de los de las damas con las que me había criado. La de la hermana no estaba claramente calculada para despertar la admiración. Era una elegancia derivada de la simplicidad y de la economía de movimientos.

Intentaba asimismo planear cómo hablaría con la hermana Elizabeth Barton sin desobedecer la orden de lord Henry Stafford, mi primo y cabeza de la familia. El motivo fundamental del arresto de mi tío, el duque de Buckingham, había sido la profecía ostensiblemente distorsionada de un fraile. Durante el juicio, mi tío había sido acusado de intentar conocer el futuro, y en particular de desear saber cuánto tiempo más viviría el rey Enrique VIII y si tendría hijos varones, para poder así conspirar y hacerse con el trono. Después, mi cauto primo, su hijo, había dicho en repetidas ocasiones que ningún miembro de la familia podría jamás volver a tener ninguna relación con las profecías. Mi padre se mostró de acuerdo, pues albergaba una personal antipatía hacia los videntes, las brujas y los nigromantes. Esa era una de las múltiples facetas en las que mi madre y él no coincidían.

La priora llamó con suavidad a la puerta. Vaciló, frunciendo el ceño, antes de abrirla y hacernos pasar.

La habitación era diminuta, tan pequeña como la de una criada. Una única figura esperaba en el centro de la estancia, de espaldas a nosotras. No había ventanas. Dos velas que ardían a ambos lados de la puerta eran la única fuente de luz.

—Hermana Elizabeth, ¿asistiréis más tarde a vísperas? —preguntó la priora.

La figura asintió, pero no se volvió a mirarnos. La priora me dijo entonces, antes de indicarme con un gesto que me adelantara:

—No tardaré en regresar.

Entré en la habitación. La priora cerró la puerta.

La hermana Elizabeth Barton vestía el mismo hábito que las demás religiosas. No se volvió. Me sentí incómoda. Indeseada. Los minutos transcurrieron muy despacio.

—Es un viento que no trae lluvia consigo —dijo una voz joven.

—Cierto, hermana —respondí, aliviada al ver que por fin hablaba—. No hemos tenido lluvia. —Sin embargo, un segundo después me pregunté cómo era posible que estuviera al corriente de los elementos sin una sola ventana en la estancia. Supuse que otra monja debía de habérselo dicho. Del mismo modo que alguien le había dicho cuál era mi nombre: quizá el monje doctor Bocking. No creí que la hermana tuviera los poderes de los que había hablado mi madre. A pesar de mi feroz devoción, en esa suerte de cosas yo estaba más próxima al espíritu de mi pragmático padre.

Unas manos blancas se mostraron por fin y la hermana Elizabeth se volvió despacio, sentándose en el suelo. La monja no era más que una muchacha, y de aspecto tremendamente frágil. Tenía un rostro alargado y una barbilla respingona.

Cuando alzó la vista, vi que la tristeza le llenaba los ojos.

—No sabía que erais tan joven —susurró.

—Tengo diecisiete años —dije—. Parecéis de mi edad.

—Tengo veintidós años —respondió, y prosiguió—. Vos poseéis inteligencia, piedad, fuerza y belleza. Y sangre noble. Todo aquello de lo que yo carezco. —No había envidia en sus palabras. Era como si estuviera confeccionando mentalmente una lista de cosas que tenía que comprar en el mercado.

Pasando por alto el examen al que me había sometido, que por otro lado no hizo sino avergonzarme, pregunté:

—¿Cómo podéis decir que no tenéis piedad si sois una hermana de Cristo?

—Dios me eligió —respondió—. Yo era una criada y carecía de importancia para el mundo. Dios me eligió para dar voz a la verdad. No

tengo elección. Debo someterme a su voluntad. En vuestro caso es distinto. Vos poseéis una auténtica vocación espiritual.

La hermana Elizabeth Barton estaba confundida.

—No soy monja —apunté.

De pronto frunció el ceño, como si respondiera a la voz de otra persona. Se levantó despacio. Era una mujer menuda y flaca. Debía de medir al menos seis centímetros menos que yo.

—Sí, los dos cardenales vienen hacia aquí —dijo—. En el plazo de un mes. Pasarán por aquí de camino a Londres. Intentaré hablar con ellos. Debo encontrar el valor de presentarme ante los hombres más poderosos y de mayor alcurnia del reino.

En ningún momento mi madre había mencionado que la hermana Elizabeth fuera a salir de Saint Sepulchre para presentarse ante los poderosos.

—¿Y por qué ibais a hacer eso? —pregunté.

—Para detenerlos —respondió.

Me sentí de pronto indecisa. Una parte de mí era presa de la curiosidad. Sin embargo, otra parte aun mayor estaba empezando a inquietarse. No había nada de malévolo en aquella frágil monja, y sin embargo sus palabras me incomodaban.

Por fin, me pudo la curiosidad.

—¿A quién debéis detener, hermana? —Quise saber—. ¿A los cardenales?

Negó con la cabeza y dio dos pasos hacia mí.

—Vos lo sabéis, Joanna.

—No, hermana Elizabeth. No lo sé.

—Vuestra madre quiere saber cuál es vuestro futuro: duda entre malcasaros en el campo con alguien que acepte vuestra parca dote o intentar devolveros a la corte del rey. Tiene delante de sus ojos vuestra verdadera vocación, pero es incapaz de verla. Pobre mujer. No tiene la menor idea de lo que ha desatado al traeros.

¿Cómo podía saber la Santa Doncella de Kent tanto sobre mi familia? Y aun así dije, muy nerviosa:

—Hermana, no sé de lo que me habláis.

Su labio inferior tembló.

—Cuando la vaca monte al toro, debe el sacerdote su cuello poner a buen recaudo —dijo.

Se me encogió el estómago. Por fin había oído formular una profecía.

—No son palabras mías —prosiguió la hermana Elizabeth—. Proceden de los labios de la madre Shipton. ¿Sabéis a quién me refiero?

Negué con la cabeza.

—Nació en una cueva de Yorkshire —dijo, hablando apresuradamente —. Una niña sin padre, una bastarda del norte, odiada y el objeto de la burla de todos. Y no solo por su rostro deforme, sino por el poder de sus palabras. Arpía, la llaman. Bruja. Es una desgracia conocer la verdad, Joanna. Ver cosas que los demás no ven. Tener que intentar poner fin al mal antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué clase de mal? —En cuanto hice la pregunta, me arrepentí.

Una vez más, el labio inferior de la monja tembló. Tenía los ojos brillantes a causa de las lágrimas.

—Los Bolena —respondió.

Me tambaleé hacia atrás y me golpeé contra la pared de piedra. Busqué tras de mí a tientas, intentando dar con la puerta. Encontraría la salida de aquella estancia. Tenía que encontrarla.

—Oh, os he asustado. Perdonadme —gimió con las lágrimas surcándole el rostro—. No deseo este destino para vos. Sé que el mal os ha tocado ya. Haré lo que esté en mi mano, Joanna. No quiero que seáis vos la elegida.

—¿La elegida? —repetí, sin dejar de buscar la puerta.

La hermana Elizabeth extendió los brazos a ambos lados, con las palmas hacia el techo.

—Vos llegaréis después —dijo.

La gravedad de sus palabras, junto con el modo en que había extendido las manos, me provocó un escalofrió que me recorrió hasta los tuétanos.

La hermana Elizabeth abrió la boca como si fuera a decir algo más y de pronto la cerró. Su rostro se tiñó de un rojo intenso. Sin embargo, en un visto y no visto, el rojo desapareció, dejándole la piel de un pálido mortecino. Miré las velas. ¿Cómo podía alguien cambiar de color de ese modo? Pero las velas ardían, inmutables.

—¿Os encontráis indispuesta, hermana? —pregunté—. ¿Queréis que vaya a buscar ayuda?

Negó violentamente con la cabeza, aunque no para decirme que no. Su cabeza, los brazos, las piernas, todas y cada una de las partes de su cuerpo temblaban. La lengua asomaba y desaparecía una y otra vez en el interior de la boca. Menos de un minuto después, las rodillas le flaquearon y se desplomó.

—Duele —gimoteó, retorciéndose bocarriba—. Duele.

—Iré a buscar ayuda —dije.

—No, no, no —insistió, y su voz fue un ronco tartamudeo—. Joanna Stafford, escuchadme. Os… lo… imploro.

Luché contra el terror que me invadía y me arrodillé a su lado. Un hilillo de espuma blanca escapaba de su boca abierta. La hermana se agitaba y tosía. Creí que iba a perder la conciencia, pero no lo hizo.

—Veo abadías que se desmoronan hasta quedar convertidas en polvo —añadió. La agitación y la asfixia cesaron. Por increíble que parezca, la voz de la hermana Elizabeth tronó alta y clara—. Veo la sangre de monjes derramada por todo el país. Libros destruidos. Estatuas derribadas. Reliquias profanadas. Veo a los hombres más prominentes del reino con las cabezas cortadas. El pueblo será colgado, incluso los niños. Los frailes morirán de hambre. Las reinas morirán.

Mientras me balanceaba adelante y atrás, gemí:

—No, no, no. No puede ser.

—Vos sois quien llegará después —dijo, elevando todavía más la voz—. Yo soy la primera de tres videntes. Si fracaso, deberéis ir a ver al segundo y después al tercero para conocer toda la profecía y saber lo que debéis hacer. Pero solo debéis actuar por voluntad propia. Cuando la tercera haya profetizado, nada podrá detenerlo, Joanna Stafford. Nada.

—Pero no puedo —grité—. No puedo hacer nada. No soy nadie… y estoy demasiado asustada.

Alzando de tal modo la voz que reverberó en su celda, la hermana Elizabeth dijo:

—Cuando el cuervo trepe por la cuerda, el perro deberá volar como el halcón. Cuando el cuervo trepe por la cuerda, el perro deberá volar como el

halcón.

La puerta se abrió de par en par. La priora y la hermana Anna corrieron hacia la monja que seguía tirada en el suelo y se arrodillaron junto a ella. La hermana Elizabeth Barton dijo tan solo dos palabras más antes de que la priora le abriera la boca y la hermana Anne le introdujera un paño dentro. Entonces la hermana Elizabeth giró la cabeza, clavó en mí su mirada feroz y habló.

—El cáliz.

OceanofPDF.com

2

Dartford, 2 de octubre de 1538

Estaba acostada y despierta en la cama un funesto martes por la noche, diez años después de la visita a la vidente y dos meses antes de la desesperada misión a Canterbury. Lloraba el pasado y me preocupaba el futuro, aunque sin tener la menor noción de lo que estaba por venir. Los acontecimientos del día siguiente me devolverían al sendero de la adivinación que la hermana Elizabeth Barton ya me había anunciado tiempo atrás. Pero allí acostada y con la mirada clavada en el techo, tan solo había una cosa predecible: la espesura del fango del día siguiente.

La lluvia había empezado a caer con fuerza a medianoche, cuando hacía ya unas horas que me había acostado. Era una buena cama, con un colchón en una tabla apoyada sobre cuatro cortas patas de madera. En cualquier caso, era más cómoda que el viejo camastro que había ocupado en el priorato de Dartford, un jergón relleno de paja sobre el suelo de piedra del dormitorio de novicias. En el priorato dormíamos a ratos: después de vísperas descansábamos unas horas y a medianoche nos despertaban las campanas para llamarnos a maitines. Tras esa práctica, volvíamos a dormir a nuestros dormitorios hasta que el repicar de campanas convocaba a laudes.

Aunque ya no había nada que me molestase entre el crepúsculo y el amanecer, el sueño me eludía como llevaba haciéndolo varias noches. Me detuve a escuchar la lluvia y los leves ronquidos de Arthur, que dormía en el lado opuesto de la pequeña estancia.

—Contigo Arthur estará a salvo —me había dicho mi padre el invierno anterior. Había ido al priorato para pedirme que cuidara del pequeño, que en aquel entonces tenía cuatro años y que era el hijo único de mi prima Margaret. Margaret había muerto y mi padre no había tardado en seguir sus pasos, pues su salud no había podido superar el encarcelamiento en la Torre y los demás horrores que había sufrido durante el año anterior.

A ojos de toda Inglaterra, Margaret Bulmer, la hija bastarda de mi tío, el duque de Buckingham, era una infame traidora que había muerto en la hoguera de Smithfield por haber participado en la Peregrinación de Gracia. Pero para mí era mi íntima compañera de infancia. Jamás me arrepentiría de haber ido a Smithfield, quebrantando con ello la regla de clausura de mi orden dominica, para apoyar a Margaret. Por supuesto que protegería y cuidaría de su hijo. Y jamás revelaría a nadie la verdad de su origen: que el pequeño no era hijo del marido de Margaret.

Tanto en el castillo de Stafford como en el priorato de Dartford me había resultado tranquilizador el repiqueteo de la lluvia contra las ventanas. ¿Y por qué no? Los elementos jamás habían sido para mí un impedimento. Antes de la aparición de Arthur, pasaba la mayor parte del día sin salir al exterior.

Pero esa noche estaba a merced de los elementos. Lo único que mantenía ocupado a Arthur era jugar sin descanso: corría, trepaba, cavaba y jugaba a la pelota. A medida que la lluvia arreciaba, el temor ensombrecía lo que traería consigo el día siguiente. ¿Cómo iba a bregar con Arthur si una tormenta nos impedía salir? Tendría que echar mano de toda mi fuerza para lidiar con él, y así los minutos de insomnio fueron alargándose hasta convertirse en horas. Las cavilaciones giraban una y otra vez en mi cabeza.

—No debemos rendirnos a la autocompasión —decía a menudo el hermano Edmund. Y tenía razón. Pero no era exactamente autocompasión lo que me atenazaba, sino mi incapacidad para entender por qué Dios había permitido que ocurriera todo lo que había tenido lugar: la disolución de los monasterios, el final de nuestra forma de vida. Me habían repetido hasta la saciedad que debía someterme a la voluntad de Cristo, Nuestro Señor. Para mi vergüenza, me resultaba imposible.

Por fin, afortunadamente, un terrible agotamiento silenció todas mis preguntas y pude conciliar el sueño.

Justo antes del amanecer, Arthur me despertó sacudiéndome el hombro con fuerza.

—Joanna…, hambre.

A pesar de lo exhausta que estaba, el sonido de la balbuceante voz de Arthur, que no hablaba tan bien como la mayoría de los niños de cinco

años, y la visión de su rostro redondo y hermoso, me alentó. Me levanté de la cama, le puse su trajecito y lo llevé abajo con su pequeña mano caliente agarrando la mía.

Prendí el fuego en la cocina y corté unas rebanadas de pan. Descubrí entonces que la mayor parte del queso se había puesto rancio y aun así me las ingenié para encontrar un trozo decente para Arthur. Kitty, la sirvienta, a menudo olvidaba guardar convenientemente la comida en nuestra pequeña despensa. Yo era su primera señora. Kitty vivía cerca con sus padres e iba a casa casi todas las tardes a barrer, lavarnos la ropa y hacer la colada, batir la mantequilla y cocinar. No hacía nada bien, pero era una muchacha dulce y necesitaba el dinero y yo quería ayudarla. Arthur engullía ya su segunda rebanada de pan cuando llamaron a la puerta de la calle.

—¡Hermana Bea! —cacareó Arthur.

La hermana Beatrice entró sigilosamente en mi casa, sacudiéndose la lluvia de la capa. Tenía prendidas en las largas pestañas rubias pequeñas gotas de agua. La hermana había sido novicia antes que yo y hacía un año que había dejado el priorato, pero había regresado en calidad de seglar durante unos meses antes de su cierre. Desde entonces, como yo, también ella vivía en el limbo, convertida en una mujer obligada a renunciar a la vida religiosa pero que carecía de la mente y el espíritu necesarios para abrazar el mundo secular.

Cuando Arthur levantó los brazos para abrazarla por la cintura, la hermana Beatrice esbozó su sonrisa habitual, esa curva de los labios tan típica en ella que no dejaba a la vista los dientes. Era una mujer de pocas palabras. Yo jamás había visto la menor sombra de rubor en su blanca piel, ni un atisbo de rabia destellar en sus almendrados ojos verdes.

Cuando le di un trozo de pan ella me miró largamente. Supuse que la noche que había pasado prácticamente en vela me había dejado la cara en un estado lamentable. Pero la hermana no hizo preguntas. Ninguna de las dos nos inmiscuíamos en los secretos de la otra.

—Me vestiré enseguida —dije, pues llevaba todavía puesto el camisón.

—Cuando volváis de misa, ¿os parece que vayamos a la Oficina de Aduanas? —preguntó. La hermana Beatrice cuidaba de Arthur mientras yo

iba a misa, pues el pequeño era incapaz de guardar silencio durante el servicio.

Un instante más tarde, mi modorra se desvaneció como por encanto.

—Ah, sí. Lo había olvidado. Es el primer miércoles de mes. ¡Hurra! — Bailé con Arthur por la cocina. Él se reía tanto que las migas de su pan medio mordido volaron por los aires.

Había llegado el día de ir a buscar mi telar para la elaboración de tapices.

En el priorato había tejido tapices, unas exquisitas piezas de seda. Los vendíamos para que adornaran las paredes de los castillos. Cada tapiz contaba una historia basada en mitos antiguos o en parábolas de las Escrituras. Se esperaba de nosotras, las novicias, que tejiéramos al menos tres horas diarias, cuando la luz era más intensa. Mi madre me había enseñado personalmente a manejar la aguja y aunque la elaboración de tapices era muy diferente —nos sentábamos ante un gran telar de madera, a veces pulsando los pedales con los pies—, enseguida había aprendido.

Hacía cuatro meses que se me había ocurrido seguir con la tradición de la elaboración de tapices de Dartford y hacer de ello una empresa privada. El desafío era conseguir un telar, puesto que naturalmente el del priorato había desaparecido con nuestra disolución, como había ocurrido con el resto de nuestras posesiones. Esa clase de telares ni siquiera se construía en Inglaterra. Había encargado uno a Bruselas, que era el centro de la producción de tapices de toda la cristiandad y había mandado que lo enviaran a Dartford desde los Países Bajos. No había sido tarea fácil a causa de todas las dificultades comerciales, pero lo había conseguido. El primer miércoles de mes era el día en que los nuevos productos importados se distribuían a sus respectivos clientes en la Oficina de Aduanas.

Subí corriendo a vestirme, me puse rápidamente la túnica y me recogí el espeso pelo negro antes de cubrirme la cabeza con mi toca blanca más limpia.

Le di un beso a Arthur en la mejilla y salí corriendo a la calle al tiempo que gritaba, sin tan siquiera volverme de espaldas:

—Cuando vuelva, os quiero a ambos preparados. ¡Traeré refuerzos!

OceanofPDF.com

3

En cuanto salí de casa, me sumergí en el corazón de la villa. Vivía en High Street, en un edificio de dos plantas de estructura de madera situado delante de la iglesia.

Desde el interior de las paredes de nuestro priorato, la villa de Dartford había parecido una buena vecina: un lugar amigable donde imperaba el orden. Enclavada a tres horas a caballo de Londres, era famosa por sus seguras posadas, sus orgullosas tiendas y, naturalmente, por su iglesia de quinientos años de antigüedad. Pero existía otra Dartford, una villa no tan prolija. El matadero estaba más cerca de la iglesia de lo que normalmente se consideraba deseable en una villa de ese tamaño. El hedor que provenía del matadero, los animales despiezados y el pescado muerto, era sin duda un constante engorro. No podía dejar de preguntarme por qué los padres de la villa no ordenaban el traslado de tan maloliente lugar.

Poco a poco yo había empezado a ver en el matadero una señal de que bajo la agradable superficie de Dartford acechaba la fealdad. El matadero era un recordatorio que también a menudo yo pasaba por alto.

Esa mañana, sin embargo, salté despreocupadamente los charcos de la calle para llegar al orgullo de la villa: la iglesia de la Santísima Trinidad. Su cuadrada torre normanda, con las paredes de más de dos metros de grosor, se veía a kilómetros de distancia.

Cuando ya había cruzado la calle, oí las voces de mis amigos a mi espalda.

—Hermana Joanna, buenos días.

El hermano Edmund y la hermana Winifred se parecían mucho: ambos eran delgados y tenían el pelo rubio cenizo y grandes ojos marrones. Mientras esperaba a que me dieran alcance en la puerta, estudié atentamente los sensibles rasgos del hermano Edmund, más por una cuestión de costumbre que de necesidad. Durante años, el hermano había luchado contra una dependencia secreta de cierta tintura elaborada a partir de una

exótica flor roja de la India. En el priorato así me lo había confesado él y había jurado no volver a ceder a la tentación. Desde entonces, yo siempre estudiaba sus ojos por si veía en ellos alguna señal que delatara la presencia de la poción: una calma sobrenatural, una confusa modorra. Con la disolución del priorato, el hermano Edmund había seguido ejerciendo de boticario y curandero. El priorato contaba con dos enfermerías, una intramuros y la otra, construida para el beneficio de la villa, fuera. El hermano Edmund mantuvo abierta la de la villa, aprovisionándola personalmente y practicando sus dotes con todo aquel que así lo deseara. Me preocupaba que la proximidad a las tinturas propias de su oficio debilitara su determinación. Pero ese día, como había ocurrido todos los días desde hacía ya casi un año, tenía la mirada despejada.

En cuanto me dieron alcance, me percaté de que, más que su hermano mayor, era la hermana Winifred quien merecía ser el objeto de mi preocupación. Tenía la piel cenicienta y los pómulos marcados. Yo sabía que el aire cenagoso de Dartford causaba estragos en ella, sobre todo después de una noche de lluvia como la que habíamos tenido.

—¿Os encontráis bien, hermana? —pregunté cuando los tres entramos a la iglesia.

—Oh, sí —se apresuró a responder.

Nuestros zapatos resonaron en el suelo al cruzar la iglesia, que en ese instante era un hervidero de luz. Las luminosas velas parpadeaban por doquier: en el magnífico altar principal, en la capilla de santo Tomás Becket y en el suelo, apiñadas alrededor de las lápidas de bronce, honrando a la difunta nobleza de Dartford.

Nosotros tres éramos los únicos visibles en el suelo. Sin embargo, no estábamos solos. A unos treinta metros de altura, muy por encima de la sacristía, por tres aberturas verticales, resplandecía una vela. Y una malévola forma oscura se movía entre estas ranuras labradas en la piedra.

El padre William Mote, vicario de la iglesia de la Santísima Trinidad, nos observaba desde su habitación privada.

El hermano Edmund alzó la vista. También él reparó en la vigilancia a la que nos tenía sometidos el sacerdote. Rodeó con el brazo a la hermana Winifred, acariciándole el hombro mientras la conducía a nuestro destino,

situado en el rincón enclavado más al sudeste de la iglesia: el altar de la Virgen María.

No sé exactamente cómo pasó, que nosotros, los refugiados del priorato de Dartford, fuésemos apartados de esta manera. Nadie nos dijo nunca que no fuésemos bienvenidos en la Santísima Trinidad. Todo se hacía como si fuese en nuestro porpio beneficio: «Vuestra Orden de los Dominicos reverencia a la Virgen, ¿no sería más cómodo para vosotros estar en una capilla dedicada a Ella?». Igualmente debíamos escuchar misa exclusivamnete del senil padre Anthony en lugar del padre William.

Repasé mentalmente todo lo bueno que nuestro priorato había hecho durante generaciones, y no solo en calidad de casero y patrono, sino también de mecenas del hospicio y de la enfermería. ¿Y qué decir de nuestro papel como maestras? El priorato era el único lugar en el que las jóvenes hijas de las insignes familias locales podían aprender a leer y a escribir. Nada lo reemplazaría. Y, sin embargo, en ese momento se nos trataba como a animales inferiores a los que había que apartar del resto del rebaño. Hundí los dedos en la pila de agua bendita situada a un lado de la entrada a la capilla. Pero antes de seguir dentro a la hermana Winifred, me volví de espaldas para fulminar con la mirada el punto de espionaje que el padre William tenía en las alturas. «Debería daros vergüenza», pensé.

El hermano Edmund negó con la cabeza. Mientras yo lo vigilaba por si veía en él alguna señal que delatara su flaqueza, él hacía cuanto estaba en su mano para ayudarme a controlar mi genio.

Ocupé mi sitio delante de la estatua de la serena Virgen. Me ofrecía un leve consuelo poder oír misa en semejante capilla. Un colorido mural que representaba a san Jorge matando al dragón dominaba la estancia.

Oí movimiento a mi espalda. Las demás llegaban ya: las seis monjas de Dartford que seguían viviendo en comunidad. Ellas eran los vestigios del priorato. Intentaban vivir según los preceptos de nuestra orden. Cuando el rey Enrique y Thomas Cromwell, lord del Sello Real, habían disuelto el priorato, la mayoría de las hermanas habían regresado a casa con sus familias. Nuestra priora se había trasladado a casa de un hermano y no habíamos vuelto a tener noticias de ella. Pero la hermana Rachel, una de las monjas de más edad, había heredado hacía años una gran casa situada a

poco más de un kilómetro del centro de la villa y cinco hermanas más se instalaron allí con ella, sumando sus pensiones. La naturaleza tan alborotadora de Arthur había hecho imposible que pudiera sumarme a las hermanas en su comunidad, de ahí que, como el hermano Edmund y la hermana Winifred, le hubiera alquilado una vivienda a la iglesia de la Santísima Trinidad.

La misa matinal era el momento en que podíamos estar todos juntos de nuevo. En el priorato habíamos cantado los salmos al menos cuatro horas diarias: la liturgia era el corazón de nuestro compromiso con Dios. Resultaba difícil verla reducida a una simple celebración, pero sin la misa diaria nos habríamos sumido en la confusión.

Cuando la hermana Eleanor avanzó con paso firme, el agua le cayó de la ropa. Sí, llevaba el dobladillo del vestido empapado tras el kilómetro y medio de caminata bajo la lluvia, aunque jamás se quejaba. Había sido nombrada circatrix de Dartford por la priora, o lo que es lo mismo, era la encargada de hacer que se respetaran las normas. Por lo que yo veía, ahora la hermana Eleanor se consideraba nuestra líder, aunque la hermana Rachel, que era diez años mayor que ella y además la dueña de la casa, tenía también las ideas muy claras sobre cómo debían comportarse.

Todas nos colocábamos exactamente en el mismo lugar todos los días, recreando la jerarquía de nuestro mundo perdido. La hermana Winifred y yo, las dos exnovicias de Dartford, delante. La tensa hermana Eleanor detrás de nosotras. A continuación estaban las dos hermanas que habían ocupado sendos cargos de dirección en Dartford: la hermana Rachel, la relicaria, y la hermana Agatha, la encargada de novicias. Finalmente estaban los últimos tres del grupo: el hermano Edmund se situaba al otro lado del pasillo, solo, manteniendo la estricta división entre hombres y mujeres.

Intenté por todos los medios contener mi impaciencia mientras esperábamos al sacerdote que teníamos asignado. Los únicos sonidos perceptibles eran el chisporroteo del cirio del altar o uno de los sonoros suspiros de la hermana Agatha. Me giré. Sus ojos se encontraron con los míos con una leve inclinación de cabeza. De todas las hermanas, era a ella,

mi encargada de novicias, chismosa y de gran corazón, a la que más echaba de menos.

Por fin oímos llegar al padre Anthony con su inconfundible arrastrar de pies.

—Salve —dijo con su frágil voz.

Un instante después de que el padre empezara a decir misa, miré al hermano Edmund. Aquello no era correcto. Mi amigo, que conocía el latín tan bien como yo, se aclaró la garganta.

—Perdonadme, padre, pero no estamos celebrando el comienzo de la Cuaresma.

El sacerdote parpadeó deprisa mientras murmuraba entre dientes.

—¿Qué día es hoy?

—Es dos de octubre, padre.

—¿De qué año?

El hermano Edmund respondió con suavidad:

—El año de Nuestro Señor mil quinientos treinta y ocho.

El hermano Anthony se detuvo a pensar un instante y acto seguido empezó a celebrar una misa de rigor.

Qué bajo habíamos caído. Me dolió recordarlo. Me vi de nuevo sentada en el banco de novicias, cantando y recitando, mareada bajo el efecto del embriagador incienso de lavanda, o cogiendo cerezas de un árbol del huerto, u hojeando uno de los preciosos libros de la biblioteca. Esa mañana sentí un anhelo idéntico en los demás, palpitando en el aire del templo. Pero ¿qué podíamos hacer? La vida monástica había quedado extinguida de Inglaterra.

Después de tomar la comunión, salimos juntos, cruzando la gran iglesia. Debido a que el padre Anthony había empezado la misa con tanto retraso, los vecinos habían comenzado a llegar y poco a poco iban haciendo su entrada para asistir a su propia misa. Una mujer se arrodilló delante del altar y reemplazó con suma ternura los cirios ya usados por los nuevos a los que acababa de sacar lustre.

Oí un ruido extraño cuando pasamos por el pasillo central: era el llanto de un hombre.

—Ah, es Oliver Gwinn —apuntó el hermano Edmund—. Su mujer murió ayer.

Miré hacia el fondo del pasillo. Vi a un hombre de pie y solo, cuyos hombros se agitaban.

—Qué triste. Estaban muy unidos —dijo la hermana Winifred. Ambos conocían a los vecinos mejor que yo gracias a su labor en la enfermería.

—Debemos intentar ayudarlo —propuso el hermano Edmund.

La hermana Winifred dijo entonces:

—Pero ¿y las normas?

Me estremecí. El hermano Edmund había recibido instrucciones que le impedían ejercer la labor de fraile dentro de la iglesia. Los frailes dominicos elegían una vida que no solamente incluía el estudio de la sabiduría de Dios, sino también dar consuelo a quienes lo necesitaban: los enfermos, los pobres y los desesperanzados.

El hermano Edmund se adelantó como si no hubiera oído a su hermana. Lo acompañé por el pasillo, como siempre tremendamente orgullosa de mi amigo.

Oí entonces los pasos de alguien que corría para darnos alcance y, con el corazón en un puño, me volví. ¿Quizá algún parroquiano intentaba ya impedirnos dar consejo? Pero no, se trataba de la hermana Agatha, que había sido en su día encargada de nosotras, las novicias, y que tenía un brillo de interés en la mirada.

—Señor Gwinn, ¿puedo seros de alguna ayuda? —preguntó el hermano Edmund—. Lamento profundamente la pérdida que acabáis de sufrir. Vuestra esposa era una mujer maravillosa y una buena cristiana.

El señor Gwinn se volvió despacio. Tendría unos cincuenta años. Vestía como un hombre próspero y llevaba una espesa barba negra salpicada de gris.

—Así es, hermano —dijo con la voz ronca y rota—. Sois muy amable al preguntar. Debo confesar que ha sido un duro golpe. He pasado todos y cada uno de mis días con mi Amy desde que tenía veinte años. Nuestros hijos, nuestros nietos. No sé qué hacer.

El hermano Edmund puso una mano en el ancho hombro del viudo.

—Quedaos tranquilo. Ahora ella está en un lugar mejor —dijo. Aunque yo mejor que nadie sabía que el hermano Edmund no siempre estaba seguro de sus propias fuerzas, cuando ayudaba a los demás, irradiaba una confianza que ayudaba a muchos a superar sus contratiempos.

Eso fue exactamente lo que ocurrió con el señor Gwinn, que asintió en señal de gratitud.

—Oh, pobre de vos…, pobre, pobre hombre. —Quien habló fue la hermana Agatha, que en ese momento se adelantó hacia Oliver Gwinn con los ojos llenos de lágrimas—. Sé que adorabais a vuestra esposa.

El hombre miró a la hermana Agatha y su rostro sencillo y exhausto se transformó. En vez de debilitarle, las palabras de compasión de la hermana parecieron insuflarle fuerzas renovadas.

—Gracias —dijo.

—¿Os está molestando esta gente, señor Gwinn? —preguntó una voz aguda y nasal.

Por fin, la reprimenda. Me pregunté, sin embargo, por parte de quién.

Una mujer de edad similar a la de Oliver Gwinn se abrió paso. También ella iba elegantemente vestida: su vestido de color bermejo se ceñía sobre unos senos enormes y caídos. Las cejas, oscuras y espesas, prácticamente se unían sobre la nariz enmarcando unos ojos azules y fríos como el hielo.

—Estamos ayudando al señor Gwinn —le dije.

La mujer me miró primero a mí y después a los demás con un rostro preñado de desprecio.

—Sí, señora Brooke, están ayudándome —dijo el viudo.

—Pero no les corresponde a ellos, sino al padre William —replicó ella con tono acusador—. Ah, aquí llega.

Me tensé cuando vi acercarse al vicario de la iglesia de la Santísima Trinidad. El padre William jamás caminaba apresuradamente. Al contrario, andaba con paso indolente. Su sonrisa habitual le ocupaba la mitad inferior de la cara. Sobre ella, sus ojos nos examinaban con la antipatía propia de un hombre que se enfrenta a una herida perpetuamente sanguinolenta.

Me di cuenta de que había alguien más vigilándome: la señora Brooke no se había movido.

—Sé quién sois —me dijo.

—¿Ah, sí? —pregunté, encogiéndome de hombros. Supongo que heredé de mi madre ese movimiento de hombros, uno de sus gestos españoles más imperiosos.

—¿Alguna dificultad? —preguntó el padre William. En raras ocasiones nos llamaba por nuestro nombre, para así evitar tener que utilizar «hermano» o «hermana», títulos a los que, en honor a la verdad, ya no teníamos derecho. Los vecinos más considerados de la villa seguían usando con nosotros esa fórmula por una cuestión de respeto, pero el padre William no era un hombre considerado.

El hermano Edmund, que era unos cuantos centímetros más alto que el vicario, se inclinó sobre él en un amago de reverencia conciliadora.

—Ninguno, padre —dijo.

—En ese caso debo pediros que os reunáis conmigo en la capilla de santo Tomás Becket —añadió—. Ya he pedido a los demás que nos esperen allí. Tengo algo que deciros a todos.

Fui presa del más absoluto desánimo. Sentí la mirada de odio de la señora Brooke en la espalda mientras yo seguía a los demás por el pasillo hacia la capilla.

La hermana Rachel, la hermana Eleanor y el resto de las monjas estaban allí de pie, visiblemente inquietas. Nos reunimos con ellas, formando un receloso semicírculo.

El padre William entrelazó las manos para dirigirse al grupo.

—Siento que es mi deber prepararos para lo que ha de ocurrir de forma inminente —empezó—. Thomas Cromwell, el lord custodio del Sello Real y nuestro vicerregente de Asuntos Espirituales, ha formulado ciertos artículos que deberán leerse ante el pueblo de Inglaterra. El rey ha dado su aprobación a los artículos y el arzobispo Thomas Cranmer ha enviado las cartas que muy pronto llegarán a todas las parroquias del reino.

Hizo una pausa para mirarnos, uno por uno, dejándome la última. Sus ojos brillaron al tiempo que estudiaba mi rostro, que debía de estar colmado de terror.

—Habrá cambios en el cumplimiento de la religión —confirmó—. Y todos y cada uno de vosotros deberéis someteros a la voluntad de nuestro señor soberano, el rey.

—Somos ya súbditos obedientes al rey Enrique —dijo la hermana Eleanor—. Os ruego que nos informéis de lo que debemos esperar.

El padre William se retiró un poco para dirigirse directamente al hermano Edmund. Yo me había fijado en ocasiones anteriores que al padre lo incomodaba sobremanera el papel de líder que ostentaba la hermana Eleanor. Siempre prefería hablar con el único hombre del grupo.

—Van a desmantelar esta iglesia —sentenció.

OceanofPDF.com

4

Salimos en silencio de la Santísima Trinidad. Había dejado de llover. Una niebla espesa y blanca impregnaba el aire, ocultando los edificios situados detrás de la vidriería. Era como si una nube hubiera descendido sobre la tierra. El hedor del matadero y el olor acre a pescado podrido nos rodeaba.

Fue la hermana Rachel quien rompió el silencio.

—Abominaciones herejes —gimió.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró la hermana Agatha.

Dos hombres nos observaban con curiosidad desde la periferia de la neblina. Siempre que la diáspora del priorato de Dartford nos juntábamos en la villa, llamábamos la atención.

—Callad, hermanas —ordenó la hermana Eleanor—. No hablaremos aquí, en público, de este asunto. Regresaremos a casa.

Se marcharon, alejándose a pares como si recorrieran el pasillo del claustro y no una apestosa calle enfangada.

Los tres que nos quedamos —el hermano Edmund, la hermana Winifred y yo— nos miramos, esforzándonos por asimilar lo que acababa de decir el padre William. «Desmantelar», qué palabra más espantosa. Eso significaba que se seguiría celebrando misa en la iglesia de la Santísima Trinidad, pero que el modo en que adorábamos a Dios iba a cambiar. Los cirios se apagarían. A partir de ese momento la luz natural habría de ser suficiente. Se eliminarían las estatuas de los santos, prueba irrefutable de la «superstición y de la idolatría papista de los hombres». Las placas de bronce, cariñosos tributos a la memoria de los vecinos de Dartford, se arrancarían del suelo. ¿Y qué ocurriría con el mural de san Jorge? Lo cubrirían con pintura. La capilla de santo Tomás Becket sería asimismo desmantelada, pues el rey lo consideraba un rebelde contra la autoridad real, y todas las capillas y las estatuas levantadas en su honor debían destruirse.

El hermano Edmund se aclaró la garganta.

—Debo ir a la enfermería. Me temo que el velero sufre de hidropesía. —Se volvió hacia su hermana—. No es necesario que me ayudes. Si lo prefieres, puedes irte un rato a casa.

De pronto, me acordé.

—¡El telar! —exclamé—. Hoy es el día que puedo tomar posesión de él. —Tiré de la manga de la hermana Winifred—. Por favor, acompañadnos, a mí y a la hermana Beatrice, a la Oficina de Aduanas.

Pero la hermana Winifred se estremeció al tiempo que tosía. Las peleas y las tensiones a menudo provocaban en ella uno de sus episodios de asfixia.

El hermano Edmund me indicó con un gesto que esperara y cruzó a toda prisa la calle con su hermana en dirección a su casa. Cuando regresó, dijo:

—Quizá mañana sea un día más indicado para ir a buscar el telar.

—Pero es que llevo mucho tiempo esperando, hermano. —Estaba muy decepcionada.

Frunció el ceño mientras miraba por encima de mi hombro.

—Nos vigila —dijo.

—¿Quién? —Me volví a mirar. El rostro de una mujer se hizo visible en una de las ventanas de la iglesia. Reconocí la recelosa expresión: era la señora Brooke.

—¿La conocéis? —pregunté.

—El señor Brooke, su marido, construyó la casa más grande de Overy.

—Eso no le da ningún derecho a mangonearnos a su antojo.

El hermano Edmund negó con la cabeza.

—Hermana Joanna, os ruego que no olvidéis que aquí en la villa carecemos por completo de protección. Como bien ha dicho la hermana Eleanor, debemos adaptarnos.

Miré hacia la ventana de la iglesia y vi a la señora Brooke y la oscilante llama que rodeaba su rostro maligno, la misma luz que no tardaría en extinguirse. Con todo mi corazón, no deseaba adaptarme.

Fue en ese momento cuando John se acercó tambaleándose por High Street. Era una criatura absolutamente patética. Hacía unos años que había perdido el juicio y, con la muerte de sus padres, el hospicio que estaba al cuidado del priorato lo había admitido. John tenía primos en la villa, pero

estos no se veían capaces de lidiar con él. Cuando el priorato había cerrado sus puertas, lo había hecho también el hospicio que albergaba a los pobres y a los repudiados. Habían trasladado a John al hospicio de la villa. John odiaba su nueva casa y su locura se había vuelto incontrolable, como la sopa que hierve demasiado tiempo en la olla. Se negaba a recortarse la barba y decía ser san Juan Bautista. De noche dormía, infeliz, en el hospicio. Durante el día vagaba por las calles, gritando tonterías. Los crueles jóvenes de la villa le arrojaban basura. Nosotros, que habíamos vivido en el priorato, sentíamos compasión por él. Sin embargo, en su cabeza éramos los exiliados de Dartford, los culpables de su desgracia. Y, por incomprensible que pueda parecer, el hermano Edmund era su objetivo principal.

—Mirad el gran río Éufrates —gritó John—. El agua se secó. Vi a tres espíritus sucios como sapos salir de la boca del dragón. —John se volvía a derecha y a izquierda, como si estuviera rodeado de una multitud de entregados acólitos—. Mirad, he aquí al falso profeta.

El hermano Edmund, que ya había aprendido desde hacía meses que era imposible razonar con John, me pidió en voz baja:

—Prometedme que aguardaréis y que no iréis a la Oficina de Aduanas sin mí.

—John jamás nos pone una mano encima a ninguna de nosotras, no hay nada que temer —dije.

—No es a John a quien debemos temer —contestó el hermano Edmund —. Hermana Joanna, tengo que ir a la enfermería.

Me sonrió por última vez y se alejó corriendo por la calle para asistir a los pacientes que lo necesitaban.

John lo persiguió tambaleándose y tironeándose de la barba.

—Hermanos y hermanas —gritó—, este hombre conjura los espíritus de los demonios obrando sus milagros. ¡No lo sigáis al lugar que los hebreos llaman el Armagedón!

Me alejé de la locura de John y eché a andar hacia mi casa. Al cruzar la calle, lamenté la falta de entusiasmo que tanto el hermano Edmund como la hermana Winifred y las demás monjas habían mostrado por mi iniciativa con la elaboración de tapices. Yo bien sabía que no era una empresa fácil.

Los telares empleados y los hilos de seda eran extremadamente caros, pero no había otro modo de empezar: tenía que hacer una inversión inicial para elaborar mi primer tapiz. Los beneficios resultantes de su venta servirían para comprar el material necesario para la elaboración del segundo.

No obstante, mi pensión y la de la hermana Winifred eran muy escasas: cien chelines anuales. Las novicias éramos las que menos recibíamos. Por eso me había visto obligada a comprar el telar de madera con mi fortuna personal: la pequeña herencia que había recibido de mi padre y las ganancias resultantes de la venta de la que casa que tenía en Londres, junto con parte de la pensión correspondiente a mi primer año.

—Pero es todo el dinero que tenéis. ¿De qué viviréis si esto fracasa? —me había implorado la hermana Winifred—. ¿Y qué sabemos nosotras de llevar una empresa semejante? ¿Habéis oído hablar acaso de alguna mujer que haya vendido tapices sola?

Hice oídos sordos a sus preocupaciones en aquel entonces, y seguía haciéndolo. Mi empresa no fracasaría. Ya en casa, mientras le contaba a la hermana Beatrice lo que había ocurrido en la iglesia, la gravedad de la situación me golpeó con toda su crueldad. A partir de ese momento, no podría seguir adorando a Dios del modo más significativo para mí.

Sentada en la cocina, la tristeza que me embargaba no tardó en transformarse en furia. Tenía que hacer algo.

—Me voy a la Oficina de Aduanas a buscar mi telar —anuncié.

—¿No os ha pedido el hermano Edmund que lo esperéis?

—Sí, así es, pero… —Intenté torpemente dar con una justificación y finalmente solté—: El hermano Edmund no es realmente mi hermano, ni tampoco mi padre ni mi marido. Es un amigo muy estimado, pero su preocupación está más que injustificada.

Mis desafiantes palabras provocaron en la hermana Beatrice esa sonrisa torcida que yo tan bien conocía. Entendí que mi desobediencia a los deseos del hermano Edmund era un hecho sin precedentes. Ambos compartíamos un vínculo que era imposible explicar a las demás, un vínculo forjado durante nuestro frenético esfuerzo por salvar el priorato. Una noche, en una posada del pueblo de Amesbury, mientras compartíamos habitación, se habían despertado ciertos anhelos entre ambos. El hermano había salido de

la habitación en plena madrugada para evitar sucumbir al pecado mientras yo me abandonaba a un sueño que seguía todavía turbándome. Naturalmente, ninguno de los dos había hablado de esa velada desde entonces.

—Ha dejado de llover, así que en cualquier caso saldré a dar un paseo con Arthur. Le hará bien —le dije a la hermana Beatrice.

La Oficina de Aduanas estaba situada en High Street, la calle que desembocaba en la ancha vía que comunicaba Londres con la costa de Kent. Nos detuvimos de camino para que Arthur pudiera saltar en los charcos. Tenía que calmarlo antes de que llegáramos a la Oficina de Aduanas. Hice caso omiso de los vecinos, que nos miraban y negaban con la cabeza. A la mayoría de ellos no les gustaba el bullicio.

Cuando llegamos al final de la calle, llamé a la puerta nueva y lustrosa. La Oficina de Aduanas había abierto hacía apenas seis meses. Por allí pasaban importantes compras de toda suerte, aunque su misión principal era facilitar el mayor cometido que se había visto en Dartford desde hacía al menos un siglo: la construcción de una casa solariega para el rey Enrique VIII sobre las ruinas del priorato.

La puerta se abrió de par en par y en ese momento se me ocurrió una razón de más para que la hermana Winifred hubiera decidido no acompañarme. Gregory, el hombre que en su día había sido el fiel portero del priorato de Dartford y que se había convertido en el secretario de la Oficina de Aduanas, nos hizo pasar.

—Nos preguntábamos si os veríamos hoy —dijo con tono gruñón.

A diferencia del resto de las hermanas, yo jamás había culpado a Gregory por aceptar el puesto ni por poner sus conocimientos sobre el priorato al servicio de aquellos que lo habían destruido. Todos nuestros antiguos criados habían tenido que mirar por su propia suerte, y sin poder disfrutar de una pensión.

No, si había alguna posibilidad de encontrar trabajo en Dartford, debía sin lugar a dudas guardar relación con la construcción de la nueva casa solariega real. Aunque la mayoría de los monasterios habían terminado convertidos en regalos para los hombres fieles a la corona, el rey Enrique había decidido conservar aquel en particular para su disfrute personal. Pero

no había conservado ni una sola piedra de la construcción original. Docenas de hombres habían dedicado todo el verano a hormiguear por la propiedad, demoliéndola.

—Sí, he venido a tomar posesión de mi telar —respondí.

Gregory me indicó con un gesto a un asistente.

—Decidle a Jacquard que lo disponga todo para el transporte.

Me tensé. No había nadie a quien me disgustara tanto ver como a Jacquard Rolin, un hombre procedente de los Países Bajos, contratado para coordinar el pedido de materiales. El gusto del rey Enrique tendía hacia la decoración francesa y flamenca, y Jacquard sabía dónde conseguir los últimos diseños de baldosas, muebles, marcos de ventanas y, cómo no, de tapices. Jacquard había mostrado un persistente interés en mi proyecto de elaboración de tapices. En condiciones normales, yo habría disfrutado de una conversación así, pero Jacquard y yo jamás podríamos ser amigos, pues según me habían dicho, él era protestante, seguidor de Lutero.

Arthur se movió a mi lado. Le estreché con fuerza la mano y recé para que no nos importunara mientras negociábamos.

La puerta se abrió de par en par y me volví para ver cómo la señora Brooke se abría paso de un empujón.

—¿Qué os trae por aquí? —pregunté.

—¿Que qué me trae por aquí? —repitió, incrédula—. El rey le ha encargado a mi marido la contratación de los hombres para la construcción de su casa solariega de Dartford.

Gregory asintió en señal de acuerdo.

La señora Brooke alzó todavía más la voz:

—Pero soy yo quien debería preguntar qué hacéis aquí, distrayendo a los hombres de su trabajo.

—Joanna Stafford ha venido a llevarse su telar. —La voz era suave y cultivada, con un fuerte acento extranjero. Jacquard Rollin se acercó hasta colocarse junto a Gregory. Era un hombre joven y flaco, y siempre me inquietaba. Sus labios esbozaban una sonrisa insinuante. Tenía unos ojos grandes y líquidos, marrones y salpicados de oro. Había visto cómo su mirada deslumbraba a otros. En mi caso, sin embargo, había algo incómodo en esos ojos.

—¡Ta-piz, ta-piz! —gritó Arthur.

La señora Brooke preguntó entonces:

—¿Y cómo es que una muchacha del priorato cuenta con los medios para comprar un telar?

—Eso no es de vuestra incumbencia —insistí.

Gregory hizo una mueca y Jacquard se mordió el labio al tiempo que se le tensaba la expresión del rostro. Durante una décima de segundo me pregunté por qué podía preocuparle a Jacquard que discutiera con la señora Brooke.

—¡Ta-piz! ¡Ta-piz! —Arthur no paraba de dar saltos.

—Haced callar a este espantoso pequeño lerdo —ladró la señora Brooke.

El comentario me encendió.

—No es ni lerdo ni espantoso, y su nombre es Arthur Bulmer. Es hijo de Margaret Stafford, hija del tercer duque de Buckingham, y merece que se le trate con respeto.

Jacquard se adelantó de pronto para interponerse entre las dos. Alzó la palma de la mano en una especie de gesto típico de los Países Bajos.

Con una sonrisa en los labios, dijo:

—Señora Brooke, lleváis una carta en la mano. ¿Es para vuestro marido? En este momento está en la obra. ¿Me permitís que se la haga llegar?

Ella asintió, sin quitarme la vista de encima.

—La ha traído un mensajero de Londres, aunque desconozco el motivo. Sir Francis Haverham estará aquí mañana para comprobar el progreso de la obra.

—¿Mañana? —repitió Gregory—. ¿El arquitecto del rey estará aquí mañana?

Gregory gritó una señal de alerta a los hombres que estaban en la parte posterior de la Oficina de Aduanas.

—En cuanto recupere mi telar, podréis ocuparos de vuestros asuntos —le dije a Gregory.

Jacquard se aclaró la garganta.

—Joanna Stafford, hay algo que debéis saber —dijo—. En Bruselas han cometido un error.

—¿A qué error os referís? —pregunté.

—Solo han enviado la mitad del telar, aunque naturalmente en nuestros libros del registro consta que vuestro pago está completo. Abriremos una investigación y nos aseguraremos de que la mitad que falta llegue el primer miércoles de noviembre.

—¿Debo esperar todavía un mes más? —Mi voz se elevó aún más.

La señora Brooke resopló.

—¿Qué pensáis hacer? —fueron sus palabras.

—Me llevaré hoy la primera mitad —respondí.

En ese momento apareció un trío de hombres que esperaban recibir órdenes de Gregory, que les dijo que preparan mi telar para transportarlo a High Street.

Pero la señora Brooke intervino.

—Los hombres deben prepararse para la llegada de sir Francis —dijo—. Es una estupidez desperdiciar esfuerzos en semejante diligencia.

Gregory miró a la señora Brooke, la esposa de su superior.

—Lo siento, doña Joanna, pero hoy no puedo disponer de ningún hombre.

—En ese caso, dadme el telar y nos lo llevaremos sin la ayuda de vuestros hombres —repliqué, con la hermana Beatrice a mi lado.

Segundos más tarde, la risa resonó desde todos y cada uno de los rincones de la sala. Arthur, que no entendía lo que ocurría, también se rio.

—Llévanos ahora —le ordené a Gregory—. No puedes negarme algo que me pertenece por derecho en un cincuenta por ciento.

Gregory levantó las manos.

—Como deseéis.

Fue Jacquard quien me llevó hasta mi telar. La pieza estaba cubierta con una manta en el rincón de un almacén abarrotado por las pertenencias del rey: ladrillos, piedras, clavos, cuerda y baldosas. Nos observó mientras la hermana Beatrice y yo levantábamos la estructura de madera. Jacquard era

para mí un auténtico rompecabezas. Sabía que había llegado a Inglaterra con un grupo de alemanes invitados a la corte por el arzobispo Thomas Cranmer y que, de un modo u otro, había logrado ganarse las simpatías del rey y con ello su puesto. ¿Qué motivo podía tener un reformista para querer ayudar a amueblar una casa solariega del rey?

Me concentré en el telar: alargado e imponente, era la mitad de una estructura cuadrada de madera. Obviamente, no íbamos a poder llegar con él muy lejos.

—Os deseo suerte, Joanna Stafford —dijo Jacquard.

Sin tan siquiera mirarlo, la hermana Beatrice y yo cargamos con el telar y echamos a andar, tambaleantes.

Al salir a la calle, cuando apenas habíamos dado una docena de pasos, sentí que los hombros y los brazos empezaban a quemarme primero y a temblar después. Arthur correteaba a mi lado. Al otro lado del pequeño, vi que los vecinos se detenían a mirar.

El temblor que me atenazaba los brazos no tardó en convertirse en violentas sacudidas. Tras de mí, la hermana Beatrice dijo:

—No podemos hacerlo, hermana Joanna.

—Lo conseguiremos.

A nuestra espalda oímos entonces decir a la señora Brooke:

—Miradlas. Qué vergüenza.

Acto seguido sonó otra voz que yo no deseaba oír.

—Se acerca la hora del arrepentimiento —aulló John.

Teníamos que seguir. Me obligué a seguir.

—Al menos démonos un respiro —dijo la hermana Beatrice—. Dejémoslo en el suelo un momento y después podremos seguir.

—No, hermana Beatrice. Si lo dejamos en el suelo, no conseguiremos volver a levantarlo.

En ese momento, Arthur saltó sobre un charco y el agua de lluvia me salpicó los ojos. Me estremecí y, en el barro, me tambaleé. Cuando me precipité de bruces en la calle, el telar cayó sobre mi hombro derecho, inmovilizándome en el suelo.

Tenía el cuerpo y el rostro cubiertos de fango frío. El barro olía a leña, a verduras podridas y a estiércol. Me escocían los ojos y no veía nada.

Pero pude oírlos.

—¡Miraos ahora, monja!

—Menuda estúpida. Jovencita estúpida.

Arthur sollozaba, confundido. Noté las manos de la hermana Beatrice en la espalda y sentí que forcejeaba con el telar, intentando levantarlo, aunque en vano. Tras no pocos esfuerzos, pude por fin alzar la cabeza. Alcancé a ver las faldas y las piernas de al menos una docena de personas a mi alrededor.

—Ahí tenéis a la furcia del falso profeta —tronó John—. Hoy no bailará.

—¡Deberían condenarla a los estoques por esto! —exclamó la señora Brooke.

Pero un nuevo grito se alzó entre los presentes.

—¿Quiénes son?

La hermana Beatrice consiguió quitar el telar que me aprisionaba y con su ayuda me levanté tambaleante y con un fuerte dolor en el hombro. Un séquito recorría Dartford. Unas veinte personas vestidas con la misma librea blanca y azul se movían por la villa a lomos de magníficos caballos. Rodeaban, en protectora formación, a una pareja. El hombre rubio vestía un jubón azul; debía de ser el color distintivo de la familia. Pero la mujer era distinta: dignamente sentada en la silla, llevaba corpiño, vestido y un tocado del rojo más intenso. Era como si una cuchillada escarlata iluminara la calle. Incluso desde mi posición, distinguí un collar de rubíes que refulgían sobre su pecho. Esa joya solamente costaba más que todo lo que los vecinos de la villa ganarían en una vida entera.

Cuando se acercaron, la mujer se dirigió al hombre que la acompañaba. Ambos fijaron en mí la mirada. El hombre habló con las personas que tenían a su alrededor y desmontó. Era apuesto, aunque rollizo y de mediana edad.

Aparecieron entonces dos hombres con un rollo de tela que lanzaron en mi dirección. Solo entonces la dama descendió, ayudada por los hombres, de su montura a la tela, que, según pude entender, debía servir como camino sobre el fango hasta mí. Tomando la mano del hombre, tiró de él hacia delante. La dama se movía con grácil elegancia. Pequeños diamantes

entretejidos en la parte superior de sus chinelas escarlatas brillaban cada vez que sus piececillos asomaban bajo la ahuecada falda.

—Sois vos, ¿verdad? —dijo la mujer con una voz melodiosa. Tenía el rostro entreverado de finas líneas, como un delicado pergamino que alguien hubiera dejado demasiado tiempo sobre una mesa, sin darle uso. El pelo, que dejaba a la vista el tocado triangular de corte español, era negro con algunos mechones grises—. ¿Joanna Stafford? —preguntó.

—Sí —respondí—. Pero no os conozco.

—Oh, ya lo creo que sí —dijo—. Soy Gertrude.

El hombre se adelantó y sonrió.

—Soy vuestro primo, Joanna. Soy Henry Courtenay.

OceanofPDF.com

5

Jamás se había movido el padre William Mote con la celeridad que demostró esa mañana. El pastor de la iglesia de la Santísima Trinidad voló por High Street hacia nosotros. Cuando nos alcanzó, sus canillas temblaban a causa del esfuerzo.

—Mi señor marqués, mi señora marquesa, nos sentimos muy honrados de contar con vuestra presencia en la villa —dijo, con una ostentosa reverencia ante Henry y Gertrude Courtenay.

Pero los marqueses hicieron caso omiso del sacerdote, pues sus ojos estaban fijos en los míos.

—¿No os acordáis de mí? —preguntó Gertrude con el labio tembloroso. La ofendía que yo, una antigua novicia desarrapada y cubierta de barro, no la conociera. Tuve que esforzarme para contener la risa.

Henry rodeó la cintura de su esposa con el brazo. Sí, su nombre me era familiar. Los Courtenay eran parientes de los Stafford, pues ambas familias eran descendientes directos de Eduardo III y se habían vuelto a emparentar una vez más mediante enlaces con los Woodville. El apellido «Courtenay» iba acompañado de un halo de riqueza y de influencia. Sin embargo, por lo que yo sabía, esa pareja jamás había visitado el castillo de Stafford. ¿Dónde podía entonces haberlos visto?

Mientras estudiaba con atención el afable rostro de Henry, por fin me acordé.

—Vuestra boda —dije—. Estuve allí. Cuando era niña.

—¡Fuisteis la damita encargada de llevar las flores! —La risa de Gertrude rebotó contra los boquiabiertos rostros de los vecinos de Dartford que nos rodeaban. El júbilo surtió en ella un efecto transformador. Las arrugas del rostro desaparecieron y un brillante destello iluminó sus ojos marrones y expresivos.

—Prima Joanna, decidnos, ¿qué os ha ocurrido hoy aquí? —preguntó Henry.

Empecé a explicar entrecortadamente mi plan de crear un taller de tapices y cómo había intentado llevarme el telar con la ayuda de la hermana Beatrice.

Henry Courtenay me interrumpió.

—Pero ¿por qué no os han ayudado? Aun en el caso de que ni uno solo de los hombres de la Oficina de Aduanas pudiera dedicaros su tiempo, los vecinos de la villa deberían haberse ofrecido a ayudaros. Sois una hermana de Cristo.

Miré por encima de ellos a los vecinos que se habían reunido a nuestro alrededor. Ninguno me miraba a los ojos.

—¿Tenéis una explicación para esto, padre? —La voz de Gertrude sonó endurecida por la ira.

—La encontraremos, mi señora marquesa —dijo el padre William, juntando con fuerza las manos—. Me encargaré personalmente de averiguar por qué la gente de Dartford no ha mostrado caridad cristiana con nuestra hermana Joanna.

Fue entonces cuando oí la voz de la señora Brooke.

—Pero, padre, vos siempre nos habéis dicho que las mujeres del priorato…

—Silencio —siseó el cura.

En ese momento solté un grito involuntario. Arthur, confundido, me había tirado del brazo. Un dolor agudo convulsionó el hombro sobre el que había estado apoyado el telar.

—¿Os habéis lastimado? —preguntó Henry—. Debemos atenderos de inmediato. Buscaremos y castigaremos a los responsables de lo ocurrido. Padre, llevadnos a la iglesia. —Señaló con un gesto la torre cuadrada y alta de la Santísima Trinidad.

—No, allí no. —Mi voz sonó más suplicante de lo que era mi intención —. Quiero irme a casa.

—En ese caso, os llevaremos hasta allí —respondió afectuosamente Henry. Se volvió entonces hacia un hombre de aspecto hosco que vestía la librea de los Courtenay—. Charles, investigad lo ocurrido aquí.

Gertrude se agachó para acariciar la suave mejilla de Arthur.

—¿Es él? ¿Es Arthur Bulmer?

—¿Cómo sabéis de su existencia? —pregunté.

Gertrude Courtenay se acercó y me susurró al oído:

—Quienes conocemos a la Señora sabemos de vos y de Arthur Bulmer.

¿*La Señora*?

Antes de que pudiera seguir preguntando, me llevaron a casa, tratándome como si fuera una escultura florentina. Al llegar a la puerta, Henry se detuvo y dijo que nos dejaría solas durante un rato para ir a ver la iglesia.

—Ven, Edward, acompáñame —gritó. Un niño de unos once años, rubio y guapo, emergió de entre el pequeño séquito de criados.

—¿Queréis oír misa en privado? —pregunté, confundida.

—Mi marido es historiador y hace tiempo que quiere ver la iglesia de la Santísima Trinidad —dijo Gertrude con una sonrisa—. Aquí trajeron el cuerpo de Enrique V. ¿No es así, mi señor?

—Sí, hicieron aquí un alto cuando trasladaban al difunto rey desde Dover y celebraron una misa especial de difuntos —explicó mi primo Henry, saltando sobre sus talones, presa de la excitación—. Quizá el pequeño Arthur quiera acompañarnos.

No sin cierto pesar, le confesé que Arthur no estaba todavía preparado para ir a la iglesia ni para participar de ninguna expedición histórica.

—No estéis tan segura, prima —advirtió Henry—. Arthur, ¿qué dices? ¿Quieres venir conmigo y con tu primo Edward?

Arthur miraba a Edward Courtenay como si fuera un joven Apolo descendido a la tierra. Asintió. Henry le pasó la mano por el pelo en un gesto cariñoso.

—¿Lo veis? Arthur es un buen chico. —Tomó la mano de su esposa y la besó—. No tardaremos, mi amor. Os lo prometo.

Gertrude volvió a esbozar su encantadora e infantil sonrisa. Las miradas de ambos se cruzaron y un mundo de tiernos secretos se arremolinó entre los dos. Desacostumbrada a semejante intimidad, desvié la mirada.

El hombre y los dos niños partieron rumbo a la iglesia seguidos por los criados. Dos de los sirvientes de la familia se quedaron delante de mi casa, como haciendo guardia.

Las mujeres me llevaron dentro. Arriba, en mi dormitorio, me quitaron la ropa y me limpiaron la cara, el cuello y los hombros. Unos dedos expertos me aplicaron un ungüento curativo en el hombro.

No fue Gertrude quien personalmente me tocó la piel ni me alivió el dolor, ni tampoco quien buscó entre mi ropa. Fue Constance, su dama de compañía, la encargada de ejecutar esas labores con la ayuda de una joven sirvienta. Con una inclinación de cabeza o con un encogimiento de hombros, Gertrude dirigía los movimientos de Constance, que tenía la misma edad que la marquesa, aunque era de tez más clara. Acto seguido, Constance era la que daba órdenes a la joven sirvienta. Vestida con ropa limpia, me quedé plantada en el centro de la habitación mientras la sirvienta me pasaba un peine por mi espeso pelo. Tuvo que tirar a conciencia, pues tenía más de uno y de dos enredos. Hice cuanto pude por no quejarme.

Gertrude me miraba, sentada en la silla que habían subido a mi dormitorio para que pudiera estar cómoda. Quizá fuera la tenue luz que se filtraba por las ventanas, pero su chispa parecía haberse extinguido. La voluminosa falda roja parecía abrumar su flaco cuerpo. La vi vieja, fatigada. Bajo los ojos tenía un par de bolsas oscuras.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Gertrude dijo con un tono ligeramente melancólico:

—¿Qué edad tenéis, Joanna?

—Veintisiete años.

Sonrió.

—Habría dicho que teníais veintiuno. Y tenéis además un tipo magnífico. Pero, claro, no habéis tenido hijos. Las mujeres de sangre española somos las más hermosas, aunque no siempre envejecemos bien.

—¿Sois española?

—Como vuestra madre, también la mía llegó a Inglaterra sirviendo a Catalina de Aragón. Se casó con un inglés, como lo hizo la vuestra. Mi padre era lord Mountjoy. Seguramente lo recordaréis.

—Me temo que lo único que recuerdo es el día de vuestra boda.

Gertrude se iluminó.

—Fue una boda espectacular, ¿verdad, Joanna? Quería que todo fuera hermoso y lo fue.

El recuerdo que conservaba de aquel día se esclareció. Vi de nuevo a la pareja nupcial, Henry y Gertrude, jóvenes y espléndidos, cuando se encontraron en la puerta de la iglesia para tomar sus votos ante Dios. Mi prima Margaret y yo llevábamos flores en la procesión, con todos los ojos puestos en la exquisita hermosura de Margaret más que en mí. En ningún caso me importó. Me sentía muy orgullosa de ella.

Pero no era momento de refocilarse en recuerdos agridulces. Necesitaba saber la verdad sobre la marquesa de Exeter.

—¿Cómo habéis podido reconocerme? —pregunté—. Hace muchos años que no hemos vuelto a vernos desde que yo era, como bien decís, apenas una niña. ¿Cómo conocéis la existencia del hijo de Margaret? ¿Quién es la Señora?

Gertrude se tocó el rubí que llevaba en el dedo. Me observó con atención, como intentando decidir cuánto podía contarme.

—Sí —dijo por fin—. Hoy he venido a Dartford no solo para ver la iglesia de la villa, sino a buscaros. Estaba al corriente de todo lo que os concierne a vos y a Arthur Bulmer gracias a… —Bajó la voz en señal de reverencia— lady María.

Claro. María Tudor, la hija mayor del rey.

El invierno anterior, en Norfolk House, cuando el hermano Edmund y yo nos habíamos expuesto a un gran peligro, yo me había cruzado literalmente en el camino de lady María, hablando español para captar su atención. En cuanto ella había sabido lo que yo había hecho por su madre —que tras la muerte de mi madre había cuidado de la reina Catalina en el destierro durante el último mes de su vida—, lady María se había convertido de inmediato en valedora mía. Gracias a su intervención habían liberado a mi padre de la Torre de Londres. Yo había recibido muchas cartas de lady María, antes y después de la disolución del priorato de Dartford. Al decidir instalarme en la villa con Arthur en vez de irme a vivir con mis parientes al castillo de Dartford, un tono incómodo y solícito había irrumpido en nuestra correspondencia.

—Sé que lady María se preocupa por mí, pero no había necesidad de que os enviara a Dartford —me quejé.

—¿Que no había necesidad, decís? ¿Después de lo que he visto hoy aquí?

—Han sido mi testarudez y mi orgullo los que han provocado el altercado en High Street —respondí.

La marquesa se puso bruscamente en pie.

—¿Os culpáis acaso? —dijo—. Habéis sido injustamente tratada, habéis perdido vuestro lugar en el priorato y ahora os veis obligada a soportar los insultos del vulgo. Lo que os ha ocurrido a vos, a todas las monjas, los monjes y los frailes, es una gran ofensa a Dios.

Era infrecuente oír una vehemencia de esa índole y delante de las criadas. Intenté evaluar cuáles eran las reacciones de Constance y de la criada ante semejante crítica al rey. Pero las dos mujeres parecieron inmutables.

Gertrude inspiró varias veces, como intentando contenerse.

—¿Qué os ha dicho lady María de mí? —pregunté.

—He sabido de vos por carta, no en conversación —respondió Gertrude —. No he vuelto a verla desde la primavera. No tiene permitidas las visitas. Cromwell se encarga de eso.

De nuevo me sentí confundida.

—Lady María está plenamente reconciliada con su padre, el rey.

Gertrude negó con la cabeza.

—Sé que preferís llevar una vida tranquila, Joanna, pero ¿es realmente posible que ni siquiera sepáis lo que ocurre en el reino?

—No sé nada —me limité a responder. Era la verdad. Jamás me habían interesado los chismes sobre Londres, y menos aún después de mi primera incursión en la sórdida vida de la corte. Años más tarde, en el priorato de Dartford, había estado más atenta a las noticias sobre los asuntos del reino, pero eso era porque afectaban directamente a los monasterios. Ahora evitaba cualquier chisme, aunque tampoco es que me llegaran demasiados.

—Vivimos tiempos muy peligrosos para Inglaterra —dijo Gertrude—. Han pasado cuatro meses desde la firma del Tratado de Niza… —se interrumpió—. ¿Habéis oído hablar del tratado?

Sentí que me ruborizaba.

—Me temo que no.

—El rey de Francia firmó un tratado con Carlos, el emperador de Sacro Imperio Romano. El papa en persona negoció la paz. Han unido sus fuerzas para hacer la guerra a los turcos.

—¿Y no debemos celebrar que haya paz entre Francia y España? —pregunté, odiando mi ignorancia—. ¿Cómo podría eso perjudicar a Inglaterra?

Gertrude se dirigió a mi ventana. Miró al exterior, como si temiera que hubiera alguien justo al otro lado, colgado del alféizar, escuchando.

Se volvió hacia mí y dijo:

—Puede que los turcos no sean el único objetivo del emperador Carlos. Es, con mucho, el monarca más poderoso del mundo. El sol nunca se pone en sus dominios. España, Holanda, Austria, Borgoña y partes de Italia, las colonias del Nuevo Mundo, todo es propiedad del mismo hombre. Tiene ejércitos, marina. ¡Ni tan siquiera ha cumplido los cuarenta años y es el católico más poderoso de la tierra! —Vi de pronto una nueva faceta de Gertrude, la de la esposa del cortesano que estaba plenamente al corriente de la política—. Y el emperador está decidido a destruir la herejía —prosiguió—. Hay rumores que indican que el papa le ha encargado que limpie Inglaterra de la mácula protestante. Francia ha sido nuestra aliada durante años, pero ahora que el rey Francisco ha firmado un tratado con Carlos, y no con nosotros; nos hemos quedado sin fuerzas intermedias. —Su voz se apagó.

—¿Estáis diciendo que Inglaterra podría ser invadida y atacada por España y Francia? —pregunté.

Asintió, volviendo a manosear nerviosamente su rubí.

De pronto, con un sobresalto, lo entendí todo.

—Lady María es prima hermana de Carlos por parte de madre y siempre ha estado consagrada a él. Si España declara la guerra a Inglaterra, ella será entonces sospechosa.

Gertrude asintió de nuevo.

¿Cómo iba lady María a preocuparse de mí cuando ella corría un peligro real? En su lecho de muerte, Catalina de Aragón me había hablado de los temores que albergaba por su hija, la princesa, y me había implorado que tomara los votos en el priorato de Dartford porque creía que la corona de

Athelstan estaba allí oculta. Esperaba proteger con ello a María. Pero mi cometido no terminaría ahí. Sumida como estaba en la autocompasión por la destrucción de mi priorato, no solo le había fallado a la vulnerable princesa, sino también a la difunta reina a la que tanto reverenciaba.

Alcé la voz para decir, débilmente:

—Lady María jamás apuntó la menor insinuación sobre esto en sus cartas.

—Ella sabe que Cromwell abre y lee todas sus cartas —recalcó Gertrude.

Eso significaba que tampoco las cartas que yo le había enviado eran privadas. De todos modos, no había escrito nada a lady María que pudiera ser considerado información política, de eso estaba segura, sino tan solo informes sobre lo mayor que estaba Arthur, mis sueños sobre la empresa de tapices, lo mucho que echaba de menos a mi padre… Todo muy personal.

—No soporto veros tan afligida —dijo Gertrude con voz temblorosa.

Levanté la vista, sorprendida. La marquesa apenas me conocía. Sin embargo, estaba por llegar una nueva sorpresa.

Gertrude Courtenay cruzó presurosa la habitación para arrojarse a mis pies. Las lágrimas brillaban en sus grandes ojos marrones. Por primera vez pude oler su perfume: salvia, manzanilla y romero, mezclado todo ello con otro olor extrañamente amargo.

—Haberos encontrado es una señal. Tiene que serlo —sollozó—. Tenía previsto preguntar por vuestro paradero en la iglesia y mandar a Constance con un mensaje para ver si podíais recibirme hoy. Pero ¿entrar en la villa y veros en el suelo delante de mí en el momento de mi llegada? A buen seguro significa algo. Dios nos ha enviado una señal a ambas.

La miré fijamente.

—¿Qué decís?

—He venido a salvaros…, ese es mi propósito —dijo—. Joanna, tengo demasiado y vos, demasiado poco. Dejad que os ayude. Seremos como hermanas. Dejad esta espantosa villa y venid conmigo… ahora. Hoy.

La oferta de un hogar por parte de Gertrude Courtenay me dejó tan sorprendida que no supe qué decir.

—Pero mis amigos…, mis tapices…, Arthur.

—El hijo de Margaret Bulmer será tan bienvenido como vos —añadió, todavía de rodillas a mis pies—. Será para mí un honor si ambos compartís mi mismo techo.

Vi que su propuesta era sincera. Tan afectuosamente como pude, le supliqué:

—Os lo ruego, Gertrude, levantaos. —Cuando así lo hizo, la tomé de la mano—. Vivir en Londres y formar parte de la corte…, no es esa mi elección.

—Yo jamás voy a la corte —se apresuró a responder—. Naturalmente, Henry debe asistir, pero desde la muerte de la reina Juana, nada requiere allí mi presencia. Y solo pasamos cuatro o cinco meses al año en Londres. En primavera volvemos al oeste. Allí es donde Henry tiene casi todas sus propiedades. Cornwall es hermoso. Me encantaría mostrároslo. El mar, los bosques, las flores… —El sonido de gritos procedentes del piso de abajo interrumpió su ensoñación. La marquesa hizo una señal a Constance y la dama de compañía salió sigilosamente del dormitorio. Fui hacia la puerta.

—Esperad, Joanna —pidió Gertrude. Sus elegantes dedos se cerraron sobre mi muñeca—. No volváis a exponeros al peligro.

Me desasí de su mano.

—Esta es mi casa —dije—. Debo ocuparme de ella.

Lo vi cuando había bajado la mitad de las escaleras. Los dos criados de los Courtenay que custodiaban mi casa forcejeaban con un hombre. La puerta de la calle se abrió de par en par tras ellos. El joven, alto y fornido, entró empujando con el hombro derecho hasta el centro del salón. Los dos criados de los Courtenay intentaron, aunque en vano, detenerlo. Con un gruñido, el más alto de los dos retrocedió y desenvainó su espalda.

—Deteneos… o me veré obligado a usarla —amenazó.

—No hasta que me digáis lo que ha sido de Joanna Stafford —gritó el hombre.

—¡Geoffrey! ¡Estoy aquí! —chillé.

Geoffrey Scovill alzó la vista y me miró.

—Eso parece —afirmó.

OceanofPDF.com

6

Una sonrisa de alivio iluminó el rostro de Geoffrey. Con una mano apartó a un lado la punta de la espada del criado de los Courtenay que temblequeaba junto a su rostro, al tiempo que decía:

—Al parecer, esto no será necesario. —Con la otra mano se recompuso el jubón, que tenía medio desgarrado a causa del forcejeo, para estar presentable—. Oh —dijo—. He perdido un botón.

No pude contener la risa. Y Geoffrey se rio conmigo, levemente avergonzado.

Ahí estaba el mismo joven subalguacil de Rochester que había acudido en mi ayuda en Smithfield el día que Margaret había ardido en la hoguera. Desde entonces nuestros destinos se habían entrecruzado, en ocasiones de un modo harto incómodo. Pero ese día Geoffrey parecía distinto. Le habían hecho un nuevo corte en el pelo castaño claro. Se había dejado un flequillo recto que le cruzaba la frente, el mismo estilo que yo había visto ya en algunos hombres que seguían los dictados de la moda de Londres. Geoffrey jamás se había rendido a la moda del momento. También la ropa que llevaba estaba recién estrenada. Nada tenía que ver con los remiendos que vestía habitualmente. Sin embargo, sus ojos azul marino me resultaban familiares, entrecerrados de pura diversión en un rostro algo enrojecido debido a la gran cantidad de horas que pasaba al aire libre.

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó Gertrude, bajando tras de mí las escaleras. Aunque su tono era desenfadado, su paso era firme.

No me fue fácil parar de reír.

—Este hombre es amigo mío. Es Geoffrey Scovill —dije sin aliento—. Es el alguacil de Rochester.

Presenté a la marquesa, y Geoffrey la saludó con una profunda reverencia, aunque no antes de que viera la sorpresa reflejada en su rostro.

—Nos ha dicho que era el aguacil de la villa de Dartford antes de que empezara a comportarse como un auténtico demente —dijo el menos

corpulento de los criados de los Courtenay, todavía receloso.

—Si os hubierais limitado a responder a la pregunta que os he hecho en la puerta, no se habría producido ningún altercado.

—No respondemos a las preguntas de desconocidos a menos que mi señor o mi señora así lo ordenen —replicó el más corpulento de los escoltas.

Cuando presenté a Gertrude y a Geoffrey, me percaté de la presencia de la hermana Beatrice en un rincón del salón. No había subido con nosotras, pero tampoco se había marchado de mi casa. De pronto la vi con las manos entrelazadas y una excitación que hasta entonces jamás había observado en ella.

—Oh, Geoffrey, ¿el nombramiento es entonces un hecho? —preguntó.

—No entiendo —balbucí—. ¿Qué nombramiento?

—Necesitan un alguacil aquí, en Dartford, y han aprobado mi nombramiento. Ya no estoy a cargo de Rochester. —Aunque Geoffrey me hablaba a mí, su mirada se movió rápidamente hacia la hermana Beatrice.

La noticia me dejó atónita. ¿Geoffrey allí, en Dartford, a diario? Me sentí extraña e insegura. Había visto a Geoffrey tan solo una vez en los últimos seis meses, en julio, la tarde que nos había acompañado a la hermana Beatrice y a mí a la feria de Saint Margaret. Pero había sido un día raro. Geoffrey se había mostrado distraído en todo momento: no había disfrutado de la música, de las carreras de asnos, del concurso de cucaña ni tampoco del tiro con arco. En cuanto había caído la noche nos había devuelto a toda prisa a la villa y no había vuelto a verlo.

—¿Y qué ha sido del juez Campion? —pregunté. El anciano juez de paz era quien se había hecho cargo de la mayor parte del sueldo de Geoffrey, pues dependía de la avezada mente y del vigor del alguacil cuando un crimen de importancia así lo requería.

—El juez Campion murió —dijo Geoffrey—. Pero ahora debo saber lo que ha ocurrido hoy aquí y por qué estáis bajo custodia.

Cuando todavía no había terminado de contarle lo ocurrido, Geoffrey se dio una palmada en la pierna, presa de la ira.

—¿Y no os podía ayudar Sommerville? —preguntó—. Maldita sea, ese hombre no sirve para nada.

—Él no tiene la culpa —dije, saliendo en su defensa.

—Ya. Nunca la tiene —masculló Geoffrey.

Percibí en ese momento el calor de una mirada sobre mí. Era Gertrude, que seguía de pie junto a la pared. Había oído toda la conversación. Vi la sorpresa en sus ojos, y también algo más. Esa mirada especulativa volvía a estar ahí, como si intentara decidir por dónde cortar un rollo de brocado.

Llamaron a la puerta. Entró el secretario de Henry, un hombre de semblante serio llamado Charles, acompañado de dos personas más: Gregory, el encargado de la Oficina de Aduanas, y la señora Brooke. Charles informó a Gertrude de lo que había ocurrido exactamente en la Oficina de Aduanas y después en High Street.

Con los hilillos de sudor que le surcaban la frente, Gregory parecía abatido. La señora Brooke, sin embargo, se mostraba absolutamente desafiante.

—No he incumplido ninguna ley —declaró—. Y me han traído aquí en contra de mi voluntad. Aunque sé muy bien por qué. —Levantó el mentón y me lanzó una mirada de odio.

Geoffrey, en calidad de representante de la ley en la sala, entró en acción.

—No a simple vista, es cierto. Aun así, vuestros actos requieren una investigación más a fondo, señora Brooke. Yo mismo me encargaré de ello.

—Permitidme, alguacil —dijo Gertrude, que seguía en pie junto a la pared. Y, sin esperar una respuesta, dio un paso adelante hacia la señora Brooke.

—¿Sabéis quién soy? —Su voz era una melodiosa caricia.

—Sois la marquesa de Exeter —respondió la señora Brooke.

—Sí, pero ¿sabéis lo que eso significa? —Gertrude dio otro paso hacia ella. Un diamante brilló en su chinela de terciopelo.

La señora Brooke adoptó una expresión enfurruñada.

—Permitid que os lo explique. —Gertrude juntó las manos como si rezara—. Mi amado esposo, Henry Courtenay, es nieto del rey Eduardo IV. Se crio con nuestro rey Enrique y con sus hermanas. De todos sus parientes, es él en quien el rey más confía. De hecho, es el único hombre con permiso para entrar en las dependencias privadas del rey sin ser anunciado por el

chambelán o por su ayuda de cámara. Ya habéis visto los criados que nos sirven. No son sino una pequeña muestra de mi servicio. El rey permite a nuestros hombres llevar sus propias armas y sus propias libreas. Todo lo que hacemos, ya sea en el oeste, en Londres u hoy aquí, cuenta con la autorización del rey.

La señora Brooke se volvió a mirar a la puerta de la calle. No le gustaba lo que oía. Pero había alguien más a quien tampoco le gustaba. Un velo de cautela había ensombrecido el rostro de Geoffrey.

—Esta joven, Joanna Stafford, es la prima de mi esposo —prosiguió Gertrude—. Por lo tanto, es también pariente de Su Majestad el rey. Es amiga íntima de lady María Tudor. —Geoffrey me miró, perplejo. Desconocía mi amistad con la realeza. Habría preferido que Gertrude no lo hubiera mencionado—. Cuando deshonráis a Joanna Stafford, deshonráis a la nobleza de este reino —dijo Gertrude. Su voz había dejado de ser melodiosa. Las palabras restallaban, duras y rápidas—. Por lo que habéis hecho hoy yo podría, con tan solo unas palabras, aplastaros, señora Brooke. ¿Entendéis lo que os digo? Vos, vuestro esposo, vuestra familia. Hoy vuestro esposo supervisa la contratación de obreros para la construcción de la casa solariega del rey y mañana podrían despedirlo. Y caer en desgracia. Con suerte quizá consiguiera trabajo extrayendo piedras de una cantera.

La señora Brooke se quedó boquiabierta y empezaron a temblarle las manos contra los costados como si hubiera contraído la plaga.

A decir verdad, también yo me noté indispuesta. Sentí un escalofrío de excitación, aunque en mi caso no fue una sensación debilitadora. Yo, que tan impotente me había sentido, veía cómo hacían uso del poder en mi nombre. Una oscura presunción palpitó en mi sangre. «Sí, aplastadla», pensé, regocijándome con la situación. «Que sufra».

Pero con la excitación llegó también otro sentimiento: la vergüenza.

—No, os lo ruego —dije, tendiendo la mano para tocar el hombro de Gertrude—. No estoy libre de culpa. Yo la provoqué. —Gertrude negó con la cabeza. Como había ocurrido previamente, no estaba dispuesta a ver ningún error en mis actos. Rebusqué frenéticamente en mi mente, en un intento por encontrar alguna plegaria que nos guiara.

—Mi señora, benditos sean los misericordiosos, pues ellos disfrutarán a su vez de la misericordia. Benditos los puros de corazón, pues ellos verán a Dios. Y benditos los conciliadores, pues reconocerán en ellos a los hijos de Dios.

La tormenta de rabia que había oscurecido las mejillas de Gertrude remitió. Con un sollozo, tomó mis manos en las suyas. Las apretó con tanta fuerza que me estremecí.

—Joanna, gracias por mostrarme el espíritu cristiano al que debo aferrarme —dijo—. A través de vos comprendo de nuevo la gracia de Dios.

Gertrude ordenó marcharse a la señora Brooke y a Gregory. Geoffrey los acompañó a la puerta al tiempo que se dirigía en voz baja a la señora Brooke. En cuanto partieron apresuradamente, hubo un nuevo alboroto en la calle. Mi primo Henry Courtenay había vuelto, encantado con su visita a la iglesia de la Santísima Trinidad.

—Qué gran erudito es el sacerdote —dijo—. El padre William me ha mostrado un maravilloso mural de san Jorge que hay en una de las capillas.

«Apuesto a que no os ha dicho que van a encalar el mural por orden de Cromwell», pensé. De modo que el padre William se había mostrado empalagoso con el marqués de Exeter. Esa debía de ser la tónica general allí donde iba Henry Courtenay. Era el objetivo de hombres y mujeres aduladores que se mostraban crueles con los demás.

—¿Cómo se ha portado Arthur? —pregunté. Casi temí la respuesta.

—Miradlo por vos misma —respondió Henry.

Desde la ventana, vi High Street como hasta entonces jamás la había visto: transformada en un lugar de juegos para Arthur. Los hombres de Courtenay habían despejado un espacio alargado y vacío, y Edward, el hijo de Henry, le lanzaba una pelota y Arthur corría tras ella entre risas.

Me quedé mirando cómo jugaba y correteaba el hijo de Margaret. Edward Courtenay lo alentó a voz en grito y Arthur se ruborizó. Era como si en la última hora hubiera crecido cinco centímetros.

—¿Os encontráis bien, Joanna? —preguntó Henry—. Estáis llorando.

Me llevé la mano a las mejillas mojadas.

—Ha sido difícil salir adelante Arthur y yo solos. No sé si hago lo que es correcto. No dejo de preocuparme por su futuro. —Apenas conocía a mi

primo y aun así estaba confiándole temores que jamás había compartido con nadie, ni siquiera con el hermano Edmund.

—Ah. Bien, para empezar, no debería seguir llevando ese vestidito de bebé —dijo Henry—. Está preparado para vestirse como un niño, un niño de buena familia.

—¿De verdad lo creéis? —pregunté.

—Tiene cinco años. Además, ha llegado la hora de que tenga un tutor y de que empiece a aprender deportes —dijo Henry.

Mi rostro debió de mostrar mi incredulidad.

—Arthur es fuerte y rápido, Joanna. Puede que no esté preparado para su primer almanaque escolar, pero eso no es impedimento para que viva como un respetable caballero, o incluso para que tenga una carrera en la corte. Norfolk no se cansa de repetir que son precisamente los libros los que han buscado la perdición de la nobleza. —Se rio, sin percatarse en ningún momento del modo en que yo me había tensado al oír mencionar a Norfolk. Jamás olvidaría cómo el duque me había acosado en la Torre de Londres, llegando incluso a abofetearme cuando me había negado a someterme a su interrogatorio.

—Mi esposo es el mejor padre de toda Inglaterra —dijo Gertrude, reuniéndose con nosotros en los escalones principales. Acarició el brazo de su marido.

—Prima Joanna, ¿por qué no traéis a Arthur de visita? —preguntó Henry—. Quedaos un tiempo con nosotros. Tenemos un ejército de tutores. Arthur necesita aprender a montar, a bailar y a comportarse. Y a Edward también le vendría bien tener a un niño más pequeño en casa.

—Ya he invitado a Joanna a que se instale con nosotros en Londres, pero dice que tiene demasiado que hacer aquí, en Dartford —intervino alegremente Gertrude—. La otra mitad del telar llegará dentro de un mes.

Henry abrió las manos.

—En ese caso, venid un mes. Podríamos hacer mucho por Arthur en cuatro semanas. Podéis volver aquí en noviembre. Me maravilla ver cómo os esforzáis en vuestro empeño sola. Quizá podríais permitirme invertir en vuestra empresa.

Cuando los miré, sentí que el corazón me palpitaba más deprisa de lo que lo había hecho en cualquier otro momento del día, incluso cuando me había visto atrapada bajo el telar en la calle. ¿Realmente podía hacerlo? ¿Podía aceptar la invitación de los Courtenay? Eso supondría vivir en Londres, la ciudad que tanto temía, la misma en la que había visto arder a Margaret. Pero Gertrude ya me había asegurado que no se acercaría a la corte del rey. Ambos estaban ansiosos por ayudar. E indudablemente la inversión de Henry sería fundamental. ¿Y cómo rechazar una oportunidad para Arthur?

—Si me disculpáis un momento —intervino Geoffrey Scovill. Mientras miraba a Arthur, me había olvidado por completo de Geoffrey, de la señora Brooke, de todo. Pero Geoffrey no se había marchado y ahora había algo que quería decirme.

Henry se volvió a mirarlo de arriba abajo.

—¿Y vos sois?

—Es un amigo de Joanna. Su nombre es Geoffrey Scovill —aclaró Gertrude con elaborada cortesía—. Es alguacil.

—Entiendo. —Henry le sonrió, pero había confusión en sus ojos. Probablemente no entendía por qué una Stafford había entablado amistad con un simple alguacil.

—Me gustaría hablar con la señora Stafford durante un momento en privado —dijo Geoffrey.

La sonrisa se desvaneció del rostro de Henry.

—Geoffrey conoció a mi padre. —Lamenté al instante haberlo dicho. Dio la impresión de que mi intención era intentar elevar la categoría de Geoffrey. Aun así, funcionó.

—Ah, bien. Por supuesto —afirmó Henry—. ¿Deseáis que esperemos fuera?

—No, no, no —dije—. Hablaremos en la cocina.

Un puñado de ojos curiosos nos siguieron cuando conduje a Geoffrey fuera del salón. Cerré la puerta en cuanto estuvimos en la cocina. La mesa de madera conservaba todavía las migas del pan con queso que Arthur había dejado allí horas antes. Kitty, mi joven sirvienta, no había aparecido.

Me dolía el estómago. Estaba muy hambrienta. Y también cansada. Apenas había dormido la noche anterior.

Geoffrey me cogió por los hombros y me atrajo hacia él. Estábamos tan cerca el uno del otro que pude incluso oler el jabón con el que se había frotado la piel. Era un olor a ceniza, amargo, la clase de jabón que usan los criados porque prácticamente no cuesta nada. No era desde luego la elección más adecuada para un hombre que lleva un corte de pelo a la moda. Junto con la conmoción que provocó en mí que me cogiera, sentí una extraña ternura al verlo intentar torpemente adquirir cierta finura.

—Escuchadme, Joanna —dijo—. No debéis iros con esa gente.

—¿Por qué?

—Porque no es seguro para vos.

Me desasí de sus manos. Los temores de Geoffrey eran ridículos. Yo me sentía profundamente aliviada ante la posibilidad de que los Courtenay me ayudaran con Arthur. Por fin iba a verme libre de la farragosa y agotadora carga que había supuesto criarlo. Y ahora Geoffrey quería dar al traste con el plan.

—¿Sois consciente de que los Courtenay son una de las familias más adineradas del reino? —dije—. Tienen un ejército de criados. ¿Cómo iba nadie a hacerme ningún daño mientras soy su invitada?

—No es esa la clase de peligro a la que me refiero.

—Entonces, ¿a qué os referís? —pregunté.

No me respondió. Me di cuenta de que pensaba qué decir, intentando encontrar el modo de exponer algo, casi como Gertrude Courtenay había medido sus palabras en mi dormitorio al hablarme de lady María.

—¿Cómo sabe la hermana Beatrice que teníais planeado venir a Dartford para ocupar el cargo de alguacil? —pregunté.

Geoffrey frunció el ceño, sorprendido.

—Me escribió después de la feria. Y yo respondí a sus cartas.

—Entiendo.

—Me habría encantado escribiros, Joanna, pero obviamente jamás me escribisteis.

Una incómoda tensión llenó de pronto mi cocina. Yo no podía mantener una correspondencia con él. Escribirle habría alimentado sus esperanzas de

mantener conmigo algo más que una simple amistad. Creía que él ya no albergaba esos sentimientos hacia mí, pues tan solo lo había visto una vez desde que se me había declarado en el granero del priorato la primavera anterior.

—En la feria de santa Margarita —empecé, antes de interrumpirme.

—¿La feria? ¿Qué queréis decir?

—No estuvisteis cómodo. No sé por qué.

Hubo una sombra de perplejidad en el rostro de Geoffrey, pero enseguida se transformó en otra cosa. Se rio. No era la misma risa relajada e infantil de hacía un rato. Había dureza en su alegría.

—No tenéis ni idea, ¿verdad, Joanna? A veces me preguntaba si erais consciente…, y me decía: «No, seguro que se da cuenta. No tiene un pelo de estúpida».

—Darme cuenta ¿de qué?

—Del efecto que tenéis en los hombres. De cómo reaccionan ante vos, de cómo os miran. Y cuando Beatrice se sumó a vos… ¡Por la sangre de Cristo! Dos hermosas jóvenes que no eran ya novicias sino solteras y huérfanas, vagando libremente por la campiña. Una morena, la otra rubia. Quizá pude pareceros incómodo, Joanna, porque temía que entre una multitud de hombres ebrios de cerveza no fuera capaz de defenderos. Afortunadamente, nadie se metió con vosotras. Pero os aseguro que eso fue parte del motivo de que hoy la ciudad deseara mandaros al estoque. Vuestra presencia puede resultar turbadora.

—Eso no es cierto —dije, alzando la voz. Miré hacia la puerta. No quería que nadie oyera la conversación—. Lo que decís es ofensivo. Y absurdo.

—¿Debo recordaros en qué circunstancias nos conocimos? —preguntó.

Me estremecí al acordarme del rufián que me había atacado en Smithfield.

—¿Qué tiene eso que ver con los Courtenay? —dije.

—Nada. Pero su casa no es lugar seguro para vos. Ahora no. Y no se trata de nada que ellos hayan hecho… Obviamente son gente noble. Se trata de quienes son.

Oí que Arthur se reía en la habitación contigua. Había entrado en casa. Quise salir y reunirme con él y con mis parientes. No entendía lo que Geoffrey intentaba explicarme.

—Comprendo que os preocupéis por mi bienestar, Geoffrey —dije—, pero debo confesaros que pocos hombres me han parecido tan buenos como Henry Courtenay. Sé que puedo confiar en él.

—¿Cómo sabíais que podíais confiar en la hermana Cristina?

Di un paso atrás, separándome de él, y luego otro, al tiempo que el arrepentimiento le velaba la mirada. El dolor debió de ser más que explícito en mi rostro al oírle mencionar a la novicia que había sido mi amiga y que sin embargo había asesinado a dos personas. Geoffrey tendió la mano hacia mí, diciendo:

—Lo único que pretendía decir es que…

Le aparté la mano de un manotazo y me volví bruscamente hacia la puerta de la cocina. Estaba atrancada. Tenía que salir cuanto antes de la estancia.

—Lo siento mucho, Joanna —se disculpó con una voz grave y pesarosa.

—Quiero que os marchéis —dije. Golpeé la puerta con la base de las palmas de las manos y con tanta fuerza que esta se abrió de par en par.

Todos guardaron silencio. Puse todo mi empeño en adoptar una expresión de tranquilidad que no sentía. Arthur corrió a mi encuentro y le pasé los dedos por el pelo sedoso y enmarañado, intentando encontrarle la punta superior de las orejas.

—¿Estáis bien, Joanna? —preguntó Gertrude, desplazando la mirada hacia mi izquierda. Geoffrey debía de haber aparecido allí, justo detrás de mí.

—Sí. —Afortunadamente, mi voz había recuperado su firmeza—. Y desearía aceptar vuestra amable oferta e ir a visitaros.

Los Courtenay mostraron su alegría. Arthur empezó a saltar en cuanto oyó la noticia. Instantes después, los criados recibieron órdenes de ir a recoger nuestra ropa. Gertrude no quería oír ni hablar de esperar un solo día.

La hermana Beatrice salía por la puerta de la calle cuando la alcancé. Debía de haber seguido a Geoffrey. No vi ni rastro de él. Obedeciendo a mi

petición, se había marchado de mi casa.

—¿Seríais tan amable de ayudarme arriba, hermana Beatrice? —le pedí —. Hay algo que requiere vuestra atención.

Ya en mi habitación, la hermana se arrodilló a mi lado mientras yo doblaba la ropa de Arthur.

—Ahora entiendo por qué os habéis quedado en Dartford, tan cerca de mí —dije—. Creo que no era por mi amistad. Algo me dice que guarda relación con Geoffrey Scovill.

—Sí —dijo—. Siento algo por él.

Por lo menos el engaño había terminado.

La hermana Beatrice me dio un camisón de lana de Arthur.

—Pero Geoffrey no siente lo mismo por mí —dijo—. Lo sé. Aunque quizá con el tiempo…

Me espantó la desvergonzada calma que vi en la hermana.

—¿Y qué ocurre con nuestros votos? —pregunté—. Aunque ya no estemos entre los muros del priorato, los votos que juramos como hermanas siguen significando algo.

—¿Os referís al voto de castidad? —espetó. El rostro de la hermana Beatrice se había erizado como el de un gato acorralado—. Conocéis mi vida. Fui la querida de un mal hombre. Mi cuerpo engendró a un niño que Dios, en su misericordia, me arrebató. Todos me abandonaron, incluso mi madre, que me maldijo, llamándome furcia y desterrándome al bosque.

A la hermana Beatrice seguía atormentándola lo que había ocurrido hacía años. No pude evitar sentirme conmovida por su sufrimiento.

—Pero regresasteis al priorato como hermana laica —dije—. Volvisteis a ser aceptada en el seno de la comunidad.

—Gracias a Geoffrey. —Asintió, presurosa—. Fue él quien me encontró y se lo conté todo. Todo. Él nunca me criticó ni me juzgó. Fue el único que no lo hizo.

Y, sin embargo, de qué manera Geoffrey me había criticado a mí. Desde el principio había discutido conmigo, hostigándome.

—Yo no os juzgo —dije.

—Vos menos que ninguna otra mujer, hermana Joanna. Aun así, lo hacéis. Y no os odio por ello. —Estrechó mi mano entre las suyas—.

Habéis sido una amiga para mí. No me he aferrado a vos solo por Geoffrey. Bajo vuestro carácter intempestivo y vuestra furia se esconde un afectuoso corazón.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, como si dudara.

—Decidme —la apremié.

La hermana Beatrice inspiró hondo.

—Si hoy vamos a sincerarnos, será mejor que lo hagamos del todo. Sé que Geoffrey os ama, pero os ama porque el vuestro es un amor imposible. Esa es la naturaleza de lo que siente por vos. Y vos no lo amáis.

Su última frase encerraba una imperceptible interrogación. Pensé entonces: «Quiere que la tranquilice y que le dé mi bendición». Pero de pronto fui presa de la confusión. Realmente no sabía lo que quería de Geoffrey Scovill.

—Todo lo demás está ya recogido —anunció la joven sirvienta de Gertrude desde la puerta—. Mi señora os espera abajo.

Los Courtenay se hicieron entonces cargo de mí. Para alegría de Arthur, lo sentaron en el mismo caballo de Edward. En cuanto a mí, me dieron mi propio caballo para el viaje a Londres y también para el tiempo que durara mi estancia allí. Mi montura era una yegua castaña con una mirada alerta. «¿Cómo era posible? ¿De quién habría sido ese animal hasta hacía una hora?», me pregunté fugazmente.

Me despedí de la hermana Beatrice y le entregué dinero para que pagara el sueldo del mes de mi sirvienta y le diera las explicaciones pertinentes. La hermana bajó la mirada y asintió. Habló con simple cortesía. Quizá porque, al no responder a su última pregunta, no la había tranquilizado.

El séquito de los Courtenay avanzó por High Street hacia el cruce con Darent Road. Pasamos junto a la cruz del centro de la calle, situada delante del mercado. Yo jamás había cruzado la villa a caballo y la experiencia me dio una perspectiva más elevada y nueva, permitiéndome ver desde arriba el interior de las ventanas de las casas y de las tiendas a nuestro paso.

Aunque sin duda debería haber estado encantada con mi partida de Dartford, donde apenas unas horas antes aquellos vecinos habían intentado humillarme, de pronto me sentí débil. «Es el hambre», me dije. «Estás

haciendo lo correcto». Me agarré con fuerza al cuerno de la silla para mantener el equilibrio.

—¡Hermana Joanna! ¡Hermana Joanna! —Me volví sobre la silla. Era la hermana Winifred, que se había remangado la falda con ambas manos para poder moverse más deprisa—. ¡Deteneos! ¿Qué hacéis?

Con un gesto, les indiqué a los hombres que la dejaran pasar.

—Voy a visitar a mis parientes —respondí—. Volveré dentro de un mes.

—No lo entiendo. —La hermana lloraba y una burbuja amarilla le temblaba en la nariz—. ¿Cuándo lo habéis decidido?

—Hoy —dije. «El hermano Edmund tampoco lo entenderá», pensé, muy afligida. ¿Cómo podía haber tomado semejante decisión sin hablar antes con él? «¿Y cómo se sentirá cuando sepa que me he ido sin tan siquiera decirle adiós?».

Gertrude Courtenay, que iba dos caballos por delante de mí, también se volvió a mirar. Le indiqué con un débil gesto de la mano que no había de qué preocuparse y que no era necesaria su intervención.

—Por favor, os lo ruego, hermana Winifred, no os aflijáis —dije, inclinándome hacia abajo desde el caballo—. Os escribiré mañana mismo. Y le contaré todo al hermano Edmund.

La hermana Winifred dejo de corretear junto a mi caballo. La comitiva siguió adelante y ella se quedó plantada en mitad de la calle. Me dolía tanto el cuello si seguía girando la cabeza para no perderla de vista que tuve que volverme hacia delante. Un segundo más tarde, la oí gritar:

—Qué Dios os proteja, hermana Joanna.

Mi caballo, que seguía obedientemente a los demás, salió al ancho camino que llevaba a Londres. A la izquierda había una espesa arboleda de manzanos. Vi unas estrechas escalerillas de madera apoyadas contra los árboles más altos. Estábamos en plena cosecha. La luz bailaba entre las hojas de los árboles. Parpadeé, deslumbrada por la intensidad del otoñal sol poniente.

De pronto se oyeron gritos en el camino y John salió corriendo del huerto, agitando su vara.

—¡Ahí va la camada de víboras, que ha acogido en su seno a la hija de Satán!

Gertrude le hizo una señal a un criado. Espoleé mi caballo para darles alcance antes de que pudieran hacerle a John algún daño.

—No hagáis nada, os lo suplico —dije—. John está loco. No es más que una pobre criatura de Dios.

Henry Courtenay asintió y ordenó a los criados que actuaran de otro modo. Una lluvia de chelines cayó por el aire y aterrizó a los sucios pies de John.

No los recogió.

Plantado a un lado de camino, John dijo:

—Preparaos para vuestro destino…, preparaos, vos que habéis pecado ante Dios. ¡Él ve todos vuestros pecados! Sabe que vuestro arrepentimiento es falso, falso y falso.

Gertrude se cubrió la boca con la mano. La cháchara de John la había asustado. Henry gritó entonces:

—Adelante, reemprended la marcha.

Todos agitamos las riendas o espoleamos los flancos de nuestras monturas. Recé para que John no nos siguiera por el camino. La paciencia de Courtenay quizá tuviera sus límites.

John no nos siguió, pero tampoco guardó silencio, y sus gritos seguían resonando en mis oídos mucho después de que hubiéramos dejado atrás la villa de Dartford.

—Se acerca el día del ajuste de cuentas, se acerca —gritó John—. El Armagedón está próximo. ¡Terminará por devoraros a todos!

OceanofPDF.com

Segunda parte

OceanofPDF.com

7

Suffolk Lane solo podía existir en la ciudad de Londres. A su alrededor palpitaba el runrún y el hedor, las inhumanas multitudes y el duro y relumbrante resplandor de la ciudad. Pero Suffolk Lane era una calle corta, estrecha y tranquila. Una reserva protegida. Una casa solariega de altos muros de ladrillo ocupaba la cara oeste de la calle, imponiendo su magnificencia sobre la calzada adoquinada. Casi dos siglos antes, había sido construida la vivienda a un precio desorbitado por un mercader de Middlesex que había sido nombrado lord alcalde de Londres en cinco ocasiones. El lord alcalde de la ciudad había bautizado su venerada casa con el nombre de la Rosa Roja. Tras su muerte, la residencia solariega había pasado a ser propiedad de las codiciosas manos de la nobleza. Dos años después de que mi primo Henry se casara con Gertrude, yo había tomado posesión de la Rosa Roja. Allí fue donde viví con los Courtenay durante el tiempo que estuve con ellos.

Mi habitación estaba en la segunda planta, junto la esquina sudoeste de la casa, o lo que es lo mismo, en la parte del edificio que daba a Lower Times Street, una vía pública que trazaba las curvas del río como un nervioso pretendiente. El miércoles por la mañana de la segunda semana de mi visita, oí gritar a un hombre desde algún lugar situado en Lower Times, aunque no se trataba de los desvaríos de ningún loco. Me asomé a la ventana y lo vi de pie y muy erguido en la esquina, vestido con una librea real. Las únicas palabras que alcancé a entender fueron: «El emperador Carlos». Entendí entonces que se trataba del pregonero de la ciudad.

A pesar de que una dama no debía asomarse en ningún caso a la ventana, abrí de par en par la mía para oír mejor la noticia. Entró una ráfaga de aire fresco y húmedo, presto a mancillar mi perfumada alcoba.

—Los turcos han derrotado al emperador Carlos en la batalla naval de Préveza —gritó el joven—. Se han perdido trece naves imperiales. Los bárbaros han hecho prisioneros a tres mil cristianos. Los turcos musulmanes

del Imperio otomano se han hecho fuertes y las fuerzas del emperador han sido vencidas.

El muchacho repitió su mensaje por tercera vez y después se alejó hasta desaparecer de mi vista. Intenté sopesar la importancia de la noticia. Había dejado de mantenerme apartada de lo que ocurría en el mundo. Seguía siendo leal a lady María, que se veía afectada por las batallas de su primo, el emperador Carlos. A fin de ser para ella una verdadera amiga, había decidido dejar a un lado mi profunda antipatía por la política y hacer un estudio de los asuntos de la cristiandad. Y menudo cenagal en el que me había metido. ¿Sería esa derrota naval beneficiosa o perjudicial para lady María?

—Se lo preguntaré a Gertrude —murmuré, cerrando la ventana para aislarme de la ciudad.

En un extremo de mi gran habitación había una cama con dosel de la que colgaban unas cortinas con ribetes dorados. En el otro había una chimenea cuyas llamas habían quedado reducidas a un montón de luminosas brasas rojas. Junto a la puerta, encajado en el revestimiento de roble de la pared más alejada, había un espejo de cuerpo entero. Al pasar por delante de él, me detuve.

¿Quién era la mujer que me miraba desde el espejo?

Llevaba un vestido de un tono dorado oscuro, manga larga y escote bajo y cuadrado. La falda hasta los pies y el tocado español firmemente ajustado. En los pies, zapatos de terciopelo y sobre el pecho, un colgante de diamantes.

Era muy parecida a Gertrude Courtenay.

Pero ¿cómo podría haber sido de otro modo? Esa había sido antes su ropa. Durante mi primera mañana en Londres, Gertrude dio aviso y a mediodía las modistas de Londres llegaron a la carrera. Me sentí abrumada por la alharaca, las miradas entusiastas y los endurecidos dedos de todas aquellas mujeres que se empujaban luchando por hacerse con un encargo de la marquesa de Exeter.

Quise negarme. Intenté rechazar los vestidos y las joyas que Gertrude insistió en regalarme. No solo era que la generosidad de Gertrude excediera con mucho lo que yo creía merecer. Jamás me había interesado lo más

mínimo la moda. En efecto, cuán liberador había sido llevar un hábito holgado y largo de hombre en el priorato de Dartford. Cuando me había visto obligada a renunciar a mi hábito blanco y a comprarme ropa de mujer, había elegido un puñado de vestidos sin reparar demasiado en lo que compraba, todos ellos de lúgubres colores. Jamás había pretendido llamar la atención con mis galas.

—Joanna, sabéis que respeto profundamente vuestra humildad, pero hay otros aspectos que merecen consideración —respondió Gertrude—. Somos miembros de las familias de mayor rango del reino, familias que llevan años sirviendo a sus soberanos. Vos y mi esposo lleváis sangre real en vuestras venas y por ello se requiere de vos ciertas normas en vuestra apariencia. ¿Creéis acaso que lady María se viste con harapos? Cuando el luto por la reina Juana tocó a su fin, volvió a usar hermosos colores. Lleva joyas, escucha música y hasta juega a las cartas. Todo el mundo la mira. Ninguno de los detalles de su aspecto pasa jamás desapercibido. Nosotras, que queremos a lady María, debemos asimismo mostrar un orgullo acorde con nuestro rango.

Y así, a regañadientes, acepté mi nuevo vestuario. Era unos cinco centímetros más baja que Gertrude y tenía más pecho que ella. La primera diferencia no presentó demasiadas dificultades a la hora de hacer los ajustes pertinentes. No ocurrió lo mismo con la segunda. Todos los corpiños me quedaban demasiado ajustados. Al principio me sentí aprisionada. No me gustaba ser tan consciente de ello cada vez que tomaba aire. Pero después de unos días la sensación de confinamiento había desaparecido.

Cuando abrí la puerta que daba al pasillo superior, a punto estuve de toparme con Alice, mi sirvienta.

—¿Necesitáis algo, señora Joanna? —Alice saludó mi presencia con una reverencia y su oscuro pelo rojo brilló bajo su cofia.

—No, gracias. Voy a ver a la marquesa.

—Creo que se ha trasladado a su salón de visitas —dijo Alice, haciéndose a un lado y preparándose para seguirme.

Mi mente empezó a funcionar frenéticamente.

—Alice, el fuego de mi habitación se ha apagado. Sé que no es responsabilidad tuya atenderlo, pero…

—Enseguida me ocuparé de vuestras habitaciones y de vuestro vestuario, señora Joanna —respondió Alice, entrando a toda prisa en mi habitación.

Aliviada, me alejé por el pasillo. De todas las cosas a las que me había acostumbrado, ninguna me resultaba tan difícil como tener a una sirvienta tras de mí por toda la casa. Gertrude me había asignado a Alice y la muchacha era una joven dispuesta, pero hacía años que yo no disponía de sirvientes personales. Años atrás, mi madre y yo habíamos compartido una criada en el castillo de Stafford, una campesina gruñona llamada Hadley. A decir verdad, prefería sus exagerados suspiros de resentimiento ante la labor más nimia que el entusiasmo que Alice mostraba por servirme. Quizá fuera porque mi sirvienta de Londres me preguntaba constantemente lo que iba a hacer o adónde iba, para así poder atenderme mejor. Y yo a menudo carecía de respuestas. Arthur pasaba los días muy ocupado y feliz junto a Edward Courtenay y su legión de tutores. Mi lugar en la casa estaba menos definido.

Era media mañana. La Rosa Roja zumbaba de actividad. El servicio se levantaba a las cinco de la mañana y trabajaba sin descanso hasta el anochecer. Me sentía rara sin tener nada que hacer entre tanto derroche de actividad.

Fiel a su palabra, Gertrude se había mantenido alejada de la corte del rey. No había salido de la Rosa Roja desde mi llegada. En vez de eso, recibía visitas. Modistas y boticarios, joyeros y eruditos. Todos intentaban ocupar cuantos más minutos posibles del tiempo de Gertrude, que, ocupada con sus quehaceres, estaba en todo momento atendida por sus ujieres, las criadas y las damas de compañía, sobre todo por Constance.

Para llegar a las escaleras que llevaban a las habitaciones de Gertrude, tenía que pasar por la parte de la casa que no me atraía demasiado: el Gran Salón. Era una estancia inmensa y vacía. Una de las primeras mañanas de mi estancia, antes de que bajaran las modistas, Gertrude había abierto las puertas de la sala y había recorrido conmigo el salón cuan largo era, como parte de la visita guiada de la casa.

Pero algo ocurría en aquella sala, algo que yo no había podido desentrañar todavía.

Lo vi al mirar la chimenea. Con una altura suficiente como para que un hombre pudiera estar de pie dentro de ella, estaba perfectamente barrida y limpia. Las llamas no habían lamido sus paredes desde hacía meses, quizá años. Dos figuras de granito labrado que sobresalían de la repisa situada encima captaron mi atención. No eran la clase de figuras que habitualmente se ven en una chimenea: un par de leones alados con las bocas abiertas de par en par, como si gritaran.

Cuando me acerqué un poco a examinar las figuras, fui presa del miedo. Un instante después, oí los retazos de conversación.

Primero fueron las palabras:

—Que Dios Todopoderoso os bendiga.

Después llegó un grito breve y agudo como el de un niño.

Y luego la risotada de un hombre.

Todo ello resonó fugazmente en mi cabeza y desapareció. Miré a Gertrude y, detrás de ella, a Constance. No reaccionaron.

—¿Lo habéis oído? —le pregunté a Gertrude.

Perpleja, Gertrude negó con la cabeza. Constance la imitó, impávida.

A punto estuve de confiar en la esposa de mi primo. Sin embargo, el impulso remitió. Seguí a Gertrude fuera instantes más tarde. A fin de cuentas, mi partida de Dartford no había estado desprovista de duras pruebas. No había dormido bien la primera noche que había pasado en la Rosa Roja. Quizá todas esas tensiones me hubieran afectado. Y, desde luego, nada más lejos de mi intención que dejar que Gertrude me creyera una desquiciada.

Desde esa primera tarde, yo no había tenido ningún motivo para entrar al Gran Salón, pero cada vez que pasaba por delante de la inmensa estancia, me perseguía el recuerdo de lo que había oído en su interior. ¿Habían sido simplemente imaginaciones mías o se trataba quizá de algo más oscuro? ¿O había sido una visión?

Y eso me había llevado a revivir el terror que había sentido en Saint Sepulchre y a oír de nuevo las palabras de la hermana Elizabeth Barton.

Mi horrorizada madre me había sacado del priorato ese día de 1528.Yo le había contado tan solo que la monja había sufrido un ataque y que había empezado a balbucear sin sentido sobre cuervos y perros, omitiendo todo lo

que había ocurrido antes. Sabía lo susceptible que era mi madre en todo lo relativo a las visiones de las místicas y había tenido que impedirle que buscara más consejo o, Dios no lo quisiera, que me empujara al cumplimiento de la profecía.

Aunque la experiencia de lo ocurrido en Saint Sepulchre había sido casi tan aterradora como lo había sido en su momento la agresión de George Bolena, no me abandoné de nuevo a la melancolía. Dejé claro a todos que a partir de ese día residiría en el castillo de Stafford. Si fuera de los gruesos muros de mi ancestral hogar acechaba el peligro, me quedaría en las Midlands. Pero resultó innecesario. No fui yo quien cayó enferma ese invierno, sino mi madre. Sufrió una dolencia y jamás se recuperó. Pasé los años siguientes cuidando de ella. No se volvió a hablar de encontrarme otro sitio en la corte ni tampoco un esposo. La importancia de mi futuro —la posibilidad de que pudiera mejorar la situación de la familia Stafford mediante mi servicio al rey o un matrimonio noble— perdió fuerza. Mi lugar era hacer las veces de enfermera de mi madre, compañera de mi padre y ayudante de lady Úrsula, la esposa de mi primo Henry, que cada año veía crecer su vientre con un nuevo embarazo. Durante todo ese tiempo estuve al corriente de las actividades de la hermana Elizabeth Barton. Todo el mundo lo estaba. Meses después de mi visita, se había hecho famosa. Dos cardenales habían viajado a Canterbury: el cardenal Wolsey, primer ministro del rey, acompañó a Londres al cardenal Campeggio. El prelado italiano había sido enviado por Su Santidad para oír la petición de divorcio del rey. La hermana Elizabeth había obtenido audiencia con Wolsey en Canterbury y le había advertido de los peligros que entrañaba un divorcio. Durante los años siguientes, se había reunido con personas muy importantes a las que había implorado en todo momento que convencieran al rey de que debía abandonar su empeño. Había llegado incluso a entrevistarse en dos ocasiones con el propio rey. Durante la segunda, le había informado de que si se casaba con Ana Bolena, moriría en un plazo de tres meses. El rey se había casado con ella a pesar de todo en 1533.

El rey había tomado medidas contra la hermana Elizabeth Barton cuando hubieron pasado esos tres meses y quedó demostrado que la profecía de la hermana era errónea. La había arrestado por traición, junto

con sus seguidores. En la Torre de Londres, la había interrogado en repetidas ocasiones hasta que había firmado un documento en el que se desdecía de sus predicciones. En la primavera de 1534, la hermana Elizabeth Barton había muerto ejecutada en Tyburn junto con un puñado de sus seguidores. Su baja cuna la había privado del privilegio de morir en la Torre.

Aunque la noticia de su muerte me había entristecido, me avergüenza reconocer que también me había aliviado. La hermana había repudiado sus visiones públicamente y había declarado que los hombres que la rodeaban le habían metido ideas en la cabeza. Había quien consideraba a la hermana Elizabeth una herramienta de quienes se oponían al divorcio del rey; otros decían que estaba loca o que era víctima de una atormentadora enfermedad que le arrebataba las fuerzas y provocaba que arrojara espumarajos por la boca. Fuera cual fuera el motivo, eso significaba que nada de lo que la hermana Elizabeth me había dicho era cierto. Yo no había sido elegida para cumplir una terrible misión. Cuando había acudido al lado de Catalina de Aragón en lugar de mi difunta madre y después había tomado los votos en el priorato de Dartford, jamás se me había ocurrido que pudiera tener ningún papel en el futuro del reino. Y cuando el obispo Gardiner me había obligado a tomar parte en sus conspiraciones, en ningún momento había relacionado su petición con la hermana Elizabeth. Lo ocurrido durante mi búsqueda de la corona de Athelstan nada tenía que ver con la difunta monja de Saint Sepulchre.

Aun así, había puesto especial empeño en evitar a los astrólogos, videntes, místicos y brujas, en suma, a cualquiera que pudiera formular profecías. La hermana había dicho que otros dos seguirían su ejemplo. Por mucho que lo había intentado, me era imposible olvidar sus palabras.

Un año antes de mi ingreso en el priorato de Dartford había oído por primera vez la palabra «nigromancia». Mi padre había descubierto que dos criados de Stafford habían conocido a un hechicero rural que llevaba una cabeza cortada en una bolsa a la que, si le pagaban un chelín, le hacía preguntas. Después de colocarla delante de un espejo mágico, la cabeza daba su respuesta. Mi padre les había dicho con severidad:

—Escuchadme, este hechicero es un charlatán. Y aunque no lo fuera, esa clase de prácticas están muy alejadas de Dios. Os arriesgáis a la condena de vuestras almas si tratáis con alguien que hace uso de la carne de los muertos. Eso no es más que pura nigromancia.

Siempre que me asaltaba la incertidumbre, a menudo recurría a las sensatas palabras de mi querido padre. Esa mañana decidí poner coto a mis temores de las extrañas visiones entrando en el Gran Salón para ver con mis propios ojos que no había nada extraño allí.

Esta vez la sala estaba más iluminada. El sol se colaba a raudales por los grandes miradores que daban al patio interior de la Rosa Roja. Me adentré unos pasos más. El lugar era un espacio inmenso, vacío y rectangular, de una longitud que multiplicaba por tres su anchura. En el extremo más alejado y en alto había un balcón de piedra, sin duda para los juglares.

Mis pies, enfundados en los zapatos de terciopelo, cruzaron sin hacer ruido el suelo de la sala hasta el lugar donde me había parecido oír los ruidos hacía casi dos semanas.

Qué extraña elección la de meter esas grotescas figuras de piedra en una chimenea. ¿Qué debía de haber poseído al constructor de la casa? De repente me acordé de su nombre. Me lo había dado Henry Courtenay: sir John de Poulteney. ¿Por qué habría construido una casa solariega con un gran salón, como si se tratara del castillo de un magnate situado en el campo? Esa sala poco o nada tenía en común con Suffolk Lane. Sus esfuerzos me entristecieron. Era una misión imposible explicar la verdad sobre la aristocracia: que bajo la arrogancia, el orgullo hueco y el invariable recelo, había un vacío. Como el que reinaba en esa sala.

Me acerqué aún más a las dos figuras de la chimenea, los dos leones gemelos que adornaban las esquinas opuestas. Me recordaron a las gárgolas. Yo solo había visto monstruos de piedra en los laterales de la abadía de Westminster. ¿Era cierto que el león jamás cerraba los ojos, ni siquiera en sueños? ¿Que era la más vigilante de las criaturas de Dios?

De pronto, el terror me consumió, más intenso esta vez, como esa sensación de una náusea incontenible que nos asalta de repente justo antes de vomitar.

Oí de nuevo los retazos de conversación, aunque en esta ocasión no fue solo eso. De pronto, ante mis ojos relampaguearon las visiones.

—Que Dios Todopoderoso os bendiga. —Era una bendición clerical, aunque formulada por un niño sonriente de no más de ocho años y que vestía una casulla de obispo que le sentaba a la perfección.

Un grito fuerte y agudo. Una risa burlona y adulta. Pero vi también una segunda persona, un hombre tan alto que sobresalía por encima de una fila de hombres que se empujaban unos a otros. Tenía unos hombros anchos y vestía con harapos, pero su rostro era el de un sencillo muchacho: unos ojos lechosos y un labio inferior grueso y húmedo que temblaba. Me miró a los ojos y se estremeció, como presa del miedo.

Retrocedí, apartándome con paso inseguro de la chimenea. Mis zapatos prestados resbalaron en el suelo y me caí.

OceanofPDF.com

8

Cuando por fin me levanté y corrí para salir del salón, las visiones y las voces habían cesado. Me quedé en el pasillo con la espalda contra la puerta, intentando recobrar el aliento y asimilar lo que acababa de ver y oír.

Vi acercarse a un joven castaño con una bandeja en las manos. Era uno de los gemelos empleados en la casa. A simple vista idénticos, hasta en el corte de pelo, lo único que les diferenciaba era su inteligencia. James era el más capaz de los dos, y Joseph el menos avezado. Esa mañana, era James el que se dirigía hacia mí. No desvió la mirada como muestra de respeto, una práctica muy común entre la mayoría de los criados de la casa. ¿Me convertiría eso en blanco de los chismes más tarde? «La joven Stafford es muy extraña», comentaría esa noche en las dependencias del servicio.

Cuadré los hombros y, con más determinación que nunca, reemprendí el camino hacia las habitaciones de Gertrude.

Muy pronto decidí que lo ocurrido nada tenía que ver con Elizabeth Barton. Era muy posible que la Rosa Roja estuviera poseída por espíritus malignos. Quizá Gertrude y toda la casa creerían que había perdido el juicio, pero no tuve más remedio que contarle lo que había ocurrido en el Gran Salón.

Mi madre no solo había creído en los espíritus, sino que juraba haber conocido a un buen número de ellos en el viejo castillo que la familia tenía en Castilla. Ni que decir tiene que mi padre se burlaba también de esas cosas. En una ocasión yo había comentado lo que muchos creían, esto es, que algunos espíritus estaban tan inquietos que atormentaban a los vivos. Quizá se debía a que habían muerto sin que les suministraran la extremaunción, o a que habían experimentado tales horrores en vida que sus almas seguían vagando incluso después del entierro.

—No, Joanna —había dicho mi padre—. Cundo las personas mueren, mueren del todo.

Sin embargo, yo había experimentado esas visiones y los sonidos personalmente, y en dos ocasiones. Y no estaba loca.

Cuando crucé el umbral del elegante salón de visitas, haciendo caso omiso del ujier, vi que Gertrude no estaba sola. Aunque Constance no estaba presente, dos jovencitas, de unos trece años, procedentes de las nobles familias que formaban parte de la órbita de los Courtenay, bordaban con ella, sentadas sobre grandes cojines. Atendían a Gertrude como las damas de honor lo harían con una reina, al tiempo que aprendían las sutilezas de la buena conducta.

La propia Gertrude estaba reclinada en su sillón almohadillado favorito, con la cabeza inclinada hacia atrás de modo que reposaba en el respaldo. Llevaba una falda de color esmeralda, recogida en su diminuta cintura. Las manos, más jóvenes y cremosas que la piel del rostro o del cuello, descansaban sobre los brazos del sillón. Sentado a su lado vi a un hombre de suave rostro, de entre treinta y cuarenta años. Aunque vestía una holgada túnica negra, no era un clérigo. Llevaba un sombrero redondo y atado bajo la barbilla. Algo en él me resultó familiar, aunque no supe qué. Tenía una bolsa apoyada contra las piernas, llena de objetos cuadrados y altos que se adivinaban contra la arpillera.

—Nunca he conseguido entender cómo sabíais de lo que era capaz una persona tan insignificante durante tanto tiempo —decía el hombre.

Gertrude alzó la vista hacia el techo revestido de madera y respondió:

—Porque intuí cuál era su deseo secreto. Es el mismo que tiene todo el mundo, aunque casi no lo entiendan.

El hombre se inclinó hacia delante, visiblemente interesado:

—¿Cuál era el suyo?

—Escapar del dominio de su familia —dijo Gertrude con un estremecimiento—. Esa fue su manera no solo de huir de los salvajes hombres de su clan, sino de gobernar sus destinos.

No podían estar hablando de mí. Aun así, hubo algo en las palabras de Gertrude —y en la astuta indiferencia con la que se expresaba— que me dio qué pensar. Me aclaré la garganta.

Gertrude levantó bruscamente la cabeza y con rapidez adoptó la expresión que yo veía en ella siempre que entraba en su presencia: una

mirada afectuosa teñida de triunfo.

El hombre se levantó de un brinco.

—¿Es ella? —preguntó con un jadeo—. ¿Puede ser esta la señora Joanna Stafford?

Sus ojos me recorrieron de arriba abajo. Por dentro maldije a Geoffrey Scovill. Si hasta entonces jamás había sido consciente de ello, ahora cada vez que un hombre me lanzaba una de esas miradas ladinas y acechantes, volvía a oír las palabras de Geoffrey: «Vuestro efecto en los hombres. El modo en que reaccionan ante vos, en que os miran… Vuestra belleza puede resultar turbadora».

El hombre me besó la mano. Noté su palma rechoncha y sus labios húmedos en mi piel. Durante un desquiciante instante, me acordé de la babeante boca del gigante que había visto en el Gran Salón hacía apenas unos momentos. Tuve que recurrir a todo mi autocontrol para no retirar bruscamente la mano.

—Sois una joven muy hermosa —dijo la visita de Gertrude. Me soltó por fin la mano y se volvió hacia la marquesa—. Detecto cierto parecido con vos, mi señora.

—La señora Joanna es pariente de mi marido, no mía —dijo—. Pero ambas somos mitad españolas. Eso explicaría el parecido.

El hombre barrió la sala con ambas manos en un gesto grandilocuente.

—En ese caso, la señora Joanna es la luna de vuestro sol.

Me encogí, deseando estar en cualquier otro sitio.

Gertrude ladeó la cabeza al tiempo que se movía en la butaca. Era una curiosa costumbre. Justo antes de formular una observación, se movía de ese modo.

—La señora Stafford no es amiga de los cumplidos y en cuanto se le dirigen, no disfruta de su presencia.

—Ah, sí, por supuesto; el priorato ha dejado su huella —dijo el hombre, bajando la voz en señal de respeto.

Gertrude se volvió hacia mí.

—Este es el doctor Branch, uno de los mejores médicos del reino. Estudió tres años en Montpellier. Jamás consultaría a nadie que solo hubiera

estudiado en nuestro Colegio de Médicos. —Ambos se rieron de algún chiste privado.

—¿Os encontráis mal, Henry o vos? —pregunté.

Gertrude se encogió de hombros.

—Nada nuevo. La digestión de mi esposo sigue siendo un motivo de preocupación. Y yo no he vuelto a ser la misma desde 1528. Los remedios del doctor Branch son los únicos que nos son de ayuda. —Yo sabía perfectamente lo que había afectado a Inglaterra diez años atrás: una cruel epidemia de sudores, la misma plaga que había matado a mucha gente justo antes de que mi familia y yo viajáramos a Canterbury. El sudor había dejado su marca en Gertrude. A pesar de ser poseedora de un espíritu vivaz, por no decir feroz, el suyo no era un cuerpo fuerte. Una noche me había confesado que no podía tener más hijos. Edward era el único heredero de la estirpe de los Courtenay.

Gertrude frunció el ceño.

—No tenéis buen aspecto, Joanna.

Yo no deseaba hablarle a Gertrude del temor a los espíritus que me había asaltado en el Gran Salón, y mucho menos delante del doctor Branch, cuyos ojos todavía brillaban mientras me repasaba con la mirada.

—He oído anunciar a un pregonero una noticia sobre el emperador Carlos y a decir verdad no estaba segura de su importancia —dije, dando gracias por haber sabido dar tan original motivo para mi presencia allí.

—La derrota en Préveza. —Gertrude dio una palmada al brazo del sillón—. El turco musulmán ha derrotado a la Santa Liga.

Como siempre, me asombró lo bien informada que estaba.

—¿Es entonces cierto que los bárbaros musulmanes esclavizan a los cristianos? —exclamó el doctor Branch.

—El emperador los derrotará —dijo Gertrude.

El médico respondió:

—Durante los últimos tres meses he oído rumores en Londres. Ahora que Francia ha dejado de ser nuestra aliada, estamos aislados. Quizá esta derrota en el Mediterráneo, la amenaza del musulmán, impida que el Sacro Emperador Romano invada Inglaterra.

Invasión. La palabra provocó en mí un escalofrío, como lo habría hecho con cualquiera que viviera en nuestra isla. Como me había ocurrido ya al enterarme por vez primera de esa inminente amenaza, enseguida volví a pensar en lady María.

Con sumo cuidado en la elección de mis palabras, dije:

—Pero las alianzas diplomáticas, y el modo en que afectan a Inglaterra y a las personas prominentes que aquí viven ¿han cambiado, entonces?

Gertrude y yo cruzamos una mirada.

—Según tengo entendido, esas personas siguen estando a salvo —dijo. Bajó la barbilla y volvió a subirla. Fue un gesto tan nimio que quizá pasó desapercibido al doctor Branch. Aun así, sentí que se había colado en mi mente para leerme el pensamiento más íntimo y así tranquilizarme. Compartíamos en plena armonía nuestra devoción por la hija del rey.

Constance entró en ese instante en la habitación para ocupar su lugar detrás de Gertrude. La marquesa le ordenó que trajera una tercera silla.

—No sabéis cuánto me alegra que hayáis venido a verme, Joanna —exclamó—. Me habéis ahorrado tener que mandaros llamar. Por favor, sentaos delante del médico.

—Pero si me encuentro perfectamente —dije.

—El doctor Branch practica otro arte —replicó.

Trajeron una tercera silla, pero no me senté en ella. Presa de un temor cada vez mayor, vi que el doctor Branch rebuscaba entre un montón de papeles. Por fin, extrajo del montón una hoja con mucho cuidado. Estaba llena de esferas, flechas y líneas trazadas en diagonal.

—El doctor Branch es un experto en astrología —explicó Gertrude.

Agarré con fuerza el respaldo de la silla en la que supuestamente debía sentarme.

—Lo siento, Gertrude. Habría preferido haber sido informada con antelación de esto. Disculpadme, pero esto resulta imposible.

Sorprendido, el médico levantó la vista de sus dibujos.

—¿Imposible? —preguntó.

—No puedo permitir que leáis mis planetas —dije.

La risa de Gertrude llenó la estancia.

—¿Qué clase de bobada es esta, Joanna? Todo el mundo desea que le lean los planetas. ¿No iréis a decirme que creéis que la astrología es un invento del diablo? Esa creencia fue refutada hace siglos.

—No es ese el motivo de mi aversión.

—¿Entonces?

—Mi primo, lord Henry, nos hizo jurar a toda la familia, esto es, a todos los que vivíamos en el castillo de Stafford, que jamás permitiríamos que nadie calculara la posición de nuestros planetas, sobre todo teniendo en cuenta lo que le ocurrió a nuestro tío, el duque de Buckingham.

—Ah, sí —dijo el doctor Branch—. ¿El duque contaba con los servicios de un fraile?

—De un monje —lo corregí—. Durante su juicio, el cargo más importante contra Su Señoría fue el de haber coqueteado con la adivinación. —Desgraciadamente, mi voz tembló al pronunciar la palabra «adivinación»—. Mi tío no solicitó la predicción de la muerte del rey ni preguntó tampoco si los Tudor tendrían herederos varones. Ese testimonio fue completamente falso. Pero lo declararon culpable y lo perdimos todo.

Un respetuoso silencio llenó la estancia. Por fin recuperé la respiración, atrapada entre mis tensos hombros durante el relato de la caída en desgracia de mi tío.

Gertrude dijo despacio:

—Jamás preguntaríamos por el futuro del rey. En casa de Henry de Courtenay se respeta la ley. —Se levantó bruscamente y me rodeó la cintura con el brazo, atrayéndome hacia ella y mostrando una fortaleza cuando menos sorprendente—. El doctor Branch está aquí para ayudaros, Joanna. En cuanto sepamos la fecha y la hora exacta de vuestro nacimiento, podremos determinar la composición de vuestros humores y proteger así mejor vuestra salud. —Señaló con su otra mano al doctor Branch—. Os lo ruego, doctor, explicadle en qué consiste vuestro arte. Lo hacéis maravillosamente.

El doctor dio unas suaves palmadas sobre la silla vacía situada delante de él.

—Tomad asiento, señora Joanna.

—No es mi deseo ofenderos, pero no puedo participar en esto —insistí. No podía arriesgarme a quedar expuesta a ningún tipo de adivinación, por muy benévola que fuera. Lo había jurado sobre el frío suelo de piedra de Saint Sepulchre.

Gertrude retiró el brazo de mi cintura.

—El doctor Branch es mi invitado y un gran amigo —dijo, empleando un tono más frío que hasta entonces—. No entiendo por qué os negáis a sentaros y escuchar lo que tiene que deciros. Si después seguís pensando del mismo modo, naturalmente nadie os obligará, Joanna.

Me senté.

El médico, que era en ese momento el vivo retrato de la seriedad, empezó su lectura.

—Nuestra creencia en el poder de las estrellas y de los planetas se remonta a la historia más temprana de la que tenemos noción, señora Stafford. Los babilonios fueron capaces de ver que sus vidas dependían del sol. Las fluctuaciones de la luna gobernaban su salud. Mediante un diligente estudio del sol a lo largo de los siglos, aprendieron que los cuatro elementos —la tierra, el aire, el fuego y el agua— estaban controlados por la fluctuación de nuestros cuerpos celestes. Gracias a la obra de los más grandes eruditos humanistas europeos, ahora sabemos que Aristóteles y Claudio Ptolomeo concedían gran credibilidad a la astrología. —Hizo una pausa—. Aunque quizá esos nombres os sean desconocidos.

—No me son ajenos, doctor Branch —respondí—. Como no lo es tampoco otro hombre, Tácito, el historiador del Imperio romano, que llamó a los astrólogos «un peligro para los príncipes».

El médico me miró, boquiabierto. Gertrude intervino:

—Debéis entender que nuestras madres españolas siguieron el ejemplo de la reina Isabel. La reina creía que las mujeres merecían ser poseedoras de una educación clásica. Obviamente, Joanna prestó una gran atención a sus estudios.

El médico prosiguió entonces:

—Todos los reyes de la cristiandad hacen uso de los astrólogos, incluido el rey Enrique. La marquesa cree que nacisteis en el mes de abril, pero debo conocer la fecha exacta para…

Lo interrumpí para decir:

—Ya os he dicho que gozo de una salud magnífica.

—Sí, hoy —replicó el doctor Branch—. Pero en cuanto haya leído e interpretado la disposición de vuestros planetas podré determinar el estado de vuestros humores y sabré así lo que puede hacerse para daros un equilibrio perfecto de cara al futuro.

Y pensar que yo había temido que las visiones que había tenido en el Gran Salón pudieran estar de algún modo relacionadas con la hermana Elizabeth Barton. Aquello era sin duda mucho peor. Gertrude estaba intentando obligarme a someterme a lo que yo más temía: una sesión de adivinación.

Inspiré hondo y dije:

—El futuro es el lugar al que no puedo ir.

—Joanna. —La voz estridente de Gertrude me atravesó como una flecha—. Eso es una bobada. Os hemos asegurado que en cuanto el médico conozca la fecha y la hora necesarias, no se hará ninguna predicción peligrosa. Además, no acabo de comprender este temor vuestro. El duque de Buckingham fue ejecutado hace diecisiete años. No sois en ningún caso ninguna humilde servidora de la voluntad de su hijo. Si lo fuerais, residiríais ahora en el castillo de Stafford, con vuestro primo y su familia. Pero no es así. Hasta el momento apenas habéis mostrado hacia él una mínima obediencia. Y, sin embargo, en este asunto, ¿os echáis a temblar ante su distante orden? No os creo.

Un tenso silencio impregnó la sala de visitas. Las criadas habían dejado de bordar sobre sus almohadones. El médico desvió la mirada.

—No tengo otra elección —dije, incapaz de disimular mi aflicción.

El doctor Branch recogió su bolsa.

—Bien, tengo otros pacientes, mi señora. Antes de irme, ¿podría examinar el agua de vuestro esposo? ¿La habéis guardado como os pedí?

Constance condujo fuera al médico para que examinara el agua y yo me senté en mi afelpada silla bordada bajo la gélida y perpleja mirada de Gertrude Courtenay.

—El doctor Branch es caro, Joanna —dijo—. Lo que ha ocurrido hoy aquí no me ha complacido en absoluto.

Me levanté.

—Si sois tan amable de informarme de los honorarios del médico, me encargaré de compensaros por ello —respondí, acompañando mis palabras con una profunda reverencia. Al incorporarme, vi teñirse de escarlata las mejillas de Gertrude. Su pecho subía y bajaba agitadamente. Estaba enfadada conmigo como lo había estado con la señora Brooke en Dartford.

—Dejadme —dijo. Le tembló la voz, quizá debido al esfuerzo necesario para controlarla.

OceanofPDF.com

9

Dediqué el resto del día a intentar encontrar un poco de paz interior, aunque en vano. Recorría de un lado a otro mi dormitorio, desde la ventana que daba a Suffolk Lane y por la que se colaba el frío otoñal al fuego que Alice había vuelto a avivar y que crepitaba en la chimenea. Los reproches me revolvían el estómago. Los Courtenay habían sido especialmente afectuosos con Arthur y conmigo. Por poco que hubiera podido darle a Gertrude lo que me pedía, lo habría hecho de buen grado.

Gertrude era lo bastante astuta como para dudar de la existencia del edicto familiar de los Stafford al que yo había hecho alusión. Mi primo nos había exigido evitar la adivinación, pero yo no vivía en el cumplimiento de sus distantes órdenes. Aun así, desvelar el auténtico motivo —describir mi visita a la traidora que había sido condenada en su día— resultaba peligroso, y no solo para mí, sino también para Henry y para ella.

Desesperadamente necesitada de algo que distrajera mi atención, retomé la lectura que había empezado, una traducción al inglés de *La vida de Eduardo el Confesor*, obra del abad de Rievaulx. Sin embargo, las dificultades del pío rey sajón no lograron captar mi atención. Leí un largo párrafo y al terminarlo me di cuenta de que no había asimilado una sola palabra. Cerré el libro, que poseía una cubierta roja con grabados. Todos los libros de mi habitación eran de una gran calidad. Yo sabía que durante los dos últimos años Gertrude había comprado discretamente libros de los grandes monasterios que habían sido disueltos por orden del rey. Había rescatado los Martirologios, las Reglas de san Benedicto y los *Pater Nosters* de manos de los incultos cortesanos que habían tomado posesión de las casas religiosas. Ya en mi primer día en la casa, me había puesto en las manos un exquisito *Espejo de la bendita vida de Cristo*. Y en ese momento debía de considerarme una recalcitrante y una irrespetuosa.

Fui presa de la añoranza al pensar en los amigos que había dejado en Dartford. Se me antojaba harto difícil lidiar con esa clase de tensiones.

Restaban dos semanas de mi visita, pero de haber podido marcharme ese mismo día sin haber provocado con ello una ofensa, lo habría hecho. Cuánto lamentaba no poder hablarlo todo con la hermana Winifred y con el hermano Edmund. Había recibido tres cartas de ella y una de él. Anhelaba oír otra vez su voz temperada y mirarlo de nuevo a los ojos, esos ojos marrones y colmados de sabiduría y de probidad.

Mis lágrimas llegaron como una tormenta. Me senté en el borde de la cama —aquel lecho mullido y rodeado de cortinajes que me habían ofrecido — y sollocé como una niña confundida. Pasado un rato, me sentí agotada y profundamente avergonzada. En raras ocasiones me permitía comportarme de ese modo.

Justo después de que anocheciera, oí el chacoloteo de caballos. La luz de las antorchas osciló delante de mi ventana, como ocurría siempre al caer la noche. Henry Courtenay, el marqués de Exeter, volvía a casa.

Indudablemente, Henry podría haber ocupado sus propias habitaciones en la corte. El rey residía en ese momento en Greenwich, pero mi primo había recibido permiso para vivir en su casa, con su mujer y su hijo. Todas las mañanas oía misa en la capilla familiar y de allí iba directo al río, desde donde sus remeros lo trasladaban a palacio. Por ser un familiar cercano del rey y por su noble cuna, debía servir al rey. En vez de hacer de nuestra comida principal el almuerzo, a primera hora de la tarde, comíamos frugalmente a esa hora y disfrutábamos de una copiosa cena al caer la noche, con Henry presidiendo la mesa.

No dejaba de conmoverme el entusiasmo que despertaba el regreso de Henry. Jamás había observado semejante devoción por el señor de la casa. Llegaban los portazos, los correteos y los gritos de una planta del edificio a otra. Todos los habitantes de la casa, desde el pinche de menor rango hasta el oficial de mayor categoría, se apresuraban a presentarse ante él en la antecámara principal para la misa de vísperas.

Cuando llegué a lo alto de las escaleras, encontré a Henry de pie junto a la puerta. Las velas nuevas llameaban por doquier. El servicio, compuesto por no más de sesenta personas, inclinaba la cabeza o saludaba con una reverencia en oleadas. Gertrude, que siempre se quedaba en el primer escalón, saludó también con una reverencia.

Habían sido varios los que me habían preguntado en alguna ocasión qué era lo que hacía de Henry Courtenay un hombre tan cautivador. Su destino encandilaba a las almas más sensibles.

Parte de su encanto era su apariencia. El rey y él, nietos ambos de Eduardo IV, habían heredado la altura, la tez clara y los ojos azules del monarca, típicos de York. Pero Henry Courtenay poseía una notable sencillez en el porte y una franqueza reposada y amigable. Jamás insistía en ganarse la obediencia de nadie. Quizá por eso la obtenía sin el menor esfuerzo.

Reunida en las escaleras con los demás, noté que una mano conocida se deslizaba en la mía.

—¡Joanna! —gritó Arthur con una radiante sonrisa—. Hoy he disparado flechas.

Ver a Arthur tan feliz me levantó el ánimo. En tan solo dos semanas su dicción había mejorado ostensiblemente. Era casi un milagro.

Cantamos el himno favorito de Henry, que, como yo no había tardado en saber, era tradición de la casa.

A vos ante la caída de la noche,
creador del mundo, os rezamos,
sed, con vuestro acostumbrado favor,
nuestro guardián y salvador.

Mis ojos posaron su mirada en los gemelos, Joseph y James. El que había visto horas antes cantaba con gran fervor, pero los labios de su hermano apenas se movían. Según había oído decir, Joseph había sufrido un accidente cuando era niño que había provocado en él cierto retraso. Su gemelo lo protegía. Incluso en ese momento, lo alentaba para estimular en él el recuerdo de la canción.

Cuando terminamos de cantar, Henry se acercó a su esposa. De camino hasta ella hubo una sonrisa para este criado o una reconfortante inclinación de cabeza para aquel otro.

—Mi señora —dijo, besando la mano de Gertrude.

—Mi señor —murmuró ella.

Al menos en un aspecto Henry en nada se parecía a Eduardo IV, el infame adúltero. Era el amor a Gertrude lo que guiaba sus pasos.

Siempre éramos un pequeño grupo en el comedor. En primer lugar estaba la familia más cercana y sus parientes, Arthur y también yo. Constance y Charles, las respectivas cabezas de las casas de Gertrude y de Henry, cenaban con nosotros, como lo hacían también el capellán de la familia y un joven tutor de la Universidad de Oxford encargado de la educación académica de Edward. Yo estaba sentada en el mismo lado de la larga mesa que Gertrude, con Constance entre las dos, de modo que no podía verla.

Para los niños, el tiro con arco era el centro de sus días. Edward había hecho muchos progresos esa tarde, para orgullo de su padre. Mientras servían el faisán, hablaban de la medida del arco y de la exactitud del tiro. Arthur escuchaba, esforzándose por seguir la conversación.

Yo anhelaba para Arthur un futuro mejor que el que Dartford parecía ofrecerle. Era un Stafford y debía aprender por cuna todas las artes y los deportes propios de un noble. Tanto los Stafford como los Bulmer eran casas caídas en desgracia. Henry Courtenay estaba en posición —quizá una posición única donde las hubiera— de pertenecer tanto a la antigua nobleza como de gozar de un gran favor por parte del rey Tudor. Nadie mejor que él para ayudar a Arthur.

—Y ahora cuéntanos de Arthur, Edward. ¿Cómo ha ido su lección? —dijo Gertrude. Se inclinó hacia delante en la silla y se volvió hacia mí. Había en su modo de mirar un velo conspirador, como si dedicara un guiño apenas perceptible que siempre encandilaba al objeto de su mirada. El episodio que había tenido lugar durante la tarde había quedado olvidado, esperé que para siempre. De ese modo tan extraño que la caracterizaba, Gertrude me había leído el pensamiento y conocía las esperanzas que yo albergaba en lo tocante a Arthur. Esbocé a mi vez una sonrisa tímida y mientras oía hablar a Arthur, visiblemente entusiasmado, sobre su tarde por fin pude probar el faisán que tenía en el plato.

La conversación se centró entonces en las familias que los Courtenay conocían en el oeste. Charles relató algunas novedades extraídas de la correspondencia del día. El padre de tal persona había muerto. Aquella otra

intentaba saldar la deuda contraída a causa de una mala cosecha de grano… Todo muy parecido a las conversaciones que teníamos cuando nos sentábamos a la mesa del castillo de Stafford: un escrutinio detallado de las vidas de las familias del campo que, cuando estaban en nuestra presencia, a nadie importaban demasiado. Esa clase de conversaciones enfurecían a mi madre, que deseaba hablar de los grandes acontecimientos del reino: tras la expulsión de mis padres de la corte, mi madre anhelaba más que nada en el mundo esa suerte de conversación. Sin embargo, no era costumbre de los Stafford proceder así. Enseguida entendí que tampoco los Courtenay hablaban jamás del rey, de sus consejeros ni de las relaciones externas a la familia durante la cena.

—Recordad que pasado mañana es mi fiesta —dijo Gertrude—. Seremos solo unos cuantos amigos. Y solo damas. Tartas y vino dulce. A Joanna le encantará la compañía.

Lo dijo como si yo estuviera ya al corriente de la fiesta, a pesar de que no sabía una sola palabra al respecto. Henry se iluminó, encantado, al tiempo que yo intentaba disimular mi sorpresa. ¿Acaso Gertrude había olvidado mencionarla? Pero jamás se le olvidaba nada. Y yo no estaba en absoluto segura de que la idea fuera a gustarme. Esa había sido precisamente una de las condiciones que había puesto para mi visita a Londres: no tener ningún contacto con la corte ni con sus cortesanos.

¿Había esperado Gertrude a «invitarme» hasta estar en presencia de Henry para darme así menos oportunidad de negarme a participar?

Inmediatamente me sentí culpable por haber pensado eso de ella. ¿Acaso no había olvidado nuestra disputa sobre la astrología y había mostrado un gran interés en Arthur? Sin duda, aquello era una muestra más de su generosidad y de la solicitud que había mostrado cada día de mi visita.

Henry Courtenay dejó el tenedor en el plato y dijo:

—Creo que ha llegado el momento de hablar de otro compromiso, prima Joanna. Todos los años, en otoño, es cita obligada cenar con mi mejor amigo, Henry Pole, el barón Montagu. La cena se celebrará el cuatro de noviembre, aquí, en la Rosa Roja. Me haría muy feliz que cenarais con nosotros. Si no me equivoco, conocéis a Montagu.

—Sí, conozco a los Pole —respondí. Mi primo Henry estaba casado con Úrsula Pole, cuyos hermanos visitaban con regularidad el castillo de Stafford. Eran tres hermanos: Henry, el mayor, que siempre me había parecido muy arrogante; Reginald, el mediano, un discreto erudito, y Godfrey, el menor, rufián donde los hubiera y sin duda el que menos me gustaba de los tres. Más que los invitados, lo que me preocupaba era la fecha: la primera semana de noviembre. Más tarde de lo que habría deseado.

—Está pues decidido. Asistiréis a la cena —dijo Henry con una sonrisa.

—Sí —dije, titubeando—, pero entregarán la otra mitad del telar esa semana, de modo que después de la cena tendré que regresar a Dartford.

Al parecer, todos los que estaban sentados a la mesa reaccionaron a mis palabras, y nadie favorablemente. Arthur y Edward chillaron, visiblemente decepcionados. Gertrude pareció horrorizada. Pero fue la expresión de Henry la que más me dolió.

—¿No os habéis sentido feliz aquí, entre nosotros, Joanna? —preguntó tristemente—. Creía que desearíais quedaros más tiempo.

Lo que más feliz me hacía de mi estancia en la Rosa Roja eran mis charlas con Henry Courtenay. Algunas tardes me reunía con mi primo en su estudio. Él hablaba con mucho entusiasmo de su tema favorito, las vidas de los difuntos reyes de Inglaterra, mientras acariciaba a los dos perros que reclamaban su atención. Reconozco que era una escena que había imaginado en una época para mi padre y para mí. Había aceptado que jamás volvería a disfrutar de ese espíritu familiar después de su muerte, acontecida el invierno anterior. Henry me había devuelto un pequeño atisbo de él.

Arthur estaba cada vez más enfadado.

—¡No, no, no quiero irme!

—No te preocupes, Arthur —le imploré, acariciándole la mano—. Ya veremos. —No tendría que haber mencionado mi intención de irnos de la Rosa Roja delante de él de ese modo, sin haberlo preparado antes.

La conversación en la mesa volvió entonces a centrarse en la cena de Gertrude. La duquesa de Suffolk no podría asistir. Yo sabía que el duque de

Suffolk era considerado el mejor amigo de rey, de ahí que la ausencia de la duquesa no fuera para mí motivo alguno de pesar.

Sin embargo, Gertrude dijo:

—La duquesa escribió en la nota que me ha hecho llegar que quería conoceros y que lamentaba profundamente no poder hacerlo.

—¿Y a qué podía deberse ese interés? —pregunté, recelosa.

—Creo que guarda relación con su madre, María de Salinas.

Mi mano se cerró con fuerza sobre el cuchillo que acababa de usar para cortar el faisán. De pronto me ausenté del confortable comedor para volver al frío e inhóspito castillo de Kimbolton, junto al lecho de muerte de la reina Catalina de Aragón. Había cuidado de la reina desterrada junto con María de Salinas, la dama de honor más fiel a la reina. María había llegado a Inglaterra desde España cuando era una jovencita, como mi madre. Y también como mi madre y como la de Gertrude, se había casado con un noble inglés. En su caso, había sido con lord Willoughby. Recuerdo cómo en los instantes inmediatamente posteriores a la muerte de la reina, al alba, María y yo nos habíamos abrazado entre sollozos, presas de un ciego dolor.

—Lady Willoughby murió —dije con un hilo de voz. Sabía que había seguido a la reina a la tumba apenas un año más tarde—. De todas las damas que habéis mencionado, y por la memoria de su madre, la duquesa es alguien a quien desearía ver.

Gertrude miró a su esposo como pidiéndole permiso para algo. Él asintió.

—La duquesa Catalina es muy joven, todavía no ha cumplido los veintisiete años. Es la cuarta mujer de Suffolk. Pero lamento deciros que es una ávida reformista en lo que concierne a la religión.

Mientras todos terminaban de cenar, intenté imaginar a Catherine Brandon, duquesa de Suffolk. ¿Cómo podía practicar una fe que constituía una dolorosa herejía para con la bendita reina, a la que su madre había venerado?

Después de cenar, como tenía por costumbre, fui a la habitación de Arthur para pasar allí un poco más de tiempo con él. Había recuperado el buen humor tras la escena que había tenido lugar poco antes, durante la

cena. Aunque intenté jugar con él, no tardé en distraerme y dejar de prestarle la debida atención.

Había perdido pie en la Rosa Roja. Durante las dos primeras semanas las cosas habían ido bien, pero desde el suceso que había tenido lugar en el Gran Salón esa mañana la situación se había vuelto tensa y confusa. Henry se había ido directamente de la mesa a tratar asuntos que reclamaban su atención urgente con Charles. Esas conversaciones duraban horas. Quizá si me sinceraba con Gertrude —no sobre mi terror a la adivinación, sino sobre lo que había visto y oído delante de la chimenea de su casa—, podría volver a recuperar la buena fe del principio.

En cuanto acosté a Arthur, me dirigí nuevamente a las habitaciones de Gertrude.

Oí voces femeninas procedentes del cuarto de baño. Gertrude era la única persona que yo conocía que tenía una habitación construida especialmente para el baño. Sus sirvientas le limpiaban la habitación y calentaban agua en una inmensa cacerola que colgaba sobre el fuego. Llamé a la puerta.

—Adelante —replicó con firmeza Gertrude.

El cuarto de baño era pequeño y dominaba la estancia una gran bañera de madera que, según me habían dicho, había sido construida siguiendo sus indicaciones. Gertrude estaba estirada dentro, con su espesa mata de pelo negro recogido sobre la cabeza y el agua cubriéndole los pechos. En el agua flotaban hierbas y pociones. Y cáscaras de naranja, una fruta que se cultivaba en el Mediterráneo. El penetrante olor a naranja impregnaba el vapor que llenaba la estancia.

Gertrude se sentó en la bañera, sobresaltada.

—Creía que era la criada con más agua —dijo. Al verla desnuda me di cuenta de lo delgada que estaba. La altura y el porte de Gertrude quedaban perfectamente disimulados bajo la ropa, pero en ese momento pude ver los afilados triángulos de sus hombros.

Constance estaba sentada en una silla situada junto a la bañera con una pequeña caja llena de cartas sobre el regazo. Gertrude sostenía una misiva con ambas manos. Sin tan siquiera mirarla, se la arrojó a Constance.

La dama de compañía se inclinó hacia delante para cogerla, pero la carta se deslizó entre sus dedos y cayó al suelo, junto a mis pies, empujada por una repentina ráfaga de aire. La recogí. No estaba escrita en inglés, sino en latín.

—Joanna, naturalmente es para mí un placer hablar con vos, pero antes necesito terminar con mi correspondencia —dijo Gertrude—. ¿Os parece aceptable?

Sus palabras eran claramente sensatas, pero me pareció captar entre líneas cierto deje de crispación. No estaba enojada, sino más bien nerviosa. Ni siquiera me miraba, pues no apartaba los ojos de la carta que yo acababa de recoger del suelo.

—Por supuesto —dije, devolviéndole la carta a Constance, que la introdujo sin dilación en la caja que tenía sobre el regazo—. ¿Mañana, entonces?

Durante el largo camino de regreso a mi cuarto, a través del pasillo iluminado por las velas insertadas en las paredes, no dejaba de preguntarme qué podía haber puesto nerviosa a Gertrude en el cuarto de baño. No podía haber sido la carta. Solo había alcanzado a leer una sola frase: *de libero arbitrio*, que, significaba «propia voluntad».

Y sin embargo, había algo en la expresión «propia voluntad» que me llamaba la atención. Repasé todas las conversaciones que había mantenido durante el día. Nadie había empleado esa expresión, y tampoco en los días anteriores.

Fue en plena noche, en un sueño inquieto que daba paso al siguiente, cuando me acordé. Me incorporé bruscamente en la cama, jadeante.

Había oído esas dos palabras en Saint Sepulchre hacía diez años, primero en boca de la hermana Anne y después en la de la propia hermana Elizabeth Barton.

«Debéis oír las profecías por propia voluntad y con absoluta libertad», me había dicho la difunta monja. «Cuando oigáis la tercera, nada podrá detenerlo. Nada».

OceanofPDF.com

10

—Y bien, señora Wriothesley, ¿cómo progresa la búsqueda de vuestro esposo para encontrarle una nueva esposa al rey?

La habitación, llena de mujeres que habían acudido a la fiesta de Gertrude, rompió a reír. La propia señora Wriothesley, fea y en avanzado estado de gestación, sacudió la cabeza, negándose a hablar.

Cecily, la mujer que había hecho la pregunta —más joven y hermosa que la esposa del señor Thomas Wriothesley, embajador del rey—, tomó un sorbo de vino especiado de su copa y fingió lamentar la pregunta.

—Naturalmente, no es nuestra intención inmiscuirnos en los secretos del consejo del rey, pero ¿qué otra cosa podemos hacer? —dijo—. Llevamos un año sin reina. No hay cargos que ocupar ni favor por el que pelearnos. Es intolerable. Rezamos para que Su Majestad tome una cuarta esposa, y cuanto antes. —Todas volvieron a reírse al tiempo que Cecily soltaba una risilla que era incapaz de contener, como si ella poco o nada tuviera que ver con las palabras que salían de su boca.

Intenté concentrarme en la canción que tocaban en ese momento en la estancia más hermosa de la Rosa Roja. Con el gusto exquisito de Gertrude, y con su dinero, cada centímetro de la casa era impresionante. Pero la sala de música, sin duda, superaba todo lo demás, lo cual no dejaba de resultar realmente interesante, pues según me habían dicho había sido instalada antes de que los Courtenay tomaran posesión de la casa. En aquel espacio rectangular de altos techos, un friso recorría tres de las cuatro paredes. El largo tramo de decoración esculpida sobre el muro contaba la historia de una banda de músicos ambulantes que llegaban a una aldea y alegraban los corazones de los vecinos. Quienquiera que la hubiera diseñado era plenamente consciente del modo en que la música podía transformar las vidas. Qué encantador marco para los músicos de los Courtenay, que hacían las delicias de las invitadas de Gertrude con el laúd, el arpa y con sus preciosos madrigales.

Todo era propicio para pasar una tarde deliciosa… Todo, salvo las invitadas.

Yo no había sido nunca una persona que se sintiera a gusto en sociedad. Aun así, Gertrude me había asegurado que sus amigas eran pías, cultas y afectuosas.

—Estoy convencida de que hoy haréis grandes amigas —había dicho, apretándome el brazo cuando entrábamos juntas a la sala de música. Yo me había obligado a responderle con una sonrisa. El sentido común me decía que ver la expresión «propia voluntad» en una de sus cartas había sido mera coincidencia, nada más. Aun así, no le había comentado las visiones que había tenido en el Gran Salón. De momento, prefería seguir mi propio consejo en todo aquello que me preocupaba.

—Señoras, les presento a la prima de mi esposo, la señora Joanna Stafford —anunció Gertrude. Siete pares de ojos me estudiaron de la cabeza a los pies, examinando los brocados prestados, la toca y las gemas que cubrían mi cuerpo.

Las mujeres eran de edades muy distintas: desde Cecily, con su inocente espíritu infantil, hasta una mujer a la que todas llamaban condesa Elizabeth, que tenía la frente arrugada en las sienes. Cecily estaba sentada con lady Carew —o lady C., como la llamaban las demás—, que profirió deliberados comentarios sobre su esposo, sir Nicholas Carew, sin duda un cortesano a quien el rey tenía en muy alta estima. Cuando fui avanzando de una invitada a la siguiente para darles la mano, me sentí incomodada por sus sonrisas, que, aunque amables, eran frías como pasto congelado.

Las invitadas de Gertrude estaban sentadas de dos en dos, salvo por una mujer que se encontraba sola y más alejada que las demás de la música. Mostraba una sonrisa fija en el rostro, incluso cuando hablaba. Supuse que debía de tener la edad de Gertrude, que la llamaba lady R. con visible afecto. Su piel era blanca como el alabastro, y lustrosa, sí, pero desprovista de profundidad o de sutileza en su brillo, como un huevo que ha pasado demasiado tiempo en una alacena. Tenía los ojos grises y muy separados. De perfil, no se diferenciaba de cualquier otra mujer, pero cuando me miró, con esa gélida sonrisa dientuda y esos ojos saltones tan separados, cambió por completo.

Lady R. fue quien habló entonces, al parecer para calmar la incomodidad de la señora Wriothesley.

—Vuestro esposo no tiene la culpa de que las negociaciones discurran tan despacio en Bruselas para conseguir la mano de Cristina de Milán —dijo lady R.—. Es la sobrina del emperador Carlos.

—Y la duquesa Cristina tiene además su propia opinión del rey Enrique —murmuró Cecily.

Gertrude dio una suave palmada a la joven en el hombro, agitando así su pulsera de diamantes. Llevaba un vestido de oscuro terciopelo dorado, un color que sin duda resaltaba su piel olivácea. Se había pintado los labios con un mejunje de bayas. Era del todo imposible olvidar que Gertrude había sido una gran belleza en su juventud, y cuando la ocasión así lo exigía, podía combinar con gran astucia la ropa, las joyas y los cosméticos que mejor le convenían.

—No debemos repetir ese chisme —advirtió.

—No es ningún chisme —dijo lady C.—. Es una realidad. Puede que la duquesa Cristina de Milán tenga tan solo diecisiete años, pero no es ninguna estúpida. Le dijo al señor Wriothesley, alzando la voz de modo que toda la corte de Bruselas pudiera oírla: «Si tuviera dos cabezas, una estaría a disposición del rey Enrique».

La señora Wriothesley se llevó la mano al redondo vientre, más afligida aun al ver que las damas rompían a reír entre chillidos a su alrededor.

Cecily dijo entonces, jadeante:

—Debemos rezar para que el rey tome por esposa a Cristina, o a una de las princesas francesas, y que no busque en ningún otro lugar de Europa.

—¿En otro lugar? —repitió la rotunda hija de la condesa.

Alguien soltó un gemido y dijo:

—Os lo ruego, no mencionéis la posibilidad de la de Cleves. Estoy pasándolo demasiado bien para eso.

—¿La de Cleves? —pregunté. Era la primera vez que hablaba desde que Gertrude me había presentado.

—Quizá Cromwell insista con más ahínco en un matrimonio protestante —aclaró Gertrude—. Cleves, de Alemania, dispone de dos hijas casaderas.

El desánimo se instaló en la sala. Sin duda era lo último que todas deseaban.

Una vez más, fue Cecily quien alegró los ánimos.

—Pues yo estaría dispuesta a atender a una turca envuelta tan solo en sedas púrpuras si eso es lo que se necesita para conseguir un puesto de dama de honor en la casa de la reina —anunció. Las demás la regañaron, mofándose de ella por el comentario.

—¿Supongo entonces que no hay ninguna posibilidad de otro enlace inglés? —preguntó la condesa.

—El rey no muestra signo alguno de poseer esa inclinación —respondió Gertrude.

—De existir esas candidatas, nos lo diríais, ¿verdad, Gertrude? —imploró Cecily.

Gertrude desvió durante un instante la vista hacia mí y acto seguido volvió la mirada hacia sus otras invitadas.

—Hace tiempo que no estoy en presencia del rey —dijo. Había en su voz cierto timbre de advertencia.

Lady R. se rio. Aunque fue una risa suave, no era en absoluto agradable.

—¿Importa eso? —preguntó. Parecía dar por hecho que Gertrude poseía un conocimiento especial sobre los deseos y anhelos del rey.

Sentí sobre mí los ojos grises de lady R.

—Señora Joanna, ¿estáis al corriente de que debemos dar gracias a la marquesa de Exeter por la elección de la reina Juana?

—Bobadas —replicó Gertrude con un tono aún más afilado.

—¿Por qué lo negáis? —gritó lady C.—. ¿Cómo iba a conseguir semejante hazaña una familia rural como los Seymour?

Lady Anna negó con la cabeza.

—Ah, esos hermanos Seymour… Qué espanto —dijo.

Gertrude inspiró hondo y sacó el aire acompañándose de una risilla.

—El padre era el peor de todos… Son terribles —reconoció ante una estancia que estalló en risas cómplices. Intenté disimular mi sorpresa y también mi desaliento. Me acordé entonces de haber entrado a su sala de visitas cuando estaba sentada con el doctor Branch y haberlos oído mencionar a una muchacha insignificante de una familia espantosa. Me

pregunté entonces si se habría referido en aquel momento, como lo hacía entonces, a la difunta reina Juana Seymour.

No era el desprecio, las pullas y la babosa mofa lo que yo había esperado encontrar, y desde luego no era algo que me complaciera en absoluto. Los pasteles llegaron un instante más tarde, servidos en bandejas de plata. El pastelero de Gertrude había triunfado. Uno de los músicos contratados para la ocasión cantó una exquisita historia de amor por una distante dama mientras las invitadas escuchaban, mordisqueando sus pasteles.

Las excepciones eran Gertrude y lady R., que hablaban muy concentradas entre ellas, ajenas a la comida o a la música. Gertrude preguntaba algo a lady R. Alcancé a oír una palabra entre los versos de la canción: «Londinium».

Cesó la música. Gertrude se levantó para reunirse con las demás invitadas. Cuál fue mi horror cuando lady R. me indicó con el dedo que me acercara. Era mi turno de entablar conversación con aquella extraña mujer. Cogí mi copa medio vacía de vino especiado y me senté en una silla junto a ella.

Lady R. se inclinó hacia mí. Una fragancia de violentas secas me envolvió.

—He servido a tres reinas, ¿lo sabíais? —dijo.

—No, mi señora. —Me encogí bajo el escrutinio de sus ojos. Me di cuenta entonces de que no eran grises, sino de un tono azul celeste, con oscuros círculos alrededor de las pupilas.

Lady R. prosiguió.

—Era dama de compañía de Catalina de Aragón el día que llegasteis para ser su dama de honor en 1527. De eso ha pasado mucho, muchísimo tiempo. Tengo buena memoria, pero me temo que no os recuerdo. Qué interesante que solo la sirvierais como reina durante un día.

El aire abandonó mi cuerpo. Intenté recuperar el aliento y sentir que el corazón seguía propulsando sangre. No había nada. Nada. No podía creer que esa mujer supiera que yo había servido en la corte durante un solo día hacía tanto tiempo. Gertrude Courtenay no lo sabía, o si lo sabía, jamás lo había mencionado. ¿Cómo podía ser?

—Disculpadme —tartamudeé—, pero no he oído vuestro nombre completo cuando nos han presentado. ¿Qué significa la «R»?

Ella se inclinó aún más hacia mí. Nuestros rostros quedaron a apenas unos centímetros de distancia.

—Rochford —dijo—. Fui la esposa del difunto lord Rochford. Pero cuando vos estuvisteis en la corte, él no era todavía lord. Se le conocía por su nombre de pila, George Bolena.

OceanofPDF.com

11

Querida Joanna:

No he querido molestaros durante vuestra estancia en casa de vuestra familia. Os noté muy animada en la carta que me enviasteis desde la Rosa Roja. Me alegra que os hayáis unido con esas buenas gentes cristianas. Sin embargo, tampoco deseaba que creyerais que aquí íbamos a olvidaros. El hermano Edmund y yo hablamos de vos a diario. Rezamos por vuestra buena salud y también por la de Arthur.

Todo está en orden en Dartford, aunque reconozco que nuestros motivos de excitación no pueden en ningún caso compararse con los que ofrece la ciudad de Londres. El hermano Edmund ha tratado las enfermedades y las heridas de los nuevos vecinos, y uno de sus pacientes ha llegado incluso a pagar con dinero su cura. Trabaja tantas horas al día que estoy preocupada por él, pero ya conocéis a mi hermano y la gran satisfacción que le da poder curar. Espero estar mejorando en mis esfuerzos por serle de ayuda.

Dejé a un lado la carta de la hermana Winifred. Cerré los ojos y visualicé al hermano Edmund inclinado sobre un aturdido vecino con fiebre —el aprendiz de carnicero, por ejemplo— y pidiendo un poco de poción con la que cuidarlo. Imaginé a la hermana Winifred corriendo de un lado a otro, reuniendo la lechuga, la acedera y las hojas de violeta necesarias. Tocándole apenas el brazo tembloroso, el hermano tomaría la mezcla de la poción para administrársela a su agradecido paciente.

Deseé con toda el alma y el corazón estar en Dartford en ese momento.

Gertrude había cumplido su promesa. No me había llevado a la corte del rey, aunque ese mismo día, apenas unas horas antes, había sido la corte la que había acudido a mi encuentro: hueca, egoísta y también peligrosa,

pensé al tiempo que la torcida sonrisa de Jane Bolena reaparecía durante un instante en mi mente. ¿Sabía lady Rochford lo que su marido me había hecho? ¿Sabía que había violado a una muchacha de dieciséis años? Algo parecía saber. ¿Se lo diría a las demás?

Y lo que era aún más inquietante: ¿cómo podía Gertrude confiar en una Bolena? Los Bolena habían destruido la vida de Catalina de Aragón. Era de todos sabido que Ana Bolena había amenazado con deshacerse de lady María. Solo su propia ejecución lo había impedido. Y aun así ¿Gertrude mantenía una estrecha amistad con la cuñada de Ana Bolena? No tenía sentido.

Me quedé sin palabras cuando lady Rochford reveló la identidad de su difunto esposo. Apenas fui capaz de intercambiar unas pocas palabras con nadie durante el rato que seguí atrapada en la fiesta de Gertrude. Después corrí a mi cuarto y me quedé allí. Alice me trajo la cena en una bandeja, pero no tenía apetito. Afortunadamente, también llevaba la carta de la hermana Winifred, que me proporcionó un alimento mucho más importante que la comida.

Desde el otro extremo de la habitación llegaba un leve sonido de pequeños desgarrones. Alice arrancaba hilos para anudarlos después. Estaba remendando una de mis faldas delante de la chimenea de mi habitación. Retomé la lectura de la carta:

> Hemos recibido novedades de la casa de las hermanas de Dartford. No sé si recordáis al caballero que lloró la muerte de su esposa en la iglesia de la Santísima Trinidad la mañana previa a vuestra partida. Se trata del señor Oliver Gwinn. La hermana Agatha me dice que el señor Gwinn quedó muy agradecido con el hermano Edmund y con el resto de nosotras por el modo en que intentamos hacer más llevadero su sufrimiento. Ahora acude regularmente a la casa de las hermanas y se encarga de algunas reparaciones que eran muy necesarias y las aconseja sobre el ganado. La hermana Agatha dice que su bondad es un bálsamo para las tareas más pesadas de las hermanas.

Y también la presencia de George Scovill, nuestro nuevo alguacil, se celebra por dondequiera que voy. Está todos los días en Main Street, familiarizándose con la gente de Dartford y escuchando sus problemas. Su primer cometido es reubicar el matadero en un lugar más alejado de la iglesia de la Trinidad. Recuerdo cuántas veces habéis dicho que era algo que debía hacerse. Ahora se hará.

Ayer el señor Scovill vino a la enfermería para preguntar si había tenido noticias de vos. Le hice saber que estáis prosperando. Espero haber hecho bien, Joanna. Sus intenciones me parecieron benevolentes.

Escrita en la villa de Dartford,
Hermana Winifred Sommerville

Tan solo unos segundos después de que hubiera terminado de leer la carta, cogí una hoja de papel de dibujo del estante y empecé a escribir.

Querido Geoffrey:

Teníais razón en lo que dijisteis y lamento mucho que hayamos discutido. Deseo regresar a Dartford cuanto antes. Un compromiso familiar requiere mi presencia en casa de mi prima, la marquesa de Exeter, el 4 de noviembre. En cuanto haya cumplido con ese deber, Arthur y yo volveremos a casa.

Escrita en la casa solariega de la Rosa Roja de la ciudad de Londres,
Joanna Stafford

Tan pronto como la tinta se secó, doblé dos veces el papel. Sostuve el frasco de cera de sellar sobre la vela, moviéndola adelante y atrás. En cuanto se ablandó, vertí la cera sobre el pliegue que cerraba la carta. Apreté con tanta fuerza el sello que la cera roja se desparramó en largas y duras burbujas por los bordes, como una herida reciente.

—Alice —dije—, quiero que envíes esta carta a Dartford. Es muy importante que salga con el próximo lote de correspondencia.

Encantada de que se le encomendara algo importante, Alice cogió la carta con la cera roja todavía calentando el papel, y abandonó presurosa de la estancia. Pronto la carta se separaría de sus manos y al final del día esperaba que pudiera iniciar su viaje a Dartford. Fui presa de una punzada de preocupación. Quizá debería haberme dado una noche de tiempo antes de enviar una carta como aquella a Geoffrey Scovill, la primera que le había escrito hasta entonces. Puse freno a mis recelos. Demasiado tarde para lamentaciones.

Alice pronto volvió a aparecer con la noticia de que había despachado mi carta a Geoffrey y también con la de que tenía una respuesta a la petición que yo le había hecho al padre Timothy.

Le había pedido a mi sirvienta que mandara un mensaje al capellán de los Courtenay. Y la respuesta había llegado, en efecto: el padre Timothy estaría dispuesto a oír mi confesión al alba del día siguiente, antes de misa. Los purificadores poderes del sacramento de la penitencia sin duda me ayudarían a recuperar la firmeza de ánimo.

Me desperté mucho antes del alba. Me vestí y esperé, impaciente, al primer albor grisáceo procedente del otro lado de la ventana. Por fin lo vi: la noche se batía en retirada. Cuando recorría apresuradamente los oscuros pasillos con una vela en la mano, oí ruidos procedentes de los rincones más alejados de la casa. Sabía que abajo, en la cocina, en la despensa y en la cava, los criados de los Courtenay empezaban con sus tareas muy temprano.

—Ah, señora Stafford. No sabéis cuánto agradezco vuestra puntualidad —dijo el padre Timothy, apostado en la entrada de la elegante capilla privada. Una hilera de cirios recién prendidos parpadeaba en el altar a su espalda.

Dejé el candelero en un nicho de piedra y sumergí los dedos en la pila de agua bendita. El padre Timothy abrió la puerta del confesionario, una lustrosa e independiente cámara de roble. Se deslizó dentro. Oí el sonido de la puerta al encajar en su riel cuando ocupó su lugar tras la rejilla.

Lo seguí al interior del confesionario. Prácticamente no había ninguna luz dentro, tan solo un leve resplandor que manaba del crucifijo de plata que colgaba de lo alto de la tupida rejilla de madera. No podía ver la silueta

de la cabeza del padre Timothy, pero sí pude sentir su cálido aliento entre la rejilla. Y distinguí también un ligero olor a cebollas.

—Oiré vuestra confesión —dijo.

—Perdonadme, padre, porque he pecado. —Y esta dio comienzo así—: Han pasado cinco días desde mi última confesión. —Me interrumpí para ordenar mis ideas. Por dónde empezar. ¿Cómo plantear mis ofensas?

La voz de Henry Courtenay tronó entonces, a no más de unos tres metros de donde me encontraba:

—Me pregunto si Joanna oirá misa con nosotros esta mañana.

Di un brinco en mi estrecho banco de madera. No había oído entrar a nadie. Pero ahora que los Courtenay estaban en la capilla, debía salir del confesionario enseguida. Sin embargo, la mención de mi nombre me dejó pegada al banco. Al otro lado de la rejilla, también el padre Timothy estaba en silencio, inmóvil.

—Espero que siga enfurruñada en su cuarto —dijo Gertrude.

—No quiero que habléis de ella de ese modo —dijo Henry con un tono más duro del que era habitual en él.

—Oh, no os preocupéis, esposo. Trataré a vuestro trofeo como se merece.

Me arrebolé de vergüenza. ¿Cómo podía ahora salir del confesionario? ¿Por qué Gertrude me había llamado «trofeo»? Necesitaba saber lo que el padre Timothy opinaba que debíamos hacer, pero se lo había tragado la oscuridad. Sabía, sin embargo, a juzgar por la aceleración del aliento con olor a cebolla que se colaba por la rejilla, que también él estaba angustiado.

—Debo pediros que no le hagáis peticiones privadas al padre Timothy para que dé pequeños sermones sobre la fortaleza, el valor y el sacrificio, Gertrude.

Su esposa respondió:

—No os preocupéis. He renunciado a toda esperanza de que elijáis ese camino.

Un fuerte golpe reverberó por toda la capilla. Como si, por increíble que pueda parecer, Henry hubiera estampado el puño contra una pared. O como si hubiera pateado algo. Las lágrimas cayeron de mis ojos. Ser testigo de

cómo mi primo se comportaba de ese modo era como una pesadilla, y en un lugar sagrado.

—No ocurrirá, Gertrude —siseó—. ¿Es que no lo entendéis? No se trata solamente de Enrique Tudor. Escuchadme. Se trata de Cromwell, de Cranmer y de Suffolk. Y de Norfolk. No os olvidéis de Norfolk. Esos hombres lo rodean.

La puerta del confesionario se abrió despacio. El padre Timothy se estaba mostrando a los Courtenay. Yo tendría que haber hecho lo mismo, pero estaba demasiado aterrada para moverme.

—Padre Timothy, esto es un ultraje —gritó Gertrude.

Haciendo uso de su talante más conciliador, el sacerdote de disculpó y les aseguró que las palabras que había oído se mantendrían en el más estricto secreto. Era obvio, siguió diciendo, que el marqués y la marquesa necesitaban guía espiritual. Él haría todo lo que estuviera en su mano para proporcionársela.

—Pero ¿por qué habéis estado sentado en el confesionario durante todo este rato? —preguntó ella.

—Me preparaba para el día, mi señora —respondió.

—¿No estaríais oyendo la confesión de alguien, verdad, padre? —preguntó Gertrude—. ¿No hay nadie más dentro? Veo que hay un candelero junto a la puerta. Decidme, os lo ruego: ¿quién es?

El padre Timothy no dijo nada. Obviamente, no iba a mentir a sus señores.

Me deslicé hasta el extremo más alejado del banco del confesionario. Con las dos manos, palpé la pared hasta lo alto. ¿Había allí un pestillo? ¿Quizá una puerta en el otro lado? No podía enfrentarme a los Courtenay después de haber oído lo que acababa de oír: la confirmación de todo aquello contra lo que la duquesa de Suffolk me había advertido.

Pero no había ningún otro modo de salir del confesionario.

—Iré a ver —dijo Henry Courtenay. Oí pasos cada vez más cercanos.

La puerta del confesionario se abrió de par en par. El cuerpo del marqués llenó la estrecha abertura. Apenas entraba algo de luz a su alrededor. El marqués me vio, naturalmente. No pude sin embargo leer la expresión de su rostro.

Segundos más tarde, retrocedió. La puerta se cerró con un portazo.

—Aquí no hay nadie —dijo Henry—. Y ahora, padre, es hora de oír misa.

OceanofPDF.com

12

Me había puesto mi propia ropa, un sencillo vestido negro que no había vuelto a llevar desde mi llegada, pues Gertrude había insistido desde un principio en que hiciera uso de su lujoso vestuario. Había decidido no seguir utilizando su ropa la tarde de mi partida de la Rosa Roja. Y es que, cuando el sol estaba en su zénit, había tomado mi decisión. El peligro se cernía sobre mí, cada vez más evidente, y Arthur y yo teníamos que marcharnos cuanto antes.

Cuando llegué al estudio de los niños, lo encontré vacío. Solo estaba allí el tutor francés de Edward, un serio estudiante universitario llamado François.

—Los niños están tomando su lección en el patio, señora —dijo. Un ceño se pronunció en su frente ancha y joven—. ¿Os encontráis bien? Parecéis distinta.

—Perfectamente —respondí con firmeza al tutor.

Sus ojos se desviaron durante apenas una fracción de segundo hacia algún punto situado detrás de mí, sobre mi hombro. Me volví. Era James, el más avezado de los gemelos.

—El señorito Edward y el señorito Arthur deberían subir antes de cenar —dijo James—. ¿Deseáis esperar para verlos, señora?

—No —repliqué—. Veré ahora mismo a mi primo.

Me volví y me alejé apresuradamente por el pasillo. Cuando llegué a la primera esquina, oí pasos a mi espalda. François y James me seguían.

—Conozco el camino —les grité—. No es necesario que me acompañéis.

Un tramo más y llegué a la escalera principal. Fue difícil no precipitarme por ella, pero el pánico no serviría a mis intenciones. Cuando había bajado la mitad de las escaleras, oí un estrépito de pisadas más arriba. Me volví a mirar. François y James me seguían. Alice, mi sirvienta, iba con ellos, así como un criado cuyo nombre yo desconocía.

Cuando giré al llegar a la última esquina, las pisadas de aquellos perseguidores sonaron aun con más fuerza. Más criados debían de haberse sumado a ellos. ¿Por qué me seguían de ese modo?, me pregunté, furiosa.

Hacía frío esa mañana en el patio. Capas de nubes grises cubrían hasta el último rincón del cielo. Los dos niños blandían en el centro un par de espadas de madera plana. Arthur agitó la suya hacia mí, sonriente. El joven Edward Courtenay me saludó con una inclinación de cabeza, pero había confusión en su rostro. Me volví a mirar una vez más: los criados que me habían seguido sumaban media docena. Se adelantaron, muy juntos, como un solo cuerpo con muchas cabezas y brazos.

Haciendo un esfuerzo por ignorarlos, le dije al señor David, el tutor principal:

—Buenos días. En cuanto termine la lección, necesitaré llevarme a Arthur para prepararlo para partir. Volvemos a Dartford hoy mismo.

—¡No, Joanna, no! —gritó Arthur—. No quiero irme.

—Lo siento, Arthur, pero así debe ser. —Tendí la mano para acariciarle el hombro, pero él se apartó bruscamente de mí.

—Señora Stafford, no he recibido ningún aviso sobre esto por parte del marqués —dijo el señor David.

—Arthur es mi primo —respondí—. La visita ha tocado a su fin. Estoy aquí en calidad de invitada, no de prisionera.

Arthur corrió hacia Edward Courtenay y se abrazó a su cintura.

—Edward, quiero quedarme —sollozó. El mayor de los dos niños lo consoló en voz baja.

—Nadie ha dicho que fuerais prisioneros —dijo el señor David muy tirante—. Os ruego que me disculpéis si os he dado esa impresión, señora Stafford.

En silencio, maldije mi rudeza. El temor me había crispado. Inspiré hondo.

—Perdonadme, no es esa la impresión que me habéis dado —dije—. Arthur, por favor. Ven aquí un momento. Deja que te lo explique.

—No, no, no —sollozó Arthur, agarrándose con más fuerza a Edward. El heredero de los Courtenay me fulminó con la mirada. Se llevó con él a Arthur, alejándolo de mí hacia el extremo del patio cuyo muro limitaba con

el Gran Salón. Los criados se adelantaron pesadamente y se dispersaron hasta formar una barrera entre mi pequeño primo y yo.

El señor David dijo entonces:

—Señora Stafford, puedo mandar que avisen al marqués y pedir instrucciones sobre un cambio de planes. En la Rosa Roja nada se hace sin un plan previamente autorizado.

—Eso no será necesario —dije—. Esta noche yo misma hablaré con el marqués. —No iba a ser una conversación fácil, pero tendría que tenerla. A fin de cuentas, marcharnos en mitad del día era una cobardía. Nos iríamos al día siguiente.

James, el gemelo, dijo:

—Pero no podréis hablar con él esta noche. El marqués de Exeter no volverá a la Rosa Roja hasta el 3 de noviembre, el día antes de la cena en honor del barón de Montagu.

—¿Qué? —exclamé—. ¿De qué estás hablando?

—El rey se ha trasladado con su consejo privado al castillo de Windsor —dijo el señor David—. Cuando está en Windsor, mi señor se hospeda en sus habitaciones de la corte. El castillo está demasiado lejos para volver aquí todas las noches.

Miré fijamente a los hombres, esos criados que gozaban del favor de los Courtenay, sin salir de mi asombro por el hecho de que Henry no me hubiera hecho partícipe de la noticia. Aunque, a decir verdad, el día anterior yo prácticamente no me había dejado ver. ¿Cuándo habría podido tener la oportunidad de hacerlo?

No había más remedio: tendría que disponer mi partida con Gertrude. Esa alternativa prometía ser más desagradable, pero ofrecía la ventaja de que Gertrude desconocía que yo había oído sus palabras cuando estaba en el confesionario.

Le dije a Alice:

—Por favor, avisa a la marquesa de que iré ahora mismo a verla.

Antes de que ella pudiera responder, James volvió a tomar la palabra:

—Mi señora está indispuesta. Después de misa ha vuelto directamente a la cama. Cuando está en ese estado, jamás ve a nadie, con excepción de Constance. Hoy no seréis recibida.

La lluvia chispeó sobre nuestras cabezas. Me sequé una gota del ojo al tiempo que asimilaba todo lo que se había hecho y dicho en el patio. Nadie intentó ponerse a recaudo de la lluvia. Esperaban mi siguiente movimiento. Lo único que llenaba el silencio era el repiqueteo de las gotas de lluvia sobre los ladrillos del patio y los sollozos inarticulados de Arthur.

Hice lo que debía. Me colé rauda entre dos criados y recorrí a toda prisa la corta distancia que me separaba de Arthur, con los brazos tendidos hacia él.

—Ven conmigo. Ahora. Vámonos —grité.

Arthur se separó de Edward Courtenay y fue a reunirse conmigo, pero segundos antes de que nuestras manos se tocaran, me vi bruscamente arrastrada hacia atrás. Alguien me agarró de los brazos y me los retorció tras la espalda.

—Vos también estáis indispuesta, señora Stafford —me siseó James al oído—. Necesitáis descansar.

Me dolían los brazos por el modo en que me los tenía agarrados.

—Esto es una monstruosidad, ¡soltadme! —grité.

El señor David levantó la mano. Esperé que le ordenara a James que me soltara.

Pero no fue así.

—Llevadla ahora mismo a su habitación —dijo en voz baja.

James tiró de mí hacia la puerta y sentí que me ardían los hombros. No podía decirle nada a Arthur, que volvía a llorar y esta vez a moco tendido. Pude ver durante una fracción de segundo a Alice. También ella tenía lágrimas en los ojos.

—Lamentaréis esto —le dije a James mientras me empujaba hacia el pasillo.

—No lo creo —gruñó—. Creo que seréis vos quien lo lamentaréis.

De camino a mi habitación pasamos por delante de muchos criados que nos miraban con los ojos abiertos como platos. No había ninguna duda sobre la fuerza que se estaba empleando conmigo. James tuvo la mano cerrada sobre mi antebrazo durante todo el camino, prácticamente arrastrándome, pero nadie dijo nada ni tampoco nadie intentó ayudarme. Uno de los oficiales de mayor rango de la casa, como Charles, sin duda

habría preguntado por qué se me trataba con semejante tosquedad. Pero no lo vi antes de que me devolvieran sin consideración alguna a mi habitación. La puerta se cerró con un portazo.

Me senté en el borde de la cama y me froté los brazos doloridos. Los dedos de James me dejarían, a buen seguro, unos inmensos cardenales en la piel. Al principio me invadió la rabia. Pero la rabia no tardó en dar paso a un temor cada vez mayor. James no era ningún estúpido. Solo habría actuado de ese modo de haber estado plenamente seguro de que no habría consecuencias. Debía de haber recibido indicaciones de impedirme abandonar la Rosa Roja. Y yo tendría que haber sido más astuta a la hora de intentar llevarme a Arthur. Había cometido la equivocación de anunciar mis intenciones, de caer en la obviedad y dar órdenes a gente que no tenía ningún motivo para obedecerme.

No podía volver a cometer ese error.

Cuando por fin me calmé, abrí la puerta para ir en busca de Charles, pero James hacía guardia en el pasillo. No habló. Simplemente negó con la cabeza, con sus musculosos brazos cruzados sobre el pecho.

—No tenéis derecho a retenerme aquí —dije.

No respondió.

—Quiero que le digáis a la marquesa de Exeter que debo hablar inmediatamente con ella —comuniqué.

—Mi señora está indispuesta, señora Stafford —respondió—. Ya os lo he dicho. No se la puede molestar.

Reprimí el impulso de chillar hasta que pudiera oírme la gente que pasaba por Suffolk Lane, pero comportarme como una loca no serviría para sacarnos a Arthur y a mí de la casa. No tuve otra elección que regresar a mi cuarto.

Poco después, Alice llegó con la cena en una bandeja y con los ojos enrojecidos e hinchados. Tuve la impresión de que mi criada me ayudaría, siempre que James no se enterara. Alice se marchó y dejé intacta la comida. En vez de comer, garabateé una breve nota y le rogué que fuera a buscar a Charles y le pidiera que acudiera en mi ayuda. Decidí que en cuanto volviera a verla, le entregaría discretamente el mensaje.

Pero Alice no volvió. Me paseé de un lado a otro de la habitación, haciendo girar la nota una y otra vez en las manos hasta desgastar las esquinas del papel, que empezaron a desmenuzarse. Desde la calle no llegó el menor signo del regreso de Henry Courtenay. Ciertamente debía de haberse trasladado al castillo de Windsor. Cuando las sombras de la tarde se alargaron hasta fundirse con la oscuridad, fue Joseph, el más limitado de los gemelos, quien apareció con una bandeja con la cena. Su expresión era tan recelosa que enseguida supe que sería inútil intentar convencerlo de nada.

En la chimenea, las llamas vacilaron hasta quedar convertidas en brasas. No llamé para pedir ayuda ni tampoco las removí. Pronto, el frío se apoderó de la estancia, engullendo las últimas islas de calor. «Soy una invitada, no una prisionera», le había informado al señor David. Me equivocaba, pues era prisionera en la Rosa Roja tan claramente como lo había sido durante los meses que había pasado encerrada en la Torre de Londres.

Por fin la habitación se enfrió de tal modo que me deslicé bajo las gruesas mantas. No me puse el camisón. Completamente vestida, me acurruqué, pegándome las rodillas al pecho, y recé sin descanso, pidiendo una respuesta. Necesitaba confiar en que Cristo me mostraría el camino.

Cuando estaba en mitad del sueño, noté el calor de una vela en el rostro. Abrí los ojos.

La cara de un hombre se cernía sobre mí. Sostenía una vela en alto en la oscura habitación. Era Henry Courtenay, marqués de Exeter, y estaba sentado en mi lecho.

OceanofPDF.com

13

Solté un grito, pero el marqués me cubrió la boca con una mano mojada y fría.

—Guardad silencio, Joanna, os lo ruego —susurró—. Os oirán. No voy a haceros ningún daño. Por favor, debo hablar con vos.

Asentí y él retiró la mano. Su ropa, su sombrero, hasta su rostro estaba mojado. Miré a la ventana. Fuera reinaba una impenetrable oscuridad.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté—. James ha dicho que estabais en el castillo de Windsor.

—Y así es, pero cuando llegó el mensajero con el recado de Charles en el que me decía que habíais sido confinada a vuestro aposento, he vuelto a casa. No puedo quedarme mucho rato. Tengo que estar en la corte por la mañana.

—¿Cómo ha sabido Charles lo que me ha ocurrido? He intentado mandarle un mensaje, pero no lo he conseguido.

—Esta es mi casa. ¿Creéis acaso que la gente no sabe lo que ocurre? No es más que una cuestión de actuar adecuadamente. —Hizo una mueca—. No podía sorprenderme que quisierais marcharos después de lo que oísteis en la capilla. Le he dicho a Charles que se asegurara de que no sigáis aquí confinada mañana. Tendréis plena libertad de movimiento.

—Henry —dije—, ¿por qué no me han permitido irme de la Rosa Roja?

Mi primo se acercó a la chimenea y se agachó, haciendo uso de la vela para prender una llama.

—Qué noche más fría —masculló.

Un instante más tarde, volvió a levantarse.

—Joanna, necesito vuestra ayuda —dijo.

—¿Mi ayuda?

Se acercó entonces a la ventana que daba a la calle y miró desde allí a la oscuridad del exterior. Lo que Henry Courtenay tenía que decirme no iba a resultarle fácil.

—Amo a Gertrude —dijo por fin—. Mucho. Nadie podrá jamás imaginar lo que siento por ella, y ella por mí. —Su voz se apagó. Fui presa de un mar de emociones: me sentía avergonzada, impaciente y confundida, sí, pero también conmovida.

—La madre de Gertrude murió siendo ella una niña —prosiguió él un instante después—. Lord Mountjoy era el chambelán de la reina Catalina. No se separó de su hija, sino que la crio siempre cerca de él, siempre junto a las habitaciones de la reina. De ahí que Catalina de Aragón fuera en muchos sentidos como una madre para ella. Y lady María como una hermana.

Sin dejar de mirar por la ventana, dijo:

—¿Habéis oído hablar de la hermana Elizabeth Barton?

Mis dedos se convirtieron en garras que se cerraron sobre el lateral de la cama.

—Sí —susurré. Agradecí con toda mi alma que no pudiera verme la cara.

—Gertrude fue a ver a la monja, o quizá fue la monja la que fue a verla a ella, varias veces, al menos tres, a principios de 1529 —dijo—. Creo que fue durante esos viajes de Gertrude a Canterbury cuando empezó su obsesión por la adivinación. Fue a solicitarle a Elizabeth Barton que le predijera el futuro y que le dijera lo que le ocurriría al rey y a nuestra familia.

El horror debía de haberse hecho evidente en mi rostro. «Gertrude fue una seguidora de la hermana Elizabeth Barton».

Henry dijo entonces, enérgicamente:

—Naturalmente, Gertrude jamás lo reconoció. Dijo que si visitó a la hermana Barton fue para saber si tendría otro hijo. Pero yo sé que eso no es todo. Y toda Inglaterra, el mundo entero, sabe que la hermana Elizabeth Barton advirtió con sus profecías contra el matrimonio del rey y Ana Bolena.

—La hermana Barton se retractó —dije—. Firmó una confesión en la que declaraba que las profecías eran fraudulentas.

—Oh, Joanna, la torturaron —gimió Henry—. ¿Qué no diríamos cualquiera de nosotros si nos sometieran al potro? Durante el juicio por traición a la hermana Barton y el registro de sus papeles y pertenencias, los

registros de Saint Sepulchre, salieron a la luz las visitas de Gertrude. Tuvo que escribirle una carta al rey en la que confesaba sus graves errores de juicio y en la que imploraba su perdón. Temí que la carta no bastara. Pero me equivoqué. No juzgaron a mi esposa.

«¿Y si llegaran a enterarse de la visita que mi madre y yo hicimos a Saint Sepulchre?», pensé, horrorizada.

—Deberíais haberme dicho todo esto antes de haberme invitado a vuestra casa —dije.

Henry bajó la cabeza.

—Sí —dijo—. Tenéis razón.

Decidí que había el llegado el momento de saberlo todo.

—Gertrude hizo todo lo que estuvo en su mano para encontrarme y traerme aquí. Ahora me impide marcharme. ¿Por qué?

Henry se paseó por delante del fuego.

—La idea no fue suya —dijo—. Hasta antes del verano pasado, jamás habló de vos. Luego, de repente, empezó a mencionar vuestro nombre una y otra vez y a insistir en que debíamos ir a Dartford a buscaros.

—¿Fue lady María quien le pidió que lo hiciera? —insistí.

Henry levantó las manos.

—No lo sé, Joanna. Es posible, aunque no sabría decir por qué.

Henry tenía razón. No tenía sentido que lady María persistiera en que yo fuera a Londres. Pero no se me ocurría nadie más.

—La verdad es que lo que más me preocupa no es vuestra presencia aquí, Joanna. Lo que me preocupa son los intereses que Gertrude persigue. Me jura que no hay más conspiraciones, pero me temo que la reverencia que siente hacia Catalina de Aragón y hacia el imperio de Carlos V, que esas pasiones sobrepasen todo lo demás.

—Esperad —dije—. ¿No más conspiraciones?

—Gertrude ha enviado sus propios mensajes a Eustace Chapuys, el embajador del emperador Carlos, y ha ido a verlo, disfrazada, para contarle a Chapuys todo lo que sabe sobre el rey y el consejo. Me promete que Chapuys y ella ya no se ven, pero no estoy seguro de poder creerla.

Me agarré con fuerza a la columna del dosel de la cama. Gertrude había proporcionado información a un gobernante extranjero.

—¿Y habéis conspirado contra el rey?

El marqués se irguió ante mí.

—Apoyo la verdadera fe de la Iglesia católica y los monasterios, como lo hacen los miembros de las antiguas familias. Lloré la suerte de Catalina de Aragón y quiero a su hija, pero soy leal a mi ungido soberano.

—En ese caso, debéis detenerla —dije—. Debéis hacerlo.

—Lo haré —respondió fervientemente—. Tras la cena que tendrá lugar el 4 de noviembre, encontraré la excusa para irme al oeste con mi esposa. Y podré controlarla.

—¿Por qué significa esa cena tanto para vos? —pregunté.

—¿Por qué tiene que ser una fuente de sospecha que decida cenar con mi mejor amigo? —fue su respuesta.

Se sentó a mi lado en la cama, que crujió bajo su peso.

—Solo falta una semana para la cena con Montagu —dijo—. No os marchéis, os lo ruego, quedaos y vigilad a Gertrude. No podrá conspirar estando vos presente. Quedaos junto a ella.

—Pero debéis entender que no puedo hacer nada para detener a Gertrude si ella se empeña en lo contrario, sobre todo cuando está rodeada de su servicio privado.

—Pero podéis avisarme a través de Charles.

Me derrumbé hacia delante, hundiendo la cabeza entre mis manos.

—Me estáis pidiendo que espíe —dije, hablándole a las palmas de mis manos. Me acordé entonces de la impotente furia que me había asaltado cuando el obispo Gardiner me había obligado a espiar para él y había registrado el priorato en busca de la corona de Athelstan. Había sido sin duda un asunto deshonroso y sórdido.

—Lo siento, Joanna —dijo Henry—. No hay nadie más que pueda ayudarme en esto.

El fuego crepitó y siseó. Vi que su fatiga se ensombrecía, vencida por la angustia.

—La adivinación —susurró—. Le he suplicado que se mantenga alejada de su tentación. Imaginar y elucubrar sobre el derrocamiento del rey es traición.

Volvió a pasearse por la estancia.

—No se trata solo de Gertrude. El reino entero ha perdido el juicio. Cuando yo era niño, no había videntes a los que la gente corriera a pagar, ni revelaciones que se propagasen de boca en boca. Pero ahora, cualquier arpía de pueblo suelta sus predicciones. Afirman haber recibido la sabiduría de los celtas, del pergamino desenterrado de Merlín. Todo eso es basura o peor.

—No hay nada que deteste más que la adivinación —dije.

Asintió rápidamente.

—¿En ese caso encontraréis el modo de disuadirla si Gertrude idea algún plan durante la próxima semana para visitar a algún vidente?

—Haré cuanto esté en mi mano.

Henry dio un paso hacia mí.

—Y si no podéis disuadirla, Joanna, ¿iréis con ella? ¿Y me contaréis después lo que allí se diga?

—¡No! ¡Eso no puede ser!

—Pido demasiado de vos —masculló—. Humildemente os pido perdón, Joanna. Es tan solo que estoy muy asustado. —Se quedó mirando el suelo durante un instante y después dijo apresuradamente—: ¿No lo entendéis? Si algo me ocurriera… Cuando pienso en Edward en la Torre, sin mí, no puedo soportarlo. Pasaría allí tanto miedo… Solo. No puedo ni siquiera imaginarlo. No puedo… —Se le quebró la voz—. Oh, santo Dios bendito, protégelo.

Se volvió de espaldas y se cubrió el rostro con el brazo derecho. Una cascada de jadeos llenó mi habitación. Era como si Henry intentara tragarse sus propios sollozos.

Un único golpe en la puerta le hizo parar.

—Solo un minuto, Charles —replicó.

—Henry —dije—, quiero que sepáis que haré todo lo que pueda para ayudaros aquí. Me quedaré cerca de Gertrude. Intentaré influenciarla en la medida en que me sea posible. Y después me marcharé.

—Bendita seáis, Joanna —dijo, sin llegar a mirarme a los ojos, antes de salir a toda prisa de la habitación.

No volví a conciliar el sueño. No hice sino rezar, pidiendo fortaleza y sabiduría. En cuanto salió el sol, Alice apareció con los ojos como platos. No le comenté nada sobre mi intención de marcharme de la Rosa Roja, sino

que, bien al contrario, le pedí que me llevara comida y ropa. Ella obedeció, feliz.

Cuando mandé a Alice a preguntar si la marquesa me recibiría, la respuesta fue que sí.

Gertrude no estaba sola esa mañana. Había un desconocido sentado junto a ella. Miraban algo que ella tenía en el regazo. Una caja grande. Gertrude estaba de espaldas a mí, de modo que no pude ver de qué se trataba. Debía empezar a vigilar sus movimientos.

—Buenos días —dije. Mi voz sonó natural.

Gertrude se volvió bruscamente. Estaba macilenta. Quizá su enfermedad no había sido una invención. Pero entonces una sonrisa iluminó su rostro.

—Joanna, qué detalle venir a verme. —Corrió a mi encuentro y me besó, envolviéndome en su perfume: naranja, con un toque de manzanilla y romero. Probablemente acabara de darse un baño.

—Por favor, contemplad conmigo esta hermosura.

Le hizo un gesto a su invitado y él inclinó la caja que tenía sobre el regazo. Estaba llena de muestras de tela, de todo color y textura imaginables: terciopelos, brocados y sedas.

—Mostrádselo —ordenó Gertrude.

Lo que el invitado desenvolvió brilló como el resplandor de una cascada.

—Hilo de plata, del mercader más elegante de toda Bruselas —dijo Gertrude—. Está decidido. Os confeccionaremos un vestuario especial para la cena de mi señor. Mi costurera favorita lo tendrá terminado a tiempo con este material.

—¿Voy a llevar esto? —pregunté.

—El barón Montagu tiene sangre real —dijo Gertrude—. Fue el presunto heredero al trono hasta el nacimiento del príncipe Eduardo. Debemos lucir nuestras mejores galas.

Entrelazó las manos, a la espera de mi protesta, de mi negativa a aceptarlo, pues era precisamente eso lo que se esperaba de mí.

—Gracias, Gertrude —dije.

Y así fue como todo empezó: tres días en constante compañía de Gertrude. No hubo invitados dignos de mención. Gertrude no hizo visita alguna. Bordábamos, leíamos, oíamos música. Una noche me senté junto a su bañera y le leí un libro de elegías cristianas mientras ella escuchaba con los ojos cerrados. Veíamos a Arthur y a Edward dos veces al día. Los niños parecían haber olvidado la escena que había tenido lugar en el patio y nadie hizo ninguna referencia a mi exigencia de partir. En ningún momento se mencionó al rey ni a su hija María, ni tampoco a su primo, el emperador Carlos. Era todo tan benevolente, tan libre de conspiración, que había momentos en que a punto estuve de pasar por alto la petición de Henry y dejar de vigilarla. Pero no lo olvidé.

Y entonces, el último día de octubre, tuve un sobresalto.

Cuando avanzaba por el pasillo principal, seguida de Alice, oí gritos delante de mí. Los criados cargaban sillas, cajas y bandejas. Cuando me acerqué, entendí adónde las llevaban: las puertas principales del Gran Salón estaban abiertas de par en par.

—¿Qué hacen? —le pregunté a Alice.

—Preparan la cena que mi señor ofrecerá al barón Montagu —respondió.

Según pude saber, Gertrude estaba en las cocinas, y hacía allí me dirigí a toda prisa. Había llegado el momento de revelar las visiones que había sufrido en el Gran Salón, pues no podía bajo ningún concepto cenar en esa estancia.

Las cocineras habían colgado una cacerola de hierro sobre un gran fuego. Gertrude miró dentro, ataviada con un delantal atado sobre la falda de brocado. Un olor dulce y almizcleño me alcanzó desde la cocina.

—Joanna, venid a ver —gritó alegremente—. ¡Esto enseñará a lady C.!

Eché una mirada al interior de la cacerola, en la que burbujeaba un líquido naranja, pulposo y salpicado de semillas.

—Le estoy preparando un regalo de compota de membrillo. Todo el mundo hace esta clase de regalos esta temporada. Las compotas de lady Carew son soberbias. La mía tiene que ser mejor.

Se encogió de hombros y se rio de ese modo triunfal que tenía para decir: «Sí, ya sé que es una frivolidad, pero lo haré de todas formas y lo haré maravillosamente». El encanto de Gertrude había dejado de seducirme. Aun así, reconocí su fuerza.

—¿Es necesario celebrar la cena en el Gran Salón? —pregunté.

Gertrude revolvió la compota con una larga cuchara.

—Allí es donde siempre la celebramos. La sala se usa solamente para la cena anual con Montagu. A los hombres les encanta comer allí. Lo llaman «jugar a los Plantagenet».

—Pero es que es inmensa, y somos un grupo muy pequeño —dije.

—No tanto —respondió—. Estaremos Henry y yo, y vos, y el padre Timothy. Y estará también el barón Montagu, su cuñada y sir Edward Neville. Neville también asiste a estas cenas si está en Londres, que es el caso.

Me quedé desconcertada.

—¿Por qué el barón Montagu trae a su cuñada en vez de venir acompañado de su esposa?

Una arruga bailoteó entre los ojos de Gertrude mientras seguía revolviendo la compota.

—La esposa del barón Montagu murió el año pasado, Joanna. Creía que lo sabíais.

—No, pero lamento la pérdida del barón Montagu —dije. Todavía confundida, pregunté—: ¿Quién es la cuñada?

—Constance es la esposa de Godfrey Pole.

—Pero ¿Godfrey Pole no vendrá? —La cena era a todas luces un disparate. Gertrude alzó la vista hacia mí durante una fracción de segundo antes de volver a fijarla en la cacerola de la compota de membrillo.

—Godfrey está en la Torre.

La simple mención de la palabra «Torre» me debilitó. El vapor caldeaba la cocina, pero el repentino destello de memoria del que fui presa —los meses que había pasado en una celda, atrapada entre muros tan gruesos que ni tan siquiera el fuego de cañón podía hacerlos temblar— me dejó helada.

—¿Por qué tienen allí encerrado a Godfrey Pole? —pregunté.

—Creo que lo están interrogando sobre su hermano, Reginald Pole, que está en Roma, escribiendo panfletos contra el rey, donde critica su divorcio de la reina Catalina y su escisión de la Iglesia. Naturalmente, todos nosotros hemos renegado de Reginald —Gertrude revolvió más deprisa la compota —, pero los hombres del rey quieren cerciorarse de su lealtad.

—¿Cuánto tiempo lleva confinado allí?

—Es mi esposo quien debe responder a esas preguntas —replicó bruscamente Gertrude—. Es su cena, no la mía.

No hubo lugar a poder expresar los temores que infundía en mí el Gran Salón. Me retiré, dejando atrás a Gertrude y su burbujeante cacerola.

Durante el resto del día fui incapaz de concentrarme en la costura y en la conversación. Por la noche no pude conciliar el sueño y estuve un buen rato leyendo a la luz de la vela, aunque sin lograr tranquilizarme. No sabía que las sospechas del rey sobre quienes tuviesen alguna gota de sangre real, o dicho de otro modo, sobre quienes podían posiblemente reivindicarse como sus sucesores al trono, hubieran llevado a la cárcel a los objetos de esas sospechas. Lamenté haber cedido a las súplicas de Henry y haberme quedado allí. Todo lo que concernía a la cena, de la que nos separaban apenas cuatro días, era un error.

No sé qué hora era cuando el caballo relinchó. Los cascos chacolotearon sobre los adoquines. Otro relincho. Dejé la vela junto a la cama y me acerqué a la ventana.

Había cuatro caballos en Suffolk Lane, y vi a un jinete sobre cada uno de ellos. Uno de los caballos estaba dando problemas a su jinete. Una única antorcha llameaba en una argolla junto a la entrada, dándome la luz suficiente para que pudiera reconocer al jinete de pelo cobrizo cuando hizo girar en redondo su caballo: Joseph. Y sí, James, su gemelo, iba a lomos de un corcel gris. Perpleja, me di cuenta de que dos mujeres los acompañaban. Joseph por fin logró controlar su caballo y James indicó con una señal que era hora de partir.

Intenté ver quiénes eran las mujeres. Obviamente, y a juzgar por su tosco atuendo, no eran damas. Llevaban los rostros ocultos por amplias capuchas. ¿Serían quizá dos criadas? ¿Qué dirían los Courtenay si llegaban a enterarse de que los gemelos, el par de sirvientes de confianza, salían a

caballo en compañía de mujeres para adentrarse en los horribles peligros de la noche? Era sin duda una conducta inaceptable.

Los cuatro partieron calle arriba, alejándose del Támesis. La mujer que iba en penúltimo lugar tiró de las riendas de su caballo, levantó las manos y se ajustó la capucha. La luz de la antorcha bailó sobre ella. Tenía unos dedos largos y delgados. Yo conocía esa mano, así como aquel movimiento rápido a la par que elegante. Habitualmente había anillos de oro en dos o incluso en tres de sus dedos, aunque no esa noche.

Eran las manos de Gertrude Courtenay.

OceanofPDF.com

14

Seguí mirando por esa ventana hasta mucho después de que los cuatro desaparecieran. Con qué facilidad me habían engañado. Gertrude conspiraba, y sin duda debía de tratarse de una causa peligrosa para que tuviera que salir a caballo y disfrazada por las calles de Londres de noche, desafiando el toque de queda. Obviamente, aprovechaba la ausencia de su marido.

Decidí quedarme despierta hasta su regreso, por muy tarde que fuera. Después, tal y como había prometido, le haría llegar mi informe al marqués de Exeter a través de Charles.

Debido a la falta de un reloj en mi habitación, no supe cuánto tiempo Gertrude y los demás estuvieron ausentes de la Rosa Roja. Tuve la impresión de que fue casi toda la noche. En varias ocasiones estuve a punto de rendirme al agotamiento, pero luché denodadamente para no caer en la tentación.

Cuando de nuevo me había refrescado la cara con un poco de agua, oí un pequeño ruido. Me deslicé hasta la ventana. La antorcha que estaba fuera se había extinguido. No había luna. Aun así, pude distinguir a cuatro jinetes que se acercaban por Suffolk Lane. Dos de ellos desmontaron y se acercaron a la entrada. Los otros dos se dirigieron a las cuadras. Gertrude había vuelto a casa.

Me quedé dormida en cuanto me acosté. Parecía que hubieran transcurrido apenas unos instantes cuando alguien me sacudió con suavidad por el hombro.

—Disculpad, señora —dijo Alice—. He llamado a la puerta, pero no habéis contestado. La modista está aquí.

Había olvidado por completo la prueba de mi vestido. No pude hacer desaparecer el agotamiento de mis ojos, ni tampoco poner en orden mis ideas. Lamenté la confusión que me embargaba. Iba a necesitar todo mi ingenio.

—Dile a Charles que esta mañana tendré un mensaje para él —mascullé.

No me apetecía nada ser objeto de los pellizcos y de los alfileres de las costureras. Ni tampoco estar en presencia de Gertrude.

La marquesa de Exeter no parecía en absoluto agotada. Mientras la costurera y su aprendiz me tironeaban de aquí y de allá, Gertrude nos observaba con atención. La preciosa tela de hilo de plata, que había parecido tan ligera en la caja del comerciante, me pesaba sobremanera.

Sin embargo, al estudiar a Gertrude con atención, me percaté de una diferencia evidente. Sus sonrisas, la risa y sus comentarios… Había en todo ello un grado adicional de animación. Me acordé de cuando nos habíamos conocido en Dartford y ella había mostrado esa misma excitación enervada bajo sus afables palabras y gestos. En aquel momento me había parecido que esas eran sus formas habituales, pero durante mi estancia en la Rosa Roja Gertrude se había calmado. La excitación había perdido fuelle. ¿Qué podía haberla reanimado de ese modo? Solo podía tratarse de lo que había ocurrido la noche anterior.

Cuando la prueba del vestido tocó a su fin, Gertrude insistió en que me quedara.

—Estabais preciosa con esa tela de hilo de plata, Joanna —dijo—. Le favorece mucho a vuestro tono de piel.

No dije nada.

Con ese mismo tono despreocupado y falso, añadió:

—Permitidme robaros un poco más de vuestro tiempo. Mi pastelero está ensayando una nueva mezcla, empleando los nuevos azúcares de las islas de ultramar. Decidme qué os parece el sabor de este pequeño dulce. Si os gusta, lo pediré para vuestra cena.

A regañadientes, me senté a su lado. No pude evitar una mueca de desagrado al probar el bocado.

—Demasiado dulzón —dije.

—¿De verdad? —Gertrude hizo un mohín de decepción.

—No deberíais preguntarme a mí. No me gusta demasiado el dulce.

Gertrude se removió en la silla y ladeó la cabeza.

—Joanna se niega todos los placeres, incluido el de los dulces.

No pude soportar ni un minuto más su tono burlón. De nuevo me preparé para marcharme. Y de nuevo ella me retuvo. Esta vez se levantó de la silla y se quedó plantada delante de mí con las manos en la cintura.

—¿Qué es lo que ocurre, Joanna? —preguntó—. ¿Estáis enferma?

—No —contesté, empezando a rodearla.

—¿Habéis dormido mal? —insistió.

No había nada salvo una inconfundible sombra de afecto en esos grandes ojos marrones. Probaos esta ropa, comed un dulce. Y aun así, Gertrude conspiraba y mentía, exponiendo a su marido y a su hijo —y también a Arthur y a mí— al mayor de los peligros.

—No —respondí despacio—. No he dormido bien.

Una gota de sudor se deslizó por mi nuca. En cualquier caso, la decisión que acababa de tomar me resultaba oscuramente vigorizante. «Basta de disimular. Me enfrentaré a ella», pensé. «No le tengo miedo». La ira dotó de fuerza a mis huesos y me aclaró de un plumazo la mente. A lo lejos se alzó la imagen del hermano Edmund, que negaba con la cabeza, implorándome que controlara mi rabia.

—¿Por qué no? —preguntó Gertrude.

Alcé el mentón y respondí:

—He pasado muchas horas despierta, esperando vuestro regreso.

Las comisuras de sus labios se contrajeron, pero no se inmutó.

En ese preciso instante, Constance abrió la puerta para anunciar:

—Mi señora, Charles está aquí. Desea hablar con la señora Joanna. Dice que tiene un mensaje para él.

Sin apartar los ojos de mí, Gertrude dijo:

—Dile a Charles que espere.

Cuando volvimos a quedarnos solas, dijo, perfectamente calmada:

—¿No vais a preguntarme adónde he ido? No pretenderéis que vuestro mensaje a mi esposo quede incompleto. Porque es eso lo que habéis acordado, ¿no es cierto? ¿Cuando él vino en secreto a veros a vuestra habitación? ¿Que le enviaríais mensajes a través de Charles? Creo que soy yo quien debería interrogaros, Joanna. Sobre vuestra conducta con mi esposo.

—Sabéis que eso no es cierto —dije, furiosa.

—¿Lo sé? —dijo—. Supongo. —Se rio.

Su risa me enojó aún más.

—Sí, mi señora, le enviaré un mensaje al marqués comunicándole que anoche salisteis de casa. Si me disculpáis, Charles me espera.

Me dirigí hacia la puerta, pero antes de poder dar dos pasos, ella me agarró de la muñeca como lo había hecho en Dartford. Esta vez, sin embargo, hubo más fuerza en su gesto.

—No fuimos muy lejos, Joanna. Tenía una cita con un hombre. Un hombre al que resulta muy difícil ver. Pero había dispuesto las cosas para ir a visitarlo a su escondite secreto, y en la fecha y la estación más propicias del año para esta suerte de cometidos.

Me desasí de su mano, pero no me moví hacia la puerta. Muy bien. Si Gertrude tenía intención de revelar su secreto, yo lo descubriría todo.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—No conozco su nombre auténtico. Nadie lo conoce. Ha adoptado el nombre de Orobas.

—¿Adoptado? —repetí, impaciente—. ¿Qué significa eso? ¿Qué clase de nombre es «Orobas»?

Una vena palpitó a un lado del esbelto cuello de Gertrude.

—Creo que procede del latín. En cuanto a por qué lo adoptó, creo que es porque las Escrituras dicen que el demonio Orobas es quien se encarga del principal oráculo del Infierno.

Me santigüé.

—¿Un demonio? —exclamé—. ¿Estáis frecuentando la compañía de quienes veneran a los demonios? Es la peor blasfemia. Os habéis vuelto loca, Gertrude.

—No me he vuelto loca —dijo—. Orobas no es un adorador del demonio. No es más que un nombre. No estoy segura de cuál es la descripción. Me quedo con la de «vidente». Y no frecuento su compañía. Le pago, y le pago bien, para que adivine el futuro. Anoche compartió conmigo una profecía que llevaba largo tiempo esperando oír. Debo encargarme de una misión más y entonces sabré el resto. Lo ha jurado.

Caí de hinojos delante de Gertrude Courtenay y junté las manos.

—Os lo imploro, os lo suplico, no sigáis con esto. No busquéis la adivinación. Es demasiado peligroso para vos y para vuestra familia, para quienes os quieren. En el nombre de la Virgen, os imploro que os detengáis.

Me miró desde las alturas, absolutamente impertérrita.

—No os favorece nada, Joanna, implorar de rodillas. Lo cual resulta a su vez muy divertido si recordamos que estuvisteis a punto de ser monja. —Tiró de mí hasta ponerme en pie. Nuestros rostros quedaron a unos centímetros de distancia—. Tengo que saber: ¿qué os dijo? ¿Qué os dijo la hermana Elizabeth Barton para asustaros de este modo?

Me desasí bruscamente de sus manos. Retrocedí, alejándome de ella tan deprisa que tropecé con una mesa.

—Sabéis que estuve en Canterbury —tartamudeé.

—Sé que en octubre del año de Nuestro Señor 1528, la hermana Elizabeth Barton os informó de que vos ocuparíais su lugar si ella no lograba detener al rey de Inglaterra. Ella misma me lo dijo. Pero ¿y la profecía exacta que os implicaba a vos? No la compartió con nadie. No creo que la conozca nadie salvo vos y la hermana Elizabeth, y ella está muerta.

Gertrude se abalanzó de nuevo sobre mí con los ojos en llamas, como un cazador que está a escasos segundos de matar a una presa largo tiempo perseguida.

—Sé cuál es la verdadera razón de que la hermana Elizabeth Barton se derrumbara en la Torre y suplicara abjurar de sus profecías. Su don de la videncia era auténtico… Un don de Dios. No había en la corte ninguna mujer más próxima a ella que yo. Yo la entendía. Debió de abjurar en falso porque era el único modo de poner fin a todas las preguntas antes de que la obligaran a confesar vuestro secreto. Lo hizo para protegeros.

—No, no, no —dije, tapándome los oídos—. No pienso escucharos.

Gertrude me retiró las manos de un tirón.

—Basta —siseó—. No sois ninguna niña. Sois la clave de nuestra misión, vos sois la que nos librará de Enrique Tudor y restaurará en Inglaterra la verdadera fe. Pero os negáis.

—No sé qué es lo que imagináis que puedo hacer —dije, negando violentamente con la cabeza—. El rey ha disuelto los monasterios y ha desmantelado las iglesias. No tenemos más opción que conformarnos.

—¿Conformarnos? —gritó—. Cuando nuestras almas corren peligro, ¿vos precisamente nos aconsejáis que nos conformemos con nuestra suerte? Hace tan solo unas semanas, el rey dio su último paso contra la verdadera fe, el más blasfemo de todos los que ha dado hasta ahora. Profanó el santuario de santo Tomás Becket de Canterbury. Todas las joyas y los objetos preciosos se trasladaron al tesoro real. Lo que ahora queda son solo los sagrados huesos del santo.

En doce pasos, quizá menos, podría llegar a la puerta. Charles estaba al otro lado. Gertrude era fuerte, pero si era capaz de rodearla y correr hasta la puerta, ella no podría impedirme huir de la habitación.

Empecé a moverme, pero Gertrude se posicionó directamente delante de mí.

—Si no os apartáis, gritaré —dije.

—No, no lo haréis —replicó—. Hoy no habrá ningún mensaje para Charles. Y no solo eso. Mañana por la noche volveré a ver a Orobas, y vos iréis conmigo. —Hizo una pausa antes de añadir—: *De libero arbitrio*. Debéis acompañarme por propia voluntad y sin presiones de ningún tipo.

Fue un golpe salvaje oír de nuevo esas palabras. De modo que la carta sí me concernía. Entendí de pronto que todo lo que Gertrude hacía o decía en la casa tenía como objetivo conducirme al siguiente estadio de la profecía.

—Jamás accederé a eso.

—Dadnos lo que queremos, Joanna —dijo con una voz colmada de desesperación.

—¿Queremos? —repetí—. ¿Quién os mandó buscarme a Dartford? ¿Quién os dice ahora que me llevéis a ver a un vidente?

Gertrude volvió a extender la mano para cogerme del brazo.

—No puedo decíroslo, pero debéis acompañarme.

La empujé a un lado.

—No iré con vos ni mañana ni ningún otro día. Enviaré un mensaje al marqués y después me marcharé de esta casa.

Le tembló el labio inferior. Sus mejillas ahuecadas se cubrieron de manchas rojas.

—¿Os trae sin cuidado lo que pueda contarle a mi esposo cuando os hayáis ido?

—Absolutamente.

—¿Que su preciosa Joanna Stafford se encontró en secreto con la hermana Elizabeth Barton, como lo hice yo? ¿Que también vos sois una mentirosa y una traidora?

Me estremecí al oír sus feas palabras, pero dije:

—Decidle lo que gustéis.

—Oh, no lo creo. Hay algo que no queréis que Henry ni nadie sepa, algo que nada tiene que ver con la adivinación.

La puerta se abrió de par en par y Constance volvió a aparecer.

—Charles no deja de insistir, mi señora. Dice que debe hablar con la señora Stafford.

Fui hacia Constance y hacia Charles, que esperaba detrás de ella, pero de pronto Gertrude me detuvo, agarrándome por los hombros.

—¿Y si les cuento que fuisteis en su día la furcia de George Bolena? —me susurró al oído.

No pude encontrarme la voz, ni tampoco respirar. «Así es», pensé. «Esto es lo que se siente cuando llega el fin del mundo».

Por fin logré articular tres palabras:

—Cerrad la puerta.

Constance salió sigilosamente. Hubo una conversación amortiguada seguida del sonido de pasos que se alejaban.

—Sentaos, Joanna —dijo Gertrude. Su tono de desesperación había desaparecido. De pronto era toda solicitud—. Estáis indispuesta.

Me volví de espaldas al tiempo que intentaba controlarme. Por fin dije con una voz ronca:

—Lady Rochford os mintió.

—Oh, Joanna —dijo Gertrude—. Es obvio que me dijo la verdad.

Las lágrimas surcaron mis mejillas.

—Yo solo tenía dieciséis años.

Gertrude negó con la cabeza.

—Si os sirve de consuelo, antes de ser ejecutado, Bolena confesó a la muchedumbre ser un pecador que merecía la muerte. Quizá pensaba en vos y en todas las muchachas a las que tanto daño hizo.

Cerré los puños y me apreté con ellos los ojos para contener el llanto. Pero fue en vano. Las lágrimas se colaron entre mis dedos.

—¿Quién más lo sabe? —pregunté.

—Nadie —dijo Gertrude—. Y jamás se lo diré a nadie, os lo juro por Dios, si me acompañáis mañana. El vidente ha dicho que no completará su profecía si no estáis vos presente. Ha estipulado que debéis acudir por voluntad propia.

Hacía mucho tiempo que temía que el segundo profeta adivinara mi futuro y me acercara aún más a un terrible destino. Casi tan inmenso era mi temor a que el crimen que George Bolena había cometido contra mí saliera a la luz. Yo no había hecho nada para provocarlo y había intentado con todas mis fuerzas liberarme de él cuando me había atrapado en la pequeña alcoba oculta tras los cortinajes de la sala de visitas de su hermana, pero él era demasiado fuerte. Sabía que a las mujeres nunca nos creían. Siempre había temido que me condenaran enseguida, y no solo a mí, sino también a mi familia, si llegaba a hacerse público el ataque del que había sido víctima. Por fin, mis temores se habían entrelazado y con ello se habían vuelto tan poderosos que me habían aplastado por completo.

Haría lo que Gertrude me pedía. Ella lo sabía. Yo no podía vivir si la sórdida verdad terminaba por saberse.

Entonces me asaltó un nuevo temor.

—Pero ¿cómo podéis estar segura de que Jane Bolena no le ha dicho a nadie más lo que me hizo su esposo? —pregunté—. ¿O de que guardará silencio en el futuro?

Gertrude no dijo nada. Retiró los puños de mis ojos y me volví a mirarla. Esperaba ver a una mujer refocilándose en su triunfo, pero lo que vi fue justamente lo contrario. Su rostro era el vivo retrato de una vieja aflicción. Las leves arrugas que se entrecruzaban en el rostro de Gertrude se habían vuelto más visibles. En el curso de los últimos diez minutos, habían envejecido diez años.

—Decidme —dije, alzando la voz—. Dad consuelo a mi mente y aseguradme que a cambio de acompañaros jamás me veré avergonzada ante el mundo. ¿Cómo podéis estar tan segura del silencio de lady Rochford?

Gertrude se desplomó en la silla y, con las manos temblorosas sobre el regazo, dijo:

—Porque Jane Bolena no me ha dicho nada. Desconoce por completo lo que su esposo os hizo. Comprobé cómo reaccionabais cuando visteis a la viuda de George Bolena, y toda la corte estaba al corriente de su naturaleza…, de su predilección por abusar de jovencitas. No me fue difícil concluir que eso fue lo que os había ocurrido a vos. No ha sido más que un simple farol. Y he ganado.

OceanofPDF.com

Tercera parte

OceanofPDF.com

15

Las puertas de la Rosa Roja siempre se cerraban después del crepúsculo. Los criados terminaban sus quehaceres poco después de las siete y se acostaban a las ocho. Pero esa noche, a las diez, llamaron a mi puerta. Era James. Vestía una capa deshilachada y calzas. Sin una palabra, tendió la mano con la palma hacia arriba. La tomé, aunque no sin estremecerme. James tiró de mí para sacarme de mi habitación y nos fundimos ambos con la oscuridad.

James no usó ninguna vela para iluminar el camino. Conocía al dedillo cada giro del pasillo, la longitud de cada paso, y avanzaba palpando la pared con la mano izquierda. Con la derecha tiraba de mí, aunque suavemente. No me vi arrastrada a la fuerza por la casa, como cuando había intentado huir con Arthur. Esa noche me había convertido en una mercancía preciosa.

En la alacena había una puerta que llevaba a un pasadizo posterior. Este conectaba la Rosa Roja con un estrecho pasillo que conducía a su vez a la calle. En apenas unos momentos salimos al exterior. Olí las aguas estancadas del Támesis cuando íbamos hacia las cuadras de los Courtenay.

—No la pierdas de vista —le dijo James a su gemelo en cuanto me depositó dentro y se marchó apresuradamente. Joseph respondió con un gruñido. Me observaba sin dejar de manosear una cuerda con las manos, como si deseara atarme.

Lo ignoré mientras esperaba. Escuché el sonido de los caballos, que masticaban y se movían en las cuadras. Y en todo momento pensaba en la hermana Elizabeth Barton. ¿Realmente podía ser cierto lo que había dicho Gertrude? ¿Había abjurado la hermana Elizabeth de sus visiones en falso para poner fin al interrogatorio y evitar así que los hombres del rey supieran de mi existencia?

«Vos sois la que vendrá después».

James entró con Gertrude, que vestía un humilde corpiño, falda y capa. No vi a Constance. Cuatro jinetes volverían a salir de la casa, pero esta vez yo completaría el cuarteto.

Llegamos al extremo de Suffolk Lane y giramos por una calle más ancha, bordeada de edificios de dos plantas de madera y yeso. En ninguno ardía una sola vela. El toque de queda había empezado hacía un buen rato y toda la gente decente dormía. Durante el día, Londres era una ciudad especialmente bulliciosa —el sonido de campanas, los gritos, las risas y los chillidos—, pero de noche era un lugar en el que reinaba un silencio sepulcral.

En una de las curvas que trazaba la calle, James saltó de pronto del caballo y profirió unos breves y bruscos silbidos.

Dos sombras emergieron corriendo de un callejón. Acarreaban algo entre los dos en un largo fardo y se lo ofrecieron a James. Un olor acre impregnó el aire y de pronto surgió una luz dorada. Los chicos llevaban antorchas para el viaje.

Del callejón aparecieron más figuras oscuras. En esta ocasión eran hombres seis de ellos. Uno tras otro, cogieron las monedas que les ofrecía James. La luz de las antorchas reveló los toscos garrotes y las afiladas varas que llevaban en la mano.

Formamos un grupo, con Gertrude y yo en el centro y liderado por James y los portadores de las antorchas, y rodeados por los rufianes a sueldo. Joseph cerraba el clan.

Gertrude me habló por primera vez.

—Necesitaremos más de dos enlaces para que nos protejan en las zonas de Londres por las que hoy deberemos pasar. Estos hombres recibirán en esta ocasión por velar por nuestra seguridad más monedas de las que verían de otro modo en todo un año.

Un instante después, repliqué:

—Ruego a Dios para que fracasen en su cometido y jamás lleguemos a nuestro destino.

Gertrude espoleó su caballo para cabalgar más cerca de mí. No se quitó la capucha, de modo que no le vi la cara. Pero oí cada una de sus palabras:

—Joanna, habéis sufrido más que la gran mayoría a causa de las políticas del rey. Vuestro tío fue decapitado, vuestra prima murió de manera espantosa en la hoguera. Habéis padecido el expolio de la fortuna familiar. Y por último vuestro priorato, vuestro hogar temporal y espiritual, ha sido destruido. Y aun así no pensáis hacer nada, nada para oponer resistencia.

Sus desafiantes palabras me desconcertaron.

—¿Oponer resistencia? —repetí. La simple idea me resultó disparatada. Enrique VIII tenía a su servicio a hombres de una crueldad infinita. Había roto el liderazgo de la Iglesia. Los hombres de armas solo aceptaban órdenes de él. Pero era solo su poder el que mantenía a sus súbditos atenazados por el miedo.

—El rey es nuestro ungido soberano —dije—. Como súbditos suyos, estamos obligados por Dios a obedecerlo.

—¿Estáis segura de eso? —preguntó Gertrude.

Por primera vez, puse en duda la salud mental de Gertrude Courtenay.

—Enrique VIII es el rey —siseé.

—Quizá no por mucho tiempo —replicó—. El papa escribió hace dos años una bula de excomunión. Su Santidad hizo grandes esfuerzos para volver a albergar a Inglaterra en su seno, pero con las últimas abominaciones, la profanación de los sagrados santuarios, está a punto de hacerla pública. Enrique VIII será excomulgado por la Iglesia católica.

Excomulgado. La palabra me hizo temblar, como le habría ocurrido sin duda a cualquier cristiano. El capellán de nuestra familia, a fin de dominar a los traviesos pequeños Stafford, solía utilizar esa palabra como un arma, haciendo hincapié en cada una de sus sílabas. A pesar del paso de los años, todavía podía oír su voz chillona:

—La ex-co-mu-nión equivale a ser desterrado de la gracia de Dios; quedar maldito y no poder tomar el sacramento. Se aplicará entonces el rito de la campana, el libro y la vela: la vela se apagará al final porque el ofensor queda así *apartado de la luz de Dios*.

—¿Cómo podría un rey gobernar después de ser excomulgado? —mascullé, más para mis adentros que dirigiéndome a Gertrude. Pero ella respondió enérgicamente a mi pregunta.

—No podría —dijo—. Y otros reyes cristianos estarán entonces en la obligación de derrocarlo. Nosotros, sus propios súbditos, no podremos salir en defensa del rey Enrique si deseamos mantenernos fieles al Santo Padre.

Si eso era cierto, lo cambiaba todo. Pero ¿cómo confiar en Gertrude? Un instante más tarde, dije:

—Vos no habéis estado a la espera de que el papa bendiga vuestros actos hasta ahora. ¿Qué otra traición habéis cometido ya contra el rey?

Gertrude soltó un bufido.

—Ningún acto de traición. Aunque sí, he librado al reino de cierta fuente de tormento. Lo he librado de los Bolena. Debéis darme a mí las gracias por esa pequeña misión.

—¿Que habéis hecho qué? —Me sorprendió el modo en que Gertrude había usado la palabra «librado» para describir el arresto, el juicio y la ejecución de Ana y de George Bolena.

—Aunque eran muchos los hombres de la corte que odiaban a los Bolena, apenas hicieron nada salvo quejarse. El duque de Norfolk presentó a un puñado de hermosas furcias al rey para distraerlo y debilitar la influencia de Ana, pero no funcionó. He estado observando al rey Enrique toda mi vida. Sé cómo se maneja con las mujeres. Teníamos que encontrar a una dama que fuera todo lo opuesto a Ana Bolena. Fui yo quien dio con ella. Jane Seymour había servido a la reina Catalina y llevaba años en la corte. Llamaba tan poco la atención que nadie la había cortejado jamás. Pero Jane tenía una cualidad más importante que la hermosura o el ingenio. Y me refiero a la misma cualidad de la que vos especialmente carecéis, Joanna. Era ambiciosa. Siguió con absoluta precisión mis instrucciones sobre cómo conquistar el amor del rey.

A pesar del rechazo que provocaba en mí la condescendencia de Gertrude, tuve que reconocer el arrojo de semejante plan y también su éxito. Sin embargo, me di cuenta de una cosa:

—Vos la hicisteis reina y aniquilasteis a los Bolena. ¿Con qué fin? El rey le ha dado la espalda a Roma. Los monasterios no se salvaron. La reina Juana nada hizo por impedirlo.

Las manos de Gertrude se cerraron aún más sobre las riendas.

—La reina Juana intentó salvar los monasterios, no tenéis ni idea de los riesgos a los que se vio expuesta —insistió—. Si hubiera vivido, como madre del heredero al trono, habría tenido una gran influencia.

—Es fácil decir eso ahora —repliqué—. Nunca sabremos la verdad.

Antes de que la discusión subiera de tono, nos interrumpieron. Un hombre con barba se plantó delante del portador de antorchas que iba en cabeza, con una larga vara en una mano.

—Soy el vigilante nocturno del distrito de Dowgate. Declarad vuestras intenciones —gruñó.

James fue quien saltó al suelo desde su montura para dirigirse al vigilante. Ambos hombres hablaron durante un momento. Una pequeña y prominente bolsa desapareció bajo la raída capa del hombre, que con un gesto nos permitió el paso.

James volvió apresuradamente al lado de Gertrude.

—El vigilante del próximo distrito nos pedirá el doble de monedas, mi señora. Pero debemos gozar de su protección para dejar atrás las casas de juegos. No osamos seguir sin él.

—Procede pues —dijo ella.

Recorrimos otras dos largas y oscuras calles. Al llegar a la segunda esquina, James se detuvo en una calle mucho más estrecha, aunque adoquinada, que descendía por una colina. Al final de la calle vi el parpadeo de unas llamas delante de un edificio bajo. También oí gritos de hombres y, por increíble que parezca, el leve tintineo de la música.

—Debemos esperar aquí hasta que pase el siguiente vigilante nocturno y reclutarlo —dijo James.

Pero Gertrude estaba impaciente. Declaró que nuestra guardia personal sería más que suficiente. James discutió con ella. Esa noche, por vez primera, vi la complejidad del vínculo que les unía. Él era su criado, y por ende de inferior categoría, pero también era su primo, y un hombre de una gran fortaleza, no solo física sino también mental.

—Si se congrega una muchedumbre, no podré enfrentarme a ella con un puñado de hombres, y encima con este atajo de especímenes hambrientos y pobres.

—Bah, no habrá ninguna muchedumbre Esto es ridículo —dijo ella—. Si nos quedamos aquí, acobardados, durante horas, la hora de nuestra cita pasará. Avancemos. Ahora.

James negó con la cabeza y montó a su caballo. Una oleada de temor recorrió a la media docena de hombres que nos rodeaban, pero no existía quien fuera capaz de disuadir a la marquesa de Exeter.

Avanzamos por la calle en fila de a uno, muy despacio, mientras los cascos de los caballos chacoloteaban contra las piedras desiguales del suelo. Por primera vez fui consciente de que el hombre que caminaba a mi lado era deforme y tenía un hombro más alto que el otro. Recé en silencio una oración por él.

La calle era tan estrecha que si hubiera estirado los brazos podría haber tocado las paredes de las silenciosas casas que dejábamos atrás a nuestro paso. Cuando llegamos al final de la callejuela, esta desembocó en una calle ancha. Una hoguera ardía delante del edificio que teníamos más cerca. Eso era lo que yo había visto desde la distancia. De pie, a su alrededor, unos hombres se calentaban las manos, haciendo caso omiso del toque de queda. En el interior del edificio parpadeaban docenas de velas. La oscura silueta de varias cabezas llenaban las largas y resquebrajadas ventanas del primer piso. Debía de ser cerca de la medianoche y el edificio era un único gemido de voces masculinas. De modo que aquello debía ser una casa de juegos. Me tensé en la silla.

Estaba ya lo bastante cerca como para ver los rostros duros y jóvenes de los hombres encorvados sobre la hoguera. Y para asimilar todo lo que nos rodeaba: la madera chamuscada, cerveza y vómitos. Era todo muy feo. Cierto es que yo había visto antes la oscuridad del alma, pero los anhelos pecaminosos siempre se ocultaban tras el disimulo, o bajo una capa de moralidad. No había ningún disimulo en lo que yo veía ante mí.

Los hombres que estaban alrededor de la hoguera se volvieron a mirarnos sin ningún interés. Sentí que se me relajaban un poco los hombros. No se meterían con nosotros: los temores de James habían sido injustificados.

Una puerta se abrió bruscamente a un lado del edificio. Un hombre salió tambaleándose con el brazo alrededor de una mujer cuyos senos se

desparramaban desde el interior del corpiño. Se detuvieron de pronto al vernos. Bajé rápidamente la vista y agité las riendas para indicarle a mi caballo que siguiera caminando.

La mujer chilló:

—¿Qué es esto?

Seguí con la cabeza baja.

—¿Lleváis nuevas furcias al mercado? —chilló de nuevo—. Southwark está al otro lado del río.

Su acompañante se rio. Acto seguido oí una crepitación, esta mucho más cerca. Uno de los jóvenes que estaban alrededor de la hoguera se abalanzó sobre mí. James hizo dar media vuelta a su caballo para detenerlo y gritó:

—Esta noche no queremos problemas. Dejadnos pasar. —Intentó, en vano, mantener su tono de voz casual y amigable.

—Si no queréis problemas, ¿por qué venís aquí? —gritó el acompañante de la furcia.

—Dejadnos pasar —repitió James.

De pronto, salida de la nada, apareció más gente junto a la hoguera. Había al menos diez muchachos delante de la casa de juego y más iban apareciendo por la puerta. Nos superaban en número.

OceanofPDF.com

16

Le había dicho a Gertrude que albergaba el deseo y también la esperanza de que nos atacaran antes de llegar al segundo vigilante. Valiente estupidez. Con una mano me agarré con fuerza a las riendas de mi caballo, pero con la otra busqué a tientas el rosario que colgaba de mi cintura.

Gertrude iba delante de mí. Cinco de los hombres a sueldo y el resto de los muchachos que sujetaban las antorchas se congregaron a su alrededor. Joseph estaba también a su lado, ceñudo.

James intentó salvarme. Era obvio que había pretendido interponerse entre la muchedumbre cada vez más numerosa y yo para desplazarme así a su lado contrario, con Gertrude. Pero los hombres ya habían llegado a la calle y bloqueaban el paso del caballo de James. No podía avanzar más sin derribar a alguien. Vi que sus ojos se movían deprisa, mirando arriba y abajo, al tiempo que ponderaba la posibilidad de desmontar. No lo hizo.

En ese momento, tan solo el jorobado se interponía entre los borrachos jugadores y yo.

—¡Atrás! —gritó, blandiendo su garrote.

Alguien se rio. Mientras yo no podía hacer más que mirar, impotente, otro hombre golpeó a mi protector en la cara. El jorobado cayó al suelo. Ya no pude verlo, pero sí oí sus gritos y los gruñidos cuando la muchedumbre se turnó para patearlo. El garrote voló por el aire y la multitud fue pasándoselo entre ellos como si fuera un juguete.

Un hombre con una melena que le caía sobre los hombros se abrió paso entre la furiosa chusma. Me tendió la mano, con la palma hacia arriba, como si deseara ayudarme a desmontar.

En ese instante deseé desesperadamente poder disponer de una fusta, pero jamás la usaba.

—Marchaos —dije como una niña.

Se abalanzó sobre mí con las dos manos, intentando rodearme con ellas la cintura. Probé a alejarlo a patadas, pero tenía el pie encajado en el

estribo.

James gritó entonces con todas sus fuerzas:

—¡Hombres de Londres, no queremos problemas! Tomad…, por vuestras molestias…

James arrojó un puñado de chelines al aire hacia un lado de la calle. La luz de la hoguera los hizo brillar como una lluvia de oro.

El hombre que había estado intentando bajarme a la fuerza del caballo se volvió para unirse a los demás, que corrieron a recoger el dinero. La chusma se empujaba, intentando coger alguna moneda. Con la calle libre de obstáculos humanos, espoleé a mi caballo con todas mis fuerzas. James, Gertrude, Joseph y yo arrancamos al galope calle abajo. Al llegar a la primera esquina, James nos indicó que lo siguiéramos y dobláramos la esquina tras él. Continuamos cabalgando hasta que los gritos de los rufianes de la casa de juegos desaparecieron a nuestra espalda.

James levantó la mano para esperar a que los hombres a sueldo y los porteadores de antorchas nos dieran alcance a pie. En cuanto lo hicieron, jadeantes y bañados en sudor, James los contó.

—Solo hemos perdido a uno —anunció.

Un hombre alto tomó la palabra. Era la primera vez que se dirigía a nosotros.

—Tenemos que volver. Conozco a ese hombre y a su madre, son de mi parroquia. No podemos dejarlo aquí. Está muy malherido, podría morir. Todos volverán a entrar y en ese momento podremos rescatarlo.

—¡No! —se apresuró a intervenir Gertrude—. No hay tiempo para eso.

Oí que uno de los hombres mascullaba un juramento.

—¿Cómo se llama ese hombre, señor? —pregunté. Gertrude dejó escapar un sonido de impaciencia junto a mí.

—Owen, mi señora —masculló el hombre.

—Rezaré por Owen —dije—, pues ha recibido sus heridas en mi defensa.

James se aclaró la garganta.

—Cuando terminemos lo que esta noche nos ocupa y estemos cerca de Suffolk Lane podréis ir a buscarlo. Mi hermano y yo os ayudaremos.

Hubo cierta vacilación entre sus filas. Sentí un atisbo de esperanza. Si los hombres se negaban a continuar, aquel descabellado viaje quizá tocara a su fin. Pero un instante más tarde los hombres ocuparon sus puestos. James espoleó a su caballo, ordenándole que liderara al grupo, aunque no antes de dedicar a Gertrude una mirada de resentimiento. Ella no la vio. Yo sí, y eso me llevó a pensar en algo totalmente distinto: ¿sería James capaz de verse libre del influjo de la marquesa de Exeter?

Reemprendimos la marcha, adentrándonos en la oscuridad de Londres. Reinaba un profundo silencio.

El porteador de la antorcha que iba delante se detuvo en seco. A pesar de que no había ningún signo visible de que ocurriera alguna cosa, parecía asustado. James se inclinó desde su montura para decirle algo.

—Han perdido el coraje, Gertrude —dije—. Se han dado cuenta de que sus vidas os traen sin cuidado.

—La vida de ningún hombre es más importante que la misión que esta noche nos ocupa —dijo Gertrude.

—¿Y vos? —estallé—. ¿Daríais vos vuestra vida para que yo pudiera oír la profecía?

Antes de que pudiera ofrecerme una respuesta, se oyó un extraño grito ahogado. Ambas nos volvimos a mirar. Era Joseph. Había detenido a su caballo y había hundido la cabeza entre las manos.

—¿Qué sucede, hermano? —gritó James.

—No está bien —gimió Joseph—. Esto no está bien.

Mi caballo, muy obediente hasta entonces, sacudió la cabeza y retrocedió varios pasos. El de James empezó a desplazarse en círculo, y él tiró de las riendas, visiblemente enojado, para recuperar el control.

La primera ráfaga de viento agitó la crin de mi caballo. El aire, pestilente y reconcentrado desde que habíamos dejado atrás las cuadras de la Rosa Roja, se había renovado. Una contraventana suelta aleteó en un edificio muy cercano. De pronto, en toda la calle parecía que algo se estuviera desperezando, algo que hasta entonces había estado dormido y que de repente había despertado.

El temor me cerró la garganta.

James había llegado al lado de Joseph. Sin embargo, fue incapaz de calmar a su hermano, que no paraba de decir:

—No está bien, no está bien.

—Haz algo. Está asustando a los caballos —gritó Gertrude, cuya propia montura corcoveaba nerviosa.

—No es él —dije.

Gertrude se volvió hacia mí.

—¿A qué os referís? —preguntó.

—No tenemos mucho tiempo —contesté—. Soplará un viento sin lluvia. Un viento terrible.

Sin ninguna otra pregunta, Gertrude nos ordenó avanzar a toda prisa. Los porteadores de antorchas abrían el grupo al tiempo que hacían lo posible para que el viento no extinguiera sus antorchas. Al llegar a la segunda esquina, Gertrude gritó:

—¡Alto!

Señaló con un gesto triunfal una calle que emergía de la nuestra. Al principio no vi nada. Luego, las nubes dejaron la luna a la vista y su luz iluminó un edificio. Contuve el aliento al verlo: era una inmensa estructura de piedra de cuatro plantas, con un puñado de altas columnas elegantemente espaciadas en la parte delantera. Las ventanas ocupaban cada una de las plantas. El tejado, ostensiblemente inclinado, era tan alto que perfectamente podría haber tocado las nubes.

—¿Es allí donde me lleváis? —pregunté, incrédula.

Gertrude se rio de forma breve.

—No exactamente. Ese es el Guildhall. El lord alcalde de Londres y su consejo gobiernan la ciudad desde allí.

Desmontamos y los hombres contratados recibieron órdenes de esperar en una cuadra cercana. Los caballos y los hombres aguardarían allí nuestro regreso. Solo James y Joseph nos acompañarían, a Gertrude y a mí, el resto del camino.

El viento arreció. Cada nueva ráfaga hacía estremecerse a Joseph, como si provocara en él un dolor físico. Soplaba con tanta fuerza que perdimos definitivamente la llama de la antorcha. Pero la luna seguía brillando en lo

alto, de modo que veíamos lo bastante a nuestro alrededor como para seguir moviéndonos.

—Ahora. Vamos —dijo James, y se adentró corriendo de nuevo en la calle, con Gertrude y con Josep pisándole los talones.

Los seguí hasta un pequeño edificio de madera situado en la acera de enfrente del Guildhall. Alcancé a ver un cartel con las palabras «Coneyhope Tavern». Hacía un buen rato que el toque de queda había dado comienzo y no había ninguna tienda abierta, pero James miró rápidamente a un lado y a otro de la calle antes de hacernos una señal para que nos acercáramos.

Segundos más tarde, los cuatro estábamos apostados contra la puerta de tosca madera del edificio.

Justo en ese momento, las nubes ocultaron la luna. Ya no podía ver la calle desde donde estaba, ni tampoco los edificios de piedra que teníamos a nuestra espalda o el gran Guildhall cerniéndose sobre ellos. Alguien tiró de mí, introduciéndome por una puerta abierta. Había velas encendidas. Por primera vez en lo que llevábamos de noche, vi la palidez de Gertrude. Su rostro era ceniciento. No se me ocurrió cuál podía ser el motivo que justificara que hubiéramos tenido que exponernos a semejantes peligros para obtener acceso a una vulgar taberna cerrada.

No había modo alguno de calmar a Joseph. Se había acurrucado en un rincón y sollozaba.

—No está bien, no está bien, no está bien…

Pasados unos minutos más así, Gertrude dijo:

—James, llévatelo de aquí.

—¿Adónde? —dijo James.

—Si no hay modo alguno de calmarlo, tendrá que marcharse —replicó ella.

James clavó en Gertrude una mirada de incredulidad. Entonces vi llegada mi oportunidad y la aproveché.

—Escúchame, James: tú sabes perfectamente que esto es una locura —dije con rapidez—. Debemos volver todos a la Rosa Roja.

James apartó la vista para mirar a Gertrude y volvió a mirarme. Y entonces, con un bufido, se sirvió una cerveza, se la tomó de un trago y

agarró a Joseph. Los gemelos salieron tambaleándose y se perdieron en la huracanada oscuridad.

Sentía que me ardía la cara cuando tomé asiento en un taburete de la triste taberna. Supuse que Gertrude me reprendería por haber intentado reclutar a James para que la traicionara. En vez de eso, sin embargo, me observaba sin ocultar su orgullo.

—Dijisteis que el viento sería peligroso y que no llovería —musitó en voz baja—. Y teníais razón, tenéis poderes. Ay, si dejarais de enfrentaros a mí cada paso que damos, Joanna, y los usarais.

—¿Quiénes son «ellos»? —pregunté.

Sin darme una respuesta directa, dijo:

—Hay ciertas cosas que debéis saber antes de que prosigamos. Sois la única que puede salvarnos de la destrucción y de la maldad.

—La hermana Elizabeth Barton habló también de la salvación y de la maldad, y está muerta.

Gertrude se quitó la capa y la capucha. Con la misma jarra que había usado James, se sirvió cerveza en un tazón descascarillado. El primer sorbo provocó en ella una mueca de desagrado. Aun así, se obligó a beber.

—Sabe espantosamente, pero tenemos que aunar fuerzas —dijo—. Vos también debéis beber.

—No quiero.

—No habéis comido nada en todo el día —replicó, esforzándose por controlar su genio—. De nada sirve debilitaros.

—Gertrude, quiero saber lo que va a ocurrirme ahora.

Dio un par de pasos hacia mí.

—Orobas es uno de los mejores videntes de toda Inglaterra…, apuesto que de toda la cristiandad. Conoce los ritos ancestrales que otros han olvidado. A fin de practicar su arte al más alto nivel, debe venir aquí.

Recorrí la taberna con la vista, incrédula.

—Joanna, muy pronto iremos a una cámara muy muy antigua, situada debajo de esta taberna. En su día fue una cripta de difuntos —dijo Gertrude.

—¿Vamos a bajar a una cripta? —pregunté con la voz quebrada.

—Orobas solo puede obtener una visión del futuro en determinadas circunstancias. —Vaciló, como intentando decidir cómo expresar algo que

sabía con absoluta certeza que no iba a gustarme.

—Orobas necesita ponerse en contacto… —empezó—. Necesita ponerse en contacto… con los muertos.

Nigromancia. Se me doblaron las rodillas y caí de hinojos al suelo.

—Jesús, perdóname, oh, te lo ruego, perdóname —susurré.

—Orobas cree que esta noche lo veremos todo muy claro —dijo Gertrude, firmemente decidida a fingir que yo no estaba arrodillada en ese instante en aquel suelo inmundo—. Sabremos por fin lo que nos espera, cuánto tiempo más seguirá reinando el rey y cómo preparar el camino a quien ha de sucederlo.

Junté las manos delante de mí y cerré los ojos.

—Señor, apiádate de nosotros. Cristo, ten piedad —recé.

Oí crujir un tablón de la tarima del suelo. Sin embargo, a menos que Gertrude se hubiera movido y hubiera cruzado la habitación, no era ella la causante del ruido. Tragué saliva y me obligué a proseguir.

De nuevo se oyó un crujido y, un segundo más tarde, el ruido de pasos procedentes de otra dirección. Sin ninguna duda, había en ese momento tres personas en la habitación.

Dejé de rezar y abrí los ojos. A unos centímetros de mí, vi una falda de tafetán de color marrón oscuro. Al ponerme en pie, miré a la mujer que estaba ante mí. Llevaba un corpiño muy escotado, casi tanto como el de la mujer de la casa de juegos. El pelo, largo y castaño, le caía suelto sobre los hombros, aun a pesar de que no era ya una niña. Debía de haber cumplido con creces los treinta años. Le brillaban los ojos, presa de una excitación idéntica a la que yo había visto en los de Gertrude, aunque en su caso aún más pronunciada.

—De modo que habéis traído con vos a la Novia de Cristo a la hora acordada —dijo—. Él estará complacido.

—Sí —dijo Gertrude—. He cumplido con todo lo que se me pidió.

La mirada de la mujer en ningún momento se apartó de mi rostro. Hizo una pequeña reverencia. Sus labios se entreabrieron y su lengua rosa dibujó un diminuto círculo entre los dientes.

—Mi nombre es Hagar —dijo—. Bienvenida a Londinium.

OceanofPDF.com

17

Hagar cogió una vela y se volvió de espaldas. Detrás del bar, en el rincón más alejado, había una puerta. Hagar la abrió de un empujón y se adentró en un estrecho pasillo. Gertrude me indicó que la siguiera con una leve palmada en el hombro.

A unos tres metros, por el pasillo, había otra puerta que daba a una pequeña alacena. En un estante se alineaban unas barricas vacías. En la pared contraria vi una caja llena de trozos y restos de verduras podridas: col, zanahorias y puerros. Una nube de insectos diminutos giraba y se zambullía en el montón de deshechos.

Hagar se agachó en el centro del suelo. Unos segundos más tarde encontró una cadena y tiró de ella con fuerza. Se entreabrió una trampilla y Hagar se puso en pie, abriéndola de un tirón. Vi unos escalones que bajaban hasta perderse de vista. Hagar inició el descenso.

Gertrude me empujó hacia la trampilla.

—Vos sois la siguiente.

Los escalones superiores estaban rotos y eran desiguales. Bajé dos de ellos y me detuve. No quería mantener el equilibrio tocando a Hagar. Me dolía la cabeza, quizá a causa de la sed o del cansancio, no lo sabía con seguridad. Me froté los ojos. El resplandor procedente de la vela de Hagar me nubló la visión.

—Dejad que os diga cuál es vuestro destino, Novia de Cristo —dijo Hagar, que seguía plantada en el escalón, esperando a que me recuperara—. En la ciudad de Londres hay lugares a los que la gente acude con varios fines. Los celtas, los romanos, los sajones, los normandos… Todos se han sentido atraídos hasta este lugar, un siglo tras otro. ¿Sabéis por qué?

—No —dije, desmayadamente.

—Vienen a este lugar una y otra vez a buscar justicia —respondió Hagar—. Hoy, en el Guildhall, tenemos jueces y abogados. Son ellos quienes aprueban las leyes. Se condena allí a los culpables a prisión o a

morir en la horca. Siempre fue así. Al principio, cuando Bruto el Troyano fundó esta ciudad, domesticó a dos gigantes de la Britania, Gog y Magog, y los obligó a custodiarla. Después, los sacerdotes druidas celebraron aquí sus ceremonias. Podían ser muy precisos con sus cuchillos, y tremendamente crueles, aunque nada comparado con los romanos —apostilló Hagar—. Al otro lado de esta pared de fango había un gigantesco anfiteatro. Era allí donde celebraban los juegos romanos, donde los criminales que habían sido condenados eran despedazados mientras miles de espectadores vitoreaban.

A pesar de lo grotescas que pudieran resultar sus historias, al oírlas volví a ser presa del mareante agotamiento. El pasadizo por el que habíamos bajado había cambiado. Los escalones eran de un material totalmente distinto: una piedra clara y lisa. Mucho más antigua, sí. Y elaborada con una inconfundible simetría de anchura y longitud.

—No falta mucho, Novia de Cristo —murmuró Hagar—. He oído que la marquesa de Exeter os decía que nos dirigíamos a una cripta. Eso no es del todo cierto. A decir verdad, empezó siendo un santuario. Los romanos construyeron esta habitación junto al anfiteatro para venerar a la diosa Artemisa con la oración y el sacrificio. A la virgen Artemisa.

Hagar se rio entre dientes. Odié el modo en que se burlaba de la castidad.

Los escalones tocaron a su fin. Nos congregamos en una zona poco profunda y excavada en la pared, una especie de cueva situada delante de un murete de piedra. El muro estaba hecho con la misma piedra clara que se había empleado para la construcción de los últimos escalones. Hagar señaló con un gesto de la mano hacia una abertura abovedada de paredes descascarilladas y parcialmente desmoronadas situada a la izquierda.

—Novia de Cristo, tenéis ante vos la entrada de Londinium —dijo dramáticamente.

—No es necesario que sigáis llamándome de ese modo —repliqué, irritada—. Ya no soy novicia del priorato de Dartford. Mi nombre es Joanna…

Fue entonces cuando la recordé, justo entre mi nombre y mi apellido. Yo sabía que había oído pronunciar la palabra «Londinium» en algún

momento de las últimas semanas. La persona que la había empleado en un fervoroso susurro, en la fiesta de Gertrude, era Jane Bolena.

—No —grité, volviéndome hacia Gertrude—. No puedo.

Gertrude dio un paso atrás.

—¿Qué ocurre?

—Este es el lugar del que os habló lady Rochford. Aquí es donde los Bolena practicaban su brujería —afirmé.

Gertrude se quedó muda. Me volví a mirar a Hagar, que estaba inmóvil e impertérrita. Esa era toda la confirmación que yo necesitaba. Orobas había servido en su día a los Bolena.

—Me trae sin cuidado lo que hagáis conmigo, Gertrude —dije—. Contádselo a vuestro esposo, contadle al mundo entero lo que queráis sobre mí. Ya no me importa. No pienso participar en el mismo pacto con el diablo que los Bolena. De ningún modo.

—Debe entrar por su propia voluntad —le anunció Hagar a Gertrude—. Se os dieron instrucciones muy precisas.

Gertrude negó violentamente con la cabeza.

—No, no, no, Joanna. —Me cogió por los hombros—. Sé muy bien cuánto me odiáis. Os he mentido y os he engañado, pero solo porque debía hacerlo. Por favor, os lo ruego, venid conmigo. No dejaré que nada malo os ocurra. Soy cristiana como vos. Amo la verdadera fe… como vos.

—Sí, sigo la verdadera fe, pero no creo que esté en los planes de Dios convertirme en una sierva del mal —grité—. Es imposible.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tenemos que averiguar el modo de derrocar al rey, Joanna. Sé que estáis asustada, pero sois la última esperanza de nuestra causa. Pensad en mi hijo y en mi esposo. —Las lágrimas surcaban el rostro angustiado de Gertrude—. Este es el único modo, el único. ¿No podríais dejar a un lado vuestros temores y actuar para salvar las almas de tantos?

La fuerza de sus dedos remitió. Se tambaleó hacia delante y hundió el rostro en mi hombro.

—Os lo suplico —gimió—. Os lo suplico.

Conseguí separarme de ella.

—Os acompañaré a esa habitación, pero con una condición.

Su rostro se relajó, presa del alivio.

—Nombradla, Joanna.

—Henry planea llevaros a vos, a Edward y al resto de vuestra casa al oeste después de su cena con lord Montagu. Debéis dejar Londres cuanto antes y jurarme ante Dios que no conspiraréis ni pondréis en riesgo las vidas de vuestra familia.

—Pero la causa por la que lucho… Por eso os he traído aquí —tartamudeó—. Debo saber qué hay que hacer.

—Independientemente de lo que oigamos aquí esta noche, no debéis hacer nada —dije—. Si no os comprometéis a ello, no daré un paso más.

Gertrude tardó menos de un momento en decidirse.

—De acuerdo —dijo, resignada.

Cogí el crucifijo que colgaba de mi vestido.

—Juradlo por esto —le ordené.

Gertrude se inclinó sobre el crucifijo y pegó a él los labios.

—Ahora estoy dispuesta —dije, volviéndome hacia Hagar—. Vengo por mi propia voluntad y con absoluta libertad.

Hagar nos condujo hasta cruzar la entrada abovedada. «Todavía falta el tercer vidente», me dije. «Ocurra lo que ocurra aquí esta noche, no tengo que hacer nada hasta que oiga la profecía de un tercero. Eso es lo que dijo la hermana Elizabeth Barton. Y eso es algo que nunca haré».

El santuario tendría unos siete metros de largo por unos tres de ancho. No estaba en buen estado. La humedad cubría las paredes desconchadas. En el suelo había una columna rota en pedazos. Junto a la puerta vi una estatua volcada tiempo ha. Solo quedaban intactos los pies de una mujer delgada, insertada en pleno vuelo en un bloque de mármol. En un rincón parpadeaba una vela. Hagar hizo uso de la suya para encender otras dos. En cuanto la luz ganó en intensidad, reveló figuras pintadas en las paredes: personas de ojos exageradamente abiertos, con capas y escudos, me miraban fijamente desde el muro. Había palabras extrañas garabateadas sobre sus rostros y dos pozos circulares de escasa profundidad excavados en el suelo. Una piedra rectangular se apoyaba contra la pared contraria, lo suficientemente larga como para contener un cuerpo.

Sin embargo, lo peor de mi presencia en la estancia no fue darme cuenta de que la tumba contenía restos humanos. Fue el olor, acre y podrido, como el del patio de un carnicero. Aquel lugar estaba impregnado del olor a muerte reciente, y aun así la cripta tenía cientos de años de antigüedad.

En el extremo más alejado de la habitación había dos columnas separadas por la misma distancia. Entre ambas reinaba la oscuridad. Pero entonces la oscuridad mudó, convirtiéndose en una ancha columna en sí misma.

Me quedé helada.

La columna negra se movió hacia delante hasta llegar a la zona iluminada por la luz de las velas. Una lustrosa cabeza blanca se cernía en lo alto. Me vi de pronto mirando a un hombre que vestía una holgada túnica negra, como el sayo desprovisto de cinturón de un fraile. Y sin embargo, bajo el holgado sayo pude apreciar unas extrañas ondulaciones. Era como si estuviera desplegándose.

El hombre abrió la parte frontal del sayo y de allí salió un niño. No tendría más de once años. El niño se adelantó, trastabillando, con unos ojos tan desprovistos de expresión como los de Hagar cuando yo había pronunciado la palabra «Bolena».

—Ven, hijo —pidió Hagar. Le besó en la mejilla y le volvió de espaldas, hacia la puerta.

—No, Gertrude —dije con la voz ronca—. Esto es monstruoso. No podemos permitirlo.

—Ya es demasiado tarde, Joanna —susurró—. Ahora no podemos irnos.

Una voz masculina, profunda y grave, preguntó:

—¿Habéis venido a predicar para mí, Novia de Cristo?

El hombre alto se acercó. Era sin duda un espectáculo aterrador. No tenía un solo cabello en la cabeza. Su frente era alta y estrecha y la nariz sobresalía, muy prominente, como un orgulloso pico. Tenía unos ojos grandes y grises. Incluso a la luz de las velas, esos ojos rebosaban desprecio.

—Este no es lugar de prédica para una mujer —adujo—. Es lugar para los curas y frailes a los que vos servís. ¿No sabéis acaso que arderían en deseos por el hijo de Hagar?

Tuve que contenerme para no huir de la habitación.

—Os equivocáis —dije, intentando dar fuerza a mis palabras—. Vos no sabéis nada sobre esos buenos hombres. Y yo tan solo sirvo a Dios y a la Virgen.

Sonrió, dejando a la vista una hilera de dientes blancos y perfectos.

—Y a mí esta noche —me corrigió.

—No.

—Ah, tan colmada de mojigata furia. Creéis haber visto algo, Novia de Cristo, pero vuestras percepciones, formadas en un mundo tan estrecho, pequeño y oscuro, no son suficientes para lo que esta noche aquí os rodea. No ha sido lo que imaginabais. —Señaló despectivamente hacia la madre y el hijo que estaban en la entrada, y estos salieron al instante de la cámara—. El hijo de Hagar tiene una edad auspiciosa, por eso estaba haciendo uso de su poder, nada más —aclaró—. En la antigüedad, solo los niños como él podían mirar el contenido de un cuenco de líquido iridiscente y leer los portentos del futuro.

Gertrude se movió a mi lado.

—El futuro es lo que hemos venido a conocer —dijo, impaciente.

Él asintió.

—Y lo tendréis. Todo está ya perfectamente alineado para las nuevas visiones. Las doncellas de Cristo, las dos que tomaron el velo entre los muros de la castidad, se unirán en este lugar, el santuario de Artemisa.

No estaba segura de haberle oído bien.

—Gertrude nunca ha sido monja —dije.

Orobas se dirigió hacia la lápida.

—Pero ella sí lo fue —dijo, extendiendo las manos sobre la tumba con peculiar ternura—. Ethelrea, mi más preciosa muchacha. Tan diferente a vos al final. Aunque durante un tiempo era exactamente como vos. Una monja de Dartford.

—Eso es imposible —repliqué—. No puede haber ninguna hermana de Dartford enterrada aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Orobas, inclinando hacia mí su lustrosa cabeza.

—Esta cámara fue construida por los romanos, que desaparecieron hace más de mil años. Mi priorato fue construido hace doscientos años.

El hombre se inclinó y acarició con los dedos el techo de la cripta.

—Esta no es una tumba romana. Es sajona. Cuando los sajones ocuparon Londres, el anfiteatro estaba todavía aquí y ellos le dieron uso. Eran un pueblo muy práctico. Un santuario se convirtió en cripta para una muchacha de diecisiete años.

—¿Fue entonces una monja sajona? —pregunté, confundida. Y entonces me acordé de que el convento había estado en la colina cientos de años antes de que Eduardo III construyera un priorato de monjas dominicas. Lo único que quedaba de él eran los cimientos de piedra. El primer convento lo habían consumido las llamas en el siglo x, cuando había sufrido el ataque de los señores de la guerra vikingos.

—La Orden de Santa Juliana —susurré.

—No sois estúpida. —Orobas regresó a las dos columnas situadas en el otro extremo de la habitación—. Cosa poco frecuente en una mujer.

Pasé por alto el insulto y dije:

—Sigo sin creerlo. Es cierto que había monjas en tiempos de los sajones, pero ¿por qué iban a enterrar a una de ellas aquí, en Londres? ¿Y en un santuario dedicado a una diosa romana?

Orobas regresó a la tumba, cargado con tres pequeñas urnas. Las depositó con cuidado, una a una, ordenándolas en fila.

Un arrebato protector se apoderó de mí.

—Si lo que decís es cierto y la mujer que yace en esta tumba fue efectivamente monja en vida, no debéis profanar sus restos con trucos de nigromante.

Alzó bruscamente la cabeza.

—No me gusta esa palabra —dijo—. Los nigromantes son unos estúpidos. Se dedican a cortarles las uñas a los niños y a usarlas para convocar al espíritu que los ayudará a encontrar un tesoro escondido. O a hacer preguntas a la cabeza de un cadáver en un espejo. Yo no hago trucos. La ceremonia que realizo se remonta a diez mil años en el tiempo.

Gertrude me tiró del brazo.

—Tened cuidado, Joanna —imploró.

Me desasí de un tirón.

—¿Y cómo debería llamaros, entonces? —insistí—. ¿Además del nombre del oráculo del demonio que vos mismo habéis adoptado?

—Adopté el nombre de Orobas por la misma razón que un bastardo llamado Giulio de Médici adoptó el nombre de Clemente VII cuando por fin consiguió la elección papal —dijo, encogiéndose de hombros—. Es bueno para el negocio.

Mi primera reacción al oír semejante falta de respeto hacia el Santo Padre fue la de sentirme ultrajada. Sin embargo, luego pensé: «Prácticamente está reconociendo que es un charlatán». El temor que hasta entonces había provocado en mí la inminente ceremonia menguó.

—En respuesta a vuestra pregunta, os diré que soy un evocador de almas —dijo—. Podemos empezar en cuanto ambas os soltéis el cabello.

Yo estaba segura de que Orobas no tenía nada de evocador de almas. Estaba furiosa con Gertrude por haberme obligado a soportar aquel rito sacrílego. No veía el momento de terminar con él. A pesar de que no era plato de buen gusto tener que mostrarle mi pelo a aquel hombre, me quité la toca y me deshice las trenzas. Gertrude me imitó. La vela identificó los mechones de canas entreverados en su cabello negro. Mi pelo había crecido desde que me lo habían cortado en el priorato y me llegaba ya a los hombros. Orobas hundió los dedos en la primera urna y trazó un círculo alrededor del pozo poco profundo más cercano. Cada dos pasos dejaba caer unas gotas de líquido en el suelo de la cripta. Me tensé. ¿Podía ser esa la fuente del espantoso olor que todavía me revolvía el estómago?

—Es agua —me dijo Gertrude, articulando las palabras sin voz. Asentí, aliviada.

En una especie de canturreo, Orobas dijo entonces:

—Hijo de Laertes, nacido del cielo, debéis hacer un nuevo viaje para encontrar el modo de acceder a las salas del Hades y de la asustada Perséfone, para consultar al ciego profeta tebano…

—Es Homero. La historia de Odiseo —dije.

Los ojos de Orobas se abrieron como platos. Estaba tan sorprendido por mis conocimientos como lo había estado en su día el médico de Gertrude, pero Orobas lo disimuló más deprisa.

—De modo que os han enseñado las historias de la Antigüedad —dijo en voz baja. Dejó una urna y cogió otra—. Los grandes filósofos de Grecia y de Roma comprendieron que los muertos están siempre a nuestro alcance. Hablaban con ellos, como Odiseo. La mayoría de los muertos son estúpidos, ahí está el problema. No oyen y ven casi nada. Pero un precioso grupo de unos pocos, cuando el alma se separa de la carne, saben mucho sobre lo que ha ocurrido y lo que ha de ocurrir.

Volvió a recorrer el círculo, rociando el suelo con el líquido de la segunda urna. Aquel líquido no era agua. Era blanco, como la leche.

—Para descubrir lo que saben, hay que acercar a los muertos a los vivos, y a los vivos a los muertos —dijo—. Es una misión extremadamente peligrosa, ¿lo entendéis? Yo soy el maestro del rito.

Asqueada por su arrogancia, le contesté:

—La hermana Elizabeth Barton no evocaba a los muertos.

Orobas concluyó el segundo recorrido alrededor de círculo. Cogió entonces la tercera urna.

—Vuestra primera vidente era otra cosa. Tenía un auténtico don para la videncia, pero no había sido adiestrada en su manejo. Cometió errores en la interpretación, poniendo siempre en riesgo nuestro mundo. Y ya visteis lo que llegó a sufrir por culpa de sus visiones.

—¿Por qué no la ayudasteis? —preguntó Gertrude. Parecía indignada.

Orobas sonrió.

—¿Y darme a conocer a los hombres que sirven al rey? ¿Tan estúpido me creéis? Desde el primer día que la hermana habló en público contra el divorcio del rey estuvo constantemente vigilada. Vos deberíais saberlo, marquesa.

Salpicó el suelo con el líquido de la tercera urna mientras volvía a recorrer el círculo. Esta vez el líquido era oscuro. Me llegó un leve olorcillo: un vino dulzón y fuerte.

—Ahora ambas debéis acercaros a esta parte de la cripta —dijo, señalando el pozo más alejado. Gertrude me apretó el brazo. Fue un gesto de apoyo y también de advertencia. Orobas cogió un objeto grande y cilíndrico cubierto de tela. No era una urna. Lo depositó al otro lado del

pozo. El hedor era allí más intenso, aunque no entendí por qué. Las velas estaban lejos. El pozo era oscuro.

Orobas retiró la tela con un rápido gesto. Debajo apareció una jaula de madera. Había algo inmóvil al fondo de ella. Creí que el animal estaba muerto, aunque de pronto oí un leve aleteo. La jaula contenía un pájaro.

—¿Qué hacéis? —grité, con el corazón acelerado. Orobas no respondió. Tampoco se volvió a mirarme. Se limitó a abrir la portezuela de la jaula y sacó de ella un pájaro gris de larga cola: una golondrina. Tenía la cabeza cubierta por una capucha. Al notar el tacto de la mano de Orobas, la pobre criatura aleteó con más energía todavía.

Orobas cogió con fuerza del cuello a la golondrina con una sola mano, impidiéndole así que le picoteara. Con la otra, sacó un largo cuchillo.

—Basta —dije. Todo en mi interior se rebeló contra la posibilidad de ser testigo directo de aquel acto pagano.

Gertrude me rodeó con los brazos, estrechándome en un fuerte abrazo.

—Debe hacer el sacrificio, Joanna —dijo—. Sin él, el alma no puede ver ni oír.

Orobas hundió el cuchillo en el pecho de la golondrina.

OceanofPDF.com

18

La golondrina trinó una sola vez y quedó inerte. La sangre brotó de la criatura emplumada y goteó en un profuso chorro en el interior del segundo pozo. Por fin supe a qué se debía aquel olor: era el de la sangre y la carne de los pájaros sacrificados.

—No, no, no —sollocé. Forcejeé entre los brazos de Gertrude, pero ella no me soltó. Me sentía como si fuera yo a la que acababan de acuchillar sobre el pozo en aquel lugar antiguo. Me ardía el pecho. Orobas arrojó al cadáver del ave al pozo y alzó las manos. La sangre se deslizó por sus muñecas.

—Os conjuro y os convoco para que seáis testigos —gritó—. Y adoptéis una forma benigna. Y no tendréis descanso hasta que vengáis a mí. —Esperó durante unos segundos en silencio y volvió a repetirlo.

No sé cuántas veces repitió el cántico de su conjuro. Me dolía la cabeza y en mi mente se debatían el temor y la duda. A mi lado, Gertrude jadeaba mientras me abrazaba con fuerza.

De pronto, las palabras murieron en la garganta de Orobas y su rostro se destensó por completo. Se le doblaron las rodillas y, con un lento culebreo, cayó al suelo. Gertrude corrió hacia él. Se arrodilló a su lado para ver mejor.

—¿Está muerto? —pregunté.

—No, pero este es el momento más peligroso. Aquí es cuando algunos se unen a los muertos en vez de traerlos a ellos a nuestro lado.

Los minutos transcurrieron muy lentamente. No pude evitar preguntarme si no sería mejor para todos —también para el mundo exterior — que aquel hombre muriera. Pero enseguida me avergoncé de albergar semejantes pensamientos. Cualquier hombre merecía la redención.

Oí un movimiento procedente del otro lado de Gertrude. Orobas se incorporó, apoyándose en una mano. No se levantó. Se sentó en el suelo, inclinándose hacia delante y apoyando la barbilla en la negra túnica que le cubría el pecho. Su pálida cabeza brillaba a la luz de las velas.

—¿Ethelrea? —susurró Gertrude.

—¿Por qué me habéis llamado? —preguntó Orobas. Su voz era distinta. Seguía siendo grave y baja, pero sumisa, sin el menor asomo de burla—. ¿Quién es responsable de esto?

—Yo. Soy Gertrude Courtenay.

Orobas levantó la cabeza. Tenía los hombros relajados, también la expresión del rostro. Sus ojos encontraron a Gertrude.

—Os veo —afirmó—. He hablado con vos. ¿Volvéis a convocarme?

Gertrude me indicó que me acercara.

—He traído a la otra —dijo—. A la Novia de Cristo.

No me moví. Orobas giró la cabeza a izquierda y derecha. Se detuvo cuando sus mortecinos ojos grises se clavaron en mí.

—La veo. Debe acercarse más.

Gertrude volvió a indicarme que me acercara.

«Esto es una farsa», me dije. «No es más que Orobas fingiendo ser una difunta joven sajona para sacarle los cuartos a Gertrude. Fingiré que los creo y después nos iremos». Me acerqué y me arrodillé al lado de Gertrude. Orobas me estudió atentamente y negó con la cabeza. Luego mostró el labio inferior, como un niño. Me pareció que era una gran representación, pero solo eso, una representación.

—No es una Novia de Cristo —dijo Orobas—. No veo ningún hábito ni tampoco un velo.

—Se los han quitado —contestó Gertrude—. Su priorato de las dominicas de Dartford ha sido disuelto.

Orobas alzó el mentón. Sus ojos se quedaron en blanco durante unos segundos. Gertrude tendió la mano y me agarró de la rodilla, a su lado.

—Sí —dijo Orobas—. Todos los monasterios derruidos. Qué tristeza.

—Pero ¿los recuperaremos? —intervino Gertrude—. Cuando regrese la verdadera fe, ¿recuperaremos los monasterios?

Orobas negó con la cabeza.

—No quiero hablar con vos. Solo con ella. Esta noche hablaré de Dartford. —Se volvió hacia mí. Me acerqué un poco más.

—Mi padre tenía una granja cerca de Middlebrook —dijo—. Teníamos una casa. Él la construyó con sus propias manos. La casa estaba en lo alto

de una colina. Desde la ventana podía ver el río dividido en tres cauces.

Sentí que un escalofrío me bajaba por la nuca, hormigueándome la piel hasta los pies. Aun así, no di mi brazo a torcer y seguí negándome a creer. Es perfectamente posible para cualquiera aprender la geografía de la región y de los ríos de Dartford.

—¿Por qué tomasteis los hábitos? —pregunté. No iba a ser fácil inventar una historia convincente de la vida de una monja de Dartford.

—Fue un voto de mi padre, no mío. Él tenía tres hijas. Yo era la segunda. Y un hijo. Solo uno. Mi hermano. Cuando yo tenía catorce años, mi hermano contrajo las fiebres. El cura lo creyó muerto y le dio la extremaunción. Mi padre juró que si Dios salvaba a Caedwalla, mandaría a la más hermosa de sus hijas a la Orden de Santa Juliana. Y Caedwalla vivió, vivió. —Su sonrisa se desvaneció—. La vanidad es pecado —dijo sombríamente—. Somos castigados por nuestros pecados. Siempre.

—¿Fuisteis feliz con las hermanas de santa Juliana? —pregunté.

—Eran estrictas. Me pegaban cuando tardaba demasiado en ocuparme de mis obligaciones. Había más trabajo allí que en la granja y yo siempre estaba cansada. Cuando quería descansar, decían que debía rezar. Me obligaban a repetir las plegarias después de oírselas a ellas. Había que aprender tantas…

—¿Qué libros de oraciones usabais? —indagué.

—Ninguna de nosotras sabía leer. Las monjas decían que si recitaba las oraciones las aprendería, que si sufría sin descansar ni comer mucho, comprendería mejor a santa Juliana. El primer año, yo no entendía nada salvo que odiaba ser una de ellas. Un día me escapé. —Cada vez era más difícil poner en duda las palabras que salían de la boca de Orobas. «Es listo», pensé, aunque no muy convencida. «Los curas dicen que el diablo es muy listo».

—¿Por qué os enterraron aquí? —insistí—. Está lejos de Dartford. Cuando huisteis, ¿cómo llegasteis a Londres?

—Mi vida terminó aquí —fue su respuesta.

—Cuando dejasteis el convento, ¿vinisteis a Londres?

Sus hombros se encogieron un poco más hacia delante.

—Estuvo mal. Era pecado.

Todo eso me resultaba demasiado confuso.

De repente dijo, más aceleradamente:

—Había trescientos barcos. Los vikingos saquearon Canterbury antes de volver a Londres. Quienes no huyeron, murieron víctimas de las espadas. Yo fui una de las que no huyó.

—¿Fue Orobas quien os descubrió? —preguntó Gertrude.

No hubo respuesta. Orobas parecía cansado, como si lo único que quisiera fuera volver a dormir.

—Es un honor oír vuestra historia —dijo Gertrude con su voz erizada —. Pero ahora debo imploraros que fijéis la vista en el futuro.

—Así debe ser. —Había vuelto el tono hosco.

—Hace dos noches, visteis a lady María con la corona de reina de Inglaterra —dijo Gertrude—. Pero ¿ocurrirá eso con la ayuda de soldados extranjeros? ¿Nos invadirán las tropas del emperador?

Cogí a Gertrude del brazo.

—Esto es traición —susurré.

—¿De qué otro modo podría María acceder al trono?

—Veo muchos barcos —susurró Orobas—. Navegan hacia Inglaterra. —Pero parpadeó varias veces, ceñudo, como si no estuviera seguro de algo.

—¿Son españoles? —preguntó Gertrude.

Orobas asintió.

—¿Cuándo? ¿Cuándo navegarán? Eso es lo que debo saber.

Transcurrió despacio otro momento al tiempo que él ponía los ojos en blanco, buscando entre las visiones. Al principio, negó con la cabeza, como si estuviera confundido. Luego soltó con brusquedad:

—Veo a María coronada reina. Camina con un hombre que viste ropas cardenalicias. Y también a un obispo. Hay sacerdotes con ella, y monjas y también monjes. La verdadera fe ha sido reinstaurada.

Gertrude se echó en mis brazos. Noté las lágrimas de alivio surcándole las mejillas. Yo debería haber estado tan feliz como ella. Aquel era el mejor futuro imaginable. Pero algo no iba bien.

Orobas gimió y se estremeció. Una gota de sudor tembló en su frente.

—Veo una visión distinta —dijo—. El rey tiene un segundo hijo. Enrique VIII morirá, Eduardo morirá. Cromwell está detrás del niño que

ahora es rey, es él quien reina. —Orobas volvió a temblar—. Lady María está en una celda. La han abandonado. Cromwell y el niño rey son temidos por todos.

Gertrude se apartó de él, cubriéndose la cara con las manos.

—No, no, no —se lamentó.

—¿Cómo puede haber dos futuros? —pregunté.

Por primera vez, Orobas movió un miembro del cuerpo. Levantó su brazo derecho y me señaló.

—Vos sois la clave. Vos marcaréis el camino que el futuro deberá seguir.

—¿Cómo? —pregunté—. Es imposible.

Orobas seguía apuntándome con el dedo.

—Cuando el cuervo trepe por la cuerda, el perro debe volar como el halcón.

Me tapé el rostro con las manos. Me fue insoportable oír de nuevo en labios de Orobas las palabras que había oído de los de la hermana Elizabeth Barton y que yo jamás había compartido con nadie, que jamás habían salido de mi boca.

—Que sea el oso el que debilite al toro —dijo entonces—. Que sea el oso el que debilite al toro.

Yo no había oído antes esas palabras. Más instrucciones, aunque tampoco esas palabras tenían significado alguno.

—No sé qué hacer —grité—. No puedo elegir un futuro. Vuestras palabras no significan nada para mí. Son tan inútiles como las de la hermana Elizabeth.

—El tercer vidente os dirá lo que debéis hacer exactamente —dijo desmayadamente Orobas—. Hemos terminado. —Sus párpados aletearon. El sudor le bañaba la frente.

—¡Esperad! —Gertrude se adelantó bruscamente de nuevo—. Habéis visto a un cardenal y a un obispo caminando junto a lady María. Pero ¿qué ocurre con mi esposo y con mi hijo? ¿Y con los Courtenay?

—Dejad que me vaya, dejad que me vaya —dijo Orobas.

—No, contadme —ordenó Gertrude—. Os lo ordeno. Os pagaré más. Mucho más. Lo que sea.

—Ah, pobre Henry Courtenay —gimió por fin Orobas—. Llega el ajuste de cuentas.

Temblé de miedo. Esas eran las palabras que había gritado el loco John cuando me había visto partir de Dartford con los Courtenay.

—¿Por qué decís eso? —Gertrude estaba absolutamente fuera de sí—. ¿Por qué?

Una espesa gárgara de saliva goteó de la boca de Orobas, que se desplomó y no volvió a hablar.

OceanofPDF.com

19

Así fue como dio comienzo mi tormento. ¿Era auténtico Orobas? ¿Realmente tenía acceso al inframundo y a una muchacha sajona que había muerto siglos atrás y que podía ver el futuro? Sin duda aquello era a la vez blasfemo y absurdo. Pero cuando pensaba en cómo Orobas había descrito el río que serpenteaba por Dartford, o en cómo había dado voz a los tumultuosos sentimientos de una joven monja, el instinto me decía que estaba diciendo la verdad. Y había formulado la misma profecía que la hermana Elizabeth, lo cual me obligaba a aceptar el hecho de que, en efecto, yo jugaba un papel crucial en el futuro de nuestro reino. Haría algo que cambiaría las vidas de todos. Era una responsabilidad celestial a la que yo me negaba con la misma violencia con la que lo había hecho arrodillada delante de la hermana Elizabeth Barton, que se retorcía en el suelo ante mí. ¿Cómo iba a poder confesar algo así? ¿Qué posible castigo recibiría por ello?

Gertrude y yo regresamos a la Rosa Roja sumidas en un silencio exhausto en compañía de los gemelos y del resto de los hombres. Cuando llegamos a Suffolk Lane, prácticamente amanecía. Gertrude dijo entonces, bajando la voz:

—Cumpliré lo que os he prometido, Joanna. Me iré al oeste con Henry. Él jamás deberá saber lo que se ha dicho esta noche.

Vi lo mucho que la había asustado la profecía sobre su esposo. Asentí.

—Y yo me llevaré a Arthur de regreso a Dartford e intentaremos llevar una vida tranquila.

Pero antes debía hacer frente a la cena de Henry Courtenay.

Dos noches más tarde, el propio marqués de Exeter fue a buscarme para acompañarme cuando llegó la hora. Era la primera vez que veía a Henry desde que me había pedido que espiara a su esposa. Sonrió, ofreciéndome su brazo.

—Os acompañaré, prima Joanna —dijo.

De camino al Gran Salón hablamos de naderías hasta que, volviéndose disimuladamente a mirar a los criados que nos seguían muy de cerca, Henry preguntó:

—Entonces, ¿ha estado todo tranquilo aquí en mi ausencia?

Oí la pregunta que había estado esperando.

—Sí —respondí, sin inmutarme. Oí una exhalación a mi lado. Mi respuesta había aliviado a Henry. No insistió. Y eso casi me hizo dudar. A punto estuve de tirar de él hacia el hueco que comunicaba con el descansillo de la escalera, lejos de los criados, y contarle todo lo ocurrido dos noches antes. Y suplicarle que se marchara de Londres cuanto antes. En ese momento, esa noche.

«Se acerca el ajuste de cuentas».

—Ah, han encendido todos los candelabros…, excelente —tronó Henry.

Seguí la dirección de su mirada. Las escaleras estaban, en efecto, profusamente iluminadas con luces doradas, fijadas en las paredes en intervalos de pocos metros. Los muros y los escalones jamás habían brillado de aquel modo. Los criados debían de haber dedicado horas a sacar lustre a las superficies. Cuánto trabajo habían invertido en preparar la casa para lo que, a fin de cuentas, no era más que una insignificante cena para unos pocos amigos. ¿Cómo podía ser eso tan importante cuando la oscuridad se cernía ya sobre nosotros? No pude soportarlo más. Tenía que avisar a Henry. Pero en cuanto abrí la boca, este dio un paso atrás, como si quisiera examinarme en mi vestido de hilo de plata desde lo alto del descansillo, a la luz. Llevarlo era para mí una auténtica tortura, pues la tela era muy pesada y rasposa sobre la piel. Sin embargo, era evidente que el efecto que provocaba en quien lo admiraba era muy distinto.

—Estáis realmente hermosa —dijo, dando dos palmadas a modo de aprobación—. Es un honor acompañaros a vuestra cena.

El momento de las revelaciones había pasado.

—¿Mi cena? —dije—. Pero el barón Montagu es el invitado de honor.

Henry volvió a sonreír. Estaba de un humor excelente.

—Por supuesto. Por supuesto. Venid, no lo hagamos esperar.

En cuestión de minutos estaríamos en el Gran Salón. Yo no estaba asustada. Las extrañas visiones que había tenido en dos ocasiones no podían

ya asustarme después de lo que había tenido que soportar en presencia del segundo vidente.

Pero Henry no me acompañó al Gran Salón, sino que me llevó a la sala de música. Cuando quise saber por qué, no respondió. Se limitó simplemente a tararear una melodía.

Había alguien esperándonos. La sala permanecía iluminada con velas, como todas las demás. El hombre estaba de espaldas a la puerta, con las manos entrelazadas mientras observaba con atención el friso labrado en la pared. Se volvió despacio.

Era el barón Montagu, aunque cuánto había cambiado. Hacía por lo menos cinco años que no lo veía, desde que había ido a visitar a su hermana Úrsula al castillo de Stafford. Por ser el mayor de los hermanos Pole, desde que hacía unos años murió su padre, él era el cabeza de familia.

Sus visitas siempre provocaban un gran revuelo. Para empezar, el barón Montagu era un gran noble terrateniente, además de compañero de infancia del rey, como lo era también Henry Courtenay. Pero había algo más: yo sabía que muchas mujeres lo consideraban apuesto. A mí nunca me lo había parecido, y tampoco creía que tuviera una conversación memorable. Parecía frío y altivo, apasionado del juego e indiferente a los libros. En suma, el perfecto aristócrata.

Montagu rondaba los cuarenta años. Tenía el pelo negro y salpicado de canas y una red de arrugas alrededor de los ojos. Su rostro era casi macilento. Vestía un sencillo jubón negro con las joyas y el collar distintivo de su posición al que sin duda tenía derecho. Era como un oscuro fantasma acercándose a nosotros.

Me besó la mano con un leve rastro del floreo cortesano que yo recordaba, y dijo:

—Buckingham sentía una gran pasión por la música.

—Sí, mi señor —respondí, aunque sin saber exactamente por qué mencionaba al hermano mayor de mi padre. Pero Montagu había sido siempre uno de sus grandes favoritos. Quizá mi aspecto le había hecho pensar en el duque de Stafford.

—Tenía una cámara de laúdes increíbles —continuó, ahondando en el recuerdo—. Había uno que tocaba como los ángeles, aunque cada año

estaba más gordo.

—Ah, sí, ese era Robert —dije—. Mi tío mandó llamar a un sastre especial para retocarle la librea. El sastre se pasó toda la noche cosiendo para que así Robert pudiera estar presentable para un día festivo.

Montagu se rio entre dientes y, para mi propia sorpresa, lo imité, cosa que hizo rebosar de felicidad a Henry.

—¿Lo veis? —preguntó—. Es posible disfrutar de la vida, amigo mío.

Montagu hizo una mueca. Por algún motivo, el marqués lo había avergonzado. Un silencio incómodo se apoderó de la habitación.

Afortunadamente, Gertrude apareció en ese preciso instante, bellamente ataviada con terciopelos de color verde oscuro. Tomó en la suya la mano de su esposo y se la llevó a la mejilla. Era una de sus carantoñas, aunque me pareció un poco más apasionada que de costumbre. Ella y yo nos miramos durante un instante. Una vez más nos entendimos a la perfección. Esa era la noche de Henry y ambas nos esforzaríamos para que resultara una ocasión agradable.

El barón Montagu me acompañó al Gran Salón y los Courtenay nos siguieron.

—Debo manifestaros mis condolencias por la muerte de vuestra esposa —dije. Lamenté el tono seco de mis palabras. No era el mejor momento para eso, pero me pareció que sería más apropiado entonces que en un salón lleno de comida y de bebida.

Montagu me dio las gracias, con muestras de idéntica formalidad:

—Lamenté mucho la muerte de vuestro padre —dijo—. Conocí a sir Richard Stafford durante toda mi vida. Un hombre honorable y generoso donde los hubiera.

—Ambos hemos perdido a seres queridos —le contesté mientras nos acercábamos a la entrada del Gran Salón.

No respondió a mi comentario, que parecía haberlo apenado como lo había hecho la exhortación de Henry momentos antes. Me sentía realmente desdichada dando conversación a otros. No tendría que haber mencionado la muerte de su mujer. Detrás de nosotros, los Courtenay se reían de las chanzas que compartían. Aunque puse todo mi empeño, no se me ocurrió nada más que decir.

Los otros dos invitados nos esperaban en el Gran Salón, que estaba profusamente decorado para la ocasión. Eran sir Edward Neville, un hombre de gran porte y cálida sonrisa, y la cuñada del barón Montagu, lady Constance Pole. Lady Constance era un poco mayor que yo. Tenía el pelo rubio y esa tez blanca y sonrosada que debería poseer toda mujer inglesa que se precie.

—Oh, cielos, hilo de plata —exclamó—. ¿Es así como visten ahora las monjas?

Sentí que me ardía la cara. Gertrude rápidamente aclaró que aunque mis gustos eran modestos, ella había insistido en regalarme ese vestido.

—Qué maravilla tener amigas así. Sois la mujer más afortunada que conozco —dijo lady Pole, cerrando la mano sobre su copa de vino. Tenía las uñas mordidas hasta la carne—. Muy afortunada.

Sus palabras encerraban cierto matiz oculto que no alcancé a entender, y que no me gustó. Me acordé de que su marido estaba confinado en la Torre de Londres. Esa era sin duda una dura prueba, bien que lo sabía. Me sumí en el mismo silencio que el barón Montagu, que se había apartado del resto de nosotros para examinar las paredes y las obras de arte que decoraban la sala. Los demás nos dirigimos hacia el último lugar donde yo habría deseado estar: la inmensa chimenea. Me quedé sola junto a la mesa. Gertrude me invitó con un gesto de la mano a unirme a ellos. Fingí no verla.

—Montagu, traed aquí a Joanna —gritó Courtenay.

Una vez más, Montagu me tendió el brazo y me acompañó. Hice cuanto estuvo en mi mano por fingir indiferencia. «No seas tonta», me dije.

Inspiré hondo, miré hacia la chimenea y los leones de piedra que se agazapaban encima.

Un terror nauseabundo me revolvió las tripas.

—¿Qué ocurre, Joanna? —preguntó el barón Montagu.

—Lo siento, lo siento —murmuré, cerrando los ojos.

Montagu me tiró del brazo, alejándome unos metros con él, hasta colocarme de espaldas a los demás.

—¿Os resulta penoso estar aquí de nuevo? —preguntó, bajando la voz.

—Sí —dije. De pronto, abrí los ojos—. ¿Cómo lo sabéis?

—Porque para mí también lo es un poco —respondió. Los inmensos ojos oscuros del barón Montagu estaban colmados de una aflicción comparable a la mía.

—¿También vos tenéis las visiones? —pregunté sin más. Su tristeza le convertía en un hombre digno de confianza.

—¿Visiones? ¿De qué suerte?

Con voz entrecortada, le conté lo que había visto y oído en dos ocasiones mientras contemplaba la chimenea de piedra. El niño vestido de clérigo y el aterrador gigante. El sonido de las risas burlonas a mi alrededor.

El barón Montagu me separó todavía más del resto del grupo.

—Joanna, eso no son visiones…, son recuerdos. Estuvisteis aquí, en esta sala, cuando erais pequeña. Debíais de tener unos seis años. Fue durante la cena de Navidad. Durante la fiesta de Buckingham.

—¿Por qué iba mi tío a celebrar una fiesta aquí, en casa de los Courtenay?

El barón Montagu negó con la cabeza, como si hubiera algo que no pudiera creer.

—Porque no era propiedad de los Courtenay en aquel entonces. Era la residencia londinense del duque de Buckingham. El rey le dio la casa de vuestro tío a Henry tras su ejecución y la supresión de sus derechos civiles. Por la sangre de Cristo, ¿ni Henry ni Gertrude os lo habían dicho?

Abrumada por las emociones, fui incapaz de articular palabra.

El barón Montagu dijo entonces:

—Al duque le encantaba celebrar las fiestas de Navidad siguiendo la vieja tradición. Durante muchos muchos años, existió la costumbre de vestir a un niño de obispo para que administrara las bendiciones y contratar a un gigante para que diera buena suerte.

—¿Y esa sensación de que me elevo del suelo?

—Porque eso fue lo que ocurrió. Volasteis, Joanna. Buckingham se dio cuenta de que le teníais miedo al gigante, de modo que ordenó que os levantaran para que os enfrentarais a él, por así decirlo. Recuerdo que todos se reían. Fue una crueldad, sin duda. Me temo que los invitados habían bebido demasiado. Era el tercer día de las festividades navideñas.

Un instante más tarde, dije:

—Me sorprende que mi padre fuera capaz de hacerme algo así. Siempre fue muy sensible con mi carácter. Lo último que deseaba era ser el centro de atención.

—No fue vuestro padre —aclaró el barón Montagu, frotándose las sienes—. Ah, Joanna. ¿No os acordáis? Fui yo. Fui yo quien os levantó en el aire tanto como me fue posible.

Mientras lo miraba, el recuerdo quedó completo. Había sido un apuesto hombre de cabello negro de unos veinte años quien, entre risas, me había levantado del suelo. Supe de pronto por qué siempre había sentido esa antipatía hacia el barón Montagu.

—Lamento profundamente haberos asustado, Joanna —dijo el hombre sombrío que estaba en ese momento ante mí—. ¿Me permitís que os compense por ello? ¿Podemos acercarnos a la chimenea y borrar esos recuerdos?

Caminamos juntos para admirar los leones de piedra. No eran pues más que eso, simplemente un par de leones con las caras deformadas como las de las gárgolas de una catedral. Me recorrió una oleada de alivio: mis visiones no eran reales, sino simples retazos de recuerdos. Pero había empezado a mirar a Henry Courtenay con otros ojos.

—Deberían haberme contado la verdadera historia de la Rosa Roja —le dije al barón Montagu.

Me respondió con el mismo tono de voz, apenas susurrado:

—Os lo ruego, no lo culpéis. Henry debió de dar por hecho que vos lo sabíais y seguramente no ha querido mencionar un tema tan delicado. O quizá se avergüence de haberse beneficiado de la caída en desgracia de vuestra familia. Es duro para él asimilar los cambios que debemos asumir en estos tiempos tan difíciles.

Una voz de mujer sonó en ese momento:

—Ya veo que todo está yendo maravillosamente.

Cuando me volví me encontré con lady Pole, cuyos ojos brillaban de satisfacción mientras los clavaba en el barón Montagu y en mí.

Gertrude Courtenay intervino con tono admonitorio:

—Es suficiente. No digáis nada más.

Pero lady Pole se rio.

—¿Qué sentido tiene fingir? Estos dos ya no son unos niños. Tampoco nosotros.

No me gustaba nada esa mujer.

—¿Qué insinuáis? —pregunté.

—Henry Courtenay ha decidido que seríais una excelente segunda esposa para su mejor amigo, y a juzgar por lo que parece, mi cuñado está de acuerdo.

No había nada que despreciase tanto como los desalmados juegos sociales. Y no me hacía la menor gracia ser el objeto de ninguna broma. Abrí la boca para decírselo a lady Pole cuando caí en la cuenta de algo. Todos los presentes parecían afligidos. Gertrude y Henry fulminaban con la mirada a lady Pole. Sir Edward Neville parecía desear estar en cualquier otra parte. Y el rostro del barón Montagu estaba rígido de vergüenza.

—Eso es imposible —tartamudeé—. Imposible.

Henry Courtenay se acercó apresuradamente.

—Lo siento, Joanna. Quería que coincidierais de nuevo con Montagu, que volvierais a veros, y comprobar entonces cómo deseabais proceder.

El barón Montagu dio un paso adelante.

—Y yo no debería haber permitido que Henry organizara esto. Henry pensaba en mi felicidad y también en la vuestra. Pero tendría que haberos informado. —Sus ojos brillaban aun con más remordimiento que cuando había reconocido su papel en la fiesta de Navidad.

—Sí —dije, presa de una mezcla de ira y de vergüenza—. Tenéis razón. Deberíais haberme informado de muchas cosas sobre esta casa.

Al fondo de la sala, Charles se aclaró la garganta.

—Mis señores, lamento informar de que hay un altercado entre los niños. El señorito Arthur Bulmer insiste en que desea ver a la señora Stafford. Está relacionado con un niño invitado. Los tutores y los criados no logran calmar al señorito Arthur.

—Seguro que es cosa de mi hijo —suspiró el barón Montagu.

Levanté la mano.

—Yo me ocuparé.

—Esta es mi casa —intervino Gertrude—. Debo acompañaros y solucionar lo ocurrido.

—Iré sola —anuncié a la sala, no sin cierta ferocidad.

En cuanto les perdí de vista, me recogí la falda para ir más deprisa. Subí las escaleras, crucé el descansillo y avancé a toda velocidad por los pasillos. Oí llorar a Arthur desde fuera de su puerta. Entré sin llamar. Arthur se revolcaba en la cama mientras Edward Courtenay, visiblemente preocupado, estaba de pie a su lado. Al parecer, el hijo del barón Montagu, un jovencito de catorce años, se había estado burlando incesantemente de Arthur hasta que él había estallado y había sufrido uno de sus terribles ataques. Los criados los habían separado. No supe dónde estaba en ese momento el otro niño.

—Cálmate, Arthur, ya pasó. Joanna está aquí —dije, acunando al niño en mis brazos. Sus sollozos remitieron hasta convertirse en hipidos.

—Siento no haber defendido mejor a Arthur —dijo Edward Courtenay —. Esa bestia de Montagu es nuestro invitado. No sabía qué hacer.

Acaricié a Edward en el brazo.

—Has hecho lo que has podido. Eres un buen chico.

Cuando Arthur por fin se calmó, me alisé la falda. Tenía que regresar a la cena, aunque aquel era sin duda el último lugar en el que me apetecía estar. Cuando iba por el pasillo, me acordé del barón Montagu. No era yo la única avergonzada de la noche. No quería que creyera que cuando yo había gritado «imposible» era porque me pareciera un hombre inaceptable. El barón Montagu había demostrado sensibilidad en el modo en que había abordado el tema de la fiesta navideña del duque de Buckingham. Y además había hablado bien cuando su cuñada había desvelado su plan. Un enlace entre un Pole y una Stafford. A fin de cuentas, era una solución natural. Su hermana era la esposa de mi primo. Y él no me desagradaba. Al contrario. Pero yo jamás podría casarme con nadie.

Cuando llegué al descansillo, un hombre susurró:

—¡Joanna!

Me volví, confundida. Un criado jamás se habría dirigido a mí por mi nombre de pila.

Pero quien emergió del hueco situado en lo alto del descansillo fue un hombre que vestía la librea de los Courtenay. Mantenía el rostro oculto de la luz de las velas. Con un rápido movimiento, me indicó que me acercara.

—Señor, no pienso ir con vos —me negué, ofendida y un poco asustada —. ¿Queréis que avise a los demás?

El hombre dio otro paso y la luz cayó sobre su rostro. Era Geoffrey Scovill.

Me quedé helada.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —pregunté, con la voz entrecortada.

Me sostuvo a un metro escaso de él.

—Por el amor de Dios. Miraos —dijo con la voz entrecortada—. Jamás, en toda mi vida…, he visto a nadie más hermoso.

Nunca sabré si fue la conmoción que me había provocado verlo entre mis crecientes temores a todo en Londres, pero me acerqué a él y apoyé la frente sobre su pecho. Las lágrimas me escocían en los ojos.

—Geoffrey —dije.

Un instante después me había rodeado entre sus brazos. Y me estrechaba de tal modo contra su pecho que temí que fuera a reducir a polvo la tela áspera y suntuosa del vestido contra mi piel y abrasarme. Pero me acurruqué aún más entre sus brazos.

—Joanna —susurró, acercando sus labios a mi oído y después a mi cuello—. Joanna.

Era la misma escena que había ocurrido la primavera anterior en el priorato, cuando Geoffrey había aparecido para ponerme al corriente de la última noticia. Se me cerraron los ojos y busqué a tientas sus labios. Lo besé con el mismo fervor con el que él lo hizo.

Sentí la primera punzada de vergüenza ante mi debilidad. Entreabrí los ojos y alcancé a ver la brillante silueta de los candelabros colocados en lo alto del descansillo. Me separé del abrazó de Geoffrey.

—¿Habéis venido por mi carta? —dije—. Pero ¿por qué os habéis disfrazado de criado? ¿Y por qué esta noche? Me marcho mañana, con Arthur.

Geoffrey negó con la cabeza.

—No, Joanna. Debéis partir esta misma noche, cuanto antes. He venido a llevaros a Arthur y a vos conmigo. El rey ha enviado a sus hombres a la Rosa Roja. Deberían estar aquí en menos de una hora. Traen órdenes de arresto. La acusación es de alta traición.

OceanofPDF.com

20

—Pero Henry Courtenay no es un traidor —le dije a Geoffrey Scovill cuando por fin recuperé la voz.

—En cualquier caso, vienen a por él —contestó—. Y Courtenay no es el único nombre escrito en la orden de arresto. Van a llevarse también a Pole y a Neville. Habiendo venido aquí en privado, lejos de la corte, y por ser miembros de tres familias de sangre real, generan demasiada desconfianza. Sabe Dios que el rey y Cromwell ya albergaban sus sospechas. —Geoffrey negó con la cabeza, desesperado—. En este momento en el que Su Majestad teme una conspiración interna y una invasión desde el exterior, no puede existir motivo alguno que justifique que se reúnan en secreto.

Me tapé la boca con la mano.

Geoffrey volvió a tomarme en sus brazos.

—El nombre Stafford no figura en las órdenes de arresto, Joanna. —Me besó en la frente—. Si os saco ahora mismo de aquí, estamos todavía a tiempo de que no os incluyan en las investigaciones. Es muy poco probable, no quiero mentiros, pero es vuestra única posibilidad. No podéis estar aquí cuando los hombres del rey llamen a la puerta.

Retrocedí, deshaciéndome de su abrazo.

—Si esta noche tiene lugar un interrogatorio, debo presentarme entonces para hablar en defensa de Henry y de los demás. Puedo explicar por qué están aquí los invitados. Nada tiene que ver con la traición.

Negó con la cabeza.

—El hombre que viene a arrestarles es lord John Dudley. Es un soldado. Y busca el favor del rey. No atenderá las explicaciones de una mujer. Y menos aún si la mujer en cuestión lleva el apellido Stafford. Es lo suficientemente ambicioso como para encerraros en la Torre por orden propia por pertenecer a una familia de traidores.

La idea de volver a la Torre de Londres me revolvió el estómago. Aun así, conseguí controlarme.

—No, Geoffrey. No puedo huir. No lo entendéis. Todo esto es culpa mía. El motivo de que…

Pero Geoffrey no me dejó terminar la frase.

—Tonterías —dijo—. Vos no sois culpable de nada, maldita sea. ¿Por qué siempre tenéis que discutir conmigo, Joanna? —La frustración y sin duda el miedo habían impregnado de ira su voz. Retrocedí un par de pasos, alejándome de él y dejando también la protección del hueco del descansillo. Sentí que el resplandor de la luz de las velas me calentaba la parte posterior de la cabeza.

—¿Sois vos, Joanna? —gritó la voz de un hombre desde abajo.

Geoffrey levantó las manos, despacio, llamándome a la calma. Y con un débil susurro, dijo:

—No digáis nada a nadie.

—Debo avisarlos —respondí, sin apenas voz.

La alarma chispeó en sus ojos.

—No, no digáis nada. Libraos de él y volved.

Había que proteger a Geoffrey, de eso no cabía duda.

El barón Montagu había subido ya la mitad de la escalera con la frente arrugada de preocupación. No podía permitirle que se asomara a mirar al hueco del descansillo.

—¿Cómo están los niños? —preguntó.

—Están bien, barón Montagu —dije muy tensa.

—Pero vos no. —Negó con la cabeza—. Ah, Joanna, estáis muy afligida. Siento mucho lo que ha ocurrido aquí está noche.

—No es necesario que os disculpéis. —Miré por encima del hombro del barón Montagu hacia el pie de la escalera que llevaba hasta la puerta de entrada de la Rosa Roja. ¿Llamaría lord John Dudley a esa puerta? ¿De cuánto tiempo disponíamos?

—Es absolutamente necesario —dijo el barón Montagu, volviéndose a mirar en la misma dirección en la que yo acababa de hacerlo—. Estamos solos, Joanna. Y es aquí donde os diré lo que debo deciros.

—No, no, no. —Bajé corriendo el resto de escalones hasta él. Estaba tan ansiosa por impedir que el barón Montagu hablara, que le cubrí la boca con la mano. Él la apartó. Pero no me soltó. Su mano estaba más fría que la de Geoffrey.

—Henry es mi mejor amigo, y también el más antiguo, y me ve con esos ojos —dijo el barón Montagu—. Realmente cree que ser la esposa del barón Montagu es un motivo de celebración, cuando estoy convencido de que es precisamente lo contrario.

—Mi señor, debo imploraros que os reunáis con los demás —le pedí, cada vez más desesperada—. Podremos hablar de esto más adelante.

—No —respondió él, sin soltarme la mano. La determinación endureció sus ojos tristes.

—Ostento un gran apellido y tengo mi título, pero mi bolsa no está llena como la de Henry. Tras la muerte de mi padre, no heredé una gran fortuna. Y los problemas de mi familia no tienen parangón. Mi madre es muy anciana y depende de mí para todo. Mi hermano menor está en prisión. Ya veis lo que supone ejercer de acompañante de su esposa, aunque también ella es ahora mi responsabilidad. Mi otro hermano es el gran enemigo del rey. Por petición de Su Majestad, escribí a Reginald y le recriminé su deslealtad. Aunque eso a Reginald le trajo por completo sin cuidado, puesto que jamás me ha hecho caso. Nos aboca al mayor de los peligros, pero insiste en que se debe a los dictados de su conciencia. Y están además mis hijos. —Se le contrajo la boca—. Su madre lo era todo para ellos. Mi hijo mayor, que era a buen seguro quien atormentaba a vuestro primo, me dice que hubiera preferido verme muerto en el lugar de su madre. Es ridículo lo que espera de mí. Lo he criado como lo hizo mi padre conmigo, como se cría a los hijos en las antiguas familias. —Hizo una mueca al oír sus propias palabras—. Debo empezar de cero con él, y lo haré, si no es demasiado tarde.

Me debatí entre la profunda compasión que despertaba en mí el barón Montagu y la angustia que sentía al pensar en cómo reaccionaría si llegaba a saber que no era yo la única que lo escuchaba.

Pero nada de lo que Geoffrey había oído hasta el momento podía compararse con lo que estaba por llegar.

—Intenté convencer a Henry de que renunciara a sus planes —dijo el barón Montagu—, pero él insistió en que vos podríais ser mi compañera y también mi esposa. Quería que os volviera a ver en sociedad, sin demasiada presión. Le pedí a Neville que viniera. Es el hermano de mi difunta esposa y un hombre decente. La mujer de mi hermano Godfrey se invitó sin encomendarse a nadie. Está expuesta a un gran padecimiento por el confinamiento de su esposo. Intentad perdonar sus duras palabras, si podéis.

Asentí, aunque eso no cambió mi concepto de ella.

Montagu prosiguió:

—Reconozco que no vi ese carácter fogoso que Henry había descrito hasta que nos ordenasteis que nos quedáramos en el Gran Salón e insististeis en ocuparos sola de los niños. Fue entonces cuando vi a la Stafford que hay en vos. Fue una visión maravillosa.

Simplemente no pude permitir que fuera más lejos.

—Barón Montagu, debo…

De nuevo me interrumpió.

—Concededme la cortesía de concluir lo que quiero decir. Después podremos decidir si llevar a cabo nuestros planes o por el contrario me iré y no volveré a molestaros. —Le dio la vuelta a mi mano hasta dejar la palma a la vista y la cubrió con las suyas—. Quizá Henry me conozca mejor de lo que creo, pues sois la mujer perfecta para mí. No podría tener por esposa a una estúpida jovencita que careciera de experiencia en la crueldad de mi mundo, pues no sería más que otra carga para mí. Pero debo admitir, y no creáis que no me avergüenzo de ello, que también soy un hombre orgulloso en exceso. No podría casarme con una viuda. No soportaría llevar a mi lecho a una esposa que ha conocido a otro hombre.

Me turbaba tanto pensar que Geoffrey Scovill estaba escuchando esa propuesta y las cavilaciones más íntimas del barón Montagu que empezaron a temblarme los brazos.

—Ah, estáis temblando —dijo con ternura el barón—. Eso no puede atemorizaros. Al fin y al cabo, vos queríais ser monja. Os prometo que yo…

—Basta —gritó Geoffrey Scovill desde lo alto de las escaleras.

El barón Montagu no daba crédito a lo que veían sus ojos.

—¿Quién sois?

Me volví. Geoffrey, que ya había bajado tres escalones, se acercó con grandes zancadas al barón Montagu, con ese mohín de determinación en los labios que yo tan bien conocía.

—Debo explicaros algunas cosas, mi señor —dijo.

—¿Os estáis dirigiendo a mí? —Su voz, su porte, cada poro del barón Montagu temblaba de furia e indignación. Ante nosotros se alzaba de pronto uno de los Pole de la Casa de York, descendiente de reyes.

Antes de que yo pudiera hacer o decir nada, el barón Montagu había subido con un par de zancadas los escalones, moviéndose con increíble rapidez hacia Geoffrey.

—¡Esperad! —grité, corriendo tras él. Mis voluminosas faldas dificultaron mi avance. Antes de que pudiera intervenir, el barón Montagu le había dado alcance.

—Mi señor, esto os concierne a vos, a los Courtenay y también a Neville, no solo a Joanna.

—¿Usáis su nombre? —dijo el barón Montagu—. Por la sangre de Cristo, os enseñaré modales, lacayo.

Para entonces yo ya les había alcanzado.

—Geoffrey, déjame hablar —le supliqué.

El barón Montagu se volvió bruscamente a mirarme, boquiabierto y visiblemente perplejo.

—¿Conocéis a este criado? —me preguntó.

—No soy ningún criado —replicó Geoffrey, que empezaba a perder los estribos.

—Barón Montagu, escuchadme, os lo ruego —dije—. Tiene algo importante que deciros.

El barón clavó en mí una mirada en la que se entreveraban la confusión y el dolor. Y entonces la rabia barrió de un plumazo todo a su paso.

—Mandaré azotar a Henry Courtenay por esto —dijo—. Por empujarme a los brazos de una mujer que finge ser una dama, y que incluso llegó a vestir hábito de novicia, por el amor de Dios, pero que se prostituye con la chusma.

—No habléis así de ella —dijo Geoffrey, cerrando los puños. Dio un paso hacia el barón Montagu.

—Estabas disfrutando de ella en lo alto de las escaleras, ¿verdad? —dijo el barón Montagu—. Creía que se había ausentado tanto tiempo porque estaba ocupándose de las necesidades de los niños, pero en realidad estaba satisfaciendo las tuyas.

Cuál fue mi espanto cuando vi que Geoffrey estampaba la palma de la mano contra el pecho de Montagu.

—Basta —dijo.

El barón Montagu se tambaleó hacia atrás, pero enseguida recobró el equilibrio. Una sonrisa triste le contrajo la expresión del rostro.

—Sí, con esto basta. Pues habéis puesto vuestras violentas manos sobre un par del reino y ahora estoy por ley en mi derecho de matarte.

Se introdujo la mano en las profundidades del jubón y sacó un cuchillo.

—¡Parad! —grité. Intenté alcanzar a Geoffrey para empujarlo a un lado, pero él se giró y sacó a su vez un cuchillo de su jubón verde.

—No vais a matarme, viejo —dijo.

La sonrisa desapareció del rostro del barón Montagu. Su mano se tensó de tal modo alrededor del cuchillo que se le tiñeron de blanco los nudillos.

—Te aseguro que morirás esta noche —manifestó con la voz ahogada.

—Esto es una locura —exclamé—. Iré a llamar a Henry. Llamaré a los demás.

Se movían en círculo sin perderse de vista un solo instante, buscando un punto por el que atacar. Geoffrey era el más joven y el que estaba más en forma de los dos, pero era el barón quien tenía el cuchillo más largo. La hoja destelló a la luz de los candelabros. Y Montagu se movía con calculada agilidad, subiendo y bajando los escalones como un gato negro a punto de saltar sobre su presa.

—Mi señor, Geoffrey es amigo mío, no es lo que creéis. Debéis poner fin a esto —balbuceé.

El barón Montagu me ignoró. Recorrí las escaleras con la mirada, pero no había nadie a la vista. Yo y solo yo podía poner fin a la situación antes de que se saldara con un derramamiento de sangre.

—No hay tiempo para esto —dije, esta vez con más determinación—. Geoffrey es alguacil de Dartford. Ha venido a avisarme. Los hombres del

rey vienen de camino. Traen consigo órdenes de arresto. Para vos, para Henry y también para sir Neville.

Geoffrey dejó de rodearlo. Inspiró hondo, giró del revés el cuchillo y se lo ofreció por el mango al barón Montagu.

—Todo lo que ella ha dicho es correcto —dijo—. Soy alguacil de Dartford. Debo disculparme por haberos golpeado, mi señor, y os ofrezco mi arma.

El corazón me latía tan aceleradamente en el pecho que apenas podía soportar el dolor. Esperé, como lo hizo Geoffrey, a ver lo que haría el barón.

Despacio, muy despacio, bajó el cuchillo. Desestimó con un gesto de la mano el de Geoffrey.

—¿Quién es el portador de las órdenes? —preguntó sin alterarse.

—Un hombre llamado lord John Dudley ha recibido el encargo del rey en este asunto —respondió Geoffrey.

El barón Montagu bajó la cabeza.

—No había duda de que este día había de llegar —dijo. Entendí entonces que no se dirigía a ninguno de nosotros, sino que hablaba consigo mismo.

Irguió los hombros y volvió a guardarse el cuchillo en el jubón.

—Debo regresar con mis amigos. Nos prepararemos —dijo.

—Pero ¿ella no? —se apresuró a inquirir Geoffrey—. Su nombre no aparece en las órdenes de arresto. He venido hasta aquí, disfrazado con esta librea, para llevarme a Joanna y a Arthur de la Rosa Roja.

La cara del barón Montagu parecía de piedra.

—Por el amor y el respeto que le profeso a vuestro padre y a vuestro tío, el duque de Buckingham, me ocuparé de que no se mencione vuestro nombre —dijo, antes de empezar a bajar las escaleras.

—Mi señor, aguardad —le pedí.

Se volvió, receloso.

—Tampoco debéis permitir que se mencione el nombre de Geoffrey. No debéis revelar quién os ha dado esta información. ¿Estáis de acuerdo?

Una sombra de dolor cruzó su rostro.

—Como queráis, señora Stafford —asintió con tono sombrío.

Se me hizo un nudo en la garganta al verlo bajar las escaleras con la cabeza muy erguida. Geoffrey me cogió del brazo y tiró de mí, apremiándome a subir juntos la escalera. Había corrido un gran peligro yendo hasta allí. Durante su pelea con el barón Montagu, yo había temido por su vida. A pesar de que hacía tan solo unos instantes lo había besado con vergonzosa pasión, no era capaz de mirarlo a los ojos.

—Debemos ir en busca de Arthur sin demora —anuncié, llevándolo por el pasillo.

Cuando ni siquiera habíamos dado veinte pasos oímos voces de hombres más adelante, justo a la vuelta de la esquina. Reconocí la voz grave de Charles. Cogí a Geoffrey y tiré de él, para ocultarlo.

—No temáis. Me he cruzado con otros criados de los Courtenay esta noche y ninguno me ha detenido —susurró Geoffrey—. Es una casa inmensa. Ven la librea y con eso les basta.

—Pero Charles es el jefe de la casa —protesté—. Y además, fue a Dartford con los Courtenay… Creo que os vio allí.

Geoffrey se detuvo y, maldiciendo entre dientes, regresó conmigo a nuestro escondite.

Las voces de Charles y del resto de criados no ganaron en intensidad. Tampoco desaparecieron. Supuse que debían de haberse parado a hablar. Me asomé a mirar de modo que pudiera echar un vistazo con un ojo. Sí, pude verlos al fondo, charlando. No había modo alguno de pasar por delante de ellos y evitar que miraran directamente a Geoffrey.

—¿Cómo se te ha ocurrido ponerte una librea de los Courtenay? —susurré—. ¿Por qué simplemente no me has enviado un mensaje?

—Lo intenté —respondió—. Y me atacaron dos gemelos. Uno de ellos dijo que antes de entregarla debía romper el sello de mi carta y leerla. No imagináis lo que me costó recuperar la nota y desembarazarme de ellos después de negarme. Esta casa es como una fortaleza.

—¿Y cómo habéis conseguido esto? —pregunté, tirándole de la chaqueta.

Geoffrey hizo una mueca.

—Mejor no preguntéis.

Charles se rio al fondo del pasillo. ¿Cuánto tiempo más iban a quedarse allí? Geoffrey se mordisqueó el labio.

—Vos sabíais que para mí no era seguro quedarme en casa de los Courtenay semanas antes de estas órdenes de arresto. ¿Cómo? —pregunté.

—La marquesa de Exeter tiene sangre real y el rey odia a todos sus rivales al trono, independientemente de que sean familia suya o de que le juren lealtad —dijo Geoffrey—. De todos es sabido que los Courtenay están en una situación difícil.

Pero yo lo ignoraba. El odio que inspiraba en mí la corte me había convertido en una absoluta ignorante de lo que allí ocurría y precisamente era ahí donde me había llevado mi obstinada ceguera. Y a Geoffrey.

Fue entonces cuando los oímos. Los golpes en la puerta de la entrada principal de la Rosa Roja resonaron de tal modo que grité atemorizada. Geoffrey me estrechó con fuerza entre sus brazos, más para silenciarme que por el placer de abrazarme.

Charles pasó corriendo por nuestro lado y bajó a toda prisa las escaleras.

—Es demasiado tarde —le susurré a Geoffrey.

—No —dijo con determinación—. Durante un rato estarán atentos a lo que ocurra abajo. Podemos llevarnos a Arthur en cuanto los perdamos de vista. Quizá tendremos que salir por una de las ventanas del lado de la casa que da al Támesis. —Sus ojos se posaron durante una fracción de segundo en mi vestido—. Tendremos que hacernos con una capa para ocultaros con ella el vestido.

Las puertas principales de la casa se abrieron de par en par. Obviamente, Charles tenía las llaves.

—Traigo órdenes de Su Majestad, el rey Enrique VIII, para proceder al arresto de varias de las personas que están en esta casa en este momento —declaró una voz de hombre.

Charles tartamudeó y dijo que iría a buscar al marqués de Exeter antes de desaparecer apresuradamente. Geoffrey tiró de mí para ocultarme mejor en la alcoba ciega del descansillo. Quedábamos fuera de la vista de cualquiera que estuviera en las escaleras, pero no teníamos una puerta que pudiéramos cerrar con llave. Si alguien decidía adentrarse un paso en la alcoba, nos vería de inmediato.

Un momento más tarde, oímos las voces de otros dos hombres. Enseguida las reconocí. Henry Courtenay había ido con el barón Montagu a la entrada principal.

—Quiero ver las órdenes antes de hacer nada más —dijo Henry. Parecía tranquilo. Montagu debía de haber tenido tiempo suficiente para preparar a todo el mundo. Mientras se oía el crujido de papeles al pie de las escaleras, pensé en cómo el arresto de Henry destrozaría la vida de Gertrude, Edward y de todos los demás en la casa. Recé para que hubiera una investigación adecuada y un juicio justo. ¿Qué clase de pruebas podía haber? Henry no había participado en ninguna conspiración, yo misma estaba dispuesta a jurarlo por mi vida.

—Dudley, ¿por qué irrumpís por la fuerza para arengarnos a estas horas de la noche, cuando estamos cenando? —oí la voz burlona del barón Montagu—. No es demasiado procedente.

—Esta cena tardía es uno de los motivos de mi visita —respondió lord Dudley—. Rezuma conspiración. Sabremos exactamente lo que se ha dicho aquí por todos los presentes y los planes que se han trazado.

—Esto es una reunión estrictamente social —dijo el barón Montagu—. Nuestras conversaciones no son asunto vuestro y tampoco creo que pudierais entender la mayor parte de lo que se ha dicho o hecho en esta casa. Sois hijo de un traidor condenado. Ha sido de muy mal gusto por parte de Su Majestad mandaros a vos a arrestarnos.

Me estremecí. ¿Qué pretendía Montagu provocándole de ese modo?

—Poco importa quién haya venido —respondió Dudley sin alterar su voz—. Deberéis escuchar y responder a preguntas sobre por qué os habéis reunido aquí esta noche, en Suffolk Lane. —Hubo unos segundos de silencio—. Ocupaos de los registros.

—¿Qué pretendéis hacer ahora? —preguntó el barón Montagu.

—Tenemos órdenes de registrar ciertas habitaciones —respondió Dudley.

Geoffrey y yo nos miramos en la pequeña alcoba en penumbra. Las botas de media docena de hombres subieron tronando con fuerza la escalera. En cuestión de segundos nos habrían sacado de allí, descubiertos.

Pero los hombres del rey se alejaron a toda prisa por el pasillo sin detenerse a registrar nuestra alcoba. Estaríamos a salvo durante unos instantes más.

—Quizá esto nos ayude —susurró Geoffrey—. Habrá caos y alboroto. Puede que eso nos proteja.

Entre todas las voces masculinas que nos rodeaban, oí hablar de nuevo a Henry Courtenay. Su desenvoltura había desaparecido. Con una voz teñida de pavor, dijo:

—No, no. Esto es imposible. Estas órdenes, todos estos nombres. No es posible, Dudley.

Su temor me desarmó. Fui presa de una oleada de estremecimientos de frío y de calor en una mezcla de terror, confusión y enojo. ¿Cómo podía escabullirme de ese modo, temiendo tan solo por mi propia seguridad, y abandonar a Henry y a Montagu a su suerte cuando cada segundo que pasaba su situación empeoraba al negarse a confesar el verdadero motivo de la cena que se celebraba allí esa noche: yo?

—No tardarán en irse —murmuró Geoffrey—. Entonces aprovecharemos la oportunidad.

Lo miré en las sombras de la pequeña alcoba. ¿Por qué había hecho eso Geoffrey? ¿Por qué había vuelto a exponerse al peligro? Lo lamenté, lamenté que albergara hacia mí un sentimiento tan poderoso. Geoffrey era un hombre que se merecía una esposa dulce y reconfortante, no una mujer difícil y acosada por múltiples peligros. No me parecía posible que pudiéramos conseguir escapar de la casa juntos. Los hombres del rey estaban peinando la Rosa Roja. Mientras él siguiera a mi lado, sería sin duda sometido a un interrogatorio. Solo, en cambio, podía tener alguna posibilidad.

Una nueva pregunta me azuzó. La profecía de los videntes podía ser cierta. ¿Y si mi cometido era exonerar a Henry y a Montagu y a quienquiera que estuviera también incluido en las órdenes de arresto? Orobas había dicho que estaba en mi mano elegir el camino del futuro. Yo había luchado contra la profecía porque se me antojaba aterradora e imposible, por no decir absurda, la posibilidad de impedir que el rey Enrique llevara a cabo cualquier cosa que se hubiera propuesto. Pero ¿y si la elección que tenía

ante mí no suponía enfrentarme directamente a Su Majestad? La profecía bien podía derivar en otra suerte de acción. Si esa noche yo decidía guardar silencio, esos hombres inocentes podían encontrar la destrucción y el rey quizá vería aumentar su poder, a punto de engendrar un segundo hijo que lo sucediera. Pero ¿y si, por el contrario, daba un paso adelante y explicaba que el motivo de la reunión era que el barón Montagu y yo nos conociéramos? Podría salvarles la vida y con ello poner a Inglaterra en el otro camino.

Me aparté de Geoffrey y avancé hacia la luz.

—Joanna —susurró alarmado Geoffrey.

—Salid de la Rosa Roja sin demora —dije.

Tendió la mano para tirar de mí hacia atrás, pero fui demasiado rápida para él. Lo esquivé y una vez más salí sigilosamente de la alcoba.

En lo alto de las escaleras, a punto estuve de verme abrumada por lo que vieron mis ojos: la deslumbrante luz de las velas y doce hombres, muchos de ellos desconocidos, al pie. Las palabras murieron en sus gargantas. Toda la atención de los presentes se volvió hacia mí.

Me protegí los ojos de la intensa luz con la manos y seguí bajando con el paso más firme que supe encontrar. Geoffrey no fue tras de mí. El olor de las carnes asadas —venado y pichón— impregnaba el aire. Las magníficas cocinas de la Rosa Roja habían terminado de preparar el banquete. Los criados estaban a punto de servirlo. Qué confusos debían de sentirse, apiñados en la cocina y en los pasillos con las bandejas de comida que nadie comería.

—¿Y qué tenemos aquí? —dijo la voz de John Dudley, a cuyo dueño por fin pude ponerle cara. Aguardaba de pie y con la mano en la cintura.

Miré a Henry Courtenay, cuyo rostro estaba enrojecido de pura aflicción. Articuló, sin pronunciar sonido alguno, la palabra «no».

A su lado estaba el barón Montagu. Tenía la mirada colmada de pena, de orgullo y de otra cosa que no alcance a definir.

Llegué al pie de las escaleras y fui directamente hacia lord John Dudley.

—Mi nombre es Joanna Stafford —dije.

OceanofPDF.com

21

—Señor, me temo que ha habido una confusión sobre el motivo de esta cena —dije con toda la cordialidad que fui capaz de encontrar—. Os equivocáis si creéis que ha ocurrido aquí algo inapropiado. Mi primo el marqués me ha propuesto en matrimonio con el barón Montagu. La cena ha sido convocada para organizar nuestros planes.

Esperé que la hostilidad de Dudley remitiera. No fue así.

—¿Sois una Stafford? —preguntó—. ¿Hija de quién? ¿Del duque de Buckingham?

—Mi padre era el hermano menor del duque, sir Richard Stafford —respondí.

Dudley asintió.

—Las familias traidoras establecen alianzas entre sí.

—No hemos cometido ninguna traición —dijo el barón Montagu, adelantándose.

La ceja de Dudley volvió a arquearse.

—Y es el hermano del cardenal Reginald Pole quien habla —añadió.

De pronto se oyeron gritos procedentes del pasillo de la planta superior. ¿Habrían sido provocados por el registro, quizá? Geoffrey había predicho que se produciría el caos. Miré hacia la alcoba que estaba en lo alto de las escaleras. Geoffrey seguía allí, oculto y a salvo. Me pregunté si habría podido oír mi tentativa de intervención, que hasta el momento de nada había servido. Dos de los soldados de Dudley pasaron rápidamente por delante de la entrada de la alcoba. Vi, profundamente aliviada, cómo giraban y bajaban las escaleras, seguidos de un pequeño grupo. En primer lugar iba un serio y atemorizado Edward Courtenay. Tras él, un muchacho de pelo negro, quizá un par de años mayor que Edward. Solo podía tratarse del heredero del barón Montagu.

—No tenéis derecho a llevarme a ninguna parte —gritó el muchacho. Al forcejear y volverse de espaldas, vimos que le habían atado las manos a

la espalda. Dos soldados lo obligaron a bajar las escaleras. Busqué a Arthur, pero afortunadamente no formaba parte de la espantosa procesión. Pero ¿y si la procesión lo había despertado y estaba atemorizado y confundido?

Henry Courtenay soltó un grito. Me volví hacia mi primo. Con las manos tendidas, veía impotente cómo obligaban a bajar las escaleras a su aterrado hijo. Desvié la vista hacia Montagu, que veía también acercarse a su hijo. Sus ojos oscuros llameaban en su delgado rostro. Su mano derecha rebuscó en el interior del jubón. Yo conocía perfectamente el arma que ocultaba allí. También Dudley observaba atentamente a Montagu.

Volé al lado de Montagu.

—No lo hagáis —susurré—. Es exactamente lo que desea Dudley. Pretende provocaros.

Montagu no dio señales de haberme oído. Aun así, retiró la mano del jubón.

Los soldados impidieron al hijo de Montagu que se acercara a su padre al tiempo que anunciaban que el joven Pole había opuesto resistencia en el piso de arriba y por ello debían mantenerlo atado. Dos hombres se plantaron entre el barón y su hijo.

Sin embargo, los soldados sí permitieron a Edward reunirse con su padre.

—No entiendo lo que ocurre —dijo el pequeño, con aquella voz aguda de niño, todavía íntegro. Henry lo estrechó en un fuerte abrazo.

—No podéis arrestar a niños. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera hacer nada por silenciarlas.

—Traigo órdenes de arresto firmadas por Su Majestad, el rey, que me autorizan a hacer exactamente eso —anunció Dudley.

—Pero esto es terrible. Una infamia —exclamé.

—Yo, en vuestro lugar, controlaría a vuestra prometida —le dijo Dudley al barón Montagu con total deliberación.

A duras pensar conseguí callarme. No así Montagu.

—Decidme, Dudley, ¿qué edad teníais cuando encarcelaron a vuestro padre?

De modo que había otro elemento que añadir al papel que lord Dudley jugaba en lo que estaba ocurriendo en la Rosa Roja esa noche.

Montagu había dado en la diana. Los músculos de la mandíbula de Dudley se tensaron.

—Cinco —fue su respuesta antes de volverse en la dirección contraria, hacia el pasillo que conducía al Gran Salón—. Ah, aquí están.

Con un pelotón de soldados pegados a la espalda, aparecieron sir Edward Neville y Gertrude Courtenay, ambos esforzándose por disimular su temor. De modo que también a ella iban a arrestarla. Iban a llevar a la Torre de Londres a la familia Courtenay al completo.

Jamás olvidaré cómo reaccionó Gertrude cuando vio a su hijo en brazos de su esposo. Se balanceó, parpadeando, de pronto blanca como el marfil. Temí que se desmayara. Sin embargo, consiguió seguir adelante, pasando por delante del barón Montagu y de mí sin tan siquiera vernos. Su fragancia a naranjas, manzanilla y romero impregnó el aire a su paso cuando se dirigió tambaleándose al encuentro con su familia. Henry le tendió las manos y la estrechó entre sus brazos. Edward lloró aún más fuerte en cuanto su madre lo abrazó. Los Courtenay se abrazaban de tal modo que eran como un único árbol con tres troncos.

—Ella no. Lady Pole, no —dijo Dudley. Señaló a Constance Pole que, con los ojos abiertos como platos, se había acercado a nosotros—. Es la única a la que no podemos arrestar, pase lo que pase.

—¿Por qué? —exigió saber Montagu.

—Ha sido la evidencia proporcionada por su esposo, sir Godfrey Pole, la que ha convencido al rey de que existen motivos para llevar a cabo una investigación por traición de todas vuestras actividades.

—No, no, no —gritó lady Pole.

—Eso es imposible —intervino Henry Courtenay, sin dejar de abrazar a su esposa y a su hijo.

—¿Habéis torturado a mi hermano, Dudley? —dijo lord Montagu, cuyo rostro se ensombreció de pronto—. Si es así, juro por la Virgen que lo pagaréis.

Al oír la palabra «torturado», lady Pole se echó a llorar.

Pero Dudley se mantuvo inmutable.

—No soy ningún torturador, barón Montagu. El año pasado fui nombrado vicealmirante de la flota del rey. Tengo a mi mando buques y

ejércitos de hombres, no la chusma de la Torre. En respuesta a vuestra pregunta, estas declaraciones han sido concedidas libremente por sir Godfrey Pole.

El barón Montagu emitió un sonido de enojo.

El llanto de lady Pole escaló hasta alcanzar la histeria. Dudley señaló al padre Philip, que se apretujaba con Charles y Ralph en el rincón opuesto de la sala.

—Vos, cura. Llevaos de aquí a lady Pole y aseguraos de que no vuelva. —Por el modo en que Dudley escupió la palabra «cura», no me cupo duda alguna de que era enemigo de la fe católica. Debía de disfrutar sobremanera de la misión de arrestar católicos.

Un nuevo puñado de hombres de Dudley bajaron las escaleras. Llevaban libros y papeles: el fruto de su registro. Constance, la dama de compañía de Gertrude, seguía, visiblemente desconsolada, al último soldado. Cuando estuvieron más cerca, entendí lo que aquel soldado en particular llevaba en las manos. Era la pequeña caja marrón con las cartas de Gertrude.

El corazón se me contrajo en el pecho antes de empezar a latir desbocadamente. ¿Qué correspondencia contenía? La tarde en que yo había irrumpido por sorpresa en su baño, ella había intentado ocultarme una carta. Una carta escrita en latín. Eso era lo que buscaban los hombres del rey. Estaban al corriente de la conspiración de Gertrude. No habían ido hasta allí espoleados por la noticia de una cena privada. Poco importaba lo que yo hubiera podido decir. Sentí sobre mí una mirada. Era la de Dudley. Con toda la conmoción que había provocado a su alrededor, era a mí a quien vigilaba a la espera de alguna reacción al ver la caja de Gertrude. Una sonrisa diminuta y satisfecha asomó sobre su barba.

Constance se acercó hasta él en ese preciso instante.

—Señor, debo atender a la marquesa de Exeter. No podéis dejarme aquí.

—¿No entendéis acaso adónde va esta noche? ¿Adónde van todos? —replicó Dudley como si le hablara a una niña.

—Sí, mi señor —respondió Constance—. Pero iré donde vaya la marquesa. Siempre.

Él se encogió de hombros y se volvió hacia el anciano que en ese momento era el depositario de los documentos de arresto.

—Por la autoridad que me ha sido conferida, llevaos también a esta mujer a la Torre. Y a la señora Joanna Stafford.

Tardé unos segundos en comprender lo que Dudley acababa de decir. Había oído las palabras, pero era incapaz de asimilarlas. No lloré ni sollocé como lady Pole. Fue como si de pronto una inmensa ola oscura me hubiera barrido no solo de la sala, sino también de la ciudad. Todas las voces que me rodeaban perdieron fuerza y las luces empezaron a navegar envueltas en una nube dorada. Las puntas de las llamas se ordenaron en un círculo a mi alrededor.

Pude de algún modo emerger de aquel luminoso entumecimiento y volví a unirme a la furiosa discusión que tenía lugar delante de mí.

—¿Cómo puede ella haber formado parte de nada? —preguntó el barón Montagu—. Solo lleva un mes en Londres.

—Ah, pero este último mes ha sido muy movido, sobre todo en esta casa —dijo lord Dudley—. Y sospecho que la señora Stafford está implicada hasta el cuello en todo lo que aquí ha ocurrido.

Bajé la vista. Juré no decir nada a mis interrogadores. Pero ¿y si me aplicaban el potro, como lo habían hecho con la hermana Elizabeth Barton primero y con mi padre después? ¿Tendría la fortaleza suficiente como para guardar silencio?

Todos esos terrores se desvanecieron de pronto en cuanto me asaltó otra inquietud.

—Arthur —dije, con un hilo de voz—. ¿Qué será de Arthur? —Me volví a mirar a Dudley—. Tengo a mi cargo a un primo, Arthur Bulmer. Está dormido arriba. Si me lleváis, no habrá nadie que cuide de él.

—Esta casa está llena de criados —replicó Dudley, indicando a Charles con un gesto de la mano—. Estoy seguro de que debe de haber alguien aquí lo suficientemente competente como para ocuparse de las disposiciones oportunas.

La idea de que Arthur se despertara y descubriera que tanto Edward como yo y los Courtenay habíamos desaparecido se me hizo insoportable.

Gritaría y lloraría en una casa en la que nadie sabría qué hacer para consolarlo.

Me acerqué a lord Dudley con las manos juntas delante de mí. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para impedir que Arthur sufriera.

—Os lo suplico, no hagáis esto. Es muy pequeño. Solo tiene cinco años. La misma edad que teníais vos.

No hubo la menor sombra de emoción en Dudley cuando me miró: ni compasión ni tampoco ira cuando me oyó mencionar su tragedia de infancia. Nada. Se volvió de espaldas para dar sus órdenes.

—Llevadlos a los carros —ordenó a sus hombres—. Y hacedlo en pequeños grupos. Debemos mantenerlo todo ordenado.

Alzó la vista hacia la alcoba. ¿Qué haría Geoffrey? Si lograba escapar, eso sería algo, un consuelo al que podría aferrarme. Yo había destruido mi vida, pero la suya continuaría.

—¿Habéis registrado la alcoba del rellano de la escalera? —preguntó Dudley. Me estremecí. De nuevo lord Dudley me observaba y parecía leerme el pensamiento mejor que cualquier hechicero.

Un soldado subió atropelladamente las escaleras.

Me obligué a no decir ni hacer nada, pero en mi mente imploré a Cristo que salvara a Geoffrey Scovill.

—Aquí no hay nadie, mi señor —informó el soldado tras unos segundos en el interior de la alcoba.

Mis plegarias habían encontrado respuesta. Geoffrey debía de haber salido poco antes sin ser visto. La librea de los Courtenay era un disfraz perfecto. Nadie habría sospechado de él. Geoffrey era listo, mucho más que yo. Me había avisado de que si revelaba mi presencia me exponía al peligro de que me arrestaran, del mismo modo que hacía un mes me había advertido de los peligros que implicaba alojarme en la Rosa Roja.

Una mano me tomó del brazo. El barón Montagu se movió para acompañarme y salir por la puerta de la Rosa Roja. No dijo nada. Alce la vista y miré su perfil, triste y altivo. ¿De verdad habían transcurrido tan solo dos horas desde que me había llevado a la chimenea de piedra para exorcizar mis temores de infancia? ¿Y solo una hora desde que me había dicho que creía que sería para él la esposa perfecta?

El barón dijo en voz muy baja:

—No deberíais haberlo hecho.

—¿A qué os referís? —pregunté, profundamente abatida.

—No deberíais haber bajado. Deberíais haberos escondido en la casa con vuestro amante.

—Geoffrey Scovill no es mi amante —repliqué, ofendida—. Ocurra lo que ocurra esta noche, mi señor, debo insistir en que os dirijáis a mí con propiedad.

La expresión del barón Montagu pasó de la desaprobación a la diversión. Una carcajada escapó de entre sus labios.

Todas las cabezas se giraron al oír su risa. Dudley frunció el ceño, casi incrédulo.

Pero Montagu estaba muy lejos de sentirse avergonzado. La sangre circuló de pronto por sus cenicientas mejillas y en sus ojos despertó una nueva luz.

—Dudley, vos portáis las órdenes de arresto. Partamos de una vez —declaró—. ¿Qué esperabais de mí? ¿Verme llorar? Estoy perfectamente preparado para vuestra peor versión.

Lord Dudley y el barón Montagu se miraron durante un largo instante. Qué odio más palpable. Me alivió salir por fin a la calle con mi mano agarrada del brazo de Montagu, pues eso significaba escapar al escrutinio de Dudley.

El sol se había puesto, dejando tras de sí una enfermiza luz grisácea que no tardaría en ser engullida por la oscuridad. Percibí en el aire el olor a pescado asado. Los pescadores asaban su cena en las hogueras encendidas a lo largo de la orilla del río.

Dos largos y vacíos carros de caballos nos esperaban en Suffolk Lane. Otra docena de soldados esperaban junto a ellos, vigilándonos. Dudley había llevado un buen número de hombres con él. Tras ellos se había congregado una muchedumbre. Un murmullo bajo emergía de los londinenses. Era un lúgubre sonido. Nadie abucheó ni profirió un solo grito. En un alboroto de movimientos de brazos, vi a una anciana hacer la señal de la cruz. Un hombre joven que estaba de pie a su lado la empujó, haciéndola desaparecer de mi vista inmediatamente después. Quizá fuera su madre.

Sacaron a los Courtenay y a sir Edward Neville después de nosotros. Dudley cerraba el grupo. Nos dividió en dos: Henry, Gertrude, su hijo y Constance, la dama de compañía de la marquesa, irían en el primer carro. Yo acompañaría a lord Montagu, a su hijo y a su cuñado, sir Edward Neville, en el segundo.

Al pasar por delante de nosotros, Courtenay se detuvo unos segundos a mirar a Montagu. Lo que halló en el rostro de su mejor amigo pareció animarlo. Inspiró hondo y siguió adelante, con el brazo sobre los hombros de su hijo. Gertrude, en cambio, fue a mí a quien miró. Esos grandes ojos marrones estaban colmados de súplica. Un instante después pasó de largo y Montagu me miró de soslayo, perplejo. No era de extrañar que se preguntara por qué la marquesa de Exeter buscaba la ayuda de Joanna Stafford.

Nunca hasta esa noche la profecía de los videntes había parecido más equivocada.

Un soldado me indicó que me acercara. Sería la primera en subir al carro. Me adelanté sin vacilar. A menudo se decía en el castillo de Stafford que el tercer duque de Buckingham no había dado la menor muestra de miedo desde el momento de su arresto hasta el instante en que se había arrodillado delante del verdugo. No era un gran consuelo para sus hijos huérfanos, pero al menos suponía algo.

No fue fácil subir al carro con el vestido y el corpiño. La tela de hilo de plata quedó prendida en un tablón de madera. Noté un tirón y oí entonces un desgarrón. El vestido estaba destrozado. No me importó. Encontré un sitio en el estrecho y duro banco que ocupaba todo el largo del carro. Los demás subieron pesadamente en silencio y se reunieron conmigo.

Dudley se situó con dos de sus hombres de mayor rango junto a la puerta. Montagu aprovechó ese rato para hablar con su hijo. Sentados juntos en el carro, a pesar de la luz menguante del crepúsculo, el parecido entre ambos era notorio. En silencio, disfruté viendo cómo el hijo de Montagu escuchaba muy atentamente a su padre. En esos momentos juntos, eran sin duda padre e hijo.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó un hombre.

Alguien corrió hacia el primer carro. Llevaba una librea de los Courtenay. Era Joseph, con los brazos tendidos hacia Gertrude. Dudley dijo algo y sus dos hombres se interpusieron en el camino de Joseph. Sin demasiadas dificultades lo interceptaron y lo derribaron. Joseph soltó un grito cuando su espalda impactó contra los adoquines con un crujido espantoso. El gemelo bobalicón no era ya una amenaza. Pero los soldados no lo dejaron en paz: le propinaron patadas en el costado, en los hombros y, para mi horror, también en la cabeza.

James salió disparado hacia delante, aunque en vano. Vi que Charles lo tenía cogido por el brazo. No iba a permitir que también James recibiera una paliza.

—Vais a matarlo. Por el amor de Dios, vais a matarlo —gritó James.

Lord John Dudley observó el ataque sin la menor emoción. Su rostro seguía tan impávido como cuando yo había implorado por la suerte de Arthur. Llegados a un punto, un soldado, con la cara bañada en sudor, miró a Dudley esperando una señal. No la hubo. La paliza continuó.

Por fin, no sé cuánto tiempo después, Dudley levantó la mano.

—Basta —dijo.

James corrió hasta su hermano inconsciente y se arrodilló junto a él. Luego se inclinó sobre él y tomó su cabeza ensangrentada en sus manos, levantándola del suelo con una delicadeza extraordinaria.

—No puede ser —dijo.

En el carro de los Courtenay, Gertrude cayó hacia delante, desmayada. Su marido a un lado y Constance al otro la sostuvieron. Edward Courtenay sollozaba. En Suffolk Lane todo era silencio salvo por el sonido del llanto del pequeño.

Se me encogió el estómago. Cerré los ojos, pues también yo tuve miedo de desmayarme o de vomitar.

El carro arrancó bruscamente y abrí los ojos. Mientras dejábamos atrás la Rosa Roja, dudé mucho de volver a ver Suffolk Lane.

OceanofPDF.com

22

A pesar de que se había impuesto el toque de queda, puñados de londinenses nos miraban pasar. De un modo u otro se había corrido la voz de quién se arracimaba en los carros férreamente custodiados por los soldados del rey. Quizá habían sido los pescadores, pues ellos eran siempre los que primero se enteraban de todo.

El crepúsculo había sido engullido por la oscuridad. Aun así, la luna del cielo de noviembre bastó para desvelar nuestro destino. Se alzaba sobre las casas, las tiendas y las iglesias de la ciudad: la fortaleza cuadrada y las murallas de la Torre de Londres.

No podía ver a lord Dudley. Avanzaba con la mayoría de sus soldados delante del primer carro, el que llevaba a los Courtenay. Un único soldado a caballo seguía al nuestro. Otros dos caminaban apresuradamente detrás, cargando sus piquetes al hombro.

Tras ellos, a una discreta distancia, había un último hombre a caballo. No llevaba uniforme de soldado. Como yo odiaba la visión de la alta torre, desvié mi atención hacia el último hombre. Debía de estar a las órdenes de Dudley. No se me ocurrió ningún motivo por el que no nos acompañara. Desde luego que nadie de la casa de los Courtenay osaría hacerlo, y mucho menos después de la salvaje paliza que había recibido James. Pero ¿por qué avanzaba con tanta cautela? Era como si nos siguiera, pero no quisiera dar esa impresión.

Mientras lo observaba, la distancia se acortó entre el hombre y los dos soldados que avanzaban a pie. Gracias a las antorchas encendidas del tramo de calle por el que pasábamos en ese momento, pude verlo un poco mejor. El hombre agitaba las riendas de su caballo a la izquierda y espoleaba al animal impaciente con la pierna derecha. Esos dos movimientos conocidos me impresionaron de tal modo que di un brinco en el duro asiento de madera del carro.

El hombre que nos seguía a caballo era Geoffrey Scovill.

—Intentad que no se os note que lo miráis —murmuró el barón Montagu a unos centímetros de mí. Parecía preocupado. Sus ojos recorrieron inquietos el carro, fijándose primero en su hijo y en su cuñado, que estaban sentados delante de nosotros, y después en los hombres que avanzaban a pie y a caballo delante.

—Esto es una locura —me lamenté, juntando las manos—. ¿Por qué hace esto Geoffrey?

—Esa es una pregunta idiota y vos no sois una mujer idiota —replicó el barón Montagu—. Guardad silencio. No os volváis y no llaméis la atención sobre él.

El barón Montagu se inclinó hacia delante, deslizando las manos sobre las piernas hasta apoyarlas sobre las rodillas. Moviéndose despacio, casi despreocupadamente, miró al frente, más allá del conductor de nuestro carro, hacia el carro y los soldados que iban delante. Después se volvió a mirar hacia atrás. Unos segundos más tarde asintió, como si respondiera, y volvió a incorporarse en el asiento. Se movió de tal modo que pasó un brazo por detrás de mí, que iba sentada entre él y la parte trasera del vehículo, hasta sacarlo del carro. Noté que su brazo giraba y se tensaba, como si gesticulara, dando una especie de señal.

—¿Qué hacéis? —siseé.

—Ayudaros a escapar, Joanna.

—Esto es una locura —dije, empleando el mismo susurro enfurecido—. ¿Y qué pasa con los soldados?

—El alguacil Scovill y yo estamos armados. Vos lo sabéis mejor que nadie.

—Entonces, ¿vendréis con nosotros?

—No podría dejar a mi hijo ni a los Courtenay —dijo el barón Montagu —. Y no podemos huir todos. El factor sorpresa debería bastar para que uno de nosotros escapara.

—Pero eso empeorará aún más las cosas para vos —protesté.

—Nada puede salvarme —dijo Montagu sin perder la calma—. Moriré en la Torre.

Le sacudí el brazo.

—No digáis eso. Habrá un juicio, os escucharán. ¿Cómo podéis estar tan seguro de que no hay esperanza?

—Porque conozco a Enrique Tudor —respondió—. A decir verdad, es casi un alivio, Joanna. He vivido a la sombra del hacha durante muchos muchos años, y no por algo que yo haya hecho, sino por ser quien soy. Soy la Casa de York. Enrique VII exterminó a muchos miembros de nuestro linaje. Ahora el hijo termina la obra de su padre.

No pude insultar su inteligencia insistiendo en discutir con él. Las lágrimas me velaron los ojos y agarré con más fuerza el brazo de Montagu. Delante de nosotros, al otro lado del carro, sir Edward Neville dio un pequeño empujón al hijo de Montagu y ambos se separaron de nosotros de modo que no pudieran oírnos.

El barón Montagu sonrió y me secó una lágrima de la mejilla.

—No quiero dejaros así —susurré.

Me secó una lágrima de la otra mejilla y tomó mi rostro en sus manos.

—Ah, Joanna, no podéis enamoraros de un hombre muerto.

Montagu volvió a mirar detrás del carro.

—Scovill debería actuar pronto. Llegaremos al foso de la Torre en unos minutos.

Empecé a volverme de espaldas, pero Montagu dijo:

—No. —Me pasó el brazo por la cintura y me atrajo hacia él—. Saltaré sobre vos cuando él rompa la fila e intente anular a los soldados. Preparaos para correr hasta él cuando yo dé la señal.

El camino viraba en ese momento, acercándonos más al río Támesis. Ya casi habíamos llegado.

—Más cerca, un poco más cerca —masculló Montagu, dándome la espalda. Tenía el cuerpo en tensión y estaba presto a saltar.

Una parte de mí se debatía todavía contra aquel plan. Me parecía una estupidez, incluso una locura. ¿Adónde me llevaría Geoffrey? ¿Adónde iríamos? Dartford sería el primer sitio donde me buscarían. ¿Y qué sería de Arthur? ¿Podría ir a recogerlo con los soldados persiguiéndome? Pero, ah, cuánto anhelaba huir y ponerme a salvo. La Torre me aterraba más que ningún otro lugar en el mundo.

—Oh, no —dijo Montagu con amargura en la voz—. No puede ser.

Oí el chacoloteo de cascos de caballos. Geoffrey estaba ya muy cerca, justo detrás de los soldados que marchaban a pie tras nuestro carro. Pero acercándose rápidamente a ambos lados de él había al menos diez hombres a caballo. Uno de ellos portaba una antorcha encendida, lo suficientemente luminosa como para que revelara su librea. No ostentaba los colores de los Tudor ni los de los Courtenay. El hombre llevaba un jubón negro con una figura dorada bordada en la tela. Un león dorado.

Negro y dorado. Los colores de los Howard.

Thomas Howard, duque de Norfolk, se adelantó al galope a lomos de su caballo gris. Sus hombres rápidamente se hicieron a un lado para permitirle el paso.

—¡Dudley! —gritó, poniéndose en pie sobre los estribos—. ¡Volved aquí, Dudley! —Su voz cruzó el aire como el trueno. No había un hombre vivo con una voz más poderosa que la suya.

De pronto reinó la confusión al tiempo que el carro se detenía bruscamente. Los caballos giraron y piafaron cuando los hombres de Howard se hicieron con el control de los hombres del rey que estaban a las órdenes de Dudley. Los soldados corrían de un lado a otro. No pude volver a ver a Geoffrey. Había desaparecido en el caos reinante.

Montagu retiró el brazo de mis hombros. Se inclinó hacia delante para hablar con sir Edward Neville en voz baja aunque urgente.

Lord John Dudley pasó al trote por delante de nuestro carro para salir al encuentro del duque de Norfolk.

—Soy el oficial al mando, Excelencia —dijo Dudley, sin perder un ápice de seguridad en sí mismo—. ¿Necesitáis leer la orden? —Sacó un papel de su jubón negro y la agitó delante de Norfolk.

—Sé que sois vos el hombre elegido por Cromwell —dijo el duque—. Durante la cena, Su Majestad también me pidió que estuviera presente para asegurarme de que el arresto se llevara a cabo como corresponde. Y por lo que veo, no se ha actuado en absoluto como es de rigor. Acabo de estar en casa de los Courtenay. Por el amor de Dios, hay un hombre medio muerto en Suffolk Lane y veinte criados llorando. —Señaló al carro con un gesto de la mano—. Estas personas son nobles de alto rango. No podéis tratarlos

como ladrones y meterlos en carros. Es obvio que no estabais capacitado para este cometido.

Dudley se encontraba de espaldas a mí. No alcancé a ver su reacción al ser el blanco de las burlas del duque, quedando en ridículo delante de todos los hombres y también de nosotros, los prisioneros.

Sin esperar una respuesta, Norfolk saltó al suelo desde el caballo y se acercó con paso firme a nuestro carro. A la luz de la antorcha su rostro apareció salpicado de arrugas aún más profundas que las que yo había podido ver un año antes. Se movía todavía como un hombre joven con el rostro de una calavera.

—Barón Montagu, sir Edward, ¿os han tratado mal? —ladró—. ¿Quién es la mujer que os acompaña?

Solo cuando estuvo lo bastante cerca como para tocar la pared del carro me reconoció.

—Por la sangre de Cristo, no puede ser cierto —aulló—. Joanna Stafford, ¿qué estáis haciendo aquí?

Dudley desmontó y los dos hombres se quedaron a escasos centímetros de mí, discutiendo sobre mi inclusión en el arresto de la noche. Dudley estaba obviamente en un error, puesto que mi nombre no aparecía en ninguna de las órdenes de arresto y yo no había dicho ni hecho nada que pudiera incriminarme. Pero precisamente por eso defendía su decisión con testarudez.

Norfolk no me hizo una sola pregunta. Todos esos hombres hablaban de mí, de mi compromiso putativo con Montagu, de mi estancia en la Rosa Roja e incluso de mi previo noviciado en el priorato de Dartford, pero en ningún momento se dirigieron a mí, lo cual me resultó tremendamente confuso. ¿Por qué iba a importarle mi suerte al duque de Norfolk? De hecho, tendría que haber estado encantado con mi arresto. El año anterior había sido él quien había dirigido el interrogatorio por mi posible traición relacionada con la ejecución de mi prima Margaret. Norfolk había llegado incluso a abofetearme cuando me había negado a responder a sus preguntas.

—Asumiré personalmente la responsabilidad sobre ella. Quedará bajo mi autoridad —dijo Norfolk, soltando una pequeña nube de gotas de saliva por la comisura de la boca.

—Pero no es miembro de vuestra familia —dijo Dudley.

—¿Acaso no sabéis que mi esposa es una Stafford y que esta joven es su prima hermana? —replicó Norfolk—. Mi cuñado, lord Henry Stafford, me ha dejado a cargo del bienestar de los Stafford y de los Howard.

—Eso no es cierto —dije, aunque nadie salvo Montagu me oyó.

—No digáis nada —me advirtió—. Mejor Norfolk que la Torre.

Negué con la cabeza.

—Son prácticamente lo mismo.

Pero al instante siguiente, quedó decidido. Los cortesanos del rey rescindieron mi arresto. Debían dejarme en libertad de inmediato. Norfolk se acercó aún más para hablar con Henry Courtenay. Dudley montó en su caballo para volver a ocupar su lugar a la cabeza del grupo. Me lanzó una última mirada llena de odio cuando pasó al trote. Le di la espalda y me volví a mirar al barón Montagu.

Nada que pudiera decirle parecía suficiente. El barón iría a la Torre y yo, inexplicablemente, había recobrado la libertad. ¿Y qué éramos el uno para el otro? Nada. Todo.

—Rezaré por vos —dije por fin.

En sus labios se dibujó una sonrisa.

—Ah, sí. Casi llegasteis a ser monja. Una mujer por la que esta noche dos hombres han estado dispuestos a dar la vida. Qué increíble. —Tomó mi mano y la besó.

Los hombres del duque de Norfolk se adelantaron y me ayudaron a bajar del carro. Descendí de él con mucha más delicadeza de la que había hecho uso para subir. El duque en persona regresó en ese momento y gritó:

—Buscadle un caballo.

Dicho eso, fue hasta su montura al tiempo que profería más órdenes a los desperdigados criados de los Howard.

—Adiós —susurré al barón Montagu.

Él asintió y después le gritó al duque de Norfolk.

—¿Una palabra, Excelencia?

Aunque Norfolk estaba a punto de montar en su caballo, regresó al carro para oír lo que Montagu quería decirle. Yo jamás lo había visto mostrar

semejante respeto por nadie salvo por el obispo Gardiner y supuse que también por el rey.

—Ahora no queda nadie más que vos, Howard —dijo Montagu—. Preparaos.

El duque de Norfolk se estremeció muy levemente —solo Montagu y yo pudimos detectarlo— e inclinó la cabeza. Un látigo restalló sobre el lomo de los caballos que tiraban del carro en el que viajaban los Pole. Norfolk tendió de pronto la mano, agarrándose a la pared del carro al tiempo que este arrancaba con tal ímpetu que a punto estuvo de arrastrarlo con él y tirarlo al suelo.

Montagu no volvió la vista atrás. Siguió sentado de perfil, con la cabeza alta. Quise pensar que ese famoso orgullo suyo —tantas veces confundido con arrogancia— lo ayudaría. Era lo único que le quedaba.

Miré al duque de Norfolk, que seguía plantado a unos centímetros de mí. Parecía aterradoramente alto hasta que te acercabas a él. En ese momento, su envejecido rostro estaba contraído en una mueca.

Se dio cuenta de que lo observaba y me miró, ceñudo.

—Vamos —dijo.

—¿Adónde? —pregunté.

Uno de los hombres de Norfolk que llevaba una barba pelirroja se adelantó.

—Excelencia, ha venido un hombre que…

—Richard, ¿es que no puedes resolver nada sin mí, hombre? —preguntó el duque, cuya ira se mezclaba ahora con un profundo cansancio. Haber visto a los Pole, a los Courtenay y a Neville alejándose en sus respectivos carros realmente lo había conmovido.

—Le concierne a ella —dijo Richard, señalando en mi dirección.

Geoffrey. Estaba al otro lado de una fila de hombres vestidos de negro y oro, a la luz de las antorchas.

Geoffrey saludó con una profunda inclinación de cabeza al duque y dijo con una voz firme aunque respetuosa:

—Excelencia, en lo que concierne a la señora Joanna Stafford, yo…

—¡Basta! —Norfolk levantó una mano—. Me resultáis familiar.

Se me paró el corazón en el pecho. ¿Cómo era posible que el duque reconociera a Geoffrey si solo había estado con él durante menos de una hora en el interrogatorio que había tenido lugar hacía más de un año? El duque intentaba recordar mientras Geoffrey y yo esperábamos, sin atrevernos a mirarnos.

—Sí, sí, fue en la celda de la Torre y… —Norfolk se volvió de golpe a mirarme—. Le arrestaron con vos en Smithfield. Dijisteis que no lo conocíais, que no era más que un hombre más de la muchedumbre. Si mal no recuerdo, lo describisteis como un insecto.

Me estremecí. Sí, así era como había descrito a Geoffrey. Había sido un intento desesperado por apartar cualquier sombra de sospecha del joven alguacil. Aunque había logrado liberarlo, mis palabras habían ofendido profundamente a Geoffrey en aquel entonces.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Norfolk.

Fui yo la primera en hablar. No pensaba volver a negar a Geoffrey.

—El alguacil Geoffrey Scovill es amigo mío —contesté.

El duque de Norfolk me miró sin disimular su incredulidad. Los otros hombres también me miraron, con mi vestido de hilo de oro, y se volvieron después a mirar a Geoffrey, con su atuendo de hombre común.

—Por las llagas de Cristo —blasfemó el duque, y después se rio. Sin duda disfrutaba sobremanera de lo que tenía delante y del hecho de haber descubierto nuestra relación. El pesar por los arrestos de sus nobles pares desapareció como por encanto. Odié su blasfemia tanto como odié aquella risa tosca y burlona.

—Entiendo que Montagu no tenía la menor idea de que iba a compartiros con este joven.

—No pienso responder a tan indecoroso comentario —repliqué.

—¿Me estáis llamando indecoroso? —preguntó el duque.

En un intento por defender su dignidad, Geoffrey dijo:

—Excelencia, soy un representante legal de la villa de Dartford, donde reside la señora Stafford, y por la autoridad que mi cargo me otorga pido escoltarla a ella y a su primo, Arthur Bulmer, de regreso a su casa.

El duque frunció el ceño.

—¿Arthur Bulmer?

—El hijo de Margaret —dije—. Está en estos momentos en la Rosa Roja, dormido en su habitación del primer piso. Ahora que sus padres han muerto, yo soy su tutora.

La risa procaz del duque quedó silenciada. Era él quien había arrestado a los padres de Arthur en el norte de Inglaterra cuando comandaba las fuerzas del rey durante la rebelión. Los había llevado a Londres para que fueran juzgados. Y Margaret había sido la hermanastra de su esposa.

El duque se detuvo a pensar durante un momento.

—Arthur Bulmer regresará a Dartford. El alguacil puede encargarse de su custodia. Pero vos, Joanna, me acompañaréis.

—¿Por qué? —pregunté—. Le habéis dicho a lord Dudley que no soy culpable de ningún crimen, que mi nombre jamás se ha visto involucrado en ninguna investigación por traición.

—Si habéis oído eso, también habréis oído que soy yo quien toma ahora las decisiones en nombre de la familia Stafford —respondió Norfolk.

Protesté su decisión, y Geoffrey volvió a intentar interceder. Pero el duque de Norfolk había tomado su determinación.

Me volví hacia Geoffrey.

—Arthur se pondrá como loco, llorará y chillará —dije—. Aunque os recuerde del priorato, no os será fácil.

—Puedo ocuparme de él, Joanna —me tranquilizó.

—Por favor, llevadlo a ver a la hermana Winifred y al hermano Edmund enseguida —insistí.

—Me ocuparé de todo, Joanna. Cuidaremos de Arthur —bajó la voz y dijo, casi en un susurro—: Y él y yo volveremos a reunirnos con vos muy pronto.

El duque de Norfolk les gritó a sus hombres que estábamos a punto de partir. Un hombre se adelantó con una yegua y me ayudó a montar en ella.

—Tengo algo más que decir —anunció el duque, cogiendo las riendas de su caballo—. Vos, Geoffrey Scovill, no debéis volver a buscar a Joanna. A la prima de mi esposa le gustan los plebeyos. Hasta ahora he sido benévolo con ambos, porque el de Joanna es un gusto que comparto con ella. Pero se acabó. No puede haber más escándalos en la familia.

El noble de más alto rango del reino señaló entonces a Geoffrey.

—Si vuelvo a veros en compañía de la señora Stafford, haré que os cuelguen. ¿Entendido?

No pude verle la cara a Geoffrey, pero sí pude oírle la voz. Era una voz grave y sumisa.

—Entendido, excelencia.

—Muy bien. —El duque golpeó con la mano el flanco de su caballo, que salió al galope, y el resto de los hombres lo imitaron. Mi animal estaba tan bien adiestrado que apenas tuve que sacudir las riendas. Norfolk se movió deprisa y sus hombres y los caballos de estos sabían perfectamente cómo seguir su ritmo.

Me volví a un lado y a otro sobre la silla, pero no vi ni rastro de Geoffrey. Había dejado de seguirme. Ningún hombre en su sano juicio lo habría hecho después de haber oído la amenaza del duque. A partir de ese momento, mi suerte estaba a merced del duque de Norfolk.

OceanofPDF.com

23

Mi cabeza era un hervidero de cavilaciones mientras seguía al duque por Lower Thames Street. Cómo iba a ingeniármelas. ¿Cómo iba a poder librarme de Norfolk? Tenía que haber algún modo de regresar a Dartford sin poner en peligro la vida de Geoffrey. Mis buenos amigos, mis sueños de independencia, no podía renunciar a ellos por el castillo de Stafford.

Norfolk giró bruscamente y se dirigió directamente al trote hacia el Támesis. Lo oí gritar pidiendo un bote. Cruzaríamos el río en él en una travesía nocturna. El destino del duque debía de ser Howard House, su residencia de Southwark. Yo había estado ya en su inmensa casa de Londres con el hermano Edmund en un día, sin duda, aciago.

Los barqueros me ayudaron a subir a la barca. Solo tres de nosotros cruzaríamos en ella hasta la otra orilla: el duque, su criado Richard y yo. Vi cómo los demás hombres se alejaban al galope hacia el puente y me pregunté por qué nos habríamos dividido en dos grupos.

—Excelencia, ¿puedo preguntar? —dije.

—No, no podéis —replicó hoscamente Norfolk—. No admitiré ninguna pregunta, ni tampoco la súplica o el lloriqueo de ninguna mujer.

Dicho esto, empezamos a alejarnos de la orilla norte. No se oía ruido alguno salvo los gruñidos de los barqueros, que tiraban con fuerza de los remos. No era una travesía fácil: las mareas eran fuertes y se movían contra nosotros. No entendía por qué Norfolk había decidido cruzar el río de ese modo. Indudablemente, era mucho más sensato cruzar por el puente hacia Southwark.

Soplaba un viento frío sobre las aguas agitadas y gélidas del río. Me abracé y me encogí, tiritando. El agua del fondo de la barca me había empapado las chinelas prestadas de terciopelo. Una mano me tocó el hombro. Richard me dio una áspera manta que había obtenido de manos del barquero.

—Gracias —susurré.

Richard asintió sin apartar sus recelosos ojos del duque, que iba encogido en su asiento de proa.

La barca por fin llegó a un gran muelle de la orilla sur. Unas antorchas recién encendidas se cernían sobre el agua. Cuatro hombres bajaron corriendo los escalones hasta el amarre.

—Bienvenido, excelencia —gritó uno de ellos. No me sorprendió que los habitantes de Southwark reconocieran a simple vista al duque de Norfolk, pues era sin duda un noble célebre. Sin embargo, no me parecieron la clase de hombres que se ganaban la vida en el muelle de un río. ¿Dónde estábamos? Un alto muro ocultaba lo que había al otro lado.

Subimos los estrechos escalones de piedra que llevaban a lo alto de la orilla. El viento gélido que ascendía en violentas ráfagas desde el río me provocó un fuerte escozor en los ojos y empezó a gotearme la nariz. Sentí los pies entumecidos en las chinelas empapadas. Un hueco en el muro daba acceso a una estrecha calle que cruzaba un frondoso parque. En el extremo opuesto había un arco. Detrás de él se elevaba un gran edificio, aunque los árboles lo ocultaban en su mayor parte. El muelle era propiedad exclusiva de una única y próspera residencia. Pero no se trataba de Howard House. Me acordé entonces de que la casa solariega que Norfolk tenía en Londres estaba situada a poco más de dos kilómetros del río.

Seguí al duque de Norfolk y a Richard por una callejuela perfectamente barrida. Los árboles bordeaban ambos lados. Sus ramas desnudas se entrecruzaban sobre nuestras cabezas como una celosía. La callejuela estaba sumida en una profunda oscuridad.

La fila de árboles tocó a su fin. Salí al claro y me encontré cara a cara con una mujer pálida que me miraba fijamente. Me tambaleé hacia atrás y me caí en el frío suelo. Me llevó un instante darme cuenta de que era una estatua, la estatua de mármol blanco de una mujer que bailaba, o quizá fuera un ángel alzando el vuelo, huyendo de la tierra. De pronto, también yo estuve tentada de huir. Delante de mí, el duque había cruzado el arco sin detenerse a esperarme. Podría ocultarme en el bosque o volver corriendo al muelle.

Pero una ráfaga de brisa nocturna volvió a estremecerme. Me moriría de frío si no encontraba refugio, o al menos el modo de obtenerlo.

En cuanto crucé el arco, se me aceleró la respiración. Había entrado en un bullicioso patio, iluminado con antorchas. A un lado aguardaban los caballos, con media docena de criados elegantemente vestidos de pie junto a ellos. No formaban parte del servicio de los Howard: trabajaban para otros nobles de alto rango. Dos jóvenes sirvientes cruzaron el patio portando con suma cautela unas jarras de cerámica vidriada.

En el lado más alejado del patio había un castillo con un pórtico de tejado a dos aguas y un campanario. En las ventanas de los tres pisos parpadeaban las luces. Obviamente, aquel era un castillo plenamente habitado. Pero ¿de quién?

Norfolk cruzó de un brinco la entrada principal del castillo, cuya puerta estaba coronada por la inicial «W». Richard se volvió y me indicó con un gesto de la mano que lo siguiera antes de echar a correr para alcanzar al duque.

Dentro, el duque me gritó que esperara al tiempo que él entraba a una habitación situada al fondo.

Casi me derrumbé en la primera silla que encontré en la caldeada galería. Empezaron a desentumecérseme los pies. El olor a hierbas dulces procedente de los juncos repartidos por el suelo impregnaba el aire.

Al verme sentada en una galería como aquella, empecé a recuperarme y a dar rienda suelta a mi curiosidad. Lo primero que me llamó la atención fue un gran cuadro de Nuestro Señor Jesucristo. Una vibrante luz dorada daba vida al lienzo. Nuestro Salvador miraba desde el cuadro con sinceridad y con una tierna inmediatez que hasta entonces yo jamás había experimentado. Era como si me mirara directamente a los ojos, por no decir al alma. Esa vivaz obra debía de haber sido pintada en Roma por uno de los genios más venerados del Santo Padre. Ahora que lo pienso, la realista estatua del parque también estaba exquisitamente realizada. Me sentí humillada en presencia de un arte como aquel. Ese era uno de los aspectos más trágicos de la Reforma: el virulento odio que sus líderes mostraban hacia el arte.

Un joven vestido de terciopelo con un pergamino enrollado en la mano me saludó al pasar con una inclinación de cabeza. Un instante después oí la murmurada conversación de otros dos hombres que paseaban relajadamente

por el pórtico. A juzgar por los alzacuellos y el negro atuendo, supe enseguida que eran sacerdotes. Cuando llegaron donde estaba Richard, entablaron con él una afable conversación.

¿Qué lugar era ese? No era un palacio ni tampoco una catedral y, a pesar de que la religión estaba indudablemente vinculada a gran parte de mi entorno, no se trataba de un monasterio. Parecía la residencia de un príncipe de la Iglesia. Quizá un cardenal. «Pero no quedan cardenales vivos en Inglaterra», me recordé. Jamás volvería a haber otro legado papal en el reino.

Una vez más, presa de la frustración, miré el cuadro. Por imposible que pueda parecer, la expresión de Cristo había cambiado. Con un escalofrío, reconocí lo que había en sus ojos cuando me miraba: pena.

Un obispo. La letra «W». Una persona próxima al duque de Norfolk.

Aquella era la residencia del obispo de Winchester. Stephen Gardiner había dejado de ser el embajador del rey en Francia. Gardiner, mi némesis y maestro, el clérigo para quien yo había hecho las veces de espía en contra de mi voluntad, había regresado.

Me puse en pie. No tenía ningún plan, solo pánico. Una palabra se repetía una y otra vez en mi cabeza: «Huye. Huye. Huye».

No me volví a mirar. Empujé la puerta con todas mis fuerzas para abrirla, pero el joven paje la cerró de golpe. De un salto se interpuso entre la puerta y yo, sin el menor resquicio de sonrisa en el rostro.

—¿Estáis al servicio del obispo Gardiner? —pregunté.

El joven asintió aunque estaba visiblemente confundido, como si no pudiera entender por qué le formulaba una pregunta tan evidente.

—Esto es Winchester House —declaró.

La siguiente voz que oí fue la del duque de Norfolk, que ordenó a Richard que me condujera hasta la galería. Richard me tomó bruscamente del brazo y me lanzó una mirada acusadora.

Mientras Richard me llevaba a la fuerza hasta el fondo de la galería, me acordé de la última vez que había estado en presencia del obispo Gardiner. Durante mi último día en el priorato de Dartford, el obispo me había elogiado y acosado para intentar convencerme de que siguiera espiando para él, aunque había sido en vano. «Desafiadme y lo lamentaréis

amargamente, como les ocurrirá a todos mis enemigos». De modo que aquel era el motivo por el que el duque de Norfolk se había empeñado como lo había hecho en liberarme de las garras de lord Dudley: devolverme a las del obispo de Winchester.

Cuando llegamos a la puerta, Richard llamó dos veces y la abrió de un empujón. Intenté despejar mi rostro de cualquier emoción. Siempre era un error demostrar temor delante de Gardiner.

Esperaba encontrar a dos personas en el interior de la habitación: Gardiner y su mayor aliado, el duque de Norfolk. Y, en efecto, esos dos hombres estaban presentes. Norfolk permanecía de pie junto a la ventana con parteluz: taciturno, con las manos entrelazadas a la espalda. El obispo Gardiner estaba sentado en una mullida silla de respaldo alto sobre un pequeño estrado, con su blanca sotana rozando el suelo. En Winchester House llevaba en la cabeza la mitra obispal. Las gemas brillaban en la base del imperioso cono. Gardiner no había cambiado. Sentí sobre mí esos mismos ojos claros de color miel, escudriñándome, sondeándome y buscando algún signo de debilidad.

Pero había otra silla junto a la suya en el pequeño estrado, y en ella vi sentada a una tercera persona: una figura pequeña y triste, alguien a quien por nada del mundo había esperado encontrar allí.

Era lady María Tudor.

OceanofPDF.com

24

Saludé con una profunda reverencia a la hija mayor del rey, una formal genuflexión hasta el suelo que me había enseñado mi madre antes incluso de haber aprendido a leer.

Lady María parecía enferma. No, peor aún: su luminosa tez blanca se había vuelto fláccida y blancuzca. Tenía los ojos bordeados de rojo.

La princesa me tendió las manos. Subí al estrado para abrazarla y fue como abrazar a una frágil niña y no a una mujer de veintidós años. El crucifijo tachonado de joyas que llevaba al cuello se me clavó de tal modo que creí que me horadaría la piel.

—Gracias a la Virgen que vos al menos estáis sana y salva —susurró antes de soltarme. Y, alzando la voz, añadió—: Siempre os estaré agradecida por lo que habéis conseguido esta noche, Norfolk.

El duque respondió con una envarada inclinación de cabeza. De modo que por eso me había sacado del carro: no porque creyera en mi inocencia, sino para ganarse el favor de la princesa.

Lady María me miró expectante antes de volverse hacia el obispo, que estaba a su lado. Con un nudo en el estómago, di dos pasos hasta situarme directamente delante de Gardiner. Me arrodillé y bajé la cabeza.

Desde debajo de mis párpados entrecerrados vi cómo su mano se tendía hacia mí. Lo que yo había hecho hasta entonces no bastaba. El obispo estaba decidido a exprimir de mí hasta el último resquicio de obediencia. Obedecer de buen grado y jamás contradecir a un superior: esos eran los principios básicos que enseñaban en Dartford. Y yo debía ponerlos en práctica.

Besé el anillo de Gardiner, una pieza de oro con una amatista. Mis labios rozaron la suave mano blanca y me obligué a no estremecerme.

Muy despacio, el obispo retiró la mano y me levanté.

—*Benedictite*, hermana Joanna —dijo con su voz templada.

—*Dominus* —respondí, automáticamente.

—El más fiel de mis obispos ha sido reclamado a Inglaterra después de tres largos años —dijo lady María con una trémula sonrisa.

—Me honráis con vuestra confianza y con vuestro favor —dijo Gardiner.

Sin dejar de manosear su crucifijo, lady María declaró:

—Sois un gran consejero del reino y un gran purificador de la fe.

Las palabras que Orobas había pronunciado hacía dos noches resonaron en mi cabeza: «Lady María lleva una corona y camina con un cardenal y un obispo». ¿Ayudaría Gardiner a reinar a María?

—Mi señora —dije, alzando la voz—, os creía en Hunsdon House, lejos de aquí, en el campo.

—Cromwell ha dicho que lo mejor era que regresara a Londres —respondió—. El lord custodio del Sello Real me tiene más vigilada que nunca. Sigue leyendo cada una de las cartas que escribo y recibo. —Entrecerró los ojos y miró hacia el rincón más alejado de la sala, como si buscara allí la presencia de espías.

—Vuestra intimidad está asegurada en esta sala —dijo afectuosamente el obispo Gardiner—. No corréis ningún peligro en Winchester House. Norfolk y yo somos los más fieles servidores del rey.

Gardiner, ¿un leal súbdito? ¿Él, que me había obligado a registrar mi priorato en busca de una misteriosa reliquia que podría haber puesto freno a la Reforma del rey? Presa de una profunda frustración, acepté que jamás podría penetrar en las profundidades de los engaños del obispo y descubrir a quién servía realmente: al rey, a lady María, al papa o simplemente a sí mismo.

—No entiendo por qué Cromwell me quería ahora cerca de la corte —dijo lady María—. No me ha dado ningún motivo y soy lo suficientemente cauta como para no preguntárselo.

—Debe de ser por los arrestos de esta noche —intervino Norfolk, recorriendo la sala de un lado a otro—. Si llegaba a producirse algún disturbio, si los ciudadanos se levantaban en rebeldía, Cromwell os quería cerca, mi señora. No en el campo, donde teme que azucéis a los descontentos.

—¿Habéis visto acaso algún signo de esa clase de descontento, Thomas?

El duque negó con la cabeza.

—Londres es leal al rey. Jamás se alzaría en armas contra él. Courtenay y Pole no cuentan con el apoyo popular.

—No había ninguna rebelión planeada —estallé—. Esos hombres son leales. —Me volví hacia Norfolk—. ¿Qué evidencia podría haberle dado a Cromwell sir Godfrey Pole? Dudley ha dicho que sir Pole ha ofrecido su información por voluntad propia. ¿Es eso cierto?

Norfolk se detuvo en seco y soltó un bufido.

—A Godfrey lo llevaron a la Torre y ha sido repetidamente interrogado por hombres altamente cualificados en esas lides, y ha claudicado. Después ha intentado quitarse la vida. Me dicen que se clavó un cuchillo, pero que la hoja estaba demasiado desafilada para que el estúpido pudiera quedar seriamente herido.

Hice la señal de la cruz al tiempo que nuevas lágrimas velaban los ojos de lady María.

El obispo Gardiner acarició protectoramente el brazo de la princesa y dijo:

—No es necesario que insistamos en los tristes detalles de este asunto.

Pero eso fue exactamente lo que hice.

—Disculpadme, lady María, pero sigo sin creerlo. —Fingí no ver la mirada gélida del obispo—. Juraría por mi vida que Henry Courtenay jamás ha conspirado contra el rey. Tampoco puedo imaginar que el barón Montagu o sir Edward Neville lo hayan hecho.

Lady María se secó los ojos con el pañuelo y dijo:

—¿Y bien, Norfolk? ¿Cuáles son los motivos del arresto?

—Solo he oído rumores. Únicamente Cromwell y el rey los conocen —respondió Norfolk, cuyo rostro se ensombreció. Obviamente odiaba que el lord custodio del Sello Real lo mantuviera en la ignorancia—. Huelga decir que el peor crimen cometido por Montagu es que el cardenal Pole sea su hermano menor. Tengo entendido que lo que el otro hermano confesó en la Torre fue poco más que una sarta de quejas. En una ocasión, Montagu dijo que quienes servían al rey eran un atajo de rufianes y de herejes. Dicen

haber oído que Courtenay se ha lamentado por los cambios instaurados por el rey en materia de religión.

—¿Y eso es todo? —pregunté, perpleja.

—Una reciente ley aprobada por el Parlamento declara que se considera alta traición desear, anhelar o promover maliciosamente, de palabra o por escrito, o inventar, imaginar, practicar o intentar infligir daño físico a la regia persona del rey —declaró Gardiner—. Prácticamente cualquier cosa puede adecuarse para que encaje con esa definición.

Lady María daba vueltas, visiblemente aturdida, a un largo mechón de oscuro pelo rojo que había logrado escapar de debajo de su tocado español.

—Mis pobres amigos —dijo—. Tan buena gente Los Pole son la familia inglesa a la que mi madre quiso por encima de todas las demás. Sir Edward Neville es un alma noble. Gertrude Courtenay ha hecho más por mí de lo que cualquier otra dama ha osado hacer, y Henry es muy afectuoso, siempre lo ha sido.

Las palabras de lady María eran casi idénticas a las que el barón Montagu había pronunciado horas antes. El obispo Gardiner me observó con atención. Me mordí la mejilla, en un desesperado intento por acallar mi temperamento.

—Mientras el emperador Carlos y el rey de Francia sigan enfrentados a Inglaterra —dijo el obispo—, el rey no podrá permitir ninguna queja en su corte. Si hubiera una invasión y una guerra, un grupo de nobles desleales podría unir sus fuerzas a las del emperador Carlos.

Una mirada distante se apoderó de lady María. Con su oscuro pelo rojo, los ojos azules y la tez blanca, no había en ella ni un solo rasgo que delatara su sangre española. De hecho, el color de mi tez y de mi cabello me hacían parecer mucho más extranjera que ella. Sin embargo, en ese momento, ausente como estaba, era sin duda la nieta de la reina Isabel de Castilla y del rey Fernando de Aragón. ¿Qué ocurriría si su primo, el emperador, decidía conquistar Inglaterra? Yo sabía que ese era el sueño de Gertrude. ¿Era acaso posible que hubiera comentado en alguna ocasión ese sueño con la princesa?

El duque de Norfolk se aclaró la garganta.

—Lady María, también yo contaba con esos hombres entre mis amigos, pero debemos reconocer que su arresto os dará una mayor seguridad.

—No me digáis eso —dijo ella, con una voz en la que se adivinó la firmeza de una orden—. Jamás desearía un sacrificio de sangre de ningún buen cristiano para que a cambio pudiera dormir más segura en mi lecho por la noche.

De pronto, se encorvó en la silla.

—Oh, no alcanzáis a imaginar lo que significa ser la causa de semejante sufrimiento —gimió—. Nadie ha podido imaginarlo jamás, salvo mi madre. Los hombres padecieron el martirio, prefirieron el cadalso antes que abandonar su causa. Cómo es posible que esto me ocurra ahora a mí. —Las lágrimas surcaron las marchitas mejillas de la princesa.

Gardiner dijo que lady María había soportado ya suficiente sufrimiento por una noche. Norfolk se encargó de ordenar al séquito de la princesa que prepara su partida.

Lady María volvió a tenderme las manos, reclamando mi abrazo.

—No sé cuándo volveremos a vernos, Joanna. Por favor, por favor, mostrad mayor cautela a partir de hoy.

Con suavidad me desasí de lady María.

—Disculpadme, pero no os entiendo —dije—. ¿Mayor que cuándo?

La princesa suspiró.

—No fue una decisión acertada la de alojaros varias semanas en casa de Gertrude Courtenay. Si bien es cierto que la tengo en gran estima, puede dejarse llevar por insensatas pasiones. Debo admitir que me sorprendió enterarme de que vos y ella os habíais convertido en tan íntimas compañeras. Os creía feliz en vuestras habitaciones de Dartford.

—¿No fuisteis vos quien envió a Gertrude a Dartford para que me encontrara y me llevara a su casa? —pregunté despacio—. Eso es lo que ella me dijo.

Lady María se mostró aún más perpleja.

—¿Y por qué iba a hacer algo así? Es cierto que el año pasado mantuve correspondencia con Gertrude, pero jamás escribí sobre otros amigos míos en esas cartas. Habría sido una insensatez obrar de tal modo.

No tuve ocasión de decir nada más, pues Norfolk volvió a aparecer con el séquito de la princesa. Lady María se volvió a mirarme y dijo fervientemente:

—Joanna, debemos tener fe en el Altísimo, hacedor y redentor. Rezadle a la pura y bendita Virgen por la suerte de nuestros queridos amigos.

Le prometí que así lo haría y se marchó.

Los hombres que habían estado esperando fuera irrumpieron en la sala: Richard, el servidor de Norfolk, y los dos sacerdotes de Winchester House. El obispo tomó unos documentos de la mano del mayor de los tres hombres.

—Me gustaría saber —musitó, paseando la mirada por el papel— quién le dijo a Gertrude Courtenay que podía encontraros en Dartford y llevaros a la Rosa Roja.

Manteniendo la voz todo lo calma que pude, respondí:

—Quizá yo me haya confundido.

El obispo Gardiner devolvió la primera hoja de papel a su asistente y pidió con un gesto la segunda.

—Sí, sé muy bien que sois muy capaz de cometer errores —dijo.

No debía morder el anzuelo que me tendía Gardiner. Era preferible que me considerara una incompetente a que supiera que nunca le había contado toda la verdad sobre lo que había encontrado en el priorato de Dartford.

Mientras los ojos de Gardiner recorrían el segundo documento, se hizo el silencio en la sala. Norfolk y Richard se habían marchado sin que yo me hubiera dado cuenta de ello. ¿Se habría ido definitivamente el duque de Norfolk de Winchester House? A pesar del crepitante fuego que ardía en la chimenea, me quedé helada al considerar esa posibilidad.

El obispo se reclinó en su inmensa silla.

—Habéis apuntado muy alto intentando casaros con Montagu —dijo con esa voz suave y cavilosa que yo tan bien conocía—. Hay quien consideraba que tenía derechos al trono. ¿Acaso os creíais merecedora de convertiros en reina de Inglaterra?

—Soy una leal súbdita del rey, como lo sois vos —respondí.

Una sonrisa asomó en su rostro.

—El año pasado, cuando os sugerí que os casarais para mantener las apariencias y ayudar así mejor a la causa de la verdadera fe, me gritasteis

con esa grosería que os es propia. En aquel entonces, yo ignoraba que os estabais reservando para un premio como Montagu. Y un hombre tan sofisticado…, no el marido que yo había imaginado para vos. Aunque eso poco importa ahora. Jamás seréis baronesa.

De pronto, se hizo la luz y comprendí.

—A vos os trae sin cuidado lo que le ocurra a Montagu, a los Courtenay o a Neville —susurré.

—Son prescindibles —respondió sin perder la calma—. Como también lo sois vos, hermana Joanna. Me traería sin cuidado que volvieran a encerraros en la Torre de no ser porque os habéis congraciado con lady María. Mientras la hija de Su Majestad se preocupe por vuestro bienestar, también seguiré haciéndolo yo.

—No necesito vuestra solicitud —dije. Mis desesperados esfuerzos por controlar mi mal genio estaban empezando a hacer aguas. No tardarían en fracasar del todo.

Gardiner me estudió en silencio durante un instante.

—¿Sabéis?, ni siquiera estoy seguro de la legalidad de una unión entre un hombre y una mujer que ha tomado los votos de castidad por voluntad propia. El rey se ha pronunciado en varias ocasiones sobre esta cuestión. Lo trataré con él durante mi próxima audiencia.

Recibí con gran alivio la reaparición de Norfolk. Durante un momento se reunió con Gardiner antes de indicarme que lo siguiera con un gesto de la mano.

—Hora de irnos —dijo.

—Esperad, Thomas —intervino Gardiner. Murmuró algo a uno de sus secuaces y un instante después entró en la sala un paje con una capa sobre sus brazos extendidos. Era de terciopelo negro y llevaba la «W» bordada en oro.

—No quisiéramos que la protegida de lady María se enfriara —dijo.

—Os lo agradezco, obispo Gardiner —dije con los dientes apretados, envolviéndome con la pesada capa.

—*Di te incolumen custodiant* —respondió, haciendo trinar la chanza latina en su lengua.

En la cercana Howard House, una alta antorcha llameaba delante de la entrada de la inmensa casa solariega. Había un hombre repantigado al lado, profundamente dormido. Norfolk bajó de un salto del caballo y le propinó una patada en la pierna.

—¡Despierta, perro! —gritó.

Aterrados, los criados salieron entonces a toda prisa por la puerta. Otros aparecieron por una de las esquinas de la casa para llevarse nuestras monturas a las cuadras de los Howard.

Richard me ayudó a bajar del caballo. Era tal mi agotamiento que me dolían las piernas, los brazos, los pies, el cuello, los hombros y hasta las yemas de los dedos.

—¿Cuánto tiempo voy a quedarme aquí? —pregunté con voz pastosa.

Richard se encogió de hombros.

Norfolk oyó mi pregunta y dijo:

—El tiempo necesario para disponerlo todo y mandaros al castillo de Stafford. —Se volvió hacia una criada de adusta mirada—. Encontradle una habitación.

Mis habitaciones, esa primera noche en Howard House, eran a todas luces indignas, se mirara como se mirara. Las sábanas no estaban limpias y había copas sucias en una mesa. Pero yo no podía dejar de pensar en los prisioneros encerrados en la Torre de Londres y en la suerte de celdas en las que estarían apiñados esa noche. Apagué de un soplido el pequeño tocón de vela y me desplomé en el lecho. Todavía llevaba el vestido de hilo de plata que Gertrude había encargado para mí y la pesada capa que Gardiner me había obligado a ponerme sobre los hombros. No llevaba ninguna pertenencia personal. O dormía con aquellas absurdas prendas o me acostaba desnuda entre las sábanas sucias.

Tendría que haber perdido la conciencia enseguida, pero los prisioneros no dejaban de aparecerse ante mí, tanto si mantenía los ojos abiertos como si los cerraba: Gertrude, con su mirada implorante; Henry Courtenay, abrazado a su sollozante pequeño; el barón Montagu, disimulando su terror bajo una máscara de arrogancia; Geoffrey, intentando por todos los medios

ponerme a salvo, aunque sin llegar a conseguirlo nunca del todo; y por último James, levantando la cabeza ensangrentada de su hermano gemelo de la calle. Cada una de esas visiones me desgarró de un modo distinto.

Le había dicho al barón Montagu que rezaría por él y también se lo había prometido a lady María. Y eso fue lo que hice. Las susurradas plegarias llenaron mi habitación sucia y oscura, pero no tardaron en verse engullidas por los sonidos que habitaban mi cabeza: los gritos y los sollozos, los cascos de caballos en Lower Thames Street, el chapoteo de remos en el Támesis y la voz de un hombre. Era la voz de Stephen Gardiner, repitiendo una y otra vez la misma frase:

«Me gustaría saber quién le dijo a Gertrude Courtenay que podía dar con vos en Dartford y llevaros a la Rosa Roja».

OceanofPDF.com

25

—Despertad, Joanna —dijo una voz de mujer—. Ah, seguís siendo una de las personas a las que más les cuesta levantarse por la mañana.

Abrí los ojos y me vi de pronto en una pequeña habitación en la que entraba el sol a raudales. Sentada a mi lado en el lecho había una mujer de rostro alargado y de mediana edad: era mi prima Elizabeth, la duquesa de Norfolk.

Su presencia en casa de su esposo no tenía sentido. El matrimonio del duque con la duquesa de Norfolk era el más infeliz de toda Inglaterra. El odio que se profesaban había estallado a menudo en gritos e incluso en golpes hasta que, cinco años antes, mi prima había cesado de compartir el mismo techo con el duque. Había vivido desde entonces sola en Hertfordshire, negándose a conceder el divorcio o a reconciliarse con el duque de Norfolk.

Elizabeth cogió un pliegue de la tela de hilo de plata de mi vestido con ambas manos, sosteniéndolo a la luz.

—¿De dónde habéis sacado este vestido? —preguntó.

—Me lo regaló Gertrude Courtenay —mascullé. Me dolía la garganta y me daba vueltas la cabeza debido a la falta de comida—. ¿Sabéis lo que ocurrió anoche?

Volvió a sentarse en el borde del lecho.

—Sí. Es terrible —dijo calmadamente—. Ordenaré que os traigan comida, bebida y ropa. Si fuera la casa de mi padre, todo estaría aquí en cuestión de unos minutos, pero es la casa de un Howard y yo llevo aquí apenas una semana. Todavía no tengo al servicio en mi mano. De modo que quizá tarde una hora.

—Esperad…, Elizabeth —alcé la voz—. ¿Qué va a ocurrirme?

—Os enviarán lo antes posible al castillo de Stafford. El secretario de Howard le escribirá hoy una carta a mi hermano. Cuando el duque regrese de la corte, se firmará y se enviará la carta.

Me senté en la cama y dije:

—Pero mi casa está en Dartford. Arthur debe de estar ya allí. Mis amigos también y mi vida. Por favor, tenéis que ayudarme.

Elizabeth frunció el ceño.

—No seáis pesada, Joanna. Todo está decidido. Cuando llegue el momento, mandarán también a Arthur al castillo de Stafford. Pero no puede vivir en Howard House. El duque no quiere ni oír hablar de eso. —Abrió la puerta—. Podéis ir a verme a mi sala de visitas más tarde, pero en ningún caso lo hagáis si vuestra intención es arengarme. Vuestros berrinches siempre me producen dolor de cabeza.

Y, con un floreo de su falda oscura, se marchó.

La duquesa de Norfolk estaba en lo cierto: pasó casi una hora hasta que por fin llegó un tazón de cerveza clara y un trozo de pan, aunque eso me dio tiempo para pensar. Y en cuanto las fuerzas renovadas inundaron mi cuerpo, estuve preparada para intentar poner en marcha un plan.

No iba a permitir que me mandaran a ninguna parte que no fuera Dartford. Haría cualquier cosa para encontrar el modo de volver a casa.

Elizabeth y yo nunca nos habíamos llevado bien. Ella tenía diecisiete años más que yo. Entre las mujeres de la familia Stafford, era ella, la hija mayor del duque de Buckingham, quien reinaba sobre las demás. Mi lugar estaba casi a la cola, por no decir a la cola. Aun así, Margaret, la hermanastra menor de Elizabeth, había sido mi amiga de infancia. Tras la ejecución del duque de Buckingham, Margaret se había trasladado a vivir con su infeliz hermana. Yo las veía durante sus visitas y además Margaret me escribía muy a menudo. De ahí que yo algo supiera acerca de los cambios de humor de Elizabeth.

Oí la voz afilada de la duquesa desde el exterior de su sala de visitas.

—¿Tengo que volver a soportar esto? —preguntó—. ¿No recordáis nada de lo que os he enseñado?

Entré.

Elizabeth estaba de pie delante de una mesa, de brazos cruzados y con un rictus severo en los labios. Había varios objetos dispuestos sobre la mesa: platos y copas de peltre y diminutos montones de sal en sus

respectivos platos. Y un cuchillo grande. Era sin duda un extraño conjunto, y sin embargo me resultó familiar.

Al otro lado de la mesa balbuceaba una muchacha de unos dieciséis años, baja y casi rechoncha, de largos y cobrizos cabellos. No era la hija de la duquesa. Durante mi única visita a Howard House, en el curso de una mascarada que había celebrado el hijo mayor de Elizabeth, el conde de Surrey, había conocido a esa muchacha. Era Catherine Howard, una de las varias sobrinas del duque de Norfolk. La recordaba risueña y encantadora, y con unos profundos hoyuelos en las mejillas. Saltaba a la vista que los hoyuelos habían desaparecido. Catherine estaba paralizada por la indecisión, con la mano cerniéndose sobre el cuchillo.

—Debéis postraros tres veces antes de tocarlo —dijo Elizabeth.

—¿El cuchillo o el salón? —susurró la muchacha.

Elizabeth levantó bruscamente las manos.

—¿Veis con lo que tengo que bregar, Joanna? —preguntó al verme entrar en la habitación—. Mi esposo me ha pedido que le enseñe a servir en la corte. Los Howard están haciendo de ella su candidata a dama de honor. Catherine no solo tiene la edad adecuada, sino que es además lo suficiente hermosa para aspirar al puesto. ¡Pero no sabe nada! Sus únicos talentos son tocar el laúd y bailar. Los Howard no le han enseñado nada serio —apenas sabe leer—, ¡y aun así esperan que sirva a una reina criada en París o en Bruselas! Habrase visto ridiculez semejante.

Catherine, roja como la grana de vergüenza, me miró. El reconocimiento destelló en sus ojos. También ella se acordaba de mí.

Me acerqué a la mesa.

—Debéis hacer la mayor de las reverencias ante el cuchillo —le aclaré —. Frotáis el plato con un poco de sal. Acto seguido, ponéis un montoncito de sal en el cuchillo.

—Os agradezco mucho vuestra ayuda —me dijo la joven, y al instante una sonrisa le devolvió la hermosura que yo recordaba haber visto en ella —. Pero ¿cómo sabéis estas cosas, señora?

—Mi madre me enseñó a preparar el almuerzo para la sala de audiencias de la reina —dije.

La duquesa dijo entonces, aprobatoriamente:

—La madre de Joanna fue educada en España, donde cuentan con los requisitos más exigentes en lo que se refiere a las damas de la corte. Ella y yo servimos juntas a la reina. Yo fui dama de honor de la reina Catalina de Aragón durante dieciséis años.

—Excelencia, quizá me ayudaría poder entender por qué se hace esto —dijo tímidamente Catherine—. ¿Por qué hay que frotar los platos con sal?

—Tiene que ver con la amenaza de envenenamiento —respondió Elizabeth.

Hubo un destello de interés en los ojos de Catherine.

—¿Acaso alguien ha intentado alguna vez envenenar a una reina de Inglaterra?

—No hasta donde yo sé —reconoció Elizabeth—. Pero el recuerdo de los Borgia y de sus envenenadores sigue todavía muy presente.

—¿Quiénes son los Borgia?

Elizabeth dejó escapar un gemido. Una vez más, tuve que intervenir para explicárselo. No fue fácil. Los crímenes de los Borgia siempre me incomodaban. Había quien decía que los Borgia eran en parte responsables de haber prendido la chispa de la tormenta de fuego de la herejía que en ese momento amenazaba con engullir la cristiandad.

Cuando terminé, Elizabeth se dirigió a un taburete apoyado contra la pared. Cogió bruscamente un bordado y lo agitó hacia mí.

—A esto es a lo que llega Catherine.

Incluso desde el otro extremo de la habitación, los puntos resultaban primitivos. Volví a mirar disimuladamente a Catherine. Ella me miró a su vez, puso los ojos en blanco —me alivió ver que tenía arrestos— e hizo una reverencia.

—Os ruego que me disculpéis por mis limitaciones, Excelencia.

—¿Cuándo tiene prevista su llegada la nueva reina? —pregunté.

—Oh, todavía no hay nada decidido —respondió Elizabeth—. Pero el cerco se estrecha. —Se mordisqueó una uña y dijo—: Catherine, ya he tenido suficiente de vos. Dejadme.

La joven Howard salió apresuradamente de la habitación.

—¿Serviréis a la reina? —le pregunté a mi prima—. Imaginaba que seríais la primera dama de compañía. —Elizabeth había sido la primera

dama de compañía de Catalina de Aragón.

—Es posible.

—En ese caso necesitaréis nuevas prendas para vestir en la corte —dije, dando una palmada en el aire. Intentaba dar la impresión de que acababa de ocurrírseme la idea—. Quiero que os quedéis el vestido de hilo de plata, Elizabeth. Será fácil limpiarlo y zurcirlo. Y el resto de elegantes vestidos que me regaló la marquesa de Exeter también deberías quedároslos. Prácticamente tenemos la misma talla.

A mi prima se le iluminó la cara. Intentó de inmediato disimularlo, pues era plenamente consciente de lo indecoroso de la propuesta.

—Si podemos conseguir sacarlos de la Rosa Roja, en ese caso, sí, podría hacerles un lugar aquí. ¿Estáis segura, Joanna?

—Oh, es mi deseo que os quedéis con la ropa —dije, lo cual era del todo cierto. No volvería a ponérmela.

De pronto, Elizabeth cruzó corriendo la sala y sus brazos me rodearon.

—Qué bondadosa sois, Joanna. Mucho. Si hay algo que yo pueda hacer…

Conté hasta diez antes de responder.

—Podéis hablar con el duque para que en vez de llevarme al castillo de Stafford me permita regresar a Dartford.

Rápidamente puso fin a nuestro familiar abrazo.

—No, no puedo —exclamó—. El duque jamás accedería. Todo esto es culpa vuestra, Joanna. No deberíais haberos instalado en Dartford con ese niño. No era propio. Nadie lo aprobó en su día.

—Ese niño, como vos lo llamáis, es el hijo de Margaret —dije.

—Lo sé, sí —afirmó Elizabeth—, naturalmente que lo sé. —Por primera vez alcancé a vislumbrar un atisbo del afectuoso corazón que, según había oído comentar a Margaret con frecuencia, tenía Elizabeth—. Durante mucho tiempo quise ver a Arthur…, quise estar al lado de Margaret al final. Imposible. Después de las esposas y de las hijas del rey y de lady Margaret, soy la dama de mayor rango del reino, pero carezco por completo de poder.

Elizabeth siempre se había enfurecido contra la inferioridad de nuestro sexo. Otras mujeres eran a diario víctimas de desprecios, sino de abusos.

Elizabeth no. Ese era uno de los motivos que la habían llevado a tomar la asombrosa decisión de dejar a su esposo. Se negaba a someterse a él después de haberse sentido injustamente tratada.

—¿Por qué habéis vuelto a Howard House? —pregunté.

—No tenía elección —respondió—. Cuando lo dejé, mi esposo se negó a darme una asignación decente y yo no tengo dinero propio. Nadie iba a visitarme, ni siquiera mis hijos. Se pusieron de parte de su padre. Gertrude Courtenay, vuestra gran amiga, abandonó mi causa como los demás. Le pregunté a mi hermano Henry si podía volver al castillo de Stafford y vivir con él y su familia, ¿y sabéis lo que hizo? Le escribió a mi esposo para decirle que no me quería allí. Ni siquiera se molestó en escribirme. El escándalo relacionado con mi nombre pesaba demasiado.

—Quizá el primo Henry tampoco me quiera a mí —dije, esperanzada.

Elizabeth agitó una mano en el aire.

—Yo soy la duquesa de Norfolk y vos no sois nadie, Joanna. No es lo mismo. —Suspiró—. Fue Cromwell quien urdió esta reconciliación. Aunque accedí a intentarla, jamás volveré a sentir el menor afecto por él. Mi condición fue que no volviera a pegarme ni a humillarme teniendo a sus furcias bajo mi mismo techo. A cambio, volveré a ocuparme de sus casas, aunque no es tarea fácil. Mi esposo desea celebrar la Navidad a lo grande. Qué ridiculez. Todos los miembros de la familia van y vienen y las cuentas son un auténtico caos. Los Howard son un espanto. Se lo dije a mi padre cuando me obligó a contraer matrimonio. Padre se rio de mí, pero yo no me equivocaba.

Mientras miraba su rostro afligido, tuve otra idea.

—Dejad que os ayude, prima —dije—. Puedo enseñar a Catherine a bordar y el resto de cosas que necesita para convertirse en una adecuada dama de honor. Y os ayudaré con todos los preparativos de la Navidad.

A Elizabeth se le iluminó el rostro.

—¿Haríais eso por mí, Joanna?

Sentí una punzada de culpa por mi engaño, pero me obligué a responder que sí. Southwark estaba muy cerca de Dartford, a dos horas de viaje a caballo. Si conseguía hacerme indispensable allí, quizá encontrara el modo

de volver a casa. Si me obligaban a regresar al castillo de Stafford, me resultaría mucho, muchísimo más difícil.

Elizabeth intercedió ante su esposo y me permitieron quedarme hasta después de la Navidad. Pero mientras siguiera allí debía respetar ciertas normas, pues el duque simplemente no se fiaba de mí. Arthur Bulmer jamás podría entrar en la casa. No podía escribirme con nadie. Tenía prohibido hablar del arresto de los Courtenay, del barón Montagu y de los demás dentro de las paredes de Howard House. No podía leer libros. La última norma me dejó perpleja. Elizabeth me contó que su marido detestaba la lectura y que estaba convencido de que era precisamente la lectura lo que había destruido el reino. La literatura, la teología y la política eran temas prohibidos en Howard House.

Todo el mundo acataba atemorizado los edictos del duque salvo otro miembro de la familia Howard: el conde de Surrey, el hijo de veintiún años y heredero de Norfolk. Surrey incumplía todas las normas.

Durante mi cuarto día de estancia en la casa, apareció durante el almuerzo acompañado de Frances, su esposa. Como Catherine Howard, en cuanto se le refrescó la memoria, me reconoció y recordó haberme visto en la fiesta que había dado el año anterior. Pero en ese momento no eran las festividades lo que le preocupaba. La tensa política de la corte era su principal motivo de preocupación.

—No hay ninguna prueba determinante de traición contra Courtenay ni contra los demás —declaró—. Quizá pasen un largo período de reclusión en la Torre, pero el rey no permitirá que Cromwell mate a esos buenos hombres sin ninguna base que le permita obrar así.

Yo no veía el momento de preguntar a Surrey y saber más sobre mis amigos encerrados en la Torre. Elizabeth, que me conocía bien, me miró y negó con la cabeza en señal de advertencia.

Surrey se puso bruscamente en pie y arrojó una copa a la chimenea. La copa estalló en pedazos.

—Cromwell solo quiere a criaturas mezquinas como él alrededor del rey —rugió.

Mi siguiente encuentro con Surrey resultó ser más alarmante, aunque en esta ocasión a un nivel personal. Mientras dormía, las palabras de un

obsceno griterío estallaron en el pasillo delante de mi habitación.

Entreabrí la puerta y descubrí el motivo de la algarabía. Surrey se encontraba apoyado contra la pared y su madre estaba con él.

—Vos —gritó—, sois vos la que odia a mi padre.

Entró violentamente en mi habitación, abriendo de un empujón la puerta con tanta furia que los trozos de madera saltaron por el aire.

—Hablaré con vuestra prima —dijo.

Cuando lo tuve cerca, olí el vómito que impregnaba su ropa. El conde tenía la cara enrojecida y brillante. Los hombres bebían demasiado vino, bien que lo sabía. Pero su nivel de ebriedad era simplemente espantoso.

—También es prima vuestra —apuntó Elizabeth, preocupada por mí. Pero eso no hizo sino provocar que Surrey se volviera hacia ella.

—No quiero hablar con vos —gruñó—. Quiero hablar con Joanna Stafford.

—Hacedlo pues —dije, enojada—. Decid lo que tengáis que decir y dejadme.

Surrey empujó a su madre fuera y cerró la puerta.

—Sé lo que la gente murmura a mis espaldas. Que mi padre fue el proxeneta de Ana Bolena. Eso es una maldita mentira. Los Bolena nunca le hicieron caso. Siempre hicieron lo que quisieron. ¿Y qué sacamos al fin y al cabo de ese matrimonio? Nada. Mi padre me dijo que ella le había hablado peor que a un perro.

Me asaltó de pronto un recuerdo. Pocos días antes de su muerte, mi padre me había contado una sórdida historia sobre Norfolk. Cuando la reina Ana estaba embarazada, el rey se había fijado en mi hermosa prima Margaret y había pretendido a la hija del hombre al que había matado. Quiso que le llevaran a Margaret a su lecho. Norfolk intentó obligarla a que cediera a los deseos del rey, creyendo que su cuñada sería para él fuente de beneficios. Cuando una rebelde Margaret huyó de la corte, mi padre la ocultó de Norfolk hasta que ella pudo irse al norte.

Quizá el duque terminara odiando a su sobrina, Ana Bolena, pero yo sospechaba que al principio también había intentado tener con ella algún devaneo. La duda debió de aparecer en mi rostro. Surrey redobló sus esfuerzos para convencerme de la integridad de su padre.

—¿Por qué os importa lo que yo crea? —pregunté, agotada.

—Quiero que sepáis la verdad. Quiero que todos la sepan —dijo. Palideció, se tapó la boca y se dirigió tambaleándose hacia la puerta. Lo oí toser y escupir fuera de la habitación. Elizabeth, que esperaba fuera, le habló con tono conciliador.

—Oh, madre —gimió Surrey, echándose a llorar. Los sollozos infantiles llenaron el pasillo. Poco a poco, a medida que se alejaba hacia su habitación, fueron perdiendo intensidad. Volvió a hacerse el silencio en la infeliz Howard House.

OceanofPDF.com

26

Mantuve la promesa que le había hecho a Elizabeth. Enseñé a Catherine Howard las habilidades que necesitaría para entrar en la corte. Ayudé con los preparativos de la Navidad, los pedidos de las distintas viandas, los pasteles de carne y los dulces.

Pero en todo momento anhelaba como nunca la compañía de mis amigos de Dartford. Entre aquellas paredes no había nadie remotamente parecido al generoso hermano Edmund ni a su devota hermana Winifred. En cuanto a Geoffrey, tampoco estaba nunca muy lejos de mi mente. En mitad de la noche, moviéndome a un lado y a otro de la cama, veía aparecer a Geoffrey de las sombras de la alcoba del descansillo de las escaleras. Geoffrey me estrechaba tan fuerte entre sus brazos que la tela de hilo de plata del vestido se me clavaba en la piel. Pero al despuntar el alba siempre me embargaba una profunda vergüenza por mi debilidad. Geoffrey Scovill estaría mucho mejor sin mí. Yo solo le había causado problemas y, si en el futuro volvíamos a estar juntos, eso podría significar su muerte.

Y además estaba Arthur. La preocupación me corroía como una enfermedad debilitadora. Mi padre me había confiado su cuidado y yo le había fallado. ¿Quién cuidaba de él? ¿Cómo estaba? Era una gran crueldad que Norfolk hubiera prohibido que Arthur se reuniera conmigo o que yo pudiera escribir a quienes cuidaban de él. Yo sospechaba que la causa que lo había llevado a tomar esa decisión era la culpa que atormentaba al duque por la muerte de Margaret. Sin duda mi prima Elizabeth se sentía casi tan mal como yo por la situación de Arthur, pero debido a lo precario de su situación poco era lo que podía hacer. Una noche, después de haber tenido una discusión con el duque, Elizabeth estuvo llorando en mis brazos durante horas.

—¿Cuál ha sido el motivo de la discusión? —pregunté.

—Quiere casar a nuestra hija Mary con Thomas Seymour, un rufián y un holgazán. Pero yo sé que Mary odia a Seymour y he intentado ponerme

de su parte. Se ha negado a casarse con él y no quiere acercarse a Londres. No sabéis cómo me ha maldecido su padre.

Intenté consolar a mi prima, pero se me dio espantosamente mal. Margaret habría hablado con ella, le habría puesto compresas en la frente, la habría peinado y rezado con ella. Intenté hacer todas esas cosas, pero estaba tan preocupada y afligida con mis propios asuntos que me resultó difícil animarla. Además, entre nosotras había una tensión soterrada por su negativa a ayudarme a volver a Dartford y evitar que me enviaran al castillo de Stafford.

—¡No me molestéis ahora con eso! —me imploraba siempre, frotándose la frente.

Fue Catherine Howard quien, una mañana mientras bordábamos, reparó en la tristeza cada vez más profunda que me embargaba, a pesar de que yo había intentado por todos los medios disimularla. Catherine albergaba sus propios claroscuros y estaba muy lejos de ser una «hermosa tontuela», el apodo con el que la llamaba Elizabeth. Apenas hablaba de su pasado. Sin embargo, me enteré de que había tenido una infancia colmada de estrecheces y de abandono. A ningún adulto le había importado nunca lo que le ocurría hasta que el duque la había considerado adecuada para la corte. Incluso en ese momento, su felicidad carecía por completo de interés. Lo único que importaba era la posibilidad de que pudiera casarse lo suficientemente bien como para beneficiar al clan. Le habían dejado muy claro que debía encontrar un esposo con el dinero suficiente en sus bolsillos como para quitársela de las manos a los Howard.

—Si aquí no sois feliz, ¿por qué no os marcháis al castillo de Stafford? —preguntó Catherine.

—Me construí una vida propia en Dartford con mis amigos y con un niño que me necesita —dije—. He decidido abrir un taller de tapices. En este momento, mi telar me espera, intacto, en la Oficina de Aduanas de High Street.

—¿Yo apenas soy capaz de mantener rectos los puntos y vos podéis tejer tapices enteros? —preguntó, sin salir de su asombro.

—Catherine, vuestras dotes para la labor son mucho mejores de lo que creéis —dije, señalando el bordado que tenía sobre el regazo—. Habéis

mejorado ostensiblemente.

Los más pequeños halagos surtían en ella un gran efecto, pues estaba ávida de ellos.

—Cuento con una excelente maestra —dijo al tiempo que un hoyuelo aparecía en su suave mejilla.

Sucedió un gélido viernes por la mañana de finales de noviembre. Llamaron discretamente a la puerta. Catherine me indicó con un gesto que me acercara. Tenía el rostro encendido de pura excitación.

A regañadientes, dejé a un lado mi bordado y fui hacia la puerta.

—¿Ha ocurrido algo?

—Debéis acompañarme. Ahora —dijo, tirando de mí fuera de la habitación.

—¿Por qué? —pregunté mientras nos alejábamos a toda prisa. Pero ella se negó a responder.

Poco después me encontré caminando por el largo pasillo de la planta principal y vi, sorprendida, que Catherine sacaba una llave del bolsillo y empezaba a intentar abrir con ella una puerta situada al fondo.

—¿Qué hacéis? —pregunté, impaciente.

—Shhh —respondió visiblemente nerviosa, antes de echarse a reír.

—Me alegra veros más animada, pero debo insistir en que me digáis lo que estamos haciendo aquí —dije con firmeza.

Catherine susurró entonces:

—Ha venido a veros un hombre y lo he escondido aquí.

Geoffrey. Él había sido incapaz de seguir soportando nuestra separación. Sentí un estremecimiento de júbilo que al instante quedó engullido por una oleada de temor. Presentarse en la casa del duque de Norfolk era exponerse a un peligro de dimensiones increíbles.

En cuanto Catherine abrió la puerta, la aparté a un lado y entré. Era una oscura alacena, llena de sillas y de bandejas.

El hermano Edmund apareció desde el rincón.

—Hermana Joanna —dijo—, he venido a llevaros a casa.

OceanofPDF.com

27

—¿No vais a hablarme, hermana Joanna? —dijo el hermano Edmund.

Pero me era imposible hacerlo, pues me resultaba impensable creer que lo tenía delante de mí después de tanto tiempo. Me entretuve en cada detalle: el pelo castaño claro, demasiado largo porque nunca tenía tiempo para cortárselo; su práctico jubón de color marrón oscuro, el mismo que yo le había ayudado a encargar a un sastre después de vernos obligados a renunciar a nuestros hábitos blancos y a los sayos negros; sus toscos zapatos, cubiertos de barro seco. Debía de haber recorrido a pie la distancia que separaba Dartford de Howard House.

—Sois vos… —estallé por fin.

Se adelantó rápidamente para consolarme. No fue la misma clase de abrazo que me había dado Geoffrey Scovill. El hermano me apretó el hombro con una mano y con suavidad me acarició la espalda con la otra.

—Estoy aquí, calmaos, estoy aquí —repitió.

—Sois mi amigo —dije, como lo habría hecho una niña.

El hermano Edmund sonrió y añadió entonces:

—¿Acaso no fue Tomás de Aquino, vuestro dominico favorito, quien dijo: «Nada hay en este mundo más valioso que la verdadera amistad»?

—Sí —respondí—. Oh, sí. —Me volví hacia Catherine—. Gracias por esto.

Catherine me contó que esa mañana había visto desde su ventana al hermano Edmund acercándose por el camino. Lo había reconocido pues se acordaba de cuando él y yo habíamos estado en Howard House el año anterior. Era ella la que había hablado con nosotros antes de que nos pusiéramos las máscaras. Había bajado corriendo para enterarse de a qué se debía la visita del hermano. Unas cuantas frases la convencieron de que lo mejor era hacerlo entrar y ocultarlo hasta dar conmigo.

—¿Cómo está Arthur? —pregunté.

—Está bien, hermana Joanna, no os preocupéis. Vive con la hermana Winifred y conmigo. —El hermano Edmund me contó los preciosos pormenores de la llegada de Arthur y de todo lo que había hecho—. Por supuesto, Arthur os echa mucho de menos, como yo —añadió rápidamente —. Y como la hermana Winifred, la hermana Beatrice y las demás: la hermana Eleanor, Agatha y Rachel. Todos os echamos de menos.

—¿Cómo habéis sabido que estaba aquí? —pregunté.

El hermano Edmund me contó que cuando había llevado a Arthur a Dartford, Geoffrey Scovill había relatado la noticia de los arrestos que habían tenido lugar en la Rosa Roja. Geoffrey había dicho que el duque de Norfolk había obligado a lord Dudley a rescindir mi arresto y que me había llevado con él.

—El señor Scovill dijo que aunque desconocía vuestro paradero, vos sabíais dónde estaba él y que le escribiríais cuando lo considerarais oportuno. Nos aconsejó que esperáramos.

De modo que Geoffrey no le había dicho que el duque había amenazado con colgarlo si lo encontraban conmigo. Una omisión harto significativa.

—Pero no habéis esperado —dijo Catherine.

—No —respondió el hermano Edmund—. No he esperado. —Sus mejillas se enrojecieron levemente—. Me acordaba de Howard House y de cuando estuvimos aquí, hermana Joanna. Ha sido este mi primer destino.

Catherine ya le había contado al hermano Edmund los planes de traslado que el duque tenía para mí.

—Estoy dispuesto a hablar con Su Excelencia en vuestro nombre en cuanto regrese y pedirle que os permita volver conmigo a Dartford —anunció el hermano Edmund.

Catherine y yo cruzamos una mirada de horror.

—El duque no os escuchará, hermano Edmund —dije—. Os agradezco vuestras intenciones, pero con eso solo conseguiréis que su ira caiga sobre vos.

El hermano Edmund guardó silencio. Miró por la ventana con las comisuras de la boca hacia abajo. Yo sabía lo que eso significaba: su ágil mente dominicana estaba ponderando el problema.

—No veo cuál es la base de la autoridad del duque de Norfolk —se quejó el hermano Edmund—. No es vuestro padre, ni tampoco vuestro esposo o hermano. No tenéis ninguna de esas figuras en vuestra vida. El hecho de estar casado con vuestra prima Elizabeth no le da derecho a decidir dónde debéis vivir ni lo que debéis hacer. Las cosas serían distintas si se os acusara de algún crimen y él tuviera poderes legales vinculados a esa cuestión. Pero no es el caso. Simplemente vos deseáis llevar una vida que no cuenta con su aprobación.

—Todo lo que decís tiene sentido —reconocí—. Pero lo único que él tiene que hacer es dar órdenes y todos a su alrededor obedecen.

—En Howard House sí, pero me gustaría trasladar este asunto a una esfera distinta —aclaró el hermano Edmund—. Creo que ha llegado el momento de que os encontremos asesoría legal en la ciudad de Londres.

Una vez más, no supe qué decir. Era una ridiculez pensar que un abogado pudiera enfrentarse a un noble, y sobre todo si el noble en cuestión comandaba ejércitos.

—Veo que sois escéptica —dijo el hermano Edmund—, pero no descartéis la posibilidad de una solución legal. En los últimos veinte años, los abogados se han convertido en una fuerza con la que hay que contar. ¿Acaso no fue el rey quien recurrió a la fuerza de la ley cuando el papa le denegó el divorcio?

—No creo que este sea un asunto de dimensión comparable —dije—. Aunque admito que es un plan y el único que podría funcionar.

Catherine se mostró más que dispuesta a ayudar. Ella y yo saldríamos juntas de la casa con la excusa de hacer un poco de ejercicio. El hermano Edmund se encontraría con nosotras en el camino y él y yo cruzaríamos Southwark hacia el Puente de Londres. Puesto que el duque de Norfolk sin duda mandaría a sus hombres a buscarme a Dartford, encontraríamos alojamiento en una posada de Londres hasta que dieran comienzo las disputas legales.

En un periquete, Catherine y yo nos plantamos delante de la puerta de Howard House. Cuando me despedí de ella en la curva del camino, donde el hermano Edmund me esperaba ya junto a un roble desprovisto de hojas, ella

me puso una bolsa de monedas en la mano. Yo sabía que era todo el dinero que tenía e intenté por ello devolvérselo, pero se negó a aceptarlo.

—Os echaré de menos, Joanna —se despidió con voz temblorosa—. Sois la única persona que me ha mostrado afecto sin esperar nada a cambio.

Nos abrazamos y después, con mi brazo entrelazado en el del hermano Edmund, me alejé rápidamente por el camino. Cada vez que pasaba un hombre a caballo, me daba un vuelco el estómago. Temía ver la librea negra y oro y oír gritar de nuevo mi nombre, pero nadie pareció reparar en nosotros. Las calles estaban cada vez más llenas de gente y las casas solariegas desaparecieron. Nos adentramos en la parte más hostil de Southwark hasta que por fin llegamos al Puente de Londres.

El panorama que apareció ante nosotros desde la orilla sur del Támesis era fantástico: las casas y las tiendas, pintadas de colores distintos, se arracimaban sobre el puente de piedra. Había oído decir que los corredores de apuestas, los mercaderes y los artistas prosperaban en las casas amontonadas sobre el río.

—Oh, hay una cola de gente que espera a cruzar —reconoció apesadumbrado el hermano Edmund, señalando a una fila de hombres y mujeres que esperaban de pie junto a los carros y los caballos que iban perdiéndose de vista por una estrecha y oscura abertura que más parecía un túnel que un puente—. Podría llevarnos más tiempo del que nos gustaría. —Miró a la puerta que teníamos delante: había un tosco banco clavado al suelo junto a la entrada, apartado del tramo principal de la calle. Al otro lado empezaban a amontonarse las tabernas y los burdeles que rodeaban Winchester House.

—¿Por qué no os sentáis aquí? —preguntó el hermano Edmund—. Iré a preguntar. Parecéis cansada y todavía nos queda mucho camino por delante antes de llegar a Lincoln’s Inn.

Tomé asiento. Mientras veía alejarse apresuradamente al hermano Edmund por el camino que restaba hasta el puente, tuve que admitir que era un alivio poder descansar.

Un extraño y gutural rugido resonó desde el otro lado de la concurrida calle, seguido de un clamor masculino de vítores. El clamor parecía proceder del otro lado de un alto muro de paneles de madera, unidos para

formar un enorme círculo. El gutural griterío volvió a oírse. No se parecía a ningún otro sonido que yo hubiera oído hasta entonces, pero lo único que alcanzaba a ver era el círculo de madera.

Un anciano que estaba de pie junto al banco me observó intentando saber el origen de aquel sonido sobrenatural.

—Son los osos, señora —dijo.

Lo miré de hito en hito.

—¿Hay osos en Southwark?

—Cuesta encontrarlos, pero los hombres los capturan lejos de aquí y los traen a Southwark para las peleas con perros —dijo—. La gente ahorra durante meses para poder asistir a las peleas.

Tragué saliva. Había algo en esos osos que me inquietó.

Un puñado de jóvenes entró acompañado de perros a la arena donde se celebraban las peleas. Los perros eran grandes. Yo sabía que los usarían contra la bestia capturada, aunque desconocía cómo.

Entonces me acordé, con un glacial estremecimiento, de lo que me daba miedo de los osos. Oí la voz de Orobas encarnando el espíritu de una monja sajona fallecida largo tiempo ha: «Que sea el oso el que debilite al toro».

Luego fue la profecía de la hermana Elizabeth la que se abrió paso entre mis cavilaciones. ¿Por qué me asaltaban en ese momento todas esas palabras, espontáneamente, en plena algarabía del sucio Southwark? No supe encontrarles explicación y sin embargo tampoco pude reprimirlas: «Cuando el cuervo trepe por la cuerda, el perro deberá volar como el halcón».

Sentí sobre mí el peso de la mirada de Gertrude Courtenay desde el carro que la llevaba a la Torre de Londres. «Haced algo», gritaban esos ojos. Sin embargo, ni siquiera durante un segundo logré entender qué podía hacer yo.

—¿Hermana Joanna? —El hermano Edmund había vuelto—. ¿Qué ocurre? —dijo, alarmado—. Parecéis aterrada.

—Nada —respondí—. Es solo la pelea del oso y los perros. Nada.

Me miró fijamente.

—¿Os dan miedo los osos?

Me puse en pie de un salto.

—¿Podemos cruzar ya el puente?

El hermano Edmund me contó que, a causa de la estrechez del puente y de la densidad del tráfico, quienes atravesaban el puente a pie debían hacerlo con cuidado y en una única fila. Tendríamos que esperar nuestro turno. Quizá tardáramos en hacerlo una hora.

—De acuerdo —mascullé, pensando todavía en los gritos de los osos.

—Esperad, hermana Joanna.

El hermano Edmund se había detenido. Estaba cruzado de brazos y me miraba, ceñudo.

—Debo saber lo que os ha pasado —dijo—. Algo más os ha impactado profundamente.

No podía decirle una sola palabra al hermano Edmund.

—Si me contáis lo sucedido, podré ayudaros —me apremió.

—Hermano, tenemos que cruzar el Támesis —dije.

No insistió. Anduvimos sumidos en un tenso silencio durante esos últimos metros en dirección al Puente de Londres. Mi mente funcionaba frenéticamente con cada paso que daba. Pensaba en cómo el hermano Edmund me había ayudado en mi desesperada búsqueda de la corona de Athelstan. Y en lo valiosa que era su inteligencia. Y también, y no menos importante, en su integridad y compasión.

Me detuve en seco al llegar a la cola que esperaba para cruzar el puente. Tiré del hermano Edmund a un lado y busqué algún sitio donde nadie pudiera oírnos: un mugriento y estrecho callejón entre tiendas. El hermano no pareció sobresaltado y tampoco intentó zafarse de mí. Sabía muy bien que iba a contarle lo que él quería saber.

—Cuando tenía diecisiete años mi madre me llevó a Canterbury —dije.

OceanofPDF.com

Cuarta parte

OceanofPDF.com

28

El hermano Edmund escuchó mi relato —mi experiencia en la doble sesión de adivinación que me empujaba hacia un destino desconocido— guardando un silencio sepulcral. La única vez que me interrumpió fue cuando le dije que la hermana Elizabeth Barton había repetido las palabras de otra vidente, una tal madre Shipton de Yorkshire: «Cuando la vaca monte al toro, debe el sacerdote su cuello poner a buen recaudo».

—He oído eso antes —dijo—. Continuad.

Cuando terminé, guardó silencio durante un buen rato. Clavó la mirada en la pared cubierta de mugre del callejón al tiempo que un nido de leves arrugas le rodeaban los ojos. Entonces se volvió a mirarme.

—¿Lo creéis? —preguntó.

Inspiré hondo.

—Me he hecho esa pregunta muchas veces, teniéndolo todo en cuenta: la retractación de la hermana Elizabeth y la explicación que me dio Gertrude de por qué se había retractado. La posibilidad de que Orobas fuera un fraude y de que lo único que buscara fuera el dinero de Gertrude. Eso es lo que me atormenta, que no estoy segura. No dejo de darle vueltas.

Puse la mano sobre su brazo.

—Decidme, hermano Edmund, debéis decirme lo que pensáis. ¿Pueden existir esa clase de profecías?

—Oh, abundan los profetas, los videntes, las brujas y los nigromantes, sin duda, y todos ellos aseguran que adivinan el futuro —respondió el hermano Edmund—. Sobre cuánto hay de verdad en ello, es imposible saberlo. No hay duda de que los estafadores son expertos en sacarles monedas a los ingenuos. Pero vuestra experiencia, lo que vos habéis visto y oído, me lleva a creer…

Para mí asombro, el hermano Edmund sonrió. Había esperado verlo temer por mí, no reaccionar de ese modo.

—Hermana Joanna, creo que podría ser cierto, sí.

Me quedé de piedra.

—¿Y dais vuestra aprobación?

—Es aterrador, sí, y sin duda muy misterioso, pero pensad por un momento que, de ser cierto, seríais la elegida —dijo.

—¿La elegida? —repetí, sin entender.

Me tomó por los brazos y me sacudió con suavidad, no con enojo sino con entusiasmo.

—Seríais la elegida para restaurar los monasterios. —Nuestros rostros estaban a apenas unos centímetros de distancia, el suyo transformado. El anhelo brotaba de él. El hermano había perdido su vida de fraile dominico, aunque su vocación permanecía intacta. Todos nos habíamos visto obligados a renunciar a nuestro sueño. Y, sin embargo, de pronto, a causa de lo que yo había revelado, era posible una restauración. ¿Por qué no daba yo un paso adelante y ocupaba de una vez mi lugar en la profecía, deseosa de devolvernos nuestro modo de vida? Pero no, no podía hacerlo. Me separé de él, golpeándome contra la pared de ladrillo.

Un hombre se rio al fondo del callejón y su acompañante nos gritó:

—Eso es, muchacho. Tómala donde puedas. ¡Contra la pared!

De inmediato, el hermano Edmund retrocedió. Me sonrojé ante semejante muestra de rudeza.

Sin parar de reír, los dos hombres se marcharon.

Me aclaré la garganta y dije:

—Nada de todo esto tiene para mí ningún sentido. Todas esas descripciones de aves y animales. No entiendo por qué la profecía debe serme comunicada de un modo tan turbio.

—La profecía es peligrosa —dijo el hermano Edmund, recuperando la calma—. El rey lo sabe y por eso la teme y la odia entre sus súbditos. La ha declarado «fantástica y diabólica». Una predicción de lo que podría ocurrir serviría para inspirar a los hombres a cometer actos violentos y desesperados. ¿Tenéis algún conocimiento sobre códigos?

Negué con la cabeza.

—Los embajadores y los estadistas extranjeros, y los espías que están a su sueldo, a menudo escriben en código para proteger sus mensajes de quien pueda intentar robarlos o utilizar erróneamente sus comunicaciones.

Animales, aves, plantas, insectos pueden simbolizar a ciertas personas o acontecimientos. Pero un código solo funciona si ambas partes comprenden sus significados: el remitente y el destinatario.

—Pero eso es precisamente lo que intento deciros —anuncié—. Yo no los comprendo.

—No siempre es difícil descifrarlos —confesó el hermano Edmund—. Lo que dijo la madre Shipton («Cuando la vaca monte al toro, debe el sacerdote su cuello poner a buen recaudo») se ha interpretado en numerosas ocasiones como la imagen de Ana Bolena gobernando la voluntad del rey Enrique.

De repente fue como si se hubiera abierto una puerta.

—El toro es el rey —exclamé—. Pero Orobas dijo: «Que sea el oso el que debilite al toro». Ese animal debe de simbolizar al hombre o a la mujer que debilitará al rey Enrique. ¿Quién es entonces el oso? —Me estremecí —. ¿Podría ser yo?

El hermano Edmund lo pensó durante un instante y negó con la cabeza.

—No tengo la menor idea.

—¿Y por qué yo? ¿Por qué iba a ser yo la elegida para llevar a cabo algún acto? La hermana Barton dijo: «Vos seréis la siguiente». Gertrude sentenció que yo sería la salvación de la verdadera fe en Inglaterra. Y Orobas sugirió que el futuro del reino depende de algo que yo debo hacer. Pero yo no tengo ningún poder ni tampoco ninguna influencia sobre nadie. Ni siquiera soy valiente.

El hermano Edmund sonrió.

—Os rogaría poder discutir ese punto. —Se mordió el labio—. Se me ocurren dos motivos por los que os habrían elegido. El primero es que sois una Stafford, vuestros contactos. Sé cuánto deploráis vuestra noble cuna, pero eso os sitúa en la corte y cerca del rey y de Cromwell, si así lo deseáis.

—No es ese mi deseo —repliqué amargamente—. ¿Cuál es el segundo motivo?

—Sois una dominica. Quizá cuando os reunisteis con la hermana Elizabeth Barton ella sabía ya, con su talento para ver el futuro, que profesaríais los votos en nuestra orden.

—¿Por qué ser dominica me hace más proclive a convertirme en una herramienta de la profecía? Hay otras órdenes que ahondan mucho más en el misticismo que la nuestra.

—Hay un profundo aspecto místico en nuestra orden —insistió el hermano—. Estamos absorbidos por Dios. Por ello somos los depositarios de un conocimiento, de una sabiduría y de una comprensión a los que no puede accederse a través del intelecto. Parte de ese conocimiento consiste en pequeños atisbos del futuro.

—Entonces, ¿cualquier dominico puede convertirse en profeta? —dije, perpleja.

—No, no, no —respondió—. Muy pocos poseen auténticos poderes proféticos. Qué lástima que no pueda acceder a los libros del monasterio dominico. Podríamos intentar encontrar las claves para desentrañar estas predicciones. Sin conocimiento, solo hay temor.

Sin embargo, un instante después fui consciente del primer obstáculo.

—Si destruyen todos los monasterios, también serán destruidas sus bibliotecas —comenté.

—El mayor de todos, Blackfriars, acaba de ser entregado al rey —dijo el hermano Edmund—. Quizá la biblioteca conserve sus libros.

—¿Lo conocéis? —pregunté.

Asintió.

—Profesé allí como fraile durante cuatro años. Hoy podríamos ir a Blackfriars y después seguir hasta Lincoln’s Inn. No están lejos el uno de la otra.

Motivados por una renovada determinación, ocupamos nuestro lugar en la cola del Puente de Londres que esperaba a cruzar el Támesis, con sus veinte metros de altura. Después de pagar, cruzamos pesadamente el río al tiempo que los carros y las carretas pasaban tan cerca de nosotros en el estrecho pasadizo que a veces llegaban a rozarnos.

En cuanto salí a la luz por la cara norte del puente oímos decir: «¿Adónde os dirigís? ¿Necesitáis caballos? ¿Una barca? ¡Por unos peniques os puedo conseguir lo que sea!». La oferta provenía de un jorobado que saludaba a los caminantes a medida que emergían del puente.

—Gracias, señor, pero viajamos a pie a Blackfriars —respondió el hermano Edmund.

El jorobado se rio.

—Nadie va a pie a Blackfriars —dijo, antes de seguir su camino.

—¿Qué ha querido decir con eso? —pregunté.

—Ya lo veréis —respondió el hermano Edmund, que parecía visiblemente afligido.

Blackfriars es la casa dominica más grande de Inglaterra y la maravilla de la cristiandad. Durante dos siglos, sus monjes jamás habían rendido cuentas ante los gobernantes ingleses, ni ante el rey ni ante el clero, solo ante el papa. A pesar de su fama, yo jamás había visto el monasterio con mis propios ojos, cosa que sorprendió al hermano Edmund que, como muchos otros, creía que ser miembro de una familia noble era sinónimo de poseer un íntimo conocimiento de Londres. Pero había muchas partes de esa ciudad que yo desconocía. Cuando llegamos, pasé bajo un enorme arco que tenía labrado el reverenciado blasón de los dominicos, con sus estrellas, los lirios blancos y la palabra «*Veritas*», y pasé a un patio adoquinado del tamaño del de Winchester House. A la izquierda estaba la garita y, detrás, un enorme castillo lleno de ventanas, un cementerio y los edificios adyacentes construidos en el interior de altos muros de piedra: sí, se trataba de la misma fortaleza real que mucho tiempo antes se había convertido en monasterio. Por eso se llegaba a caballo o en litera a un lugar como aquel, y no humildemente a pie.

Encontramos al portero, un hombre rubicundo de poco más de cuarenta años y que estaba sentado a solas en la garita, cantando.

—Este es el señor John Portinary —dijo el hermano Edmund, haciéndome un gesto—. Durante muchos años el incansable portero de Blackfriars.

—Y orgulloso de ello, orgulloso de ello —gritó el hombre, estampando el puño contra la mesa—. Ah, afortunadamente no estabais aquí cuando el cobarde prior nos rindió a la voluntad de Cromwell. Al final quedaron solo dieciséis frailes, ¿no os parece increíble? Dieciséis. Y en su día fueron cientos. Pero se marcharon. Como vos, hermano Edmund, que fuisteis

trasladado primero a Cambridge y cuando disolvieron esa casa, os mandaron a Dartford, ¿no es cierto?

—Correcto. Me honra saber que habéis seguido mi progreso —dijo el hermano Edmund—. Ambos venimos del priorato de Dartford.

—Siempre me he mantenido en contacto con los frailes más prometedores —dijo el hombre, mirándome—. Ah, de modo que esta es. Recuerdo que me hablasteis de que vuestra hermana estaba también en Dartford.

Creía que el hermano Edmund lo corregiría, pero no lo hizo. El año anterior, cuando habíamos viajado a Malmesbury, nos habíamos hecho pasar por hermanos para no llamar tanto la atención. Quizá fuera mejor volver a adoptar ese papel, aunque yo odiara el engaño.

—He pensado dar un paseo esta noche por el monasterio para rezar y ver la biblioteca —dijo el hermano Edmund—. ¿Sería posible?

—¿Posible? —Al portero se le iluminó la cara—. Yo os digo, como portero de Blackfriars que soy, que podéis pasear por el monasterio y hasta dormir aquí esta noche, pero solo si tomáis un poco de la malvasía del prior conmigo.

El hermano Edmund intentó negarse, pero el hombre no dio su brazo a torcer. Nos llenó hasta el borde un par de copas. Al saborear la dulce y afrutada malvasía, me recorrió un cálido escalofrío. No había comido nada y aquello era mucho más potente que el aguado vino de fresas que a tomaba a veces.

Cuando me volví a mirar al hermano Edmund, vi que tenía las mejillas encendidas y que también él estaba experimentando la embriagadora intensidad de la malvasía.

—Solo disponemos de una hora aproximada de luz de día y tenemos más cosas que hacer —dijo el hermano Edmund, poniéndose en pie—. De modo que os doy las gracias por la malvasía, pero…

—Quedaos conmigo un rato —imploró el señor Portinary—. No he vuelto a hablar con nadie desde los buenos tiempos. Mañana es mi último día aquí como portero. Según creo, nos despediremos para no volver a vernos. Una copa más.

Al hermano Edmund se le ablandó el corazón. Se sentó con el portero y hablaron de las épocas compartidas, de cuando Blackfriars era un poder incuestionado.

Por fin el portero se levantó, hizo tintinear sus llaves y abrió las puertas del claustro de Blackfriars. Me quedé absolutamente maravillada al pasar por debajo de los inmensos arcos y por delante de las gruesas columnas. La luz de las velas dejaba a la vista los altos techos, pintados y cubiertos de oro. Allí sentí más intensamente que en ningún otro lugar el prestigio y la magnitud de la Orden de los Dominicos. Nuestros líderes aconsejaban a los reyes de Europa. Nuestros eruditos traducían los antiguos documentos del griego y del latín que revelaban la sabiduría de un mundo perdido, abriendo los ojos al pensamiento de Tito Livio, Virgilio y Plinio. Nuestros priores patrocinaban a arquitectos y músicos, diseñaban intricados jardines, financiaban la obra de los mejores artistas que el mundo había visto jamás. *La última cena* de Leonardo Da Vinci estaba pintada en la pared del refectorio de un monasterio dominico de Milán.

Nos detuvimos en el comedor de los frailes. El portero quería mostrarnos, orgulloso, las ventanas del refectorio. La sala era diez veces más grande que el refectorio del priorato de Dartford. Me sentí abrumada por su aplastante grandeza, coronada por una hilera tras otra de ventanas construidas en el muro oeste. Por ellas se filtraba el último aliento del crepúsculo, una luz entre violeta y grisácea de tizne melancólico. ¿Dieciséis frailes? La sala podía dar cabida a seiscientos.

Me fijé en un pequeño objeto que estaba encima de una mesa lejana. Era un cuenco de madera, parcialmente lleno de *mixtum*, el desayuno que consumían todos los habitantes de un monasterio. Mientras contemplaba los trozos duros de pan seco, entendí que estaba contemplando la última comida de Blackfriars. Ese día, los dieciséis monjes habían entrado pesadamente a la sala para dar cuenta de su *mixtum*. Imaginé la escena: uno de los mayores estaba demasiado afligido para poder terminarse la comida del plato. Había apartado el cuenco a un lado y había dejado para siempre el claustro, cruzando con sus pocas pertenencias el patio adoquinado.

—¿Venís, hermana? —gritó el portero desde el refectorio, interrumpiendo mis cavilaciones—. Pasaremos al gran salón.

Como era de esperar, esa sala de Blackfriars empequeñecía cualquier otro gran salón que yo hubiera pisado hasta la fecha, incluidos el de los Courtenay y el de Howards.

—El Parlamento se reunió en esta sala una vez, y aquí fue donde se celebró el proceso judicial del divorcio del rey Enrique y la reina Catalina, delante de dos cardenales —dijo el hermano Edmund.

—Ahora todo eso se ha perdido, todo se ha perdido —dijo el portero, visiblemente afligido—. El inquebrantable Blackfriars está roto, y por orden del biznieto de un mozo de cuadras galés.

El hermano Edmund se apresuró a decir:

—No, no, señor Portinary, no debéis hablar así del rey. Conteneos.

El portero asintió.

—Siempre fuisteis un buen monje, hermano Edmund. Dicen que podríais ser uno de los mayores eruditos de toda Inglaterra. Y mirad lo que ha sido de vos: convertido en un boticario que practica en un villorrio sin distinción alguna. Es una condenada tragedia, y aun así, sois vos quien me consuela a mí.

El hermano Edmund guardó un profundo silencio. A pesar de que la escasa luz de las velas no bastaba para leer su expresión, no la necesité. Siempre había sabido que en lo más profundo de su ser ardía el deseo del éxito. Aunque él insistía en que curar a sus semejantes era una auténtica vocación, que ser boticario bastaba, yo lo dudaba tristemente.

El señor Portinary creyó haber percibido que había molestado al hermano Edmund.

—¿Qué estoy diciendo? Demasiado vino, demasiado vino. Debo irme a dormir. —Se dirigió tambaleándose hacia la entrada del gran salón—. Os veré por la mañana, hermano, y también a vuestra encantadora hermana. Cerraré con llave el claustro. Nadie os molestará.

Lo siguiente que oí fue una cantinela tarareada por el portero en una habitación lejana. La cantinela fue poco a poco desvaneciéndose en el silencio.

El hermano Edmund y yo estábamos solos en Blackfriars.

OceanofPDF.com

29

—¿De verdad vamos a quedarnos aquí? —le susurré al hermano Edmund.

—Puede que las habitaciones no sean confortables, pero no se me ocurre un lugar más seguro —respondió—. Obviamente, no podemos ir en busca de un abogado esta noche. Todos han abandonado ya sus despachos. Pero tenemos tiempo para trabajar en la biblioteca.

El hermano Edmund sostuvo en alto su vela y me adentré con él en el claustro. Durante el trayecto por Londres, desde el puente al monasterio, me había hablado de las riquezas de la biblioteca y del *scriptorium*. De todos los rincones de Europa llegaba gente a ver la colección de Blackfriars: los manuscritos iluminados, los antiguos pergaminos, los tratados de filosofía.

Sin embargo, en cuanto entramos en la biblioteca, vimos que todo había desaparecido. Algunas estanterías estaban vacías; otras todavía contenían libros, pero estaban bocabajo o colocados de cualquier manera.

Para el hermano Edmund fue una visión tremendamente dolorosa.

—Todos los manuscritos iluminados…, desaparecidos —dijo con la voz ahogada—. ¿Sabéis lo que tarda un hombre en escribir uno? Toda su vida. Y no era solo para servir a Dios, sino para proporcionar alimento espiritual al hombre que llegaría después. Somos una cadena, hermana Joanna, y honramos a quien nos ha precedido del mismo modo que ayudamos a quienes están por llegar. Por eso juramos los votos, para formar parte de algo que es más grande que nosotros. ¿Qué hacemos cuando es nuestro propio rey quien corta y destruye la cadena?

No supe qué decir para consolarlo. El saqueo de los monasterios era una herida que jamás sanaría para ninguno de nosotros. Mientras el hermano Edmund revisaba los libros que habían quedado olvidados en las estanterías, me acerqué a una estatua de piedra de santo Domingo situada junto a la entrada del *scriptorium*.

Me aproximé despacio y reverentemente a la imagen de nuestro fundador. Había un gran perro de piedra tumbado fielmente a su lado, con

una antorcha entre los dientes. Cuando estaba embarazada de él, la madre de santo Domingo había tenido un sueño en el que un perro salía de su matriz portando una antorcha. Cuando, aterrada, fue a consultar el sueño con su sacerdote, él le dijo que esa antorcha prendería fuego al mundo a través de la prédica de la palabra de Cristo. Esa fue una profecía que se hizo cierta y el perro se convirtió en nuestro símbolo.

Cuando el cuervo trepe por la cuerda, el perro deberá volar como el halcón.

—Hermano Edmund —exclamé—. Quizá pueda comprender uno de los códigos. —Y, señalando a la estatua, dije—: Si el perro simboliza la Orden de los Dominicos, no hay duda alguna de que yo soy el perro.

—Sí, hermana Joanna, sí —exclamó él a su vez—. Ya lo había pensado. Pero ¿y el cuervo? ¿Qué representa? La hermana Elizabeth Barton era benedictina, y su símbolo es la rama de olivo, por su búsqueda de la paz. Me pregunto quién podría ser el cuervo.

Me asaltó otro recuerdo.

—En Saint Sepulchre, vi su libro —dije despacio—. Creo que era uno de los manuscritos iluminados que habéis mencionado. Había en sus páginas ramas de olivo, aunque creo recordar que también un pájaro.

—La *Vida de san Benedicto* escrita por san Gregorio se encuentra en las bibliotecas de todos los conventos. Buscaremos un ejemplar —dijo el hermano Edmund, empezando a buscar en una mitad de la habitación. Yo me ocupé de buscar en la otra.

Estuvimos registrando la sala durante al menos una hora, quizá dos. Tuve que luchar contra el agotamiento, frotándome los ojos para poder ver con claridad. Cuando empecé a dudar de poder leer las letras de una cubierta más, me detuve a mirar al hermano Edmund. Lo vi encorvado sobre una mesa repleta de libros. La luz de la vela daba vida a un resplandor que palpitaba alrededor de su largo pelo rubio. No se detuvo a descansar ni un solo instante. Trabajaba furiosamente para encontrar respuestas en la abandonada biblioteca.

«El hermano Edmund es mi ángel guardián», pensé. En ese momento me embargó una intensa oleada de ternura.

Negué con la cabeza. Debía controlarme. Esa clase de pensamientos no eran decorosos.

—¡Lo tengo! —gritó, sosteniendo en alto un pequeño libro con la cubierta de cuero.

El hermano Edmund y yo pasamos las páginas juntos, traduciendo del latín a la misma velocidad.

Contuve el aliento cuando, al pasar una delicada página, un gran pájaro negro quedó a la vista.

—¡Sí! —exclamé—. Sabía que había visto ese mismo pájaro en el libro.

Pasamos entusiasmados las yemas de los dedos por las frases. Era un relato sobre los primeros tiempos de san Benedicto en la jungla: «Durante las comidas, a menudo salía un cuervo del bosque cercano y comía pan de la mano de Benedicto. En esa ocasión, cuando fue a su encuentro como de costumbre, el hombre de Dios arrojó delante del cuervo el pan envenenado que el sacerdote le había dado y dijo: “En nombre de Nuestro Señor Jesucristo, toma este pan y arrójalo en algún lugar donde nadie pueda encontrarlo”. Una y otra vez, el hombre de Dios le pidió que así lo hiciera, diciendo: “Cógelo, cógelo. No temas”. Tras vacilar durante un buen rato, el cuervo cogió el pan con el pico y salió volando con él. Regresó unas horas más tarde, después de haberse deshecho del pan y de recibir su ración habitual de las manos del hombre de Dios. Y así fue como al comienzo el cuervo y Benedicto quedaron entrelazados».

—El cuervo fue en un principio el símbolo de los benedictinos —susurré—. Y si este es el cumplimiento de una antigua profecía… —Mi voz se apagó.

Siguió una iluminación más inquietante.

—La hermana Barton murió en la horca, ¿verdad? —preguntó el hermano Edmund—. Si es así, mucho me temo que el cuervo «no trepó por la cuerda». Eso significa que la hora del cuervo ha tocado a su fin y que ahora es la del perro, un perro que se convierta en halcón.

—Pero ¿qué simboliza el halcón? —lo interrogué, profundamente frustrada al ver que cada vez que desentrañábamos un acertijo nos encontrábamos con otros tantos.

El hermano Edmund se paseó de un lado a otro de la biblioteca, sumido en sus cavilaciones. Por fin, se volvió hacia mí.

—En este caso, quizá no importe lo que es, sino lo que hace. La cetrería es el deporte favorito de los reyes y los halcones son unos asesinos increíbles. Es un ave famosa porque se oculta hasta que, de pronto, al ver a su presa, se mueve rápido, planeando desde las alturas.

Cogí bruscamente mi rosario, con tanta fuerza que me dolió la palma de la mano.

—¿Creéis acaso que el halcón me simboliza y que significa que tengo que matar? Por favor, madre María, que no sea cierto. Jamás podría matar a nadie. Es pecado mortal. —Alcé la vista hacia el hermano Edmund—. Y vos tampoco. Jamás podrías quitar una vida.

—No, hermana.

Hubo algo en su voz que sonó raro. Lo miré fijamente, esperando.

Por fin, el hermano Edmund dijo:

—Mi vida ha estado dedicada al servicio, a aprender y a enseñar, a curar y a ayudar a los demás. Así es como debe ser entre quienes toman los votos sagrados. Paz. —Sus labios se contrajeron—. Por eso al rey y a Cromwell les ha sido tan fácil aplastarnos —dijo.

—Nunca presentamos batalla —susurré, recordando la súplica que le había oído a Gertrude la noche que habíamos ido al Londinium. Presa del temor, añadí—: ¿Os consideráis capaz de cometer un acto de violencia en aras de un beneficio mayor, hermano Edmund?

—No lo sé —respondió—. Esa es la verdad. —Percibiendo mi confusión y mi temor, añadió—: El cometido de la profecía quizá no sea hacer daño. Quizá, de hecho, salvéis a alguien. O impidáis que ocurra algo terrible. El acto más nimio, en el lugar adecuado y en el momento preciso, puede tener profundos efectos.

Me derrumbé en una silla y me sujeté la cabeza entre las manos. La habitación giraba a mi alrededor.

—Necesitamos rezar y obtener guía espiritual —dijo con determinación el hermano Edmund—. Vayamos a la capilla.

En la exquisita capilla de Blackfriars me arrodillé ante el altar. El hermano Edmund se arrodilló a mi lado. Me sentí incómoda tan cerca de él.

En el priorato de Dartford y en la iglesia de la Santísima Trinidad, los hombres y las mujeres se sentaban separados.

Con una voz firme y clara, el hermano Edmund inició la plegaria por los muertos dominicos:

—«Desde las profundidades, os imploro, oh, Señor. Señor, ¡escuchad mi voz!».

Guardó silencio y me miró. Sobresaltada, entendí que quería que dijera la oración con él, a la vez. No iba a predicar para mí. Diríamos juntos la plegaria.

Y así las palabras se desgranaron de nuestros labios, solapándose:

—«Que vuestros oídos presten atención a mi voz en súplica. Si vos, oh, Señor, observáis iniquidades, Señor, ¿quién puede resistirse? Pero en Vos mora el perdón, para que podáis ser reverenciado. Mi alma aguarda al Señor más que los centinelas aguardan al alba».

Cuando terminamos, me levanté y recorrimos juntos en silencio la nave de la capilla. La habían despojado de todos los objetos de valor. Pero tras el último banco, a la luz de mi vela, vi una sencilla copa de madera.

Me detuve.

—El cáliz —apunté.

El hermano Edmund frunció el ceño.

—¿Cómo decís?

—No os lo había comentado. Casi lo olvido, pero lo último que la hermana Elizabeth me dijo, fue «El cáliz».

—El cáliz ocupa el primer lugar entre los continentes sagrados, pues se emplea para la celebración de la misa —expuso despacio el hermano Edmund—. Quizá haya que cumplir la profecía para proteger el cáliz y también la misa.

Con el corazón en un puño, dije:

—Creo que no es eso lo que quiso decir. No puedo deciros más salvo que sus palabras me parecieron una advertencia. —Y entonces exclamé—: Oh, hermano Edmund, tengo miedo. No quiero que esto me ocurra a mí. Nunca lo he deseado.

El hermano Edmund asintió.

—Y dijo Jesús: «Padre, si es tu voluntad, aparta de mí este cáliz».

—Getsemaní —susurré.

El hermano Edmund continuó: «Fue allí donde Cristo rezó, pues temía lo que sabía que estaba por llegar. Dios apareció y Jesús dijo: “Padre, si es tu voluntad, aparta de mí este cáliz y que se haga tu voluntad, no la mía”».

Abrumada, me volví de espaldas al hermano Edmund.

Me puso la mano en el hombro.

—Debéis saber que haré lo que esté en mi mano por ayudaros. No quiero que paséis por esto sola, hermana Joanna. Siempre me tendréis a vuestro lado.

—Sí —contesté.

—Todos han dicho que debéis conocer la profecía de tres videntes, y que el tercero os dirá qué es exactamente lo que debéis hacer. Pero solo podréis oírla por voluntad propia y sin presiones de ningún tipo. Así pues, si elegís no saber más, aquí se acaba todo.

Me encogí al ver la expresión ávida que se apoderó del hermano Edmund. Yo sabía lo mucho que él anhelaba recuperar nuestras vidas de antaño. Aun así, me resistí a mi destino. Fui presa de la ira. ¿Por qué tenía yo que soportar esa carga?

Como si me hubiera leído el pensamiento, el hermano Edmund dijo:

—Habéis sido elegida para desempeñar una gran misión. —Hizo una pausa antes de proseguir—. Pero no porque pertenezcáis a una noble familia y tomarais los votos para convertiros en novicia dominica. Sois vos. Sois una mujer distinta a todas las demás, hermana Joanna. He intentado definir esa cualidad que os hace única. Y jamás lo he logrado.

Miré al hermano Edmund y temblé, embargada por una descarga de emociones que no pude comprender.

Después de decir que estábamos exhaustos y que retomaríamos la conversación al día siguiente, el hermano Edmund me llevó al *calefactorium* que estaba junto a la capilla. Todos los monasterios tenían uno: allí se encendían los fuegos, pero solo entre la víspera del Día de Todos los Santos y el Viernes Santo, para dar calor a los fieles. Mientras yo esperaba, él recogió leña y un jergón para que yo pudiera dormir en él. Me sugirió que pasara la noche allí, junto al fuego. Él lo haría en una habitación que estaba al fondo del pasillo.

El hermano Edmund introdujo las astillas en el cuadrado hueco situado en el centro del suelo del *calefactorium*. Sus movimientos eran, como de costumbre, eficaces. Oí el primer suspiro del fuego al prender y los entusiastas susurros de las nuevas llamas, que no tardaron en crepitar y en chisporrotear. Las lenguas doradas parpadearon al tiempo que devoraban la madera. La sala palpitaba a la luz del fuego.

Sentada a unos pocos metros de él en el suelo de piedra, vi cómo las sombras lamían el rostro del hermano Edmund.

El hermano se reclinó hacia atrás, asintiendo, y se volvió parcialmente hacia mí.

—Aquí estaréis a salvo y al abrigo de frío, hermana Joanna.

—Sí —dije.

—Estaré cerca. —Se levantó—. Nadie podrá acceder a esta habitación sin pasar antes por la mía.

Yo también me levanté. El hermano me tomó las manos y las estrechó entre las suyas. Cuando empezó a retroceder, se las cogí con fuerza.

—No os vayáis —dije.

Me miró, con una sombra de incertidumbre en sus ojos marrones.

—¿Queréis que me quede un rato más?

No dije nada. Sabía que tenía que decirle que se fuera sin demora, pero no podía separarme de él.

—Quedaos conmigo.

No podía respirar. Era como si todavía llevara uno de los corpiños de Gertrude Courtenay, demasiado ajustado para permitirme respirar. El hermano no retiró las manos, pero noté que se le tensaba el cuerpo.

—No estoy seguro de lo que queréis de mí, hermana Joanna —dijo.

Lo miré a los ojos. Vi sorpresa en ellos y también un nuevo recelo. Pero sus labios se entreabrieron como si también a él le faltara el aire.

Jamás pusimos en duda que fuera pecaminoso, pero lo rodeé con los brazos y fui subiendo las manos, más y más arriba, acariciando su suave espalda. Levanté la cabeza hacia la suya y, aterrada, cerré los ojos. Creía que el cuerpo del hermano Edmund estaría frío, pero no era así. Lo sentí delgado y cálido, y tenso como la cuerda de un arco.

Esperé, con los ojos cerrados. Después de no sé cuánto tiempo, sus labios se pegaron a los míos, pero tan suavemente que casi dudé de que estuviera ocurriendo. Jamás había sentido un contacto tan tierno. Quise más.

Al segundo siguiente, el hermano retiró abruptamente la boca. Mis ojos seguían cerrados mientras me mecía en el aire.

—Esto está mal —declaró.

Gemí, presa de la vergüenza.

—¿Os acordáis de aquella noche en Malmesbury Abey? —preguntó el hermano—. Os juré entonces ante Dios. Dije que jamás violaría vuestra fe ni vuestra confianza en mí. Decidme que no lo habéis olvidado.

—No lo he olvidado —respondí.

—Hoy hemos aprendido mucho juntos sobre las cosas que pueden ocurrir —añadió—. Quizá se reinstauren los monasterios. Es parte de la profecía. Hermana Joanna, ¿cómo podríamos reunirnos con nuestros hermanos y hermanas, ocupar nuestro sitio junto a quienes nos quieren, si sucumbimos a esto? Juramos nuestros votos de castidad; quedaríamos impuros.

Asentí y me volví de espaldas. Estaba cegada por la humillación.

—No lloréis, os lo ruego. No debéis llorar —me pidió, angustiado. Y luego—: Me voy. Debo irme. —Y sin esperar a oírme, salió del *calefactorium*.

Instantes más tarde, me dirigí al jergón que el hermano había llevado hasta allí para que yo durmiera en él. El fuego crepitaba con fuerza, jubiloso, en fingida complicidad. Contemplé las oscilantes llamas amarillas. Lo que acababa de hacer era débil y deplorable. No podía creer lo que había ocurrido.

Ahora por fin comprendía el alcance del mal; por fin era capaz de entender el artero poder del Maligno. ¿Qué otra explicación podía haber para el modo en que me había ofrecido al hermano Edmund más allá de que mi cuerpo y mi espíritu estuvieran poseídos por el Maligno? Y hacerlo allí precisamente, en un lugar que hasta hacía apenas unas semanas era un renombrado monasterio, era doblemente horrible. Anhelé con todas mis fuerzas el sacramento de la penitencia. De rodillas, confesaría mis deseos y

pediría la absolución. Si la gracia era devuelta a mi alma, podría resistir al pecado.

Pero también debía pedirle perdón al hermano Edmund. Y no debía haber recurrencia. Lo que acababa de pasar esa noche no podía volver a ocurrir jamás. Indudablemente, yo no podría sobrevivir sin la amistad del hermano Edmund. Eso era lo más importante. «Nada hay más valioso en este mundo que la amistad», me había dicho en Howard House. Y yo debía mostrarme digna de la suya.

En cuanto tomé mi decisión, empezaron a pesarme tanto los párpados que me desplomé sobre el jergón y me quedé profundamente dormida.

Lo siguiente que noté fue que unas manos tiraban de mí, arrancándome del jergón. Las manos me pusieron en pie y me sacudieron sin miramientos al tiempo que mis piernas se agitaban impotentes sobre el suelo.

El duque de Norfolk me propinó una fuerte bofetada. Oí un pequeño «ras» en el instante preciso en que el dolor abrasador me recorría desde la cabeza a la punta del hombro.

—Por los clavos de Cristo, sois una perra obstinada —rugió el duque. Su salivazo me empapó la frente.

Media docena de hombres se apiñaban en la habitación. Detrás del duque estaba el obispo Gardiner. No había ni rastro del hermano Edmund.

—Os creéis muy lista, ¿verdad? —dijo Norfolk—. Corrompiendo a esa estúpida de Catherine para que os ayudara a escapar con un fraile maleante. Pero mis hombres no son idiotas. Vieron salir a dos damas y volver solo a una. En cuanto me informaron, hice que mis hombres peinaran Southwark, Londres y Dartford durante toda la noche para dar con vos. Por fin, cuando hemos encontrado al jorobado al alba, hemos tenido noticia del hombre rubio y de la mujer morena que se dirigían a Blackfriars.

El jorobado que se había ofrecido a ayudarnos con el transporte cuando habíamos salido del Puente de Londres se asomó desde detrás de otro hombre. Me señaló.

—Esa es. Es ella, sí —dijo.

—Por supuesto que es ella —confirmó el duque—. Dadle un chelín a este lisiado lameculos y despedidlo.

Aunque me dolía la mejilla izquierda a causa del bofetón, el dolor no era nada en comparación con el que sentía en el cuello. Ni siquiera podía estar erguida. Tenía que mantenerme encorvada hacia delante, con la mano en el hombro.

—¿Dónde está el hermano Edmund? —logré por fin preguntar.

El obispo Gardiner dijo sin perder la calma:

—Se lo han llevado a Winchester House, a la espera de mi decisión.

—Venir aquí, los dos, mintiendo al portero, haciéndoos pasar por hermanos y mancillar después el monasterio —estalló furioso Norfolk—. Creía que había visto en mi vida todas las depravaciones que puede cometer una persona, pero esto, esto… —No pudo terminar su frase.

—No hemos cometido ningún crimen —dije.

—Habéis traído aquí al fraile para fornicar —gritó Norfolk—. Podéis engañar a los demás con vuestro disfraz de novicia, pero yo sé la clase de furcia que sois, Joanna Stafford.

—No —dije.

Tuve que hacer uso de hasta el último resquicio de fuerza que me quedaba para erguirme a pesar del nubarrón de dolor. Miré primero al obispo Stephen Gardiner y después al duque.

—Hemos venido a Blackfriars para aprender —dije—. Para rezar. Esa es la verdad.

Algo destelló en los ojos del obispo. Quizá fuera pena. O desprecio. Abrió la boca para decir algo, pero el duque se anticipó, silenciándolo.

—¿Para aprender? —El desprecio del duque de Norfolk era salvaje—. Pero vos no aprendéis. Nunca. Os arrestaron el año pasado y este mismo año han disuelto vuestro priorato. Cualquier otra mujer con un mínimo de sentido común habría entendido que el tiempo de las monjas, los frailes y los monjes ha terminado. Es parte del pasado. Ya no quedan monasterios. Todo el mundo debe aceptarlo o ser aplastado y convertido en polvo. El final de año traerá consigo la destrucción final.

—¿Qué más podéis destruir? —pregunté débilmente—. Todo se ha perdido.

—Como siempre, os equivocáis —replicó Norfolk—. El rey ha desvalijado y cerrado ya el santuario de Thomas Becket, y la noche del 28

de diciembre, los hombres irán a la catedral de Canterbury y se llevarán los huesos del santo. Cuando a la mañana siguiente lleguen esos últimos peregrinos a celebrar el aniversario de la muerte de Becket, no encontrarán más que un santuario destrozado. El rey quiere tirar el ataúd a la basura y quemar los huesos. Así es como terminan todos los hombres del clero que desafían a su rey ungido.

Yo jamás tan siquiera había concebido la posibilidad de algo tan monstruoso. Era una tortura —mucho peor que el dolor carnal infligido por Norfolk— saber que nuestro santo más amado y venerado sería profanado de ese modo. Robar el tesoro sagrado de un santo y cerrar el santuario a los peregrinos que lo necesitaban era ya una tragedia. Pero ¿profanar sus restos?

Hice la señal de la cruz con las manos temblorosas. Acto seguido miré al obispo Gardiner. Su rostro era como el mármol blanco. Aquello debía de ser para él tan espantoso como lo era para mí, pero el obispo no revelaba el menor atisbo de emoción.

—Iréis al castillo de Stafford, donde os pudriréis durante el resto de vuestros días —dijo Norfolk—. Por mi sangre que iréis, aunque os tenga que atar a la grupa de un caballo. Pero antes, tenéis una misión que cumplir.

—¿Una misión? —repetí.

—El marqués de Exeter y el barón Montagu fueron juzgados y declarados culpables de alta traición ayer. Por expreso deseo del rey, les cortarán la cabeza en Tower Hill. Su último deseo, que Su Majestad les ha concedido, ha sido morir juntos. Yo asistiré. Y vos también, Joanna Stafford. Lady María quiere que la representéis en la ejecución y así lo haréis. Vos y yo presenciaremos esto hasta el final.

OceanofPDF.com

30

Durante mi confinamiento en la Torre de Londres no podía ver el foso desde mi celda. Sin embargo, la mañana de las ejecuciones, no dejé de mirarlo durante horas: un anillo de agua fangosa, bordeado de ramas muertas. Al otro lado del muro, todo estaba escrupulosamente conservado. Sin duda debía de haber algún significado oculto en aquella muestra de abandono, puesto que todo en la Torre tenía un motivo, pero yo era incapaz de discernirlo.

Empezó a llover antes del alba. Cuando llegué a Tower Hill, el chaparrón caía incesantemente. El conde de Surrey maldijo detrás de mí. Llevaba su mejor sombrero, coronado por una pluma de avestruz, pero la lluvia le había marchitado la pluma. Como muchos jóvenes, lo que Surrey más temía era hacer el ridículo.

La lluvia surcaba el rostro arrugado del duque de Norfolk, empapando sus blancas pieles. Sin embargo, su collar de canciller y el medallón de oro seguían brillando desafiantes sobre su pecho. Cuando yo había subido a un caballo en Howard House, él había dicho: «Mantened la cabeza gacha. Cerrad los ojos si no podéis soportarlo. No pienso tolerar el llanto de una mujer a mi lado».

—No lloraré —repliqué—. No es la primera vez que veo morir a alguien ante la chusma.

Estábamos en la colina que se alzaba ante la Torre. Detrás de nosotros, se extendía la ciudad. La iglesia de All Hallow's Barking y un racimo de casas marcaban la frontera entre Londres y el terreno que era propiedad de la Torre. Muchos hombres se habían congregado alrededor de la plataforma alta y cubierta de paja en la que Henry Courtenay y el barón Montagu no tardarían en morir. Vi otros collares de cancilleres y también pieles. Aquella no era la misma chusma estridente que se había congregado para vitorear la muerte de Margaret en la hoguera. Nadie se reía ni se oía tampoco vitorear,

aunque tampoco imaginé ni por un segundo que hubiera entre el público un ápice de emoción.

Los ignoré a todos para concentrarme en la oración. Henry Courtenay había sido declarado culpable de conspirar para destronar al rey y casar a su hijo Edward con lady María para así poder reinar juntos. Yo sabía que eso era una asquerosa mentira. Gertrude no había sido juzgada, pero ni ella ni su hijo habían quedado en libertad. En cuanto al barón Montagu, era culpable por su supuesta simpatía hacia las ideas antimonárquicas de su hermano, el cardenal Reginald Pole.

Me erguí en mi montura. No iba a flaquear ese día. No iba a fallarle a Courtenay ni tampoco a Montagu.

Tampoco iba a fallarle al hermano Edmund. Tenía un plan para liberarnos a los dos del cautiverio al que nos tenían sometidos Norfolk y Gardiner. Lo cierto es que las posibilidades de éxito eran mínimas. Si las cosas ya eran terribles para mí, ese plan podía convertir mi suerte en algo mucho peor. Pero iba a intentarlo antes de irme de Tower Hill, fuera cual fuera el precio a pagar.

Oí que alguien se dirigía en francés a Norfolk. Me volví y enseguida reconocí a Eustace Chapuys, el embajador del emperador Carlos.

—Su majestad debe dar pasos para castigar a los traidores, aunque ocasiones como la de hoy pueden resultar sin duda tristes —dijo Chapuys. Creí que se acordaría de la dama de honor que había atendido a Catalina de Aragón en el exilio durante su última semana de vida, pero él se limitó a saludar con esa leve inclinación de cabeza, que mostraba la cortesía imperial ante una mujer sin importancia de noble cuna, antes de seguir su camino.

A mi espalda, un grupo de hombres hablaban alzando cada vez más la voz.

—Bendito sea el dios de Inglaterra cuyo instrumento sois al liberarnos de estos asquerosos traidores, mi señor Cromwell —dijo alguien.

«Cromwell».

Tendría que haber esperado verlo allí. Había sido una estúpida al no prepararme. Cromwell era el primer ministro del rey y el artífice de esos arrestos. Si me volvía a mirar a Cromwell a los ojos, quizá con ello

debilitaría mi determinación. Y, sin embargo, ardía en deseos de ver al enemigo de todo lo que era bueno.

Agarré con fuerza mi crucifijo y me volví.

Media docena de cortesanos rodeaban a un hombre bajo de mediana edad, anchos hombros y vestido con ropa negra y sencilla. Al principio no pude verle la cara, pero entonces un hombre se apartó pesadamente a un lado y el ministro quedó a la vista. Estaba a apenas un par de metros de mí.

Qué feo era Cromwell. Tenía esa piel blanca de alguien que rara vez se expone al sol, aunque no era un asceta. Sobre el cuello anidaba una doble papada —saltaba a la vista que se trataba de un hombre que disfrutaba de la comida y también de la bebida—, y encima, unos labios gruesos y arrugados. Sus ojos, grises y muy juntos, estaban fijos en el clérigo que se dirigía a él en ese instante.

No me detuve a ponderar la idea que cruzó por mi cabeza. Emergió directamente de mi alma, como un arroyo de aguas puras burbujeando desde el suelo:

«Yo os maldigo, Thomas Cromwell. Sois un asesino, un hereje y un destructor. Pero rezo a Dios para que llegue el día en que sea yo la que os destruya».

La intensidad de mi odio me asombró, pero también me dio alas. Con él podría descifrar las últimas partes de la profecía y saber así si sería yo quien daría fin al primer ministro, Thomas Cromwell.

Justo en el preciso instante en que Norfolk se abalanzó sobre mí para obligarme a volverme de espaldas, la mirada de Cromwell se deslizó desde el clérigo hasta posarse en mí. Fue como si el primer ministro hubiera oído mis crueles pensamientos. Nuestras miradas se cruzaron durante tres segundos como máximo, pero en ese fugaz intervalo, esos ojos me estudiaron con tan increíble agudeza que el aire abandonó de golpe mi cuerpo y Tower Hill se tambaleó bajo mis pies.

—Basta de mirar, estúpida —siseó el duque de Norfolk en cuanto volví a situarme de cara al cadalso.

Inspiré hondo y recuperé el control.

No fue Cromwell quien se acercó para averiguar quién era yo instantes después. El señor Thomas Wriothesley, un hombre delgado con una larga

barba pelirroja, charlaba con Norfolk y con Suffolk mientras aguardaba a que se hicieran las oportunas presentaciones.

—Os presento a Joanna Stafford —por fin dijo Norfolk, sin la menor elegancia.

—Ah, sí —dijo Wriothesley. El esposo de la invitada a la cena de Gertrude estaba plantado delante de mí, esperando. Ante mi silencio, saludó con una inclinación de cabeza y se marchó.

—Se ha ido a informar a Cromwell —masculló Surrey.

El enojado juramento de Norfolk quedó engullido por un estremecimiento que recorrió la muchedumbre. Todas las cabezas se volvieron hacia el Támesis. Allí estaba: una vara coronada por una bandera recorriendo lentamente lo alto del muro que bordeaba la pasarela hasta la Torre Media. Un momento después vi salir al primer grupo de guardias reales. Tras ellos iba sir William Kingston, el carcelero que todavía entonces atormentaba mis peores pesadillas. Más guardias. Y por fin aparecieron Henry Courtenay y el barón Montagu.

Cuando subieron por el sendero que llevaba a la cima de Tower Hill, vi el resultado del mes que habían pasado en prisión. El marqués, que iba delante, había perdido mucho peso. No le habían permitido vestir un jubón, a pesar del frío. Solo llevaba unas medias oscuras sujetas con un cordel a la cintura y una camisa blanca. A causa de la lluvia, tenía ya la camisa empapada y pegada a la piel. Inmediatamente detrás de él iba el barón Montagu, con una camisa y unas medias similares. Estaba tan macilento que parecía un espíritu que flotara sobre la colina. Cuando se acercó a mí, vi que tenía la camisa desgarrada por delante, dejando a la vista un pecho cubierto de pelo gris. Era repugnante verlos vestidos de ese modo.

Dos señores se aproximaron al grupo que llegaba al cadalso. Eran los jefes de los agentes del orden de Londres. Se pasaron entre ellos una hoja de papel. Un cura subió primero las escaleras del cadalso, seguido de sir William Kingston y de dos de sus guardias de la Torre. El quinto señor que subió con paso firme las escaleras era el verdugo. Yo jamás había visto al hombre que manejaba el hacha. Era fornido, vestido por completo de negro y con una máscara que le cubría la cabeza, salvo por dos ranuras a la altura de los ojos. Como el engendro de una pesadilla febril.

Llegó el momento de que los dos señores ascendieran.

Henry Courtenay subió despacio las escaleras mientras cientos de ojos lo observaban. Cuando faltaban tres escalones para llegar a lo alto se detuvo. El barón Montagu lo hizo deprisa tras él. Le dio una suave palmada a su amigo para que retomara el ascenso. Henry asintió y volvió a subir, aunque le temblaba visiblemente la mano sobre la barandilla cuando llegó a lo alto del patíbulo.

«Doy gracias a Dios y a la Virgen de que Gertrude no esté aquí para ver esto».

Courtenay y Montagu entregaron sus monedas al verdugo —pues un hombre debe pagar para morir ejecutado en el patíbulo— y ocuparon sus puestos en la parte delantera del cadalso.

Empecé a respirar rápida y entrecortadamente. Retazos de plegarias recorrían mi mente. Aunque había intentado acerarme contra lo que estaba a punto de ocurrir, ahora que estaba ocurriendo tuve que hacer esfuerzos sobrehumanos para controlar las oleadas de miedo, de dolor y de pena.

Henry Courtenay, mi primo, dio un paso adelante.

—Mírame, Henry —susurré. Pero su mirada velada simplemente se deslizó sobre la multitud.

Tosió y dijo:

—Buena gente cristiana, he venido aquí a morir y por ley estoy condenado a lo mismo. Rezad por el rey, vuestro justo y piadoso señor y soberano. Y confiad en Dios, al que ahora encomiendo mi alma.

Nadie se declaraba jamás inocente ni escupía amargas palabras al final, pues eso era algo impensable momentos antes de encontrarse con la eternidad. Y yo sabía por qué Henry en particular ensalzaba al rey. Intentaba proteger a Gertrude y a Edward.

Henry Courtenay se arrodilló y puso la cabeza en el tocón de madera.

Para mi propia vergüenza, mis ojos se cerraron. Era una maldita cobarde. Unas gotas de sudor me cubrieron la frente.

Se oyó un golpe seco y sordo. El hacha golpeó con tanta fuerza el cuello de Henry que el suelo tembló bajo mis pies.

—Jesús —susurró el conde de Surrey a mi espalda.

—A Dios gracias que ha necesitado solo un intento —respondió su padre.

Abrí los ojos. El cuerpo decapitado de Henry Courtenay estaba tumbado junto a un tocón bañado en sangre. Los guardias lo trasladaron a la parte posterior del patíbulo y lo introdujeron en una caja alargada. Junto a ella había una segunda caja vacía.

Un hombre izó un saco de yute hasta el borde del patíbulo y metió dentro la cabeza cortada. Cuando el hombre se volvió, acunando el saco entre sus brazos, vi que era Charles, el mayordomo de los Courtenay.

Miré entonces al barón Montagu. No lloraba ni temblaba.

Sir William Kingston le dijo algo, pero él no se movió.

Le había llegado la hora de morir y yo lo entendí todo. Henry era el más bondadoso, el mejor de los dos, desde un plano más general. Pero Montagu era el más fuerte. No me cupo duda de que había insistido para que Henry muriera antes. Tener que presenciar esa carnicería sabiendo que tú eras el siguiente requería una valentía que no estaba al alcance de cualquiera.

Por fin, Montagu dio un paso adelante. Sus ojos recorrieron la multitud hasta que dieron con Norfolk y conmigo. Nuestras miradas se cruzaron y en ese momento mi respiración se relajó. El sudor se secó en mi frente.

Supe cuál era mi misión.

No recité ningún salmo ni tampoco ninguna oración de duelo por los muertos. Abrí la boca y fue la bendición diaria dominica la que acudió a mí: «Que Dios, Nuestro Señor, os bendiga».

Montagu asintió como si pudiera entenderme.

—Que Dios, su hijo, nos sane —dije, alzando la voz.

Norfolk se volvió hacia mí con la mano levantada, pero rápidamente eché a andar hacia adelante en dirección al patíbulo. El duque no me siguió.

—Que el Espíritu Santo nos ilumine y nos dé ojos para ver, oídos para oír y manos para hacer realidad la obra de Dios —siguió repicando mi voz.

Los hombres se hicieron a un lado para dejarme pasar a medida que me acercaba al patíbulo bañado en sangre.

—Pies para caminar y una boca con la que predicar las palabras de la salvación —dije. Yo sabía que todos debían de estar mirándome: Norfolk y

su hijo, Cromwell y Wriothesley, el embajador Chapuys y toda la maldita corte. Me trajo sin cuidado.

Estaba ya a escasos metros de él. Eché la cabeza hacia atrás todo lo que pude para poder mirar al barón Montagu a los ojos.

—Y que el ángel de la paz cuide de nosotros y nos guíe por fin, por el don de Nuestro Señor, al Reino —dije.

La bendición había concluido.

El barón Montagu miró a la multitud congregada a mi espalda. Había dejado de llover. Una brisa le revolvió el pelo.

—Larga vida al rey —gritó lord Montagu, tan alto que su voz reverberó por toda la colina.

La muchedumbre esperó. Pero no hubo más.

Montagu se volvió de pronto y con un elegante movimiento se arrodilló. Apoyó la cabeza en el patíbulo. Sus ojos volvieron a encontrarme y entonces me dijo, como si no hubiera nadie más en Tower Hill:

—No miréis, Joanna.

OceanofPDF.com

31

El barón Montagu cerró los ojos, pero yo no cerré los míos. El verdugo se adelantó. Pude verle los ojos bajo la capucha: miraban a un lado y a otro al tiempo que elegía un punto donde cortar. Plantó los pies en el suelo de madera y levantó el hacha sobre su cabeza. El filo sangriento destelló bajo la luz apagada de la mañana. El hacha cayó, trazando un arco infalible.

Lo que vi a continuación quedaría grabado en mi alma para siempre.

Después, un desconocido cogió la cabeza decapitada de Montagu. Los guardias se llevaron a rastras el cuerpo hasta la parte posterior de la plataforma. Los tablones de los escalones crujieron cuando Kingston, el cura, el verdugo y los guardias descendieron. Otros hombres subieron entonces para recoger las cajas con los cuerpos decapitados. Yo sabía que todo eso ocurría a mi alrededor y aun así me mantenía distante. Me sentía como una de las gaviotas grises que moraban y sobrevolaban la Torre de Londres.

Charles, el mayordomo de los Courtenay, me sacó de mis cavilaciones.

—Señora Joanna —dijo. A juzgar por su tono de voz, era obvio que había repetido mi nombre.

No pude decir nada.

—Ahora los enterraremos. Hemos obtenido permiso del jefe de los agentes del orden. ¿Deseáis acompañarnos?

—¿Cómo? —dije.

—A esa iglesia de allí. —Señaló hacia la ciudad—. All Hallow’s Barking. Allí es donde descansarán durante un tiempo.

Con todo el esfuerzo del que pude echar mano, asentí.

Surrey fue la siguiente persona en hablarme.

—Joanna, debemos… Jesús, estáis cubierta de sangre.

Me apartó unos pasos del patíbulo y buscó un pañuelo en su jubón. El joven conde me limpió la cara con sus propias manos, con los ojos colmados de lástima. Detrás de él, los hombres no me quitaban los ojos de

encima, presas de una horrorizada fascinación. Los susurros nos rodearon. Oí decir a alguien: «Stafford». El conde les hizo caso omiso mientras me limpiaba la sangre. De haber podido ser capaz de sentir algo, habría lamentado lo que estaba a punto de hacerle a Surrey.

—Vamos —gritó el duque de Norfolk a unos siete metros de donde estábamos.

—No —contesté.

El duque se acercó a regañadientes. Vi que sus ojos se desviaban durante una fracción de segundo hacia el patíbulo. En ese momento bajaban las cajas con los cuerpos decapitados de Courtenay y de Montagu por las escaleras.

Norfolk le anunció a su hijo:

—Iré directamente a la corte. El rey debe verme allí. Llevadla a Howard House y después reuníos conmigo.

—No —repetí.

El duque continuó:

—Haréis lo que digo. Mañana mis hombres os llevarán al castillo de Stafford.

Tendí la mano hacia la manga de brocado rasgado.

—Tengo algo que deciros, mi señor. Se trata de vuestra tía, Margaret Bulmer. Vos en particular debéis enteraros de esto. Hubo un motivo que propició su partida al norte. Tiene que ver con vuestro padre.

Norfolk me arrastró no muy lejos de allí, despidiendo a Surrey con un gesto de la mano.

—¿Acaso os habéis vuelto loca, pronunciando su nombre ahora y aquí? —dijo, temblando de rabia.

—Vuestro hijo odia oír susurrar a la gente que sois un proxeneta —respondí—. ¿Cómo creéis que se sentiría si le dijera que intentasteis obligar a Margaret a compartir lecho con el rey para convertirse en su amante? ¿Que ese fue el motivo por el que se marchó de la corte?

El horror visiblemente escrito en su rostro debía de ser muy parecido al que yo había mostrado cuando Gertrude Courtenay había pronunciado el nombre de George Bolena.

—Falso —dijo.

Mi pobre padre me había contado el secreto de Margaret días antes de su muerte. Pero yo no tenía intención de pronunciar su nombre delante de Norfolk. Manteniendo firme la voz, urdí mi mentira.

—Recibí una carta de Margaret en la que me lo contaba —dije—. Jamás se la he enseñado a nadie. Quería proteger su memoria. Pero haré público su contenido si no me dejáis hoy aquí.

El duque de Norfolk llegó a sonreírme. Qué sonrisa más peligrosa. El dolor que había asomado a sus ojos a causa de las ejecuciones que acababan de tener lugar se había transformado en una rabia asesina.

—Por eso el rey ordenó que Margaret tuviera una muerte tan inmisericorde —dije—. Pero nada de eso habría ocurrido de no haber sido por vos. Ella jamás se habría ido al norte ni la hubieran prendido en la Procesión de Gracia de no haber sido por vuestra culpa. Matasteis a Margaret antes de que ella se rebelara contra el rey. Y creo que vuestro hijo, y también vuestra esposa, deberían saberlo.

Norfolk se inclinó hacia mí para decirme con absoluta claridad:

—¿Sabéis a quién os estáis enfrentando?

Lo miré, al duque que comandaba a los hombres en la batalla. Había ordenado las muertes de hombres y de mujeres y sí, también de niños.

—¿Vais a pegarme ahora, delante de los hombres de Cromwell? —dije —. Para obligarme a ir con vos, tendréis que pegarme y llevarme a rastras, Excelencia. Pero ¿os parece acertado llamar la atención sobre vos cuando la alta nobleza del reino está bajo sospecha?

A Norfolk le tembló el labio inferior. Le costó un tremendo autocontrol no matarme con sus propias manos. Por encima de su hombro vi que su hijo nos observaba.

—Jamás le contaré a vuestro hijo ni a ningún alma la verdad sobre Margaret, tenéis mi palabra ante Dios de que así será —dije—. Pero solo si me dejáis aquí. Asistiré a los entierros. Y después me iré a Dartford. No volveréis a verme. No tendré más trato con vuestra familia, ni con ninguna de las nobles casas de la corte. —Hice una pausa—. Pero primero pasaré por Winchester House para recoger al hermano Edmund. Debéis notificar al obispo de que deben liberarlo hoy mismo.

El duque de Norfolk se volvió a mirar a su hijo y después a mí nuevamente. Dijo entonces, en voz muy baja, más baja de lo que jamás me había hablado hasta entonces:

—Esto no termina aquí.

Dicho eso, se marchó, chasqueando los dedos para que su hijo y heredero lo siguiera. Surrey se marchó con él. Yo en todo momento había sabido que así sería.

Me abrí paso entre la muchedumbre ya más escasa en dirección a la iglesia de All Hallow's Barking, situada en el linde de Tower Hill. Había allí una docena de criados de los Courtenay. Un trío de hombres que habían servido a las órdenes del barón Montagu también se había congregado en aquel lugar. No asistió ningún familiar ni ningún amigo de los difuntos, aparte de mí. Aquel era el lugar donde primero se enterraba a los traidores de consideración: el cardenal Fisher, sir Tomás Moro. A veces, después de que su rabia vengativa se enfriaba, el rey concedía su permiso a las familias para que se llevaran a sus seres queridos a otro lugar. Aunque no siempre.

Un melancólico cura dijo unas palabras sobre las dos tumbas recientes.

Me despedí de los presentes y me marché de Tower Hill. En el Puente de Londres, el jorobado que nos había ofrecido ayuda con el transporte, el mismo que había aceptado unas monedas para traicionarme ante Norfolk, no reparó en mí. Pagué mi penique y crucé pesadamente el puente, cortando por el lado de los caballos y de los carros. El enérgico batir de las aguas bajo mis pies sonaba extraño; los gritos y las risas de los demás pasajeros se me antojaban también ajenos. No me sentía victoriosa por haberme liberado de Norfolk. Me embargaba una asfixiante tristeza por tener que vivir en un mundo tan oscuro y tan inclemente.

Ni pensé en entrar en Winchester House. Me quedé en el patio delantero, en la calle de Southwark que llevaba hasta el Palacio del Obispo. Le di mi nombre al muchacho que estaba allí apostado y eso fue todo.

No salió nadie durante un buen rato. La lluvia volvía a caer, aunque esta vez más débilmente. No busqué refugio de la húmeda llovizna. Los hombres que llegaban a Winchester House a tratar sus asuntos sorteaban mi cuerpo inmóvil para entrar.

Por fin, un cura cruzó la mitad de patio con un rostro pétreo. Me miró de arriba abajo y se volvió para dar una señal.

El hermano Edmund apareció en la entrada, bajo el arco de piedra que tenía labrada la letra «W». Cruzó despacio el patio adoquinado hasta la calle. Mi tristeza se desvaneció en cuanto lo vi, aunque también sentí clavarse en mí las garras de la culpa. Lamenté haberlo involucrado en mis problemas y sobre todo lamenté haberme abochornado como lo había hecho la noche que habíamos pasado en Blackfriars.

—Hermana Joanna —dijo al llegar a mi lado.

—Hermano Edmund.

Estaba pálido y tenía oscuras sombras bajo los ojos, pero parecía indemne. Se estremeció mientras recorría mi vestido con la mirada.

—¿Es sangre? —preguntó.

Bajé la vista. No me había dado cuenta hasta entonces, pero tenía salpicaduras de color rojo oscuro en el lado izquierdo de la capa.

—Han muerto esta mañana —dije.

Asintió, me tomó del brazo y me llevó lejos de allí.

—¿Cómo habéis conseguido que me dejen en libertad? —Quiso saber.

—He amenazado al duque de Norfolk con desvelar algo que él no quiere que se haga público si no nos liberaba —respondí.

El hermano Edmund se detuvo en seco.

—¿Lo habéis amenazado? —preguntó, asombrado. Y después—: ¿De qué se trata?

—No puedo decíroslo.

—¿No tendrá algo que ver con las profecías? —insistió, bajando la voz.

—Por supuesto que no. Jamás diría una sola palabra.

—Creo que deberíais confiar en mí para estar así mejor preparado, hermana Joanna.

—No puedo —respondí—. He jurado por Dios que no lo compartiría con nadie.

El hermano Edmund asintió.

—En ese caso, no volveremos a mencionarlo.

Reemprendimos la marcha. Al llegar al cabo de la calle vi a una panda de rufianes que le propinaban una paliza a un mendigo.

—El obispo Gardiner me ha interrogado personalmente —dijo el hermano Edmund—. No le he dicho nada, pero me temo que sospecha que hay algo más, aparte de que lo que nos llevó a Blackfriars fue la necesidad de oración.

El corazón se me aceleró. Aquello era algo con lo que yo no había contado. El obispo era tan perspicaz y nos conocía tan bien al hermano Edmund y a mí que si había alguien capaz de descubrir la existencia de las profecías y del papel que yo desempeñaba en ellas era él.

El hermano Edmund contuvo el aliento, pero no era el momento de mostrarse temeroso del formidable obispo. Su atención estaba puesta en la pelea de los rufianes. Antes de que yo pudiera decir nada, echó a correr hacia ellos.

—¡Deteneos! —gritó—. Dejad en paz a ese hombre.

Corrí tras él, confundida. ¿Por qué, en un momento como aquel, mi amigo se entrometía en una reyerta callejera?

Un corpulento rufián, que tenía al mendigo colgando bajo el brazo como un saco de trigo, le dijo al hermano Edmund:

—¿Qué sois? ¿Un papista de esos?

Fue entonces cuando me fijé en el mendigo. Y es que no era un mendigo. Aquel hábito con capucha era el de un monje cisterciense.

El rufián le arrancó la capucha al monje y vi entonces el rostro blanco como el yeso del hermano Oswald. Estaba semiinconsciente y la sangre le goteaba de la barbilla.

—¿Conocéis a este monstruo? —preguntó el rufián.

—Es un monje…, un hombre de Dios —dijo el hermano Edmund—. Debéis soltarlo de inmediato.

—Ya no obedecemos a los monjes —gritó el rufián—. No son más que un atajo de hipócritas, hechiceros y vagos.

Yo ya había oído en otras ocasiones esa clase de espantosas descripciones de los monjes y cada vez que volvía a oírlas era como si recibiera una bofetada.

—Es un papista —rugió el hombre—, y ya sabemos lo que hay que hacer con los papistas, ¿eh?

El resto de los rufianes vitorearon. Eran al menos diez. Yo a veces me había dicho que solo eran los secuaces del rey y de Cromwell los que odiaban las viejas formas y a los hombres y mujeres de los monasterios. El sádico asalto me demostró que estaba equivocada.

—Está indefenso. No deberíais poner a prueba vuestra fuerza con un hombre como él —insistió el hermano Edmund.

El rufián soltó al hermano Oswald, que cayó al suelo. El cisterciense emitió un gemido. El hermano Edmund corrió hacia él, pero el asaltante del monje se interpuso en su camino.

—¿Y qué os parece si lo demuestro con un hombre como vos? —se mofó el rufián.

—¡No! —grité—. Poned fin a esto ahora mismo.

El rufián se volvió hacia mí con una mirada maliciosa.

—¿Habéis traído a una muchacha para que nos divirtamos?

El hermano Edmund me ocultó detrás de él con un empujón.

—No le haréis ningún daño, ni a ella ni a nadie. —Levantó el brazo derecho con el puño cerrado. El hermano Edmund no se enfadaba con facilidad, pero cuando lo hacía, las consecuencias podían ser temibles.

Con su panda de maleantes congregados tras él, el rufián se acercó pavoneándose hacia el hermano Edmund y hacia mí.

Oí pasos a mi espalda. Dos docenas de hombres se acercaban por la calle desde Winchester House. Algunos portaban largas varas.

—¡Largo de aquí! ¡Largo! —gritó un cura de pelo canoso.

Enseguida los rufianes retrocedieron. Al llegar a la esquina, el jefe de la pandilla nos gritó:

—No creáis que olvidaremos que vuestro obispo Gardiner se puso de parte de los papistas.

—Este hombre es el hermano Oswald, antiguo monje de la Orden del Císter —le dije al cura de Gardiner—. Está herido. Debemos llevarlo a Winchester House para curarlo.

—De ninguna manera —replicó el cura—. Hemos hecho lo que estaba en nuestra mano. O lo dejamos en el suelo u os lo lleváis con vos. Pero os recomiendo que os vayáis de aquí antes de que esos hombres regresen en mayor número. Y os aseguro que lo harán.

Dicho esto, los hombres de Gardiner se retiraron tan deprisa como habían avanzado. El hermano Edmund se arrodilló junto al monje ensangrentado y le levantó con cuidado la cabeza.

—Hermano Oswald, ¿me oís? ¿Os acordáis de mí? Soy Edmund Sommerville, nos conocimos en la peregrinación a Stonehenge.

Los ojos del cisterciense parpadearon.

—Edmund, sí —dijo—. Me acuerdo. —Parpadeó de nuevo otras tantas veces—. ¿Es Joanna quien os acompaña?

—Sí —respondí.

—Vamos a llevaros a un lugar donde estaréis a salvo —adujo el hermano Edmund.

—Bendito seáis —fue la respuesta del hermano Oswald—. Dios, padre y redentor, me ha salvado. —Su mano derecha chapoteó en el fango cuando intentó hacer la señal de la cruz.

—Dudo que pueda andar —le susurré al hermano Edmund.

—¿Estáis solo? —le preguntó mi amigo. Cuando habíamos conocido al hermano Oswald guiaba a otra docena de monjes desplazados en un viaje por Inglaterra, buscando respuestas en la peregrinación y la oración.

—Los demás me esperan cerca del río —contestó el hermano Oswald. Se estremeció y se frotó el costado. Luego tosió—. Son cinco. Están junto a un recinto de peleas de osos y perros. Vamos de camino a Kent, al monasterio de Aylesford.

—Dartford está de camino a Aylesford —dije.

El hermano Edmund cogió al hermano Oswald en brazos para llevarlo. El esfuerzo le encendió el rostro.

—Ojalá pudiéramos conducirlos a Dartford —deseó entre dientes.

Me recorrió un estremecimiento de entusiasmo.

—Podemos —dije.

—¿Cómo? Incluso con ayuda, es imposible recorrer esa distancia cargando con un hombre herido.

Tiré de la parte delantera de mi capa ensangrentada.

—Alquilaremos un carro —propuse—. Llevo aquí las monedas. Catherine Howard me dio una bolsa con algo de dinero. Debería ser suficiente.

—¿Y así es como deseáis gastaros todo el dinero?

—Sí —respondí—. Delante de Dios no veo un propósito más elevado que este.

El hermano Edmund asintió al tiempo que la determinación endurecía la mirada de sus ojos marrones.

—A Dartford —dijo.

OceanofPDF.com

32

—¡Janna! ¡Janna! —gritó Arthur en la entrada de la casa de los Sommerville. Un instante más tarde a punto estuve de caer al suelo cuando su fuerte cuerpecito impactó contra el mío. Entre risas, lo estreché tanto como pude entre mis brazos mientras veía llorar a la hermana Winifred, envuelta a su vez en el afectuoso abrazo de su hermano mayor.

—Tranquila, ya estoy aquí, ya estoy aquí —dijo el hermano Edmund—. Todo se arreglará.

Pero en lo que a mí me concernía, no todo se arregló. Tras un día de lágrimas y más abrazos, me acosté agradecida en mi cama y fui entonces víctima de incesantes terrores nocturnos. La mañana siguiente me encontró débil y espesa. Aun así, me obligué a ir a la Oficina de Aduanas a recoger mi telar.

Jacquard Rolin, el joven reformista de los Países Bajos, me condujo al almacén. Allí estaba: la segunda larga barra de madera con el rodillo que encajaba entre ambas y los pedales para tres hilanderas.

—En Bruselas trabajan con gran maestría, *n'est-ce pas*? —dijo Jacquard, orgulloso de lo que había sido creado en los talleres de su paisano.

Jacquard le dijo a un muchacho que corriera a reunir a cuatro chiquillos para transportar el telar. Un momento después de que el pequeño se escabullera, un anciano se detuvo en la entrada del almacén y nos observó con atención.

—¿Puedo ayudarlo en algo, señor Brooke? —preguntó Jacquard.

Me tensé. De modo que aquel era el esposo de la señora Brooke, la misma que me había atormentado durante mi último día en Dartford antes de marcharme a Londres. El señor Brooke era el encargado de contratar a los hombres que debían supervisar la construcción de la nueva casa solariega del rey que iba a levantarse sobre las ruinas del priorato.

—Timothy estará a punto cuando las campanas den las cuatro —anunció el señor Brooke.

—Allí estaré. No me lo perdería por nada —dijo Jacquard. Y lanzando una mirada asesina en mi dirección, el señor Brooke se volvió y se marchó.

Jacquard me informó de que Timothy, el mayor de los hijos de los Brooke, había regresado hacía dos meses de la universidad convertido en un entusiasta predicador en pro de la Reforma. Había subido al tocón de un árbol del potrero que estaba junto a la casa familiar y había proclamado la palabra de Dios a todo aquel que iba a escucharlo.

—¿A un tocón? —pregunté. Pocas cosas me desconcertaban más que el desprecio que mostraban los reformistas por una hermosa catedral o por la iglesia de un monasterio, adornada con vidrieras, estatuas y enjoyados cálices y bandejas, en favor de un potrero o de una común sala de reuniones.

—Es muy inspirador en sus interpretaciones de las Escrituras —dijo Jacquard. Sus delicados rasgos se endurecieron al tiempo que un intenso halo emanaba de él: el resplandor de un auténtico creyente—. Cada vez que Timothy habla, aparece más gente que se une a la discusión sobre el Evangelio.

Aquella era una villa que había sido famosa por su tradicional piedad, por lo orgullosa que estaba de un priorato de monjas dominicas y por el apoyo que prestaba a la multitud de peregrinos que viajaban a Canterbury. Y ahora sus habitantes se reunían alrededor de tocones.

Aparecieron los cuatro chiquillos y Jacquard insistió en liderar al grupo hacia mi casa. High Street estaba muy concurrida esa tarde. Aunque hice cuanto estuvo en mi mano por mostrarme despreocupada mientras caminaba al lado de Jacquard, lo cierto es que me inquietaba tener que repetir el desafortunado trayecto. Era ridículo temer a los sencillos vecinos de Dartford, pero fui incapaz de calmar mis crispados nervios.

Sin embargo, el hombre que iba a mi lado resultó ser mucho más el centro de atracción que yo. Jacquard hechizaba a las mujeres de Dartford. Vi que algunas jóvenes —y también alguna que otra no tan joven— lo miraban embobadas en la calle.

—Sois popular, señor Rolin —comenté.

Jacquard se rio.

—Con la más absoluta modestia. Ah, si viéramos al alguacil Geoffrey Scovill en High Street sabréis lo que es provocar un profundo efecto en las mujeres de Dartford.

Al oír el nombre de Geoffrey en sus labios, y en un contexto tan frívolo, volví a tensarme. No había vuelto a ver a Geoffrey desde mi regreso. Aunque tendría que haberle notificado enseguida mi vuelta, no estaba segura de qué decir.

Cuando Jacquard empezó a parlotear sobre mi empresa de elaboración de tapices, me sentí agradecida al principio.

—Lo que planeáis hacer es extraordinario —dijo—. He visto vuestro diseño, y debo reconocer que me ha sorprendido vuestra elección para el primer tapiz.

—Pero el diseño estaba envuelto y sellado —dije—. ¿Cómo habéis podido conocerlo?

Jacquard se disculpó con una profunda inclinación de cabeza.

—Para los libros mayores, debo llevar un registro de todas las compras que llegan a Dartford. Es parte de mi comisión real. Lo examiné brevemente solo con ese fin y después volví a sellarlo.

Quizá había hecho lo que decía, pero me molestó saber que había hurgado en mis cosas.

—¿Qué es lo que os sorprende sobre un ave mítica? —dije en voz alta.

Sonrió.

—Para empezar, la ambición artística. El fénix es una de las criaturas más brillantes. Tendréis que emplear muchos, muchísimos colores y tonos distintos. Habéis elegido además retratar al fénix al término de sus días, cuando, después de mil años, reposa en su nido de pequeñas ramas para prenderse fuego y arder y, supuestamente, un fénix nuevo y joven renacerá de las cenizas. ¿Cómo sugeriréis las llamas?

—Con hilo de oro —respondí—. En cuanto a lo ambicioso del diseño, debo crear algo que resulte impresionante para mi primera obra. Una serie de tapices que cuenta una historia es lo que más dinero requiere, pero solo dispongo de un telar de tres tejedoras. Me llevaría más de un año crear una serie. Por eso he seleccionado una sola imagen, y muy hermosa, que

pudiera ser apreciada a simple vista. Si encuentro al comprador adecuado y consigo que lo exhiban en un lugar prominente, el tapiz del fénix me proporcionará más clientes.

Jacquard se detuvo en plena calle.

—Pero veo que habéis calculado hasta el último detalle y habéis concebido un plan brillante —dijo.

—Oh, no es para tanto —respondí, abrumada—. ¿Y es eso todo? Habéis dicho: «Para empezar». ¿Hay algo más sobre mi elección que os haya sorprendido?

Inclinó la cabeza a un lado al tiempo que sus ojos líquidos me estudiaban.

—Me preguntaba si os habríais parado a pensar en lo que quizá algunos creerán que representa el fénix, en particular si ha sido tejido por mujeres que en su día profesaron en un priorato.

—No es más que un pájaro —protesté—. El mito del fénix proviene de Heródoto, que vivió en el siglo V antes de Jesucristo, Nuestro Señor. No tiene nada que ver con la fe católica.

—El fénix vive mil años —dijo Jacquard—. Y los monasterios católicos han existido durante mil años. ¿No podrían esta muerte y el posible renacimiento ser vistos como un símbolo? Los símbolos pueden ser poderosos.

Los hombres llevaron el telar hasta mi puerta. Yo entré primero, intentando disimular mi desaliento. ¿Acaso podía haber sido mi intención, de un modo no del todo consciente, declarar ante el mundo mi deseo de ver renacer nuestra fe de sus cenizas? Pero no tenía el menor deseo de crear ninguna controversia con mis tapices, puesto que eso no habría de reportarme ningún beneficio.

La hermana Winifred jugaba con Arthur en el salón. Entusiasmado con la llegada de los hombres, Arthur me atosigó a preguntas sobre el telar. En la cocina, Kitty, mi sirvienta, sirvió el almuerzo a dos de los hombres que habían seguido al hermano Oswald. Todos dormían en la enfermería. El hermano Oswald estaba muy malherido y otros tres estaban también demasiado enfermos o se habían debilitado al deambular por la villa, y el hermano Edmund cuidaba allí de ellos, de día y de noche. Cuando se

hubieran recuperado lo suficiente, su plan era viajar a Aylesford, un monasterio carmelita recientemente clausurado donde un hombre se sumaría al grupo.

Al ver cómo los desaliñados monjes devoraban un pastel de pescado, entendí lo raros que debían de resultarle a Jacquard. Sus hábitos raídos revelaban que antaño habían servido en monasterios. Yo no quería que la reunión para la oración de la tarde se convirtiera en una sesión de chismorreo sobre los monjes que habían llegado a la villa.

Pero en el preciso instante en que abrí la boca para despedirme de él, Jacquard anunció:

—Me ocuparé del montaje del telar.

—No será necesario —protesté—. Ya habéis hecho más que suficiente.

—Deberíais considerar la amable oferta del señor Rolin, hermana Joanna —dijo la hermana Winifred—. Para nosotras será muy difícil hacerlo. ¿No os parece que nos ahorraría tiempo?

—Desearía ayudar en todo lo que pueda —insistió Jacquard, muy serio.

De modo que se puso manos a la obra. Mientras supervisaba la construcción del telar, acariciaba a Arthur en la cabeza, conversaba cortésmente con la hermana Winifred y conmigo y bromeaba a voz en grito con una sonrojada Kitty. No parecía prestar la menor atención a ninguno de los dos monjes que estaban en la cocina, ni siquiera cuando salieron de mi casa para regresar a la enfermería. Cuando el telar estuvo montado, Jacquard se marchó con una última y cortés inclinación de cabeza.

La hermana Winifred se acercó y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Es espléndido —susurró—. Ahora retomaremos la labor que desempeñábamos en el priorato y crearemos obras hermosas. Oh, hermana Joanna, dedicaré todo el tiempo que pueda a ayudaros a tejer.

—¿Lo haréis? —dije. Le rodeé con el brazo la estrecha cintura. Le estaba muy agradecida por su amistad… y por haber superado los recelos que provocaba en ella mi empresa de elaboración de tapices. En ese momento la puerta se abrió bruscamente. Al principio, creí que era Jacquard, que había regresado, pero a quien vi en el umbral fue a Geoffrey Scovill… y a la hermana Beatrice.

Iban juntos, y sin embargo no podía haber mayor contraste en la actitud de uno y de la otra. Geoffrey se movió rígidamente y no dijo nada más allá de «Buenas tardes», mientras que la hermana Beatrice balbuceó, con los ojos radiantes:

—No cabía en mí de gozo…, no cabía en mí cuando me he enterado de vuestro regreso, hermana Joanna. Han pasado dos meses y os hemos echado mucho de menos. No sabéis cuánto hemos lamentado vuestra ausencia. Geoffrey no me ha creído cuando he ido hoy a buscarlo al este de la villa para decirle que habíais vuelto. Entonces le he dicho: «Vayamos a ver». Y aquí os tenemos. Con vuestro telar. ¡Por fin! —Se volvió hacia Geoffrey y deslizó la mano alrededor de su brazo—. ¿A que tiene muy buen aspecto? ¿Verdad? —Había cierta sombra de histeria en la voz de la hermana Beatrice cuando se agarró de su brazo.

Geoffrey no hizo nada salvo mirarme, con cientos de preguntas en los ojos. No me encontraba bien y tuve la seguridad de que tampoco lo parecía.

De pronto, todo empezó a girar a mi alrededor.

—¿Estáis mareada? —preguntó la hermana Winifred.

—No, no —respondí, inspirando hondo. Y acto seguido—: Tengo algo que deciros. —Recorrí despacio con la mirada a la hermana Winifred, a la hermana Beatrice y a Geoffrey—. Os agradezco que hayáis cuidado de Arthur mientras yo no he podido hacerlo. Es un gran honor tener amigos como vosotros, y doy gracias a Dios Padre por ello. No soy merecedora…

Se me quebró la voz y me encogí de hombros. Para mi humillación, me eché a llorar.

—Está muy cansada. Ha tenido que soportar demasiado. Ahora debemos dejar descansar a la hermana Joanna —dijo con firmeza la hermana Winifred—. Yo cuidaré de Arthur lo que queda del día. Creo que ambos deberíais marcharos.

—Quizá sea lo mejor —murmuré. Sin mirar a Geoffrey ni a nadie, me volví hacia las escaleras que llevaban a mi cuarto. Me acosté y me dormí. Estuve ausente durante el resto de la tarde y seguí durmiendo toda la noche, como si buscara huir sumida en mi duermevela sin sueños.

Cuando me desperté, me encontraba un poco más fuerte. Era sábado y fui al mercado directamente después de la misa matinal. Había dejado a

Kitty batiendo la mantequilla y encurtiendo, puesto que no era lo bastante diestra como para hornear el pan ni yo tenía tampoco el horno para hacerlo. En vez de esperar a que la madre de Kitty se encargara de ello, decidí comprar unas hogazas y todos los víveres con los que pudiera cargar con las monedas que me había dado Catherine Howard. Hasta que el hermano Oswald estuviera preparado para viajar a Aylesford, había muchas bocas que alimentar.

El mercado de Dartford se adentraba en la calle y los pescaderos vendían sus piezas en los largos carros aparcados delante. Dentro, el mercado era un hervidero de vecinos de Dartford que hablaban, reían y se llamaban a gritos entre sí. Llené mi cesta de pan, zanahorias, guisantes secos, cebollas y más cosas. Encontré mucho que comprar. Resultó agradable dedicarme a esas labores tan cotidianas. Quizá, con el tiempo, los vecinos de la villa terminarían por aceptarme.

Cuando elegía algunas piezas de una barrica de manzanas, Geoffrey Scovill se colocó a mi lado, delante de los puestos de frutas.

—¿Puedo hablar con vos, Joanna? —dijo.

—Naturalmente —respondí, sintiendo que mi buen ánimo se desvanecía en un abrir y cerrar de ojos. Seguí examinando la manzana que había cogido. Era una fruta dura y roja por un lado, pero por el otro estaba blanda y marrón. La dejé en el borde del puesto, para que nadie la comprara.

—Tenéis mejor aspecto hoy. Me alegro —exclamó.

—Gracias.

Sus ojos me estudiaron.

—Me gustaría saber por qué el duque de Norfolk os ha permitido regresar a Dartford y con qué condiciones —me pidió.

Dejé de coger manzanas. Geoffrey tiró del botón de su jubón con la mano izquierda mientras esperaba mi respuesta.

—Este no es el lugar indicado para hablar de eso —dije, apartándome del puesto.

—No conozco ninguno mejor —replicó, siguiéndome—. Es el lugar más ruidoso de la villa. Nadie puede oírnos.

Un instante después, dije:

—Yo no diría exactamente que el duque lo permitió.

Geoffrey soltó un gemido.

—Lo sabía. Oh, Joanna, ¿qué es lo que habéis hecho?

—Su Excelencia no vendrá a buscarme —anuncié—. Hablamos en Tower Hill, después de lo cual le dije que se fuera sin mí, que mi intención era recuperar mi vida en Dartford. Y así lo hizo.

—Pero ¿con qué términos y condiciones? —insistió Geoffrey.

Dije entonces, enfurecida:

—Estaba a escasos centímetros del patíbulo, cubierta con la sangre del barón Montagu. No era el momento más apropiado para ponerme a regatear los términos y las condiciones.

Geoffrey perdió la mirada en la distancia.

—Montagu era un hombre valiente y lamenté mucho su muerte cuando lo supe —dijo.

Lamenté haberle hablado tan duramente.

—Yo también —dije.

Compartimos un instante de pesar. A nuestro alrededor, los vecinos se empujaban y bromeaban, ajenos a nosotros.

Entonces Geoffrey se acercó un poco más. Inclinándose hacia mí, bisbiseó:

—En ese caso, lo que sugerís es que no hay impedimento alguno.

—¿Impedimento? ¿Para qué?

—Para nosotros, Joanna —dijo con el rostro iluminado por un halo de esperanza—. Para estar juntos por fin.

Lo miré, incrédula.

—¿Y qué ocurre con la hermana Beatrice?

Negó con la cabeza, tirándose con tanta fuerza del botón que creí que iba a arrancárselo.

—No es lo mismo. Entiendo que ella me tiene mucho… afecto, pero…

—Os ama, Geoffrey.

Se sonrojó, pero dijo:

—No ha habido ninguna promesa.

—Jamás os imaginé tan cruel —dije, echando a andar con paso firme hacia la entrada del mercado.

Geoffrey enseguida estuvo a mi lado.

—Esto no es justo, Joanna. ¿No será que usáis mi amistad con Beatrice como excusa? Según creo, Somerville ha vuelto a intentarlo con vos. Sois vos la que le hacéis las promesas a él. ¿Creéis acaso que no sé que habéis vuelto a Dartford con él?

Me abrí paso hasta la calle. A punto estuve de chocarme con un pescadero que estaba inclinado sobre su carro. Mi saco de judías salió despedido de la cesta, derramándose en el fango de High Street. Pero estaba demasiado enfadada para que me importara.

De nuevo Geoffrey me alcanzó. No había modo de librarme de él.

—Se escabulló de Dartford para encontraros sin decírmelo —dijo, furioso—. Conocía perfectamente vuestro paradero. Simplemente aguardó hasta tenerme ocupado con los asuntos de la villa y corrió para ser él quien os rescatara. Pero no olvidéis, Joanna, que no escribisteis a Sommerville cuando intentasteis encontrar el modo de escapar de Londres. Me escribisteis a mí. Fue a mí a quien quisisteis.

Geoffrey había empezado a gritar. Algunas cabezas se volvieron a ver lo que provocaba semejante conmoción.

—Basta —dije, desesperada, tirando de él hacia el lado opuesto de High Street, más allá del escaparate del zapatero—. Los celos os rebajan…, y a mí también. El hermano Edmund no es así en absoluto.

Geoffrey estampó la mano contra la pared de madera. Jamás le había visto perder el control de ese modo.

—Lo peor de todo es que sé lo que os une a él. Está tan loco como vos. No intenta en ningún momento haceros entrar en razón. Da alas a todas las locuras que habéis tenido hasta ahora. ¡Y las suyas son incluso peores! Como ir a Blackfriars después de que el rey lo clausurara.

—¿Cómo sabéis lo de Blackfriars? —pregunté—. ¿Y cómo sabíais que iban a producirse los arrestos en la Rosa Roja esa noche? Nunca me lo dijisteis.

—Un alguacil oye cosas —replicó—. No soy un erudito como vuestro noble «hermano Edmund», pero tampoco soy estúpido. Y al menos soy honesto con vos. El hermano Edmund ha estado fingiendo durante todo este tiempo que está por encima de los deseos terrenales, que no os desea. ¿No veis acaso el engaño?

Estaba tan enfadada que apenas podía respirar.

—Sois un estúpido, Geoffrey Scovill —dije, sin poder contenerme—. No sabéis nada sobre él ni sobre mí. Él no me quiere del mismo modo que vos, como me desearían otros hombres. En Blackfriars, fui yo. Yo lo deseé. Me ofrecí a él y él dijo que era un error. Me rechazó.

Jamás olvidaré la expresión del rostro de Geoffrey. No olvidaré cómo la ira y la incredulidad se fundieron en una honda pena.

—Jamás creí que pudierais ser tan cruel, Joanna —dijo con una voz abrumada por la emoción.

Se volvió para marcharse.

—Geoffrey —lo llamé—. Esperad. Deteneos.

Pero no se volvió. Al contrario, caminó cada vez más deprisa, hasta alejarse corriendo de mí desde la mitad de High Street.

OceanofPDF.com

33

El día de Navidad, durante la misa, no había un solo asiento libre en la iglesia de la Santísima Trinidad. El templo había sido despojado de sus adornos, habían cubierto con pintura las hermosas imágenes, ahora más oscuras, pero habían añadido algo significativo: unos largos bancos de madera. Mientras el padre William Mote contaba la historia del nacimiento de Nuestro Salvador con toda la energía de la que era capaz, yo estaba sentada en un banco en la parte central de la iglesia, junto a Arthur y a la hermana Winifred, con el hermano Edmund al otro lado. Ya no estábamos relegados a la pequeña capilla ni a los desvaríos del padre Anthony. Durante mi ausencia, el padre William había permitido a los anteriores residentes del priorato unirse a la congregación, lo cual tendría que haber sido una bendición de no haber sido por un serio inconveniente.

La cadena.

Mientras el padre William hablaba largo y tendido, seguía plantado junto a ella: una plataforma clavada al altar y sujeta a él por una larga y pesada cadena con una traducción inglesa de la Biblia, escrita por Myles Coverdale.

—Lord Cromwell me ha exhortado a animaros afectuosa y caritativamente a que leáis vosotros mismos esta Biblia. El rey desea que la examinéis con modestia y sobriedad —nos había anunciado el padre William dos domingos antes.

Los vecinos nos habíamos mirado, perplejos. Prácticamente ningún hombre de Dartford sabía leer, y mucho menos las mujeres, y era harto improbable que esas cifras mejoraran en breve, puesto que los prioratos y las abadías, que durante largo tiempo habían sido centros de educación, habían desaparecido. Los ricos podían permitirse contratar los servicios de tutores privados para sus hijos, pero la pequeña nobleza rural y los mercaderes no disponían ya de ningún sitio al que mandar a sus hijos e hijas para alfabetizarlos.

Irónicamente, el único habitante de la villa que se preocupó por estudiar la Biblia de Coverdale fue el hermano Edmund.

—No temo los Evangelios y no dejaré que una mala interpretación me corrompa —declaró el hermano Edmund a la hermana Eleanor, que le suplicó que no se expusiera de ese modo. Una traducción falsaria que llevara a una creencia hereje era el gran temor de los católicos. Tras varios días leyendo, el hermano comentó:

—Coverdale se defiende razonablemente bien. A fin de cuentas, era agustino.

Mi problema no era el libro en sí, sino la cadena. Cada vez que la miraba, me sentía como si volviera a trasladarme a Londres, a la corte, a la prisión y al patíbulo del rey Enrique VIII. Mientras escuchaba el sermón del padre William, me cubrí el cuello con las manos y cerré los ojos.

Cuando terminó la misa, el hermano Edmund me llevó a un lado:

—Hermana Joanna, ¿podríais ayudarme un rato en la enfermería?

—Por supuesto —dije. Arthur se fue encantado con la hermana Winifred.

El hermano Edmund y yo salimos juntos de la iglesia. Nadie reparó en ello, ni siquiera George Scovill. Estaba sentado muy cerca del fondo con la hermana Beatrice, dedicándole toda su atención. Ahora estaban siempre juntos. Geoffrey no había vuelto a dirigirme la palabra desde el día del mercado y yo había decidido no hacer nada para poner fin al desencuentro, por mucho que me doliera. Geoffrey estaba mucho mejor sin Joanna Stafford.

La pequeña enfermería del hermano Edmund, pulcramente mantenida y rebosante de pociones, pastillas, ungüentos y hierbas, estaba vacía. Cuando el hermano prendió un pequeño fuego en la parte posterior, se me ocurrió que era muy improbable que alguien de la villa necesitara un boticario el día de Navidad, o que él necesitara mi ayuda.

—Hermana Joanna, debo hablar con vos en confianza sobre algo importante —dijo, señalando con un gesto de la mano a los taburetes que tenía junto a la mesa de trabajo.

—Por supuesto. —Se me aceleró la respiración. Quería ser importante para el hermano Edmund.

Acercó su taburete aún más al mío hasta que quedaron a apenas unos centímetros de distancia. Yo no había vuelto a estar tan cerca de él desde que le había tomado de las manos en el *calefactorium* de Blackfriars.

El hermano Edmund dijo:

—¿Os habéis fijado si os siguen?

Me eché hacia atrás en el taburete, sorprendida.

—¿Qué queréis decir?

Se pasó la mano por el pelo rojizo.

—Creo que alguien me vigila. Veo a veces una sombra en la entrada y cuando me vuelvo a mirar, la sombra ha desaparecido. Podría ser cualquiera y no un hombre que me siguiera, pero la última vez que ha ocurrido, cuando he oído los pasos, me he escabullido entre dos tiendas a esperar. Durante un buen rato no ha aparecido nadie. Después he visto al carnicero y a su hijo.

Miré fijamente al hermano Edmund, intentando asimilar lo que acababa de decirme.

—¿Estáis absolutamente segura de que nadie os vigila? —preguntó.

—No puedo estar segura, por supuesto, pero no…, no he reparado en nada de eso —dije—. ¿Tenéis idea de quién podría ser? —pregunté. Antes de que él pudiera responder, me senté muy tiesa en el taburete.

—Oh, no —exclamé—. Es un espía enviado por Gardiner y Norfolk.

El hermano Edmund se mordió el labio.

—Es una posibilidad. Hay otra.

Vaciló, como si ponderara el mejor modo de decírmelo. Oí a John gritar su jerigonza fuera. Al parecer, sus demonios particulares habían vuelto a provocarlo. Esperaba que alguien invitara a John a su almuerzo de Navidad, por muy desmoralizadora que fuera la perspectiva.

—Hermana Joanna, ¿habéis seguido pensando en quién pudo haber enviado a Gertrude Courtenay a buscaros? —preguntó—. ¿Tenéis alguna idea de quién le daba órdenes cuando os obligó a ver al segundo vidente?

Claro. El hermano Edmund seguía atormentado por la profecía. Estaba empeñado en que alguien me buscaba para llevarme hasta el tercer vidente. Ese era el único motivo por el que había querido hablar conmigo en privado.

—No sé quién estaba detrás de eso, aparte de lady María —dije—. Quizá nunca llegue a saberlo. Obviamente, no podemos preguntárselo a Gertrude.

Justo en ese instante, alguien aporreó la puerta de la enfermería.

El hermano Edmund abrió y vimos aparecer a Jacquard Rolin y al señor Oliver Gwinn, el viudo al que nos habíamos acercado en la iglesia el mismo día que yo me había marchado de Dartford.

—¿Lo veis? —dijo Jacquard—. Ya os he dicho que el hermano Edmund tenía abierta la enfermería. Lo he visto venir con la hermana Joanna hacia aquí al salir de la iglesia.

—No es mi intención molestaros —dijo el señor Gwinn, con la mano envuelta en un paño—. Es culpa mía. Soy muy torpe.

—Nuestro señor Gwinn estaba trabajando en el granero de Holcroft esta mañana temprano cuando ha sufrido este accidente —dijo Jacquard.

Holcroft era el nombre de la casa en la que vivían las seis hermanas de Dartford. Yo había leído en la carta de la hermana Winifred que el señor Gwinn pasaba mucho tiempo ayudándolas, y desde entonces había oído comentarlo a menudo.

—Dejadme ver esa mano —dijo el hermano Edmund. Tras examinar al señor Gwinn, añadió—: No es una herida grave, pero hay que limpiarla y aplicarle un emplasto de hierbas para impedir que lo sea. ¿Con vuestro permiso?

—Por supuesto, hermano Edmund —dijo—. No sabéis cuánto os lo agradezco.

Mientras mi amigo se ocupaba de administrarle las curas necesarias, el señor Gwinn se volvió hacia mí.

—¿Cuando vivíais en el priorato, la hermana Agatha era la coordinadora de las novicias? —preguntó.

Asentí.

—No me cuesta creerlo —dijo, y en sus labios se dibujó una tímida sonrisa—. Sin duda debe de distinguirse en la enseñanza y en el cuidado de las más jóvenes. Pero por mis huesos que seguro que se distinguiría en cualquier cosa que haga. Es la persona más afectuosa, amable y

considerada. Y me hace reír. ¡Nadie cuenta historias como la hermana Agatha!

Su tono no disimulaba en absoluto su fervor. El señor Gwinn parecía estar enamorado hasta los huesos de la hermana Agatha. Se me ocurrió que la hermana Agatha bien podía ser la que se casara del grupo. Estaba ocurriendo en toda Inglaterra: antiguos monjes, monjas y frailes encontraban a alguien con quien casarse. La primera vez que lo oí me molestó, pero poco a poco, como estaba ocurriendo con otras cosas, estaba empezando a acostumbrarme a la idea.

—Qué buena atención la vuestra…, muy buena —dijo el señor Gwinn —. Lo que se dice por ahí es falso.

Mientras el hermano Edmund le limpiaba el corte al señor Gwinn, preguntó:

—¿Quién lo dice?

—La gente de la villa —respondió el señor Gwinn. Miró primero al hermano Edmund y después a mí, al tiempo que caía en la cuenta—. ¿Queréis decir que no lo sabíais? Ahora sí que acabo de liar las cosas.

—Sé que en los dos últimos meses ha venido menos gente a la enfermería, más allá de mis amigos que pasaban por aquí —respondió en voz baja el hermano Edmund.

Su respuesta me sorprendió mucho. ¿Por qué no me había dicho nada?

El señor Gwinn suspiró.

—El hijo de Brooke. El predicador Timothy.

—El que predica sobre el tocón —mascullé.

—Arenga contra las hermanas y aún más contra vos, hermano Edmund —dijo el señor Gwinn—. Ha dicho que los buenos cristianos deberían desconfiar de vuestros remedios papistas. Perdonadme por haber repetido semejante calumnia.

El hermano Edmund aplicó el emplasto de hierbas en la mano del señor Gwinn y lo vendó.

—Por favor, no os culpéis, señor —dijo—. Lo sospechaba.

—No es solo Timothy —prosiguió entonces el señor Gwinn—. Es también la consecuencia lógica de llevar meses oyendo lo que el padre William no deja de predicarnos. Naturalmente, ya no lo comenta cuando os

sentáis entre nosotros, pero antes decía que si los monasterios caían, el rey Enrique no tendría que castigar con un nuevo impuesto al pueblo porque el tesoro se llenaría para el resto de nuestras vidas.

—¡Cómo puede un cura decir algo tan malintencionado a su rebaño! —exclamé.

El hermano Edmund levantó la mano.

—No lo culpéis solamente a él, hermana Joanna. Hace dos años, el arzobispo Cranmer mandó directrices por todo el reino para que los curas predicaran esas mismas palabras desde los púlpitos.

El señor Gwinn no disimuló su pesar.

—No está bien y lo siento, lo siento mucho.

Cuando el viudo salió pesadamente de la enfermería, el hermano Edmund limpió su cuenco de madera y la mano de mortero mientras yo seguía sentada a la mesa con la cabeza entre las manos. Las lágrimas surcaban mis mejillas. Esa incesante desesperanza era tan dolorosa que yo era incapaz de soportarla. ¿Viviría acaso el resto de mis días presa de la desesperación?

—Si supiera quién es el tercer vidente, iría a verlo ahora mismo, hoy…, para recibir la profecía —estallé—. Debo hacer algo para recuperar las riendas de mi vida.

El hermano Edmund guardó un instante de silencio. No supe imaginar lo que podía estar sintiendo.

Entonces dijo, bajando la voz:

—Cuando el cuervo trepe por la cuerda, el perro deberá volar como el halcón.

Había estado dándole vueltas a la profecía en su cabeza durante todas esas semanas. Tal era la medida de su desesperación por ver reinstaurados los monasterios.

—Quizá podríamos solucionar nosotros solos la profecía —dije—. Ya empezamos a hacerlo en Blackfriars.

—Quizá —asintió—. Pero el Día de Navidad no es el más propicio para ello. Debemos serenarnos antes de reunirnos con los demás.

Me enjugué las lágrimas lo mejor que pude. La hermana Winifred se preocuparía mucho si me veía aparecer en su almuerzo de Navidad en un

estado de aflicción semejante. Debía esforzarme por asegurarme de que Arthur pasara un día agradable, como mínimo.

El hermano Edmund tendió el brazo y me acarició la mano, aunque con cierta vacilación en el gesto. Me acordé del reconfortante abrazo que me había dado en Howard House y la posterior sensación de haberlo rodeado con los brazos en Blackfriars. Luché contra el anhelo de revivir esa sensación.

El sonido de los cánticos se coló en la enfermería. Los vecinos de la villa se acercaban por la calle con sus serenatas. A pesar de que sus palabras de júbilo y de amistad no iban dirigidas a nosotros, las oímos de todos modos.

Veinticinco de diciembre,
fum, fum, fum.
Un niñito muy bonito
ha nacido en un portal.

El hermano Edmund retiró con sumo cuidado su mano de la mía y se volvió sobre el taburete a mirar por la ventana delantera de la enfermería.

—Me prometieron a los monasterios a la edad de ocho años —dijo despacio—. No recuerdo haber deseado jamás ser otra cosa que un hombre de religión. Asumí que no sería jamás ni padre ni marido. Claro que esas cosas nada significaban para un niño.

Se me aceleró la respiración. Él nunca me había confesado nada semejante. ¿Estaría el hermano Edmund intentando explicar por qué me había rechazado en Blackfriars? Los minutos avanzaban lentamente mientras yo esperaba.

Los cánticos continuaron, cada vez más lejanos y menos audibles.

Ha nacido en un portal
con su carita de rosa.
Parece una flor hermosa,
fum, fum, fum.

Seguimos en silencio. La tensión que se respiraba en la habitación era insoportable. No pude evitar preguntarme si el hermano Edmund esperaba que le hiciera la pregunta no formulada.

—Hermano Edmund —dije desmayadamente—, ¿alguna vez habéis albergado dudas sobre el celibato?

El hermano fijó la vista en la mesa que nos separaba y respondió:

—Dicen las Escrituras: «Un hombre que gobierna sus pasiones es señor de su mundo. Debemos dominarlas o ser esclavos de ellas».

Noté una fuerte punzada, lo cual resultaba ridículo. Yo sabía muy bien lo que sentía el hermano Edmund. ¿Cómo pretendía esperar otra cosa? Al menos, no estaba enfadado conmigo. A fin de llevar la conversación de vuelta a un terreno más seguro, dije:

—Pero os hicisteis fraile y no monje.

—Lo que a mi padre le importaba era que tomara los votos —dijo el hermano Edmund—. Le tenía sin cuidado si era monje de clausura o fraile entre la gente. Fui yo quien pedí ser fraile de la Orden de los Dominicos. Él estuvo de acuerdo. Le daba igual.

Había algo extraño en sus palabras. Al ver la pregunta dibujada en mi rostro, el hermano Edmund prosiguió:

—Soy el segundo de los hermanos. Mi hermano Marcus era diez años mayor que yo. Mi padre tenía algo de dinero, no mucho. No quería dividirlo entre nosotros. Todo debía ser para Marcus. Yo no debía molestarle de ninguna manera. Mi padre era también el segundo de varios hermanos. Era de suponer que habría mostrado cierta empatía con la situación de su segundo hijo, pero lo que ocurrió fue justo lo contrario.

Aquello nada tenía que ver con la imagen que yo me había formado de la familia del hermano Edmund. Aun así, mientras contaba su historia, su rostro se mantuvo impasible. No parecía molesto y es que, a decir verdad, no era infrecuente que un padre considerara de ese modo a sus hijos.

—¿Qué ocurrió con la hermana Winifred? —pregunté.

Un momento después, dijo:

—Hay tres hermanas, además de Marcus y de mí. De ahí que hubiera varias dotes a pagar. Winifred era una niña enfermiza. En varias ocasiones oí a mi padre llamarla «pequeñaja». Padre temía no poder casarla sin dote.

Pidió prestado el dinero para que ingresara en Dartford como novicia, y eso fue todo.

Las arrugas se pronunciaron en su frente. El escaso amor que su padre mostraba a la hermana Winifred le dolía más que el trato recibido por él.

—¿Qué opina vuestro padre ahora que ninguno de los dos sigue en Dartford?

Sin apartar la mirada de la ventana, el hermano Edmund dijo:

—Murió hace siete años.

Un instante después, dije:

—¿Y qué ha sido de vuestro hermano? Quizá jamás quiso que se tomaran esas decisiones. Quizá lamente la postura de vuestro padre y desee retomar la relación con vos.

Por fin, el hermano Edmund se volvió a mirarme.

—¿Cómo es posible que después de todo lo que habéis sufrido, de todas las pérdidas que habéis padecido, podáis todavía ver lo mejor que hay en cada uno de nosotros, hermana Joanna? Es extraordinario.

Por primera vez desde el episodio de Tower Hill, sentí que me recorría una oleada de calor y de serenidad. Aun así, aunque su halago fue sin duda bien recibido, también yo me estremecí. ¿Por qué una palabra amable del hermano Edmund me transformaba de aquel modo? Había llegado la hora de comportarme como una mujer adulta, no como una niña débil y devota.

De pronto, el hermano Edmund se puso en pie de un salto y me rodeó con el brazo. Mi júbilo se transformó en temor, pues su rostro era el vivo retrato de la alarma. El suyo fue simplemente un gesto de protección. Miré hacia la puerta para ver lo que él veía.

Jacquard acababa de entrar a la enfermería. De algún modo había abierto la puerta sin que lo oyéramos.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté, enojada.

—He venido a preguntar por mi amigo, el señor Gwinn —respondió Jacquard.

El hermano Edmund se aclaró la garganta.

—Se ha marchado hace un rato. El emplasto debería acelerar la cura.

—Me alegro —dijo Jacquard. Sin embargo, no se volvió para marcharse.

—¿Algo más, señor Rolin? —preguntó el hermano Edmund.

—He recibido una noticia muy interesante —dijo Jacquard—. Es posible que cambie las cosas en el reino de Inglaterra.

—¿De qué se trata? —pregunté.

—El papa Clemente ha decidido decretar la bula contra el rey Enrique VIII. Vuestro soberano ha quedado formalmente excomulgado de la Iglesia católica.

OceanofPDF.com

34

Cuando Jacquard se marchó, el hermano Edmund apagó el fuego de la enfermería y yo me quedé ponderando el significado de la noticia. La excomunión papal era infrecuente y grave. Extraordinariamente grave. La última persona que había sido expulsada de la Iglesia católica por el Santo Padre había sido Martín Lutero en 1520.

Me acordé de lo que Gertrude había dicho durante el trayecto al Londinium: «Otros reyes cristianos estarán entonces en la obligación de derrocarlo. Nosotros, sus propios súbditos, no podremos salir en defensa del rey Enrique si deseamos mantenernos fieles al Santo Padre».

Había refrescado en la calle durante el rato que habíamos estado en la enfermería. Una espesa humedad, la clase de atmósfera que anunciaba nieve, flotaba en el aire. No había ni rastro de los cantantes de villancicos. Prácticamente todo el mundo estaba en sus casas, con el fuego crepitando en las chimeneas mientras disfrutaban de la comida navideña.

Cuando llegamos a High Street, vi al cabo de la calle a un grupo de gente que se dirigían al centro de la villa, aunque muy despacio. Perplejos, reconocimos en ellos al hermano Oswald y a sus seguidores. No esperábamos su regreso.

El cisterciense estaba tan exhausto que temí que fuera a desplomarse en plena calle. Sus seguidores no tenían mejor aspecto: sucios, cubiertos de cardenales y desaliñados.

—¿Qué ha ocurrido? —exclamé.

—No os preocupéis, hermana Joanna —dijo desmayadamente el hermano Oswald.

—No veo ningún rostro nuevo entre vosotros. ¿Habéis encontrado al fraile de Aylesford que buscabais? —preguntó el hermano Edmund.

Nadie respondió.

Arthur salió corriendo de la casa de los Sommerville, furioso por mi tardanza. A toda prisa, devolví al pequeño desabrigado dentro. El hermano

Edmund tardó unos minutos en reunirse con nosotros, seguido de los nuevos invitados, a los que había invitado a su mesa.

Raras veces me había sentido tan orgullosa de la hermana Winifred como cuando dio serenamente la bienvenida al hermano Oswald y a sus seguidores. Mientras yo servía a cada uno de los hombres una copa de ponche caliente de un gran cuenco, ella rápidamente transformó un almuerzo para cuatro en otro para diez. Todos los huéspedes recibieron una porción de ganso asado con una ración de pastel de carne. Era un pastel delicioso, con el cordero sazonado a la perfección y sin demasiadas uvas pasas.

Arthur estaba extasiado con la Navidad. Me habría gustado saber si recordaba la anterior: un día con los afligidos parientes del norte, un huérfano al que nadie había querido hasta que mi padre llegó a buscarlo y lo trajo al sur. ¿Y qué recuerdos conservaría de la Navidad de hacía dos años que había pasado con esos padres que tanto lo querían? Recé para que Margaret supiera que su hijo estaba bien tratado y no faltar a su memoria. Pero ¿qué pensaría de mí por haber convertido su doloroso secreto en moneda de cambio para así poder regresar a Dartford? El remordimiento me oprimió la garganta. Tendría que haberme ganado mi libertad de otro modo.

Pero ese día, al menos, Arthur estaba feliz y sus sonrisas, su curiosidad y su risa hicieron las delicias de todos los que estábamos sentados a la mesa, aunque los monjes no hablaron demasiado. El hermano Edmund no hizo ninguna pregunta: discretamente se encargó de que se encontraran cómodos, como lo haría cualquier anfitrión. Pero yo lo conocía lo suficiente como para saber que estaba tan perplejo como yo. Algo había salido mal en Aylesford. ¿Qué podría ser?

Kitty apareció para retirar los platos del almuerzo. Le pregunté a la hermana Winifred si podía cuidar de Arthur durante un rato, pues quería mostrarle al hermano Oswald mi nuevo telar.

El cisterciense inclinó la cabeza.

—Si os place, hermana —dijo.

Los monjes examinaron las primeras semanas de trabajo con el telar con gran interés. Nadie llegó a la conclusión a la que había llegado Jacquard,

esto es, que el fénix podía hacer referencia al renacimiento de los monasterios.

En la intimidad de mi casa, me sentí más libre para preguntarles:

—Por favor, contadnos lo que ha ocurrido en Aylesford.

Una tristeza idéntica se apoderó de los miembros del grupo. Los demás miraron al hermano Oswald, esperando su decisión. Por fin, el hermano dijo:

—Si ese es vuestro deseo, hermana Joanna…

Se sentó en el suelo. Esa era su costumbre, pues los cistercienses eran profundamente humildes.

—El monasterio de Aylesford era muy hermoso —empezó el hermano Oswald—. Llegamos a la hora del crepúsculo, y verlo fue como, agh, como un sueño. Trescientos años de antigüedad, construido en la época de las Cruzadas…

El hermano Oswald titubeó al tiempo que fijaba la vista en la vela que humeaba delante de él. Vi que la herida del rostro que le había infligido el rufián de Southwark no estaba curada del todo.

—Encontramos al hermano Paul. Había estado viviendo allí, oculto. No podía encender fuego para cocinar ni para calentarse, por temor a que lo descubrieran. El hermano Paul nos dijo que había visto en nuestra llegada y en el momento en que se había producido una señal de Dios, que no estaba todo perdido. Rezamos juntos y encontramos sitios donde dormir. Fue tan reconfortante volver a estar juntos en esa habitación, como si una vez más hubiéramos encontrado una casa religiosa.

El hermano Oswald bajó la cabeza.

—A la mañana siguiente no pudimos despertar al hermano Paul. Había muerto durante la noche.

Lamenté en ese momento haberle pedido respuestas.

El hermano Oswald irguió los hombros. Con un gran esfuerzo, dijo:

—No desesperaremos. No, no lo haremos. Dios tiene un propósito. Creo que nuestra siguiente peregrinación revelará la voluntad de Dios. Sí, estoy seguro de ello.

—¿Adónde os dirigís desde Dartford? —preguntó el hermano Edmund.

—A la catedral de Canterbury, a besar las reliquias y hacer ofrendas al santuario del bendito santo Tomás Becket la mañana del aniversario de su muerte —respondió el hermano Oswald—. Es dentro de cuatro días.

—No —exclamé—. Oh, no.

Yo no le había cantado al hermano Edmund lo que el duque de Norfolk había dicho que ocurriría la noche previa al aniversario. Obviamente, no lo había olvidado, pero lo había apartado de mis pensamientos como se aparta una cruel pesadilla.

Con el corazón latiéndome aceleradamente en el pecho, dije:

—El rey planea enviar hombres a la catedral la noche anterior al aniversario para retirar la caja que contiene los huesos de santo Tomás.

—¿Por qué? —preguntó con un hilo de voz uno de los monjes.

—Su Majestad pretende profanar el cuerpo: quemar los huesos y arrojar las cenizas al suelo para dar ejemplo con un hombre de Dios que se atrevió a desafiar a un rey —dije, desmayadamente.

Los ojos del hermano Oswald se cerraron con fuerza e hizo la señal de la cruz. Los demás se abrazaron, presas del dolor y de la tristeza.

Noté que una mano me cogía del brazo. Era el hermano Edmund.

—¿Por qué no me lo habíais dicho? ¿Por qué? —preguntó—. ¿Cuándo lo supisteis, hermana Joanna?

—En Blackfriars —susurré—. Lo dijo el duque de Norfolk.

—Sí, por eso el rey ha sido excomulgado —dijo el hermano Edmund—. Sabía que debía tratarse de alguna terrible profanación para que el papa se viera obligado a decretar la bula. Si Norfolk lo sabía, y os lo dijo, otros deben de saberlo en la corte. Este acto horrible debe de haber sido planeado hace meses. La noticia ha llegado a Roma y el papa Clemente no ha tenido otra elección. No se puede profanar así a un santo.

Un nuevo sonido llenó la habitación. Era el hermano Oswald que sollozaba, arrodillado en el centro del suelo. Los demás fueron presas del pánico al ver la desesperación de su líder. Otro monje se arrodilló junto al hermano Oswald y dijo:

—Quizá podamos detener esto. Podríamos ir ahora mismo, antes que los hombres del rey, y convencer al prior de que nos deje llevarnos a santo Tomás para ponerlo a buen recaudo.

—Me temo que el prior de la catedral de Canterbury jamás lo permitiría —dijo el hermano Edmund—. No se atreverá a desafiar al rey.

—¡Iremos!

Era el hermano Oswald. El cisterciense había dejado de sollozar.

—Estaremos allí la misma noche que lleguen los hombres del rey —dijo, poniéndose en pie—. Esperaremos a que salgan con la caja, con el sagrado *feretrum*, y se lo arrebataremos.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —gritaron los demás. Convinieron de inmediato llevar a cabo un plan que me pareció altamente peligroso. Sí, podía comprender su deseo de llevarlo a término. El indomable odio del rey provocaba desesperación y un gran dolor, y el plan desvaneció el dolor. Volvía a haber esperanza. Pero ¿cómo pensaban enfrentarse a los hombres del rey? Miré al hermano Edmund. Debía convencerlos para que renunciaran a su plan.

—Iré con vosotros a Canterbury —declaró el hermano Edmund.

Corrí hasta él, diciendo:

—Escuchadme, os lo suplico. ¿No nos han enseñado acaso: «Ármate con la oración y no con la palabra; viste la humildad y no elegantes ropas»?

Se volvió hacia mí y vi que sus ojos, como los del hermano Oswald, brillaban como un par de duras gemas.

—Llevamos demasiado tiempo viviendo en la humildad, hermana. Ya veis el resultado. Debo ir.

—Pero, hermano Edmund, os matarán a todos —dije—. Ninguno de vosotros habéis visto de lo que son capaces los hombres y los soldados del rey. No como lo he visto yo.

—Y si perezco en el intento, en un intento por impedir un acto de odio y de blasfemia, mi vida por fin habrá encontrado sentido, hermana Joanna —dijo apasionadamente—. Vos mejor que nadie sabéis lo que me costó acatar el Juramento de Supremacía al rey Enrique hace cinco años. Negué al Santo Padre. Desde entonces no he vuelto a vivir en la gracia, no en la verdadera gracia de Dios. Fui débil, temí la tortura y la muerte. No puedo vivir con ello un día más.

—¿Y la hermana Winifred? —pregunté.

—Si conseguimos nuestro objetivo en Canterbury, podrá sentirse orgullosa de mí —dijo—. Si fracaso, se enorgullecerá de que por fin haya

mostrado coraje cuando era coraje lo que se esperaba de mí. En cuanto a vos, hermana Joanna…

—Estoy orgullosa de vos, hermano Edmund —dije—. Ahora, esta noche, siempre.

Me miró muy fija, incontroladamente, y durante un instante creí que había vencido. Pero entonces retrocedió para reunirse con los demás.

Impotente, asustada, los vi hablar entre ellos, con los rostros encendidos por el entusiasmo. Eran de pronto presas de un destino, el destino que ellos mismos habían elegido.

«El destino».

Hay un destino que cada uno crea para sí mismo. Y además está el destino decretado.

Me acerqué despacio al centro del círculo de hombres. Todos dejaron de hablar y se detuvieron a escuchar.

—Iré con vosotros a Canterbury —dije.

OceanofPDF.com

35

En cuanto la llama de la determinación prendió en mí, no volvió a apagarse. Cuando, tres noches más tarde, corrí hasta las puertas de la catedral de Canterbury, el hermano Oswald ya les había arrebatado el *feretrum* a los soldados.

El soldado de más edad, con el pelo cubierto de canas, alto y deseoso de venganza, se plantó entre el hermano Edmund y yo blandiendo su garrote. Le grité. Me sentí como la mismísima reina Boudicca enloquecida por la rabia.

El soldado se apartó de nosotros, retrocediendo hacia al interior de la catedral y dejando atrás al atónito prior. Lo habíamos asustado. En cuestión de minutos podríamos huir con los restos de nuestro difunto santo para ponerlos a buen recaudo.

Sentí que una intensa excitación me recorría las venas. Estaba cumpliendo con mi destino. Aunque había algo más. Por primera vez, yo, Joanna Stafford, una novicia educada en la pacífica contemplación, comprendía por qué los hombres iban tras las guerras, buscando el honor del campo de batalla. La unión en el propósito con el hermano Edmund, el hermano Oswald y los otros cinco monjes, nuestra devoción compartida por servir a Dios, sin tener en cuenta el coste personal.

El sonido tronó detrás de mí, desde el cabo de una calle ancha. Fue un rugido, no muy distinto del que había oído en mi cabeza cuando intentaba mantener la consciencia delante del cementerio de los monjes, aunque cien veces más intenso.

—No, no, no, no —dijo el hermano Edmund, en un cántico preñado de angustia.

Al menos veinte soldados con libreas reales galopaban hacia nosotros. Cuando la primera línea nos alcanzó, los hombres saltaron de sus caballos y subieron a toda prisa los escalones de la catedral. La plata destelló a la luz de las antorchas. Llevaban espadas. No se trataba de un puñado de

muchachos o de ancianos asustados. Dos de ellos intentaron arrebatarles el *feretrum* a los monjes. Pero mi atención no estaba puesta en los restos del venerado santo inglés.

Nuestro líder, el pobre y piadoso cisterciense, el hermano Oswald, estaba tumbado e inmóvil, con la cabeza de marfil aplastada y abierta por la mitad en plena calle, justo debajo del escalón inferior.

Los copos de nieve caían sobre la sangre de color rojo oscuro que se arremolinaba en torno a las piedras.

Un hombre con la cabeza cubierta por un casco, que montaba a un enorme caballo negro al que le espumeaba la boca, nos bloqueó la huida. Les gritó a sus hombres que nos detuvieran a todos. Las órdenes fueron obedecidas en el acto. Unas manos toscas prendieron a mis amigos, sujetándoles los brazos tras la espalda para apresarlos.

Fui incapaz de asimilar lo que ocurría, de creer realmente que aquello estuviera ocurriendo. Salir airosos de la misión y vivir siempre era una posibilidad. Salir airosos y morir era más probable, y yo lo había aceptado y estaba preparada para ello. Pero ¿fracasar en nuestra misión y vivir? No, eso era imposible. Tuve miedo en cuanto entendí que una vez más me habían hecho prisionera.

—Lleváoslos cuanto antes —gritó el comandante con la cabeza cubierta por el casco que iba a lomos del caballo negro. Dos fornidos soldados recogieron el cuerpo sin vida del hermano Oswald, tan despiadadamente como si llevaran un saco de comida al mercado.

El hombre que estaba al mando se quitó el casco: era lord John Dudley. Ni siquiera habían transcurrido dos meses desde que lo había visto ordenar reunir a un grupo de personas muy distintas para su encarcelamiento.

Uno de los soldados cogió al hermano Edmund y, obligándolo a volverse bruscamente, le ató las muñecas a la espalda. El hermano hizo una mueca de dolor y se inclinó hacia delante. Sus ojos me buscaron y me encontraron. El fraile boticario se incorporó cuanto pudo en un intento por disimular el dolor.

Salí de las sombras de la puerta. Ya no podía soportar estar separada del hermano Edmund.

Dudley asintió al verme. No había el menor atisbo de sorpresa en sus ojos.

En ese momento, lo entendí. Nos habían traicionado. Y yo sabía quién había sido.

Así fue como concluyó nuestra peregrinación. Había empezado con esperanza, fe y coraje. Y había concluido en muerte y fracaso. Ni siquiera poseíamos la incontestable dignidad de habernos embarcado en una misión santa. Lord Dudley también había intentado quitarnos eso.

—¿Habéis actuado de este modo porque creíais que los hombres del rey vendrían a robar y a profanar el cadáver de Becket? —me preguntó Dudley mientras nos conducía por las oscuras calles, alejándonos de la catedral. Había dejado de nevar. Un delgado manto blanco cubría los adoquines. Yo caminaba siguiendo las definidas huellas de los cascos del caballo de Dudley.

Dudley prosiguió:

—Eso no es más que un rumor infundado difundido por los papistas que manchan el buen nombre del rey por toda la cristiandad. Es cierto que el rey desvalijó y cerró el santuario, pero solo para impedir las prácticas supersticiosas. Se ha decidido trasladar los huesos a un lugar seguro a fin de impedir actos vandálicos como el que vos habéis protagonizado esta noche.

No dije nada. Era imposible saber si parte de lo que acababa de decir era cierto.

Pero sí había una cosa de la que yo podía estar segura: creer que yo podía cambiar algo en el reino era una soberana estupidez. La noche de Navidad en Dartford había creído que quizá esa acción era la que yo estaba llamada a llevar a término, que no necesitaba las instrucciones de un tercer vidente. Pero o las profecías se equivocaban o habían sido penosamente malinterpretadas.

«Cuando el cuervo trepe por la cuerda, el perro deberá volar como el halcón. Que sea el oso el que debilite al toro». Estaba más lejos que nunca de poder interpretar esas palabras.

Sentí una frustración como nunca antes la había sentido. ¿Por qué había recaído sobre mí esa maldición? Tan solo me había causado dolor y confusión. Si, por algún milagro de la gracia de Dios, conseguía evitar el

juicio y también la prisión, por no decir mi ejecución, lo único que deseaba era llevar una vida tranquila en la oración y el arrepentimiento.

Habría dado cualquier cosa por poder hablar con el hermano Edmund. Caminábamos juntos, con las manos atadas a la espalda. Dudley iba a caballo delante de nosotros, parcialmente vuelto de espaldas para no perdernos de vista. Una docena de soldados nos separaba del resto de los seguidores del hermano Oswald. Lo único que yo recordaba era la cabeza reventada del cisterciense en los escalones de la catedral y la nieve cubriendo su sangre. Recé para que alguien se apiadara de su cuerpo y le diera cristiana sepultura.

Dudley tiró de las riendas de su caballo hacia un lado de la calle e hizo una señal a un joven soldado para que se aproximara a recibir sus órdenes. El soldado asintió, se volvió, nos cogió al hermano Edmund y a mí y nos apartó a empellones del centro de la calle, acercándonos al lugar donde estaba Dudley.

Los demás no se detuvieron, precedidos por un muchacho que portaba una antorcha y por los soldados que rodeaban a los cinco seguidores del hermano Oswald. Al pasar por delante de nosotros, un monje gritó:

—Que Dios os proteja y os guarde.

Dudley profirió un siseo de enojo.

Cuando desaparecieron, Dudley espoleó a su caballo para reemprender la marcha, pero esta vez por una calle distinta. El único soldado que nos acompañaba iba detrás de nosotros, azuzando de vez en cuando al hermano Edmund con su alabarda. Nuestra única guía era la débil luz de la luna.

¿Por qué nos habían separado de resto y por qué que nos dirigíamos con Dudley y con otro hombre a un destino distinto?

Intenté por todos los medios disimular mi creciente temor.

Anduvimos durante al menos una hora, quizá dos. Todos los edificios que dejábamos atrás estaban a oscuras. Los ciudadanos de Canterbury cumplían con el toque de queda. Nadie nos vio pasar. No habría ni un solo testigo de nuestro destino.

Entramos por una abertura de un viejo muro bajo de piedra. Yo estaba agotada y también atemorizada y apenada. De pronto, sin embargo, mi mente se activó y empecé a entender poco a poco.

Al otro lado del muro se levantaban unos pocos edificios. Había un bosque yermo. La nieve cubría las ramas desnudas de los árboles como restos de vendajes sobre unos miembros debilitados. Desvié la mirada hacia el lado izquierdo del camino, donde se congregaba un grupo de edificios y la espira de una iglesia apuntaba hacia el gélido cielo.

«Dudley nos ha traído a Saint Sepulchre».

Dudley desmontó y un joven barbudo corrió desde la garita de Saint Sepulchre. No era el portero que yo recordaba haber visto cuando tenía diecisiete años, de eso no había duda alguna. El hombre de la barba cogió el caballo de Dudley.

Saint Sepulchre seguía parcialmente en pie. El nuevo dueño del convento, ya fuera el rey, un obispo de la Reforma o algún cortesano favorito, había ordenado dar comienzo a su destrucción. La iglesia había sido derruida, así como esa primera sala en la que yo había visto el retrato de san Benedicto, pero las obras se habían detenido, obviamente por la llegada del invierno. El ala que contenía las estancias de la priora y el dormitorio estaba todavía en pie.

El hombre de la barba que se había hecho cargo del caballo de Dudley volvió a aparecer con una antorcha encendida. El soldado y él nos condujeron por el único pasillo. Dudley no nos siguió. No parecía haber captado el sentido que encerraba el lugar ni parecía tampoco ser consciente de que me hubieran llevado allí antes. Pero si Dudley no sabía nada de mi historia, ¿por qué me habían conducido allí?

Los dos hombres se detuvieron en el dormitorio donde, según yo recordaba, dormían las monjas de Saint Sepulchre. Se oyó el repiqueteo de llaves y se abrió una puerta. Empujaron entonces al hermano Edmund a la habitación sin tan siquiera proporcionarle la luz de una vela.

Antes de que pudiera decirle una sola palabra, la puerta volvió a cerrarse violentamente.

—Aquí —gruñó el hombre de la barba, señalando otra puerta. Iban a encerrarme en la habitación contigua, la misma en la que había recibido la profecía de labios de la hermana Elizabeth Barton.

Retrocedí, intentando avanzar en la dirección contraria.

—No, aquí no —grité. El soldado me agarró al instante.

—Abre —ordenó, cerrando las manos sobre mis muñecas. Solté un grito de dolor.

El otro hombre abrió la puerta. El soldado me hizo entrar de un empujón. Caí de bruces, sobre el estómago, con las manos atadas agitándose a mi espalda. Un montón de paja vieja amortiguó la caída. De lo contrario, me habría sangrado la cara por el golpe.

La puerta se cerró a mi espalda. La habitación estaba a oscuras. Como yo sabía ya, no había ninguna ventana.

—Ayúdame, madre María, ayúdame, Dios, mi señor —imploré, intentando levantarme sobre la paja.

Pero nadie vino en mi ayuda. Me pegué las rodillas al vientre y lloré como una niña asustada. Aquella era la habitación en la que había visto a una joven monja agitarse en el suelo y años después yo me veía haciendo exactamente lo mismo. «Vos seréis la siguiente», había gemido la monja. La hermana Barton había sido torturada y ahorcada por haberse opuesto al rey. ¿Acaso era ese el modo que tenía Dudley de decirme que muy pronto yo correría la misma suerte?

—¡Hermana Joanna, hermana Joanna!

¿Me había vuelto loca? ¿De quién era esa voz? ¿De la hermana Barton, quizá? Todo mi cuerpo se convulsionó de pánico. Pero entonces me di cuenta de que quien me llamaba era un hombre. El hermano Edmund.

—¿Me oís? —gritó.

—¡Sí! —le respondí, gritando a mi vez.

—Seguid mi voz…, seguidla —dijo—. Seguiré hablando hasta que lleguéis a la pared.

Me arrodillé y avancé despacio hacia él. No podía usar las manos para palpar delante de mí. Mientras el hermano Edmund hablaba, fui avanzando hacia él hasta que me golpeé con el muro de ladrillo. Sentí un dolor tan intenso en la cabeza que creí que iba a desmayarme. Inspiré hondo una y otra vez hasta que el dolor remitió lo suficiente como para poder sentarme. La voz del hermano procedía de un agujero situado al pie de la pared.

Di gracias a Dios y a la Virgen por ello. Me acurruqué sobre el agujero, con la mejilla pegada al ladrillo tosco, frío y sucio.

—Esto es Saint Sepulchre, ¿verdad? —preguntó. Ahora que el hermano Edmund estaba tan cerca de mí, ya no necesitaba gritar.

—Sí —respondí.

—Escuchadme, hermana Joanna —dijo, con un tono de voz apremiante —. No sé de cuánto tiempo disponemos. Debéis conservar la calma. No mencionéis las profecías. Todavía podemos encontrar algún modo de recuperar la libertad. Lo importante es que no os dejéis llevar por el pánico.

—¿Cómo podemos recuperar la libertad? —dije—. Nos interrogarán sin contemplaciones, y uno de los dos o quizá ambos seremos torturados. O quizá simplemente nos maten aquí, en Saint Sepulchre, antes del alba.

El hermano Edmund guardó silencio durante un instante.

—Sí —dijo—, es posible que nos maten, en cuyo caso deberíamos rezar y pedir el perdón y la gracia de Dios.

Horas antes me había creído totalmente preparada para el martirio. En ese momento, sin embargo, lo último que deseaba era morir.

El hermano Edmund prosiguió.

—Pero también es posible que esté a punto de ocurrir otra cosa. ¿Cómo pudo enterarse Dudley de nuestra misión? Ha venido a caballo desde Londres con estos soldados.

Pegué aún más la mejilla contra el borde de piedra y dije:

—Creo que se lo ha dicho Geoffrey Scovill.

—¿Qué? —Percibí la perplejidad en su voz.

La mañana que habíamos partido de Dartford con destino a Canterbury, la siguiente al día de Navidad, mientras yo metía a toda prisa la comida en bolsas y cestas, Geoffrey había llamado a la puerta de mi casa. Yo todavía no había dispuesto las cosas para que Arthur se quedara unos días con la hermana Winifred. Nuestro plan era decirles que nos sumaríamos al hermano Oswald para hacer con él una pequeña peregrinación, cosa que no dejaba de ser verdad.

Geoffrey empujó a Kitty a un lado para irrumpir en mi cocina. Recorrió con la mirada las rebanadas de pan y los paquetes envueltos de comida para llevar.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó.

—Preparar comida para unos amigos que han venido a pasar la Navidad —dije, manteniendo la calma—. Se van de viaje.

—¿Adónde? —preguntó Geoffrey. Sus ojos azules se entrecerraron al tiempo que estudiaba mi rostro.

—No es asunto vuestro —dije.

—Soy el alguacil de Dartford, de modo que sí es asunto mío —replicó —. Espero que su destino no sea Canterbury.

Me quedé consternada. ¿Cómo diantre podía saberlo si lo habíamos decidido hacía menos de doce horas?

—¿Por qué os importa adónde van? —dije.

—Porque en Canterbury no les aguardan más que problemas —dijo. Y añadió—: ¿Les acompaña Sommerville? ¿Y vos?

—No —me apresuré a responder.

Los labios de Geoffrey palidecieron. Una vez más, lo había herido. Aunque no era mi intención herir repetidamente a Geoffrey, eso era exactamente lo que hacía.

—De modo que ahora me mentís. ¿A eso hemos llegado? —dijo con brusquedad—. Joanna, sois una estúpida. Esto es una locura, y no cambiará nada.

Dicho esto, se marchó.

Se lo conté todo al hermano Edmund, cada palabra de la conversación. Cuando terminé, dijo:

—Deberíais haberme informado, a mí y a los demás.

—Sí —dije, entrecortadamente—. He errado muchas, muchísimas veces. Y este error le ha costado la vida al hermano Oswald, y quizá también a nosotros la nuestra. Pero tardamos dos horas en marcharnos y no volví a ver a Geoffrey. No intentó detenernos. Jamás imaginé que fuera a avisar a alguien como John Dudley. Cuesta creer que Geoffrey sea capaz de hacer algo que pueda perjudicarme, por muy enfadado que estuviera. Y yo… yo no quería que tuvierais conocimiento de esa discusión.

Se hizo el silencio durante un rato. Llegué a pensar que quizá el hermano Edmund estaba tan horrorizado que ya no quería hablar conmigo.

Pero entonces volví a oír su voz, y no había rabia en ella.

—¿Os acordáis de cuando, en el cementerio, me preguntasteis si me ocurría algo?

—Sí —respondí—. Parecíais turbado.

—Mientras estábamos allí, me volví a miraros, oculta tras aquella lápida, y me di cuenta de una cosa, hermana Joanna —dijo antes de que su voz se apagara.

Esperé, presa de la incertidumbre. Cuando volvió a hablar, su voz sonó aún más baja.

—Me di cuenta de que por mucho que deseara dar un golpe en aras de nuestra fe, de nuestro bendito santo Tomás, también deseaba otra cosa. Que la llevo deseando desde hace mucho tiempo. No siempre lo he entendido. Lo he sentido y lo he combatido. Siempre he creído que mi destino era ser un hombre de Dios. Pero ahora sé que es tan fuerte el deseo que, si tuviera que elegir entre la vida y la muerte, estoy plenamente convencido de que elegiría la vida, incluso aunque fuera una vida que me resulta difícil y desconocida.

Me deslicé al suelo contra el tosco muro. Aunque no podía verlo en la oscuridad, sabía que su rostro no podía estar a más de un metro de mí.

—¿Qué es lo que deseáis, hermano Edmund? —dije.

—Algo se tercia en este momento, debería decir algo profundo, pero todas mis referencias proceden de las Escrituras —dijo, con un tizne de humor en la voz—. Solo se me ocurre pensar en Catalina de Siena y en lo que dijo: «El corazón humano siempre sucumbe al amor».

Volvió a vacilar.

—Sois vos —dijo—. Estoy enamorado de vos.

Las lágrimas llenaron mis ojos y se me encogió la garganta. Intenté controlarme, para poder hablar con él.

—Si logramos quedar libres, hermana Joanna, mi único deseo es casarme con vos —dijo—. No sé absolutamente nada de lo que supone ser un esposo, pero os dedicaré el resto de mi vida.

—Sí —dije, y a pesar de todo lo ocurrido, sonreí en la oscuridad. Qué increíble era esa sensación de felicidad recorriéndome entera.

Pero no tuve tiempo de decirle cuáles eran mis sentimientos, pues la puerta de mi celda —es decir, la de la hermana Barton— se abrió de pronto.

El joven de la barba, que portaba una antorcha, me sacó de la celda al pasillo.

—Adiós, hermano Edmund —grité, fuera de mí, mientras me sacaban a rastras por la puerta.

Fui presa del temor, pero también sentí arder en mi interior un júbilo feroz. Me amaban. Si sobrevivía a esa noche, construiría una vida con Edmund Sommerville.

Al fondo del pasillo, el hombre me obligó a doblar una esquina de un empujón.

Casi me di de bruces con alguien que allí me esperaba.

Era Jacquard Rolin.

Me tambaleé hacia atrás e intenté hablar, pero Jacquard me hizo girar bruscamente en redondo y me tapó la boca con la mano. Era rápido y fuerte, mucho más fuerte de lo que yo había imaginado.

—No creo que vuestro hermano Edmund os pueda oír desde detrás de esa puerta, pero hay una posibilidad de que así sea —me susurró al oído—. No pronunciéis mi nombre si queréis que él siga con vida.

Asentí, frenética.

—Muy bien. —Retiró la mano. Me volví despacio a mirarlo. Me costaba creer que fuera realmente el reformista de los Países Bajos el que estaba plantado delante de mí en Saint Sepulchre.

—Vamos, alejémonos un poco para poder conversar —dijo—. Pero, primero, desatadle las manos.

El hombre obedeció de inmediato. Jacquard estaba al mando de la situación.

Echamos a andar mientras él me miraba de arriba abajo.

—Menuda noche habéis tenido, Joanna Stafford —dijo, tan calmada y cortésmente como si acabáramos de encontrarnos en High Street—. Me han dicho que habéis perdido el valor y habéis llorado cuando os han encerrado en la celda de Elizabeth Barton. No parece propio de vos.

—¿Cómo es posible? —tartamudeé—. ¿Sois vos quien nos ha traicionado a Dudley?

Jacquard sonrió. Esos perfectos dientes blancos resplandecieron a la luz de las antorchas.

—Venid conmigo —dijo.

Jacquard me condujo a las dependencias de la priora. Llamó una vez, empujó la puerta y me indicó que entrara primero con un floreo de la palma de la mano.

Entré en la habitación, la misma en la que, diez años antes, había entrado en su día con mi madre. Estaba iluminada por la luz de muchas velas. La mesa de roble seguía allí. Había un hombre sentado al otro lado.

Era Eustace Chapuys, el embajador del emperador Carlos.

—Hola, Juana —dijo.

Aquello era un error, un error terrible. Durante un momento me pregunté si no estaría alucinando. Pero enseguida entendí que podía sentir las piernas y los brazos. Inspiré hondo. No, era real.

Lo único que pude decirle fue:

—Entonces, ¿me conocéis?

Jacquard se rio a mi espalda. Chapuys también esbozó una sonrisa irónica, como si yo hubiera dicho algo realmente divertido, aunque había en ella una leve sombra de amargura.

Señalé a Jacquard.

—¿Por qué está él aquí, embajador? Está al servicio del rey, y sigue los dictados de la fe reformista.

Chapuys alzó la barbilla y dijo:

—No, Juana. Jacquard Rolin es un espía al servicio del emperador Carlos.

La luz de las velas titiló y llameó al unísono. Sentí que me caía y a buen seguro habría ido a dar al suelo de no haber sido porque Jacquard, que de nuevo se movió con increíble rapidez, me cogió. Me llevó a la silla vacía que estaba delante de Chapuys.

—Vino. Comida. Enseguida —dijo el embajador.

Me pegaron una copa a los labios. Bebí desmayadamente. Intenté rechazar el trozo de pan, pero insistieron. Logré por fin tragarme el pan, aunque no fue fácil.

—No entiendo —dije.

—Jacquard se infiltró con un grupo de herejes alemanes y llegó a Londres en junio —dijo Chapuys—. Debíamos tener a alguien

observándoos en Dartford. Cuento con hombres y mujeres ingleses a mi servicio, pero no están lo bastante capacitados para la delicadeza que requiere esta importante misión. Pedí al mejor, y el mejor es lo que recibí.

Jacquard agradeció el cumplido con una inclinación de cabeza.

—Vuestro halago me honra.

—¿Y para qué necesitabais observarme? —pregunté.

Ninguno de los dos respondió.

Me volví y fulminé a Jacquard con la mirada.

—¿No sois, entonces, reformista? Pero vuestras creencias…, vos mismo me hablasteis de ellas.

Jacquard se transformó mientras yo hablaba. Con los ojos encendidos, dijo:

—La visión que tiene Timothy de la libre voluntad es absolutamente inspiradora. —Se echó a reír.

—Basta —dijo Chapuys, manteniendo la voz baja.

—Lord John Dudley…, no entiendo qué tiene que ver él en todo esto —dije—. Es imposible que sea un hombre del emperador.

—Dudley cree que Jacquard es un espía de rango menor al servicio de Cromwell, lo cual es cierto —aclaró el embajador—. Jacquard ha sido durante los últimos ocho años un valioso espía para el emperador. Con sus dotes, supo captar el interés de Cromwell lo suficiente como para que el lord del Sello Real lo reclutara, aunque sin tener la menor idea de sus auténticas lealtades. Empleó a Jacquard tres semanas después de su llegada a Londres.

—¿No sería para espiarme a mí? —pregunté, horrorizada.

—No, inicialmente no. Cromwell quiere espías por doquier, y Dartford es una villa con muchas posadas, un lugar privilegiado para recabar chismes traidores. —El embajador hizo una mueca—. Pero después de la escena que distéis en Tower Hill, el lord del Sello Real se ocupó de saber quién erais y le pidió a Jacquard que le mandara regularmente informes sobre vuestros actos. Desgraciadamente, os habéis convertido en objeto de su interés. Eso dificultará aún más nuestra labor conjunta.

La expresión «nuestra labor conjunta» quedó flotando en el aire.

—Hemos estado a punto de permitir que vos y los demás llevarais a cabo vuestro cometido en la catedral, pero era demasiado peligroso —dijo Chapuys—. No podíamos arriesgarnos a que os mataran o a que os arrestaran. Jacquard sabía que planeabais algo con los monjes, algo que tenía que ver con Canterbury. Alertó a Geoffrey Scovill, el alguacil, con la esperanza de que os detuviera, pero desafortunadamente no lo hizo. El alguacil esperó unas horas para informar a Jacquard de que os habíais marchado. Habíamos perdido un tiempo valioso. Dudley fue informado del plan de vuestro grupo, pero solo con la condición de que os separara, a vos y al hermano Edmund, de los demás. Jacquard y yo vinimos directamente aquí, para esperaros. A los demás monjes los han encerrado en la prisión de Canterbury. Pagarán el precio de lo que ha ocurrido.

—No, no puede ser —imploré—. ¿No podéis ayudarlos?

—Serán encarcelados, pero no creo que los ejecuten. Y no habrá juicio —dijo Chapuys—. El rey no desea avivar las llamas de la situación internacional. El trato que ha dispensado al santuario de santo Tomás y al resto de santuarios de Inglaterra, ese ha sido el motivo de la excomunión.

Yo seguía sin entender por qué Dudley había decidido apiadarse del hermano Edmund y de mí, y así se lo hice saber.

—Le dije que mi propia red había descubierto vuestro complot y que quería salvaros por respeto a la memoria de vuestra madre española —dijo Chapuys—. Además, le he concedido el soborno más suculento de los que me he visto obligado a conceder desde que llegué a este país. Dudley, hijo de un traidor, necesita dinero desesperadamente, esa es la clave para controlarlo. Cromwell y el rey recibirán la noticia de que seis monjes irrumpieron en la catedral de Canterbury, eso es todo.

—Hemos tenido que endurecer vuestras condiciones aquí, en Saint Sepulchre, para aplacar a Dudley —dijo Jacquard—. Os desprecia profundamente. No hay duda de que tenéis un talento especial para provocar el odio en los hombres más poderosos.

Dejé de mirarlo y me volví hacia Chapuys.

—¿Qué pretende hacer el rey con el cuerpo de santo Tomás? Dudley ha dicho que estábamos equivocados, pero no puedo creer que eso sea cierto.

Chapuys ponderó su respuesta antes de contestar.

—Sí, el rey Enrique odia a Becket y quiere dar ejemplo con él por haber desafiado a la corona. Por lo que sé, sus órdenes fueron retirar la caja y llevarla a Londres. Lo que harán a partir de entonces con ella, solo el rey lo sabe, y es un hombre que cambia muy a menudo de opinión.

De modo que la información de Norfolk era falsa. ¿Cómo podía haber cometido el error de haberle hecho caso? Mi estupidez no conocía límites.

—Entiendo las causas que pueden llevar a un puñado de fieles católicos a Canterbury en una misión como la vuestra —dijo Chapuys—. Sean cuales sean las intenciones del rey, el saqueo del santuario es infame. Pero vuestra expedición ha sido muy costosa y muy dañina. No volveremos a mencionarla. A partir de ahora no habrá más intermediarios. Entenderéis por qué no he podido hablar directamente con vos hasta ahora. Si nuestra relación hubiera quedado expuesta, habríamos sido ambos sumariamente ejecutados y seguidamente habría estallado la guerra con España. Pero yo soy el único que puede dirigir vuestros movimientos a partir de ahora.

Una vez más iban a controlarme, a usarme. Por mucho que me hubiera creído libre de ello… y por mucho que deseara tener una vida con el hermano Edmund…, mi voluntad jamás me pertenecería.

Algo relativo a la palabra «intermediarios». Claro.

—Fuisteis vos quien mandó a Gertrude Courtenay a Dartford a buscarme —le dije al embajador.

—Naturalmente —respondió Chapuys—. Era mi mejor conducto.

—¿Es sabido ya vuestro vínculo con ella? —pregunté.

—Difícilmente estaría aquí si lo fuera. No, Gertrude Courtenay quemó todas mis cartas después de leerlas. Esa fue la orden que le di y ella la cumplió. Pero encontraron otras cartas en su caja, y fueron esas las que se sumaron al caso contra su esposo. ¿Sabíais que en la casa solariega que los Exeter tienen en Cornwall se halló un estandarte pintado que habría de alzarse cuando llegara el momento de que el oeste se levantara en armas contra el rey? ¿Cómo pudo cometer semejante estupidez? Gertrude Courtenay creía que la riqueza y el título de su esposo y su sangre real lo salvarían. Intenté hacerle entender que esas eran precisamente las cosas que lo condenarían.

De nuevo vi a Henry Courtenay de pie en lo alto del patíbulo y me estremecí.

Chapuys, siempre tan perceptivo, dijo:

—Sé que habéis pasado por mucho y que ha sido difícil. Lo lamento, creedme. Pero durante los últimos nueve meses, nuestra fuente de información sobre vos fluctuaba. «Enviadla a Londres». «Sacadla de Londres». «Llevadla a un astrólogo». Esto no está bajo mi control ni bajo el de nadie. Dudo mucho que él pueda controlar lo que averigua, y la velocidad a la que lo hace.

Se me había secado la boca. De modo que era un hombre quien dirigía mi destino.

—¿De qué fuente habláis? —pregunté—. ¿Quién os dice lo que debe ocurrirme?

Chapuys me miró con determinación.

—No podréis viajar utilizando vuestro verdadero nombre. Después de que Cromwell se haya interesado por vos, es del todo imposible. Cromwell supervisa los nombres de todas las personas que solicitan permiso para salir de Inglaterra. Esto llevará tiempo: falsificaremos documentos, debemos encontrar el modo de que salgáis de Dartford sin levantar sospechas.

—¿Qué estáis diciendo? —pregunté.

—Juana, debéis ir a los Países Bajos, a la ciudad de Gante. Es el lugar de nacimiento del emperador Carlos. Solo allí, en el momento adecuado, podréis recibir la profecía del tercer vidente.

OceanofPDF.com

36

El embajador Eustace Chapuys era un hombre famoso en toda la cristiandad por su inteligencia, su erudición, su valor y, quizá lo más importante, su calma. Pero a punto estuvo de perder esa calma cuando se enfrentó a mi negativa a marcharme de Inglaterra para ser conocedora de la tercera y última parte de la profecía.

—Procedéis de una familia inglesa que ha sido destruida por el rey, habéis servido a Catalina de Aragón, rezasteis en la ejecución de los amigos de lady María —dijo, incrédulo—. Esta misma noche estabais dispuesta a morir para proteger la santidad del santo más amado de Inglaterra, ¿y aun así os negáis a dar el siguiente paso en el aprendizaje de la profecía que os concierne? El Santo Padre ha condenado a Enrique VIII. No puede haber pecado alguno en ningún acto que cometáis.

Negué con la cabeza.

Chapuys se levantó para acercarse a mí. Sus afilados rasgos temblaban.

—Dentro de unas semanas, el rey Francisco llegará a España para renovar su tratado de paz con el emperador. Tengo información, información fiable, de que el papa implorará a los reyes católicos de Francia y de España que firmen un pacto sagrado para declarar la guerra al rey hereje de Inglaterra. Cada año que pasa, Enrique se vuelve más inhumano y cruel. Debe ser derrocado.

«Veo muchos barcos…, navegan hacia Inglaterra». Esas habían sido las palabras de Orobas.

—Si la invasión es inminente, traerá consigo incontables soldados y armas —dije—. ¿En qué podría yo cambiar las cosas?

Chapuys negó con la cabeza.

—Juana, jurasteis los votos de obediencia a la Orden de las Dominicas, la más estimada en España, en Francia, en Italia, por doquier. No importa que este rey inglés haya disuelto vuestro priorato. Debéis obedecernos. Esos votos son inquebrantables.

Inspiré hondo y dije:

—Jamás pretendí desempeñar este papel. Me he opuesto a él desde que tenía diecisiete años. Ha provocado cosas espantosas en mi vida. No puedo guiarme por esos videntes ni por esos poderes. No vais a contarme nada sobre ese hombre y aun así ¿debo marcharme de Inglaterra? Es demasiado.

Chapuys regresó a su silla, situada al otro lado de la mesa. Se sirvió un poco de vino. Con los dedos alrededor de la copa, su mirada se volvió hacia Jacquard, que llevaba un rato en silencio. Algo, una tácita decisión, pareció cruzarse entre ambos.

El embajador tomó un poco de vino y dijo con esa imperturbable actitud tan habitual en él:

—No hay que decidir nada todavía. Se ha decretado un embargo naval entre Inglaterra y Flandes y el resto de los reinos del emperador. Pase lo que pase, organizar el viaje y disponer de los documentos necesarios requerirá no solo semanas, sino meses de esfuerzo. En cualquier caso, el plan seguirá adelante. Cuando todo esté organizado, quizá hayáis cambiado de parecer.

—Os ruego que no contéis con ello —supliqué—. No puedo pensar en un solo motivo que pudiera llevarme a hacerlo.

—Por la memoria de vuestra madre, leal hija de España y del imperio de Carlos V, ¿accedéis al menos a mantener abierta esa posibilidad? —insistió el embajador.

Mi madre. Cómo podía saber Chapuys que, tres años antes de su muerte, mi madre había ejercido sobre mí una influencia como ninguna otra persona. Yo siempre había tenido la sensación de haberla decepcionado. ¿De qué otro modo, sino como un fracaso, podía nadie percibirme? Había renunciado sin previo aviso a servir a la reina y no me había casado. Mi madre había muerto sin saber que yo había atendido a Catalina de Aragón en su lecho de muerte y que después había jurado mis votos de novicia. Quizá eso habría logrado que por fin se sintiera orgullosa de mí.

—Lo siento —dije tristemente—. No puedo.

El embajador mantuvo la calma.

—Muy bien, Juana. Nos ocuparemos de que os lleven de regreso a Dartford. —Se volvió hacia Jacquard—. Por favor, dad orden de que el monje dominico se una a los demás en la prisión de Canterbury.

—¡No, no, el hermano Edmund no! —grité—. ¿No podríais usar vuestra influencia para liberarlo conmigo?

Chapuys suspiró.

—Incluso aunque eso fuera posible, Juana, no puedo permitirme el lujo de que le contéis nuestros planes ni le habléis de la existencia del tercer vidente. Sé que habéis formado cierto vínculo con el hermano Edmund Sommerville.

—No diré nada. Nada —dije—. Os lo prometo. Y no soy de las que faltan a sus promesas.

Jacquard intervino.

—Ahora estáis al corriente de los planes más secretos del emperador. Sois mitad española y por ello más de fiar que los ingleses. Pero si el hermano Edmund llegara a saber algo, cualquier cosa, debería ser eliminado.

Eliminado. Con qué naturalidad había usado la palabra.

El embajador dijo:

—Si concediera esa libertad, Juana, ¿podríamos acordar que no solo no le diréis nada, sino que cuando llegue la hora, cuando hayamos ha acometido el plan, consideraréis al menos la posibilidad de desempeñar vuestro papel en él?

Tras un momento de agónica indecisión, respondí:

—Sí. Estoy de acuerdo.

Volví a percibirla: esa silenciosa y cómplice mirada entre Jacquard y el embajador.

—Pero si recurrís a mí y me niego, no deberéis insistir. Ese será el final —dije abruptamente—. No podéis obligarme a ir a ninguna parte ni a hacer nada en contra de mi voluntad. Es parte de la profecía y así ha sido siempre.

—Por supuesto, Juana —dijo Chapuys—. Por supuesto.

El alba despuntó sobre los campos helados cuando partí de Saint Sepulchre en compañía del hermano Edmund. Regresamos a Dartford, sin que nada ni nadie nos lo impidiera. Durante semanas primero y durante meses después, no mantuve ningún contacto con el embajador Chapuys. Hice planes para

mi vida: casarme y empezar por fin con mi empresa de tapices. Pasó el invierno y los primeros albores de la primavera trajeron consigo la esperanza de una vida normal.

Hasta un día de abril en el que comprendí que mi vida jamás podría ser normal.

Pasé gran parte del día delante del telar. Gracias a nuestros incansables esfuerzos, el tapiz del fénix estaba prácticamente terminado. El cuerpo rojo y oro del ave legendaria iba configurándose a buen ritmo. Había en su pico, que imitaba al del águila, cierto orgullo y las plumas, de color violeta y verde, resplandecían. Pero faltaba por hilar el cuarto inferior del tapiz. Y mucho me temía que era precisamente en esa parte donde podía estropearse toda la imagen. Las llamas rizándose alrededor del denso nido de un ave exigían precisión.

—Concentraos en las ondulaciones —apremié a las hermanas Beatrice y Agatha, que estaban sentadas a ambos lados de mí al telar. En su taburete, la hermana Winifred leía las páginas de un martirologio. Yo había puesto todo mi empeño en recrear las condiciones de trabajo que habíamos tenido en el priorato de Dartford. Aunque odiaba tener que llamarles la atención, últimamente ambas mujeres mostraban cierta tendencia a dispersarse en su labor. Se perdían en sus ensoñaciones, lo cual quizá no fuera tan sorprendente, puesto que ambas se habían prometido para casarse. Faltaban solo tres días para la boda de la hermana Agatha con el señor Oliver Gwinn, el 20 de abril. La hermana Beatrice se casaría con Geoffrey Scovill en junio.

Fijamos la fecha de mi boda para el 16 de mayo, día en que me convertiría en Joanna Sommerville. Después de la Pascua y de que volvieran a permitirse las bodas, tres mujeres que en su día habían pertenecido al priorato de Dartford se casarían en rápida sucesión.

La hermana Agatha probablemente no tendría que haber estado hilando, puesto que el día de su boda estaba muy próximo, pero ella siempre insistía en ayudar. Era su modo de darme las gracias por haberla acogido en mi casa. Las demás hermanas no se habían tomado bien su compromiso con el señor Gwinn. Percibían esa ruptura de los votos como una traición al compromiso adquirido por todas para vivir juntas como Novias de Cristo.

Yo entendía que se sintieran así, pero también compadecía a la hermana Agatha. La invité a vivir conmigo y con Arthur hasta que se casara y ella accedió, agradecida.

De las tres de nosotras que pronto nos casaríamos, la hermana Beatrice era la más cambiada por su inminente boda. Estaba sencillamente radiante. Huelga decir que me alegré de que se casara con Geoffrey. Dadas las circunstancias, era la única respuesta decente posible.

Se oyó un grito de alegría procedente de la calle. Un momento después se abrió la puerta. El hermano Edmund llegó con Arthur de la lección de la tarde. Enseñar las letras a Arthur requería una extraordinaria dosis de paciencia, pero nadie tenía tanta como el hermano Edmund.

—Ha sido un buen día, un buen día —dijo, sonriendo, dirigiéndose primero a mí y después a las demás.

Me tranquilicé. Aunque mis temores no se habían desvanecido del todo, siempre remitían cuando estaba cerca del hermano Edmund. Lamenté no haber sido todavía capaz de deshacerme del «hermano», tanto en mi mente como en mi discurso. Por algún enloquecedor motivo, me resultaba difícil conseguirlo.

—Tengo que ir a Londres con un puñado de hombres de la villa —dijo —. Hermana Winifred, ¿podríais dormir aquí, en casa de Joanna, durante mi ausencia? Espero estar de vuelta mañana.

Me levanté del banco que ocupaba delante del telar.

—¿Por qué debéis ir? —pregunté. De soslayo vi que mis amigas se sonreían.

El loco de la villa había desaparecido hacía dos meses. John ya se había marchado en otras ocasiones, pero siempre volvía al cabo de unos días. Esta vez era distinto, y todos habíamos empezado a dar por hecho que había muerto en algún lugar triste y perdido.

—Vos erais la obsesión de John —dije afectuosamente—, y aun así os empeñáis en devolverlo a su lugar favorito para que siga atormentándoos.

—Pero debo hacer todo lo que esté en mi mano para ayudarlo, ¿lo entendéis? —dijo.

—Sí —respondí—. Lo entiendo.

—Quizá necesite medicinas —prosiguió—. Iré a recogerlas a la enfermería antes de reunirme con los demás. —Desde nuestro regreso de Canterbury, la enfermería de Edmund había florecido. Y todo gracias al señor Oliver Gwinn. Él había combatido contra los prejuicios difundidos por Timothy Brooke y sus padres. La enfermería se había vuelto tan popular que Edmund había contratado a un avezado aprendiz llamado Humphrey.

—¿Podéis salir conmigo un momento? —dijo Edmund.

High Street estaba cubierta de fango esa tarde. Un feroz aguacero primaveral había empapado el suelo hacía unas horas. El sol acababa de asomarse tras unas nubes recientes.

Edmund miró a un lado y a otro de la calle, con la frente tapizada de arrugas de preocupación.

—Es posible que haya vuelto un hombre a Dartford para observarnos. Ayer por la mañana estuve ocupado en la enfermería. El hijo del carnicero se había roto el brazo jugando y toda la familia vino con él. Pero había otro hombre: muy delgado, bastante alto, con los ojos marrones muy juntos. Se quedó al fondo, y cuando volví a mirar había desaparecido. Hoy, en misa, he vuelto a verlo al fondo de la iglesia. He hecho discretas averiguaciones y nadie sabía quién era.

—No me he fijado en ningún hombre así —dije, y así era.

—Raras veces estáis sola, lo sé, Joanna. Aun así, os ruego que tengáis cuidado —dijo Edmund—. ¿Me lo prometéis?

—Por supuesto.

Se volvió para marcharse por High Street. No se había alejado mucho cuando le llamé.

—¡Esperad, Edmund! —Salí corriendo tras él, recogiéndome la falda para evitar que se me manchara de barro. Edmund me sonrió, confundido.

—Debéis prometerme que estaréis de regreso a tiempo para la boda de la hermana Agatha. Será una ocasión perfecta para que practiquéis el baile —dije.

—Ah, sí, el baile —dijo, riéndose. Edmund no había aprendido a bailar cuando era niño. Yo, por el contrario, había recibido clases de baile durante casi toda mi vida. Le había enseñado algunos pasos para prepararlo para nuestra boda, pero sin músicos era una tarea terriblemente difícil.

Edmund me apretó el brazo y me besó levemente en la frente.

—No tardaré en volver —dijo, echando de nuevo a andar por High Street.

Vi cómo desaparecía: ese andar con grandes zancadas, el pelo largo y tan rubio y fino que parecía oro blanco a la luz del sol. Tendría que cortárselo para la boda.

Volví a casa para decirles a mis amigas que necesitaría disponer de un rato para hacer un recado. Me fui en la dirección contraria que había tomado Edmund, cuesta arriba por High Street. Ahora que por fin había aparecido aquel sol alegre, la calle se había llenado de vecinos. Todos estaban concentrados en el siguiente recado, en la siguiente comida, en el siguiente abrazo.

Cuando llegué a la Oficina de Aduanas, Gregory, que había sido en su día el portero del priorato de Dartford, estaba solo en la recepción.

—Tengo que hablar con Jacquard Rolin —dije—. ¿Podrías decirle que hay que ajustar el pedido para el tapiz?

—Naturalmente, hermana Joanna —respondió antes de desaparecer. Como me ocurría a mí, para Gregory era muy difícil romper con las costumbres adquiridas en el priorato.

Me sentí profundamente abatida cuando me enteré de que Jacquard seguía en Dartford.

—Si dejo mi puesto al frente del comisionado para la construcción de la casa solariega de Su Majestad en Dartford, Cromwell querrá saber por qué —dijo cuando me enfrenté a él—. ¿Y adónde iría? No puedo regresar ahora a los Países Bajos.

Edmund jamás se enteró de que Jacquard había estado en Saint Sepulchre. Le conté la misma historia que Chapuys le había narrado a lord Dudley: debido al cariño que me profesaba, no solo a mí sino también a mi familia española, el embajador había sobornado a Dudley para que me dejara libre junto con mi amigo. Nuestros nombres no figuraron en el informe que se entregó al rey. «Decir la verdad mezclada con una mentira siempre es preferible que contar una mentira», me había advertido Chapuys.

Esa noche en Saint Sepulchre, Edmund interpretó nuestra libertad de la prisión como una señal de Dios de que debíamos buscar la paz y poner fin a

nuestro esfuerzo por desvelar la profecía. Lloró la muerte del hermano Oswald como también lo hice yo. Y se preocupó por la suerte de los monjes encarcelados, confesándome la culpa que lo embargaba por no haber compartido su destino. Lo que había ocurrido en Canterbury aquella noche era terrible. ¿Y todo para qué? El rey tenía en su posesión el cuerpo del santo Tomás Becket. ¿Habría profanado el cadáver o lo habría enterrado dignamente? No lo sabíamos y quizá jamás llegaríamos a saberlo.

Apareció entonces un sonriente Jacquard.

—Buenas tardes, Joanna Stafford —dijo afectuosamente—. Me han dicho que tenéis preguntas sobre vuestro pedido. Quiero enseñaros algo.

Fui tras él. Esas eran las palabras exactas que me había dado por si llegaba el caso de que lo necesitaba. Jacquard y yo nos habíamos visto durante los últimos tres meses y medio en la iglesia o en el mercado, pero jamás a solas. En grupo, nos había felicitado a Edmund y a mí por nuestro compromiso. Incluso entonces, yendo tras él mientras se movía por las distintas salas, parecía imposible que aquel hombre delgado que saludaba a todos aquellos con quienes nos cruzábamos fuera un espía de alto rango a las órdenes del Sacro Emperador Romano. Jacquard entró relajadamente en una gran sala llena de nuevos materiales para la casa solariega del rey. Las paredes de ladrillo se habían levantado y tanto los suelos como los techos estaban terminados. Durante el verano se instalarían las ventanas. Caminar por esas hileras de cristal enmarcado me deslumbró.

Cuando llegamos a un rincón donde estaban colgados los tapices, dijo:

—Ahora contadme lo que ha ocurrido. Intentad que no os traicione la emoción. Mirad en todo momento los tapices conmigo mientras habláis.

—Me ha parecido que debíais saber que Edmund cree que ha llegado alguien a Dartford para espiarnos. O al menos para espiarlo a él. Lo ha visto en la enfermería y también en la iglesia —dije en voz baja—. Además, en diciembre le pareció ver a un desconocido observándolo.

Jacquard sacudió una mota de polvo de uno de los tapices.

—¿Es un hombre alto, delgado y con los ojos muy juntos? —preguntó.

—Sí —respondí—. ¿Lo conocéis?

—Bajad la voz. No mostréis ninguna emoción —dijo—. Sí, es el tercer espía enviado por el obispo Gardiner. Vuestro Edmund vio al primero, pero

al parecer no se ha fijado en el segundo. Yo sí. Gardiner usa a un hombre distinto cada vez.

«Gardiner».

—¿Cómo lo sabéis? —pregunté, conteniendo un jadeo.

—Debo pediros una vez más que borréis toda emoción de vuestra voz y de vuestro rostro —dijo Jacquard, con cierto deje de irritación en la voz—. Sé quién entra y quién sale de esta villa.

Tragué saliva y pregunté, intentando mantener la calma:

—¿Qué vais a hacer?

—Nada.

Miré de reojo a Jacquard. Él sonrió mientras seguía estudiando el tapiz.

—Habéis levantado sospechas y Gardiner os quiere tener vigilada. Han enviado al espía para que os observe y lo que él ve es una mujer que hila en su tapiz, preparándose para casarse y bailando con su prometido. El espía no sabe nada, no informa de nada. Joanna Stafford, sé que deseáis que le corte el cuello a ese espía del obispo y me encantaría trincharlo para vos y arrojarlo despedazado al río Darent, pero sería una maniobra demasiado imprudente.

Intenté no alzar la voz cuando dije:

—Jamás le desearía ningún daño a nadie.

—Quisisteis hacer daño a los soldados en la catedral de Canterbury, de eso no hay duda. Aunque, claro, todas las mujeres españolas son sanguinarias.

Me volví, dispuesta a marcharme, pero Jacquard me detuvo. Su mano se cerró con fuerza sobre la mía. De nuevo, me costó creer lo fuerte que era.

—Mirad este de aquí y el trabajo que se ha invertido en él —dijo Jacquard, alzando la voz. Acto seguido murmuró—: Ahora os soltaré y seguiremos con nuestra conversación. ¿Entendido?

—Sí —dije por fin. No tenía otra elección que someterme a sus deseos.

Un instante después, dijo:

—Sé que teméis a Gardiner. Y no os equivocáis al hacerlo. Winchester es el más formidable de los hombres del rey, tan traicionero e implacable como Cromwell.

Me estremecí.

—Algo está a punto de ocurrir —musitó—. No estoy seguro de lo que es. Por primera vez en dos años se celebrará una sesión en el Parlamento. Dará comienzo el 28 de abril. Se tratarán en ella asuntos religiosos así como los preparativos para la guerra. No cesan los rumores. Un día oigo decir que han avistado barcos franceses en el canal y al día siguiente que Escocia prepara sus fuerzas para aprovecharse de la invasión. El rey Enrique tiene a punto ciento veinte naves en la desembocadura del Támesis y otras treinta en Portsmouth. Cientos de hombres trabajan día y noche en las fortificaciones a lo largo de la costa sur. ¿Sabéis de dónde proceden los fondos para eso?

Una vez más, negué con la cabeza.

—De los miles de libras que han llenado las arcas reales tras la disolución de los monasterios. El rey defenderá su país contra la Guerra Santa del papa con el dinero que ha robado a las abadías y a los prioratos.

Se me cerró la garganta.

—Estáis enfadado porque no obedecí a Chapuys —dije.

—No, no estoy enfadado, y tampoco lo está el embajador —se apresuró a replicar Jacquard—, puesto que la última información que recibió decía que estaba anunciado que vos dudaríais. Cuando llegue el momento oportuno, accederéis. Y no solo eso. Vendréis a implorarnos que os llevemos a la ciudad de Gante.

—No —dije—. Nunca.

Jacquard se sacó un papel del jubón.

—¿Habéis visto últimamente al alguacil Scovill?

—Eso no es asunto vuestro —dije, apretando los dientes.

Jacquard suspiró.

—Aunque vuestros amoríos son una fuente de gran interés para todos nosotros, ese no es el motivo de mi pregunta. Geoffrey Scovill recibió una orden hace dos días. Debe de estar muy ocupado. La orden procede del inspector del rey en Kent. Y yo, por supuesto, tengo una copia de esa orden.

Le cogí el papel de la mano y leí: «Todos los ciudadanos deben estar preparados ante la posibilidad de que los enemigos de Su Majestad ataquen el reino. Todos los alguaciles deben certificar los nombres de los hombres de su ciudad, cuyas edades estén comprendidas entre los dieciséis y los

sesenta años, y registrar esos nombres, junto con las monturas y armas que cada uno de ellos posea. Para el reclutamiento, debe reunirse a los hombres y seleccionar a las personas más válidas, junto con un reducido número que deberá quedarse a defender la ciudad si es necesario».

—El rey Enrique desempeña su papel en el gran juego —dijo Jacquard.

—¿Juego? —pregunté.

—Las guerras que libran los reyes por la tierra y por la gloria —respondió.

Temblé al volver a depositar el papel en sus manos.

—Entre las edades de dieciséis y sesenta años —repetí. Los visualicé a todos: los muchachos que se reían en la calle, los aprendices, los jóvenes y orgullosos padres, los granjeros y los pescadores y también los abuelos. Edmund. Y Geoffrey.

—Se derramará mucha sangre, aquí y en todo el reino, si se produce la invasión —dijo Jacquard, dándome una palmadita en el codo—. Llevamos en este lugar demasiado tiempo. Os acompañaré fuera. Hay una cosa más que deberíais saber.

—¿Sí? —dije, exhausta.

—El emperador ha convocado a Chapuys justo después de que Francisco lo hiciera con el embajador francés. Ese es siempre el preludio de una declaración formal de guerra. El rey Enrique quiere mantener a Chapuys en la corte inglesa y ha interpuesto una queja. Pero a finales de junio quizá nuestro embajador se haya marchado de esta isla.

Jacquard volvió a sonreír al tiempo que se volvía para acompañarme y alejarnos de los tapices.

—Si eso llegara a ocurrir, no os alarméis, porque yo seguiré aquí. Y mis instrucciones son claras. Proceden directamente del emperador: debo obrar como mejor crea conveniente en lo que concierne a Joanna Stafford.

OceanofPDF.com

37

Edmund no regresó al día siguiente, ni tampoco el día después. La tarde anterior a la boda de la hermana Agatha yo estaba demasiado nerviosa para tejer. Había dormido poco desde que había ido a ver a Jacquard Rolin. Seguía dándole vueltas a su inquietante conversación. Además, no podía dejar de preocuparme por Edmund. La hermana Winifred había estado preguntando y me había dicho que los otros dos hombres de Dartford seguían todavía ausentes. Uno de ellos había mandado decir a su esposa que no habían encontrado a John en el lugar donde lo habían visto en un principio y que insistirían en su búsqueda. Empecé a temerme que hubiera algún tipo de relación entre la ausencia de Edmund y mi implicación en la profecía. Edmund jamás se habría ido de haberlo sabido. Cuánto odiaba ocultarle cosas. ¿Cómo podíamos empezar nuestra vida de casados si nos ocultábamos peligrosos secretos? Pero no me quedaba más remedio si quería protegerlo.

La hermana Winifred me acarició el brazo.

—No os preocupéis —dijo—. Debéis saber que a mi hermano le importan más los enfermos o los necesitados que una boda, excepto la suya.

—Sí, lo sé —respondí con una sonrisa forzada.

Al día siguiente se celebró la boda de la hermana Agatha. Desde que se despertó, estaba tan aturullada como yo había supuesto. La hermana Winifred y yo la acompañaríamos a la iglesia de la Santísima Trinidad que estaba al otro lado de la calle. El resto de los invitados, incluidas las otras exmonjas y exnovicias del priorato de Dartford, se encontrarían con nosotras allí, aunque cabía la posibilidad de que hubiera algunas ausencias. Yo sabía que a la hermana Rachel le resultaba difícil aceptar con esa boda.

La hermana Agatha no tenía parientes varones vivos. Sin embargo, en todas las bodas era un hombre el que debía entregar a la novia. La resolución que se tomó fue cuando menos sorprendente. Un hombre llamado Ellis Hancock, un próspero naviero nuevo en Dartford que había

entablado amistad con el señor Gwinn, se ofreció a hacer los honores. Tras la ceremonia, el banquete se celebraría en casa del señor Gwinn.

La hermana Winifred y yo coronamos a la hermana Agatha con la guirnalda nupcial. Estaba hecha de margaritas, prímulas y narcisos que había cogido en los prados del sur de la villa esa misma mañana cubierta de rocío. Se había puesto su mejor vestido: un hermoso brocado azul con hilo de oro.

—Estáis preciosa —susurré.

Me abrazó en señal de agradecimiento y juntas bajamos con la hermana Agatha las escaleras de mi casa. El reloj dio las once cuando abrí la puerta.

El señor Hancock esperaba fuera. Tras él había una multitud de vecinos, con sus mejores galas. Cuando recorríamos la escasa distancia que nos separaba de la Santísima Trinidad, oí un sinnúmero de buenos deseos. La actitud de la villa hacia las antiguas residentes de Dartford había mejorado desde la Navidad. Eso debería haberme complacido, pero en cierto modo me entristeció.

Vi a la familia Brooke mientras caminaba detrás de la hermana Agatha —aquel niño larguirucho con manchas en la barbilla y con esa mirada ceñuda no podía ser otro que Timothy— y, de pie junto a Gregory, estaba también Jacquard. Sonreía y aplaudía como el resto de los vecinos. Esperando más cerca de la iglesia estaban Geoffrey Scovill y la hermana Beatrice, que iban del brazo. Geoffrey y yo evitamos mirarnos, algo que se había convertido ya en una inquebrantable costumbre entre nosotros. Esa mañana vi a todos mis conocidos de Dartford, pero no a la persona que amaba y en la que confiaba más allá de toda duda: Edmund Sommerville. No había vuelto a tiempo.

El señor Oliver Gwinn resplandecía de orgullo cuando las puertas de la iglesia se abrieron por fin. El señor Hancock le entregó a la hermana Agatha y se colocaron uno al lado del otro delante del padre William Mote en la puerta de la iglesia. Alzando la voz para que toda la calle pudiera oírlo, el predicador recitó las amonestaciones y preguntó si había algún impedimento para la celebración de la boda. Nadie habló.

Momentos más tarde, la hermana Agatha había dejado de ser «hermana».

La pareja intercambió los anillos y todos entramos poco a poco en la iglesia para presenciar la misa nupcial y la posterior bendición.

Los recién casados, John y Agatha Gwinn, se arrodillaron juntos cerca del altar con el delicado paño de lino sobre sus cabezas. Yo estaba sentada con Arthur cerca de la entrada. Arthur se sonaba los mocos con un pañuelo. Esa mañana, al despertarse, se encontraba mal. Sentada a mi otro lado estaba mi mejor amiga, la hermana Winifred, seguida de la hermana Eleanor, la hermana Rachel y las tres restantes. Finalmente, habían asistido a la boda. No nos habíamos dirigido la palabra, ni tan siquiera una mirada. De todos modos, compartíamos la misma emoción. Y no era júbilo. Nos apesadumbraba la vida perdida de una monja, una vocación como no había otra igual, colmada de sacrificio y de plenitud. No habíamos sido propiedad de los hombres. Éramos Novias de Cristo. Al cabo de un mes, sería yo la que se arrodillaría junto a Edmund en el altar. El grupo de antiguas monjas que estábamos sentadas en el banco perdería un miembro más. A pesar de que Edmund era el hombre al que amaba, compartía con ellas esa tristeza por una vida que ya no volvería. ¿No debía acaso sentirme tan feliz como Agatha por la unión que me aguardaba? Escuché las bendiciones del padre William y me revolví contra mi melancolía.

Cuando concluyó la ceremonia, todos salimos de nuevo a la calle. Un sol templado bañó a los celebrantes. La hermana Eleanor y las demás hermanas de Holcroft se marcharon sin despedirse. No las culpé por ello. Pedir a antiguas monjas que comieran y bailaran en la boda de una de sus compañeras era sin duda pedir demasiado. Pero también la hermana Winifred empezó a alejarse en dirección a las casas de la acera de enfrente para no acudir a las celebraciones.

—¿No vais a asistir al banquete de boda? —pregunté.

Puso la mano en los hombros de Arthur.

—Este niño empeora por momentos y debe guardar cama. —Arthur lloró en señal de protesta, pero la hermana llevaba razón: el pequeño tenía los ojos vidriosos y las mejillas encendidas. A pesar de sus inmensas ganas de diversión, su sitio estaba en casa. Prometí guardarle algunas golosinas y compartirlas con él de noche.

Caminé sola y en silencio hasta la casa del señor Hancock. La gente me saludaba al pasar. Ahora que, como Agatha, también yo había renunciado al hábito y al velo para asumir mi papel de esposa, la villa estaba dispuesta a aceptarme.

—Alguacil, ¿está completo vuestro recuento? —dijo un hombre a mi espalda.

La siguiente voz que oí fue la de Geoffrey.

—Sí, he mandado la lista. Estamos bien preparados en caso de que los extranjeros invadan el reino. En una hora estaremos prestos a servir a Su Majestad.

—¿El acopio de fuerzas destinado a Londres tiene que ser muy numeroso?

—Me han dicho que el rey ha leído personalmente las listas entregadas por los alguaciles de Londres. La semana que viene viajará a Dover para inspeccionar los nuevos bastiones.

Empezaron a hablar de baluartes, fortines y de las fortificaciones construidas a lo largo de la costa. Apreté el paso hasta el punto de casi echar a correr, para huir de la conversación. Delante de mí iban dos jóvenes tamborileros de la banda nupcial. Prefería con mucho el sonido de su entusiasta golpeteo a la conversación sobre el reclutamiento para la guerra. Pasé por delante de los manzanares en flor y de los campos de cultivo. Acababan de ararlos para plantar el trigo y la cebada. Los granjeros habían labrado líneas en el suelo para delimitar sus dos o tres hileras para la temporada. El olor a tierra nueva, acre y amargo, me insufló un poco de fuerza renovada.

Por fin me desvié del camino principal. Un ancho sendero llevaba a la casa solariega en la que lord y lady Chester habían residido en su día. Si había una casa que podía considerarse maldita, desde luego era esa. Sin embargo, en ese momento los parterres estaban en flor y una fila de pimpollos acababa de desplegar sus pálidas hojas verdes.

Los profusos adornos de la casa —las entrelazadas guirnaldas de flores y hiedra— avergonzaron a mis pobres ramilletes. Las largas mesas rebosaban comida y el vino y la cerveza corrían libremente. Los recién llegados habían hecho un gran esfuerzo por granjearse la amistad de los

vecinos de Dartford. Una resuelta excitación impregnaba el aire. El año anterior había sido testigo de muchos menos días festivos y celebraciones debido a los cambios que había sufrido la religión. Ese día, en Dartford, estábamos deseosos de volver a disfrutar de la felicidad.

La pareja de recién casados estaban en el centro de la sala. Agatha, rodeada de su nueva familia. Paseé la mirada hasta tropezar con Geoffrey Scovill, que en ese momento bebía cerveza con un pequeño grupo de hombres. La hermana Beatrice no estaba a su lado. Creía que ella jamás se separaba de él, pero de repente caí en la cuenta de que no había vuelto a verla desde que habíamos salido de la iglesia de la Santísima Trinidad. Quizá no soportara la idea de entrar en casa de lord Chester. Tenía más motivos que nadie para sentirse así.

Muy poco después, se despejó una gran sala para el baile. La primera pieza que tocaron fue en honor de los novios. Todos aplaudimos cuando Agatha cruzó la sala en brazos de su esposo. Yo le había dado unas lecciones de baile al mismo tiempo que a Edmund. La verdad sea dicha, el señor Gwinn era un hombre bastante zafio. Su esposa jamás había sido considerada una mujer delgada. Aun así, la belleza que veía el uno en el otro los dotaba de una elegancia que nadie más igualaba.

Siguió el anuncio de la gallarda. No era una danza sencilla y muchos de los invitados se miraron, dubitativos, antes de retirarse de la pista de baile.

El señor Hancock fue en mi busca. Según dijo, había visto justar a mi padre cuando era apenas un muchacho y quería que la hija de sir Richard Stafford se sintiera como en su casa. Me llevó, orgulloso, a la pista y nos colocamos delante. Su esposa estaba detrás de nosotros, emparejada con un hombre que, por lo que yo sabía, era el posadero más prominente de la villa. Solo otras dos parejas se unieron a nosotros.

Los músicos empezaron a tocar y nosotros a movernos. La gallarda exigía saltos, giros y puntapiés enérgicos que debían acompañar a un ritmo estrictamente marcado. Pero, en mi caso, yo no me ceñía al ritmo. Seguí la música con el corazón y fue como si no hubiera pasado el tiempo. Giré y salté en el aire y el señor Hancock me cogió y giramos juntos.

La gallarda tocó a su fin y dio comienzo una pieza menos cortesana. Todo el mundo corrió a la pista. Saludé al señor Hancock con una

reverencia y, cuando ya me retiraba, el posadero me tomó de la mano y me pidió el siguiente baile.

Y así fue como pasé al menos una hora bailando. Uno tras otro, los educados caballeros de Dartford inclinaban la cabeza y me pedían el siguiente baile. Cada vez que eso ocurría, yo me sentía un poco apenada. Tendría que haber vuelto a casa, al lado de Arthur y de la hermana Winifred, pero al mismo tiempo estaba encantada, pues durante el rato que disfruté de la poesía de la música, todos mis problemas quedaron a un lado.

Hasta que Geoffrey se plantó delante de mí y me saludó con una inclinación de cabeza.

—¿Dónde está la hermana Beatrice? —pregunté.

—No se encontraba lo bastante bien para venir.

—Lo siento.

A nuestro alrededor, los demás iniciaban el siguiente baile. Teníamos que unirnos a ellos o salir de la pista.

Geoffrey extendió la mano con una sonrisa. Sin embargo, había cierta tristeza en las comisuras de sus ojos.

No la acepté.

—No estoy segura de que sea propio que bailemos juntos.

No se enfadó. Dijo, pacientemente:

—Joanna, vos y yo vamos a casarnos con otras personas. ¿No podríamos ser amigos, al menos hoy? Ya habéis bailado con todos los hombres respetables de Dartford. ¿No debería el alguacil poder disfrutar de su oportunidad?

Convencida, respondí con una reverencia. Cuando me incorporé, tomé la mano de Geoffrey. Él entrelazó sus dedos con los míos y sentí que un escalofrío me subía por el brazo y rápidamente aparté la mirada. No quería que Geoffrey se diera cuenta de hasta qué punto me afectaba su contacto.

Bailamos juntos por primera vez en nuestras vidas. Cada vez que me volvía lo encontraba en el lugar perfecto. Jamás me tomó la mano más tiempo del necesario ni la soltó demasiado deprisa. Estábamos en perfecta armonía sin tan siquiera pretenderlo. Esperé que no volviera a hablarme, pero por supuesto lo hizo.

—Esta es una parte de vos que a menudo he deseado ver —dijo—. Sonreís. Pero si hasta os reís.

—Es una boda —dije poniéndome a la defensiva. Nos separamos y durante un rato no pudimos volver a hablar. La pieza exigía que entrelazara las manos y bailara con una pareja situada en diagonal a mí. Cuando volvimos a estar cerca el uno del otro, dije—: ¿De modo que me consideráis aburrida?

—No, no —replicó—. Me habéis entendido mal, Joanna. No era una crítica. Solo quiero veros feliz. Es lo que siempre he deseado.

—No estoy segura de que mi destino sea la felicidad —solté de pronto.

Geoffrey abrió los ojos como platos. La música volvió a separarnos. Un instante más tarde, dijo, mirándome de hito en hito:

—Ese es un comentario extraño en boca de una mujer que va a casarse dentro de un mes.

No dije nada. Me limité simplemente a girar y a rezar para que pronto la pieza tocara a su fin.

—Jamás me habéis parecido aburrida, Joanna —dijo—. Sois…, sois…

La canción terminó. Geoffrey tendría que haber inclinado la cabeza y haberse retirado, pero en vez de eso se acercó un paso más a mí al tiempo que extraía un objeto del bolsillo del jubón, un diminuto saco de tela. Tiró de los cordeles para abrirlo y con cuidado vació el contenido del saco en su palma izquierda.

Era una brillante piedra oscura de no más de un par de centímetros de diámetro.

—¿Sabéis lo que es? —preguntó.

—No.

La música empezó a sonar de nuevo. Una vez más íbamos a estorbar al resto de bailarines.

—Un ópalo. Lo llaman el Fuego Negro —dijo Geoffrey—. Se lo compré a un mercader un mes después de nuestro encuentro en Smithfield, después de haber ido juntos a la Torre, cuando creí que no volvería a veros. Quería tener algo que me recordara a vos.

Di un paso atrás, consternada.

—Oh, Geoffrey, no me mostréis esto. Aquí no. Ni aquí ni en ninguna otra parte. No es propio.

Geoffrey volvió a guardar el ópalo en su saco y se lo metió en el bolsillo.

—Lo sé.

Todo el mundo bailaba a nuestro alrededor mientras nosotros seguíamos en el centro de la pista de baile. Las cabezas se volvían a mirar. Oí los susurros por debajo de la música.

Me alejé lentamente de él, escabulléndome entre los bailarines y dirigiéndome a la otra sala.

Geoffrey me dio alcance. Me tomó la mano y tiró de mí hacia él. Fue como si estuviéramos de nuevo en Smithfield, ese primer día. Yo siempre estaba intentando alejarme de Geoffrey Scovill y él siempre me seguía. Y, que Dios me perdone, una parte de mí se alegraba de ello.

—En la gabarra, cuando navegábamos por el Támesis hacia la Torre, cuando desperté tenía la cabeza en vuestro regazo. Cuidasteis de mí. Y aunque estaba dolorido, y también bajo arresto, que Dios me proteja, fue algo increíble. Cómo hicisteis eso por mí.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Oh, Geoffrey, no. Lo siento. Lo siento.

—Debo deciros algo más, Joanna —dijo, atrayéndome todavía más hacia él—. El día que fuisteis a Canterbury, yo sabía que si conseguía algún tipo de trato con los hombres del rey, si les informaba, vos jamás me lo perdonaríais. Pero también sabía que os podían matar en Canterbury y no podía permitirlo. Incluso aunque con eso me ganara vuestro odio, aunque con ello os alejara tanto de mí y os acercara tanto a Sommerville que jamás tuvierais para mí ni siquiera una plegaria. —Sus ojos azules brillaban, velados por las lágrimas, algo que jamás imaginé ver—. No podría haber seguido viviendo si hubierais muerto. Esa es la verdad.

De pronto me soltó el brazo. Geoffrey miraba por encima de mi hombro.

Me volví despacio.

A unos pasos de mí estaba Edmund. Me miró fijamente y después miró a Geoffrey, pálido a causa de la conmoción. Después se volvió de espaldas

y se marchó, empujando a más de un hombre al pasar para irse lo más deprisa posible.

—¡Edmund! —grité—. ¡Esperad!

Corrí tras él, sorteando a los bailarines, que brincaban y giraban a mi alrededor. No podía ver a Edmund por ninguna parte. Lo había perdido de vista.

Salí corriendo del salón de baile, desesperada por dar con él. La última persona a la que vi, el hombre que estaba de pie junto a la puerta, cruzado de brazos, fue Jacquard. Había una joven con él que llevaba un tocado de color verde claro. Jacquard hablaba con ella, asintiendo, pero sus ojos era a mí a quien miraban.

OceanofPDF.com

38

Busqué en los salones abarrotados, pero no pude dar con Edmund. Cuando estuve completamente segura de que no estaba en la casa, salí. Los corrillos de invitados hablaban en el césped desde el que se dominaban los jardines. Pero Edmund tampoco estaba allí. Corrí por el sendero que salía al camino, a pesar del dolor que sentía en el costado. Escudriñé el camino, intentando ver algún rastro de Edmund volviendo a la villa. En vano.

Cuando volví a mi casa, la hermana Winifred cuidaba de Arthur, ajena al regreso de su hermano. Decidí no contarle mi turbador encuentro. ¿Cómo empezar a explicarle? Sin embargo, yo sabía que al menos Edmund pasaría a recoger a su hermana. Esperaría allí con ella. Edmund sabía que Geoffrey y yo compartíamos un pasado tumultuoso, aunque aquel era un tema que jamás tocábamos. Pero el futuro de Geoffrey estaba con la hermana Beatrice, y yo era de Edmund. Lograría hacérselo ver.

Después de la cena, el aprendiz de Edmund trajo una nota a casa. Habían encontrado a John y lo habían devuelto a Dartford. La misión se había saldado pues con éxito. Pero Edmund había sabido entonces que un viejo amigo lo necesitaba y quizá se ausentara durante unos días más. Nos vería a las dos antes del siguiente domingo.

Lloré con la fría nota de Edmund en la mano, escrita con su elegante letra.

—Hermana Joanna, os lo ruego, no desesperéis. No tenéis ningún motivo para ello —dijo la hermana Winifred, visiblemente preocupada—. ¿No os parece bien que vaya a ver a un viejo amigo ahora? A fin de cuentas, pasaréis juntos el resto de vuestras vidas.

Los cuatro días siguientes fueron terribles para mí. Creía que Edmund rompería nuestro compromiso cuando volviera a verlo. Quizá no merecía ser su esposa ni la de nadie. Aun así, quería poder disfrutar de la oportunidad de redimirme.

Un húmedo viernes por la tarde, me acerqué inquieta a la enfermería. Había una persona en la sala principal: Edmund estaba allí de pie, inclinado sobre su mesa de boticario, trabajando como si nada hubiera ocurrido.

Entré. Edmund estaba elaborando una nueva remesa de pastillas. Junto a un cuenco de hierbas molidas había otro más pequeño de miel para la mixtura. Las hacía rodar sobre una tabla de madera.

Edmund debía de haber oído mis pasos, pero no apartó la vista de su trabajo. Despacio, rodeé la mesa hasta colocarme en el mismo lado que él.

Cuando estuve cerca, vi que uno de los cuencos estaba casi vacío.

—¿Queréis que llene el de la miel, Edmund? —pregunté. Mi voz sonó sorprendentemente normal.

—Sí, sería de gran ayuda —respondió con suavidad.

Me llevé el cuenco a la encimera posterior y allí lo llené de miel con una cuchara. Me temblaban los dedos a causa de los nervios y la miel se pegaba a la cuchara, de ahí que me llevara más tiempo del habitual completar la tarea.

Cuando volví junto a él, no pude soportarlo más.

—¿Todavía deseáis casaros conmigo? —dije.

Edmund terminó de despegar de la tabla una pastilla que acababa de elaborar. Me di cuenta de que estaba agotado: profundas arrugas le surcaban la frente y la piel alrededor de la boca.

—Más que nada en el mundo —respondió.

Nos abrazamos. Me besó en las mejillas y en la frente mientras yo seguía abrazada a él y luego me besó en los labios, con más pasión que nunca. Siempre que nos abrazábamos, él se contenía. Yo lo percibía en la tensión de sus brazos y en la frialdad de sus labios. Pero no fue así esa vez. Sentí algo nuevo, algo apasionado y furioso, en su modo de besarme. Y esa intensidad me cortó el aliento y a punto estuve de desmayarme.

Nos separamos al oír una tos discreta procedente de la puerta. Era Humphrey, que había regresado y que disimulaba una sonrisa tras la mano. Recuperamos la decencia. Me quedé una hora en la enfermería. Edmund cenó después conmigo y esa noche le dio una clase a Arthur. Para mi profundo alivio y gratitud, seguíamos prometidos, eso no había cambiado.

No obstante, había entre nosotros una nueva timidez. Esperé a que fuera él quien mencionara a Geoffrey Scovill, pero no lo hizo. Tampoco yo.

El día de nuestra boda estaba cada vez más próximo. Me quedé perpleja cuando mi primo, lord Henry Stafford, su esposa, Úrsula, y sus seis hijos llegaron a Dartford. Como mera prueba de cortesía familiar, le había escrito a mi primo para informarlo de mi inminente boda, en ningún caso esperando su asistencia. Hacía años que Henry no salía del castillo de Stafford. Su vida adulta tenía un único objetivo: evitar la política y todo lo que pudiera ser peligroso. Su viaje al sur hasta Dartford, cruzando Londres, era sin duda un acto sin precedentes.

Henry y Úrsula habían envejecido mucho desde la última vez que los había visto, apenas dos años atrás. Estaban encorvados y parecían preocupados. Pero Henry dijo con determinación:

—Joanna, debo ser yo quien os lleve al altar el día de vuestra boda. Se lo debo a vuestro padre.

Teniendo en cuenta lo pequeña que era mi casa, no hubo otra alternativa que alojar a mis primos Stafford y a sus criados en una posada. Aunque enseguida me di cuenta de que la posibilidad no era de su agrado, Henry afrontó la situación con valentía. Los Stafford se instalaron en el Saracens Head Inn, aunque tan solo durante unas horas. La noticia de su presencia había corrido por toda la villa, y a la hora del almuerzo el señor Hancock había aparecido ya para insistir en alojar en su casa a mis parientes. Fue una invitación elegantemente aceptada. Pasé la mayor parte de mi tiempo yendo y viniendo de allí con Arthur, que estaba encantado de conocer a aquellos primos mayores, que jugaban con él dando muestras de una interminable paciencia.

Dos días antes de la fecha de la boda, mientras los niños estaban ocupados, Úrsula fue a verme. Aunque jamás habíamos discutido, yo tampoco había sentido un profundo afecto por la esposa de Henry. Durante el tiempo que había vivido en el castillo, ella había dado a luz casi todos los años y siempre estaba muy preocupada, incluso aturdida.

Pero cuando estuvimos a solas, fue con una claridad diáfana que Úrsula preguntó:

—¿Amabais a mi hermano Montagu?

Decidí que merecía oír la verdad.

—No —dije—. No puedo decir que lo amara ni que hubiera llegado a amarlo. Eso fue idea de Henry Courtenay, me refiero a convertirme en la segunda esposa de vuestro hermano. Diría que sentía cierta afinidad con él.

Durante un instante, volví a estar de nuevo en la parte trasera del carro con el barón Montagu. Sentí sus manos sobre mi rostro y le oí decir: «Joanna, no podéis enamoraros de un hombre muerto».

—Sé que rezasteis por él en Tower Hill en los instantes previos a su muerte —dijo Úrsula, tomándome la mano—. No era un hombre fácil. Indudablemente arrogante. Pero era un hermano cariñoso. Le echo de menos. No imagináis cuánto.

—También yo —dije—. Me alegro de haber podido ayudarlo, aunque fuera tan poco.

—No fue poco —replicó con vehemencia. Miré a Úrsula y de pronto entendí por qué Henry y ella habían ido a Dartford para asistir a mi boda. No era solo en memoria de mi padre. Úrsula había obligado a su marido a ir en agradecimiento por lo que yo había hecho por Montagu el día de su ejecución.

—Los Pole están ahora tan denostados como los Stafford —dijo—. No existe hombre a quien el rey odie más que a mi hermano Reginald. Godfrey está acabado. Ha recibido el perdón de Su Majestad, pero ha sido condenado por todos por haber dado falso testimonio. Su esposa y él se han marchado de Inglaterra. ¿Qué otra cosa podían hacer? Ahora mi pobre madre está bajo vigilancia en su propia casa. La interrogan día y noche, empeñados en involucrarla en la conspiración de los Exeter. Está a punto de cumplir los setenta años, Joanna, y es inocente.

El rey había descargado su vengativa obsesión con la Casa de York sobre una anciana. Me habría gustado poder pensar en algo, lo que fuera, para calmar el tormento de Úrsula.

—Mis amigos me han escrito para decirme que lo peor ha pasado, que es posible que el rey se ablande y deje en paz a mi madre —dijo—. Gertrude Courtenay no ha sido juzgada por crimen alguno. Es posible que, junto con su hijo, la dejen algún día en libertad.

Me costaba entender que Gertrude, que de hecho sí había conspirado contra la corona, pudiera salir libre de la Torre, mientras que su esposo, que era del todo leal, había perdido la vida. Quizá nunca pudieron encontrar ninguna prueba contra ella, aparte de los estandartes hallados en el oeste que había mencionado Chapuys.

—He oído decir que el rey muestra claros indicios de que quizá esté cansándose de la herejía de Cromwell —dijo Úrsula.

—¿Cómo decís? —pregunté, extrañada.

—¿Sabíais que, el Viernes Santo, el rey se arrastró hasta la cruz desde la puerta de la capilla como el más fiel de los católicos? —dijo, ilusionada.

Alcé las manos.

—Y sin embargo aquí, en la iglesia de la Santísima Trinidad, retiran las imágenes de los santos, acusándolas de superstición, y encadenan una Biblia de Coverdale al altar. —La noticia del aparente retorno del rey a la verdadera fe no me reconfortó, sino que despertó mi ira. Estábamos todos a merced de sus caprichos.

—Sí —suspiró Úrsula—. El reino está sumido en una tremenda confusión. Dicen que en el Parlamento recién inaugurado nadie se pone de acuerdo sobre la política religiosa. Estamos perdidos. Perdidos. La única alternativa es vivir con la máxima discreción y evitar al rey y a su corte.

—Sí, y eso es exactamente lo que Edmund y yo pretendemos hacer —dije.

Supe que Henry había mantenido correspondencia con los Howard. Mi prima Elizabeth no asistiría a mi boda, pues una vez más había abandonado a su esposo. Se habían iniciado las negociaciones para conceder una asignación propia a la duquesa de Norfolk. Catherine Howard vivía todavía en Horsham, la casa de campo de su abuelastra. Allí aguardaría la llegada de la siguiente reina, si es que llegaba a haberla.

Los invitados de Edmund llegaron en dos grupos. El primero en llegar procedía de Cambridge y lo componían tres hombres. Dos de ellos eran antiguos frailes dominicos. Uno se había convertido en predicador, y el otro en tutor. El tercer hombre no había sido nunca fraile, sino todo lo contrario. Era un reformista, un joven estudiante de nombre John Cheke.

—Es una persona muy agradable, ya lo veréis —dijo Edmund.

Y así fue, en efecto, pues el señor Cheke era alegre y bondadoso y tenía una mente extremadamente avezada: llena de curiosidad y de comentarios. Quería saberlo todo sobre mi empresa de tapices y suplicó ver mi fénix, que estaba prácticamente terminado. Accedí, halagada por su interés.

—El hermano Edmund es muy afortunado de tener una esposa tan dotada como vos —dijo el señor Cheke mientras examinaba el tapiz. De pronto se sonrojó—. Disculpadme. No debería seguir llamándolo «hermano». Yo más que nadie debería alegrarme del cambio, pero no me resulta fácil adaptarme a él.

—Me hago cargo —dije—. Por favor, no os disculpéis.

El otro invitado de Edmund que llegó a Dartford era Marcus, su hermano mayor. Tenía una gran granja en Hertfordshire y también familia, pero había preferido asistir solo. Era más moreno que Edmund y que Winifred, y de hecho se parecía muy poco a ellos.

—No sé con quién debería hablar de esto, pero alguien tendría que debatir el tema de la dote —anunció Marcus a Edmund cuando cenábamos en la posada. Se había alojado en el Saracens Head y nadie había sugerido ninguna otra opción.

Edmund negó con la cabeza y los dos hermanos empezaron a discutir.

Marcus me señaló.

—Ella viene de una familia noble. ¿Cómo has podido acceder a este matrimonio sin negociar un acuerdo sobre la dote?

Sentí que el resentimiento me tensaba el cuerpo.

—Eso no es asunto tuyo —dijo Edmund.

—Soy el cabeza de familia —replicó Marcus.

—No sois el cabeza de mi familia —intervine, levantándome de la mesa. Edmund se levantó conmigo.

—Estás invitado a la boda, pero no volveremos a hablar de este tema —dijo Edmund, y nos fuimos juntos.

Ya en la calle, dije:

—Ahora lo entiendo todo.

Edmund no respondió. Comprendí lo duro que todo eso era para él: las expectativas y las demandas de la familia y de los amigos. Su vocación religiosa lo había apartado de ese tumulto, pero entonces, y debido a su

amor por mí, se sentía acosado. Si se me hubiera ocurrido sugerir en ese momento que no nos casáramos, ¿cómo habría reaccionado? En el fondo de mi corazón, yo temía que fuera un hombre formado y criado para ser un fraile solitario. El esfuerzo que suponía para él adaptarse a ese nuevo papel era muy grande. Sentí una afilada punzada de culpa.

Sin embargo, cuando me dio las buenas noches, Edmund me besó en los labios.

—Os amo, Joanna —susurró, y todas mis dudas se desvanecieron. Cuando estuviéramos casados y toda esa gente nos dejara solos, por fin daría comienzo nuestra vida juntos.

Por muy desagradable que hubiera sido la conversación con el hermano de Edmund, todavía faltaba una, y fui yo quien la inició.

Fui a la Oficina de Aduanas para decirle a Jacquard Rolin:

—Por favor, negociad las disposiciones necesarias para ausentaros de Dartford durante un breve intervalo, pues si os quedáis aquí, resultaría extraño que no vengáis a mi boda. Y personalmente, preferiría que no asistierais.

No podía soportar la idea de tener entre los invitados a un espía que había considerado la «eliminación» del hermano Edmund.

Jacquard, que no pareció ofenderse por mi petición, sonrió e inclinó la cabeza.

—Tengo previsto viajar a Londres —dijo.

La noche previa a mi boda, solo fui atendida por mujeres. Arthur durmió con sus primos Stafford en la casa solariega del señor Hancock. Úrsula me había regalado un precioso vestido de un tono dorado claro —«Todos sabemos lo mucho que detestáis la moda, pero se trata de vuestra boda»—, con la ayuda de Kitty, lo preparó y se ocupó de la elaboración de la guirnalda que debía llevar en mi pelo negro. Yo tenía la sensación de que todas esas cosas se las hacían a otra Joanna y que mi auténtico yo lo observaba todo desde la distancia.

Mientras arrancaba un puñado de pequeñas hojas de una flor para insertarla en la guirnalda, Úrsula dijo:

—Deberíais dejar que nos lleváramos a Arthur al castillo de Stafford.

—¿Cómo? ¿De visita? —pregunté, tomada por sorpresa.

—Henry y yo podemos criarlo. Podríamos incluso hacer de él un guardia oficial. Vuestro padre no debería haberos cargado con él, Joanna. No sé por qué lo hizo. El hijo de Margaret debería ser responsabilidad nuestra. Ahora debéis dedicaros en cuerpo y alma a vuestro esposo y a los hijos que tendréis.

—Hice una promesa —murmuré—. No puedo romperla.

Quizá porque Úrsula había pronunciado el nombre de Margaret, fue precisamente Margaret la que se me apareció en sueños esa noche, y estábamos en casa. Ella tenía un secreto. Se llevó un dedo a los labios, como para indicarme que guardara silencio, pero también sonreía. Fue un sueño muy extraño, porque incluso en el mismo sueño yo sabía que Margaret estaba muerta y que era imposible verla. Pero me sentía feliz de tenerla de nuevo con vida en nuestro rincón secreto del castillo de Stafford: una habitación del ala antigua del edificio que nadie más frecuentaba. Aunque ya no éramos unas niñas, hablábamos de las cosas que nos gustaban de pequeñas: las historias de Arturo y de Ginebra y de esas hermosas santas, las vírgenes romanas que habían aceptado el martirio antes que renunciar a su fe cristiana. En el sueño, estábamos convencidas de que no podía ocurrirnos nada malo.

El día de mi boda con Edmund no amaneció tan radiante como el de Agatha Gwinn, aunque por lo menos no llovía. Me levanté temprano, con un nudo de nervios en el estómago. Nunca me había gustado ser el centro de atención. Úrsula volvió a aparecer, esta vez para vestirme y trenzarme el pelo, tomar sidra y degustar algunos pastelitos. Fui incapaz de probar bocado, cosa que provocó las sonrisas de todas.

También yo salí de casa cuando empezó a tocar la campana de la iglesia. Mi primo, Henry Stafford me ofreció su brazo y recorrimos juntos High Street. Había incluso más gente congregada en la calle para verme que en el día de la boda de Agatha. Sospeché que no se debía al cariño que pudieran profesarme, sino a la curiosidad que suscitaban los Stafford. No fue agradable ser presa de esa suerte de amargas sospechas el día de mi boda.

Pero cuando me acercaba a la iglesia de la Santísima Trinidad, vi a Edmund en la puerta, esperándome. Y en ese momento, cualquier duda, cualquier temor y recelo se desvanecieron. Edmund me esperaba allí, alto y

orgulloso, con su pelo rubio recortado sobre el cuello del elegante jubón gris.

Iba a convertirse en mi esposo. Todo sería como debía ser.

Los amigos rodeaban a Edmund. El señor Gwinn asintió y John Cheke se rio, encantado. Los dos antiguos frailes estaban allí también, y también las antiguas monjas de Dartford. Habían vuelto a acudir a la boda de otra antigua monja y yo les estuve profundamente agradecida.

El padre William Mote nos hizo pasar. Era algo en lo que el cura había insistido. El pueblo se casaba en la puerta. La hija de un caballero debía casarse en el interior de la iglesia, con todos los invitados situados entre ella y el exterior.

Mi primo Henry me llevó hasta Edmund y yo tomé su mano. Edmund me sonrió y su sonrisa contenía todos los pensamientos, emociones y experiencias que habíamos compartido desde el día que lo había conocido, el día que había viajado conmigo a caballo desde la Torre de Londres al priorato de Dartford.

Nos volvimos hacia el padre William para que diera comienzo la ceremonia.

El predicador abrió la boca y se interrumpió, mirando por encima de nosotros hacia la puerta.

Oímos un alboroto a nuestra espalda, procedente de High Street.

—¡Abrid paso! —Oí gritar a un hombre—. ¡Abrid paso!

Alguien intentaba abrirse camino para acceder al interior de la abarrotada iglesia.

—¡Abrid paso al conde de Surrey! —gritó otra voz.

El conde emergió entre la multitud de invitados congregados al fondo de la iglesia. El rostro de mi primo estaba bañado en sudor tras el duro viaje a caballo desde Londres.

—¡Joanna! —gritó—. No podéis proceder. Es el Parlamento. A fecha de hoy, este matrimonio es ilegal.

OceanofPDF.com

39

—Eso es una locura —exclamé—. ¿Norfolk ha presentado una ley al Parlamento para impedir mi boda?

El conde de Surrey negó con la cabeza.

—No sois solo vos, Joanna, sino cualquiera que haya servido en un priorato o en una abadía. El estatuto lleva por nombre «Seis Artículos: una ley para abolir la diversidad de opiniones». —Sacó un documento de su jubón—. El cuarto artículo dice que nadie que haya tomado los votos de castidad puede casarse. Hacerlo supone faltar a la ley. Yo lo he leído por primera vez al alba, Joanna. Os juro que lo desconocía. Mi padre lo ha presentado hoy en ambas cámaras al inicio de la sesión del Parlamento, pero yo he venido directamente aquí. Los monjes, los frailes y las monjas, ninguno de vosotros puede casarse. Jamás.

—¡No! —gritó una voz de mujer. Era Agatha Gwinn.

Con la garganta seca, dije:

—¿Dice algo la ley sobre la reinstauración de los monasterios? ¿Acaso tiene el rey intención de hacer eso?

—No.

—¿De modo que no puedo ser monja, pero tampoco puedo casarme? —pregunté, perpleja.

Edmund dio un paso adelante.

—Dejadme verlo —dijo.

Surrey le tendió el papel y John Cheke se lo arrebató de las manos para dárselo a Edmund. Lo leyeron juntos, allí de pie.

—¿Vuestro padre redacta y presenta una ley sobre política religiosa? —le pregunté a Surrey—. Me cuesta creerlo.

John Cheke leyó en voz alta:

—«Cuarto: que los votos de castidad o de viudedad, tomados deliberadamente por un hombre o una mujer ante Dios, deberían responder

ante la ley de Dios, y que eso los aparta de otras libertades de las personas cristianas, que sin eso podrían disfrutarlas».

—Gardiner —dije, conteniendo el aliento. Oí la voz del obispo en esas palabras.

Surrey no me miró a los ojos. Al menos en eso no me equivocaba. Gardiner había redactado la «Ley de los Seis Artículos» entregándosela después al par preeminente del reino, el duque de Norfolk, para que apoyara su aprobación en el Parlamento.

John Cheke estaba visiblemente horrorizado, y no solo porque mi boda se hubiera visto inmersa en semejante caos. Mientras leía con atención el documento, declaró:

—Esta ley protege la misa, la confesión, el sacramento de la comunión, los principios fundamentales de la fe católica. Violar estos principios será penado por la ley. La Reforma ha concluido en Inglaterra. Si esta ley se aprueba, asistiremos a un gran retroceso.

La iglesia estalló en un mar de confusión. Nobles y tenderos, navieros y monjas, todos hablaban a la vez sobre el brusco cambio de rumbo que podía tomar el reino a partir de ese momento. Agatha Gwinn sollozaba desesperadamente en brazos de su esposo. Ambos estaban claramente aterrados ante la posibilidad de que su boda quedara anulada. El padre William Mote miraba al altar y a las paredes de la iglesia, perplejo al pensar en lo que a partir de ese momento podía ser restaurado. Úrsula lucía radiante de orgullo, un orgullo que compartía su marido Stafford. Fuera de la iglesia, en los escalones, estaba Timothy Brooke, flanqueado por su familia, vociferando su disgusto ante un puñado cada vez más numeroso de seguidores reformistas.

Durante unos momentos, nadie se acordó de Edmund ni de mí.

—¿Qué hacemos? —le pregunté, notando la presión de la guirnalda de novia sobre la frente.

—No lo sé —fue su respuesta. Edmund raras veces se mostraba indeciso. Sin embargo, en ese momento, estaba tan petrificado como yo.

El pobre Arthur estaba fuera de sí.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? —gritaba al tiempo que la hermana Winifred intentaba calmarlo. Pero cómo iba la hermana a darle una

explicación si ninguno de nosotros teníamos la menor idea de qué hacer.

Fue John Cheke el primero en decirlo.

—Debéis casaros de todos modos —nos dijo a Edmund y a mí—. Puede que la ley no se apruebe.

Surrey le oyó y dijo:

—Se aprobará, señor, no lo dudéis. Estará vigente en junio. Y el castigo será la horca para quienes desafíen alguno de sus artículos.

Cheke negó con la cabeza.

—Casaos hoy, Edmund. Os lo imploro.

Se sucedieron las opiniones. Mis parientes Stafford, siempre dispuestos a inclinarse ante la autoridad, nos pidieron que pospusiéramos la boda hasta que el Parlamento hubiera tomado su decisión. Marcus, el hermano de Edmund, también dijo que debíamos esperar. Pero otros nos aconsejaron que siguiéramos adelante con la ceremonia y que, cuando la ley se hubiera aprobado oficialmente, pidiéramos una exención legal.

El conde de Surrey dijo entonces:

—Para una monja o un fraile que se case con alguien que no haya jurado los votos, quizá haya alguna esperanza de que le concedan una exención. Joanna, el hecho de que hayáis sido novicia y no monja podría exoneraros. —Se volvió hacia Edmund—. Pero vos, fraile confeso durante varios años, no creo que pudiera hacerse nada por vos. Jamás podréis casaros, ni con ella ni con nadie.

—No sois abogado —replicó John Cheke—. ¿Hay alguien aquí que represente a la ley? ¿Algún juez de paz o alguacil?

—No —dijo bruscamente Edmund. Cheke no lo oyó, pues se había vuelto para dirigirse a la multitud. Edmund no quería que Geoffrey Scovill se mezclara en el asunto. Empecé a marearme «Por favor, que no encuentren a Geoffrey», pensé. No lo había visto en la iglesia. Quizá no hubiera asistido. Teniendo en cuenta los sentimientos que había confesado el mes anterior, sin duda tendría que haberse ausentado.

—¡Alguacil Scovill! ¡Alguacil Scovill!

La llamada empezó a repetirse mientras yo rezaba en silencio para que Geoffrey estuviera ausente.

Pero la multitud se hizo a un lado y Geoffrey avanzó hacia nosotros. Había estado allí todo el tiempo, aunque fuera de mi vista. No había ni rastro de la hermana Beatrice. Geoffrey caminaba despacio, con ánimo reticente.

—No puedo hacer cumplir una legislación que todavía no se ha convertido en ley —dijo.

El padre William Mote intervino:

—Pero debéis emitir un juicio en este caso. Hay una docena de opiniones distintas. Nadie sabe con seguridad cuál es la acertada. ¿Puede Edmund Sommerville casarse hoy con Joanna Stafford?

Geoffrey no me miró. Avanzó un paso hacia Edmund, luego otro.

Con un tono de voz cada vez más duro, dijo:

—No, no puede.

—Y yo jamás permitiré que vos me gobernéis —dijo Edmund. Y para mi horror, golpeó con la palma de la mano el pecho de Geoffrey, empujándolo unos centímetros. Inmediatamente, Geoffrey le devolvió el empujón. Los celos y la desconfianza que desde siempre habían ardido en ambos hombres estallaron por fin en la iglesia de la Santísima Trinidad.

—¡Basta, os lo ruego! —grité.

Mientras la rabia entre los dos iba a más, alguien me levantó del suelo y me sacó de la iglesia. Eran el conde de Surrey a un lado y mi primo, lord Henry Stafford, al otro. Intenté volverme para ver lo que ocurría con Edmund. Vi a un denso grupo de hombres a su alrededor. Los hombres habían separado a Edmund y a Geoffrey.

Los vecinos me miraban, boquiabiertos, en High Street, mientras los Stafford y los Howard me llevaban a casa. Jamás se había visto nada igual. Hasta el momento no se había interrumpido en la villa ninguna boda.

Ya en casa, me arranqué la guirnalda de novia de la cabeza, la rompí en dos y la arrojé al suelo.

—Oh, Joanna, no hagáis eso —gritó Úrsula, arrodillándose en el suelo para volver a recomponerla.

—Gardiner me ha hecho pagar por ello, me ha hecho pagar por ello —dije, entre la risa y el llanto.

—Os ruego que os calméis, Joanna —me pidió. Me puso las manos en los hombros—. ¿Habéis llegado a conocer al obispo de Winchester? Sed razonable. ¿Por qué iba él a actuar contra vos en particular?

No había ninguna respuesta posible a su pregunta.

—Edmund —comenté—. Debo hablar con Edmund.

—No —dijo Henry—. No hasta que la situación se haya calmado y tengamos una idea más clara de cómo proceder. Y vuestro señor Sommerville debería calmarse un poco. No se ha comportado como un caballero en la iglesia.

—No lo critiquéis —dije—. No lo entendéis, no podríais. —Fui hacia las escaleras—. Dejadme. Todos —les pedí a mis parientes.

Así lo hicieron. Me encerré con llave en mi habitación y me tumbé en la cama. Lloré, aunque con el puño en la boca para que no me oyeran. Por encima de todo, quería evitar que me consolaran o que me aconsejaran. Ninguno de ellos, salvo Edmund, podía ayudarme. Debíamos solucionar la situación juntos. Quizá estuviera equivocada. Quizá Gardiner no había pensado en mí al incluir la cláusula en la que se prohibía casarse a las monjas, a los frailes y a los monjes, y esa iniciativa solo formaba parte de la política conservadora que había decidido aplicar. Como bien había dicho John Cheke, quizá el Parlamento no aprobara la propuesta. O, si finalmente lo hacía, quizá Edmund y yo podríamos obtener algún tipo de exención.

Se oía ir y venir a gente en el piso de abajo. Dejé de llorar para prestar atención. Edmund no tardaría en llegar a buscarme, de eso estaba segura. Esperé a oír el sonido de su voz.

El conde de Surrey fue el primero en irse de mi casa. Sin duda debía de estar sufriendo por haberse separado durante tanto tiempo de su padre. Yo sabía que había ido a Dartford porque temía que yo quebrantara la ley. Aun así, deseé con toda mi alma que no lo hubiera hecho. En ese momento podríamos haber estado casados, bailando y celebrándolo con nuestros amigos.

Y después llegaría nuestra primera noche juntos, algo que yo temía y deseaba en igual medida. Pero no podía permitirme pensar en eso y mucho menos abandonarme a esos difusos anhelos sobre lo que debía de ser compartir el lecho con mi esposo.

La luz de la tarde menguó. Henry y Úrsula seguían abajo. Arthur debía de estar con sus primos en casa del señor Hancock. Desde mi habitación oí el leve murmullo de la conversación de los Stafford. Debían de estar profundamente arrepentidos de haber ido a Dartford después de que todo hubiera terminado en catástrofe. Pero no podían dejarme sola, pues el deber familiar los obligaba a hacer las veces de protectores.

Tosí delicadamente en lo alto de las escaleras y levantaron la mirada, sobresaltados.

—Estoy mejor —dije—. No es necesario que os quedéis. —Vacilé durante unos segundos, antes de preguntar—: ¿Ha estado aquí Edmund?

—No —respondió Úrsula.

Algo ocurría. Echando mano de hasta el último gramo de control que todavía me quedaba, dije calmadamente:

—En ese caso, seguramente hablaré con él mañana. Esta noche estoy agotada. Creo que comeré algo y me acostaré.

—Aquí no —dijo Henry—. Os alojaréis con nosotros en casa del señor Hancock. La villa es demasiado volátil. La noticia de la nueva propuesta de ley los tiene demasiado alterados. Una mujer no puede dormir sola y desprotegida en una casa.

Me volví hacia la cocina. Kitty no estaba.

—Tengo una criada a la que puedo mandar llamar —dije—. Si consigo su compañía, ¿volveréis a casa del señor Hancock? Debéis cuidar de vuestra familia, y debéis además organizar las cosas para vuestro regreso al castillo de Stafford.

—No podemos irnos hasta que se solucione la cuestión de vuestro matrimonio —dijo Henry.

—Edmund y yo lo solucionaremos —respondí con firmeza.

Úrsula hizo una mueca.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Henry mandó a buscarlo hace un par de horas para empezar a hablar con él, pero no hubo modo de dar con Edmund Sommerville. Su hermana desconocía su paradero y lo mismo su hermano. Mandamos a preguntar al señor Cheke, el estudiante de Cambridge. Nadie ha visto ni ha vuelto a

saber nada de Edmund Sommerville desde la desafortunada pelea con el alguacil en la iglesia.

Mi amado estaba en apuros. Tenía que ayudarlo. Solo yo podía hacerlo.

—Edmund a veces busca la soledad en la oración. Estoy segura de que lo veré mañana —dije, alzando la voz.

Por fin accedieron a marcharse. Media hora más tarde, apareció Kitty. Con los ojos como platos, confirmó mis sospechas de que mi maldita boda se había convertido en la comidilla de todo Dartford y accedió a dormir en casa.

—Todo se arreglará, Joanna, ya lo veréis —dijo Úrsula, besándome en la mejilla.

—¿Os apetece un poco de sopa, señora Stafford? —preguntó Kitty cuando nos quedamos solas.

—Claro que sí —dije.

Me senté junto a la esquina de mi ventana. Fuera caía la noche, pero la gente seguía congregada en High Street, en mayor número que de costumbre en esa hora del día. Tendría que esperar a que se hiciera de noche del todo.

Kitty estaba ocupada en la cocina. La oí cortar verduras y oí también el siseó del fuego bajo la olla de la sopa. Lamenté tener que engañarla de ese modo, pero no tenía elección. Me escabullí a la calle.

A mitad de camino de la enfermería, a punto estuve de chocarme con Humphrey en la calle.

—Señora Joanna, iba hacia vuestra casa —dijo.

—¿Te envía Edmund? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—¿Sabes dónde está?

—El señor Sommerville está en la enfermería —respondió Humphrey —. Pero está… está…, algo le ocurre. Creo que está enfermo. No sé qué hacer.

Recorrí corriendo el resto del camino. Humphrey me seguía muy de cerca. Cuando me acercaba a la enfermería vi parpadear una vela en la ventana.

Entré sin llamar, gritando:

—¿Edmund? ¿Edmund?

No hubo respuesta.

—Está en la parte de atrás, señora —dijo Humphrey—. No puede sostenerse en pie.

Encontré a Edmund tumbado en un camastro. Llevaba todavía el traje de novio: el jubón de color gris claro y las calzas. En un primer momento creí que estaba inconsciente, porque parecía totalmente inmóvil. En la parte trasera no había ninguna vela.

Me arrodillé junto al camastro.

—Edmund —susurré—. Estoy aquí.

Giró despacio la cabeza.

—¿Joanna? —dijo con voz temblorosa—. ¿Habéis venido a verme?

Se me aceleró el corazón en el pecho.

—Trae la vela, Humphrey —dije.

Cuando lo hizo, sostuve la vela en alto para que su luz bañara el rostro de Edmund. Parecía semidormido y tenía una expresión de calma absoluta en el rostro. Sus ojos eran como dos estanques lisos y oscuros. Yo no había visto esos ojos desde hacía más de un año. Y ni siquiera entonces, cuando estaba en los últimos estertores de su dependencia de la flor roja de la India, había tenido un aspecto tan evidente.

—Le he encontrado tumbado en el suelo junto a su mesa de trabajo —dijo Humphrey—. Disculpadme por preguntaros esto, señora Stafford, pero no está borracho, ¿verdad?

—No —respondí—. No está borracho.

La mano con la que sostenía la vela empezó a temblar violentamente y la dejé en el suelo.

—¿Joanna? —llamó Edmund antes de parpadear dos veces—. ¿De verdad estáis aquí?

—Sí, estoy aquí —dije. Me volví hacia Humphrey—. Ve al Bell Inn y pregunta por John Cheke. Corre a buscarlo. Pero no le cuentes a nadie el estado en el que se halla Edmund, es muy importante. ¿Lo has entendido?

—Lo he entendido.

Humphrey salió corriendo de la enfermería.

Me acuclillé junto al camastro de Edmund, sobre el frío suelo.

Edmund giró la cabeza y me observó con esos ojos terribles y adormilados.

—¿Estáis llorando, amor mío? —preguntó—. ¿Por qué?

—No tengo ningún motivo —respondí con la voz emocionada.

Después de un momento, Edmund dijo:

—Todavía lleváis puesto el vestido de novia.

Bajé la vista hacia los pliegues de la falda.

—Sí.

Las historias, las canciones y los poemas que hablaban de desamor siempre me habían llevado a imaginar un sentimiento triste y apenado, pero no fue en absoluto así. Mi dolor era feroz.

—Parecéis cansada. Deberíais acostaros a mi lado —dijo—. Todo se arreglará, Joanna.

—Sí, Edmund.

Me acurruqué junto a él en el estrecho camastro. Me volví de costado para que mi cabeza reposara sobre su pecho y le puse el brazo sobre el suyo. Edmund acarició ese brazo con suavidad mientras la llama de la vela ardía con fuerza, muy cerca de mi espalda. Las lágrimas iban cayendo de mis ojos, pero no me moví ni temblé a causa de los sollozos. No quería preocupar a Edmund, aunque sabía que poco importaba que me moviera. Daba igual lo que hiciera. Lo más probable era que él no se diera cuenta.

—Ya lo veréis, Joanna, ya lo veréis —repitió Edmund en voz baja—. Todo se arreglará.

OceanofPDF.com

40

Cuando John Cheke llegó a la enfermería, entendió enseguida lo ocurrido. El terrible mejunje que Edmund había usado no le era ajeno.

—No hay ninguna cura para esto. Solo descanso y tiempo —dijo Cheke —. Pero dejad que me quede aquí esta noche, señora Stafford. Esto ha sido terrible para vos. Y conozco a Edmund lo bastante bien como para decir que estará demasiado afectado para molestaros con su aflicción.

Me fui a casa, pero fue un error. Cuando Edmund salió de su estupor, supo no solo que había sucumbido a la más oscura de las tentaciones —algo que había jurado no volver a hacer nunca—, sino que yo había sido testigo de su debilidad. Quizá si me hubiera quedado con él esa noche, no me habría dejado por la mañana. Yo habría encontrado el modo de asegurarle que mi amor por él seguía intacto. Quizá incluso habría logrado impedir que aquel torrente de odio hacia sí mismo lo consumiera y lo obligara a marcharse de Dartford.

Un macilento John Cheke me entregó la carta. Era dolorosamente breve:

> Joanna:
>
> Siempre os amaré, pero vuestra vida será más feliz si no estoy a vuestro lado. No volveréis a verme. Pido vuestro perdón por haberos fallado, aun a sabiendas de que no soy merecedor de él.
>
> Edmund

Me quedé sentada sola durante un buen rato, sin sentir nada. Luego, cuando por fin comprendí lo que nos había ocurrido, lo que el rey nos había hecho, llegó el dolor, teñido de rabia. Fue como ninguna otra ira que hubiera sentido hasta entonces. No era acalorada y descontrolada, sino fría, terrible y llena de certidumbre.

Supe entonces lo que tenía que hacer. Fue una decisión sencilla. No hubo lugar a más dudas. Había cometido un error egoísta y espantoso pretendiendo casarme con Edmund y llevar una vida tranquila. No solo había destrozado mi vida, sino también la suya. Había estado evitando la profecía durante demasiado tiempo. Quizá los videntes fueran auténticos, o quizá no. Pero, por extraño que pueda parecer, eso me traía sin cuidado. Tenía ante mí la oportunidad de poner freno a la devoradora destrucción de Enrique VIII. Aunque solo fuera por eso, debía hacerlo.

Mandé llamar a mi primo Henry y le pedí que se quedara con Arthur durante un tiempo. Accedió de inmediato y me apremió a que los acompañara al castillo de Stafford. Le prometí que así lo haría al cabo de unas semanas, después de haber solucionado algunos asuntos.

Contar mentiras no me costaba ya ningún esfuerzo.

Fui a consolar a la hermana Winifred, que como bien sabía debía de estar destrozada por la reacción de Edmund, pero al llegar me encontré con que su hermano mayor se la llevaba a la fuerza de su casa. Insistía en que debía ir a vivir con él y con su familia a Hertfordshire ahora que Edmund había mancillado el buen nombre de la familia con su estrafalario comportamiento. La hermana Winifred y yo lloramos la una en brazos de la otra mientras Marcus esperaba, impaciente. Era su hermano mayor y ejercía por tanto su derecho a mandar en su vida. De no haber decidido lo que debía hacer, habría luchado para que se quedara en Dartford, pero como yo había tomado mi decisión, lo mejor era que la hermana Winifred no tuviera más relación conmigo, por su propio bien.

Dejé por tanto atrás a muy poca gente. Estaban las monjas de Holcroft. Fueron a verme con palabras de consuelo tras la malograda boda. Les di las gracias y fingí considerar su ofrecimiento de vivir con ellas, tal como lo había hecho con Henry Stafford.

Por último, quedaba Geoffrey. Fue a verme a casa en dos ocasiones para hablar conmigo, pero me negué a verlo. ¿Cómo saber qué papel había desempeñado en la crisis de Edmund? Esa era una incertidumbre más con la que tendría que cargar para siempre. Pero no odiaba a Geoffrey Scovill. Esa era una emoción que les tenía reservada a otros.

El barco se movía deprisa por el Támesis la tercera vez que partí de Dartford con destino a Londres. La primera había sido en secreto hacía apenas dos años, pero en aquel entonces yo era infinitamente más joven e ignorante del mundo. La segunda vez había tenido lugar el año anterior, cuando había salido de Dartford en el seno de una familia noble y rica y también levemente arrogante. La familia había sido aplastada. Esa era por tanto mi tercera vez, sola y también en secreto, pero sin la esperanza de encontrar misericordia ni afecto, y menos aun redención en lo que me esperaba. Llevaba encima un poco de dinero, una única muda y la carta de Edmund.

El Támesis había empezado a estrecharse, ahora que Londres se acercaba.

—No puedo llevaros más allá —dijo el barquero, un anciano con un rostro como una manzana olvidada al sol y de toscos modales—. Nos obligan a desembarcar el pasaje al este del Puente de Londres. Es por algo relacionado con la asamblea que se celebra en Whitehall.

—¿La asamblea?

—El desfile militar de Londres, señora. Todos los hombres de Londres deben desfilar hoy. El rey va a revisar sus tropas. Todos se han presentado en los campos situados entre Whitechapel y Mile End a las seis de la mañana. Dicen que hay veinte mil hombres en el desfile. ¿No os parece increíble?

—Sin duda —dije.

Alentado por lo que tomó como una muestra de interés por mi parte, el barquero cacareó:

—¡El emperador Carlos terminará hecho picadillo si intenta enviar a sus ulcerosos papistas a las costas inglesas!

Otro barquero lo oyó y vitoreó la opinión, antes de mirarme de arriba abajo y decir:

—Jamás habíamos tenido un desfile de fuerzas así en Londres. El rey, Cromwell y también todos los grandes nobles estarán en Whitehall para

pasar revista a las tropas. El pueblo puede ir a verlo si así lo desea. ¿De modo que os dirigís a Whitehall? Queréis ver al rey de Inglaterra, ¿verdad?

Apreté con fuerza la carta de Edmund y dije:

—Me encantaría ver al rey de Inglaterra.

El barquero me acercó remando al muelle más cercano al Puente de Londres y le puse un chelín en la mano, que tenía permanentemente cerrada después de tantos años manejando la percha.

No había nada más fácil que llegar al palacio del rey en Whitehall. La gente se dirigía hacia allí en una abigarrada multitud: mujeres, niños y algunos hombres que eran demasiado mayores para poder ser reclutados. En la calle principal que llevaba hacia el oeste, en un corto trecho al norte del Támesis, las mujeres llenaban las ventanas de los pisos superiores con cestas de flores en las manos. Esa debía de ser la ruta por la que pasarían los hombres al salir de Whitehall.

Las tiendas, las casas y las iglesias quedaron atrás y llegué a un campo enorme. Una ondulante marea de hombres lo cruzaba hacia un lejano conjunto de altos edificios de piedra. Había llegado al final del desfile, el ejército de londinenses a las órdenes del rey. Aunque me vi incapaz de contar cuántos hombres formaban aquella masa en movimiento, me pareció muy posible que fueran unos veinte mil.

Una de las cosas más llamativas del desfile era el color. Por increíble que pueda parecer, los hombres iban vestidos de blanco de la cabeza a los pies. Miles de gorros blancos resplandecían al sol. Debía de haberles llegado la orden a todos esos miles de que ese día debían vestir gorros, camisas, jubones, medias y calzas blancas. Habían comprado la ropa, la habían lavado y la habían remendado. El buen Dios sabía que gran parte de esos hombres apenas tenía dinero. Aun así, lo habían hecho por su rey. ¿Era una muestra de su abyecta devoción por su rey? ¿O quizá el terror que este les infundía? ¿O el odio que sentían hacia los invasores?

Los hombres avanzaban despacio por el campo. En la parte delantera se oyó el disparo de armas. El humo se elevó sobre el gentío y acto seguido se disipó. Parecían moverse en grupos y presentaban sus armas a Su Majestad.

La mayoría de espectadores aguardaban allí, pero un grupo de avezadas jóvenes decidieron que querían ver mejor. Se dirigieron hacia un lado de la

muchedumbre, siguiendo una hilera de árboles bajos y ralos que se extendían hacia el palacio. Esas mujeres estaban decididas a ver a su rey y a sus consejeros.

Corrí para unirme a ellas.

Los hombres de Londres desfilaban en compactas filas de a cinco, cada uno portando su pica, su arco o simplemente un largo cuchillo. Entre la multitud había algunos caballos que tiraban de carros llenos de munición.

Tenía la frente bañada en sudor cuando llegué a la mitad del campo, pero a decir verdad poco me importaban el calor o el cansancio, pues en ese momento podía por fin ver la plataforma erigida delante de la casa del guarda de Whitehall y las figuras de los hombres que estaban encima.

En el centro estaba el rey Enrique. Les sacaba una cabeza a los demás. En los once años que hacía que no había vuelto a verlo, había olvidado su excepcional altura. Vestía un jubón de brocado azul, con las mangas salpicadas de pronunciados cortes y entrelazadas con hilo de oro. Se bamboleaba como un barco cada vez que se volvía, pues había engordado. Cuando me acerqué todavía más, alcancé a ver el pelo que le asomaba por debajo del sombrero con pluma. Era de un tono rojo dorado, el mismo que el de mi tío, el duque de Buckingham. Nos unía un lazo de sangre, por mucho que yo odiara reconocerlo. La abuela del rey y la mía eran hermanas.

Una mujer señaló y gritó:

—¡Es el lord alcalde!

Un hombre fornido emergió de la primera línea del desfile e inclinó la cabeza a modo de saludo ante el rey y su consejo. El rey Enrique le dijo algo con su voz aguda y le hizo un gesto al hombre que tenía a su lado, aunque un poco más retrasado.

Thomas Cromwell dio un paso al frente. Una vez más, el primer ministro del rey vestía con gran sencillez.

—Lord custodio del Sello real, la ciudad de Londres está y estará eternamente en deuda con vos —tronó el alcalde—. Estamos preparados para hacer frente a esa apestosa serpiente, el obispo de Roma.

—Gracias, buen sir William —dijo Cromwell. Me turbó lo común que era esa voz. Ni grave ni aguda, ni aristocrática ni vulgar. Podría haber sido

la de cualquiera, y pertenecía al hombre que había planeado y presidido la destrucción de los monasterios.

Estudié con detenimiento los rostros de los hombres que estaban al otro lado del rey: el duque de Norfolk, el hombre al que el rey había elegido para dirigir su ejército cuando estallara la guerra. Ese día contemplaba a los súbditos que perfectamente podrían vivir y morir a sus órdenes.

Junto a Norfolk, como siempre, rondaba el obispo Gardiner, el indudable autor de la Ley de los Seis Artículos. Gardiner miró primero al rey y después al lord alcalde. Su atención se desvió entonces hacia donde estábamos nosotras, las mujeres que los observábamos.

No pude volverme de espaldas ni tampoco intentar ocultarme detrás de otra mujer. Cualquier movimiento como ese podría haber llamado la atención del obispo. Me quedé quieta y clavé los ojos en la base de la plataforma. No levanté la vista más allá de los zapatos de los grandes lores de Inglaterra. Conté hasta cincuenta y despacio volví a alzar la vista. Gardiner no me había reconocido en la muchedumbre. En un tiempo yo había sido su espía favorita, pero en ese momento no era más que un rostro anónimo en una multitud de mujeres del pueblo.

Seis caballos tiraban del carro más grande, que transportaba dos cañones. Los hombres los depositaron en el suelo e intentaron encontrar la dirección óptima hacia la que apuntar para su demostración.

El rey Enrique señaló hacia abajo, mientras ellos maniobraban, y gritó:

—¡Allí no! ¡Traedlos aquí! —Se dirigió al borde de la plataforma, pero sus movimientos eran rígidos y doloridos. Se movía como un anciano de mucha más edad que el duque de Norfolk, que casi le llevaba veinte años.

Al tiempo que una docena de hombres corrían a cumplir las órdenes del rey, me aparté a un lado del grupo. Antes de irme de Whitehall, me detuve por última vez a mirar a los cuatro hombres que seguían en la plataforma: el rey Enrique, Cromwell, Gardiner y Norfolk.

«Lo corregiré, Edmund», juré. «Devolveré el país a la gracia, a la fe y a la obediencia al Santo Padre. No volveré a fallaros».

Seguí el mismo camino que había utilizado para entrar, por la hilera de árboles que cruzaban el campo llano y pantanoso. Oí repetidos cañonazos mientras me dirigía a toda prisa a mi destino en Londres. El sol estaba más

bajo en el cielo y era casi la hora de cenar cuando llegué a mi objetivo. Las casas prósperas de la calle estaban numeradas y no me llevó mucho tiempo encontrar la que buscaba. Tres corpulentos hombres la custodiaban.

En cuanto me acerqué, salieron disparados en mi dirección.

—¡Lárgate, muchacha! —gritó uno de ellos. Otro blandió su arma hacia mí.

—Necesito hablar con él —dije, señalando a la casa que tenía a su espalda.

De pronto apareció un cuarto hombre. No vi de dónde había salido. Era mayor que los demás y tenía la piel olivácea y unos ojos afables.

—Bajad las porras —les dijo a los guardias con una voz con marcado acento extranjero. Los hombres obedecieron al instante.

El hombre se acercó un paso a mí.

—Disculpadlos por su descortesía, pero hemos tenido a varias personas gritando amenazas e incluso arrojando objetos. —Señaló con un gesto de la mano a la calle, en dirección a Whitehall—. El rey así lo ha propiciado. Hoy ha hecho un gran despliegue, simplemente en honor de nuestro señor, que no ha asistido al desfile. No habría sido seguro hacerlo.

—Sin duda —dije.

El hombre me miró de arriba abajo. Lo que contemplaron sus ojos fue mi vestido manchado por el viaje, la bolsa que llevaba en la mano y, por último, mi rostro, con una tez parecida a la suya y los mechones de pelo negro suelto alrededor de la capucha.

El hombre preguntó:

—Decidme, ¿quién debo anunciar que ha venido a ver al embajador Eustace Chapuys?

—Decidle que soy la que vendrá después —respondí.

OceanofPDF.com

Quinta parte

OceanofPDF.com

41

No resulta difícil hacernos pasar por otra persona. Al menos no lo fue para mí.

Tres meses después de haber accedido a ponerme al servicio del emperador Carlos, me encomendaron una misión que implicaba cierta dificultad. Y no me refiero a una dificultad física, sino a la sutileza y a la artería. Se trataba de una misión de manipulación, y Jacquard, sin duda un gran maestro en ese arte, me creía preparada, y yo también. De modo que un tórrido día de julio me encontré de pronto en una calle de Londres, hablando sobre el mazapán.

Mi nueva vecina, una mujer llamada señora Griswold, se inclinó hacia mí en Saint Paul's Row para decirme, en confianza:

—No debéis ahorrar en agua de rosas al prepararlo —recomendó—. Hay mucha gente a la que le preocupa sobre todo la calidad de las almendras. Pero es el agua de rosas lo que le da ese sabor particular.

—¿Es cierto eso? —Quise saber—. No sabéis cuánto me gustaría prepararle a mi esposo un mazapán así de delicioso. Es su dulce preferido.

—Podría pasaros la receta —dijo vacilante la señora Griswold.

—Oh, no —exclamé—. Jamás abusaría así de vuestra confianza. Sobre todo si es un secreto.

«No presionéis», me había instruido Jacquard, «jamás os mostréis ansiosa».

Un hombre a caballo pasó al trote por el medio de la estrecha calle y nos hicimos a un lado. La mujer se volvió a mirar hacia su casa. Enseguida se despediría de mí y yo no tenía lo que buscaba.

—Naturalmente, podría aprender mucho simplemente probando una porción de vuestro mazapán —dije—. ¿Sería mucha molestia pediros una porción la próxima vez que lo preparéis?

La señora Griswold se iluminó.

—Estoy horneando uno hoy mismo. Esta tarde os llevaré una.

—Oh, no, eso es demasiado —objeté, demasiado asustada de que fuera a tomarme la palabra.

—Tomadlo como mi regalo de bodas —dijo, acariciándome la mejilla —. Me encantaría conocer a vuestro esposo. Nadie en St. Paul's lo ha visto y lleváis más de un mes viviendo aquí.

—El trabajo lo tiene demasiado ocupado —dije con un mohín de melancólico pesar.

—Oh, recuerdo muy bien lo que es ser una joven esposa —se rio bondadosamente la señora Griswold. Sentí mi primera punzada de arrepentimiento por lo que estaba haciendo.

Mi vecina se volvió de espaldas y se alejó hacia la casa con muros de entramado de madera que estaba justo delante de la mía. Entonces me acordé. Menuda estúpida. «Debéis conseguir que os diga la hora exacta», había insistido Jacquard en más de una ocasión.

—Esperad, señora Griswold —grité para hacerme oír por encima del barullo de la calle—. ¿Cuándo debo esperaros? Prepararé un poco de cerveza especiada.

—Eso sería muy grato —dijo—. ¿Cuando el reloj dé las tres?

—Excelente. —Subí corriendo la escalera de mi estrecha casa. Nelly, la criada, estaba esperando dentro. Había estado escuchando desde la ventana.

—Ve a decirle la hora —dije.

Nelly se dirigió apresuradamente a la puerta de atrás, que daba a un jardín que a su vez comunicaba con la calle. Aunque era una joven hermosa y rolliza —de hecho, en algunos aspectos me recordaba a Catherine Howard—, no se parecía a la mayoría de las muchachas de dieciséis años que temían recorrer solas las calles de Londres. La zona norte de la catedral de Saint Paul no era la más hostil de la ciudad, pero tampoco la más agradable. Saint Paul's Row era la clase de calle en la que se esperaba que viviera una respetable pareja de recién casados con unos modestos ingresos. Había sido cuidadosamente escogida.

No salí de casa en las cinco horas siguientes, a pesar del calor extremo. Estábamos teniendo el mes de julio más caluroso que yo recordaba. De haber vivido en el campo, o en Dartford, o más cerca del Támesis, en el mismo Londres, probablemente la brisa ocasional se habría colado por

alguna ventana. Pero allí, en el centro de la abigarrada y hedionda ciudad, no había alivio posible. Aun así, salía de casa en raras ocasiones. Aunque eran remotas las posibilidades de que me reconocieran en el barrio, toda previsión era poca.

Por fin, el reloj dio la hora acordada. Yo estaba sentada a la mesa, sin apartar la vista de la cerveza especiada. Nelly acababa de servir las jarras y los platos. No tenían ningún desconchón, como correspondía a la vajilla de una recién casada.

Llamaron tímidamente a la puerta. Nelly hizo pasar a la señora Griswold, que había llegado con su plato de mazapán en la mano. Observó con indisimulada curiosidad todos y cada uno de los objetos de la habitación mientras intentaba, sin éxito, que no resultara demasiado evidente.

Nelly servía la cerveza especiada cuando de nuevo la puerta se abrió de par en par con un golpe seco.

—¡Hola, cariño! —gritó Jacquard desde el salón delantero.

Cuando apareció por la esquina, se detuvo un segundo, perplejo ante la presencia de la señora Griswold. Acto seguido la saludó con una gran reverencia. El calor no parecía haber afectado a Jacquard. Estaba impoluto y tenía el pelo seco.

—Este es mi esposo —dije, presentándoselo a la señora Griswold.

Él le dedicó su sonrisa más encantadora, con el efecto predecible. La señora Griswold, aturullada, explicó que me había conocido y que a partir de ahí había sabido que al señor Rolin le gustaba especialmente el mazapán.

Jacquard se sentó y se comió una porción, encantado. No reparó en halagos.

—Es el mejor que he comido desde que puse el pie en este país —juró.

—Sí, ¿entiendo que sois de Bruselas? —preguntó ella, incapaz de dominar sus ganas de averiguar cosas sobre aquel extranjero.

—Me fui de los Países Bajos cuando conocí la verdad de los Evangelios —dijo Jacquard—. Ahora debo regresar, pues mi padre está muy enfermo y me necesita. Pero me llevo conmigo a una esposa inglesa.

Se levantó, se acercó y me rodeó la cintura con las manos. Luego se inclinó sobre mí, apenas unos centímetros, pues no era mucho más alto que

yo, y me besó en los labios. Me resistí cuanto pude al impulso de encogerme para apartarme de él.

—Qué tierno —dijo la señora Griswold, apartando los ojos, entusiasmada aunque también un poco avergonzada—. Sí, sois sin duda una pareja realmente encantadora.

—Mi Catherine es muy hermosa —dijo él, dándome un último apretón en el hombro con la mano.

Ella se abanicó la cara a toda prisa.

—Espero veros en la iglesia antes de que os marchéis de Londres —dijo —. Todo el mundo siente mucha curiosidad por vos, señor Rolin.

—Nada me complacería más —respondió Jacquard, llenando la cocina con su sombría sonrisa.

La señora Griswold se marchó poco después.

Jacquard se sentó y se tomó una jarra entera de cerveza especiada. Después se limpió la boca y dijo:

—Habéis hecho un buen trabajo. Ahora la mayor chismosa de St. Paul's Row les hablará de nosotros a sus amigas. Si alguien se presenta a hacer preguntas cuando nos hayamos marchado, podrá describir a Catherine y a Jacquard Rolin. Y les hablará de una agradable mujer de pelo castaño de Derbyshire que se casó con el hombre de Bruselas.

Mientras él decía eso, yo tiré de uno de los mechones de la peluca castaña que llevaba puesta a todas horas y que ocultaba mis trenzas negras como el carbón, tan poco habituales.

—He recibido noticias de Dartford —dijo—. El alguacil Geoffrey Scovill se ha casado.

Me estremecí, y a juzgar por el destello de satisfacción que vi en los ojos de Jacquard, entendí que eso era exactamente lo que había pretendido, golpearme en un punto vulnerable. Yo había rechazado a Geoffrey en numerosas ocasiones y ahora él iniciaba su vida con alguien que realmente lo amaba como merecía ser amado. Yo no tendría que haber sentido más que alegría por la noticia.

—La boda ha sido la comidilla de todos, pues la novia tenía un vientre prominente —dijo Jacquard.

De modo que Beatrice estaba encinta. ¿Cuándo lo habían sabido? Ella no había asistido a la boda de los Gwinn porque no se encontraba bien, o eso había dicho Geoffrey. ¿Era acaso posible que estuviera encinta ya entonces y que aun así él se me hubiera declarado mientras bailábamos?

Me obligué a desterrar esas cavilaciones de mi mente.

—Sé que os he preguntado esto antes, pero sigo sin entenderlo —dije—. ¿Por qué iba nadie a venir aquí, a St. Paul's Row, a hacer preguntas después de que zarpemos? Nadie sospecha de vos. De hecho, Cromwell cree que sois uno de los suyos.

Jacquard me miró durante un momento. En vez de responder, gritó por encima del hombro:

—Nelly, sirve la cena.

Nelly rápidamente preparó una bandeja de queso y carne. Delante de ella podíamos decir todo lo que quisiéramos. La madre de Nelly era la amante inglesa de Pedro Hantaras, el hombre al que yo había conocido delante de la casa de Chapuys y al que había visto en una docena de ocasiones desde entonces. El señor Hantaras era el asistente de mayor confianza de Chapuys. Su amante trabajaba sin descanso para la causa española, y ahora también lo hacía su hija.

Yo sabía que Jacquard terminaría por responderme. No solía dormir en la casa y lo veía erráticamente, pero en nuestro papel de pareja de casados, un papel que a menudo me incomodaba, pasábamos suficiente tiempo juntos como para que yo hubiera aprendido a reconocer sus afectaciones.

—No me preocupa Cromwell —dijo justo en el preciso instante en que esperaba que lo hiciera.

—Pero me dijisteis que es él quien examina los permisos para salir del país —insistí—. Cuando vea vuestro nombre, ¿por qué motivo iba a hacer nada? Le habéis dicho que teníais que volver a casa y que os llevabais con vos a una nueva esposa.

Según me había dicho Jacquard, Cromwell lo había felicitado a través de un intermediario por su boda, aunque no le había regalado ningún dinero.

—Menudo miserable —se había reído Jacquard. Aunque estaba aliviado. Todo el mundo había aceptado los documentos falsificados de

nuestra boda. Jacquard y Catherine Rolin tenían permiso para salir de Inglaterra con destino a los Países Bajos. En esos tiempos de preguerra, intentar salir de Inglaterra sin el permiso de Cromwell estaba castigado con la muerte. Los preparativos siguieron adelante: se entrenaban los batallones de hombres, se equipaban los barcos y se construían las fortalezas.

En cuanto a Chapuys, había sido oficialmente convocado para regresar a su país de origen. Nos esperaba en la casa que poseía en Amberes y desde allí me acompañaría a Gante. El problema era que no había barcos que zarparan de Inglaterra con destino a los Países Bajos. Los viajes al extranjero estaban prácticamente paralizados.

De pronto entendí lo que preocupaba a Jacquard y por qué había llevado hasta límites tan insospechados su engaño.

—¿Gardiner? —susurré.

Jacquard asintió.

Aparté el plato de carne que Nelly acababa de ponerme delante.

—¿Qué sabéis? —pregunté—. ¿Qué es lo que habéis oído?

Metió el muslo de pollo en sal y respondió:

—Nada. Pero es posible que Gardiner haya decidido examinar también las licencias de quienes salen de Inglaterra. Cada día que pasa, el rey lo tiene en mayor estima, ahora que la Ley de los Seis Artículos ha sido aprobada. Si el obispo descubre mi nombre, verá la palabra «Dartford». Y verá entonces que me llevo a una esposa conmigo y quizá cree la conexión que no deseamos bajo ningún concepto que haga.

—Pero ¿por qué? —exclamé, angustiada—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

Jacquard arrancó un bocado de carne del hueso y masticó delicadamente antes de contestar.

—Creo que el obispo intuye algo sobre vos. Sabe que hay algo raro. También yo he tenido esas mismas sensaciones durante misiones anteriores. Aprendí hace tiempo a no desdeñar esas intuiciones, a investigar toda sospecha, examinar hasta la última sombra. Espero estar en Amberes como muy tarde en septiembre.

En los tres días que yo había pasado en casa de Eustace Chapuys, se había ideado un plan. Jacquard había aparecido la primera noche. Al

parecer, Chapuys sabía exactamente dónde dar con él. Yo me había enterado entonces que, a pesar de las protestas que había formulado en Saint Sepulchre, el señor Hantaras y Jacquard habían seguido adelante con la falsificación de los certificados matrimoniales y habían solicitado permiso para que una pareja de casados saliera del país. En cuanto un barco obtuviera permiso para zarpar, embarcaríamos en él. No importaba el precio de pasaje. El mayor problema al que nos enfrentábamos era yo. ¿Dónde estaría Joanna Stafford durante el tiempo en que Catherine Rolin viajaba? No podía desaparecer sin una explicación. Si le decía a la gente de Dartford que me iba al castillo de Stafford, estaría contando una mentira fácilmente contrastable, pues el duque de Norfolk estaba en contacto con su cuñado y primo mío, Henry Stafford. Tras varias horas de discusión, se había decidido que diría que iba a viajar a Hertfordshire para pasar allí unos meses con mi mejor amiga, la hermana Winifred. Chapuys había puesto a un espía a vigilar la granja de Marcus Sommerville para interceptar cualquier carta dirigida a mí. Hasta la fecha no había llegado ninguna.

A nadie pareció sorprenderle que finalmente me hubiera ofrecido para la causa. En Dartford, Jacquard había dicho: «Vendréis a implorarnos que os llevemos a la ciudad de Gante». Me recorrió un escalofrío al pensar en el hecho de que todo lo que yo hacía seguía las predicciones de un desconocido que vivía en otro país. Chapuys, Jacquard y el señor Hantaras compartieron conmigo sus planes, salvo la identidad del tercer vidente. Cuál fue mi frustración cuando vi que no tenían intención de revelar nada salvo que sus poderes de videncia habían sido confirmados por la Orden de los Dominicos.

—Comed algo. Necesitáis conservar vuestras fuerzas —dijo Jacquard —. Después practicaremos el rondel.

El embajador Chapuys lo había sugerido antes de partir de Inglaterra: debía aprender algunos artes de combate. Al principio me había quedado perpleja. Era la primera vez que oía que una mujer pudiera pelear.

—Si podéis aprender a bailar, podéis aprender a pelear —había dicho el imperturbable embajador—. No son cosas tan distintas. Y debemos hacer todo lo posible para ayudaros a protegeros en caso de que lo necesitéis.

Lo que el embajador no había dicho, puesto que no era en absoluto necesario, era que iba no solo a aprender técnicas de defensa, sino también de ataque.

En mi pequeño dormitorio, me desvestí y me quité la ridícula peluca castaña. Me recogí el pelo en un moño alto. Me puse la ropa con la que practicaba el rondel, que por supuesto era ropa de muchacho: mallas y una camisa holgada. Por impropio que fuera el atuendo, era imposible practicar adecuadamente con un vestido.

Ataviado de un modo similar, Jacquard me saludó con una inclinación de cabeza cuando entré a la habitación que utilizábamos para nuestros juegos. Me dio mi daga de acero de veinticinco centímetros, con la hoja roma. Él llevaba otra en la mano.

Cogí la daga por el mango de madera labrada y empezamos.

—Pivote, descenso y estoque; pivote, descenso y estoque —dijo Jacquard. Tras el primer combate, comentó—: Estáis mejorando. Siempre habéis sido muy inteligente. Y ágil. Lo que os falta es la forma. Un par de sesiones más y seréis… —Hizo una pausa para elegir la palabra exacta.

—¿Peligrosa?

—*Précisément* —dijo.

Yo deseaba ser peligrosa. Eso era lo que el odio había engendrado en mí. Y por eso, en el fondo de mi alma, temía esas sesiones con Jacquard, pues me obligaban a enfrentarme a una parte de mí que era retorcida y salvaje. Qué bajo había caído desde mi época de novicia dominica. En aquel entonces había creído en la paz, en el sacrificio y en el perdón. Ahora raras veces rezaba, salvo para pedir que no me faltara el valor cuando llegara la hora de golpear.

Ocurrió durante el tercer combate. Flexioné demasiado y tropecé, yendo a dar al suelo de espaldas. Se me soltó el pelo de las horquillas, derramándose sobre mis hombros.

—¿Estáis bien? —preguntó Jacquard, arrodillándose a mi lado.

Asentí, aunque no pude levantarme de inmediato. El golpe me había dejado sin respiración.

De pronto, Jacquard tomó mis cabellos entre sus manos.

—Sois muy hermosa —musitó—. No mentí cuando lo dije.

Me aparté de él, deslizándome frenéticamente por el suelo hacia el otro extremo de la habitación.

Jacquard suspiró.

—¿Cuándo dejaréis de tenerme miedo? —dijo—. Cada vez que os toco, os paralizáis. Pero supuestamente estamos casados y debemos convencer a los demás de ello a bordo de un barco, en reducidas dependencias.

Recogí la daga y me levanté.

—Los convenceré, pero debo pediros que no sugiráis que jamás habrá relaciones entre nosotros —dije—. Es imposible.

Se acercó despacio, haciendo girar su daga en las manos.

—¿Por qué? —preguntó—. Sería afectuoso con vos. ¿Creéis acaso que no sabemos que durante la noche lloráis la pérdida de vuestro fraile? Podría ayudaros a recuperaros muy fácilmente.

—Jamás me recuperaré, «como vos decís» —repliqué—. No es ese mi deseo, y menos aún gracias a vuestros esfuerzos.

Sin esperar a que dijera una palabra más, salí de la habitación, todavía con la daga en la mano. Subí directamente a mi habitación y cerré la puerta con llave.

Mentiría si dijera que la situación me había sorprendido. Aunque Jacquard jamás había mostrado afecto hacia mí, y menos aun algún atisbo de deseo, y por tanto nada que pudiera hacer pensar en una proposición romántica, yo me había temido desde un buen comienzo que fingirnos casados me abocaría a tener que enfrentarme a alguna situación indecorosa. El embajador Chapuys me había asegurado que lo que acababa de ocurrir jamás ocurriría. «Vuestra virtud no se verá comprometida», había dicho. Pero Chapuys estaba en Amberes y yo permanecía encerrada en aquella tensa relación con Jacquard Rolin, un hombre que acababa de sugerir que nos acostáramos juntos con la misma despreocupación que si hubiera propuesto que saliéramos a cabalgar.

A pesar de mi reticencia, Edmund pobló mi mente mientras estaba allí acostada. Con la perspectiva que daba el paso del tiempo, entendí con diáfana claridad que el matrimonio no era la opción acertada para él. La vocación de Edmund era la de vivir como un hombre de Dios. Cierto era que ambos teníamos sentimientos de naturaleza terrenal, pero también lo

era que debimos habernos resistido a ellos. Lo único que me restaba por hacer era rezar para que mi misión tuviera éxito: oiría la tercera profecía y recibiría instrucciones sobre cómo detener a Enrique VIII. Cuando el reino volviera a la normalidad, Edmund y yo podríamos retomar las vidas de castidad que realmente deseábamos llevar, convertidos por fin en una monja y un fraile dominicos.

En mi habitación solo había un ventanuco y el calor no remitía en esa tórrida noche de julio. De hecho, a medida que las horas trascurrían lentamente hacia el amanecer, cada vez parecía menos aireada. Seguí tumbada sobre la cama, entre las sábanas bañadas en mi propio sudor, presa de un profundo asco, pues me sentía más como un animal que como una mujer cristiana. Fuera reinaba un silencio sepulcral. Los vecinos de Saint Paul's Row respetaban el toque de queda. Y había pocos árboles. Ni siquiera el trino de los pájaros se colaba por mi ventana.

Fue entonces cuando se oyeron los ruidos. Eran inconfundibles.

Al principio creí que se trataba de un gatito hambriento. Después, cuando el tono varió, aumentó de intensidad y se volvió más desesperado, pensé que podría tratarse de un gato salvaje, o quizá de más de uno. Salí de la cama y me acerqué a la puerta. Cuál fue mi turbación cuando me di cuenta de que los gritos parecían humanos. Podía tratarse de una mujer dolorida. La única persona que dormía en la casa además de mí esa noche era Nelly. No había oído a Jacquard moverse por el dormitorio contiguo. En realidad, Nelly no era exactamente mi sirvienta, como lo había sido Kitty. Nelly trabajaba para Chapuys y para la causa imperial, pero me sentía responsable de su seguridad. En camisón y con la daga en la mano, abrí la puerta y salí a buscar la fuente de aquel ruido.

Desde lo alto de las escaleras, entendí que definitivamente no se trataba de un gato, sino de una mujer. ¿Era Nelly? El sonido era como un jadeo ronco, y temí que fuera el de una mujer dolorida. Mientras bajaba las escaleras, me sorprendió su rítmica cadencia. El dolor no parecía aumentar ni disminuir.

Me deslicé tan sigilosamente como pude hasta la habitación que Nelly ocupaba junto a la cocina. Definitivamente, el sonido procedía de detrás de la puerta.

Cuando tenía la mano en la manilla de la puerta y a punto estaba de empujarla, oí hablar a otra persona en la habitación.

—Así, sí, así —susurró Jacquard.

Solté la daga en las prisas por huir. No la recogí. No quería tomarme los segundos necesarios para encontrarla en la oscuridad. No quería enfrentarme a Jacquard y a Nelly.

Cerré con llave la puerta de mi habitación. Volví a tumbarme sobre las sábanas y recé para poder conciliar el sueño. Por fin el sueño llegó, y cuando eso ocurrió, desperté más tarde de lo que solía hacerlo habitualmente.

Oí voces de hombres mientras me vestía. El señor Hantaras trataba en voz baja algún asunto con Jacquard mientras Nelly les servía el pan y la cerveza matinal. El señor Hantaras nos visitaba a menudo, aunque normalmente de noche. Su tez oscura lo señalaba como un posible extranjero y los ingleses se mostraban hostiles con todos los oriundos de países ajenos, como nunca antes, debido a los rumores sobre la guerra.

—Os deseo unos buenos días —me dijo el señor Hantaras con su cortesía habitual.

Miré hacia el punto situado delante de la puerta de Nelly. La daga había desaparecido. Nelly no me miró a los ojos.

Cuando el señor Hantaras se marchó, dije:

—Señor Rolin, ¿puedo hablar con vos en la otra habitación?

—Por supuesto. —Jacquard se levantó y se sacudió una miga de pan del jubón. Vi el destello de una chispa en la comisura de esos ojos marrones.

Cuando Nelly no pudo oírnos, dije:

—Vuestro comportamiento es vergonzoso y debe cesar de inmediato.

—¿A qué comportamiento os referís exactamente? —preguntó.

—No os burléis. Seducir a una criada de apenas quince años, a eso me refiero. —Estaba tan exhausta que mi voz sonó dura y chillona—. Es repugnante. —Y entonces estallé—: Vos sois repugnante.

Jacquard se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre sus talones.

—Pero las jóvenes criadas no son solo las mejores compañeras de cama, sino las mejores informantes de las actividades de sus señoras. Y no solo

aquí, sino también en Dartford.

Cuando entendí lo que me estaba diciendo, la conmoción fue como una bofetada.

—También sedujisteis a Kitty. Por eso sabíais tantas cosas y por eso estabais al corriente de todo lo que yo hacía y de mis planes.

Sonrió.

—No puedo, y no lo haré, seguir adelante con esta vinculación con vos —grité—. ¿Qué diría el embajador Chapuys de vuestra indecente conducta? ¿O el señor Hantaras? Tened por seguro que hallaré el modo de informarles de todo lo que ha ocurrido aquí.

Jacquard se sacó las manos de los bolsillos. La chispa de diversión murió en sus ojos.

—Ya he tenido suficiente de vuestros maullidos virginales. No os convirtáis en un obstáculo, Joanna Stafford. Me acuesto con esas muchachas no solo para calmar el aburrimiento sino para servir mejor a la misión que me ha encomendado el emperador: «Proteger a Joanna Stafford, llevarla a Gante y eliminar a todos aquellos que supongan un peligro para ella o que puedan desvelar su importancia para el imperio». No tenéis la menor idea, ninguna, de esa importancia, ¿verdad?

—No soy estúpida —repliqué—. Sé que dicen que seré llamada a hacer algo que decidirá el futuro de este reino.

Jacquard se rio.

—¿Este reino? ¿Esta espantosa isla? ¿Creéis acaso que ese es el motivo por el que hemos dedicado tantos esfuerzos y hemos gastado tanto dinero en vos? Los dos hombres más poderosos de la cristiandad son el emperador Carlos y el rey Francisco. Vuestro rey juega tan solo un papel, un papel pequeño aunque, sí, importante. Enrique VIII puede cambiar el equilibrio del poder. Y si ese equilibrio se decanta hacia el lado correcto, la causa del emperador Carlos vencerá. Y vos lo conseguiréis para él. Así se ha predicho.

Me encogí ante esa información. Las presiones a las que estaba sometida eran ya tan atemorizantes que semejante revelación no hizo más que convertirlas en aterradoras. De modo que ellos creían que mis actos no

solo devolverían Inglaterra a la verdadera fe, sino que cambiarían el equilibrio de poder en toda la cristiandad.

—¿Quién? —dije por fin—. Si soy de tan vital importancia, ¿por qué no podéis decirme quién es el tercer vidente? ¿Por qué debo permanecer en la ignorancia?

—No puedo responderos a eso —dijo Jacquard—, pero lo que sí puedo deciros es que vuestro rey Tudor se vuelve más monstruoso cada día que pasa. Quizá sea su temor a la invasión, o la rabia por el hecho de que el papa y los príncipes católicos se hayan vuelto contra él. O el dolor que tiene en la pierna y que, según me han dicho, le impide dormir más de unas pocas horas seguidas. Es difícil saber lo que puede convertir a un hombre en semejante bestia.

Un miedo gélido me atenazó el corazón.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunté.

—Aunque el rey parece inclinarse de nuevo hacia la Iglesia católica —respondió Jacquard—, azota los monasterios con un odio renovado. El último que quedaba en pie, la abadía de Glastonbury, se ha convertido en el objeto de su rabia. El abad, un anciano enfermo, se negó a rendirse y se lo llevaron a la Torre. ¿Sabéis lo que Enrique VIII ha ordenado hacerle al abad de Glastonbury?

Me dispuse para un nuevo horror, pero nada de lo que había experimentado hasta entonces habría podido prepararme para lo que estaba a punto de oír.

—Se llevaron al abad de Glastonbury de la Torre. Arrastraron al anciano sobre un deslizador tirado por caballos hasta la colina más alta de Glastonbury. Allí lo colgaron, le cortaron la cabeza y lo despedazaron. Clavaron su cabeza en la verja de la abadía de Glastonbury y sus miembros en otros lugares de las cuatro esquinas del reino de Su Majestad.

Era como si Enrique VIII sondara las profundidades de la pesadilla humana para hacerlas después realidad.

Pero Jacquard no había terminado.

—Me cuentan otras cosas —dijo—. Cosas que han ocurrido en la Torre de Londres a quienes no os resultan extraños.

Me encogí, separándome de él.

—¿Os referís a Gertrude? ¿O a Edward?

Negó con la cabeza al tiempo que me seguía.

—Siguen en prisión. Indemnes. Por ahora. No, debo hablaros de la familia del barón Montagu.

No pude hablar. Cerré los ojos.

—La madre, Margaret, condesa de Salisbury, ha sido trasladada a la Torre de Londres y encerrada en una celda vacía, a pesar de que tiene setenta años. Pero el rey no muestra piedad con la madre del cardenal Reginald Pole, el hombre que lo desafía desde Roma. Sin duda la ejecutarán, como lo hicieron con su hijo mayor.

Fue entonces cuando rompí a llorar. Eso mataría a Úrsula, partiría el corazón de cualquiera que sintiera aprecio por la familia de los Pole.

—Pero eso no es todo —dijo Jacquard.

Apenas podía verlo. Tenía la cara bañada en lágrimas.

—¿Qué queréis decir? —pregunté con un hilo de voz.

—El hijo del barón Montagu ha desaparecido. Había sido un muchacho muy difícil para los guardias de la Torre. Alguien oyó a uno de ellos decir que deberían estrangular al maldito muchacho en su lecho. La última información de que disponemos es que la celda está vacía. No se ha hecho ningún anuncio de muerte ni de enfermedad, pero el joven Pole ha desaparecido para siempre.

Tendí la mano hacia Jacquard.

—Basta —le imploré—. No sigáis.

Jacquard tomó mi mano en la suya. No tiró de mí para ponerme en pie, sino que fue él quien se arrodilló en el suelo, delante de mí. Tomó entonces mi otra mano. Su fuerza era sobrenatural.

—Joanna Stafford, ¿os dejaréis guiar entonces por mí? No estoy aquí para mancillar vuestra virtud a la fuerza. Hay cientos de muchachas para eso. —Me estrechó aún más las manos entre las suyas y el dolor me subió desde allí hasta los hombros—. Pero solo vos podéis hacer lo que tenemos que hacer. Debéis obedecerme, aquí, en los Países Bajos y durante el resto del tiempo que debamos permanecer juntos.

—Sí —dije—. Lo sé.

Me soltó las manos y me desplomé en el suelo, intentando respirar.

—En ese caso, empezad a recoger vuestras cosas —dijo—. Por fin tenemos barco. El señor Hantaras ha venido a decírmelo. Dentro de tres días zarpamos con destino a Amberes.

OceanofPDF.com

42

Una calurosa y despejada mañana de julio, una barcaza de alquiler nos llevó a Jacquard Rolin y a mí a Gravesend, al este de Londres, en la orilla sur del Támesis. Esa villa de Kent era donde atracaban los grandes barcos que llegaban cargados con munición para el rey, cuyo uso estaba destinado a su inminente guerra. Yo no tenía la menor noción sobre esos barcos y mucho menos sobre ningún tipo de munición. Jamás había puesto el pie en nada más grande que la barcaza en la que navegaba. Cuando trazamos la curva y vi la media docena de imponentes navíos anclados en Gravesend, contuve el aliento. Era como un bosque que brotaba del agua, con sus mástiles elevándose hacia el sol.

Jacquard sonrió al ver mi asombro.

—Aguardad a que veáis Amberes —dijo.

Desde que había conseguido mi promesa de obediencia, se había operado un cambio en sus modales. La elaborada cortesía había menguado y su sonrisa burlona había desaparecido. Además, había decidido dormir en el dormitorio contiguo al mío solo. Aunque yo no lo había preguntado, supuse que habían cesado sus atenciones con Nelly en una especie de gesto de consideración hacia mí. Yo seguía convencida de que le había fallado al no protegerla del acoso de Jacquard. Al despedirme de Nelly, le había dado algo de dinero. Ella se había mostrado muy agradecida, con lo cual yo me había sentido aún peor.

—¿Qué barco es el nuestro? —pregunté.

—El más grande, naturalmente. —Señaló a un inmenso barco de madera con dos mástiles. Debía de medir doscientos pies de eslora—. Es un galeón —explicó Jacquard—. ¿Veis la fila de agujeros en los flancos para los cañones? —Un par de docenas de hombres se movían de un lado a otro en cubierta, preparando el galeón para la partida de ese mismo día. En la parte posterior de cubierta vi un agujero cuadrado por el que los hombres introducían cajas de gran tamaño. ¿Cómo podía una estructura tan

imponente, rebosante de hombres y de cargamento, moverse veloz por el agua? Parecía imposible.

—Ardo en deseos de conocer a este capitán en particular, pues no es ningún cobarde. Eso hay que reconocérselo —dijo Jacquard.

—¿Por qué os parece tan valiente? —pregunté.

—Ha navegado durante una semana desde Hamburgo a Londres en aguas llenas de piratas, de espías y de enemigos declarados del rey Enrique, con una sentina llena de pólvora —dijo Jacquard—. El único país que ha vendido al rey Enrique un cuantioso cargamento de pólvora ha sido Alemania. ¿Os imagináis lo que podría haber causado un solo cañonazo, o una flecha envuelta en llamas?

Jacquard hizo girar las manos, trazando un gran círculo.

—¡Bum! —se rio.

No le vi ninguna gracia a ese escenario.

—¿Han descargado toda la pólvora? —pregunté.

—Hasta la última onza —respondió—. El rey la ha distribuido entre sus múltiples fortalezas nuevas. Alemania saca un buen provecho de sus negocios con él. El rey consigue pólvora y consigue además una cuarta esposa.

—¿La próxima reina será la princesa de Cleves?

Jacquard miró a derecha e izquierda para asegurarse de que los barqueros no lo oían y asintió.

—Eso parece. Hay dos hijas entre las que elegir: Ana y Emilia. El rey ha enviado a Hans Holbein a pintar sus retratos.

Cuando los barqueros nos acercaron a los muelles de Gravesend, me tensé. No encontraba la manera de quitarme de la cabeza la profecía de Orobas: «El rey tiene un segundo hijo. El príncipe reina en Inglaterra, con Cromwell a su espalda».

Cuando la barcaza llegó al muelle, Jacquard pagó a dos muchachos para que llevaran nuestro baúl a la zona destinada al equipaje. Todavía debíamos aguardar como mínimo una hora, pero decidió que nos alejáramos del puñado de edificios situados junto al muelle principal. La opción de acercarnos a la villa de Gravesend estaba descartada. No, Jacquard me

condujo a una arboleda en las afueras, no muy lejos del camino, y me dejó sentada en un tronco caído.

—Debo presentar nuestra documentación al capitán del barco y creo que podré calibrarlo mejor si estamos solos —explicó Jacquard—. Y cuanto menos os vean y hablen con vos, mucho mejor.

No discutí con él. Deseaba estar un rato a solas y prepararme para la travesía. Aunque sería un viaje corto, pues Jacquard había predicho que tardaríamos un par de días en navegar hasta Amberes, yo jamás había salido de Inglaterra. Y jamás había esperado hacerlo.

Mi recelo fue en aumento cuando Jacquard regresó, visiblemente ofendido. Por la expresión de su rostro, entendí que había algo en el capitán que lo inquietaba.

—Es un hombre fuerte, sin duda, y profundamente corrupto —dijo—. Es a todas luces el tipo de hombre al que puedo dar buen uso, pero también hay algunos riesgos. Ha recibido una cuantiosa suma para llevarnos a bordo, más otra pequeña fortuna para zarpar lo antes posible. Pero si alguien con más oro lo abordara, no dudaría en traicionarme. El capitán es un hombre que se vende al mejor postor.

Segundos más tarde, con un brusco tono de voz, dijo:

—¿Qué es esto?

Un joven pelirrojo se dirigía hacia nosotros, cruzando el pantanoso prado en dirección a la arboleda. Quitándose el sombrero con un floreo, preguntó en francés cómo llegar a la posada llamada el Black Swan.

Pareció ser una señal. Jacquard se levantó de un brinco. Los dos hombres se alejaron y hablaron muy concentrados durante diez minutos mientras yo los observaba.

El pelirrojo se despidió de Jacquard con una inclinación de cabeza y se marchó por donde había llegado. Cuando Jacquard regresó a mi lado, vi que por primera vez tenía la frente perlada de sudor.

—Debemos subir a bordo del barco cuanto antes —dijo.

—¿Qué sucede?

—Ha ocurrido lo que más me temía —respondió, muy tenso—. La semana pasada apareció un espía en Hertfordshire, en la granja de Marcus

Sommerville. Hoy mismo la noticia de su muerte ha llegado a Londres y este hombre ha venido a avisarme.

—¿El obispo Gardiner? —pregunté, agitada.

Asintió.

—Pero el hombre informará de que no estoy allí. El obispo sabrá que ha habido un engaño.

—El hombre no informará.

Esperé una explicación, pero en vez de eso Jacquard me ofreció el brazo. Lo noté rígido como el hierro cuando me condujo hasta el muelle principal.

Cuando llegamos a la orilla, me volví a mirarlo.

—¿El hombre del obispo ha sido asesinado? —susurré.

Sin mirarme, respondió:

—Calmaos de inmediato. Por supuesto que ha sido asesinado. No quedaba otra opción. Pero eso creará nuevas dificultades. Su desaparición será investigada. Enviarán a otro hombre o a otros hombres a Hertfordshire en el plazo de un mes. Y temo también que Gardiner nos haya seguido hasta aquí.

El sol en el agua refulgía de tal modo que me deslumbró y tuve que protegerme los ojos con la mano derecha. Me eché a temblar. Jacquard la cogió y fingió besarla. Acto seguido me apretó el hombro y se inclinó hacia mí para susurrarme al oído:

—Esta siempre ha sido una *mission après mort*, y lo sabéis.

Eché a andar, aturdida, por el muelle. Aunque no había sido Jacquard quien había dado muerte al espía de Gardiner en el lejano Hertfordshire, sí había aprobado su asesinato sin el menor titubeo. Me recorrió un escalofrío al ver su indiferencia ante la pérdida de una vida humana.

Había una hilera de pequeños botes que remaban hacia el galeón. Jacquard me ayudó a subir a uno de ellos y saltó después a bordo, plantándose a mi lado.

Justo en el momento en que nuestro hombre hundía los remos en el agua, un tercer pasajero subió de un salto al bote.

—Lo siento, lo siento, espero no molestar —dijo el joven entre risas. Debía de rondar los veinticinco años y era rubio, casi tanto como Edmund

—. Soy Charles Adams, he venido a ver la nueva fortaleza de Su Majestad. Es muy interesante, ¿no os parece?

Mientras nos dirigíamos en el bote de remos hacia el galeón, Jacquard charló con el joven sobre las más recientes defensas contra la invasión imperial.

—¿Os interesa la guerra, señor Adams? —preguntó Jacquard con una sonrisa. Supe, porque lo conocía muy bien, que su sonrisa era forzada. Jacquard sospechaba del señor Adams.

—Me he alistado en el ejército de Londres, si es eso lo que queréis saber —respondió el joven—, pero desgraciadamente los juegos de la guerra no son para mí. Debo ocuparme de la empresa familiar, por eso viajo a Amberes.

Con el mismo tono despreocupado, Jacquard quiso saber a qué se dedicaba.

—Somos mercaderes de paños —respondió Charles Adams—. Adams & Sons ha sufrido mucho durante el embargo, pero me parece una excelente señal que Cromwell me haya concedido el permiso para viajar. Debo reunirme con nuestros socios de los Países Bajos e intentar solucionar la situación. Hay que volver a abrir las rutas comerciales.

—No será tarea fácil —dijo Jacquard.

—No, y no soy ni la mitad de avezado en los negocios de lo que lo era mi padre. Pero murió el año pasado y debo hacer todo lo que esté en mi mano. Mi madre depende de mí.

—Estoy segura de que haréis cuanto podáis —dije.

La mano de Jacquard se tensó sobre la mía. Me había dicho una docena de veces que no hablara con nadie a menos que fuera absolutamente necesario. Pero ¿acaso no llamaría más la atención si me quedaba allí sentada, encerrada en mi tosco silencio?

Con una sonrisa de orgullo, el señor Adams dijo:

—Nuestra empresa de paños se remonta a cuatro generaciones y los Augsburgo han intentado asfixiar el comercio de telas al menos diez veces, ¡y nunca lo han conseguido! Sean cuales sean los embargos que nos imponen, ya sean por causas de dinero o de la guerra, siempre salimos adelante. No pueden con nosotros.

Jacquard se rio como si aquel hubiera sido el comentario más gracioso que había oído desde hacía semanas.

Uno tras otro, nos ayudaron a subir a la cubierta del galeón. Jacquard había pagado una generosa suma para hacer uso de las dependencias de los oficiales de popa. Dormiríamos allí mientras estuviéramos a bordo, al menos una noche y quizá dos, dependiendo del viento. Hacia ese lugar nos dirigimos directamente. Nuestro baúl nos esperaba en el estrecho camarote.

—He dormido en sitios mucho peores —dijo Jacquard. Y añadió, con una cortés inclinación de cabeza—: Vos dormiréis en el lecho. Yo me conformaré con dormir en unas mantas en el suelo.

La importancia del viaje parecía haber enfriado su lascivia, cosa que agradecí.

—¿Debo quedarme aquí durante toda la travesía? —pregunté.

Lo pensó durante un instante.

—Deberíais estar en cubierta cuando el capitán ice las velas. Resultaría raro que me vieran allí sin vos. Pero después de eso, sí, quedaos aquí.

—Intentaré no hablar con el señor Adams, aunque me parece que es inofensivo —dije.

—Dudo mucho que sea un espía de Gardiner, pero nadie es inofensivo —replicó Jacquard.

El barco se movió levemente, quizá estuvieran levando el ancla. De pronto me embargó la tristeza por partir de Inglaterra.

—Jacquard, ¿qué ocurrirá si cumplo con la profecía y el emperador y el rey de Francia salen victoriosos? —pregunté.

—¿Qué queréis decir exactamente?

—Qué será de Inglaterra —dije—. Si Enrique no es rey, si María lo sustituye en el trono, ¿se retirarán entonces todas las tropas?

Sonrió.

—¿Creéis que esa es la razón por la que hacemos esto, simplemente para apoyar la religión y devolverle a lady María sus derechos a la sucesión? Supongo que se repartirán el reino. El rey Jaime de Escocia, aliado de Francia, ampliará su frontera por el sur. Tengo entendido que Francia planea reclamar el sudoeste. En cuanto al emperador, huelga decir que controlará a su prima, la nueva reina. Y no solo eso: por fin dejará de

verse constantemente desafiado en el canal y en el comercio de paño y en otros intereses mercantiles. Todo eso hace que la lucha merezca la pena, ¿no os parece?

A pesar de todo lo que el rey Enrique me había hecho, me horrorizó oír que iban a tratar de ese modo a mi país.

—¿Qué os parece? ¿No creéis que podría ser un espléndido cuarto duque de Buckingham? —preguntó Jacquard, echándose a reír, demostrando una absoluta falta de tacto. La idea de que Jacquard, espía y asesino, se hiciera con el título hereditario de los Stafford era una completa obscenidad.

Pero yo ya no tenía elección. Debía seguir adelante. Subí con Jacquard a cubierta.

Poco después nos reunimos allí una docena aproximada de pasajeros para ver cómo izaban las magníficas velas. A pesar de todos mis temores, fue sin duda un espectáculo memorable. Cada hombre dominaba su papel en el izado de las velas. La cadena de órdenes se gritaba de un extremo al otro del galeón. Los hombres que estaban en cubierta tiraban tan fuerte de los cabos que creí que les estallarían los brazos. Otros trepaban y descendían por los mástiles a una velocidad increíble.

Las enormes velas triangulares llenaron el aire con un trueno ensordecedor. Empezamos a deslizarnos hacia el este en dirección al mar.

Un oficial se dirigió a Jacquard.

—El capitán solicita el honor de vuestra presencia en el puente, señor Rolin —dijo.

Jacquard miró hacia la plataforma más alta. Seguí la dirección de su mirada, hacia un hombre alto que estaba de pie junto a un cañón fijo de plata.

—Sí, por supuesto —dijo antes de volverse hacia mí, sin duda para ordenarme que bajara de inmediato al camarote.

Pero antes de que pudiera decir nada, Charles Adams apareció por mi otro lado.

—Me aseguraré de que vuestra esposa no sufra daño alguno —se ofreció alegremente.

Jacquard me besó con suavidad en la mejilla al tiempo que me apretaba de tal modo la mano que me dolió.

Después de un rato entendí que no era necesario protegerme contra ninguna posible revelación en presencia del señor Adams. No tuve ninguna necesidad de hablar. El señor Adams era el más voluble de los hombres y no paró de charlar de galeones, del comercio del paño y de su maravillosa madre. Su conversación se hizo extensiva a otros pasajeros a nuestro alrededor. Se convirtió en el centro de atención y yo pude limitarme a sonreír y asentir. De vez en cuando, cada pocos minutos, alzaba la vista hacia Jacquard, que seguía en compañía del capitán y de los oficiales. Quizá debido a las grandes sumas de dinero que había pagado, ellos daban por sentado que le haría ilusión compartir el puente con ellos. Esperé que Jacquard pudiera ver que yo me mantenía prácticamente muda.

El galeón navegaba cada vez a mayor velocidad. Todo el mundo comentaba lo rápido que avanzábamos. Al parecer, los vientos conspiraban para alejarme de Inglaterra. Me separé del señor Adams y subí un poco, acercándome más a la proa del barco. El viento soplaba con más fuerza entre las ondulantes velas, azotando mi vestido a un lado y a otro.

El Támesis fue ganando en amplitud a medida que continuábamos hacia el este. Cuando miré al frente, vi el punto exacto donde se abriría al mar. No estaba demasiado lejos. Posiblemente lo alcanzaríamos en el plazo de una hora. Y después me iría de Inglaterra. Me dio vueltas la cabeza y me agarré con fuerza a la barandilla de madera del raudo galeón. ¿Cuándo regresaría? ¿Y con qué terrible conocimiento adquirido? Jamás volvería a ser la misma persona.

—¿Estáis mareada, señora Rolin? —preguntó la amigable voz de Charles Adams. Se había separado de los demás para hablar conmigo—. Disculpadme por decirlo, pero habéis palidecido —dijo—. ¿No estaréis preocupada por los piratas?, ¿verdad? Estamos bien armados y nuestro capitán es formidable.

Asentí, con la esperanza de que regresara con los demás. Pero no lo hizo.

—Señora Rolin, ¿me permitís que comparta con vos mi fruta? A bordo solo encontraréis carne salada y pan, por eso la traigo conmigo. Creo que la

fruta ayuda a templar el ánimo.

El señor Adams introdujo la mano en la pequeña bolsa que llevaba y sacó de ella un paquete envuelto. Contenía un puñado de cerezas, perfectamente maduradas.

—Mi madre insistió —dijo con una sonrisa tímida.

—En ese caso, decididamente no puedo aceptar ninguna, pues son para vos —dije.

Pero él no se dio por vencido, de modo que me metí una cereza madura en la boca. Su pulposo dulzor me regaló un instante de deleite. Cuando cultivábamos cerezas en el huerto de Dartford, habían sido mi lujo favorito.

De pronto, el barco cabeceó y emergió después sobre las olas y un chorro de agua nos salpicó. Nos apartamos de un salto de la barandilla. El señor Adams se rio. En cuanto a mí, me sacudí el agua del sombrero, pero me cayeron unas gotas en la boca y me sorprendió su sabor salado. Allí el río se mezclaba con el mar.

—¿Otra cereza? —insistió.

Acepté otra, más dulce aún que la primera. Cerré los ojos. El sol me calentó la cara al tiempo que paladeaba el sabor. Las velas aletearon al viento.

—Gracias —dije—. Siempre me han gustado las cerezas.

—A mi madre también, y a mi hermana. Las cultivamos especialmente en un huerto cerca de Londres. Según tengo entendido, no son de cultivo fácil.

—No —dije—. Nuestros árboles de Dartford exigían un cultivo muy cuidadoso.

En cuanto se me escapó la palabra «Dartford» me quedé paralizada.

—¿Vivíais en Dartford antes de casaros? —preguntó.

—No, nunca —tartamudeé—. Solo estuve allí visitando a unos amigos.

Semejante contradicción no hizo sino poner aún más en relieve mi desliz, pero el señor Adams no dio signos de haber reparado en ello. Guardó las cerezas y empezó a hablar de los libros que quería comprar en Amberes. Asentí, sin escuchar apenas, mientras veía a Jacquard acercarse a mí. Me sentí profundamente agradecida al comprobar que no había oído mi desliz.

—Quizá mi esposa necesite descansar —le dijo a Charles Adams.

—Sí —intervine de inmediato—. Estoy cansada.

El señor Adams inclinó la cabeza a un lado y dijo:

—Naturalmente, aunque creía que las cerezas os habían refrescado, señora.

—Estaban deliciosas —dije con una débil sonrisa.

Jacquard me condujo al camarote. Aunque caluroso y falto de aire, agradecí el confinamiento después de la estupidez que acababa de cometer en cubierta. A punto estuve de confesarle a Jacquard lo que había dicho, pero no quise alarmarlo más. Estaba convencida de que Charles Adams olvidaría el comentario. De hecho, probablemente ya lo hubiera hecho.

Me hice un ovillo en el lecho prestado del oficial. Jacquard no regresó al camarote hasta que me hube quedado dormida. El ruido que hizo la llave en la cerradura y la puerta al abrirse me despertó. La habitación estaba sumida en una absoluta oscuridad y no podía verlo, pero olí el vino de su aliento y lo oí moverse por el camarote, acomodándose en el suelo. Volví a quedarme dormida en un santiamén. Hubo algo en el hecho de estar a bordo de aquel inmenso y veloz barco que me sumió en un sueño profundo.

En la pared del camarote había un ventanuco acristalado, lo suficientemente grande como para dejar entrar la luz a raudales. Sentí en los ojos el calor del sol de la mañana y me los froté para despertarme.

Jacquard estaba de pie a escasos centímetros de mí, mirándome con menosprecio.

Clavé en él la vista. No había la menor sombra de deseo en su expresión. Al contrario: me miraba con los ojos más fríos que yo había visto en mi vida.

—¿Qué ocurre? —pregunte con la voz ronca.

—Nada.

Se había cambiado de ropa. Agradecí que lo hubiera hecho mientras yo dormía para evitar así una situación embarazosa.

—Mandaré que bajen comida —dijo—. Quedaos aquí hasta que venga a buscaros. Tenemos un viento excelente y deberíamos atracar en Amberes

antes de que caiga la noche. —Hizo una pausa—. ¿Me habéis entendido, Joanna Stafford?

—¿Cómo iba a no hacerlo? —pregunté, atónita.

Salió del camarote.

Tras lavarme la cara en la palangana, vestirme y romper mi ayuno, decidí que la frialdad de Jacquard no debía sorprenderme. Aquella era una misión peligrosa. Él había recibido una noticia inquietante la víspera antes de que zarpáramos y no había dormido mucho. Y ese mismo día arribaríamos a los Países Bajos, una perspectiva que quizá lo inquietara tanto como a mí, aunque cada uno lo mostraba a su modo.

Cuando Jacquard por fin bajó a buscarme, me encontró sudorosa e inquieta.

—No tardarán en bajar a buscar el baúl.

Me condujo a la abarrotada pasarela. Los escalones que llevaban a cubierta estaban a tan solo unos metros de nosotros.

—Esta noche veremos a Chapuys. Cuando lleguemos a Amberes, primero comeremos y beberemos algo. Conozco un lugar.

—¿Por qué no vamos a ver a Chapuys ahora mismo? —pregunté—. ¿Qué puede haber más importante que nuestra misión?

Jacquard no me respondió.

Cuando llegué a cubierta, olvidé de inmediato la brusquedad de Jacquard, pues fue maravilloso sentir de nuevo el viento y el sol en el rostro. El galeón había cruzado el corto tramo de océano mientras yo estaba en el camarote. En ese momento navegábamos hacia el este por un amplio canal que discurría entre una isla y la costa de los Países Bajos. Aquella era la tierra próspera de Bruselas y Ámsterdam, Amberes y Gante. En esa costa vivía más gente que en la de Inglaterra, de eso no había duda. Los tejados y los campanarios, apiñados, llenaban el horizonte. El barco se adentró por un río, el Escalda. Como el Támesis, nos llevaría hasta la ciudad que teníamos por destino. El río estaba lleno de barcos. Había galeones tan grandes como el nuestro y muchas, muchísimas naves de menor envergadura.

—Había olvidado esto. Pareciera que el mundo entero tiene como destino Amberes —dijo Charles Adams cuando se unió a nosotros en cubierta.

—Eso es porque es así —respondió Jacquard—. Los mercaderes de especias portugueses, los impresores alemanes, los mercaderes de sedas de Milán, los sopladores de vidrio venecianos, los impresores holandeses y —se volvió con una inclinación de cabeza hacia su acompañante— los mercaderes de paño ingleses. Todos tienen aquí las sedes de sus empresas. Los Augsburgo son la monarquía de Flandes, pero en realidad son los banqueros los príncipes de Amberes. Han creado incluso un puerto seguro para los judíos. Las persecuciones de España no se ven con buenos ojos en Flandes.

Durante el resto de la travesía por el Escalda, Jacquard y Charles Adams conversaron alegremente sobre libros, vino y música. Por la familiaridad con la que lo hacían entendí que habían pasado horas hablando de esas cuestiones durante el resto del día y quizá también durante la noche anterior. Jacquard mostraba una clara simpatía por aquel hijo de mercaderes.

Nunca olvidaré la llegada al puerto de Amberes. El sol se ponía en el cielo a nuestra espalda, reflejándose en todas las ventanas de las casas, del ayuntamiento y de las tabernas de la ciudad. Una luz dorada parpadeó, se estremeció y se hundió por fin en el crepúsculo cuando encontramos un lugar donde atracar. Mientras aguardábamos la llegada de las chalupas para completar en ellas el resto de la travesía, Charles Adams compartió conmigo el significado de la palabra «Antwerp[3]».

—Guarda relación con una leyenda, la historia de un gigante —dijo—. El gigante vivía en el río Escalda y exigía un peaje, y si alguien se negaba a pagarlo, el gigante le cortaba la mano. «Arrojar una mano» en holandés suena como *Antwerpen,* o lo que es lo mismo, Amberes.

—Ah —dije.

Incluso en la débil luz del crepúsculo alcancé a ver que se sonrojaba.

—Ah, quizá sea una historia demasiado horripilante para una joven esposa. Espero que no estéis enojada.

—A mi esposa le gustan las historias horripilantes —dijo Jacquard con una extraña intensidad.

Justo en ese momento llegaron las chalupas y poco después estábamos en la orilla. Para mi sorpresa, Jacquard insistió en que Charles Adams nos

acompañara a cenar y a beber. El propio Charles intentó zafarse, con la excusa de que estaba cansado.

—Oh, vamos. Sois cinco años menor que yo y yo no estoy cansado —se burló Jacquard—. ¿Solo una jarra de vino?

Halagado, el señor Adams accedió y yo me sentí agradecida por el gesto. Eso significaba que Jacquard dedicaría su tiempo a conversar con su nuevo amigo y no a provocarme ni a sermonearme.

Aunque había caído la noche, no había el menor signo de toque de queda en Amberes. Las calles llanas estaban llenas de gente. Oí hablar algo de español y de francés, pero sobre todo una lengua extraña que, según me dijeron, era holandés. La música salía a raudales por las puertas y ventanas, abiertas de par en par a la balsámica noche.

Otra de las diferencias entre Amberes y Londres era el olor. Yo creía que todas las grandes ciudades olían igual. Pero con la inevitable mugre de una gran metrópolis se mezclaba el olor acre de los libros recién impresos, así como el intenso aroma de las especias: clavo, jengibre, pimientas y otras especias exóticas con las que yo jamás había soñado.

Si hubiera estado en los Países Bajos por otra razón, quizá me habría encantado poder explorar una ciudad como Amberes, pero nos habíamos adentrado en esa parte del mundo con una misión que debía transcurrir en la oscuridad.

Jacquard nos condujo por una calle más tranquila hasta una taberna. El establecimiento no estaba tan bien ubicado como yo había esperado. Aun así, conocían allí a Jacquard. Saludó a voz en grito a un hombre, con una inclinación de cabeza a otro. Ambos hablaron un momento con él, diciéndole que hacía mucho que no lo veían. Luego los dos hombres salieron del salón principal.

Nos sentamos a una mesa. Jacquard se jactó de que en Amberes se encontraban los mejores vinos del mundo.

—La plata y las especias de América no cesan de llegar, de ahí que hasta en la más humilde taberna de Amberes sirvan una selección mejor de vinos franceses que en París.

Charles Adams tomó un par de sorbos del vino que había pedido Jacquard.

—¿No os parece magnífico? —preguntó Jacquard.

El señor Adams vaciló y dijo:

—Lamento deciros que este vino está un poco amargo, señor Rolin.

—¿Qué?

Jacquard se levantó de un salto de la silla y salió como una exhalación por una puerta que comunicaba con la parte trasera del local. Apenas tres minutos más tarde regresó. Invitó a Charles Adams a que lo acompañara.

—El dueño de la taberna se ha disculpado y nos ofrece una jarra de su mejor selección en su estancia privada. Vino de Madeira. Venid.

El señor Adams me miró y preguntó:

—¿Y vuestra esposa?

—No os preocupéis por ella. Podemos empezar a beber allí y volver a reunirnos con ella. Es de barrica. Tienen que servírnoslo en la trastienda para que lo probemos de inmediato.

En cuanto Charles Adams se marchó con él para probar el vino, me fijé en lo silenciosa que estaba la taberna. No atendían a nadie más. Una mujer de mirada triste sacaba brillo a las copas en el rincón. Oí una música muy suave, procedente de otro local situado al fondo de la calle.

No sé cómo lo supe. No se oyó nada. No vi nada extraño. Pero lo supe.

Corrí hasta la misma puerta por la que los hombres habían salido. La mujer que sacaba brillo a las copas alzó la vista cuando pasé corriendo por delante de ella.

La puerta no llevaba a la habitación del dueño de la taberna, sino a un pasillo de piedra muy estrecho. Al fondo había una antorcha insertada en el muro. Debajo de ella, Jacquard estaba inclinado sobre Charles Adams. Acababa de cortarle el cuello.

OceanofPDF.com

43

—¿Creéis acaso que era mi deseo matar a ese muchacho? —dijo Jacquard con el rostro rígido y bañado en sudor—. No tenía elección.

Me había sacado prácticamente a la fuerza de la taberna. La puerta de la calle estaba cerrada con llave. Uno de los hombres que nos había saludado al entrar me había tapado la boca con la mano un segundo antes de que chillara. No lo había oído acercarse por detrás de mí. Antes de que se me sacaran de allí a la fuerza, vi al otro llevándose a rastras a Charles Adams hasta el extremo opuesto del pasillo. Todos ellos eran cómplices de Jacquard de misiones anteriores.

La anciana puso delante de Jacquard un vaso de algo y él se lo bebió de un solo trago.

—¿Por qué? —sollocé—. ¿Por qué habéis cometido semejante atrocidad?

Me señaló.

—Vos sois la única culpable. Después de todas mis instrucciones, repetidas hasta la saciedad, ¿no se os ocurre nada mejor que decirle que sois de Dartford una hora después de subir a bordo?

Lo miré fijamente, atónita.

—Sí, os vi hablar y compartir fruta con él y me ocupé de averiguar qué era exactamente lo que le habíais dicho. —Le indicó a la anciana que le sirviera otro vaso.

—Pero matarlo…, no había necesidad de hacer eso —dije, entrecortadamente.

Jacquard estampó el puño en la mesa.

—Gardiner os persigue. Es solo cuestión de tiempo que se entere de que ya no estáis en Hertfordshire, quizá que nunca estuvisteis allí. Si sabe que he venido a Amberes en ese barco, podría investigar a mi supuesta esposa. No tardaría en saber qué otros ingleses iban en el barco y en entrevistarlos.

Y vos le dijisteis a Adams que erais de Dartford. No de Derbyshire, sino de Dartford. ¿Cómo pudisteis cometer semejante estupidez?

Sollocé, tapándome la cara con las manos, convulsionada por la culpa y el dolor por la muerte de aquel afable muchacho.

—Basta —tronó Jacquard—. No puedo soportar oíros llorar. No después de lo que he tenido que aguantar durante estos dos últimos días. Comportaos. Partimos ahora mismo hacia la residencia de Chapuys.

—No —dije—. No pienso seguir adelante con esto. Ya ha habido dos muertes. No puedo soportar el peso de estos pecados mortales cometidos por mi culpa. Ninguna penitencia bastará para limpiarme.

Jacquard se levantó.

—O venís conmigo a casa del embajador Chapuys u ordenaré que os aten y os carguen a un carro. Vos elegís.

También yo me levanté. Cerré con fuerza la mano sobre el respaldo de la silla al tiempo que me inclinaba hacia delante y le decía:

—Iré, Jacquard. Pero después de eso, solo seguiré adelante si es por voluntad propia, no lo olvidéis.

No añadió nada durante un instante. Vi cómo luchaba consigo mismo para controlarse.

—No lo olvido —dijo por fin—. Si decidís no continuar, nada ni nadie podrá obligaros a ello, cierto. Pero me gustaría ver cómo volvéis a Inglaterra sin la ayuda del embajador o de mí. No tenéis una sola moneda y vuestra documentación es falsa.

Hizo una pausa para darme tiempo a asimilar el peso de sus palabras.

—Antes de que toméis vuestra decisión, hablad con Chapuys.

Fui por tanto a casa de Eustace Chapuys con Jacquard Rolin, asesino, mentiroso, conspirador, seductor de muchachas y, según rezaban los documentos que obraban en su poder, mi esposo.

Jacquard habló primero a solas con Chapuys. A continuación, fui yo la que mantuvo una audiencia privada con el embajador. Me hicieron pasar al estudio del hombre, una habitación con las paredes revestidas de roble y llena de libros, cuadros y objetos preciosos.

Los afilados rasgos del embajador se suavizaron cuando me miró.

—Habéis sufrido mucho, Juana —dijo—. Y lo lamento.

Me condujo hasta una mesa en la que había servida comida y bebida.

—No tengo hambre —dije.

Chapuys me apremió a que comiera.

—No puedo permitir que enferméis —respondió.

—Porque os soy útil —repliqué amargamente—. Me miráis como mira un granjero a su cerdo más preciado, para alimentarlo y cuidar de él hasta el momento de sacrificarlo.

—¿Es eso lo que opináis de mí? —preguntó con suavidad.

—No sé lo que opinar —estallé—. Mi periplo hasta los videntes ha estado marcado por el pecado y la muerte. Sé que vos y los demás esperáis de mí que ponga fin al mal, pero al hacerlo, estoy creando el mal. He jurado que haré todo lo que esté en mi mano para devolver a Inglaterra a la fe católica, pero ¿y estos asesinatos que han salpicado el camino? ¿Primero el hombre que espiaba a las órdenes de Gardiner en Hertfordshire y ahora el señor Adams? Dios jamás lo aprobaría. Sé en el fondo de mi corazón que no está bien.

Chapuys asintió. Un instante después, señaló con un gesto de la mano hacia sus estanterías de volúmenes con cubiertas de piel.

—¿Sabéis que por esto me compré una casa en Amberes? Por mi pasión por los libros. Fui amigo de Erasmo, gran amigo. Pasé largas noches debatiendo con él y con otros los principios del humanismo. Amberes es el centro del mundo en lo que a los libros se refiere. Probablemente hayáis olido la tinta que impregna el aire caminando por las calles.

Asentí.

—Vos también amáis los libros. Sé eso de vos, Juana. De modo que vos y yo estaremos de acuerdo, teóricamente, en que la imprenta es un buen invento. Acercaos conmigo a la ventana, os lo ruego.

Me reuní con Chapuys delante de los grandes ventanales con parteluz, abiertos a la noche estival. Nuestra ventana estaba en la tercera planta de su hermosa casa. Veíamos desde allí muchos edificios de Amberes, con el Escalda brillando al fondo.

—En este preciso instante, ahí abajo, las imprentas, más de cincuenta, fabrican libros para avivar el movimiento protestante. ¿Veis ahora de qué modo el bien se convierte en mal? Suecia, Noruega, Dinamarca, Suiza, de

momento las hemos perdido. Ni que decir tiene que Alemania es un hervidero de herejes. Y la infección se expande con rapidez por Francia y Escocia. Inglaterra, como bien sabemos, ha sido engullida. Nuestra religión no debe caer, Joanna. Mil años de sabiduría y devoción no pueden ser aniquilados. Un hombre, uno solo, se interpone entre la anarquía y el mundo. Vos lo sabéis. El emperador Carlos V.

Sus palabras fueron convincentes. Pero yo tenía una pregunta, la misma que llevaba preocupándome desde Canterbury:

—Si el emperador fuera tan poderoso, ¿por qué iba a necesitar que yo haga nada?

Chapuys hizo una mueca.

—Porque la alianza con Francia es frágil. El rey Francisco es un mentiroso y carece de la menor pizca de honor. El tratado sigue vigente, pero sabemos que Francisco negocia en secreto con los turcos. Los turcos son un enemigo tan feroz para el Sacro Imperio Romano como los protestantes. Mi señor, Carlos V, se ve obligado a combatir a los seguidores de Lutero por un lado y a los de Mahoma por el otro. ¿Os imagináis las dificultades que eso entraña? Pero, independientemente de que haya acordado o no una alianza con Francia, el emperador no cejará en su empeño. ¿No deseáis ayudar a nuestra santa causa, Juana, y conocer la profecía que os concierne?

Sentí que mi determinación a no seguir adelante, tan firme en la espantosa taberna, empezaba a debilitarse.

—Si accedo a continuar hasta Gante —dije—, será solo si me contáis algo sobre el tercer vidente. Gertrude Courtenay, vuestra agente, prácticamente no me contó nada sobre el segundo vidente y yo no estaba preparada para ello. De nada sirve mantenerme en la más absoluta ignorancia. Lo he pedido en reiteradas ocasiones y vuestra negativa me insulta.

Chapuys me observó muy pensativo.

—Si accedéis a cenar, os contaré todo lo que pueda contaros sobre ese hombre —dijo con una elegante sonrisa.

Accedí. Me senté y me llevé a los labios la primera cucharada de estofado, al que Chapuys llamó *vlaamse stoofkarbonaden*. La mezcla de

pimienta y clavo, la tierna ternera y las zanahorias, todo ello estofado en cerveza, me dejó absolutamente perpleja. Devoré el cuenco entero. Estaba triste, asustada y enfadada, pero también famélica.

Mientras yo comía, Chapuys habló de lady María Tudor, de lo mucho que temía por su seguridad desde que él había sido llamado a regresar a los Países Bajos.

—La eliminación de la concubina no ha devuelto a María la prominencia, tal y como esperábamos. El rey no se fía de ella. Por eso ha arrestado y asesinado a los nobles que en algún momento han demostrado su afecto a lady María. Mucho me temo que esta nueva reina protestante alemana la tratará terriblemente.

Yo compartía el mismo temor del embajador por lady María. En eso coincidíamos. De ahí que, cuando terminé de cenar, entrelacé las manos y pregunté lo que más necesitaba saber: la identidad del tercer vidente.

—El hombre al que llevan a Gante es un prisionero de emperador —dijo Chapuys—. Por eso era impensable enviarlo a Inglaterra. Está bajo arresto en los Países Bajos.

El estofado de ternera se me revolvió en el estómago.

—¿Voy a oír mi profecía de labios de un criminal?

—No es un hombre peligroso —respondió Chapuys—. Fue interrogado en el transcurso de un juicio por herejía y fue allí cuando apareció su poder de videncia. Tras repetidos interrogatorios, reveló la profecía sobre vos. Es sin duda el vidente más dotado de nuestro tiempo, Juana. Habló de una monja dominica de Inglaterra, una monja de sangre española, que cambiaría el equilibrio de poder en la cristiandad. Ha revelado una serie de visiones sobre vos a las que hemos intentado dar respuesta, primero mediante Gertrude Courtenay y después Jacquard y yo mismo. La tercera parte de la profecía solo puede desvelarse en la ciudad de Gante, la misma en la que hace treinta y nueve años nació el emperador Carlos. No sabéis cuánto lamento que sea así. Siento mucho todo lo que habéis tenido que soportar hasta ahora, Juana. El fraile dominico que lo interrogó en primer lugar, y que supo de vuestro papel en el futuro, vigila al hombre incluso en este momento en una prisión totalmente segura.

Seguí sentada en silencio durante un buen rato, intentando asimilar lo que acababa de oír.

—¿El hombre es protestante? —pregunté—. Habéis dicho que ha cometido crímenes religiosos.

—No —respondió—. El tercer vidente fue interrogado por la Inquisición porque se sospechaba de él que era un converso. Durante la investigación se revelaron las profecías del hombre: la del perro que volará como un halcón y debilitará al toro inglés para siempre.

«La Inquisición». Naturalmente yo sabía de su existencia, aunque jamás había estado en presencia de ningún inquisidor. La Orden de los Dominicos supervisaba el Santo Oficio de la Inquisición, creada para eliminar la herejía en España. Una de sus principales prioridades era investigar a aquellos de fe musulmana y judía que afirmaban falsamente haberse convertido al cristianismo.

Por fin había descubierto la verdad sobre el tercer vidente. Era un hombre acusado de haber renunciado a la fe judía de su familia. Un converso.

—Gante está a tres días de camino de aquí —dijo el embajador—, y debemos movernos con rapidez. Debéis oír la profecía antes de la medianoche del catorce de agosto, esa es la última información que he recibido del dominico que controla a nuestro vidente. Faltan cuatro días. Pero Jacquard conoce bien el terreno. Nos llevará hasta allí a tiempo.

—¿Es necesario que Jacquard nos acompañe? —susurré.

El embajador se inclinó hacia delante.

—Entiendo que Jacquard y vos no os lleváis bien. Pero ¿en algún momento os ha lastimado físicamente?

—No —concedí.

—Ni lo hará. De todos modos, a partir de ahora, yo estaré con vos, Juana.

Me detuve a pensar durante un momento.

—Muy bien, iré con vos a Gante. Ya he llegado tan lejos, ¿cómo podría volver? Pero pase lo que pase, jamás perdonaré a Jacquard por haber matado a Charles Adams. —Bajé la cabeza—. Ni tampoco me lo perdonaré.

OceanofPDF.com

44

Para ese último tramo del viaje, me deshice de mi peluca castaña y ya dejé de presentarme como Catherine Rolin, la novia de Derbyshire. Jacquard insistió en que me disfrazara de muchacho. No habría ninguna mujer en el grupo que viajara con destino a Gante. Aunque su persistente preocupación tras el asesinato del pobre Charles Adams me resultaba ridícula, odiaba tanto hacerme pasar por su esposa que me recogí el pelo bajo un sombrero y me enfundé los pechos bajo un jubón de hombre sin protestar.

Poco fue lo que hablé durante el viaje a caballo hacia el sur con destino a Gante. Los caminos eran más amplios que la mayoría de los que recorrían mi país de origen. Pasamos por pulcras villas y dejamos atrás un sinnúmero de granjas de aspecto próspero. Me vi de pronto echando de menos la belleza más salvaje del paisaje inglés, los impenetrables bosques verdes y las rocosas colinas.

Me habría gustado saber lo que estaría haciendo Arthur. ¿Sería feliz en el castillo de Stafford? ¿Habría tomado yo la decisión correcta? Más que nunca, echaba de menos a Edmund. Añoraba no solo su sensibilidad y afecto, sino también su sensatez. Temía enfrentarme a lo que él habría opinado de mi decisión de salir en busca de mi destino. ¿Lo desaprobaría, o quizá lo enojaría que no lo hubiera hecho antes?

Chapuys y Jacquard cabalgaban juntos, hablando. Yo los oía utilizar las palabras «Gante», «los burgueses» y «los gremios» una y otra vez. Les provocaba un gran recelo entrar a la ciudad, pero no a causa del tercer vidente. Tenía algo que ver con la inestabilidad de la gente de Gante.

La noche del segundo día de viaje, Jacquard insistió en hacer algo cuando menos peculiar: Chapuys y yo nos adelantaríamos con sus criados hasta una posada de la ciudad que ellos conocían, pero Jacquard decidió rezagarse. Por qué, nadie me lo dijo. Yo albergué la esperanza de que abandonara el grupo definitivamente y poder seguir hasta Gante con el embajador.

Chapuys y yo llegamos a la posada y reservamos habitaciones. Yo había disfrutado de una cena tardía y me preparaba para dormir cuando llamaron con brusquedad a la puerta. Era uno de los criados de Chapuys.

En cuanto entré a la habitación del embajador vi dos cosas que me inquietaron: Jacquard había regresado y el embajador parecía más alterado de lo que yo lo había visto hasta entonces.

—Un espía inglés nos ha seguido desde Inglaterra —anunció Chapuys, frotándose la frente.

—Oh, no —dije—. No, no, no.

—Tuve la impresión de que alguien nos vigilaba en el barco —dijo Jacquard—. No vi la menor señal que indicara que nos observaban en Amberes. Pero en cuanto estuvimos de camino a Gante, volví a percibirlo. Por eso decidí rezagarme y tenderle una trampa. Apareció en el camino poco después de que nos separáramos.

—Pero ¿de quién se trata? —pregunté.

—Es el mismo espía que el obispo Gardiner mandó a Dartford para que os vigilara —respondió Jacquard—. El delgado de los ojos juntos. Lo mandaron aquí porque os había visto en Dartford y podía identificaros. Pagó al capitán una pequeña fortuna para ocultarse a bordo. Efectivamente, Gardiner sospechaba que saldríais del país conmigo, haciéndoos pasar por mi esposa. Algo le decía que así sería y se ha mantenido fiel a su intuición hasta el final.

—Esta misión no puede proseguir —dije—. El obispo Gardiner sabe demasiado. ¿Cómo podré regresar?

—Debe proseguir —dijo fervientemente Chapuys—. Encontraremos el modo de devolveros a Inglaterra.

—El espía de Gardiner todavía no había mandado ningún mensaje a Inglaterra sobre lo que había descubierto —intervino Jacquard—. No había podido observaros con detenimiento para decidir si erais realmente Joanna Stafford. Y no ha tenido tiempo de mandar ningún mensaje a Inglaterra antes de seguirnos en nuestro viaje. Eso es lo que he podido sacarle.

La palabra «sacarle» me puso la piel de gallina. No hubo necesidad de respuesta. A partir de entonces mi conciencia habría de cargar con una tercera muerte.

Tras una noche de tormentosos sueños, me desperté y una vez más hice uso de mi disfraz de hombre. El calor era ya opresivo y tendríamos que cabalgar a buen ritmo para llegar a Gante antes de que oscureciera. Esa noche era el momento acordado para que oyera la tercera profecía. No podíamos posponerlo un solo día.

Pero el problema del calor no fue nada en comparación con lo que supe a continuación.

—No puedo seguir —reconoció el embajador Chapuys—. Nadie debe saber de mi implicación en esta conjura, Joanna. Son órdenes del propio emperador.

—Prometisteis que no me abandonaríais —dije.

Chapuys me cogió por los hombros y me sacudió.

—Confiad en mí —pidió—. ¿Confiáis en mí?

Asentí.

—Encontraremos las soluciones pertinentes —sentenció el embajador —. Volveréis a vuestro país. Si, después de que todo haya concluido con éxito, no podéis vivir sana y salva en Inglaterra, asumiremos las disposiciones necesarias para que viváis en Europa. Podríais volver a ingresar en la Orden de las Dominicas. Puedo encontraros fácilmente un lugar en algún priorato de los Países Bajos o de España. Cuidaremos de vos, no temáis.

Yo sabía que Chapuys estaba en lo cierto. Era demasiado tarde para volverme atrás.

Jacquard y yo cabalgamos tan rápido como nos fue posible, seguidos por dos hombres. Hacía tanto calor que el sudor me bañaba el rostro y el cuerpo. Me esforcé cuanto pude por luchar contra la confusión mental que esas condiciones provocaron en mí.

Ya casi había caído la noche cuando Jacquard Rolin y yo llegamos al punto donde el Escalda se unía al río Lys. Allí oiría la tercera y última profecía.

La ciudad de Gante parecía tan grande como Amberes. Dejamos a un lado una magnífica catedral gris al entrar en la ciudad. Las elegantes casas, abadías y gremios salpicaban las oscilantes calles. Sin embargo, había una clara diferencia en el ambiente que se respiraba en Gante respecto al de

Amberes. La ciudad portuaria traspiraba un encanto abierto y deslumbrante. En Gante, en cambio, el recelo y la desconfianza se advertían en los rostros de quienes encontrábamos a nuestro paso.

—Es una ciudad desafiante —dijo Jacquard—. Los ciudadanos se han negado a pagar los impuestos al emperador Carlos, arguyendo que no tienen intención de ir a la quiebra para pagar sus guerras en el extranjero. Sin dinero, es imposible controlar el imperio. Pero los burgueses azuzan constantemente a la ciudad, insistiendo en que deben declararse independientes.

Yo jamás había oído de ninguna ciudad que se hubiera levantado en rebeldía contra su monarca. ¿Y aquel era el lugar donde había nacido el emperador? De pronto me asaltaron nuevas dudas. Si el emperador no podía gobernar en Flandes, cuna de los Augsburgo, ¿cómo pretendía reinar en un inmenso imperio en expansión y dirigir a la vez una invasión de Inglaterra?

La calle por la que avanzamos desembocaba en una gran plaza. La vi delante de nosotros. Pero también oí algo. Gritos y vítores de los vecinos. Y no cientos. Miles.

Jacquard maldijo cuando llegamos a la plaza. Una compacta muchedumbre se congregaba y pataleaba ante nosotros, alrededor de una plataforma levantada en el centro. No podíamos avanzar ni un metro más.

—El Gravensteen está al otro lado, tres calles más allá —dijo, echando chispas.

—¿Qué es eso?

—El antiguo castillo de Gante donde está retenido el vidente que os aguarda —respondió Jacquard—. Y faltan menos de cuatro horas para la medianoche. No será fácil abrirnos paso hasta el otro lado ni explicar por qué salimos de la plaza cuando toda la ciudad de Gante parece haberse reunido aquí con un único propósito.

Dejó a los dos hombres a cargo de los caballos y les ordenó esperar hasta que la plaza recuperara la calma para reunirse con nosotros en nuestro destino.

—No os mováis ni un centímetro —me dijo—. Volveré con información.

Mientras lo esperaba, intenté prepararme para aquel lugar llamado el Gravensteen, pero a medida que transcurrían los minutos, la multitud allí congregada me asustaba más y más. Despertó en mí el recuerdo de la chusma sedienta de sangre de Smithfield que vitoreaba al ver arder a mi querida prima Margaret en la hoguera.

Recé para que Dios me diera fuerzas.

Jacquard regresó con una espantosa noticia. La ciudad, en efecto, se había negado a pagar a María de Hungría, la regente de los Países Bajos y hermana del emperador, los impuestos que esta les exigía. Los burgueses, que habían asumido el control de la ciudad, habían jurado quemar el documento que vinculaba la ciudad de Gante a los Augsburgo. Un diácono que se mantenía fiel a Carlos tenía guardado a buen recaudo el documento y se negaba a entregarlo. Pero los burgueses habían celebrado su propio juicio y habían condenado al recalcitrante diácono. Esa noche iba a ser ajusticiado en la plaza.

Jacquard señaló la plataforma. Me tapé la boca con la mano. Yo tenía razón. Aquella era una muchedumbre ávida de presenciar una muerte pública.

Jacquard me empujó para que avanzara hacia la plataforma.

—No…, no podemos —dije.

—No nos llevará mucho tiempo, pues van a ejecutar al diácono cuando se ponga el sol —me dijo al oído—. Después podremos llegar al Gravensteen.

Entonces pude ver mejor la plataforma levantada en el centro de la plaza. Las antorchas ardían en cada una de las cuatro esquinas de la estructura de madera. Vi que el diácono agitaba los brazos, aterrado, cuando lo subieron a rastras a lo alto. Sus gritos se entremezclaron con los de la entusiasmada chusma. Un hombre se abalanzó sobre él con un hacha en alto. No se trataba de un verdugo profesional, como el que había visto en Tower Hill. Estaba a punto de asistir a una carnicería delante de una chusma incontrolable.

El hacha se elevó y cayó tres veces. El diácono murió.

No flaqueé al presenciarlo. Simplemente me invadió una rabia impotente ante la locura y la falta de misericordia de los hombres.

Miré de soslayo a Jacquard. Estaba turbado, ciertamente, pero en ningún caso asqueado por lo que acababa de ver. Para él, aquello no era más que un inconveniente retraso en su *mission après mort*.

Un burgués subió a lo alto de la escalera y agitó algo pequeño y de color claro en alto. Hubo una llamarada. Sobre el cuerpo mutilado del diácono, quemaron el documento de piel de cabritilla que contenía la firma del emperador Carlos, destruyendo así la prueba que los vinculaba en vasallaje al Sacro Imperio Romano.

La gente de Gante bailaba y cantaba. Jacquard y yo intentamos abrirnos paso en lo posible sin levantar sospechas. «Bailad», nos gritaba la gente. Oculté el rostro contra el hombro de Jacquard. Por mucho que lo odiara, no podía sonreír en presencia de aquellos asesinos.

No sé si habríamos conseguido salir de esa plaza a tiempo de no haber sido por el viento.

Jacquard me cogió más fuerte del brazo cuando lo notó.

—¿Qué es eso? —dijo, mirando al cielo—. Hace unos minutos, el cielo estaba estrellado. ¿Cómo es posible que de repente se desate una tormenta?

También yo levanté la vista al tiempo que los vientos me rodeaban. Las nubes cruzaron el cielo, ocultando las estrellas tan deprisa como se habían hinchado las velas del barco que nos había llevado a Amberes.

La gente de Gante empezó a reaccionar a la galerna, que ganaba en fuerza cada segundo que pasaba.

Una anciana dijo:

—¡Es el juicio de Dios! —Sus vecinos la hicieron callar, pero otros parecieron hacerse eco de ese temor.

Me volví hacia Jacquard y dije:

—Ahora podemos ir al Gravensteen.

Me miró en la oscuridad y respondió:

—Quizá la galerna no nos lo ponga fácil. Preparaos.

—Estoy preparada —dije—. Sois vos el que quizá no lo está.

Avanzamos dificultosamente. En el último tramo de la calle por la que avanzábamos, Jacquard me rodeó con el brazo y me estrechó contra él, intentando protegerme mientras empujaba hacia delante con el otro brazo, apartando las ramas y la mugre que el viento arrojaba contra nosotros. A

ojos de cualquiera, podíamos parecer una pareja de enamorados que intentara desesperadamente llegar a casa.

El Gravensteen era un lugar espantoso. Yo me había creído preparada para la prisión en la que iba a ser conocedora de la tercera profecía, pero cuando por fin estuve delante de aquel alto torreón de piedra, con sus ballesteras y los grises muros que se extendían por detrás, fui presa de un renovado espasmo de terror. El Gravensteen devoraba las estrellas, la luna, el viento y la luz que creaban los hombres. Era el lugar más oscuro que había visto jamás.

Cuando Jacquard y yo llegamos al castillo, se oyó un repiqueteo de cadenas y la inmensa puerta bajó. Los hombres salieron de un salto y tiraron de nosotros hacia dentro. Lo primero que nos dijeron fue que el fraile dominico que estaba a cargo del prisionero del emperador había muerto de un dolor de pecho. Me quedé horrorizada por su muerte, pero Jacquard se encogió de hombros.

—Sé lo que hay que hacer —dijo. Se limpió la suciedad de la cara con un paño húmedo y añadió—: ¿Queréis limpiaros antes, Joanna, o beber algo?

—Llevadme a ver al vidente —repliqué.

—Siempre me han gustado las mujeres con arrestos. Ahorran mucho tiempo. Dejad que hable primero con el hombre mientras descansáis.

A pesar de mis protestas, Jacquard se marchó. Me llevaron a una pequeña estancia donde también yo me limpié la cara y las manos. Una criada me sirvió un poco de vino. Me ofrecieron también comida, pero negué con la cabeza. No había ninguna duda del serio peligro que entrañaba mi situación. Estaba por fin a merced absoluta de Jacquard Rolin, encerrada en un castillo fortificado y rodeada de una ciudad sumida en una violenta revuelta contra su soberano. No era el momento adecuado para pensar en comer.

Jacquard regresó y, para mi asombró, sonreía.

—Todo está en orden, Joanna Stafford —dijo.

Me llevó con él y cruzamos el suelo de piedra del torreón central, pasando por delante de una chimenea vacía en la que cabían varios hombres

de pie. Al otro lado de una arcada había una escalera de piedra. La escalera ascendía y también bajaba.

—¿Cómo debemos proceder? —pregunté.

—Es muy sencillo —dijo—. Esta vez no será necesario preparar elaborados círculos nigrománticos, ni tampoco deberéis presenciar ningún ataque furibundo en el suelo de una abadía. El vidente solo precisa unos pocos instrumentos. El dominico anotó el procedimiento y se lo confió a Chapuys, que me lo contó todo en Amberes. Prepararé los instrumentos que el vidente emplea para emitir su profecía. Mientras yo me ocupo de eso, vos y ese hombre hablaréis.

—¿Hablaremos? —repetí.

—Uno de los aspectos más interesantes de todo esto es que sin duda es un hombre que será de vuestro agrado —dijo Jacquard—. Yo he hablado ya con él y me ha parecido agradable. Es un hombre de trato fácil. Educado. Un boticario.

Di un paso atrás.

—Jacquard, ¿qué es lo que habéis hecho?

—No, no, no —dijo, y se rio—. No os voy a servir a Edmund Sommerville en una bandeja. —Le indicó con un gesto al guardia que abriera la puerta—. Originalmente, vivía en el sur de Francia. No sabría decir por qué decidió viajar a España y caer en las garras de la Inquisición.

La puerta se abrió de par en par. Jacquard entró primero y me indicó que lo siguiera.

Era una celda pequeña, con el suelo cubierto de paja. Un banco ocupaba toda una pared. Acababan de prender unas velas, de ahí que estuviera profusamente iluminada.

Un hombre delgado, de unos treinta años y con una barba castaña y rala, estaba sentado en un banco de madera con las manos sobre el regazo. Miró a Jacquard y después a mí, al tiempo que se ponía en pie.

—Joanna Stafford —dijo Jacquard—, os presento a Michel de Nostredame.

OceanofPDF.com

Sexta parte

OceanofPDF.com

45

—Me han dicho que sois boticario. —Mi voz tembló en la celda pequeña y sucia.

—Así es. Pero, os lo ruego, tomad asiento —dijo el señor Nostredame en un francés cantarín. Señaló con un gesto al viejo banco de madera situado contra la pared posterior de la celda. Crucé el suelo cubierto de paja y tomé asiento.

—Siempre quise curar a los demás. —Asintió, sentándose a mi lado a una distancia respetuosa—. Intenté aprender todo lo que pude sobre las artes de la medicina. Mi familia creyó en mis sueños de futuro y pagaron mis estudios en dos universidades.

El señor Nostredame se quedó un rato en silencio, tirándose de la barba rala.

—Tuve un tremendo éxito combatiendo la peste —dijo—. Mis remedios salvaron vidas. Vinieron a buscarme de todos los rincones de Francia. Llegué incluso a disponer de una pensión vitalicia de una ciudad gracias a mis curas. Y me volví orgulloso, demasiado orgulloso. Cuando la peste cayó sobre la ciudad en la que vivía con mi esposa y mis hijos, me aseguré de que nadie muriera víctima de ella. Al fin y al cabo, Nostredame era el médico y el boticario que jamás perdía un solo paciente.

Las lágrimas hicieron brillar los ojos del hombre.

—Pero la peste se los llevó: a mi esposa y a mis dos hijos. Intenté salvarlos, lo intenté todo. Nada de lo que había funcionado hasta entonces en otros, en desconocidos, funcionó con mis seres queridos. De eso hace cinco años. Después, me perdí. No me importaba ya mucho lo que fuera de mí. Viajé a todas partes. Durante este último año he tenido mucho tiempo para pensar y creo que en el fondo de mi alma quería morirme. Quería reunirme con mi familia.

Tragué saliva.

—Pero los inquisidores no os mataron.

Negó con la cabeza.

—No. Al principio me interrogaron sobre un comentario que había hecho hace años sobre la estatua de una iglesia. Dijeron que el comentario denotaba herejía. Y después se fijaron en la fe de mi abuelo.

Si iba a aceptar la profecía del señor Nostredame, quería saberlo todo.

—¿Sois entonces un converso? —pregunté.

Negó con la cabeza y simplemente respondió:

—Soy un buen católico.

—Entonces, ¿por qué están tan convencidos de vuestra conversión?

—El apellido de mi abuelo era Gassonet. Mi padre se lo cambió por el de Nostredame, el apellido más cristiano que encontró, un año antes de mi nacimiento. Mis padres se aseguraron de bautizarme y de criarme en la fe católica. —Se sentó más erguido en el banco. Se operó un cambio en su afabilidad: no se mostró frío conmigo, ni tampoco amenazador, pero sí se replegó y vio más allá de mí, a miles de kilómetros de mí. Un escalofrío me recorrió la columna.

—No sigo las prácticas de los judíos —dijo—, pero debo deciros que el pueblo de Israel prevalecerá sobre el mundo, aunque la fecha todavía no ha sido fijada.

Era cierto. Nostredame era vidente.

En ese momento se levantó, con la cabeza inclinada a un lado. Fue como si hubiera oído algo, aunque yo fui incapaz de detectar un solo sonido.

Se volvió a mirarme, con el rostro alargado a causa de la aflicción.

—El señor Rolin se acerca y, señora Stafford, tengo algo que deciros. —Segundos después oí la primera pisada sobre los escalones de piedra.

Nostredame levantó las manos. Tenía las palmas manchadas de mugre.

—Lamento mucho todo esto —dijo Michel de Nostredame.

Me levanté y me quedé delante de él.

—No —dije—, soy yo la que lo siente, pues mi destino os ha costado la libertad y quizá os cueste además la vida.

La puerta se abrió de pronto y Jacquard y el guardia que había estado apostado en la puerta entraron con tres objetos: un cuenco poco hondo lleno de agua, un trípode de bronce y una vara de madera.

Nostredame puso con sumo cuidado el cuenco de agua encima del trípode, delante del banco. Los demás se marcharon y al hacerlo Jacquard me lanzó una mirada escrutadora. Fingí que no lo veía.

—Alejaos tanto como os sea posible y volveos de espaldas, os lo ruego —dijo muy cortésmente Nostredame.

Así lo hice. Allí de pie, a escasos centímetros del muro de piedra, el corazón me latía tan deprisa que no podía ver, respirar ni oír. Detrás de mí tan solo había un silencio sepulcral. No tenía la menor idea de lo que estaba a punto de ocurrir. Aquello nada tenía que ver con Elizabeth Barton ni con Orobas.

De pronto hubo un destello de vívida luz dorada reflejada en el muro, como una llama encendida. Me volví de golpe para ver.

Pero no había fuego en la celda, tan solo Nostredame sentado delante del cuenco, con la mirada fija en él. Tenía los ojos tan abiertos que temí que se le volvieran del revés en las cuencas. Despacio, muy despacio, hundió la vara en el agua.

Asintió entonces tres veces sin borrar de sus ojos aquella aterradora mirada.

Nostredame abrió la boca.

—El cuervo coge la cuerda —dijo con la voz cansada—. Ahora el perro volará como un halcón. Esperad a que el oso debilite al toro. Es el único momento.

Guardó un instante de silencio.

Nostredame alzó la vara, alejándola del cuenco de agua y me apuntó directamente con ella.

—La suya es la mano que toca el cáliz. El cáliz debe ser del Consejo de los Diez. Beber deberá él antes de que la cuarta esposa llegue a su lecho. O el hijo llamado William llegará. Llegará y él es el señalado. William es el rey que romperá el mundo en mil pedazos.

Nostredame se estremeció y cayó hacia atrás. Soltó la vara, que fue a dar al suelo. Le aleteaban los párpados.

La puerta se abrió de golpe. Apareció Jacquard y me miró, extasiado.

—Ahora por fin sabemos lo que debemos hacer —dijo. El guardia entró sigilosamente tras él, asustado. Jacquard ordenó al guardia que se llevara

los instrumentos. Los dos hombres ignoraron a Michel de Nostredame, que se derrumbó sobre el banco, exhausto.

—¿Estabais escuchando detrás de la puerta? —dije con tono acusador.

—Por supuesto. —Tiró de mí, agarrándome de los brazos para sacarme de la habitación. Estaba feliz. Creí que iba a hacerme girar en alguna suerte de baile desquiciado, tan jubiloso como en la plaza de Gante.

—Venid a mi cuarto —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Ahora haremos nuestros planes.

Instantes después, estaba sentada en un mullido taburete de la gran habitación con las paredes cubiertas de tapices de la que Jacquard se había adueñado. Me incomodó ver una única cama inmensa al otro lado de la habitación. Por primera vez, me pregunté dónde se suponía que iba a dormir en Gravensteen.

—Bebed esto —insistió, intentando hacerme tomar un poco de vino.

—No —repliqué con firmeza—. Contadme, ¿qué habéis querido decir con «Ahora por fin sabemos lo que debemos hacer»? No sé qué hacer. ¿Qué es el Consejo de los Diez?

Jacquard tomó un generoso trago de vino antes de responder.

—Por supuesto. ¿Cómo ibais a saberlo? El Consejo de los Diez es una escuela secreta de envenenadores con sede en Venecia. Son los más expertos del mundo. Los mejores.

«Veneno».

—¿Y el cáliz? —pregunté, echándome a temblar.

—Según tengo entendido, el consejo tiene cierta técnica que emplea un cáliz, o una copa. En la base del cáliz hay un compartimento que libera una sustancia cuando se añade el vino. El vino es inocuo. Puede proceder de cualquier parte. Pero en la alquimia del vino al mezclarse con la sustancia se crea un veneno. —Sonrió—. Es un truco de los Borgia.

—Y el veneno, ¿mata al hombre que lo bebe? —pregunté.

—No —respondió Jacquard—. Solo provoca que tenga que echarse una pequeña siesta después del almuerzo.

Lo miré, confundida. Él se echó a reír.

—Sí, claro que lo mata. En cuestión de una hora. —Guardó silencio y entrecerró los ojos—. No, no tiene por qué. Sé de una clase de veneno

elaborado por el Consejo de los Diez que, si el hombre toma tan solo un poco, padece una profunda impotencia y otros espantosos humores del espíritu. Solo la dosis completa es letal. Pero estoy convencido, Joanna, de que encontraréis el modo de conseguir que el rey se beba su vino hasta la última gota.

Me levanté del taburete.

—¿Es eso lo que pretendéis de mí? ¿Qué le sirva vino al rey en un cáliz especial?

—Con vuestra sangre y vuestros nobles ancestros, sois la elección perfecta —respondió, alegremente—. El camino de regreso está libre de peligros. Estoy seguro de que el espía de Gardiner nunca llegó a escribirle ninguna carta a su señor. Pretendió hablar con el resto de pasajeros ingleses en Amberes, pero sobre todo deseaba hablar con un joven en particular llamado Adams.

Jacquard hizo una pausa para que yo pudiera asimilar lo que acababa de decir.

Luego prosiguió:

—Bien, lo que haremos ahora será llevaros de regreso a Inglaterra lo antes posible y devolveros la identidad de Joanna Stafford antes de introduciros en la corte del rey Enrique. Debemos manteneros lejos de Gardiner, pero Chapuys y yo ya hemos hablado de ello y él cree que siempre hay un modo de llevaros en presencia del rey.

—No soy una envenenadora —dije.

Se dio una palmada en la cadera, mostrando su frustración.

—¿Y para qué creéis que hemos estado trabajando durante todo este tiempo? Con toda sinceridad, ¿sois tan estúpida que vais a decirme que no os habéis dado cuenta que desde un buen principio esto era una conspiración para crear al asesino perfecto?

Me tapé los oídos con las manos.

—No sigáis —supliqué.

Jacquard hizo un ostensible esfuerzo para controlar su genio.

—Estáis muy cansada —dijo—. Y sois mujer de difícil carácter incluso estando descansada. Os llevaré a la habitación que os hemos preparado. Hablaremos mañana.

Jacquard me condujo a la habitación que estaba situada directamente encima de la suya y a la que se accedía por la escalera de piedra. Sobre la cama vi unas hermosas mantas, una muda, comida y bebida en una mesita. Hasta me había dejado un libro de las Escrituras junto al lecho.

No probé la comida. No leí. No dormí durante horas.

¿De verdad era tan estúpida como para no haberme dado cuenta de que ese era el plan desde el principio: que yo terminara con la vida del rey de Inglaterra? Había albergado la esperanza —y quizá había pecado ciertamente de ilusa— de que al final tendría que actuar de algún modo, como lo había hecho en el fallido intento de rescatar los huesos de Tomás Becket, para así dar un vuelco al curso de la historia. Se trataría de algo decisivo, pero en ningún caso violento. Pero qué equivocada estaba, qué trágicamente equivocada. Esa era entonces la profecía con la que yo había estado involucrada desde que tenía diecisiete años. Ser una asesina. ¿Qué había hecho para merecer destino semejante? ¿Cómo podía ser yo la encargada de cometer un asesinato tan despreciable y sórdido, concebido por los más oscuros criminales, los mismos que se habían pergeñado en los tiempos de los depravados Borgia?

Aun así, con el paso de las horas empecé a plantearme la empresa desde una perspectiva distinta. El rey Tudor había matado a mi tío, el duque de Buckingham, a mi prima Margaret Bulmer, a mis amigos, Henry Courtenay y lord Montagu, y a otros miembros de la nobleza. Había destrozado las vidas de Edmund Sommerville, de mi padre y de María Tudor. Había dejado huérfano a Arthur Bulmer. Había un desfile de lamentables mártires, víctimas de su brutalidad, empezando por sir Tomás Moro y terminando con el abad de Glastonbury. Había violado a la Iglesia católica y había destruido los monasterios. El papa había excomulgado a Enrique VIII y había exigido su deposición. Quizá por todo ello era posible que yo pudiera recibir el perdón, y hasta la absolución, por liberar al mundo del rey.

Pero no era una asesina.

Pensé en mis padres, en la devoción que sentía por mis amigas del priorato. Cuán cerca había estado de la belleza y del poder de la sabiduría de Cristo cuando había servido como novicia. Entonces, ¿cómo era posible que me hubieran elegido para la práctica de una profunda violencia?

¿Poseía acaso en mi interior las cualidades necesarias de odio y de rabia? Era una mujer difícil, cierto, Jacquard no se equivocaba, y tenía algunas debilidades, pero en el fondo de mi alma me negaba a creer que fuera apta para matar.

Recordé la desesperación de Gertrude Courtenay: «Sois la única que puede salvarnos». ¿Creía acaso que era el asesinato, y cometido por mis manos, lo que la salvaría a ella y al reino de Inglaterra? Aunque conocía bien su absoluta obediencia a la fe verdadera, no podía imaginar que eso fuera cierto.

Y, por último, pensé en Edmund. Yo había dejado de resistirme a la profecía y la había abrazado como él me había animado a hacerlo. Buscaba con ello devolver la fe a Inglaterra y restaurar los monasterios y devolverle a Edmund su vida. Y también recuperar la mía, si era todavía posible. Pero en ese momento estaba segura de que Edmund era la persona del mundo que menos deseaba que yo cometiera aquel acto terrible.

Fiel a su promesa, Jacquard fue a verme a la mañana siguiente. Tampoco parecía haber dormido.

—He enviado a Amberes a los dos hombres de Chapuys con cartas codificadas que relatan la profecía al completo —dijo—. Han partido antes del alba, con una hora de diferencia. Si matan a uno de los dos, el otro podrá llegar a destino. Ha sido un acierto que partieran, porque ahora hay una nueva barricada de hombres delante del Gravensteen. De un modo u otro se ha sabido. La ciudad sabe que aquí hay un hombre leal al emperador. No pueden entrar, pero no nos dejarán salir. No va a resultar tarea fácil abandonar Gante.

—No tiene importancia —dije—. He tomado mi decisión. No seguiré adelante con esto. No envenenaré al rey de Inglaterra.

Jacquard me miró durante un largo instante.

—Cuando me entierren —dijo—, quiero que escriban en mi lápida: «Murió víctima del enojo provocado por una mujer llamada Joanna Stafford».

OceanofPDF.com

46

Jacquard tardó al menos una semana en regresar. Los criados me llevaban comida y bebida. Llegué incluso a recibir una muda de ropa. Pero mi puerta estuvo en todo momento cerrada con llave. Estaba prisionera y mi estado no distaba mucho del de Michel de Nostredame.

Cuando por fin fue a verme a mi habitación, Jacquard quiso primero hablar de política.

—La reina María de Hungría, regente de los Países Bajos, ha pedido la ayuda del emperador para someter Gante —dijo—. Naturalmente, su deseo es que su hermano acuda personalmente, pero es muy difícil llegar hasta aquí desde España. Ya casi ha empezado el otoño y eso demora los viajes. Los habitantes de esta ciudad están convencidos de que no les ocurrirá nada, de que el emperador jamás vendrá a Gante. Cada día que pasa se muestran más desafiantes. El castillo está constantemente bajo vigilancia.

No dije nada. A pesar de lo mucho que odiaba el Gravensteen, no deseaba salir de allí si eso suponía viajar a Inglaterra en una misión de asesinato.

—Pero es imperativo que os saque de aquí —prosiguió Jacquard, empezando a pasearse por la habitación—. El contrato de matrimonio con Ana de Cleves va de camino a Alemania. Su hermano, el duque de Cleves, es tan ambicioso que la manda al lecho de un asesino de esposas. En un plazo de tres o cuatro meses, ella llegará a Inglaterra y ocupará su lugar como cuarta reina.

—Bien, Jacquard —dije—, eso nada tiene que ver conmigo.

Fue entonces cuando perdió los estribos. Me maldijo. Arrojó cosas contra la pared. Arengó sobre mi estupidez y mi terquedad y por fin llamó a los hombres del castillo, que acudieron corriendo a servirle. Jacquard les dijo que debían trasladarme a la celda contigua a la de Nostredame.

—Ahora ponderaréis las alternativas que se os plantean —dijo, cuando me hubieron hecho entrar de un empujón a una habitación sin ventanas y

con el suelo cubierto de paja en la que había un banco, un estrecho jergón contra la pared, velas y un cubo para hacer mis necesidades—. Volveré pronto y estoy seguro de que para entonces os hallaré más dócil.

Cuando estaba en la puerta y casi había desaparecido de mi vista, lo llamé:

—Esperad, Jacquard. Esperad.

Sonrió.

—Ah —dijo—. No habéis tardado mucho tiempo.

—Simplemente me ha parecido prudente recordaros que en su día me confinaron a la Torre de Londres durante cuatro meses en una celda no mucho mayor que esta —dije—. Y he sobrevivido sin grandes secuelas.

Me miró fijamente, con la mano en la puerta.

—Lo veremos, Joanna Stafford.

Como ya había ocurrido durante mi estancia en la habitación que había ocupado mucho más arriba, me proporcionaron comida y bebida en mi nueva celda. Tenía velas. Me habían permitido llevar conmigo mi libro, de modo que tenía en qué ocupar la mente. Pasaba la mayor parte de las horas en oración. Cuando me habían tenido encerrada en la Torre, había practicado ejercicio periódicamente y eso era algo que echaba profundamente de menos. Pero en la Torre había sido presa de la confusión y de la incertidumbre, temiendo por la vida de mi padre. Ahora todo era distinto. Ya no me sentía perdida. Había logrado un propósito. Estaba decidida a resistirme a los planes de Jacquard.

Pasaron los días. Pasaron las semanas. Era muy duro. A menudo me sentía agotada y desorientada. Me dolían los huesos. Las lágrimas surcaban mis mejillas. Aun así, no di mi brazo a torcer. Rezaba cada minuto del día para tener fuerzas y Dios me recompensaba. Resistí.

Oía cómo los hombres se gritaban entre sí al otro lado de la puerta de mi celda, aunque en raras ocasiones lograba reconocer la voz de Jacquard. Para mi alivio, mencionaban a Nostredame, de modo que seguía vivo y yo me alegraba. Sus poderes visionarios me asustaban, pero también percibía una sincera benevolencia en el boticario francés. Como yo, también él se había visto atrapado en algo incontrolable.

En esos escalones de piedra se oían continuas quejas sobre el señor Rolin: sobre su dureza y su arrogancia. Para mí no era ninguna sorpresa. Pero los hombres también refunfuñaban sobre la posibilidad de que se acabara la comida. Al parecer, la ciudad nos había sitiado. Me pregunté cuánto tardaríamos en ceder ante el hambre y salir del Gravensteen.

La respuesta llegó un día cuando vi entrar a Jacquard Rolin con una botella de vino en una mano y una carta en la otra. Yo era consciente de que mi estado debía de ser deplorable tras tantas semanas de confinamiento, pero tampoco él tenía buen aspecto. Llevaba el jubón desaliñado y no se había preocupado de recortarse el bigote.

Después de entrar despacio en la celda, dijo:

—Joanna Stafford, necesito celebrar algo. Los hombres del castillo no son digna compañía para mi deleite, de modo que no tengo otro remedio que recurrir a vos. Aunque, a fin de cuentas, estamos casados por documentos que aceptaría cualquier tribunal. De modo que he venido a hacer una visita a mi esposa.

Agitó la carta delante de mí.

—Hoy ha llegado esto por una ventana. Chapuys ha enviado a alguien lo bastante avezado como para infiltrarse en Gante y lanzar un mensaje por una ventana del Gravensteen con un arco y una flecha. Imaginaos. Y ahora tengo toda suerte de noticias que debo compartir con vos.

—¿Como cuál? —dije.

—Ah, pero si habla —respondió, riéndose entre dientes—. La señora Rolin habla. Está muy excitada al saber que el embajador ha conseguido ponerse en contacto con nosotros. Siempre habéis mostrado una gran admiración por Eustace Chapuys. Me conmueve.

Me incliné hacia delante en el banco.

—Contadme —dije.

—La primera noticia es que el emperador Carlos se encuentra tan enojado con la ciudad de Gante que está totalmente dispuesto a responder a la petición de su hermana y a venir personalmente con su ejército imperial a castigar a los rebeldes. Ha enviado una petición formal al rey de Francia para que le permita viajar por su país.

—Entonces, nos dejarán libres —dije—. ¿Cuándo?

—El emperador no llegará hasta enero —respondió. Tomó un generoso trago de la botella—. Ah, pero ha surgido una complicación. La reina María, la regente, ha accedido a la petición del rey inglés para que deje viajar a Ana de Cleves desde Cleves a Inglaterra por los Países Bajos. Ana de Cleves partirá muy pronto con su magnífico séquito alemán. De hecho, quizá lo haya hecho ya. Si yo hubiera podido comunicarme directamente con la regente, le habría pedido que no lo hiciera y que retrasara el viaje de Ana de Cleves. Pero la regente no ha sabido hacerlo mejor.

Observé a Jacquard con atención. No parecía que hubiera modo alguno de que yo pudiera llegar a Inglaterra antes de que lo hiciera Ana de Cleves. Ansiaba con todas mis fuerzas que la conspiración del veneno cayera en el abandono y que me permitieran salir de Gante cuando llegara el emperador y poder así retomar lo que quedaba de mi vida anterior.

—De modo que ahora tenemos las directrices del embajador Chapuys —dijo, Jacquard, acariciando la carta—. El plan sigue adelante a partir de dos premisas. La primera es que vos y yo, empleando tácticas de despiste, trataremos de escapar de este castillo lo antes posible y regresaremos a toda prisa a Londres.

Negué con la cabeza.

—No estoy de acuerdo con eso, y espero que os resulte difícil sacar a una «esposa» de los Países Bajos que os oponga resistencia a cada paso que deis.

Jacquard echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo de mi celda.

—Suponía que esa iba a ser vuestra actitud y aun así albergaba una pequeña esperanza de que entrarais en razón.

—¿Cuál es la segunda premisa del plan?

—El cáliz ha sido rápidamente creado por el Consejo de los Diez y ha sido ya enviado a Inglaterra —respondió Jacquard—. Si es necesario, otro completará la tarea descrita en la profecía.

Me quedé boquiabierta.

—¿Otra persona?

—Tenemos a una candidata a punto —dijo—. La persona no sabrá en ningún momento lo que contiene el cáliz, solo que es importante llenarlo de

vino y servirlo a Su Majestad. Se trata de alguien muy obediente, lo cual supone para nosotros un motivo de incalculable alegría después de todos estos meses lidiando con vos.

Me quedé perpleja ante el vuelco que habían dado los acontecimientos.

—Pero la profecía es muy específica en cuanto a que debo ser yo quien sirva el cáliz.

Hizo una mueca.

—Sí, es sin duda un inconveniente, y también el motivo de que sea nuestra segunda opción. Sería preferible que fuerais vos quien cumpliera la profecía. —Se inclinó hacia delante—. No creáis que si seguís negándoos, vuestra actitud será vista con buenos ojos.

Clavé la vista en los ojos salpicados de motas doradas de Jacquard al tiempo que me despedía de la esperanza de reordenar los hilos de mi vida después de abandonar el plan de asesinato que había atesorado hasta entonces.

—Cuando el emperador llegue a Gante —dijo Jacquard—, indudablemente traerá a sus inquisidores, además de llegar acompañado de sus más altos nobles y oficiales. Los inquisidores asumirán la custodia de Michele de Nostredame, y lo más seguro es que le den muerte en la hoguera, y después considerarán el caso de Joanna Stafford.

Me encogí.

—¿Qué crímenes he cometido? ¿O qué crímenes ha cometido el señor Nostredame? Es un buen católico.

—Oh, vamos —dijo—. Ambos habéis traficado con brujería y con las artes de la nigromancia. Ambas cosas prohibidas por la Inquisición.

Me levanté de un brinco.

—Todo ello ha tenido lugar previa instigación por parte del emperador y de su representante, el embajador Chapuys —grité.

—¿Ah, sí? —preguntó—. ¿Cómo pensáis demostrarlo? ¿Tenéis algún documento escrito que lo pruebe?

—Chapuys no os ha ordenado que me entreguéis a la Inquisición —repliqué—. Eso es imposible.

Jacquard me tendió la carta.

—¿Queréis leerla? Tendré que facilitaros el código para que podáis descifrarla, pero estaré encantado de hacerlo si es preciso.

Mientras yo miraba fijamente la carta que temblaba en su mano, la verdad me golpeó de pleno. No era necesario que Jacquard me diera ningún código. Chapuys me había traicionado.

—Si me acompañáis voluntariamente, no tendréis que temer a la Inquisición —insistió Jacquard—. Quizá no lo creáis, pero no quiero veros morir en la hoguera, Joanna Stafford. He visto arder a otros.

—También yo —repliqué, y de pronto apareció un espantoso recuerdo plagado de nubes de humo negro que se elevaban en el aire mientras Margaret moría en Smithfield. ¿Y ahora iba a correr yo la misma suerte? Antes de que pudiera evitarlo, me eché a reír, pero fue una risa enloquecida, histérica y demente.

Inspiré hondo, tanto como me fue posible, desesperada por calmarme. Por fin miré a Jacquard a los ojos.

—¿Es esta la peor noticia que tenéis para mí?

—Sé que desearíais que os dijera que sí —respondió—. Pero no, es aun peor.

—¿Peor que arder en la hoguera? No alcanzo a imaginar cómo.

—Porque no es vuestro destino el que está aquí en tela de juicio, sino el de alguien muy querido para vos —dijo Jacquard—. Si no accedéis, y si los fuegos de la Inquisición no os motivan lo suficiente, quizá nos veamos en la necesidad de recibir a otro huésped en Gante.

Cerré con fuerza las manos sobre el asiento del banco. Jacquard estaba en lo cierto: aquello era mucho peor. Del mismo modo que Gardiner había utilizado mi temor a ver amenazada la vida de mi padre para obligarme a actuar para él, Jacquard ejercería una presión similar amenazando a uno de mis seres queridos. Pero ¿a quién?

—No es posible que os refiráis a Arthur —balbuceé—. Vuestros hombres no podrían secuestrarlo del castillo de Stafford y traerlo aquí.

—No estoy hablando de ningún niño —dijo Jacquard.

Un temor frío y nauseabundo se me congeló en la boca del estómago. Tan terrible era que ni siquiera pude hablar.

—No está en nuestros planes secuestrar a nadie en Inglaterra —dijo Jacquard—. Tenemos recursos y cierta habilidad. El señor Hantaras es un hombre formidable. Pero no, uno de nuestros espías vio figurar un nombre conocido en la lista de permisos solicitados para salir de Inglaterra. El permiso fue concedido y esa persona, que estaba deseoso de marcharse de Dartford después de una desafortunada circunstancia, viaja ahora por los dominios del emperador Carlos. Creo que estaríais dispuesta a mucho para impedir que le ocurriera nada.

—No —gemí—. No. No puede ser. No puede ser.

—Sí, se están haciendo esfuerzos para apresar a Edmund Sommerville y traéroslo. ¿No os gustaría poder ver una vez más a vuestro fraile?

Me levanté de un brinco del banco y me abalancé sobre él, cerrando las manos alrededor de su cuello y apretando con fuerza.

—¡Si le hacéis daño a Edmund, os mataré, Jacquard! —grité—. Os lo juro por lo más sagrado.

Jacquard se arrancó mis dedos del cuello y me lanzó hacia el otro extremo de la habitación. Me tambaleé y caí sobre la paja.

—Esta es esa parte de vos que tanto me gusta ver —se burló.

Abrió la puerta de mi celda y guardó silencio.

—No vais a matarme a mí, Joanna Stafford —dijo por fin—. Vais a matar a Enrique VIII.

OceanofPDF.com

47

No sé cuánto tiempo pasó, aunque diría que fueron tres días, hasta que pronto las voces de los hombres del Gravensteen se alzaron en un clamor. Enseguida los gritos remitieron y ya no oí nada. Nadie llegó con comida o bebida durante un día. Yo no me había encontrado lo bastante bien para comer la carne infestada de gusanos ni para beber la cerveza agria que me habían servido la víspera, de modo que aquel era el segundo día que pasaba sin comida ni bebida. Y estaba consumiendo mi última vela. Quizá hubieran levantado el sitio y todos se habían marchado. Me pareció poco probable que también Jacquard se hubiera ido sin un último intento de presionarme para que diera mi brazo a torcer, pero existía también la posibilidad de que hubieran asaltado el castillo y de que hubieran prendido o matado a Jacquard.

La puerta de mi celda tenía en lo alto una abertura con barrotes, como la de Michael de Nostredame. La abertura dejaba pasar una tenue luz al interior. Pegué el cuerpo a la puerta, me estiré hacia arriba y grité:

—¿Hola? ¿Hola? ¿Hola?

No hubo respuesta.

A pesar de que había intentado fortalecerme y prepararme para la muerte con la ininterrumpida plegaria, la posibilidad de un final semejante resultaba macabra: morir de sed y de hambre en una celda oscura. Y me encolericé contra Jacquard por negarme el derecho de cualquier católico a confesarse antes de morir.

Mareada de hambre, me quedé dormida en el jergón sobre el suelo de paja, sin saber si era de día o de noche. Cuando por fin desperté, vi una fila de velas nuevas en el suelo, todas ellas encendidas. Junto a la fila de velas había una bandeja de comida: carne, queso y pan. Había también una jarra de cerveza y otras cosas: un vestido colgado sobre una silla, una palangana llena de agua limpia y jabón de sosa.

Al palpar la tela de brocado del vestido, supe de dónde procedía. Jacquard. Estaba vivo y ese era su último movimiento en el gran juego.

«Poneos el vestido, salid conmigo del castillo a otro lugar, a otro reino. Allí confabularemos y mataremos, y volveremos a matar».

Decidí que habría una última confrontación entre Jacquard Rolin y Joanna Stafford. Cuando hubiera terminado, no volvería a haber ninguna otra.

Di cuenta de la comida. Me quité la falda y el corpiño mugrientos y me lavé antes de ponerme el vestido. Era una pieza de color beis y carmesí, con un corpiño cuadrado. Aunque estaba elaborado con una buena tela, no era un vestido propio de una dama. Y estaba impregnado de un olor almizcleño. Me pregunté de dónde lo habría sacado.

En la cerradura tintineó una llave. Era uno de los silenciosos guardias del castillo. Al fin y al cabo, no se habían ido todos.

Seguí al guardia, no al torreón principal, sino escaleras arriba. Me llevaba a la habitación de Jacquard.

El señor Rolin me esperaba con dos copas llenas de vino en una reluciente bandeja de plata y sonrió al verme entrar.

—Ah, os lo habéis puesto, os lo habéis puesto —dijo, exultante. Pero entonces inclinó la cabeza a un lado—. No está bien abrochado. Daos la vuelta.

Sus dedos subieron y bajaron por mi espalda, volviéndome a abrochar el vestido con mano experta. Para mi vergüenza, el vestido se me había ajustado al cuerpo y mostraba un prominente escote.

Jacquard me susurró al oído:

—Veo que os mostráis cooperadora, lo cual me complace inmensamente.

Guardé silencio.

Muy despacio, me puso las manos sobre los hombros y me hizo volverme hasta quedar de cara a él.

—El último guardián del castillo tenía aquí a su furcia. La mujer disponía de elegantes vestidos, hermosas baratijas y tomaba vino servido en plata —dijo, señalando la bandeja que estaba sobre la mesa—, pero jamás la dejaron salir. En cualquier caso, no tuvo tan mala vida. ¿No os parece?

Seguí sin decir nada.

Con un tono más serio, añadió:

—El emperador viene definitivamente a Gante. Ya ha empezado a mover a su ejército hacia el norte, con destino a Francia. Trae veinticinco caballos blancos españoles como muestra de gratitud hacia el rey Francisco, por asegurarle el paso por su reino. Huelga decir que la gente de Gante está aterrada. La noticia llegó hace dos días. A fin de salvar sus vidas, intentan ahora ganarse el favor de nuevo de la reina regente, aunque ya es demasiado tarde para eso. Han decidido no seguir reteniendo a los pocos fieles al emperador Carlos. —Tomó su copa y la levantó hacia mí—. Esos somos nosotros. De modo que no hay impedimento alguno para que simplemente salgamos por la puerta de Gravensteen hoy mismo. Si nos movemos con rapidez, llegaremos a Inglaterra antes que Ana de Cleves.

—Jacquard —dije—. No pienso salir de este lugar para matar al rey.

La decepción destelló en sus ojos antes de desaparecer.

—¿Os gusta el vestido? —murmuró, alargando la mano para palpar con los dedos una manga—. Es lo único limpio que puedo ofreceros. Si accedierais a ir a Amberes, os podría comprar allí seis vestidos nuevos. —Sonrió—. Aunque debo confesar que siempre he deseado veros vestida como una furcia. Y tenía razón. Os favorece.

Manoseó el mango de la daga que guardaba en el jubón.

—Creo que os cambiaremos permanentemente de habitación. ¿Os negáis a salir para llevar a cabo vuestra misión? Muy bien. Calculo que el emperador llegará en enero, o quizá en febrero. Será demasiado tarde para un fácil viaje por tierra. ¿Por qué no esperar cómodamente?

—No busco comodidad —dije.

Se rio.

—Sabía que diríais eso. Es casi como si estuviéramos casados. Sé lo que vais a decir o hacer antes de que ocurra.

De pronto caí en la cuenta.

—No tenéis a Edmund —dije—. De lo contrario lo utilizaríais para obligarme a volver a Inglaterra.

Jacquard extendió las manos.

—Hasta al más diligente de los hombres del emperador le resulta difícil adentrarse en la Selva Negra.

Aunque el nombre «Selva Negra» entrañaba un sonido ominoso, me recorrió un arrebato de alivio. Así pues, la única amenaza que quedaba era la de la Inquisición. Y yo estaba dispuesta a enfrentarme al juicio de los Dominicos y de Cristo, si era necesario.

Jacquard dobló el índice para indicarme que me acercara.

—Puesto que somos marido y mujer, ¿no deberíamos compartir esta habitación durante los dos meses que faltan para la llegada del emperador? He dejado que se vayan todos los hombres, excepto uno. Pero tenemos comida suficiente. Y tengo las llaves de castillo. —Se dio una palmadita en el bolsillo y oí un tintineo—. Ah, podrían ser unas semanas muy frías. Mejor dormir aquí, junto al fuego.

Cuánto había disfrutado siempre avergonzándome. Incluso entonces se complacía sobremanera incomodándome.

—Quizá —dijo—, si sois una buena esposa, os dejaré escapar antes de que el emperador entre en la ciudad de Gante.

Fui yo entonces la que se rio.

—Jamás haríais eso —dije.

—Creéis que no os tengo ningún aprecio, ¿no es así? —preguntó, confundido—. Os equivocáis. Sois para mí un gran motivo de frustración, Joanna Stafford. En muchas ocasiones he sentido rabia, pero al menos ahora tenemos la profecía completa y podemos hacer uso de ella con la otra persona en vuestro lugar. —Se rio—. Debo admitir que sois tremendamente diferente. Me maravilla vuestra determinación. Nos maravilla a todos. Os estoy contando la verdad cuando os digo que no quiero que muráis.

—Pero prefiero morir que dejar que me toquéis, Jacquard, y prefiero morir que seguir sirviéndoos —grité—. No lo soporto más. Chapuys y vos… y vuestro emperador…, sois todos aberrantes.

El tono jocoso se desvaneció como por encanto.

—No hay modo más rápido de despertar mi ira que censurando al emperador.

—El rey de Inglaterra ha sido excomulgado por el papa, que ha ordenado además su derrocamiento —repliqué—. Pero el emperador Carlos

no se enfrenta a los ingleses con honor, en el campo de batalla o en el mar. Para ahorrarse el esfuerzo y el coste que eso supone, ordena a sus esbirros que intenten obligar a una mujer a cometer el más repugnante de los asesinatos. A eso le llamo yo cobardía. No merecéis el reino de Inglaterra. Está mejor gobernado por un rey hereje.

Jacquard se quedó muy quieto.

—¿Me estáis llamando «esbirro»?

—Eso es lo que sois —dije—. Simplemente un esbirro intrigante, mentiroso y asesino.

El rostro de Jacquard se ensombreció.

—Perra inglesa.

Sacó su daga y, en cuestión de segundos, tuve la punta contra el cuello.

—He soportado más de vos que de cualquier otra mujer en toda mi vida.

Con la otra mano me agarró de la pechera del vestido.

—Hoy sabréis lo que es el respeto, Joanna Stafford. Lo he intentado por las buenas. Lo he intentado con todo mi empeño durante mucho, muchísimo tiempo.

Tiró de mí, con la daga apuntándome al cuello, hasta su lecho. Una vez allí me arrojó sobre él y se abalanzó sobre mí, inmovilizándome el brazo con el codo. Con la rodilla me separó las piernas. Intenté patearlo, pero cuando lo hice el cuchillo me atravesó la piel. Dolió. Se me saltaron las lágrimas.

Con la otra mano, Jacquard se bajó las medias y fue ese movimiento el que me dio una oportunidad. Me desasí tan rápidamente que no tuvo tiempo de pincharme con el arma. Se lanzó a por mí y me cogió, pero golpeé con todas mis fuerzas y el cuchillo voló de su mano, tintineando al caer al suelo. Jacquard forcejeó sobre la cama. Sin duda era fuerte, pero yo golpeaba aterrada y presa de la desesperación. Me revolví, clavándole la rodilla en la entrepierna. Jacquard se encogió y soltó un grito de dolor.

Salté entonces de la cama al suelo y corrí hacia la puerta. Oí que Jacquard bajaba tambaleándose de la cama entre maldiciones. Sabía que si me atrapaba, me mataría. No habría misericordia.

La bandeja de plata brillaba en un rincón y corrí hacia ella con apenas unos segundos de tiempo. Cogí la pesada bandeja de plata con las dos

manos, giré sobre mis talones, la levanté y golpeé a Jacquard en la cabeza.

Este se desplomó en el suelo.

Solté la bandeja con la mano temblorosa. Me arrodillé y toqué el cuello de Jacquard. Noté el latido de una vena. Estaba inconsciente pero vivo.

Saqué entonces las llaves de su bolsillo y al hacerlo se derramaron un montón de monedas de una pequeña bolsa de tela. Las cogí todas.

Vacilé en la puerta. ¿Moriría Jacquard a causa de la herida que tenía en la cabeza sin que lo viera un médico? Yo me había visto abocada a un gran sufrimiento por haberme negado a cometer un pecado mortal de asesinato contra el rey Enrique VIII. ¿No era también un pecado de idéntica gravedad asesinar a Jacquard Rolin?

Miré su cuerpo inerte durante un instante más.

Inspiré hondo, cerré con llave la puerta de la celda y me la guardé en el bolsillo. Después bajé los escalones de piedra.

No vi al guardia por ninguna parte. Crucé sigilosamente la torre hasta las escaleras que recordaba de la noche de agosto que habíamos llegado al Gravensteen. Tardé apenas unos minutos en dar con ella y abrí la puerta de la celda de Michel de Nostredame.

El boticario francés estaba mucho más calmado de lo que yo había esperado.

—Debo encontrar el modo de regresar a mi país —le dije a Nostredame —. Temo que Amberes, la ciudad del embajador Chapuys, resulte un destino peligroso. He dejado malherido a Jacquard Rolin, pero si sobrevive y logra liberarse, me seguirá hasta Amberes.

Nostredame sonrió.

—Francia. Esa es la ruta. Yo mismo os llevaré a Calais, la ciudad portuaria que pertenece a la corona inglesa. ¿No está Dover al otro lado del canal?

Lo miré, sin saber qué hacer.

—¿Podríamos viajar hasta allí?

—Por supuesto.

Mi entusiasmo se desdibujó al recordar lo que había dicho Jacquard: que me sería imposible regresar con mi documentación falsificada y sin dinero.

—Quizá tenga que quedarme en Calais para siempre —dije—. Me he llevado las monedas de Jacquard, pero no sé si bastarán para regresar a Inglaterra. Quizá sea imposible.

En los ojos de Nostredame asomó aquel lejano brillo cuando dijo:

—Os equivocáis. Es del todo posible, sin duda.

OceanofPDF.com

48

Michel de Nostredame y yo partimos con destino a Calais. Era cierto que la villa estaba a menos de ciento cincuenta kilómetros de Gante. Sin embargo estábamos en el mes de noviembre. Me quedé perpleja al salir de la fortaleza de piedra de Gravensteen y ver aquellos cielos grises y fríos. Había estado confinada casi tres meses.

Los caminos estaban cubiertos de barro y resultaron casi impracticables hasta Gravelinas, la ciudad de la costa francesa. Siempre que podíamos, alquilábamos un carro, pero cuando el fango era demasiado profundo para los caballos, nos veíamos obligados a seguir a pie, dejando atrás granjas y aldeas. De noche nos alojábamos en posadas cuando encontrábamos alguna, o pagábamos a cualquier granjero para que nos alquilara una habitación. Nos hacíamos pasar por hermanos, como yo lo había hecho ya con Edmund en nuestras distintas empresas. Nostredame era quien hablaba de los dos, puesto que mi francés con acento inglés no se oía con asiduidad. Los primeros días yo no dejaba de volverme a mirar, pues temía que Jacquard nos hubiera seguido. Pero no había señal de él. O había muerto tras aquella puerta cerrada con llave o iba camino de Amberes.

En todas las posadas oí comentar el histórico avance del emperador Carlos por Francia, acompañado de cinco mil soldados armados, del duque de Alba y de sus nobles preeminentes, chambelanes y cocineros, y sí, de los frailes dominicos de la Inquisición. Todos los comentarios coincidían en que ser ciudadano de Gante era una lamentable perspectiva.

Nostredame nunca me preguntó por qué estaba decidida a llegar a Calais lo antes posible. La noche que entramos en Gravelinas, nos alojamos en una gran posada que disponía de su propia taberna. El dueño accedió a servirnos un plato de sopa de pescado antes de retirarnos. Cenamos en un solitario rincón de la taberna, envueltos en un silencio incómodo aunque amistoso hasta que dije:

—Debo llegar a la corte de Enrique VIII antes de que ocurra.

Nostredame me miró por encima de su cuenco de sopa humeante.

—Entonces, ¿intentaréis impedir el asesinato? —preguntó—. ¿Cómo pensáis conseguirlo?

—No lo sé —respondí—. Sin duda no me será fácil presentarme en la corte, pero estoy convencida de que eso es lo que debo hacer. Empecé a sentirlo así en mi celda del Gravensteen. Jacquard me contó sus planes: si yo no accedía a ofrecer el cáliz, recurrirían a otra persona en Inglaterra. Será en un momento próximo a la boda y coincidiendo de algún modo con algo relativo a un oso.

Nostredame sopló sobre su sopa para enfriarla. Lo miré, esperando una reacción a mi confesión, pero no la hubo. Y entonces supe por qué.

—Vos sabíais que esto ocurriría —dije, atónita.

—No exactamente —respondió, volviendo a soplar sobre su sopa—. Es difícil de explicar.

—¿Por qué fui yo la elegida? —pregunté—. ¿Cuándo nació la profecía? ¿Fue el día que vi a la hermana Elizabeth Barton?

Nostredame negó con la cabeza.

—El futuro no es jamás inmutable. Pero hay hitos fijos, que se conocen desde hace tiempo. No os puedo decir cuánto.

—¿Y qué relación existe entre esos hitos y yo? —pregunté, perpleja.

—Toda —se limitó a responder.

Miré en derredor para asegurarme de que nadie pudiera oírnos y dije:

—Sé que, al impedir que la envenenadora lleve a cabo su misión, estoy despejando el camino para que la cuarta esposa tenga un hijo del rey, y que ese hijo será un enemigo de la fe verdadera. Es una carga terrible, pero la alternativa —despejar el camino al emperador y al rey de Francia para que sometan un reino al caos y después lo partan en pedazos— tampoco me parece correcta, Nostredame. Llevo meses, años, perdida, desde que me vi obligada a dejar mi priorato. Pero ahora he visto la luz.

Me sentí abrumada por mi propia confesión al tercer vidente y se me llenaron los ojos de lágrimas.

A la mañana siguiente el clima, hasta entonces espantoso, nos dio un respiro. Sentí un arrebato de determinación cuando nos adentramos en la parte de la ciudad que daba a un mar turquesa que refulgía bajo el sol. Las

altas olas rompían contra la orilla. Al mirar a la playa, vi una flota de barcos de pescadores faenando.

Inglaterra estaba al otro lado de aquel canal. Por fin volvería a casa.

Nostredame, que había conversado largo y tendido con el posadero, dijo:

—Debemos alquilar un carruaje para cruzar el camino elevado que lleva a la empalizada y de allí a la villa de Calais. Solo hay un modo de llegar y es un viaje arriesgado. No hay nada en el camino: ninguna casa, ningún hombre, nada. Es un largo trecho de ciénagas salvajes y desoladas, y si sopla un vendaval y quedamos expuestos a ella, desprotegidos, moriremos.

—Muy bien —dije, mirando al cielo despejado—. Pero no parece que vaya a soplar un vendaval.

Nostredame me lanzó una mirada significativa.

—Ah —dijo—. Claro. Sí, partamos de inmediato.

Alquilamos un carromato que conducían unos toscos hombres con los rostros surcados de arrugas y muy parcos en palabras. A mediodía, el sol había desaparecido. Una hora más tarde estalló el vendaval. Nostredame y yo nos acurrucamos bajo una fronda que no tardó en ceder. Nos agarramos el uno al otro, tiritando en aquel viento gélido y feroz.

—Si muero en la empalizada de Calais —le grité a Nostredame—, ¿hay alguien más que pueda impedir la entrega del cáliz?

—No —respondió—. La vuestra es la única mano.

El cielo se oscureció aún más y el vendaval sopló con mayor virulencia.

Jamás había pasado tanto frío en mi vida, ni había sentido un dolor tan tremendo. Quizá si me quedaba dormida, sería una bendición de Dios.

Nostredame me sacudió por los hombros.

—No, quedaos conmigo —gritó—. Escuchad mi voz.

Pero de pronto me vi engullida por la oscuridad y en mitad de ella apareció el rostro de Edmund. Lo veía exactamente como era cuando había aparecido en la casa solariega de los Howard, en Southwark. Tenía el pelo largo y los zapatos cubiertos de fango. Yo había dejado de oír a Nostredame. Tan solo oía a Edmund.

«He venido a llevaros a casa, hermana Joanna. He venido a llevaros a casa».

—Edmund —gemí—. Ayudadme.

Caí en una especie de sueño y él me sonrió, un poco tímidamente, con esos ojos marrones colmados de silenciosa sensatez, y no del opaco vacío que había en ellos la última vez que lo había visto. Estábamos en Dartford, casados, y Edmund tenía en las manos su libro de poemas, marcada la página que tenía pensado leer.

«Edmund», grité en el silencio de mis pensamientos, «¿por qué me habéis dejado? Dijisteis en la capilla de Blackfriars que jamás me dejaríais, ¿no os acordáis? Pero lo hicisteis. Me dejasteis».

Durante un rato no ocurrió nada y de pronto había dejado de moverme. Oí voces a mi alrededor, aunque eran desconocidas:

—Está helada, fría como la muerte.

—Debemos ir a buscar a un médico ahora mismo. ¿Podéis pagarlo?

Entonces habló Nostredame:

—Soy curandero. Yo cuidaré de ella.

Abrí los ojos. Estaba oscuro, pero la lluvia era ya solo una fina llovizna. Había gente en las calles de una ciudad que no apartaban la mirada de mí mientras yo pasaba flotando por delante de ellos. Alcé la vista y me encontré con el rostro de Nostredame. Me llevaba en brazos por Calais.

—¿Adónde vamos? —pregunté con una voz ronca.

—Al otro lado de la empalizada —respondió.

No oí nada más, pues la oscuridad volvió a engullirme.

Cuando desperté, con la sensación de que habían transcurrido apenas unos instantes, estaba acostada en una cama junto a una ventana. El cielo era de un tono gris claro. Oí a las aves marinas llamarse entre sí.

Una hermosa muchacha morena se levantó y aplaudió.

—¡Está despierta! —gritó en francés antes de salir corriendo de la habitación.

Momentos más tarde apareció Nostredame.

—¿Cómo os encontráis? —dijo, tomándome la muñeca durante unos segundos y levantándome los párpados.

—Creo que bien —dije—. ¿Dónde estamos?

—Entre amigos —respondió.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —pregunté.

—Tres días. Estuvisteis al borde de la muerte en la empalizada. Perdonadme. Sabía que soplaría un vendaval, pero no imaginaba que sería tan terrible.

Me senté en la cama. Me encontraba un poco débil.

—Dijisteis que cuando llegáramos a Calais iríamos al otro lado de la empalizada, lo recuerdo bien —dije—. ¿Qué quisisteis decir? ¿Qué puede haber al otro lado?

—Joanna, este es un hogar judío —anunció—. Fui al templo a pedir ayuda.

Aguardó mi respuesta.

—Les agradezco su amabilidad, y desearía decírselo —pedí.

Más tarde, ese mismo día, bajé y conocí a toda la familia Benoit: un tendero, su esposa y sus tres hijas. La menor era Raquel. Había sido ella la que con más frecuencia se había ofrecido a sentarse junto a mi cama.

—¿Está preparada para verlo? —preguntó Raquel, visiblemente entusiasmada.

—¿Qué es lo que debo ver? —pregunté.

—Algo que guarda relación con vuestro viaje a Inglaterra —contestó Nostredame—. Algo bueno.

—En ese caso, quiero verlo —añadí de inmediato, haciendo caso omiso de sus protestas, que apuntaban a que no estaba lo suficientemente fuerte como para la caminata necesaria. Nadie quiso decirme qué era exactamente lo que iba a ver. Raquel quería que fuera una sorpresa, una sorpresa feliz, y aunque yo estaba impaciente por recibir buenas noticias, accedí a hacerlo a su manera. Era sin duda una muchacha con determinación.

Tras demostrar mi recuperación dando cuenta de un copioso almuerzo, salí con Nostredame y con Raquel. La casa de los Benoit estaba fuera de las altas murallas de Calais, en un pequeño barrio apartado donde vivían los judíos. Los guardias que vigilaban la puerta de entrada a la ciudad asintieron cuando pasamos y cruzamos el centro de la ciudad. Por fin estaba en Calais, el famoso puerto conquistado por Eduardo III tras un

interminable sitio y en ese momento la única posesión que quedaba aún de la Corona inglesa en el reino de Francia.

Raquel señaló a una gran iglesia rematada por una imponente torre y dijo:

—Es el mejor camino.

Me volví, confusa, hacia Nostredame.

Él sonrió y dijo:

—La iglesia de Notre-Dame ofrece las mejores vistas del puerto desde esta parte de la ciudad. Veamos si conseguimos permiso para subir a la torre.

Cuando llegamos a la puerta, Raquel me empujó hacia delante con una sonrisa de entusiasmo en los labios.

—Esperaré fuera —dijo. Nostredame y yo cruzamos la puerta de la iglesia.

El cura accedió a nuestra petición y subimos despacio los escalones que llevaban a lo alto de la torre.

—Aquí tendremos una panorámica perfecta —exclamó—. ¡Mirad!

Me reuní con él delante de la ventana. Desde aquel lugar con vistas privilegiadas pudimos ver las revueltas aguas del canal, al otro lado de las altas murallas del puerto. Había allí una gran cantidad de barcos anclados. Los más pequeños cabeceaban a merced de la incesante brisa invernal de Calais. Debía de haber unos veinte. Al observar con atención la bandera del galeón más grande, contuve el aliento. Era la bandera de la casa Tudor.

—Son barcos ingleses —exclamé.

—Los ha enviado el rey de Inglaterra para llevar a su nueva esposa a Dover —dijo Nostredame—. Ana de Cleves no ha viajado a Amberes para cruzar desde allí. Ha venido hasta aquí, a Calais, a través los Países Bajos. La princesa no tardará en llegar. Volveréis a casa con Ana de Cleves.

OceanofPDF.com

49

Una semana más tarde, Ana de Cleves llegó a Calais rodeada de un séquito de más de doscientos nobles, damas, criadas y lacayos alemanes. Los cañoneros de los barcos más grandes dispararon ciento cincuenta cañonazos para darle la bienvenida. Cerca de quinientos soldados ingleses vestidos con la librea del rey bordearon las calles de la ciudad para vitorearla a su paso. La joven princesa se alojó en una magnífica casa llamada el Exchequer, mientras yo seguía con los Benoit fuera de la empalizada. Era harto improbable que nuestros caminos se cruzaran.

Pero las desastrosas tormentas invernales del canal nos afectaban a todos por igual. Ana de Cleves se vio obligada a esperar un día tras otro en la ciudad portuaria hasta que fuera seguro navegar. Yo también esperé. El día antes de que los alemanes llegaran a Calais, reservé un pasaje en uno de los barcos escolta más pequeños con destino a Dover. Pagué el billete con todos los francos que me quedaban. Utilicé nuevos documentos falsos que me representaran. Esta vez viajaría con mi propio nombre. Lo que falsifiqué fue la firma del regidor francés en el documento que decía que tenía permiso del gobierno para salir del país.

Fue Nostredame quien me facilitó el documento. Me advirtió que no preguntara cómo lo había conseguido y me dijo que podía estar segura de que funcionaría. Se lo agradecí, del mismo modo que le di las gracias por todo lo que había hecho por mí desde el Gravensteen.

—No —dijo—. Sois vos a quien debo estar agradecido. Me liberasteis de esa celda cuando no teníais por qué hacerlo, Joanna.

Le insistí para que me dejara en Calais, con la familia Benoit, que ya me había adoptado.

—Llevamos aquí semanas. Sé que en algún momento zarparemos con destino a Dover, no hay otra opción —dije—. Debéis marcharos y seguir con vuestra vida.

Salimos a dar un último paseo juntos por la ribera de Calais. Pasamos por delante de las barracas de los pescadores de arenques situadas al norte de las dunas. No había allí nadie más que nosotros, puesto que los vientos de diciembre eran rigurosos. Aun así, yo me había temido algo peor.

Al mirar al mar, caí de pronto en la cuenta de que estaba a punto de abandonar el continente por el que, en alguna parte, Edmund vagaba.

—¿Habéis oído hablar de la Selva Negra? —le pregunté a Nostredame.

—Está en una esquina de Alemania. Es un bosque inmenso, muy oscuro e impenetrable. De ahí el nombre de «Negra».

Horrorizada, dije:

—¿Por qué iba nadie a querer ir allí?

—Es también un lugar de conocimiento, de leyendas, de mitos y poderes místicos —respondió Nostredame—. Para quienes son lo bastante valientes como para conquistar sus miedos, puede ser un bosque mágico.

Seguimos andando en silencio durante un rato hasta que me volví hacia él.

—¿Por qué fui elegida? —pregunté.

—No lo sé —fue su respuesta—. Los motivos son lo que más me cuesta ver.

Lo intenté de otro modo.

—Pero ¿sabéis por qué me ha ocurrido así? ¿Por qué tuve que conocer la profecía mediante otros dos videntes y después llegar a vos, y siempre poco a poco y por voluntad propia?

Nostredame entrecerró los ojos sin apartar la vista del viento.

—Hay algo en vos, una alquimia de cualidades humanas, que se activará cuando llegue el momento. Esa alquimia no es solo la naturaleza con la que nacisteis, la que Dios os dio. Cada encuentro con los videntes os ha cambiado…, acercándoos a la persona que deberéis ser en el momento crítico.

—Pero ¿cuáles son esas cualidades? —pregunté consternada—. Mucho me temo que es mi rabia y mi temeridad, Nostredame, y no el espíritu más fiel que he intentado construir mediante mi servicio a Dios.

—La fe es una cualidad con la que también yo he debido debatirme, Joanna, y lo que puedo deciros es que tengo fe en vos —dijo.

Nos despedimos poco después, el tercer vidente y el sujeto de su fatídica profecía.

—Volveremos a vernos, aunque habrá de pasar mucho tiempo para eso —dijo con una sonrisa antes de partir con destino a su aldea del sur de Francia.

Ese mismo día que Nostredame se marchó, me dirigí a la tienda de la ciudad de Calais. Necesitaba nuevos hilos de seda para el proyecto de costura en el que me había embarcado con las muchachas Benoit. A fin de evitar inquietarme demasiado, y deseando ser útil en la casa, había empezado a impartir lecciones de costura a las tres jóvenes.

Cuando estaba en la tienda, charlando con la vendedora de paños a la que ya conocía, noté que alguien tiraba de mi labor de costura. Me volví, sorprendida, y me encontré con una rechoncha mujer de mediana edad con un ancho sombrero.

La mujer se volvió hacia dos hombres. Uno era joven y delgado y parecía un estudiante. El otro era mayor y vestía como un noble. La mujer hablaba una lengua desconocida para mí. El joven escuchó y después le habló en francés al mayor de los dos. El noble asintió y se giró hacia mí.

—Soy el conde de Southampton —dijo—. Estoy a cargo de la protección de lady Ana de Cleves, la futura esposa del rey de Inglaterra. Madre Lowe es quien está al mando de las criadas de la casa. Quiere saber quién sois, porque dice que no ha visto una labor de costura semejante desde que salió de Alemania.

El momento de desvelar mi identidad había llegado mucho antes de lo que habría deseado, pero no hubo otra opción. No podía entrar en la órbita de la familia real sin un nombre.

—Soy inglesa —dije—. Mi nombre es Joanna Stafford.

Los ojos de Southampton se iluminaron.

—¿Stafford? —preguntó—. ¿Sois acaso pariente del duque de Buckingham?

—Es mi tío, mi señor.

—Pero ¿por qué estáis aquí? —Quiso saber—. Las damas inglesas de la casa de la reina irán a su encuentro en Dover, en Canterbury o en Greenwich. Así ha sido acordado.

—No soy una de las damas de la reina —dije con toda la firmeza que me fue posible—. He estado viajando por Europa y ahora, debido a una feliz coincidencia, regreso a Inglaterra a la vez que vos. De modo que he comprado un pasaje en uno de los barcos que escoltan a Su Majestad.

Madre Lowe le comentó algo en alemán al joven estudiante. El joven habló en francés con el conde. Le dijo que Madre Lowe quería saberlo todo sobre mí sin demora.

La conversación transcurrió así entre nosotros: del alemán al francés, del francés al inglés y viceversa.

—Sí, sí, ¿por qué no? —Quiso saber el conde de Southampton—. Hay pocas familias más consideradas que los Stafford.

Se volvió hacia mí.

—Madre Lowe dice que a la princesa Ana le gustaría conocer a una dama inglesa de una familia noble que sepa bordar tan bien como vos. Esperamos zarpar mañana. Trasladarán vuestras pertenencias al galeón en el que viaja la reina de Inglaterra para que podáis asistirla.

Hice una reverencia, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

No zarpamos al día siguiente. Ni al siguiente. Día y noche, habían apostado vigías en la orilla para informar cuando el tiempo permitiera la travesía de treinta millas por el canal. Al alba del tercer día, un sábado 27 de diciembre, dispararon sus armas, dando así la señal.

Corrí a la orilla y me trasladaron al galeón más grande.

Nadie me habló a bordo. La princesa y todas sus damas alemanas ya estaban abajo. Hacía demasiado frío para cumplir con el protocolo de asistir al izado de las velas en cubierta. Cuando creí, feliz, que se habían olvidado de mí, el conde de Southampton fue a buscarme.

Qué gran multitud se había congregado en torno a Ana de Cleves en la estancia que ocupaba. Ni siquiera pude verla debido al círculo de damas alemanas y de caballeros ingleses que la rodeaban.

Un joven se adelantó, me miró de arriba abajo y dijo:

—No creí que hubiera ningún miembro de la familia Stafford en esta travesía. Sobre todo ninguno tan hermoso. —Saludó con una inclinación de cabeza—. Soy Thomas Seymour. —De modo que aquel era el hermano de

la difunta reina, el «rufián y holgazán» con el que Mary Howard Fitzroy se había negado a casarse.

Impaciente, Southampton dijo:

—La princesa aguarda.

Madre Lowe y el estudiante estaban de pie a la izquierda de una joven ornadamente vestida y sentada en una silla acolchada. Estaba inclinada sobre su labor de costura. Llevaba un sombrero enorme, doblado por tres de sus esquinas.

Madre Lowe se dirigió en alemán a la joven, que levantó la cabeza antes de asentir y de mirar en nuestra dirección, primero a Southampton y después a mí. Parecía estar cerca de los treinta años y su piel no era tan pálida como la de la mayoría de las mujeres inglesas. De hecho, el color de la tez se parecía más al mío. Tenía una nariz larga, una barbilla delicadamente respingona y unos grandes ojos de color miel con largas pestañas. La mirada era firme y digna, como correspondía a una reina.

La voz de la princesa sonó grave cuando se expresó en aquella lengua áspera para dirigirse a Madre Lowe. Evidentemente no hablaba inglés ni tampoco francés. Me pregunté cómo pensaba comunicarse con su esposo.

—A Su Majestad le gustaría ver vuestra labor de costura —me informó el conde—. Bordar es su ocupación favorita.

Vi a la futura reina inspeccionar mi bordado. Mientras giraba mi labor a un lado y a otro, una sonrisa encantada le iluminó la cara. De pronto me inquietó pensar en que iban a dejarla en manos de Enrique VIII. Su hermano, el duque de Cleves, debía de ser no solo ambicioso, sino también cruel.

Se intercambiaron traducciones en ambos sentidos y me pidieron que le hablara de mí a la reina.

—Desea saber si estáis casada —dijo Southampton.

Negué con la cabeza.

La siguiente pregunta fue dónde vivía con mis padres.

—Podéis decirle a Su Alteza que mis padres murieron y que vivo sola en una casa —dije.

Ana de Cleves pareció confundida cuando Madre Lowe le informó de mi situación, y me preguntó entonces cómo era posible que una mujer de

noble cuna, o cualquier mujer, viviera sola.

Suspiré. No tenía sentido intentar ocultar nada.

—Os ruego que le digáis a Su Alteza que fui novicia en un priorato católico que ya no existe —dije.

Southampton hizo una mueca.

—Es la verdad —reconocí.

Por fin se lo contó al estudiante, que se volvió a mirarme, visiblemente nervioso, antes de hablar con Madre Lowe. Para mi asombro, cuando Ana de Cleves oyó lo que le dijo su ama de criadas, esbozó otra sonrisa encantada.

—La madre de Su Majestad profesa un gran cariño a las monjas y cuenta con una abadesa entre sus mejores amigas —me dijo Southampton.

Lo miré fijamente, atónita. El conde se inclinó hacia mí, acercándose más:

—La madre sigue practicando la fe católica romana, mientras que su hijo, el duque William, es luterano.

Hubo un intercambio de frases en alemán. La princesa dijo que alguien como yo, que procedía de una buena familia y con mis excelentes dotes de ama de casa, debería casarse de inmediato. Ahora que ya no seguía siendo monja, debían empezar las mediaciones para las disposiciones pertinentes. Si yo estaba de acuerdo, ella, la reina, hablaría con su esposo, el rey, sobre un enlace.

El conde se sonrojó un poco después de traducir esas palabras. Como todos los oficiales ingleses, conocía el Acta de los Seis Artículos que prohibía casarse a las antiguas religiosas. Esperó, inquieto, mi respuesta.

—Le agradezco a Su Majestad su gran bondad, pero ahora debo concentrarme en mi empresa. En mi villa de Dartford ya casi he terminado mi primer tapiz y debo buscarle un comprador.

Aquello generó un sinnúmero de entusiastas preguntas por parte de la reina, que Southampton fue comunicándome convenientemente. El barco se mecía y cabeceaba mientras navegábamos hacia la costa de Inglaterra. Varias de las damas alemanas de la reina se marearon. Sin embargo, la princesa no se vio en absoluto afectada.

Desafortunadamente, Ana de Cleves retomó la cuestión de mi matrimonio.

—Su Alteza tiene la convicción de que deberíais contraer matrimonio y tener una familia —dijo Southampton. Dice que los hijos son la mayor alegría que las mujeres pueden experimentar. Dios mediante, espera dar hijos e hijas al rey de Inglaterra. Espera que el rey satisfaga la humilde petición de su familia y dé a su primogénito el nombre de su hermano, William.

«Cromwell y el niño rey son temidos por todos».

Me quedé allí plantada, en el bamboleante barco, mirando el rostro dulce y sincero de Ana de Cleves y fui presa del terror.

—¿Os encontráis indispuesta, señora Stafford? —preguntó el conde de Southampton.

—Me temo que sí —murmuré.

Expresé mis disculpas. Antes de que pudiera retirarme, el conde dijo:

—Su Alteza solicita que acompañéis a su séquito en su viaje a Greenwich, donde se encontrará con el rey. ¿Os parece conveniente?

Lo miré fijamente.

—Señora Stafford, ¿os parece conveniente? —repitió.

—Sí, por supuesto. —Hice una profunda reverencia y salí del camarote.

¿Qué otra cosa podía hacer? No podía soportar la idea de que mi reino fuera devorado por el emperador Carlos y sus aliados después de que el rey muriera envenenado, pero por otro lado pude ver cómo la profecía del futuro de Inglaterra se haría realidad si Ana de Cleves engendraba un hijo.

Horas más tarde, cuando el sol casi se ponía, el barco llegó a la costa de Inglaterra. Atracamos en Deal y por orden del lord custodio de los Cinco Puertos nos condujeron al castillo de Deal. El séquito de la reina, en el que yo estaba incluida, pasaría la noche en él. Al día siguiente seguiríamos hacia Dover y de allí a Canterbury. Había oído decir que se esperaba que la reina llegara a Londres el 3 o el 4 de enero.

Me uní al desfile de damas que se dirigían a la entrada del castillo de Deal, a la luz de las flameantes antorchas. Una exigua muchedumbre bordeaba el camino, desafiando al frío para poder vernos. Había un pequeño

grupo de dignatarios a la espera de darnos la bienvenida. Supuse que me encontraría con el lord custodio.

Sin embargo, cuando llegué al principio de la fila, vi que quien aguardaba era una pareja espléndidamente vestida: un hombre alto y fornido de mediana edad y una mujer muy joven. Oí que alguien decía: «El duque y la duquesa de Suffolk». Me acordé de haber oído hablar de ellos en la Rosa Roja el año anterior. Catherine Brandon era la hija de María de Salinas, que se había casado con el mejor amigo de Enrique VIII.

Cuando llegó mi turno, saludé a la pareja con una reverencia.

—Soy la señora Joanna Stafford —dije.

La joven duquesa, que vestía un largo vestido de terciopelo, me estudió con más detenimiento. Un perro grande asomó también la cabeza.

—¿Sois la mujer que sirvió con mi madre? —preguntó Catherine Brandon—. Me gustaría hablar con vos esta noche.

—Estoy a vuestro servicio —dije, volviendo a hacer una reverencia y uniéndome a la multitud que entraba en ese momento al castillo. Habían llevado a la reina, a Madre Lowe y sus damas arriba, a los apartamentos reales, junto con el conde de Southampton. El duque y la duquesa de Suffolk debían de estar también con ellos.

Al resto de nosotros nos hicieron pasar a una gran sala donde habían servido comida en unas largas mesas. La algarabía de las conversaciones llenaba la estancia. Encontré un asiento y comí distraídamente mientras intentaba encontrar para la duquesa de Suffolk, y para los que indudablemente llegarían después que ella, una explicación que tuviera sentido y que justificara mi presencia en el séquito de Ana de Cleves.

—¿Me disculpáis, señora Stafford?

Al levantar la vista me encontré con el rostro sonriente de sir Thomas Seymour.

—Me han enviado a buscaros —dijo—. De hecho, me lo han suplicado. Hay una joven dama que dice que la conocéis y que necesita urgentemente hablar con vos.

—¿Una joven dama? —pregunté, confundida—. ¿Y no está en el séquito de la reina?

—No estoy seguro —respondió—. ¿Me permitís que os lleve hasta ella y quizá más tarde, si hay baile, me concederéis un baile con vos?

—Por favor, llevadme hasta la persona que desea hablar conmigo —dije fríamente.

Se encendió una chispa en los ojos de Seymour: desafortunadamente, aquel era un hombre que disfrutaba con los desafíos.

Seymour me condujo por un pasillo que se adentraba en las profundidades del castillo, lo cual me llenó de recelo. Justo cuando a punto estaba de acusarlo de haberme engañado, me llevó a una alcoba donde aguardaba una joven con una vela en la mano.

Era Nelly, la criada que me había atendido en Saint Paul's Row. Aunque llevaba una larga capa, vi que estaba encinta. La súplica impregnaba su mirada.

—¿Conocéis a esta muchacha? —preguntó Seymour.

—Sí —respondí—. Gracias, sir Thomas.

—Os veré después, estoy seguro —dijo de manera harto significativa antes de marcharse.

—¿Qué estás haciendo aquí, Nelly? —pregunté. Y con un repentino escalofrío, añadí—: El señor Hantaras no está contigo, ¿verdad?

—No, mi madre y yo estamos ahora al servicio de una casa de Dover —dijo—. He venido a ver llegar al castillo a la nueva reina, pero entonces os vi, señora Stafford. Y quería hablaros de Jacquard. Debería haber regresado ya a Inglaterra.

Cuánto lamenté no haberla protegido en Londres. De haberlo hecho, nada de todo eso habría ocurrido.

—¿Es Jacquard el padre de tu hijo? —pregunté.

—Sí —susurró—. Y lleva mucho tiempo fuera de Inglaterra y desde que se fue no he vuelto a tener noticias suyas. No quiero que nos oigan, os lo ruego. Creo que podemos usar una de estas habitaciones. —Tiró de mí hacia el fondo del pasillo y abrió la puerta que daba a una habitación pequeña y abarrotada.

—Nelly —dije—, lamento tener que decirte esto, pero debes saberlo. Prepárate. Puede que Jacquard no vuelva a Inglaterra.

Nelly no respondió nada. La luz de la vela refulgió al tiempo que una expresión extraña asomó a sus ojos.

—Sí —dijo—. Lo sé.

En ese instante, miró a un punto por encima de mi hombro izquierdo. Una nueva sombra cruzó el suelo de la estancia. Lo último que vi fue al señor Hantaras con algo en la mano, algo que levantó sobre su cabeza y que descargó directamente sobre mí.

Sentí dolor. Y después se hizo la oscuridad.

OceanofPDF.com

50

No reaccioné durante un buen rato. Después empecé a emerger de la nada. No podía ver ni moverme. Por fin caí en la cuenta de que era porque tenía una venda sobre los ojos y las manos fuertemente atadas con cuerdas, pero no me importó. Me gustaron las sensaciones que me recorrían. Me sentía serena y calmada, flotando en aquel mar de oscuridad.

Me quitaron la venda de los ojos. Parpadeé y alcé la vista hacia una mujer de pelo oscuro a la que no había visto antes. Rondaba los cuarenta años.

—Bebed —ordenó secamente, dándome un sorbo de cerveza suave.

—Gracias —dije. Bebí y miré en derredor. Estaba atada en la parte trasera de una carreta, inmóvil. Habían amontonado unas mantas sobre mí para mantenerme en calor. La carreta tenía paredes y estaba cubierta, ocultándonos de lo que había fuera. Era como si estuviera en una caja móvil. La luz del día se filtraba por las grietas del techo.

—¿Eres la madre de Nelly? —pregunté.

—Por supuesto que lo es —respondió un hombre que estaba sentado en el rincón de enfrente. El señor Hantaras se acercó bamboleándose hasta el lugar del suelo de la carreta donde yo estaba tumbada.

—Nos ahorrará tiempo y mucho dolor por vuestra parte si me decís por qué habéis llegado al castillo de Deal con el séquito de Ana de Cleves —recomendó.

Supe que sus palabras eran amenazadoras. Y aunque tendría que haber tenido miedo, dije:

—Hola, señora Hantaras. —Acto seguido, por increíble que pueda parecer, sonreí.

Él se volvió hacia la mujer y añadió:

—Le has dado demasiado.

Ella se miró el regazo. Tenía un frasco en la mano, parecido a los que usaban los boticarios. En el fondo del frasco vi unas semillas negras.

«Las piedras de la inmortalidad».

Reconocí haber visto las semillas en la enfermería de Edmund. Se las había dado a nuestra agonizante lavandera para aliviar su sufrimiento. Después confesaría que las molía para prepararse una tintura distinta. Me estaban administrando el mismo tipo de dosis a la que Edmund se había vuelto adicto. Él la había llamado la «flor roja de la India».

Algo se agitó en un rincón de mi mente. «Esto es grave», pensé. Pero ¿cómo podía ser grave si me sentía tan en paz?

El señor Hantaras me cogió de los hombros y me sacudió.

—Decidme por qué estabais con Ana de Cleves —dijo.

La fuerza de sus dedos me dolió y me alegré de ello, puesto que me ayudó a despejarme.

—Estoy cumpliendo con la profecía del tercer vidente —dije—. ¿Por qué, si no, estaría con ella? —Intenté echar un vistazo al exterior por la parte trasera de la carreta—. ¿Dónde estamos? Será mejor que me devolváis ahora mismo al séquito real. Debo estar con ella cuando se encuentre con el rey en Greenwich.

—¿Por qué atacasteis a Jacquard Rolin? —replicó.

Hantaras estaba al corriente de lo ocurrido y no había dicho «matasteis» sino «atacasteis». Así que Jacquard vivía.

—No hice más que defenderme —dije.

Hantaras me miró durante un buen rato. Luego negó con la cabeza.

—Si todavía trabajarais con nosotros, habríais ido a Amberes para presentaros ante Chapuys.

Una carcajada burbujeó en mi garganta. No pude evitarlo.

—Jacquard me dijo que Chapuys planeaba entregarme a la Inquisición por haber practicado brujería. ¿Y se suponía que debía acudir a él? —Negué con la cabeza—. Si fui a Calais es porque no había ninguna ruta alternativa para llegar a Inglaterra. Decidí cumplir la profecía yo sola. Ya no puedo fiarme de Chapuys.

El señor Hantaras me miró, ceñudo.

Intenté mantenerme todo lo seria que pude.

—Sé muy bien lo que hacéis. Entiendo la profecía mejor que nadie —sentencié, aunque mis palabras sonaron como una atolondrada

fanfarronada.

Intenté no apartar la vista de él. Recé para que mi farol funcionara.

—Ya veremos —dijo antes de volverse hacia la madre de Nelly—. Vuelve a amordazarla y vigílala. No le des tanto la próxima vez. —Se retiró hacia la parte trasera de la carreta.

—¿Y qué hago con la venda de los ojos? —preguntó su amante.

—Ya nos ha visto —respondió él—. Y, de todos modos, no tiene importancia.

El señor Hantaras bajó de la carreta. Le oí decir a alguien que hacía guardia fuera:

—No podemos eliminarla hasta que haya concluido la misión.

«Planean matarme».

La carreta empezó a moverse. Los caballos tiraron de nosotros y la madre de Nelly se sentó en la oscuridad de la parte trasera de la carreta cubierta, sin apartar la vista de mí. Intenté oír lo que decían fuera. Al principio no fue más que un batiburrillo. La madre de Nelly no volvió a darme más tintura y mis poderes de percepción se agudizaron. Mi atención se vio recompensada cuando oí «Rochester», y después «el séquito de la reina». De modo que seguíamos el avance de Ana de Cleves hacia Londres. La reina había ido de Deal a Dover, de allí a Canterbury y en ese momento estaba en la ciudad de Rochester. En un plazo de dos o tres días podríamos llegar a Londres.

La madre de Nelly volvió a retirarme la mordaza para darme de comer. Cortó una hogaza de pan moreno. Intentando fingir que no reparaba en lo que hacía, me fijé en dónde guardaba el cuchillo. Lo volvió a dejar al fondo de una caja abierta que estaba apoyada contra un lateral de la carreta.

Comí el pan en silencio, intentando mostrar la máxima docilidad posible. Me comí hasta la última miga. Era mi oportunidad. A pesar de que notaba todavía los efectos de la dosis, probablemente no dispondría de otra ocasión. Edmund había cumplido con todas sus obligaciones al tiempo que tomaba pequeñas dosis de la tintura y yo tendría que obligarme a emerger de la calma de espíritu que me embargaba para ejecutar un acto de maldad.

—Necesito volver a usar el retrete —pedí.

La mujer me incorporó hasta que pude ponerme de rodillas y entre tirones y empujones me llevó a la parte de la carreta donde tenían el cubo. Cuando ya casi habíamos llegado, me desplomé y rodé de modo que quedé apoyada de espaldas contra la pared de la carreta, delante de la caja.

—Perdóname —dije—. Cuesta moverse así. Alargué las manos hasta que palpé la hoja del cuchillo. La hice girar del revés para poder cogerlo por el mango.

—Deberé amordazaros otra vez antes de que uséis el cubo —anunció, con la sospecha asomándole a los ojos.

Tenía el cuchillo.

La mujer me levantó y me acercó la mordaza a la boca, y fue entonces cuando me desasí de un tirón y, volviéndome rápidamente con el cuchillo en la mano, se lo clavé en la pierna.

La madre de Nelly gritó de dolor mientras yo avanzaba a gatas hasta la parte trasera de la carreta. Blandí el arma a derecha e izquierda, cortando las cuerdas que me sujetaban las muñecas.

La mujer intentó seguirme, pero la herida era demasiado dolorosa y cayó al suelo, retorciéndose y balbuceando.

Por fin recuperó la voz.

—¡Ayuda! —gritó—. ¡Ayuda! ¡Está huyendo!

Disponía de unos pocos segundos.

Me arranqué el último resto de cuerda de las muñecas y abrí la puerta trasera de la carreta empujándola con el hombro izquierdo y con el cuchillo en la mano derecha.

Vi a un hombre a escasos metros de mí, boquiabierto. Jadeaba. Debía de haberse acercado corriendo a la carreta, respondiendo al grito de la mujer. Tardé unos segundos en reconocerlo: era el espía pelirrojo que se había acercado a hablar con Jacquard justo antes de que nos marcháramos de Gravesend.

El pelirrojo se abalanzó sobre mí. Lo esquivé y contraataqué.

«Pivote, descenso y estoque».

El hombre se apartó rápidamente para salir del radio de acción de mi cuchillo. Su conmoción era evidente. Esa fue precisamente mi ventaja inicial: su incredulidad ante la posibilidad de que una mujer pudiera luchar

de ese modo. Desconocía que había sido aleccionada por el mejor, por Jacquard. Me eché a reír. No podía parar.

«Pivote, descenso y estoque».

Volvió a retroceder de un salto, pero un destello de determinación brilló en sus ojos. Estaba planeando el modo de vencerme.

Nos habíamos enzarzado en nuestra pelea al fondo de una calle tranquila. Pero de pronto la calle no parecía tan silenciosa. Cuando el pelirrojo se volvió para atacarme empleando otra táctica, un hombre gritó desde el otro extremo de la calle:

—¿Qué ocurre?

Oí pies que corrían. Al menos dos hombres se acercaban vociferando.

El pelirrojo dio media vuelta y echó a correr en dirección contraria. Cuando los dos hombres me alcanzaron, él se había colado por un hueco abierto entre dos casas y yo había arrojado el cuchillo al suelo, detrás de un montón de basura. No iba a ser fácil explicar la presencia de un cuchillo ensangrentado en mi mano.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó uno de los hombres—. ¿Estáis herida?

Los dos me miraron de arriba abajo. Después de haber estado atada en una carreta durante tres días, debía de parecer realmente desaliñada.

—¿Estamos en Rochester? —pregunté.

Se miraron.

—Naturalmente que estamos en Rochester —dijo el otro—. ¿Necesitáis un alguacil? ¿Un juez de paz?

—¿Conocéis al alguacil de la ciudad? —pregunté. Quizá fuera una medida prudente ir a buscar ayuda. Sin duda el señor Hantaras y el pelirrojo intentarían matarme, sobre todo si la amante de Hantaras moría desangrada en la silenciosa carreta a menos de tres metros de donde yo estaba. Aunque ¿qué explicación podría darle a un desconocido?

—Conozco a todos los alguaciles de esta parte de Kent —respondió el primer hombre.

—¿Conocéis a Geoffrey Scovill de Dartford? —pregunté—. ¿Podríais mandar a buscarlo? ¿Sería en algún modo posible?

Los dos hombres volvieron a mirarse, visiblemente tristes.

El segundo hombre dijo entonces:

—Conocemos bien a Geoffrey. Fue alguacil de Rochester. Su mujer murió hace unas semanas al dar a luz. El bebé también nació muerto. En este momento no se le puede molestar.

Y al oír eso, el efecto adormecedor de la tintura remitió y sentí una punza de auténtico dolor.

—Señora, parecéis muy consternada —dijo el primer hombre—. ¿Qué podemos hacer para ayudaros?

Tragué saliva y pregunté:

—¿Está Ana de Cleves en Rochester?

Asintieron.

—Está en el Palacio del Obispo.

Conseguí que me indicaran cómo llegar allí. En cuestión de minutos estaba de camino. No llevaba capa y el frío era glacial en aquellas calles. Pero me alegré de ello, pues me ayudó a despejarme. No había hielo ni nada que me impidiera correr, de modo que me levanté la falda y eso fue lo que hice, recorriendo a toda prisa las calles que se inclinaban más y más hacia el gran edificio que se perfilaba contra el cielo invernal y que solo podía ser el Palacio del Obispo.

No mucho después me vi obligada a aminorar el paso. Había demasiada gente obstruyendo las calles. También ellos se habían visto atraídos hacia allí, deseosos de captar un destello de la nueva reina.

Oí un rugido apagado y extraño, y empezaron a temblarme las rodillas. Justo en ese momento, me adelantó un joven rubio por la izquierda que llevaba a un perro de gran tamaño con una correa.

—¿Adónde lleváis a ese perro? —grité.

El hombre rubio se volvió para responderme.

—Al hostigamiento de osos.

Corrí tras él. A un lado del Palacio del Obispo había un círculo de tablas que encerraba un foso para el hostigamiento de osos.

—¡Mirad! —gritó una anciana—. A la reina le gusta el hostigamiento de osos.

Entrecerré los ojos para poder ver. Sí, la anciana estaba en lo cierto. Las ventanas de la tercera planta del Palacio del Obispo estaban abiertas de par

en par y una mujer con un sombrero triangular apareció en una de ellas, mirando abajo. Era Ana de Cleves. Reconocí a la rechoncha Madre Lowe a su lado.

A pesar del frío, el sudor me bañó de pronto la frente.

Rodeé a toda prisa el foso de hostigamiento de osos hacia la parte delantera del Palacio del Obispo. Al menos veinte guardias del rey se arracimaban delante del edificio. ¿Cómo iba a ingeniármelas para entrar? ¿Se acordarían Madre Lowe o Southampton de que la reina deseaba tenerme en su séquito?

—¡Es el rey! —gritó uno de los guardias.

—No —dijo otro—. El rey está en Londres.

Pero se alzaron más voces que expresaron su reconocimiento. Señalaban a una fila de hombres que se aproximaban hacia nosotros desde la distancia.

El rey no había esperado a que Ana de Cleves llegara a Greenwich. Quería verla ya, ese mismo día, en Rochester.

Esperad a que el oso debilite al toro. Cuando el cuervo trepe por la cuerda, el perro deberá volar como el halcón.

OceanofPDF.com

51

Me aparté hacia la entrada del Palacio del Obispo, desesperada por abrirme paso entre los guardias. Pero enseguida me vieron. Uno de ellos me obligó a retroceder de un empujón, pero en ese momento vi a sir Thomas Seymour charlando con otro hombre en el lado interior de la entrada.

—¡Sir Thomas! —grité—. ¡Sir Thomas, soy Joanna Stafford!

Las damas de noble cuna no llamaban a los caballeros a gritos. Las cabezas se giraron. Uno de los guardias propinó un codazo a otro entre risas. Pero conseguí captar la atención de Seymour, que se separó de su acompañante para acercarse a mí con una sonrisa en los labios.

A medida que se aproximaba, la sonrisa se transformó en una mueca de desaprobación.

—¿Qué os ha ocurrido? —preguntó.

—Por favor, os estaría muy agradecida si le dijerais a la duquesa de Suffolk que necesito hablar con ella —dije, esforzándome por no suplicar.

Seymour se volvió a mirar al grupo de hombres que ya casi habían llegado al Palacio del Obispo.

—Por la sangre de Cristo, ¿es el rey? —exclamó. Había perdido todo su interés en mí.

En el momento en que todo el mundo se volvió a mirar en esa dirección, corrí hacia la puerta. Cuando estaba ya dentro, moviéndome lo más deprisa que mis piernas me permitían, oí gritar a un hombre a mi espalda:

—¡Detenedla! ¡Detenedla!

Miré al fondo de la larga estancia y vi a Catherine Brandon, la hija de María de Salinas. Tenía a un lado a su esposo, el duque de Suffolk, al otro a su perro. Llevaba la misma larga capa de terciopelo que le había visto en el castillo de Deal.

En cuanto me vio, corrió a mi encuentro.

—Os busqué por todas partes en Deal y no logré dar con vos. Ni yo ni nadie —dijo, ceñuda—. Southampton ha estado preocupado. ¿Dónde habéis

estado? —Me miró de arriba abajo—. ¿Qué os ha ocurrido?

—Excelencia —dije—, tenéis que ayudarme.

Dio un paso atrás, alarmada. Debió de pensar que había perdido el juicio. Quizá no le faltara razón.

—Por la memoria de vuestra madre —dije—. Ella quiso durante toda su vida a Catalina de Aragón. La mía también. Ambas tenemos madres españolas. Por la memoria de ambas, ¿me ayudaréis?

Algo brilló en sus ojos. Catherine era una mujer que quería y que echaba de menos a su madre.

Sin embargo, se limitó a decir fríamente:

—Tomasteis los votos para ser monja, ¿no es así? —Me acordé entonces de lo que había oído decir en la mesa de los Courtenay. La duquesa de Suffolk era una acérrima defensora de la reforma religiosa.

—Sí —dije—. Quizá nuestras creencias difieran, pero debéis ayudarme a alcanzar el piso de arriba. Debo llegar hasta la princesa.

En ese preciso instante, el rey y su séquito irrumpieron en la sala. El rey no se había vestido con sus ropajes reales, sino simplemente con capa y sombrero de caballero. Cruzó impacientemente la sala, arrastrando ligeramente una pierna, al tiempo que todos los presentes saludaban con una profunda reverencia. Su amigo, Charles Brandon, corrió a su lado y ambos hablaron junto a la escalera.

Thomas y otros caballeros se congregaron alrededor de rey, riéndose de algo que acababa de comentar Su Majestad. Charles Brandon regresó junto a su esposa e, ignorando mi presencia, dijo:

—El rey va representar una pequeña broma. Ha decidido visitar a su esposa sin decirle que es el rey y una vez allí revelará su identidad. Si todo sale bien, quizá adelante la ceremonia de la boda o quizá algún aspecto de la misma. —Se rio entre dientes y regresó al lado del monarca.

Vi que el grupo de hombres subía las escaleras, pero no pude seguirlos, pues el jefe de la guardia del rey me había encontrado:

—Excelencia —le dijo a Catherine Brandon—, esta mujer ha entrado sin permiso. El rey está aquí. No podemos permitirlo. Deberá marcharse.

Hubo algo en el tono del hombre que molestó al perro de la duquesa, que saludó las palabras del guardia con un gruñido.

—Calla, Gardiner —riñó la duquesa al animal.

—¿Habéis dicho «Gardiner»? —pregunté—. ¿Le habéis puesto su nombre a vuestro perro?

—Así es —respondió, desafiante.

No pude hacer nada por evitarlo. Los efectos remanentes de la tintura, el miedo, el cansancio…, todo. Me incliné hacia delante, casi ahogándome a causa de la risa.

—¿Os encontráis bien, señora Stafford? —preguntó Catherine Brandon.

—Perfectamente —respondí, incorporándome—. Disculpadme, es solo que conozco al obispo de Winchester y me parece…, me parece un nombre excelente.

Catherine Brandon parpadeó, sorprendida, y una sonrisa asomó a su joven rostro.

El jefe de la guardia del rey volvió a exigir que me marchara. La duquesa se giró hacia él y dijo:

—Esta mujer es amiga mía y la reina ha pedido que forme parte del séquito real. De modo que no hay motivo alguno de preocupación.

—Pero, Excelencia, yo…

—Marchaos —replicó la duquesa—. Ahora.

El guardia se retiró.

No vi a ninguno de los miembros del séquito del rey en lo alto de la escalera. Muy posiblemente su majestad estuviera ya en presencia de Ana de Cleves.

—Dadme vuestra capa —pedí.

—¿Cómo?

—Dádmela —exigí—. No puedo ver al rey así.

—¿Al rey? —preguntó.

—Os lo imploro. Vuestra capa —rogué—. *Por favor*[4].

Con los ojos como platos, Catherine Brandon se desabrochó la larga capa y me la dio. Me cubrí con ella el sucio vestido, me abroché los botones de la parte superior y me pasé las manos por el pelo.

Me dirigí a las escaleras. No me atreví a subirlas corriendo, pero, agarrándome los botones de la parte superior de la capa, me moví todo lo rápido que podía hacerlo una dama.

En la tercera planta había una larga galería con ventanas a un lado. Unas treinta personas se congregaban allí en pequeños grupos. Todos ellos miraban a las dos personas que estaban en el centro de la sala. Una de ellas era alta y obesa: el rey. La otra, baja y mujer, pero no era Ana de Cleves.

Es la otra mujer resultó ser Catherine Howard. Ofrecía en ese momento un objeto a Su Majestad: un elegante cáliz de plata con una base tachonada de joyas.

Corrí hacia mi izquierda en dirección a las ventanas. Las cabezas se giraron. No tuve otra elección que abandonar los pausados movimientos propios de una dama. El rey había aceptado el cáliz de manos de Catherine. Tenía que moverme deprisa, tan rauda como lo habría hecho un halcón sobre su presa.

Pasé a toda prisa por delante del duque de Suffolk y de Thomas Seymour. Estaba a cinco metros del rey…, a dos…

El rey se acercó el cáliz a los labios e inclinó hacia atrás la cabeza para beber. Cuando apenas había empezado a tragar, grite:

—¡Deteneos, Majestad!

Todos los presentes en la galería se volvieron atónitos hacia mí. Catherine Howard me miró, boquiabierta, incapaz de dar crédito.

—¿Sí? —dijo el rey con su voz aguda.

—Soy vuestra prima, Joanna Stafford —anunció—. Hace mucho tiempo que no estaba en la corte.

Una expresión confundida, muy próxima al fastidio, apareció en su rostro.

—¿Y bien? —inquirió.

—¿Puedo llevarme ya el cáliz? —dije con una sonrisa que sin duda alguna conservaba todavía restos de la tintura—. He tenido el honor de conocer y de servir a Ana de Cleves. Deseaba aseguraros que es una noble joven y creo que os resultará extremadamente decorosa. No debéis postergarlo más. Podréis compartir en su compañía vino de sobra.

El rey siguió con el cáliz en la mano sin dejar de mirarme.

Oí los susurros conmocionados de los cortesanos. Abordar de ese modo al rey para quitarle el vino era un hecho sin precedentes.

Los segundos transcurrieron muy despacio mientras el rey seguía examinándome con esos ojos pequeños, fríos y azules, profundamente hundidos en su rostro rechoncho.

Por fin me tendió el cáliz y lo cogí con la mano derecha. Cuando mis dedos rodaron sobre su liso borde, un rugido estalló en mi cabeza. Fue como si de pronto se desatara un viento que soplara solo dentro de mí, cargado con una cacofonía de sonidos: los gritos de dolor de la hermana Elizabeth Barton, los cánticos de los conjuros de Orobas y las implorantes palabras de Nostredame.

Me tembló la mano y el cáliz empezó a resbalárseme de entre los dedos. Cogí el otro lado del borde con la mano izquierda y planté bien los pies en el suelo para no caerme. Poco a poco, los sonidos sobrenaturales desaparecieron.

El rey no se percató de nada, pues se había vuelto de espaldas y se alejaba ya pesadamente hacia la puerta situada en el extremo opuesto de la galería que llevaba al apartamento donde estaba Ana de Cleves.

Un hombre apostado en la puerta saludó con una inclinación de cabeza. En el momento en que el rey llegó a la puerta, vaciló y extendió el brazo para tocar el marco de la puerta.

Con el cáliz en las manos, me eché a temblar.

Pero justo entonces se abrió la puerta y el rey la cruzó con paso firme, seguido de cinco de los caballeros de su séquito. La puerta se cerró tras ellos. Ninguno de los presentes en la sala oyó lo que ocurría dentro.

—Joanna, ¿qué estáis haciendo aquí? —preguntó Catherine Howard—. Por supuesto, me alegra veros, pero no estáis en la lista de damas de la reina. Yo sí, soy dama de honor. Empecé a servirla oficialmente en Canterbury.

—Me alegro por vos, Catherine —dije—. ¿Puedo preguntar de dónde habéis sacado este cáliz? —Se lo acerqué. No había duda de que era una pieza diseñada para que la realeza bebiera de ella. Nuestro Señor Jesucristo había bebido de una copa de plata en la Última Cena y la elección por parte del Consejo de los Diez de elaborar ese instrumento de muerte empleando el mismo metal precioso era sin duda una blasfemia.

Catherine se iluminó, encantada.

—Es un regalo de la reina María de Hungría a la familia Howard, Joanna. Un encantador caballero español se lo dio a mi tío, el duque, pero dijo que la reina regente había pedido específicamente que se utilizara para servirle vino al rey de Inglaterra antes de su boda. Según nos dijeron es una costumbre nupcial en los Países Bajos. ¡El caballero español me pidió que fuera yo la que le sirviera el vino al rey! Qué gran honor. Acaba de decirme que el rey venía a ver a mi señora, la reina, de incógnito y que era la oportunidad perfecta, porque estaría sediento después del viaje. —Catherine recorrió la galería con la vista—. Ya no lo veo. Estaba aquí antes. En fin, es todo tan excitante, pero casi no le habéis dejado tomar nada. Mirad. —Señaló el rojo líquido que se arremolinaba en el cáliz que yo seguía sosteniendo con fuerza.

—Permitid que lo lleve a que lo limpien —dije—. Os lo devolveré más tarde.

—Pero, Joanna —insistió con terquedad—, ¿por qué no habéis dejado que el rey se tomara el vino?

—Dejad que os diga una cosa, señora Catherine Howard, y quiero que no lo olvidéis —dije—. No se puede confiar en los españoles.

Dicho eso, me volví y salí de la galería. Con el cáliz todavía en la mano, encontré un sitio junto a una ventana de la segunda planta y esperé. Aproximadamente veinte minutos más tarde, el rey bajó furioso las escaleras. El palacio entero era un clamor.

—No le gusta. —Oí una y otra vez—. Al rey no le gusta.

Yo volvía a estar en compañía de Catherine Brandon y su esposo se reunió corriendo con ella.

—Jamás lo había visto mostrar semejante desagrado por una mujer y va a convertirse en su esposa —murmuró—. Es como si le provocara náuseas. Está de un humor de perros. Es un auténtico desastre.

El rey convocó entonces a Brandon, a los Seymour, al conde de Southampton y a diversos nobles y caballeros a una sala de la tercera planta del Palacio del Obispo. Dentro tuvo lugar una furiosa reunión y acto seguido el rey salió hecho un basilisco, rojo como la grana, y se dirigió cojeando a buscar su caballo.

Lo vi alejarse a lomos de su caballo, furibundo y colmado de infelicidad pero vivo.

Le devolví la capa a Catherine Brandon y me despedí de Catherine Howard, que estaba tan pendiente del desastre del primer encuentro entre el rey y la reina que había olvidado por completo mi extraño comportamiento con el cáliz.

Pero había una persona que no lo había olvidado. Y cuando el alboroto remitió, busqué al señor Hantaras. Di con él delante del Palacio del Obispo, a la sombra del círculo de hostigamiento de osos.

Le ardieron los ojos al verme acercarme portando el cáliz. Justo antes de que le diera alcance, vertí por fin el vino envenenado al suelo. El oso gruñó al otro lado de la valla.

—A menos que deseéis que los miembros de la casa Howard caigan muertos en sus tumbas, os sugiero que toméis esto —dije—. ¿Tenéis otro con el que pueda sustituirlo para devolvérselo a los Howard?

—Por supuesto —respondió.

—¿Vuestra amante ha muerto? —pregunté.

—La herida no era muy profunda —dijo, aunque no parecía demasiado preocupado por el estado de la mujer—. Se recuperará.

—Este era mi destino y yo he cumplido con él —dije—. Michel de Nostredame así lo confirmó. No había que matar al rey. Este veneno preparado por el Consejo de los Diez es del tipo que, en una pequeña dosis, deja a un hombre impotente y lleno de arrebatos de demencia. Eso es lo que ha consumido el rey. No habrá un segundo hijo. Y algún día, cuando el rey haya muerto y el príncipe Eduardo también, lady María será reina y la fe verdadera será restaurada. Eso es lo que todos deseábamos, ¿no es así? ¿Es esto para lo que fui reclutada y aleccionada?

El señor Hantaras no dijo nada.

—Decidle pues al embajador Chapuys que se acabó —dije, dando media vuelta.

Me alejé del círculo de hostigamiento de osos y del Palacio del Obispo en busca de Watling Street, la calle que por fin me llevaría de regreso a casa.

OceanofPDF.com

52

En un primer momento, una de las tareas llevadas a término por los constructores de la nueva casa solariega del rey en Dartford había sido el traslado de tumbas. Las prioras, las monjas y los frailes solían ser enterrados donde vivían, pero no procedía demoler un edificio y levantar uno nuevo encima de los ataúdes de los fieles. Podría traerle mala suerte al rey.

El nuevo cementerio para los religiosos estaba situado en el extremo más alejado de la calle que llevaba al priorato, de modo que los difuntos miraran al largo muro de piedra y al bosquecillo y no estuvieran obligados a tener conocimiento de la construcción del magnífico edificio nuevo. Allí era donde descansaba la priora Elizabeth Croessner, que me había dado la bienvenida a Dartford, así como la hermana Helen, la encargada de tapices, el brillante hermano Richard y docenas de otros. Mi padre, sir Richard Stafford, reposaba también allí. Había muerto en el priorato tras llegar a Dartford en sus últimos días. Yo había querido tener a mi padre junto a mí para siempre.

El cementerio había sido también el lugar que Geoffrey Scovill había elegido para enterrar a su esposa y a su hija.

Fui allí el día después de mi regreso a la villa. Había encontrado mi casa extrañamente intacta. Había creído en Gravesend que jamás volvería a ser la misma persona después de lo que me aguardaba en la isla a la que tanto amaba, pero al ocupar mi casa de High Street había descubierto que mi entorno no me resultaba ajeno ni tampoco reconfortante. Durante mi ausencia el alquiler había sido puntualmente pagado. Jacquard Rolin había insistido en que abonáramos seis meses por adelantado antes de partir. Decía que debíamos contar siempre con varios caminos abiertos.

¿Debía mandar a buscar a Arthur y convencer a mi primo Henry para que me dejara criarlo como se lo había prometido a mi padre? No estaba segura de seguir siendo la persona apropiada para cuidar de un niño. Había

perseverado en Rochester hasta encontrar la fuerza suficiente para llevar adelante la gesta que, estaba convencida, era justa y correcta, pero los terribles errores que había cometido durante el proceso, todas las vidas destrozadas y perdidas, me avergonzaban hasta límites inconfesables.

¿Qué futuro me esperaba? Me senté delante del telar y miré fijamente el tapiz terminado. Un imponente pájaro verde y violeta se elevaba desde las brillantes llamas de su nido, al borde del renacimiento.

Llamaron a la puerta. A punto estuve de no abrir. No me sentía preparada para hablar con nadie.

Era Agatha Gwinn, que en su día había estado a cargo de las novicias del priorato. Había oído decir en la iglesia de la Santísima Trinidad que alguien me había visto entrar en la casa.

—¿Dónde habéis estado? —exclamó.

—Viajando —fue mi respuesta.

—Ah, tiene algo que ver con Edmund. ¿Vuelve a casa? —preguntó—. Lo echamos mucho de menos en Dartford.

—No sé dónde está —reconocí, bajando la cabeza.

Agatha me dijo que, con la ayuda del señor Hancock, Oliver Gwinn había solicitado y finalmente recibido permiso para seguir casado con ella, a pesar de que Agatha había sido monja en el pasado.

—Me alegro por vos —dije.

Volvieron a llamar a la puerta. No iban a dejarme en paz.

Pero esta vez se trataba de un paje real.

—Su Majestad, la reina Ana, me envía desde Londres para comprar el tapiz de la señora Joanna Stafford —anunció.

—¿La reina quiere mi tapiz? —pregunté, atónita.

El paje asintió.

—Ha decidido que sea su regalo de bodas al rey. Me ha ordenado mediante sus intérpretes que os diga que podéis fijar vuestro precio siempre que sea razonable.

—Qué gran honor —exclamó Agatha—. ¡Que vuestro primer tapiz vaya a manos del mismísimo rey! Después de esto os lloverán los encargos.

—Sí —dije, bajando aún más la cabeza para ocultar las lágrimas que temblequeaban en mis ojos. Volví a ver el rostro dulce y confiado de Ana de

Cleves a bordo del barco durante la travesía desde Calais, absolutamente decidida a ser una buena esposa y una buena reina. Yo había destruido cualquier posibilidad de que pudiera disfrutar de un matrimonio feliz.

—Falta acabarlo —dije por fin—. No todos los detalles del fénix están como deberían.

Tras acordar que enviaría el tapiz terminado, me despedí de Agatha y salí a High Street, y desde allí al camino principal. No me llevó mucho tiempo llegar al cementerio.

Las lápidas de Beatrice Scovill y de su pequeña estaban en el extremo más alejado, junto a un roble. Aunque la tierra estaba helada y dura, me arrodillé para rezar mis oraciones.

—No sabía que habíais regresado —dijo la voz de un hombre.

Cuando levanté la vista vi a Geoffrey Scovill. Una sombra de tristeza velaba sus ojos azules y algunas canas emergían entre sus cabellos castaños, aunque acababa de cumplir treinta años.

—Lo siento. Ni siquiera soy capaz de encontrar palabras para expresar cuánto lo siento —me disculpé.

—Estoy perdido, Joanna —reconoció—. Estoy tan perdido…

Contuve el aliento.

—Sé muy bien lo que es estar perdida —dije.

—No sé cómo vivir con esto, con este arrepentimiento —dijo con la voz visiblemente emocionada—. Nunca le di el amor al que tenía derecho.

—Habéis sido un buen esposo, lo sé —me apresuré a responder.

Geoffrey se estremeció.

—No —dijo—. Siempre pensaba en vos. Nadie puede entenderlo. Estos dos últimos años de mi vida han sido como una fiebre. Lo he intentado, pero jamás conseguí liberarme de vos hasta ahora, Joanna. No supe ver lo que Dios me había dado, esa mujer hermosa y generosa que me quiso como nunca nadie lo ha hecho ni lo hará.

Lloré al oírle hablar de ese modo.

—Yo también he sufrido, Geoffrey —dije, intentando contener las lágrimas.

—Lo sé.

Geoffrey tenía un libro en la mano. Asintió al ver que yo lo había visto.

—Es la Biblia de William Tyndale —dijo—. Vos no lo entenderéis, Joanna. ¿Cómo ibais a hacerlo? Pero es lo que único que me da consuelo.

Inspiré hondo.

—Si os ayuda, me alegro.

Junté las manos y retomé mis plegarias. Un instante después, oí un golpe sordo a mi lado. Bajé la mirada. Geoffrey había arrojado junto a mí la pequeña bolsa al suelo, la misma que contenía el ópalo que según me había dicho se llamaba Fuego Negro.

—Sabe Dios que daría cualquier cosa por volver a recuperar a Beatrice aunque fuera unos minutos. —Se le quebró la voz—. Quiero decirle cuánto lo siento.

Cerré los ojos. Recé, una y otra vez, para que Beatrice descansara en paz y para que Geoffrey pudiera recuperar la serenidad de espíritu. Él no dijo nada más. Oí el crujido de sus pasos rodeando las lápidas y por fin el único sonido que quedó fue de nuevo el del viento en los árboles.

Noté algo sobre la cabeza y también en los brazos. Abrí de golpe los ojos. Había empezado a nevar. Me dolían los dedos y las rodillas a causa del frío. Me levanté.

Miré al punto del suelo donde Geoffrey había arrojado la bolsa. No estaba allí. La busqué durante unos minutos. Debía de habérsela llevado al marcharse.

No había nadie más en el cementerio. Las sombras de los árboles secos se alargaban hacia mí. Lo demás eran las almas de quienes habían pasado poco a poco por el Purgatorio y en ese momento se hallaban con Cristo y con la Virgen en el reino de los cielos.

Cuando completé mis plegarias había dejado de nevar. El silencio y la semioscuridad se habían adueñado del cementerio con la caída del crepúsculo. Me obligué a caminar a toda prisa de regreso a la villa para que mis propios movimientos me ayudaran a volver a entrar en calor.

Al llegar a High Street había caído la noche. Apenas había gente en la calle. Cuando me acercaba a mi casa vi que había un hombre en la puerta, cargado con un voluminoso bulto. Estaba inmóvil, como si me esperara. ¿Lo habría enviado el señor Hantaras? Creerme a salvo de quienes deseaban

la muerte del rey y cuya conspiración yo había frustrado era sin duda una soberana estupidez.

En ese momento me había quedado completamente sola en la calle y no tenía a ningún amigo al que recurrir en High Street. Geoffrey Scovill, aun en el caso de que quisiera recurrir a él, vivía lejos del centro de Dartford.

—¿Hermana Joanna? —dijo una voz de hombre—. ¿Habéis vuelto?

—¿Sí? —Inspiré hondo, intentando conservar el temple—. ¿Puedo ayudaros en algo, señor?

—Soy John —dijo con un hilo de voz.

Sin la barba, no lo había reconocido hasta ese momento. Y llevaba ropa limpia. Además, jamás se había dirigido a mí de ese modo, como cualquier otro vecino.

—¿Te encuentras bien, John? —pregunté sin bajar la guardia.

Asintió.

—Sí, hermana. Desde después de Navidad no he vuelto a oír las voces. Ahora vivo con mi primo. —Agarró con más fuerza el bulto con el que cargaba—. Ayudo a recoger leña y voy a misa todos los días.

—¿Estás curado, John? —pregunté, perpleja—. ¿De verdad?

—Sí, hermana. Dicen que es un milagro. —Pero su voz me pareció apagada y también triste. Se cambió el bulto de brazo y dijo—: ¿El hermano Edmund también va a volver?

—No lo sé.

—Era mi amigo —dijo John.

—Sí —dije, echándome a temblar—. Tomás de Aquino escribió: «No hay nada en este mundo más valioso que la verdadera amistad».

Bajó la cabeza.

—Gracias, hermana. Rezo para poder volver a ver al hermano Edmund. —Retrocedió un paso y se volvió de espaldas, dispuesto a irse. Pero antes dijo una cosa más—: Hay mucho que perdonar.

A pesar de que la noche era salvajemente fría, me quedé allí de pie, delante de mi casa, viendo cómo John se alejaba a grandes zancadas con su leña a cuestas hasta que se fundió en el oscuro silencio de High Street.

OceanofPDF.com

53

Londres, 13 de marzo de 1540

El obispo Stephen Gardiner me condujo por la pasarela que cruzaba sobre el foso de la Torre de Londres. El jefe de la guardia real le hizo una señal al ver que nos acercábamos a la Torre Byward.

—Obispo Gardiner, sir William Kingston lamenta no haber venido a recibiros, pero en este momento está interrogando a un prisionero —dijo el hombre.

—Lo comprendo —respondió el obispo con una afable inclinación de cabeza.

Todos los miembros de la guardia lo saludaron con una ostensible inclinación de cabeza. Gardiner jamás había gozado de tanta influencia. Yo había oído decir que el rey había insistido en que el obispo de Winchester predicara delante de él todos los viernes de Cuaresma. Cuando no predicaba, Gardiner estaba ocupado persiguiendo a los seguidores luteranos que cruzaban la turbia frontera que dividía la obediencia y la herejía. ¿Quién sabía cuánto tiempo más seguiría el péndulo oscilando a su favor? Durante ese tiempo, el obispo estaba decidido a aprovechar al máximo su influencia.

Beauchamp estaba cerca de allí. Yo conocía muy bien los muros de aquella torre de tres pisos, pues era un lugar que vivía en mis sueños, a pesar de que habían transcurrido casi tres años desde mi encarcelamiento.

Por fin, el obispo rompió el silencio.

—Han llegado noticias de Gante —dijo.

Manteniendo la calma en la voz, dije:

—¿Sí, obispo?

—El emperador Carlos entró en la ciudad el catorce de febrero con su ejército. Los líderes de la revuelta han sido arrestados. Sin embargo, me dicen que el emperador ha sido misericordioso. Solo ejecutará a menos de treinta de ellos.

Pensé en los ciudadanos que pedían sangre a gritos en la plaza de Gante. La violencia engendra violencia y más violencia.

—Esa infame rebelión tenía que ser aplastada por completo —dijo el obispo con un deje de ira en la voz—. Si el pueblo de un reino derroca a su monarquía y cree que puede gobernarse por sus propios medios… Esa estrambótica idea es intolerable. La multa que deben pagar sus ciudadanos dejará mermada a la ciudad durante generaciones.

Hizo una pausa, como si esperara que yo dijera algo.

—Muy interesante —dije.

—Sí —concedió el obispo—. Aunque lo cierto es que en los Países Bajos ocurren muchas cosas interesantes. ¿No os parece?

Yo a menudo me preguntaba si Gardiner sospechaba por qué los espías que había enviado tras de mí habían desaparecido de la faz de la tierra. ¿Habría podido en algún momento confirmar que yo había salido de Inglaterra con Jacquard Rolin, haciéndome pasar por su esposa? Gardiner conocía la misma historia que yo les había contado a todos: que había viajado al extranjero en busca de Edmund Sommerville, pero que no había podido dar con él. Nadie había investigado los detalles de mi viaje y yo no había vuelto a ver al señor Hantaras. Y Jacquard no había regresado a Inglaterra, por lo que yo sabía.

Llegamos a Beauchamp. Otro guardia real saludó al obispo y se ofreció a acompañarnos.

—No será necesario, conozco el camino —dijo Gardiner.

Seguí al obispo por los gastados escalones de piedra de la escalera central hasta el segundo piso. Me acordé de que estaban sobre todo desgastados en la parte central, debido al uso de tantos años.

—El rey estuvo de nuevo en Winchester House anoche —dijo Gardiner —. Tuve el honor de celebrar un banquete y una fiesta en su honor. Hacía meses que no lo veía tan contento. La pequeña Catherine Howard no paró de bailar en toda la noche.

Me detuve sobre mis pasos.

—¿Catherine Howard asistió a vuestra fiesta?

—Por supuesto —dijo—. Ah, este es el pasillo.

Seguimos hasta el segundo piso desde el fondo. Un guardia esperaba.

—Hermana Joanna —dijo Gardiner—, he olvidado deciros una cosa. El rey desea convocaros a la corte para una audiencia. Desea encargaros un tapiz. Detesta todo lo que guarda relación con su cuarta reina, con una única excepción: el tapiz del fénix que ella le ha regalado para la boda. El tapiz que vos tejisteis.

Lo miré de hito en hito, incapaz de disimular mi consternación.

Tras esbozar una pequeña sonrisa de satisfacción, el obispo hizo un gesto al guardia para que nos abriera.

Gertrude Courtenay estaba sentada junto al fuego con un libro en la mano. La habitación contenía muchas comodidades. Sus amigos habían costeado todo lo necesario para su confort, puesto que el dinero y las propiedades de los Courtenay habían sido confiscados hacía varios meses.

Gertrude llevaba un vestido verde y unas delicadas chinelas, pero ninguna joya, puesto que habría resultado indecoroso. Tenía el rostro más arrugado que la última vez que la había visto, pero sus ojos marrones refulgían con el mismo vigor de siempre.

—Joanna, no podéis ni imaginar cuánto os he echado de menos —reconoció. Su voz dulce y melodiosa no había cambiado ni un ápice.

—Volveré en una hora —anunció el obispo Gardiner.

—Os doy las gracias por esto, obispo —dijo Gertrude—. Jamás olvidaré vuestros esfuerzos por ayudarme.

—Sabéis que seguiré haciendo lo que esté en mi mano, pero debéis tener paciencia —pidió él antes de indicarme con un gesto que entrara en la celda. La puerta se cerró a mi espalda.

—Tenéis buen aspecto, Joanna —exclamó Gertrude—. Venid a abrazarme.

Abracé su cuerpo frágil y orgulloso.

—He oído decir que van a liberaros de la Torre —añadí.

Se tensó.

—Pero no a mi hijo —susurró—. No saldrá de aquí mientras el rey viva.

Gertrude inspiró hondo, obligándose a mantener la calma. Nos acercamos al fuego y tomamos asiento juntas.

—Dicen que el matrimonio con la de Cleves no ha sido consumado —murmuró.

—No —respondí—. Todo el mundo sabe que el rey sintió un profundo rechazo hacia ella desde el primer momento. Dicen que sus consejeros están intentando encontrar motivos plausibles para el divorcio. La reina no será jamás madre. Su Majestad no tendrá un segundo hijo de ella.

Nos miramos y Gertrude se llevó el dedo a los labios. No debíamos seguir hablando con tanta libertad. En la Torre siempre era posible que hubiera alguien escuchando.

—Contadme todas las novedades —dijo con un tono despreocupado. Compartí con ella todos los chismes que tenía. En un momento de mi vida había evitado todas las noticias sobre Londres y el mundo, pero había decidido que me convenía más estar informada. Gertrude me dio un bordado y bordamos juntas. No hablamos de nuestros difuntos seres queridos ni de aquellos que se habían marchado. Fue como si estuviera pasando un rato con ella en su sala de visitas de la Rosa Roja.

Pareció que habían transcurrido tan solo unos instantes cuando oí la llave en la cerradura. Había llegado la hora de irme.

El obispo Gardiner apareció en la puerta de la celda de Gertrude.

—¿Debe irse ya? —preguntó Gertrude. Intentó que la pregunta sonara despreocupada, pero le temblaba la voz.

Volví a abrazarla. Esta vez, se aferró a mí como si yo tuviera la fuerza de redimirla.

—¿Os arrepentís? —le susurré al oído. Esa era la pregunta que me atormentaba. Viendo todo lo que Gertrude había perdido —la vida de su esposo, su propia libertad, el futuro de su hijo, sus casas y toda su fortuna— y todo lo que me habían hecho a mí, ¿se arrepentía de haber participado en una conspiración?

—Jamás —fue su respuesta.

Con un último asentimiento, me despedí de Gertrude Courtenay. Instantes después volvía a estar en el césped del patio. Habíamos dejado atrás lo peor del invierno. Los retazos de nieve que todavía no se habían fundido parecían tristes y deshechos. Un débil sol de primavera intentaba asomar entre las nubes.

La Torre de la Campana no estaba lejos. Allí era donde Edmund y yo nos habíamos conocido.

Sí, Gardiner era quien nos había unido. ¿Habría sido él quien nos había separado? En ese momento Edmund estaba lejos, muy lejos de allí, aunque yo desconocía por completo si seguía en la Selva Negra alemana. Habría dado cualquier cosa por conocer su paradero y, dicho en palabras de Geoffrey, poder hablar con él solo unos minutos.

Después de haber encontrado el valor para preguntarle a Gertrude lo que durante tanto tiempo había deseado saber, no tenía sentido evitar enfrentarme a Gardiner.

—Obispo —comencé—, ¿escribisteis personalmente el artículo que prohíbe a los religiosos casarse pensando en mí? ¿Sabíais que Edmund Sommerville y yo planeábamos casarnos?

Gardiner guardó silencio durante un instante y respondió:

—Ya os dije en Winchester House, Joanna, que Su Majestad no quiere que aquellos que hayan jurado sus votos en un monasterio o en un priorato se casen. Como sabéis, es un rey de grandes principios.

Se detuvo y me miró. Una leve sonrisa asomó a su rostro.

—¿De verdad creíais que esa política religiosa aplicada a todo el reino se escribió simplemente para castigaros a vos? ¿En venganza, quizá de mi parte, por no haber conseguido la corona de Athelstan? ¿O quizá por haber desafiado más recientemente mi voluntad?

Miré sin inmutarme al obispo de Winchester y guardé silencio. Por fin, me indicó con un gesto que siguiéramos andando. Jacquard Rolin, el duque de Norfolk, hasta el embajador Chapuys…, todos ellos me habían amenazado, me habían utilizado, y me habían perseguido, sin que les importara un ápice mi felicidad y mucho menos mi vida. Pero Stephen Gardiner, el obispo de Winchester, seguía siendo el hombre más formidable de cuantos había conocido.

—Jamás habéis sido una consideración de semejante importancia —dijo el obispo. Cuando llegamos a la estrecha pasarela que cruzaba el foso, añadió—: Nadie debe representar un papel importante en los asuntos del mundo, Joanna.

—Lo recordaré, obispo —dije.

Y mientras el sol de finales del invierno lustraba el río Támesis, salí tras Stephen Gardiner de la Torre de Londres.

OceanofPDF.com

Agradecimientos

Escribí la mayor parte de *El cáliz* en el Western Study del Stephen A. Schwarzman Building de la New York Public Library. Me habría sentido perdida de no haber dispuesto de un sitio a la mesa y de mi propio Shelf 92. Gracias, Jay Barksdale, por admitirme en el estudio. Vi transformarse en invierno el otoño de 2010 al otro lado de sus ventanas para, poco a poco, dejar paso al calor de la primavera y finalmente al del verano mientras trabajaba en mi manuscrito. Cuando 2011 tocó a su fin y terminé la primera versión de la novela, los primeros copos de nieve del invierno caían ya en Bryant Park.

Hay personas maravillosas a las que acudí en busca de ayuda mientras investigaba sobre los tensos y convulsos años de finales de la tercera década del siglo XVI en Inglaterra. Una vez más, estoy profundamente agradecida a Mike Still, director adjunto del Dartford Borough Museum de Kent; al historiador Hans van Felius, que me ayudó especialmente con mi investigación sobre los Países Bajos; a Emily Fildes, conservadora residente de la Torre de Londres, y, sobre todo, a la hermana Mary Catharine Perry, *ordo praedicatorum* de las dominicas del monasterio de Nuestra Señora del Rosario. Más cerca de aquí, el Cloisters Museum and Gardens del Metropolitan Museum of Art fue para mí una gran fuente de inspiración. El Cloisters es sin lugar a duda la joya de la ciudad.

Quiero dar las gracias a mis profesores de escritura creativa, a Russell Rowland por haberme guiado una vez más en la dirección correcta en su taller; a Rosemarie Santini, Max Adams y Greg Fallis por esas lecciones de creación que tengo siempre presentes. Estos lectores de mi primer manuscrito fueron mi vanguardia: Harriet Sharrard, Rachel Andrews, Emilya Naymark y Elena Fraboschi.

Este libro no habría sido posible sin amigos, jefes y colegas. Doy las gracias a Ellen Levine, directora editorial de *Hearts Magazines*. Sin su generoso apoyo, el lanzamiento de mis libros no habría salido tan bien. Deseo también dar las gracias a Gary Marmorstein, Lorraine Glennon, Donna Bulseco, Medan Deem, Isabel Gonzalez-Whitaker, Nikki Ogunnaike, Daryl Chen, Tish Hamilton, Anthony DeCurtis, Evelyn Nunlee, Elaine Devlin Beigelman, Brec y Sandy Morgan, David e Ilissa Sternlicht, Bret Watson, Sean O'Neill, Bruce Fretts, Michele Koop, Kitty Bell Sibille, Dave Diamond, Doug Solter, David y Nikki Gardner, Olga Cheselka y Maggie Purphy. En particular desearía dar las gracias al fantástico equipo de la revista *DuJour*, que dirigen Keith Pollock y Nicole Vecchiarelli.

Debo dar las gracias a la comunidad *online* que tan esencial ha sido desde el principio: el grupo «Yahoo Tudor», dirigido por Lara Eakins; el de «Autores ingleses de novela histórica», capitaneado por Debra Brown; el de «Tudor Trail», gestionado por Natalie Grueninger; a las camaradas de «Book Pregnant» y a los incomparables blogueros y blogueras que han apoyado *La corona* y *El cáliz*. Amy Bruno y MJ Rose, espero que sepáis cuánto os aprecio. Disfruto con los nuevos amigos que he descubierto gracias a la Historical Novel Society, Mistery Writers of America y a la International Thriller Writers. Y desde aquí doy públicamente las gracias a la escritora y cineasta Christie LeBlance, creadora de los *book trailers* y a la escritora y productora Thelma Adams, que tuvo la fe suficiente como para apostar por mi primer libro.

He tenido la fortuna de trabajar con un equipo de editores de enorme talento y perspicacia en la escritura de *El cáliz*. Doy las gracias a Heather Lazare, editora senior de Touchstone Books, Simon & Schuster; a Genevieve Pegg, directora editorail de Orion Publishing Group, y a Eleanor Dryden, editora de Orion. Doy también las gracias a Jessica Roth, publicista senior de Touchstone; a Meredith Vilarello, directora de *marketing* de Touchstone; a Cherlynne Li, directora de arte de Touchstone, y a Marie Florio, directora asociada de derechos subsidiarios de Simon & Schuster.

Gracias también a Heide Lange, mi agente de Sanford J. Greenburger Associates, por su incansable apoyo a mi ficción y también a sus maravillosas ayudantes, Rachael Dillon Fried y Stephanie Delman. Kate

McLennan, de Abner Stein, ha sido mi faro desde el principio; y doy también gracias a Hannigan Salky Getzler.

Y, por supuesto, no habría podido ser novelista sin el apoyo de mi familia: mi marido y mis hijos; mi madre y mi hermana; mis maravillosos primos, tías y tíos, mis cuñadas, mis sobrinos y otros miembros de la familia. Espero y deseo que sepáis lo mucho que os quiero.

OceanofPDF.com



NANCY BILYEAU nació en Chicago, Illinois, y creció en Michigan. Estudió literatura inglesa e historia estadounidense en la Universidad de Michigan y obtuvo una licenciatura antes de mudarse a la ciudad de Nueva York para trabajar en el negocio de las revistas. Fue editora de personal en Rolling Stone, Entertainment Weekly, Good Housekeeping e InStyle.

En 2010 vendió su primera novela, *The Crown* (La corona). Un *thriller* ambientado en la Inglaterra Tudor, fue elegido por la revista Oprah y nominado para el premio Ellis Peters Historical Dagger de la Crime Writers Association. Escribió dos libros más con el mismo personaje principal, una novicia dominicana llamada Joanna Stafford.

Con su cuarta novela, un *thriller* independiente ambientado en el mundo del arte del siglo XVIII titulado *The Blue*, contó una historia de espionaje y obsesión con el color más hermoso del mundo. Al crear a Genevieve, la artista hugonote que trabaja de incógnita en un taller de porcelana, se basó en su propia ascendencia. Nancy es descendiente del hugonote francés Pierre Billiou, quien llegó a lo que entonces era Nueva Ámsterdam en 1665 y construyó una casa de piedra en Staten Island. Es la tercera casa más antigua del estado de Nueva York.

Nancy ahora está volcando su talento como escritora en la creación de novelas ambientadas en la ciudad de Nueva York del pasado. Para su quinta novela, *Dreamland*, pasó un tiempo en Coney Island y fue asistida por el personal del Museo de Coney Island. También investigó en la Biblioteca Pública de Nueva York, la Sociedad Histórica de Nueva York, el Museo de la Ciudad de Nueva York y la Sociedad Histórica de Brooklyn.

Su novela, *The Ghost of Madison Avenue*, también está ambientada en la ciudad de Nueva York de la década de 1910, con una viuda irlandesa estadounidense que resuelve un misterio en la suntuosa biblioteca privada de JP Morgan.

OceanofPDF.com

Notas

[1] En castellano en el original. (*N. del T*). <<

[2] En castellano en el original. (*N. del T*). <<

[3] La raíz de Antwerpen, en español «Amberes». (*N. del T.* <<

[4] En castellano en el original. (*N. del T*). <<

OceanofPDF.com